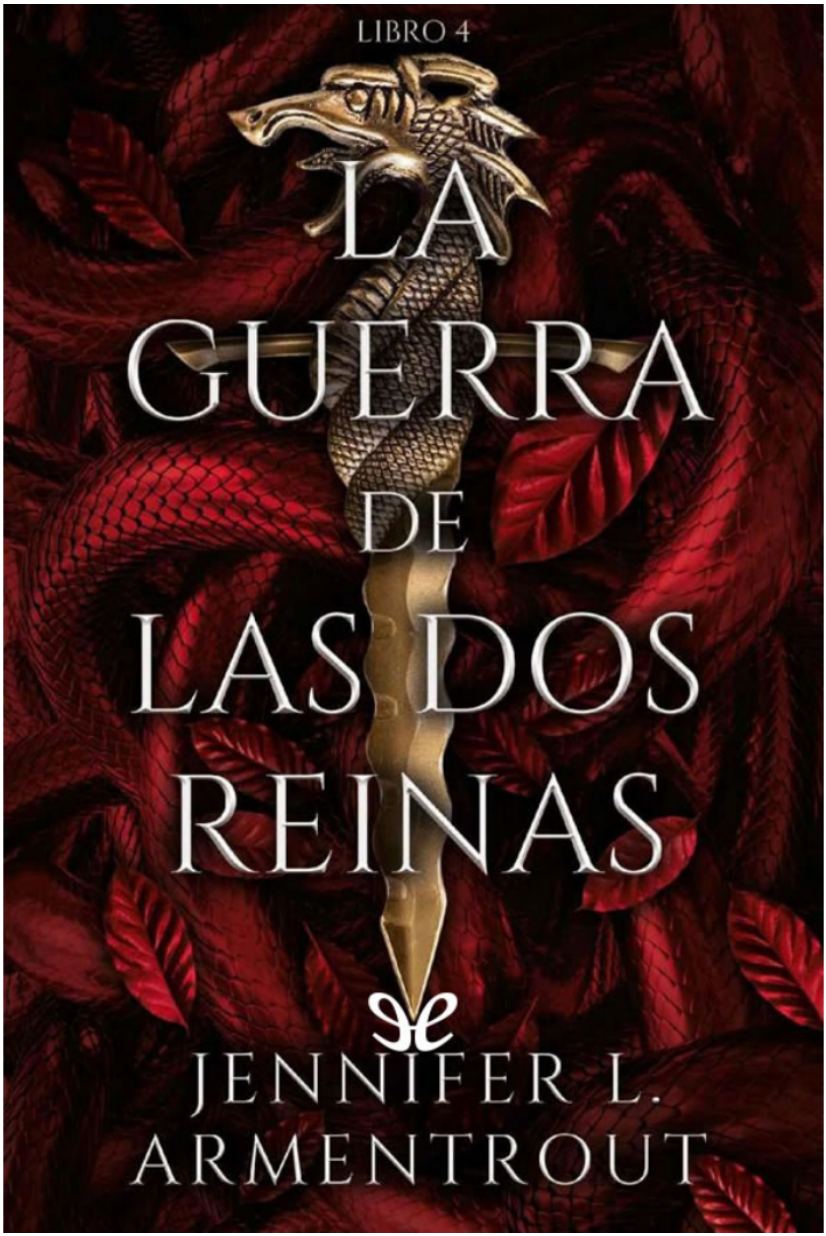
LIBRO 4
LA GUERRA DE LAS DOS REINAS
JENNIFER L. ARMENTROUT

La guerra es solo el principio…

Desde la desesperación de coronas doradas…

Casteel Da'Neer sabe demasiado bien que pocos son tan astutos o despiadados como la Reina de Sangre, pero nadie, ni siquiera él, pudo haberse preparado para esas sobrecogedoras revelaciones. La magnitud de que lo que la Reina de Sangre ha hecho es casi impensable.

Y nacido de carne mortal…

Nada podrá evitar que Poppy libere a su Rey y destruya todo lo que la Corona de Sangre representa. Con la fuerza de los guardias y el apoyo de los wolven, Poppy debe convencer a los generales de Atlantia de luchar a su manera, porque esta vez no puede haber retirada. No si ella mantiene la esperanza de construir un futuro en el que los dos reinos puedan convivir en paz.

Un gran poder primitivo se alza…

Juntos, Poppy y Casteel deben aceptar antiguas y nuevas tradiciones para salvaguardar a quienes aman y para proteger a los que no pueden defenderse. Pero la guerra es solo el principio. Poderes ancestrales y primitivos ya se han avivado, revelando el horror de lo que comenzó hace eones. Para terminar lo que la Reina de Sangre ha empezado, quizá Poppy tenga que convertirse en lo que habían profetizado que sería, en lo que más teme.

Como la portadora de Muerte y Destrucción.

Jennifer L. Armentrout

La guerra de las dos reinas

De Sangre y Cenizas - 4

ePub r1.0
Titivillus 08.01.2023

Título original: *The War Of Two Queens*
Jennifer L. Armentrout, 2022
Traducción: Guiomar Manso de Zúñiga

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Dedicado a ti, lector.

LA GUERRA DE LAS DOS REINAS

JENNIFER L. ARMENTROUT

Las islas Vodina
Las Colinas Eternas
MASADONIA
EL MAR STROUD
Pensdurth
Bosque de Sangre
New Haven
Oak Ambler
Las Tierras Baldias
Pompay
Aegea
EVAEMON
REINO DE ATLANTIA
Tadous
Montañas de Nyktos
Las Brumas de los Primigenios
ILISEEUM
DALOS
Lockswood
Tres Rios
Whitebridge
Clan de los Huesos Muertos
Spessa's End
Bahia de Stygian
Montañas Skotos
Cala de Saion
Valle de Niel
CARSODONIA
REINO DE SOLIS
Llanura del Saz
Picos Elysium
Acantilados de Ione
Islas de Bele
MARES DE SAION
MAPA DEL MUNDO

Capítulo 1

Casteel

Oí un repiqueteo y un arrastrar de garras que se acercaban, mientras la débil llama prendida sobre la solitaria vela chisporroteaba hasta apagarse y dejar la celda sumida en la más completa oscuridad.

Una masa de sombras más densas apareció en el arco de la entrada. Una forma contrahecha, apoyada sobre las manos y las rodillas. Se detuvo y olisqueó el aire de un modo tan ruidoso como un maldito *barrat*. Olía sangre.

Mi sangre.

Las bandas lisas de piedra umbra se apretaron alrededor de mi cuello y mis tobillos cuando me moví, preparado para lo que se me venía encima. La maldita piedra era irrompible, pero podía ser muy útil.

Un lamento grave brotó de la boca de la criatura.

—Hijo… —La cosa entró en tromba en la celda, correteando sobre las cuatro patas. Su gemido lastimero se convirtió en un alarido estridente— *de puta*.

Esperé hasta que su hedor a podredumbre me alcanzara, luego apreté la cabeza contra la pared y levanté las piernas. La cadena

entre mis tobillos no llegaba al palmo de largo y los grilletes no cedían ni un centímetro, pero fue suficiente. Planté mis pies desnudos contra los hombros de la criatura y pude echarle un buen (aunque muy desafortunado) vistazo a esa cosa justo antes de que su aliento podrido se estrellara contra mi cara.

Madre mía, ese Demonio no era de reciente creación.

Pegotes de piel gris colgaban de su cráneo sin pelo y le faltaba media nariz. Un pómulo entero quedaba a la vista y sus ojos refulgían como brasas al rojo vivo. Los labios desgarrados y deformes…

El Demonio giró la cabeza hacia abajo y hundió los colmillos en mi pantorrilla. Atravesó los pantalones y luego también la piel y el músculo. Solté un bufido con los dientes apretados cuando el dolor ardiente se extendió como una llamarada por mi pierna.

Merecía la pena.

El dolor muy bien merecía la pena.

Me pasaría una eternidad soportando estos mordiscos si eso significaba que *ella* estaba a salvo. Que no era *ella* la que estaba en esta celda. Que no era *ella* la que sufría este dolor.

Me sacudí al Demonio de encima y pasé la cadena corta por sobre su cuello al tiempo que cruzaba las piernas. Me giré por la cintura para tensar con fuerza la cadena de huesos descoloridos y poner punto final a los gritos de la criatura. Los grilletes se clavaron en mi propio cuello mientras giraba y me cortaron la respiración sin dejar de hincarse en el cuello del Demonio. Sus brazos se agitaban por el suelo, pero aun así hice un giro brusco con las piernas en dirección contraria y le partí a la criatura la columna. Los espasmos fueron amainando y la arrastré hacia mí hasta tenerla al alcance de mis manos encadenadas. La cadena entre mis muñecas conectaba con la de mi cuello, pero era mucho más corta… aunque lo bastante larga.

Agarré los carrillos fríos y pegajosos del Demonio y tiré de su cabeza hacia abajo para estamparla con fuerza contra el suelo de piedra al lado de mis rodillas. La piel se desprendió y salpicó mi pecho y mi tripa de sangre podrida. El hueso se fracturó con un crujido mojado. El Demonio se quedó inerte entre mis manos. Sabía que no permanecería así, pero sí me proporcionaba algo de tiempo.

Con los pulmones aullando, desenrosqué la cadena y aparté a la

criatura de mí de una patada. Aterrizó al lado de la puerta en un enredado batiburrillo de brazos y piernas mientras yo relajaba mis músculos. La banda que se ceñía en torno a mi cuello se aflojó despacio, pero por fin dejó entrar algo de aire a mis pulmones en llamas.

Miré el cuerpo del Demonio. En cualquier otro momento hubiese sacado al muy bastardo al pasillo a patadas, como de costumbre, pero estaba cada vez más débil.

Estaba perdiendo demasiada sangre.

Ya.

No era buena señal.

Resollando, bajé la vista. Justo por debajo de las bandas de piedra umbra, unos cortes poco profundos subían por la cara interna de mis brazos, más allá de ambos codos y por encima de las venas. Los conté. Una vez más. Solo para asegurarme.

Trece.

Habían pasado trece días desde la primera vez que las doncellas personales habían entrado en la celda, vestidas de negro y tan calladas como una tumba. Venían una vez al día para hacerme cortes y extraer mi sangre como si fuese un maldito barril de vino bueno.

Una sonrisa tensa y salvaje retorció mi boca. Había conseguido acabar con tres de ellas al principio. Les había arrancado la garganta cuando se habían acercado demasiado, razón por la que habían acortado la cadena entre mis muñecas. De todos modos, solo una de ellas *siguió* muerta. Los malditos cuellos de las otras dos se habían suturado solos en cuestión de minutos. Impresionante, aunque también irritante, de contemplar.

Aunque aprendí algo útil.

No todas las doncellas personales de la Reina de Sangre eran Retornadas.

Aún no estaba seguro de cómo podría utilizar esa información, pero suponía que estaban usando mi sangre para fabricar Retornados de última generación. O como postre para los afortunados.

Eché la cabeza hacia atrás contra la pared y procuré no respirar demasiado hondo. Si el hedor del Demonio caído no me asfixiaba, lo haría la maldita piedra umbra alrededor de mi cuello.

Cerré los ojos. Habían pasado más días, antes de que las doncellas personales apareciesen por primera vez. ¿Cuántos? No estaba del todo seguro. ¿Dos días? ¿Una semana? ¿O…?

Me obligué a dejar de pensar. *Cierra la maldita mente*.

No podía meterme en ese jardín. No lo haría. La última vez lo había hecho; había intentado llevar la cuenta de los días y semanas hasta que llegó un momento en que el tiempo simplemente dejó de moverse. Las horas se convirtieron en días. Las semanas se convirtieron en años. Y mi mente se volvió tan podrida como la sangre que manaba ahora de la cabeza destrozada del Demonio.

Pero aquí y ahora las cosas eran diferentes.

La celda era más grande y no tenía barrotes a la entrada. Tampoco era que los necesitasen, con la piedra umbra y las cadenas hechas de una mezcla de hierro y hueso de deidades, conectadas a un gancho en la pared y luego a un sistema de poleas para alargarlas o acortarlas. Podía sentarme y moverme un pelín, pero eso era más o menos todo. Eso sí, la celda no tenía ventanas, como la otra vez, y el olor a humedad y moho me indicaba que una vez más me tenían bajo tierra. Los Demonios que pululaban por ahí con libertad también eran un añadido nuevo.

Abrí los ojos un pelín. Ese energúmeno del arco de entrada tenía que ser el sexto o el séptimo que había encontrado el camino hasta la celda, atraído por el olor de la sangre. Su aspecto me hacía pensar que debía de haber un problema de mil pares de narices con los Demonios ahí afuera.

Ya había oído de ataques de Demonios dentro del Adarve que rodeaba Carsodonia. Algo que la Corona de Sangre achacaba a Atlantia y a unos dioses enfadados. Yo siempre había supuesto que se debía a que algún Ascendido se había puesto glotón y había dejado que los mortales de los que se había alimentado se transformaran. Ahora, empezaba a pensar que era posible que guardaran Demonios aquí abajo. Fuera donde fuere ese *aquí*. Y si ese era el caso y eran capaces de escapar y salir a la superficie, yo también podría hacerlo.

Bueno, si conseguía que estas malditas cadenas se aflojasen. Me había pasado un tiempo obsceno tirando del gancho. Tras todos esos intentos, puede que hubiese resbalado un centímetro de la pared. Si acaso.

Pero esa no era la única cosa diferente esta vez. Aparte de los Demonios, solo había visto a doncellas personales. No sabía qué pensar de eso. Había creído que sería como la última vez: con visitas demasiado frecuentes de la Corona de Sangre y sus amigotes, ocasiones en las que se dedicaban a lanzarme pullas e infligirme daño, a alimentarse de mí y hacerme todo lo que querían.

Claro que mi primera ronda de esta cautividad de mierda no había empezado de ese modo. La Reina de Sangre había tratado de *abrirme los ojos* primero, de engatusarme para que me pusiera de su lado. Para que me volviera contra mi familia y mi reino. Cuando eso no había funcionado, había empezado la diversión de verdad.

¿Sería eso lo que le había sucedido a Malik? ¿Se habría negado a seguirles el juego y lo habrían roto como habían estado a punto de hacer conmigo? Tragué saliva sin saliva. No lo sabía. Tampoco había visto a mi hermano, pero tenían que haberle hecho algo. Lo habían tenido en su poder mucho más tiempo que a mí y sabía bien de lo que eran capaces. Sabía lo que eran la desesperación y la indefensión. Lo que se sentía al respirar y saborear la certeza de que no tenías ningún control. Ninguna sensación de ser persona. Aunque no le hubiesen puesto nunca una mano encima, que te retuviesen de este modo, como a un cautivo y aislado la mayor parte del día, afectaba a la cabeza después de un tiempo. Y *un tiempo* era un plazo más corto de lo que uno podría creer. Te hacía pensar cosas. *Creer* cosas.

Levanté mi pierna palpitante todo lo que pude y bajé la vista hacia mis manos, que descansaban en mi regazo. En la oscuridad, casi no podía ver el brillo de la espiral dorada grabada en la palma de mi mano izquierda.

Poppy.

Cerré los dedos sobre la marca y apreté la mano con fuerza, como si de algún modo pudiese conjurar algo distinto del sonido de sus gritos. Borrar la imagen de su precioso rostro crispado de dolor. No quería ver eso. Quería verla como había estado en el barco, la cara arrebolada, y esos cautivadores ojos verdes, con su tenue resplandor plateado detrás de las pupilas, llenos de pasión y deseo. Quería recuerdos de mejillas sonrosadas, ya fuera de lujuria o de ira, esta última sobre todo cuando sopesaba en silencio, o de manera muy sonora, si apuñalarme se consideraría algo

inapropiado. Quería ver sus labios carnosos entreabiertos y su piel refulgir cuando tocaba mi piel y me curaba de maneras que ella jamás sabría ni entendería. Cerré los ojos una vez más. Y malditos fueran los dioses, todo lo que vi fue sangre manar de sus oídos, de su nariz, mientras su cuerpo se retorcía entre mis brazos.

Por todos los dioses, iba a hacer trizas a esa zorra de la reina cuando consiguiera liberarme.

Algo que haría seguro.

De un modo u otro, recuperaría mi libertad y me aseguraría de que sintiera en sus propias carnes todo lo que le había infligido *alguna vez* a Poppy. Multiplicado por diez.

Abrí los ojos de inmediato al oír unas pisadas suaves. Los músculos de mi cuello se tensaron y volví a estirar la pierna despacio. Esto no era normal. Solo podían haber pasado unas pocas horas desde la última vez que las doncellas personales habían hecho todo ese ritual de sacarme sangre. A menos que ya estuviese empezando a perder la noción del tiempo.

La inquietud se apoderó de mi pecho mientras me concentraba en el sonido de las pisadas. Había muchas, pero unas eran más pesadas. Botas. Apreté la mandíbula y levanté la vista hacia la entrada.

Una doncella personal entró primero, casi fundida con la oscuridad. No dijo nada cuando su falda pasó rozando junto al Demonio desplomado. Con un golpe de acero contra el pedernal, una llama prendió el pábilo de la vela de la pared, donde la otra se había consumido. Entraron cuatro doncellas personales más mientras la primera encendía varias velas, los rasgos de las mujeres indistinguibles detrás de la pintura negra con forma de alas.

Me pregunté lo mismo que me había preguntado cada vez que las veía. ¿De qué diablos iba esa pintura facial?

Lo había preguntado una docena de veces. Jamás había obtenido respuesta.

Se colocaron a ambos lados de la entrada; la primera se unió a ellas y supe en lo más profundo de mi ser quién vendría. Fijé la vista en el espacio que quedaba entre las doncellas personales y me llegó un aroma a rosas y a vainilla. Una ira caliente y sin fin inundó mi pecho.

Entonces entró ella, con el aspecto contrario al de sus doncellas

personales.

Blanco. Ese monstruo llevaba un vestido muy ajustado, de un blanco prístino, casi transparente, que dejaba muy poco librado a la imaginación. La repugnancia me hizo enroscar el labio. Aparte del pelo castaño rojizo que llegaba hasta una estrecha cintura ceñida, no se parecía en nada a Poppy.

Al menos eso era lo que no paraba de decirme.

Que no había ningún parecido familiar en sus rasgos… la forma de sus ojos, la línea recta de su nariz con un rubí como *piercing*, la expresiva boca carnosa…

No importaba una mierda.

Poppy no se parecía en *nada* a ella.

La Reina de Sangre. Ileana. *Isbeth*. Mejor conocida como una zorra que pronto estaría muerta.

Se acercó y seguía sin tener ni idea de cómo podía no haberme dado cuenta de que no había Ascendido. Esos ojos eran oscuros e insondables, pero no tan opacos como los de un *vampry*. Su tacto… diablos, se había confundido con los de los demás a lo largo de los años, pero aunque había sido frío, no había sido gélido y exangüe. Aunque, claro, ¿por qué iba yo o nadie a plantearme siquiera la posibilidad de que la reina fuese nada distinto a lo que decía ser?

Nadie excepto mis padres.

Ellos debían de saber la verdad acerca de la Reina de Sangre, quién era en realidad. Y no nos lo habían dicho. No nos habían advertido.

Una ira ardiente y voraz me reconcomía por dentro. Puede que saberlo no hubiese cambiado este final, pero sí hubiese afectado a cada aspecto de cómo planeamos enfrentarnos a ella. Por todos los dioses, de haber sabido que un ansia de venganza de varios siglos de antigüedad era la que impulsaba el tipo especial de locura de la Reina de Sangre, hubiéramos estado mejor preparados. Nos hubiese impulsado a ser cautos. Hubiéramos sido conscientes de que de verdad era capaz de *cualquier cosa*.

Sin embargo, ahora mismo nada de eso tenía remedio, no cuando me tenían encadenado a una jodida pared y Poppy estaba ahí fuera, tratando de digerir el hecho de que esta mujer era su madre.

Tiene a Kieran, me recordé. *No está sola*.

La reina falsa tampoco estaba sola. Un hombre alto entró detrás de ella con aspecto de vela andante. Era un tipo *dorado*, desde el pelo hasta la pintura facial que se extendía como alas por su rostro. Sus ojos eran de un azul tan pálido que parecían casi desprovistos de color; ojos como los de algunas de las doncellas personales. Hubiese apostado a que era otro Retornado. Aunque una de las doncellas personales cuyo cuello se había suturado solo había tenido los ojos marrones, o sea que no todos los Retornados tenían los iris claros.

Se quedó en la entrada, sus armas no tan ocultas como las de las doncellas personales. Vi una daga negra amarrada al pecho y dos espadas aseguradas a la espalda, los mangos curvos visibles por encima de sus caderas. *Que le den*. Mi atención volvió hacia la Reina de Sangre.

La luz de las velas centelleó sobre las puntas de diamante de la corona de rubíes cuando Isbeth bajó la vista hacia el Demonio.

—No sé si sois conscientes de ello —dije con tono casual—, pero tenéis un problema de plagas.

Una única ceja oscura se arqueó al tiempo que chasqueaba dos veces sus dedos pintados de rojo. Dos doncellas personales se movieron como un solo ser, recogieron lo que quedaba del Demonio y se llevaron a la criatura mientras los ojos de Isbeth volvían a mí.

—Estás hecho una mierda.

—Sí, pero yo me puedo lavar. ¿Tú? —Sonreí al ver cómo se tensaba la piel en torno a su boca—. Tú no puedes quitarte de encima ese hedor ni borrarlo a base de comida. Tú tienes esa *mierda* dentro.

La risa de Isbeth sonó como el tintineo de cristal contra cristal, chirriante contra todos mis nervios.

—Oh, santo cielo, Casteel, había olvidado lo encantador que puedes ser. No me extraña que mi hija parezca tan encandilada por ti.

—No la llames así —gruñí.

Arqueó ambas cejas mientras jugueteaba con un anillo en su dedo índice. Una alianza de oro con un diamante rosa. El oro estaba lustroso y brillaba incluso a la tenue luz. Centelleaba de un modo que solo el oro atlantiano podía hacerlo.

—Por favor, no me digas que dudas de que sea su madre. Sé que

no soy un paradigma de sinceridad, pero no dije nada más que verdades con respecto a ella.

—Me importa una mierda si la llevaste en el vientre durante nueve meses y si la trajiste al mundo con tus propias manos. —Cerré las mías en puños apretados—. No eres nada para ella.

Isbeth se quedó espeluznantemente quieta y callada. Pasaron varios segundos largos antes de que dijera nada más.

—Sí fui una madre para ella. Ella no se acordará porque no era más que una bebé chiquitita, perfecta y preciosa en todos los aspectos. Dormí y desperté con ella a mi lado todos y cada uno de los días hasta que supe que ya no podía correr ese riesgo. —Los bajos de su vestido se arrastraron por el charco de sangre de Demonio cuando dio un paso adelante—. Y fui una madre para ella cuando creía que era solo su reina, curando sus heridas después de ese horrible ataque. Hubiese dado cualquier cosa por haber podido evitarlo. —Su voz bajó de tono y casi habría podido creer que decía la verdad—. Hubiese hecho cualquier cosa por impedir que sufriera ni un segundo de dolor. De tener un recordatorio perenne de aquella pesadilla cada vez que se miraba a un espejo.

—Cuando se mira, no ve nada más que belleza y valentía —espeté, cortante. La reina levantó la barbilla.

—¿De verdad crees eso?

—Lo *sé*.

—De niña, solía llorar cuando veía su reflejo —me dijo, y se me comprimió el pecho—. A menudo me suplicaba que la arreglara.

—No necesita que nadie la arregle —bufé con furia. Odiaba… odiaba *con toda mi alma* que Poppy hubiese podido sentirse así alguna vez, incluso de niña.

Isbeth se quedó callada un momento.

—Aun así, hubiese hecho cualquier cosa por evitar lo que ocurrió.

—¿Y crees que no tuviste nada que ver en ello? —la desafié.

—No fui yo la que abandonó la seguridad de la capital y de Wayfair. No fui yo la que la raptó. —Su mandíbula se apretó para sobresalir en una expresión demasiado familiar—. Si Coralena no me hubiese traicionado, si no la hubiese traicionado a *ella*, Penellaphe jamás hubiese conocido un dolor semejante.

La incredulidad pugnaba con la repugnancia.

—¿Y aun así la traicionaste enviándola a Masadonia? ¿Con el duque de Teerman que la…?

—Cállate. —Se puso rígida una vez más.

¿No quería oírlo? Mala suerte.

—Teerman la maltrataba todo el rato. Dejaba que otros también lo hicieran. Lo convirtió casi en un deporte.

Isbeth se encogió un poco.

Se encogió de verdad.

—Eso fue culpa tuya —escupí, los dientes retraídos por encima de mis colmillos—. No tienes derecho a culpar a nadie de ello y quitarte de encima las culpas. Cada vez que la tocaba, le hacía daño. Eso fue culpa tuya.

Respiró hondo y se enderezó de nuevo.

—No lo sabía. De haberlo sabido, lo hubiese abierto en canal y le hubiese obligado a comerse sus propias entrañas hasta que se atragantara con ellas.

Bueno, eso no lo dudaba.

Porque ya le había visto hacérselo a un mortal.

Sus dientes apretados temblaban mientras me miraba desde lo alto.

—¿Lo mataste *tú*?

Una salvaje oleada de satisfacción me recorrió de arriba abajo.

—Sí, lo maté.

—¿Te encargaste de que doliera?

—¿Tú qué crees?

—Que sí. —Dio media vuelta y se dirigió en silencio hacia la pared, justo cuando llegaban de vuelta las dos doncellas personales y volvían a ocupar sus puestos al lado de la puerta—. Bien.

Se me escapó una risa seca.

—Y a ti te haré lo mismo.

Giró la cabeza hacia mí para lanzarme una pequeña sonrisa.

—Siempre me ha impresionado tu resiliencia, Casteel. Supongo que eso lo sacaste de tu madre.

Noté un sabor ácido en la boca.

—Sí, tú lo sabrías, ¿no?

—Solo para que lo sepas… —empezó, con un encogimiento de hombros. Pasó un momento antes de continuar—. Al principio no odiaba a tu madre. Ella amaba a Malec, pero él me quería a mí. No

la envidiaba, sentía pena por ella.

—Estoy seguro de que se alegrará de saberlo.

—Lo dudo —murmuró. Enderezó una vela que se había ladeado y sus dedos pasaron a través de la llama, lo que la hizo titilar como loca—. No obstante, ahora sí que la odio. —No podía importarme menos—. Con cada fibra de mi ser. —Una voluta de humo brotó de la llama que había tocado, se volvió de un negro oscuro y denso, rozó contra la piedra húmeda y dejó una mancha.

Eso no era ni remotamente normal.

—¿Qué demonios eres?

—No soy nada más que un mito. Un cuento de advertencia que era narrado antaño a los niños atlantianos para asegurarse de que no robaran lo que no se merecían —explicó, tras girar la cabeza hacia mí.

—¿Eres una *lamaea*?

Isbeth se echó a reír.

—Una respuesta muy mona, pero creía que eras más listo. —Fue hasta otra vela y también la enderezó—. Puede que no sea una diosa según vuestras creencias y vuestros estándares, pero soy tan poderosa como una. Así que ¿cómo es que no soy simplemente eso? Una diosa.

Algo tironeó de mis recuerdos, algo que estaba seguro de que había dicho el padre de Kieran cuando éramos más jóvenes. Cuando la *wolven* a la que amaba Kieran se estaba muriendo y él había rezado a unos dioses que sabía que estaban dormidos para que la salvaran. Cuando le rezaba a cualquier cosa que pudiera estar escuchando, Jasper lo había advertido de que… algo que no fuese un dios podría responder.

Que un dios falso podría responder.

—Demis —susurré con voz ronca—. Eres una demis. Una diosa falsa.

Un lado de los labios de Isbeth se curvó hacia arriba, pero fue el Retornado dorado el que habló.

—Vaya, al parecer *sí* que es listo.

—A veces —repuso ella con un encogimiento de hombros.

Por todos los demonios. Había creído que los demis eran tan míticos como las *lamaeas*.

—¿Eso es lo que has sido siempre? ¿Una imitación mala de la

cosa de verdad, empecinada en destrozar la vida de los desesperados?

—Esa es una suposición bastante ofensiva. Pero no. Un demis no nace sino que se hace cuando un dios comete el acto prohibido de Ascender a un mortal que no había sido Elegido.

No tenía ni idea de a qué se refería con un mortal que era Elegido, pero tampoco tuve ocasión de preguntárselo.

—¿Qué sabes acerca de Malec? —me preguntó. Por el rabillo del ojo, vi que la cabeza dorada del Retornado se ladeaba.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunté a cambio.

—Por aquí. —Isbeth se giró hacia mí y cruzó las manos. No llevaba ni una joya aparte del anillo atlantiano.

—Quiero verlo.

Esbozó una leve sonrisa.

—No creo que eso sea sensato.

—¿Por qué?

Se acercó un poco más a mí.

—No te lo has ganado, Casteel.

El ácido se extendió por mi interior, inundó mis venas.

—Voy a tener que desilusionarte, pero no vamos a volver a jugar a ese jueguecito.

Isbeth hizo un mohín.

—Pero me encantaba ese juego. Igual que a Malik. He de reconocer que a él se le ha dado siempre mucho mejor que a ti.

La furia palpitaba por cada centímetro de mi cuerpo. Me di impulso contra el suelo al tiempo que daba voz a mi ira. No llegué muy lejos. Las ataduras de mi cuello tiraron de golpe de mi cabeza hacia atrás, y los grilletes de mis tobillos y muñecas se cerraron con fuerza y tiraron de mí contra la pared. Las doncellas personales dieron un paso adelante.

Isbeth levantó una mano para hacerlas retroceder.

—¿Eso te ha hecho sentir mejor?

—¿Por qué no te acercas? —gruñí, el pecho agitado a medida que la banda de mi cuello se aflojaba despacio—. Eso sí que me haría sentir mejor.

—Estoy segura de que sí, pero verás, tengo planes que requieren que conserve el cuello intacto y la cabeza aún sobre los hombros —repuso, al tiempo que deslizaba una mano por la pechera de su

vestido.

—Los planes siempre pueden cambiar.

Isbeth sonrió.

—Pero este plan también requiere que tú sigas con vida. —Me observó—. No te lo crees, ¿verdad? Si te quisiera muerto, ya lo estarías.

Entorné los ojos en su dirección y vi que hacía un gesto sutil con la barbilla. El Retornado dorado salió al pasillo, solo para volver enseguida con un saco de yute. La peste a muerte y descomposición me golpeó de inmediato. Hasta el último rincón de mi ser se concentró en el saco que llevaba el Retornado. No sabía lo que había dentro, pero sí sabía que era algo que solía estar vivo. Mi corazón empezó a martillear en mi pecho.

—Parece ser que mi otrora amistosa y encantadora hija se ha vuelto bastante… violenta, con cierta afición por las espadas —comentó Isbeth, mientras el Retornado se agachaba para desatar el saco—. Penellaphe me ha enviado un mensaje.

Mis labios se entreabrieron cuando el Retornado dorado volcó el saco con cuidado y una… maldita cabeza salió rodando de él. Reconocí de inmediato el pelo rubio y la mandíbula cuadrada.

El rey Jalara.

Por todos los diablos.

—Como puedes ver, fue un mensaje de lo más interesante —declaró Isbeth, inexpresiva. No podía creer que estuviera mirando la cabeza del Rey de Sangre. Una sonrisa perezosa se desplegó por mi rostro. Me eché a reír, una risa profunda y sonora. Por los dioses, Poppy era… maldita sea, era violenta de la manera más *magnífica* posible, y no podía *esperar* a demostrarle lo mucho que lo apreciaba—. Esa es… por todos los dioses, esa es mi reina.

El Retornado abrió los ojos como platos por la sorpresa, pero yo me reí hasta que me dieron calambres en el estómago. Hasta que tuve los ojos anegados de lágrimas.

—Me alegro de que te parezca divertido —comentó Isbeth con frialdad.

Sin dejar de sacudir los hombros, eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared.

—Santo cielo, es lo mejor que he visto en mucho tiempo, de verdad.

—Te sugeriría que deberías salir más, pero… —Hizo un gesto elocuente en dirección a las cadenas—. En cualquier caso, esa fue solo una parte del mensaje que envió.

—¿Había más?

Isbeth asintió.

—Había unas cuantas amenazas más incluidas en él.

—Estoy seguro de que sí. —Me reí entre dientes, deseando haber estado ahí para verlo. No había ni una sola parte de mí que dudara de que había sido la mano de Poppy la que terminó con la vida de Jalara.

La Reina de Sangre abrió los ollares.

—Pero hubo una advertencia en particular que me interesó mucho. —Se puso en cuclillas con un movimiento lento y fluido que me recordó a las serpientes de sangre fría que podían encontrarse al pie de las montañas de Nyktos. Esas serpientes naranjas y rojas de dos cabezas eran tan venenosas como la víbora que tenía delante de mí—. A diferencia de ti y de mi hija, Malec y yo nunca disfrutamos del privilegio de la marca de matrimonio, la prueba de que cualquiera de los dos estábamos vivos o muertos. Y sabes que ni siquiera el vínculo compartido entre corazones gemelos puede alertar al otro de la muerte de uno. He pasado los últimos cientos de años convencida de que Malec estaba muerto. —Hasta el último ápice de humor desapareció de un plumazo—. Pero al parecer me equivocaba. Penellaphe dice que Malec no solo está vivo, sino que sabe dónde está. —La cabeza del Retornado se ladeó otra vez al mirarla. Isbeth pareció no darse cuenta—. Dijo que lo mataría y, en cuanto Penellaphe empiece a creer en su poder, muy bien podría hacerlo. —Sus ojos oscuros se clavaron en mí—. ¿Eso es cierto? ¿Está vivo?

Maldita sea, Poppy no se andaba con chiquitas.

—Es cierto —confirmé en voz baja—. Está vivo. Por ahora.

El cuerpo delgado de la reina prácticamente vibraba.

—¿Dónde está, Casteel?

—Venga, *Isbeth* —susurré, inclinándome hacia delante todo lo que pude—. Deberías saber que no hay literalmente nada que puedas hacer para obligarme a decírtelo. Ni siquiera traer aquí a mi hermano y empezar a cortar trocitos de su piel.

Isbeth me miró en silencio durante unos instantes largos.

—Dices la verdad.

Sonreí de oreja a oreja. Sí que decía la verdad. Isbeth creía que podía controlar a Poppy a través de mí, pero mi asombrosa y violenta mujer le había dado jaque mate a su culo, y no había ni una sola opción de que yo fuese a poner eso en peligro. Ni siquiera por Malik.

—Recuerdo un tiempo en que hubieses hecho cualquier cosa por tu familia —musitó Isbeth.

—Ese era un tiempo diferente.

—¿Y ahora harás cualquier cosa por Penellaphe?

—Cualquier cosa —le prometí.

—¿Por la oportunidad de lo que representa? —sugirió Isbeth—. ¿Es eso lo que de verdad te mueve? Después de todo, por medio de mi hija, has usurpado el lugar de tu hermano y de tus padres. Ahora eres rey. Y debido a su linaje, ella es *la* reina. Eso te convertiría a ti en *el* rey.

Negué con la cabeza, en absoluto sorprendido. Por supuesto que Isbeth pensaría que lo que sentía tenía todo que ver con el poder.

—¿Cuánto tiempo has pasado planeando reclamarla? —continuó —. Tal vez nunca pensaste utilizarla para liberar a Malik. Tal vez ni siquiera la quieras.

Le sostuve la mirada sin vacilar.

—Daría igual que reinase sobre todas las tierras y los mares o que fuese la reina de nada más que un montón de cenizas y huesos, siempre sería… *será… mi* reina. El amor es una emoción demasiado débil para describir cómo me consume y lo que siento por ella. Poppy lo es todo para mí.

Isbeth se quedó callada durante unos segundos.

—Mi hija se merece que alguien la quiera con la misma ferocidad que ella quiere a los demás. —Un indicio de tenue color plateado centelleó en el centro de los ojos de Isbeth, aunque no tan vívido como lo que veía en los de Poppy. Su mirada bajó hacia la banda que rodeaba mi cuello—. Nunca quise esto, esta guerra con mi hija.

—¿En serio? —Solté una carcajada seca—. ¿Y qué esperabas? ¿Que te siguiera el juego?

—¿Y se casara con tu hermano? —La luz de sus ojos se intensificó cuando gruñí—. Por todos los dioses, la mera idea de eso

te enfurece, ¿verdad? Si te hubiese matado cuando te tuve cautivo la última vez, él hubiera ayudado en su Ascensión.

Me costó un esfuerzo supremo no reaccionar, no tratar de arrancarle el corazón del pecho.

—Aun así no hubieses tenido lo que querías. Poppy hubiese averiguado la verdad acerca de ti, acerca de los Ascendidos. Ya lo estaba haciendo, incluso antes de que yo entrara en su vida. Jamás te hubiese dejado apoderarte de Atlantia.

La sonrisa de Isbeth volvió a su cara, aunque fue una sonrisa de labios apretados.

—¿Crees que todo lo que quiero es Atlantia? ¿Que eso era todo lo que mi hija estaba destinada a conseguir? Su propósito es mucho más grande. Igual que el de Malik. Igual que el tuyo ahora. Ahora formamos parte de un plan mucho mayor, y todos nosotros, juntos, restauraremos el mundo a lo que siempre estuvo destinado a ser. El cambio ya ha comenzado.

Me quedé muy quieto.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Con el tiempo lo verás. —Se levantó—. Si mi hija de verdad te ama, esto me dolerá de maneras que dudo que vayas a creer nunca. —Giró un poco la cabeza—. ¿Callum?

El Retornado dorado esquivó la cabeza del rey Jalara, con cuidado de no rozarla. Mis ojos volaron hacia él.

—No te conozco, pero también te voy a matar, de un modo o de otro. Solo he creído que debería decírtelo.

Vaciló un instante, la cabeza ladeada de nuevo.

—Si supieras la de veces que he oído eso —dijo. Una leve sonrisa se formó en sus labios al tiempo que extraía una delgada daga de piedra umbra de la vaina que cruzaba su pecho—. Aunque tú eres el primero que creo que quizá lo consiga.

En ese momento, el Retornado se abalanzó sobre mí y mi mundo estalló en dolor.

Capítulo 2

Poppy

A través del laberinto de pinos a las afueras de la ciudad amurallada de Massene, capté un atisbo de un *wolven* plateado y blanco que caminaba más adelante.

Arden avanzaba pegado a los tupidos arbustos que atestaban el suelo del bosque y se movía con sigilo mientras se acercaba al límite de la Tierra de Pinos. La larga y ancha franja de bosques pantanosos bordeaba tanto Massene como Oak Ambler y se extendía hasta la costa del reino de Solis.

La tierra estaba llena de insectos que olían a podredumbre y se alimentaban de cualquier parte de piel visible con la misma ansia que un Demonio. También había *cosas* que serpenteaban por el suelo musgoso si mirabas con la atención suficiente durante un rato. Y en los árboles, se veían burdos círculos hechos de palos o huesos con un aspecto vagamente parecido al escudo real de la Corona de Sangre, excepto por que la línea estaba en diagonal cuando atravesaba el centro del círculo.

Massene se asentaba al lado de lo que se conocía como territorio del clan de los Huesos Muertos.

No habíamos visto ni rastro del misterioso grupo de personas

que antes vivían donde se alzaba ahora el Bosque de Sangre y parecían inclinadas a alimentarse con la carne de cualquier ser vivo, incluidos mortales y *wolven*. Pero eso no significaba que no estuviesen ahí. Desde el momento en que habíamos entrado en la Tierra de Pinos, había tenido la sensación permanente de que cien pares de ojos seguían todos nuestros movimientos.

Por todas esas razones, no era fan de aquellos pinares. Aunque no sabía qué era lo que menos me gustaba, si los caníbales o las serpientes.

Sin embargo, si queríamos tomar Oak Ambler, la ciudad portuaria más grande del este, tendríamos que tomar Massene primero. Y tendríamos que hacerlo solo con los *wolven* y un pequeño batallón, que había llegado por delante de los ejércitos más grandes encabezados por… *su* padre, el exrey de Atlantia, Valyn Da'Neer. Todos los *drakens* menos uno viajaban con esos ejércitos; aunque yo había invocado a los *drakens* y los había despertado de su sueño, no lo había hecho para que arrasaran ciudades y gentes con sus llamaradas.

El general Aylard, que dirigía el recién llegado batallón, se había mostrado de lo más disgustado cuando se enteró de ello y de nuestros planes para Massene. Pero yo era la reina y había dos cosas primordiales por encima de todas las demás.

Liberar a nuestro rey.

Y no hacer la guerra como antes, destrozando vidas y dejando que las ciudades se convirtiesen en poco más que enormes fosas comunes. Eso no era lo que él querría. Tampoco era lo que quería yo.

Massene era más grande que New Haven y que Whitebridge, pero más pequeña que Oak Ambler y no tan bien protegida como la ciudad portuaria. Sin embargo, no estaban indefensos.

Aun así, no podíamos esperar más tiempo a que llegaran Valyn y los otros generales. Los Ascendidos que vivían detrás de esas murallas se habían dedicado a llevar a mortales al bosque, alimentarse de ellos y dejarlos abandonados para que se transformaran. Los ataques de los Demonios eran cada vez más frecuentes, y cada grupo más grande que el anterior. Peor aún, según nuestros exploradores, la ciudad se había vuelto silenciosa durante el día, pero por la noche…

Se oían gritos.

Después habían matado a tres de nuestros *wolven* que patrullaban por los bosques el día anterior. Habían dejado solo sus cabezas clavadas en picas en la frontera con Pompay. Conocía sus nombres. Jamás los olvidaría.

Roald. Krieg. Kyley.

Y ya no podía esperar más.

Habían pasado veintitrés días desde que él se había entregado a un monstruo que lo había hecho sentirse como una *cosa*. Desde la última vez que lo había visto. Desde que había visto sus ojos dorados incendiarse. Observado cómo se formaban esos hoyuelos, primero en su mejilla derecha y luego en la izquierda. Sentido el contacto de su piel con la mía. Oído su voz. *Veintitrés días*.

Las placas de armadura se tensaron sobre mi pecho y mis hombros cuando me incliné hacia delante sobre Setti, lo cual llamó la atención de Naill, el atlantiano que cabalgaba a mi izquierda. Mantuve un agarre firme sobre las riendas del caballo de batalla, justo como… él me había enseñado. Abrí mis sentidos para conectar con Arden.

Un sabor amargo, casi agrio, llenó mi boca. *Angustia*. Y algo ácido: *ira*.

—¿Qué pasa?

—No estoy segura. —Eché una ojeada a mi derecha. Las sombras se habían congregado sobre las facciones morenas de Kieran Contou, el *wolven* antaño vinculado a él y actual Consejero de la Corona—. Pero está disgustado.

Arden interrumpió su patrullar inquieto cuando nos acercamos. Sus vibrantes ojos azules volaron hacia mí y gimoteó con suavidad, un sonido que me desgarró el corazón. La impronta única de Arden me recordaba al mar salado, pero no intenté hablar con él a través del *notam* primigenio porque el *wolven* todavía no se sentía cómodo con esa forma de comunicación.

—¿Qué pasa?

Asintió con su gran cabeza plateada y blanca en dirección al Adarve de Massene y luego se giró para adentrarse otra vez en los árboles.

Kieran levantó un puño cerrado para detener a los que venían detrás mientras él y Naill se adelantaban, serpenteando entre el

denso pinar. Esperé, al tiempo que alargaba la mano hacia la bolsita que llevaba atada a la cadera. El pequeño caballito de madera que Malik había tallado por… *su* sexto cumpleaños se incrustó en la marca de matrimonio de la palma de mi mano.

Malik.

El antiguo heredero al trono de Atlantia. Lo habían capturado en el proceso de liberar a su hermano. Y los dos habían sido traicionados por la *wolven* a la que él había amado.

La tristeza que había sentido al enterarme de lo que había hecho Shea estaba ahora ensombrecida por la aflicción y la ira de saber que Malik había hecho lo mismo. Intentaba no dejar que la ira se enconase. Malik llevaba un siglo cautivo. Solo los dioses sabían lo que le habían hecho y lo que había tenido que hacer para sobrevivir. Sin embargo, eso no era excusa para su traición. No hacía que el golpe fuese más leve. Aunque él también era una víctima.

Dale la muerte más rápida e indolora que sea posible.

Lo que me había pedido Valyn Da'Neer antes de marcharme de Atlantia pesaba como una piedra en mi corazón. Era un peso con el que estaba dispuesta a cargar. Un padre no debería tener que acabar con su propio hijo. Esperaba que la cosa no llegara a eso, pero tampoco podía imaginar cómo podría no hacerlo.

Kieran se detuvo. Sus emociones repentinas e intensas se estrellaron contra mí en oleadas amargas de… *horror*.

Consternada por su reacción, se me hizo un nudo de inquietud en el estómago.

—¿Qué pasa? —pregunté otra vez, al ver que Arden se había vuelto a parar.

—Por todos los dioses —exclamó Naill, al tiempo que se echaba hacia atrás en su montura ante lo que fuese que hubiera visto. Su piel marrón oscura adquirió una lividez grisácea. Su horror era tan potente que arañaba contra mis escudos como garras amargas.

Cuando no obtuve respuesta, aumentó mi inquietud, se apoderó de todo mi ser. Animé a Setti a avanzar entre Kieran y Naill, hacia donde la puerta del Adarve de Massene era visible entre los pinos.

Al principio, no le encontré sentido a lo que estaba viendo. A las formas en cruz que colgaban de las enormes verjas.

Docenas de ellas.

Mi respiración se volvió entrecortada. El *eather* empezó a vibrar en mi pecho cada vez más comprimido. La bilis trepó por mi garganta. Me eché hacia atrás con brusquedad. Antes de perder el equilibrio y caer de la silla, el brazo de Naill salió disparado para agarrarme del hombro.

Esas formas eran…

Cuerpos.

Hombres y mujeres desnudos, empalados por las muñecas y los pies a las verjas de hierro y piedra caliza de Massene, sus cuerpos exhibidos para que cualquiera pudiese verlos.

Sus rostros…

Me invadió un intenso mareo. Sus rostros no estaban desnudos. Todos estaban cubiertos por el mismo velo que me habían forzado a llevar a mí, sujetos con cadenitas doradas que brillaban mortecinas a la luz de la luna.

Una tormenta de ira sustituyó a la incredulidad al tiempo que las riendas de Setti escapaban de mis dedos. El *eather*, la esencia primitiva de los dioses que fluía a través de los muchos linajes diferentes, palpitaba con fuerza en mi pecho. Mucho más fuerte en mi interior porque lo que había dentro de mí venía directo de Nyktos, el Rey de los Dioses. La esencia se fusionó con una furia ardiente y glacial mientras contemplaba los cuerpos. Mi pecho subía y bajaba en respiraciones demasiado rápidas y superficiales. Un tenue sabor metálico impregnó el interior de mi boca al mirar más allá del horror de las verjas, hacia las cimas de las lejanas torres espiraladas, cada una teñida de marfil contra el cielo oscuro.

En lo alto, los pinos empezaron a temblar y nos rociaron de delgada pinocha. Y esa ira, el *horror* por lo que estaba viendo, aumentó y aumentó hasta que la periferia de mi visión se volvió plateada.

Mis ojos se desviaron hacia los que patrullaban por el Adarve, a ambos lados de la verja donde los cuerpos de mortales como ellos eran exhibidos con semejante crueldad. Lo que llenó mi boca, atoró mi garganta, venía de dentro de mí. Era sombrío y ahumado y un poco dulce, rodaba por mi lengua y provenía de un lugar muy profundo en mi interior. De ese vacío frío y doloroso que había despertado en los últimos veintitrés días.

Sabía a una promesa de venganza.

De ira.

Y muerte.

Saboreé la *muerte* mientras contemplaba a los guardias del Adarve detenerse a apenas un metro de los cuerpos para hablar los unos con los otros, para reírse de algo que alguno había dicho. Entorné los ojos mientras los miraba, y la esencia palpitó en mi interior y mi voluntad se hinchó. Una repentina ráfaga de viento, más fría que una mañana de invierno, sopló a través del Adarve, levantó los bordes de los velos y zarandeó a los guardias de la muralla hasta el punto de hacer resbalar a algunos hacia el borde.

Entonces dejaron de reírse y supe que las sonrisas que no podía ver se les habían borrado.

—*Poppy*. —Kieran se inclinó hacia mí desde su montura y cerró una mano en torno a mi nuca por debajo de la gruesa trenza—. Calma. Tienes que encontrar la calma. Si haces algo ahora, antes de que sepamos con exactitud cuántos hay en el Adarve, los alertará de nuestra presencia. Debemos esperar.

No estaba segura de querer calmarme, pero Kieran tenía razón. Si queríamos tomar Massene con la mínima pérdida de vidas posible (todos esos inocentes que vivían dentro de las murallas y los Ascendidos no hacían más que convertir en Demonios y colgarlos de las paredes), tenía que recuperar el control de mis emociones y habilidades.

Y podía hacerlo.

Si quería.

En las últimas semanas, había pasado mucho tiempo en el *notam* primigenio, trabajando con los *wolven* para ver cuánta distancia podíamos poner entre nosotros y aun así ser capaces de comunicarnos. Aparte de con Kieran, con el que más éxito había tenido era con Delano, con el que podía conectar en lo más profundo de las Tierras Baldías a través del *notam*. Pero también me había centrado en aprender a contener y controlar el *eather*, de modo que lo que imaginaba en mi mente se convirtiera en mi voluntad y la energía lo llevara a cabo al instante.

Para poder *luchar como una diosa*.

Cerré los puños e hice un esfuerzo por contener el *eather*. Me costó hasta el último ápice de mi ser reprimirme para no permitir que la promesa de venganza fluyera de mi interior.

—¿Estás bien? —preguntó Kieran.

—No. —Tragué saliva—. Pero tengo el control. —Miré a Naill—. ¿Tú estás bien?

El atlantiano negó con la cabeza.

—No puedo entender cómo alguien es capaz de hacer algo así.

—Yo tampoco. —Kieran miró más allá de mí hasta Naill mientras Arden retrocedía del borde de los árboles—. Creo que es bueno que no podamos.

Me obligué a mirar hacia las almenas de la parte superior de la muralla. No podía mirar los cuerpos demasiado tiempo. No podía permitirme pensar de verdad en ellos. Igual que no podía permitirme pensar en las cosas por las que estaba pasando él, lo que le estarían haciendo.

Noté un roce suave como una pluma contra mis pensamientos, seguido de la impronta fresca y primaveral de la mente de Delano. El *wolven* estaba explorando a lo largo del Adarve para averiguar cuántos guardias había exactamente. ¿*Meyaah Liessa*?

Tragué saliva al oír la antigua frase atlantiana que más o menos podía traducirse como *mi reina*. Los *wolven* sabían que no tenían por qué dirigirse a mí de ese modo, pero muchos aún lo hacían. No obstante, mientras que Delano lo hacía porque le parecía que era una muestra de respeto, Kieran solía llamarme así solo para irritarme.

Seguí la impronta de vuelta hasta Delano. ¿Sí?

Hay veinte en las verjas del norte. Pasó un momento de silencio. *Y…*

Su aflicción impregnaba el vínculo. Cerré los ojos un momento. *Mortales en la verja*.

Sí.

La esencia palpitó. ¿Cuántos?

Dos docenas, contestó, y una energía violenta presionó contra mi piel. *Emil está convencido de que puede derribarlos a todos deprisa*, dijo, en alusión al atlantiano elemental que tan irreverente solía ser.

Abrí los ojos. Massene tenía solo dos puertas: una al norte y esta, que daba al este.

—Delano dice que hay veinte en las verjas del norte —informé a

los demás—. Emil cree que puede derribarlos.

—Puede —confirmó Kieran—. Es tan bueno con una ballesta como lo eres tú.

—Entonces —dije, mirándolo a los ojos—, ha llegado la hora.

Kieran me sostuvo la mirada y asintió. Los tres levantamos las capuchas de nuestras capas; Naill y yo ocultamos así la armadura que llevábamos.

—De verdad que desearía que llevases algún tipo de armadura —le dije a Kieran.

—La armadura solo me pondría las cosas difíciles si tuviese que transformarme —declaró—. Y a fin de cuentas, ninguna armadura es ciento por ciento eficaz. Todas tienen puntos débiles, zonas que esos hombres del Adarve saben bien cómo explotar.

—Gracias por recordármelo —musitó Naill mientras cabalgábamos en silencio hacia el borde de los pinos. Kieran esbozó una sonrisilla.

—Para esto estoy aquí.

Sacudí la cabeza mientras buscaba la impronta de Delano, sin permitirme pensar en las vidas que mi orden segaría. *Derribadlos*.

Delano respondió enseguida. *Será un placer*, meyaah Liessa. *Nos reuniremos con vosotros pronto en la verja del este*.

—Preparaos —dije en voz alta mientras deslizaba mi atención otra vez hacia los que estaban en el Adarve delante de nosotros.

Levanté la vista hacia la muralla bañada por la luz de la luna. Había allí tres docenas de personas que era probable que no tuvieran otra opción que unirse a la guardia del Adarve. La mayoría de la gente en Solis tenía pocas oportunidades, sobre todo si no habían nacido en familias encumbradas por el poder y el privilegio que aportaban los Ascendidos, los que vivían tan lejos de la capital. Como la mayoría de las localidades del este, con la excepción de Oak Ambler, Massene no era una ciudad rica y sofisticada, sino más bien formada por granjeros que cuidaban de las cosechas que alimentaban a gran parte de Solis.

Pero ¿esos que reían y charlaban como si los empalados a esa verja no los afectasen? Ese era un tipo totalmente distinto de apatía; eran igual de fríos y vacíos que los Ascendidos.

Igual que cuando le di la orden a Delano, no pensé en las vidas que estaban a punto de terminar antes de tiempo por voluntad mía.

No podía.

Vikter me había enseñado eso hacía una eternidad. Que nunca podías pensar en la vida del otro cuando sujetaba una espada apuntada a tu cuello.

Ahora mismo no tenía ninguna espada apuntada a mi cuello, pero *sí* que había cosas mucho peores apuntadas al cuello de los que estaban dentro del Adarve.

Invoqué el *eather*, que respondió de inmediato para relucir en la superficie de mi piel. Un tono plateado tiñó mi visión mientras Kieran y Naill levantaban sendas ballestas, cada una cargada con tres flechas.

—Yo me ocuparé de los que están al fondo del Adarve —dijo Kieran.

—Yo me encargo de los de la izquierda —confirmó Naill.

Lo cual dejaba a la docena de al lado de la verja. El *eather* giraba en espiral por mi interior, se filtró en mi sangre, de algún modo ardiente y gélido a la vez. Inundó ese lugar vacío dentro de mí al tiempo que hasta el último resquicio de mi ser se concentraba en los que estaban cerca de la verja.

Junto a los pobres mortales de los velos.

Mi voluntad salió de mí en el mismísimo momento en que la imagen de lo que quería llenó mi mente. El chasquido de sus cuellos, uno después de otro en rápida sucesión, se unió al chasquido de las flechas disparadas. No hubo tiempo de que ninguno de ellos gritara para alertar a compañeros cercanos. Kieran y Naill se apresuraron a cargar flechas nuevas y derribaron a los otros antes de que aquellos cuyos cuellos había roto yo empezaran a caer al suelo siquiera.

Aunque enseguida se unieron a los heridos por flechas letales y cayeron hacia delante, hacia la nada. Me estremecí un poco por el sonido de sus cuerpos al impactar contra el suelo.

Salimos de entre los árboles para cruzar el claro justo cuando otra figura a caballo se reunía conmigo procedente de la izquierda del Adarve. Un *wolven* blanco como la nieve seguía a Emil, aunque se mantuvo cerca de la muralla mientras yo desmontaba deprisa.

—Qué hijos de puta —gruñó Emil, la cabeza inclinada hacia atrás para levantar la vista hacia las verjas—. Menuda falta de respeto más absoluta.

—Lo sé. —Kieran me siguió al ver que me dirigía hacia la cadena que aseguraba la verja.

La ira rebosaba del interior de Emil cuando agarré las frías cadenas.

Arden se movía inquieto cerca de los cascos de los caballos mientras Emil se apresuraba a echar pie a tierra y reunirse conmigo. Naill tiró de las cadenas hacia delante al tiempo que Delano rozaba contra mis piernas. Agarré las cadenas con las manos y cerré los ojos. Había descubierto que podía usar el *eather* del mismo modo que el fuego de *draken*. Aunque no mataría a un Retornado (ni tendría demasiado efecto sobre él, en realidad), *sí podía* fundir hierro. No en grandes cantidades, pero lo suficiente.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Kieran en voz baja—. Pronto amanecerá.

Asentí al tiempo que un aura plateada brotaba alrededor de mis manos y ondulaba por encima de la cadena mientras Emil se asomaba por la verja, pendiente de alguna señal de otros guardias. Fruncí el ceño a medida que el resplandor palpitaba y pedazos del metal parecieron oscurecerse… espesarse, casi como si fuesen zarcillos de sombras. Parpadeé y las volutas desaparecieron. O nunca habían estado ahí. La luz no era la mejor del mundo y, aunque era una diosa, mi vista y mi oído seguían siendo irritantemente mortales.

La cadena se rompió.

—Un talento muy chulo —comentó Naill.

Le lancé una breve sonrisa mientras Emil y él empujaban la verja hacia delante a toda prisa y en silencio.

La Tierra de Pinos cobró vida cuando las puertas se abrieron, multitud de ramitas chasqueando a medida que los *wolven* avanzaban con ademán acechante en una sigilosa oleada de varias docenas, encabezados por la hermana de Kieran.

Vonetta era del mismo color pardo que Kieran, no tan grande como él en forma de *wolven*, pero no menos feroz. Nuestras miradas se cruzaron por un instante cuando encontré su impronta: roble blanco y vainilla. *Ten cuidado*, le dije.

Siempre, llegó su rápida respuesta justo mientras alguien cerraba las verjas a nuestra espalda.

Aparté la mirada de ella y fijé la vista en los silenciosos

barracones de piedra de una sola planta, unos metros por detrás del Adarve. Detrás de ellos y de los campos de cultivo, podía verse el contorno de pequeños edificios achaparrados recortados contra la fortaleza de Cauldra Manor y el horizonte acechante cuyo azul ya empezaba a clarear.

Opté por la espada corta en lugar de por la daga de hueso de *wolven*, así que la desenvainé de donde la llevaba amarrada a la espalda, la empuñadura orientada hacia abajo, mientras corríamos a toda velocidad bajo la oscuridad de los pinos que bordeaban la ancha calle adoquinada. Nos detuvimos delante de los barracones, los *wolven* agazapados cerca del suelo.

Me pegué bien a la corteza rasposa de un pino para asomarme a las ventanas de los barracones iluminados por lámparas de gas. Unas cuantas personas se movían ya en el interior y era solo cuestión de tiempo antes de que se dieran cuenta de que no había nadie en el Adarve.

Kieran se reunió conmigo, su mano apoyada en el árbol por encima de la mía.

—Es probable que dispongamos de unos veinte minutos antes del amanecer —murmuró—. Los Ascendidos ya deberían estar retirándose a sus aposentos.

Asentí. No había templos en Massene, ni un Radiant Row como en Masadonia, donde los mortales adinerados vivían lado a lado con los Ascendidos. En Massene, todos los *vamprys* vivían dentro de Cauldra Manor.

—Recordad —dije, al tiempo que apretaba la mano sobre la empuñadura de la espada—. No hacemos daño a ningún mortal que baje su arma. No hacemos daño a ningún Ascendido que se rinda.

Hubo murmullos y gruñidos suaves de aquiescencia. Kieran se giró hacia Naill y asintió. El atlantiano se adelantó, luego se movió a una velocidad cegadora hasta el lateral de los barracones y arrastró el borde de su espada por la pared del edificio, con lo que creó un desagradable sonido estridente contra la piedra.

—Bueno —musitó Emil—. Esa es una manera de hacerlo.

Una puerta se abrió de par en par y un guardia salió por ella, espada en mano. Giró la cabeza de lado a lado, pero Naill ya había desaparecido entre los pinos.

—¿Quién va? —exigió saber el guardia, mientras unos cuantos

más salían en tromba por las puertas del barracón. El hombre guiñó los ojos hacia la oscuridad—. ¿Quién está ahí fuera?

Me aparté del pino.

—¿De verdad tienes que ser tú? —preguntó Kieran en voz baja.

—Sí.

—En realidad, la respuesta es «no».

—No, no lo es. —Pasé con sigilo por su lado.

Kieran suspiró pero no hizo nada por detenerme.

—Un día de estos vas a registrar que eres una reina —bufó.

—No parece probable —señaló Emil.

Salí de entre los pinos, mis sentidos abiertos. Los hombres se giraron hacia mí, sin haberse percatado aún de que no había nadie en el Adarve.

—Quien soy no es importante —anuncié, y percibí la oleada de sorpresa cuando se dieron cuenta de que era una mujer la que estaba delante de ellos—. Lo que sí es importante es que hemos entrado en vuestra ciudad y estáis rodeados. No estamos aquí para quitaros nada. Estamos aquí para terminar con la Corona de Sangre. Deponed las armas y no sufriréis daño alguno.

—¿Y si no deponemos las armas ante una zorra atlantiana desconocida? —inquirió el hombre, aunque unos pocos de los que había detrás de él irradiaban una mezcla ácida de inquietud y ansiedad—. ¿Entonces qué?

Arqueé las cejas. Estos guardias eran conscientes de que una pequeña porción de los ejércitos atlantianos había estado acampando en los límites de Pompay. Sin embargo, no eran conscientes de que había un *draken* entre nosotros.

Ni de que la reina de Atlantia estaba también en el campamento y era ahora mismo la *zorra* con la que hablaban.

—Moriréis. —La palabra quemaba en mi lengua, pero la pronuncié de todos modos.

—¿Ah, sí? —El hombre se echó a reír y tuve que reprimir mi creciente desilusión y recordarme que muchos mortales no tenían ni idea de a quién servían. Quién era el verdadero enemigo—. ¿Se supone que mis hombres o yo debemos tener miedo de un patético ejército que envía perros extragrandes y zorras para luchar sus batallas? —Se giró hacia atrás—. Parece que vamos a tener otra cabeza para colocar en una pica. —Se volvió hacia mí—. Pero antes,

daremos buen uso de esa boca y de lo que pueda haber debajo de esa capa, ¿verdad, chicos?

Hubo unas cuantas risas mordaces, pero la acidez procedente de otros aumentó. Ladeé la cabeza.

—Esta es vuestra última oportunidad. Deponed las armas y rendíos.

Ese mortal estúpido avanzó pavoneándose.

—¿Qué tal si te tumbas de espaldas y abres las piernas?

Una ira ardiente presionó contra mi espalda mientras deslizaba los ojos hacia él.

—No, gracias.

—En realidad, no te lo estaba preguntando. —Dio un paso más. Y hasta ahí llegó.

Vonetta se dio impulso desde la oscuridad y aterrizó sobre el guardia, cuyo grito terminó con un violento chasquido de las fauces de la *wolven* al cerrarlas en torno al cuello del hombre y derribarlo.

Otro guardia cargó hacia delante, la espada levantada por encima de Vonetta, que arrastraba al hombre grosero por el suelo. Salí disparada, lo agarré del brazo y clavé mi espada bien honda en su tripa. Unos ojos azules en una cara demasiado joven se abrieron de par en par cuando extraje la espada.

—Lo siento —farfullé, y lo empujé a un lado.

Varios de los guardias se lanzaron a por Vonetta y a por mí, solo para darse cuenta de que nosotras no éramos de las que debían estar preocupados… un segundo demasiado tarde.

Los *wolven* surgieron de entre los pinos y cayeron sobre los guardias en cuestión de segundos. El crujir de huesos y unos gritos agudos y demasiado breves reverberaban ya en mi cabeza cuando Kieran deslizó su espada por el cuello de un guardia.

—¿Cuándo dejarán los mortales de llamarnos «perros extragrandes»? —preguntó, y empujó al guardia caído a un lado—. ¿Acaso no conocen la diferencia entre un perro y un lobo?

—Diría que no. —Emil pasó junto al que había atacado a Vonetta y escupió sobre el hombre muerto. Levantó la vista hacia mí—. ¿Qué? Iba a apuñalar a Netta por la espalda. No me gustan nada esas cosas.

En realidad no podía discutírselo, así que me giré hacia los hombres del fondo, los que habían irradiado inquietud. Había cinco.

Sus espadas yacían a sus pies. La enfermiza amargura del miedo impregnó mi piel cuando Delano se adelantó enseñando sus dientes empapados de sangre. El hedor de la orina llenó el aire.

—N… nos rendimos —balbuceó uno que no paraba de temblar.

—Delano —dije con suavidad. El *wolven* se detuvo y gruñó a los hombres—. ¿Cuántos Ascendidos hay?

—D… diez —repuso el hombre, la tez tan pálida como la menguante luz de la luna.

—¿Volverán a Cauldra Manor? —preguntó Kieran cuando llegó a mi lado.

—Ya deberían estar ahí —confirmó otro—. Estarán protegidos. Llevan guardias desde que el duque se enteró de que estabais ahí acampados.

Miré a Naill, que conducía a Setti y a los otros caballos hacia nosotros.

—¿Participaron todos en lo que se les hizo a los que cuelgan de las verjas?

Habló un tercer hombre, mayor que la mayoría de los del Adarve, en su tercera o cuarta década de vida.

—Ninguno de ellos mostró oposición al duque de Silvan cuando dio las órdenes.

—¿Quiénes eran los que eligieron matar? —preguntó Kieran.

Otra oleada de desilusión bulló en mi interior, pesaba como una losa en mi pecho. Quería… no, *necesitaba* creer que había otros Ascendidos como… como Ian, mi hermano, aunque no compartiésemos sangre. Tenía que haber más.

—Fue aleatorio —explicó el primer guardia, el que se había rendido. Parecía a punto de vomitar—. Se limitaron a escoger a gente al azar. Jóvenes. Viejos. No importaba. No era gente que estuviera causando problemas. Nadie causa problemas.

—Lo mismo con los otros —aportó otro guardia más joven—. A los que condujeron fuera del Adarve.

Kieran enfocó la vista en el mortal, la mandíbula apretada.

—¿Sabéis lo que les hicieron?

—Yo sí —dijo el mayor—. Los condujeron ahí afuera. Se alimentaron de ellos. Los abandonaron para que se transformaran. Nadie me creyó cuando dije que eso era lo que había ocurrido. —Hizo un gesto con la barbilla hacia los que estaban a su lado—.

Dijeron que estaba loco, pero sé lo que vi. Es solo que no pensé… —Sus ojos se deslizaron hacia las puertas—. Creí que a lo mejor era *verdad* que estaba loco.

Simplemente no había sido consciente de todo lo que eran capaces de hacer los Ascendidos.

—Tenías razón —repuso Kieran—. Si en algo te ayuda saberlo.

Me daba la sensación de que ese conocimiento hacía muy poco por él, así que me giré hacia Naill y envainé mi espada.

—Aseguraos de que permanecen en los barracones. Ilesos. —Le hice un gesto a Arden—. Quédate con Naill.

Naill asintió y me entregó las riendas de Setti. Me agarré al borrén de la silla y me monté a caballo. Los demás hicieron otro tanto.

—¿Habéis dicho la verdad? —preguntó el hombre mayor. Detuvimos a los caballos antes de alejarnos de los barracones—. ¿Acaso no estabais aquí para quitarnos nada?

—Así es. —Cerré las manos en torno a las riendas de Setti—. No hemos venido a quitaros nada. Hemos venido a terminar con la Corona de Sangre.

Me colé por debajo del brazo estirado de un guardia y los bordes de la capa revolotearon alrededor de mis piernas cuando giré en redondo para clavar la espada bien hondo en la espalda del hombre. Hice un giro brusco y me agaché a toda velocidad cuando un hombre lanzó un cuchillo más o menos en mi dirección. Delano saltó por encima de mí y se estrelló contra el guardia, al que hincó sus dientes y sus garras mientras yo me ponía en pie.

Ninguno de los guardias del exterior de la fortaleza de Cauldra se rindió.

Los rayos rosáceos del sol del amanecer cruzaban ya el cielo mientras yo giraba en redondo con un ruido gutural, lanzaba una patada y empujaba a un guardia hacia atrás. Cayó justo delante de Vonetta. Me dirigí hacia las verjas de barrotes, donde golpeé a otro hombre con el lado plano de mi espada mientras Emil se acercaba a él por detrás y deslizaba la hoja por su cuello. Un chorro de sangre

caliente roció el aire. Kieran incrustó una daga por debajo de la barbilla de otro guardia para terminar de despejar el camino delante de mí.

Había tanta muerte ahí… Cuerpos tirados por el patio desnudo, sangre arremolinada en los escalones de un tono marfil mate y salpicada por las paredes exteriores de la fortaleza. Levanté una mano e invoqué a la esencia primitiva. Una intensa luz plateada discurrió por mi brazo y chisporroteó en las yemas de mis dedos. El *eather* cruzó el espacio en un gran arco para estrellarse contra las puertas. La madera se astilló y cedió, explotando en una lluvia de delgados trozos.

El vestíbulo de entrada, decorado con estandartes carmesíes y el escudo de la Corona de Sangre, en lugar del blanco y oro que colgaba de Masadonia, estaba desierto.

—Bajo tierra —apuntó Kieran, y echó a andar hacia nuestra derecha. Tenía las mejillas salpicadas de sangre—. Habrán ido bajo tierra.

—¿Y sabes cómo llegar hasta ahí? —Lo alcancé y abrí mis sentidos a él para asegurarme de que no estuviera herido.

—Cauldra parece ser como New Haven. —Se pasó una mano por la cara para retirar sangre que no era suya—. Tendrán habitaciones bajo tierra, cerca de las celdas.

Era casi imposible no pensar en las celdas de debajo de New Haven en las que había pasado cierto tiempo. Pero Kieran tenía razón y pronto encontró la entrada por el pasillo de la derecha.

Abrió la puerta de una patada para dar paso a una escalera estrecha iluminada con antorchas. Me lanzó una sonrisa salvaje que hizo que se me cortara la respiración porque me recordó a… a él.

—¿Qué te había dicho?

Fruncí el ceño cuando Delano y Vonetta pasaron por nuestro lado y se reunieron con un *wolven* gris negruzco que reconocí como Sage. Entraron en la escalera antes que nosotros.

—¿Por qué hacen eso?

—Porque eres la reina —dijo Kieran mientras entraba.

—No haces más que decirle eso. —Emil echó a andar detrás de mí—. Y no haces más que recordarle que…

Puse los ojos en blanco mientras bajábamos a toda prisa las escaleras con olor a humedad que despertaron un recuerdo que se

negaba a soltarme.

—Puede que sea la reina, pero también soy una diosa y, por tanto, más difícil de matar que cualquiera de vosotros. Yo debería ir primero —les dije. Para ser sincera, ninguno de nosotros teníamos ni idea de qué *podría* matarme, pero sí sabíamos que era básicamente inmortal.

Sentí que se me comprimía el pecho un momento. Sobreviviría a todos los que estaban en esta fortaleza, y varios de ellos se habían convertido en personas que me importaban mucho. A las que llamaba «amigos». Sobreviviría a Tawny, que en algún momento despertaría de la herida que le había causado la piedra umbra. No podía permitirme pensar nada más, aunque sabía, en el fondo, que no podía ser bueno que alguien durmiera tanto tiempo.

Sobreviviría a Kieran e… e incluso a él.

Por todos los dioses, ¿por qué estaba pensando en eso siquiera ahora mismo? *No te preocupes hoy por los problemas de mañana*. Eso era lo que él me había dicho una vez.

De verdad que necesitaba aprender a seguir ese consejo.

—Más difícil de matar no significa *imposible* de matar —replicó Kieran desde más adelante.

—Dice el que no lleva armadura —espeté de vuelta.

Soltó una carcajada ronca, pero el sonido se perdió en el repentino grito agudo que me puso toda la carne de gallina.

—Demonios —susurré, justo cuando doblábamos la curva de la escalera y Kieran entraba en un vestíbulo poco iluminado. Se paró de golpe delante de mí, así que choqué con él.

Kieran miraba alucinado.

Lo mismo que yo.

—Por todos los dioses —murmuró Emil.

Las celdas estaban llenas de Demonios. Presionaban contra los barrotes, los brazos estirados, los labios retraídos para revelar sus cuatro colmillos irregulares. Algunos eran recientes, y su piel solo empezaba a adquirir el tono cadavérico de la muerte. Otros eran más antiguos; esos tenían las mejillas huecas, los labios desgarrados y la piel flácida.

—¿Por qué diablos querrían tener a Demonios aquí abajo? —preguntó Emil por encima de los aullidos agónicos y hambrientos.

—Supongo que los dejarían salir de vez en cuando para

aterrorizar a la gente —murmuré, embotada—. Los Ascendidos culparían a los atlantianos. Dirían que fueron *ellos* los que transformaron a los Demonios. Pero también culparían a la gente, dirían que habían enfadado a los dioses de alguna manera y que este era su castigo. Que los dioses habían permitido que los atlantianos hiciesen esto. Después los Ascendidos dirían que han hablado con los dioses en nombre de los ciudadanos para apaciguar su ira.

—¿La gente se creía eso? —Emil pasó por delante de algunas de las manos manchadas de sangre.

—Es todo lo que les han permitido creer jamás —le dije, y aparté la vista de los Demonios.

Los sonidos de manotazos y arañazos nos acompañaron por delante de las celdas, por delante de los desgraciados de los que tendríamos que encargarnos más tarde, y hasta otro pasillo, lleno de cajas de vino y cerveza. Encontramos a los *wolven* justo cuando estaban rompiendo las puertas de madera de doble hoja al final del corredor.

Una *vampry* salió disparada de la sala del fondo, una melena de pelo rubio arena y los colmillos al descubierto…

Delano la derribó sin problema de una dentellada en el cuello, al tiempo que le hincaba las garras en el pecho y desgarraba ropa y piel.

Aparté la vista, pero no había ningún sitio al que mirar mientras las dos hembras de *wolven* hacían lo mismo con otros dos *vamprys* atacantes. Y entonces solo quedaron *pedazos*.

—Buf, diría que eso les va a dar dolor de tripa —comenté.

—Estoy tratando de no pensarlo —murmuró Emil. Fijó la vista en los Ascendidos que esperaban dentro de la sala, paralizados, con las armas prácticamente olvidadas en las manos—. Apuesto a que ellos están intentando hacer lo mismo.

—¿Alguno de vosotros quiere encontrar el mismo final? —preguntó Kieran, y señaló con la espada hacia los pedazos tirados por el suelo.

No hubo respuesta desde el interior, pero a medida que más *wolven* llenaban el pasillo a nuestra espalda, los Ascendidos iban dejando caer sus armas.

—Nos rendimos —escupió un hombre, el último en tirar su

espada.

—Es muy amable por vuestra parte hacerlo —contestó Kieran con voz melosa, al tiempo que retiraba las espadas de una patada para ponerlas fuera de su alcance.

Y lo era. Amable por su parte. Pero también era demasiado tarde. No habría ninguna segunda oportunidad para ningún Ascendido que hubiese tomado parte en lo que les habían hecho a esas personas de las verjas y lo que estaba sucediendo en esta ciudad.

Hice todo lo posible por no pisar los restos de los Ascendidos desperdigados por el suelo cuando entré en la sala, flanqueada de cerca por Vonetta y Delano. Envainé mi espada y retiré la capucha.

—Enhorabuena —dijo el mismo hombre de antes—. Habéis tomado Massene, pero jamás tomaréis Solis.

En el mismo momento en que abrió la boca, supe que tenía que ser el duque de Silvan. Era esa actitud de superioridad y seguridad en sí mismo. Tenía el pelo de un rubio glacial, y era alto y bien formado, con su elegante camisa de raso y sus pantalones ceñidos. Era atractivo. Después de todo, muy pocas cosas en Solis se valoraban más que la belleza. Cuando me miró, vio las cicatrices, y eso fue *todo* lo que vio.

Y todo lo que vi yo fue la sangre que manchaba la cara ropa de todos ellos. Me fijé en cada camisa y corpiño hechos a medida.

Me detuve delante del duque y miré esos ojos negros como el carbón que me recordaban a ella. A la Reina de Sangre. Mi *madre*. Los de ella no eran tan negros, insondables, vacíos y fríos. Pero tenía la misma siniestra chispa de luz, aunque mucho más profunda, que no requería que la luz iluminara sus rostros en el ángulo correcto para verla. Hasta este mismo momento, no me había percatado de que esa traza de luz en sus ojos era un destello de *eather*.

Tenía sentido que tuvieran trazas de *eather*. Se utilizaba la sangre de un atlantiano para Ascenderlos, y todos los atlantianos tenían *eather* en su sangre. Era la manera en que los Ascendidos adquirían su cuasi inmortalidad y fuerza. Su velocidad y capacidad para curarse.

—¿Queda algún Ascendido más?

La mueca de desprecio del duque de Silvan fue una obra de arte.

—Que te den.

A mi lado, el suspiro de Kieran fue tan impresionante que lo hubiese creído capaz de sacudir las paredes.

—Lo preguntaré una vez más —mascullé, mientras contaba a toda prisa. Había diez. O partes de diez al menos, pero quería asegurarme de que esos fueran todos—. ¿Hay más?

Pasó un largo momento antes de que hablara el duque.

—Nos vais a matar de todos modos, sin importar lo que diga.

—Te hubiera dado una oportunidad.

El duque entornó los ojos.

—¿Para qué?

—Para vivir sin alimentaros de mortales —le dije—. Para vivir entre atlantianos.

Me miró durante unos instantes y luego se echó a reír.

—¿De verdad crees que eso es posible? —Otra carcajada entreabrió sus pálidos labios—. Sé quién eres. Reconocería esa cara en cualquier sitio.

Kieran dio un paso al frente, pero levanté una mano para detenerlo. El duque sonrió con suficiencia.

—No has estado ausente tanto tiempo como para olvidar cómo son los mortales, *Doncella*. Lo jodidamente ingenuos que son. El miedo que tienen. Lo que harán para proteger a sus familias. Lo que están dispuestos a creer para protegerse a sí mismos. ¿De verdad crees que se van a limitar a aceptar a los atlantianos?

No dije nada. El duque, envalentonado, dio un paso hacia mí.

—Y crees que los Ascendidos van a hacer… ¿qué? ¿Confiar en que nos permitiréis vivir si hacemos lo que queréis?

—Confiasteis en la Reina de Sangre —objeté—. Y su nombre ni siquiera es Ileana. Tampoco es una Ascendida.

Se oyeron varias exclamaciones ahogadas, pero el duque no mostró señal alguna de que lo que acababa de decir fuese nuevo para él.

—Así que —continué— supongo que todo es posible. Pero, como dije, te *hubiera* dado otra oportunidad. Sellaste tu destino cuando ordenaste que empalaran a esa gente a las verjas.

El duque abrió las aletas de la nariz.

—Los velos fueron un detalle bonito, ¿verdad?

—Muy bonito —confirmé, mientras Delano emitía un gruñido

grave.

—Nosotros no… —empezó uno de los otros Ascendidos, un varón de pelo castaño oscuro.

—Cállate —bufó el duque—. Tú vas a morir. Yo voy a morir. Todos nosotros vamos a hacerlo.

—Correcto. —Volvió a girar la cabeza hacia mí—. Lo que importa ahora es *cómo* moriréis —declaré—. No sé si la piedra umbra produce una muerte dolorosa. He visto sus efectos de cerca y parece que sí. Por otro lado, estoy pensando que si corto la columna, solo habrá un segundo de dolor.

El duque tragó saliva y su sonrisilla se esfumó.

—Pero lo que ha sido mucho más doloroso es cómo han muerto los que han quedado tirados por aquí hechos pedacitos. —Hice una pausa y observé cómo se tensaban las comisuras de su boca—. Responde a mi pregunta y tu muerte será rápida. No lo hagas y me aseguraré de que te dé la impresión de que dura una eternidad. Depende de ti.

Me miró durante largo rato y casi podía ver los engranajes dar vueltas en su cabeza, buscando una manera de salir de aquello.

—Es terrible, ¿verdad? —Di un paso hacia él y la esencia palpitó en mi pecho—. Saber que la muerte por fin viene a por ti. Verla delante de las narices. Estar en la misma habitación con ella y saber que no puedes hacer nada por evitarla. —Mi voz bajó, se volvió más suave y fría… y *ahumada*—. Nada en absoluto. Es horripilante, lo inevitable que es. La idea de que si todavía tienes alma, seguro que está destinada a un solo sitio. En el fondo, debes de tener mucho miedo.

Un pequeño escalofrío visible lo recorrió de arriba abajo.

—Igual que esos mortales que condujisteis fuera del Adarve, a los que mordisteis, de los que os alimentasteis y luego abandonasteis para que se transformaran. Igual que aquellos de las celdas y los de las verjas. —Miré con atención sus pálidos rasgos—. Deben de haber estado aterrados de saber que la muerte había venido a por ellos a manos de aquellos que creían que los protegían.

El duque volvió a tragar saliva.

—No hay más Ascendidos. Nunca ha habido más. Nadie quiere gobernar en el límite del reino. —Su pecho se hinchó con una respiración profunda—. Sé quién eres. Sé *lo* que eres. Es la razón de

que sigas en pie, viva a día de hoy. No es porque seas una diosa —continuó, un labio enroscado en una mueca de asco—. Es por la sangre que corre por tus venas.

Me puse rígida.

—Si dices que es gracias a mi madre, *no* te daré una muerte rápida.

El duque se rio, pero el sonido fue tan frío y duro como ese espacio en mi interior.

—Crees que eres una gran libertadora, ¿no es así? Que has venido a liberar a los mortales de la Corona de Sangre. A liberar a tu amado *marido*. —Todo en mí se quedó paralizado—. A matar a la reina, a tu *madre*, y a apoderarte de estas tierras en nombre de Atlantia. —En ese momento, la chispa de *eather* brillaba en sus ojos. Las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba—. No harás tal cosa. No ganarás ninguna guerra. Todo lo que lograrás será provocar terror. Todo lo que harás será derramar tanta sangre que las calles se inundarán de ella y los reinos se ahogarán en ríos carmesíes. Todo lo que liberarás será a la muerte. Todo lo que tú y aquellos que te siguen encontraréis aquí será muerte. Y si tu amor tiene la suerte suficiente, estará muerto antes de ver en lo que se ha convertido…

Desenvainé mi daga de heliotropo, la clavé en su pecho, atravesé su corazón y corté de raíz las palabras envenenadas antes de que pudieran penetrar demasiado hondo en mi interior. Y el duque lo sintió, sintió el primer resquebrajamiento de su ser, el primer desgarro de su piel y sus huesos. Y yo, desde luego que me alegré de ello.

Sus ojos sin alma se abrieron por la sorpresa a medida que unas finas grietas aparecían en la piel pálida de sus mejillas. Las grietas se profundizaron en una telaraña de fracturas que se extendieron por su garganta y se colaron bajo el cuello de la elegante camisa de raso que llevaba. Le sostuve la mirada mientras la diminuta brasa de *eather* desaparecía de sus ojos negros.

Y solo entonces, por primera vez en veintitrés días, no sentí nada de nada.

Capítulo 3

Veintiocho días.

Había pasado casi un mes, y la añoranza constante palpitaba con tal intensidad que dolía. Apreté la mandíbula con fuerza contra el grito originado en la caverna en que se había convertido mi corazón, un grito de frustración y culpabilidad e indefensión perpetua. Porque si me hubiese controlado, si no hubiese atacado…

Había tantos *y si*… Tantas maneras en que podría haber manejado la situación de forma diferente… Pero no lo había hecho, y esa era una de las razones de que él no estuviera aquí.

El montículo esponjoso y mantecoso de huevos y las tiras de carne frita delante de mí perdieron su atractivo a medida que el grito se acumulaba en mi interior y presionaba contra mis labios sellados. Una abrumadora sensación de desesperación creció dentro de mí, y enseguida dio paso a una furia potente. El centro de mi pecho vibraba, el antiguo poder palpitaba con una ira apenas reprimida.

El tenedor que sujetaba en la mano empezó a temblar. La presión se apoderó de mi pecho, cerró mi garganta mientras el *eather* palpitaba y aumentaba, empujando contra mi piel. Si gritaba, si cedía a todo el dolor y la rabia, el sonido de la

desesperación y la angustia se convertiría en ira y furia. El grito que me asfixiaba, el poder que se acumulaba en mi interior, sabía a *muerte*.

Y una pequeña parte de mí quería dejarlo salir.

Unos dedos varios tonos más oscuros que los míos se cerraron sobre mi mano para detener el temblor. El contacto, algo que una vez había tenido prohibido, me sacó de golpe de esa oscura senda, igual que lo hizo la leve corriente de energía que pasó entre nosotros. Despacio, los dedos giraron mi mano de modo que la rutilante espiral dorada de la marca de matrimonio fuese visible.

Prueba de que él y yo todavía estábamos juntos, aunque estuviésemos separados.

Prueba de que él todavía vivía.

Levanté la vista para toparme con los impactantes ojos azul invierno de un *wolven*.

La preocupación era evidente en los afilados ángulos del apuesto rostro de Kieran y en la tensión que enmarcaba su boca. Parecía cansado y tenía que estarlo. En los últimos tiempos, no dormía bien porque *yo* apenas había dormido.

El tenedor tembló una vez más. No, no eran solo el tenedor ni mi brazo los que se sacudían. Los platos vibraban, lo mismo que la mesa. Por toda la sala, los estandartes atlantianos blanco y oro que habían sustituido a los de la Corona de Sangre se estremecían.

Los ojos de Kieran volaron por encima de las sillas vacías del salón de banquetes de Cauldra hasta donde el general Aylard, un atlantiano rubio, montaba guardia ante las columnas de la entrada.

Percibí ahora lo mismo que cuando se había presentado por primera vez: una intensa desconfianza bullía bajo su expresión impasible. Sabía a vinagre. No era una emoción sorprendente. Muchos de los atlantianos mayores recelaban de mí, ya fuese porque habían sido criados por sus enemigos, los Ascendidos, o porque yo era muchas cosas que no se habían esperado.

Una Doncella desfigurada por cicatrices.

Una rehén.

Una princesa indeseada que se había convertido en su reina.

Una diosa.

En realidad, tampoco podía tomarme a mal su recelo, en especial cuando estaba haciendo temblar la fortaleza entera.

—Estás empezando a brillar —me advirtió Kieran con un susurro que apenas pude oír, al tiempo que retiraba la mano.

Bajé la vista hacia la palma de mi mano. Una tenue pátina plateada emanaba de mi piel.

Bueno, eso explicaba por qué me miraba el general con semejante expresión.

Dejé el tenedor en el plato y traté de calmar mi respiración. Forcé a mi mente a superar el asfixiante estallido de dolor que siempre acompañaba mis pensamientos sobre él mientras deslizaba la mano debajo de la mesa hasta la pequeña bolsita atada a mi cadera. Estiré la otra mano hacia la copa de vino caliente y especiado y enjuagué el sabor amargo con este otro. Aylard se giró despacio, su mano enguantada fija sobre la empuñadura de su espada envainada. La capa blanca que cubría sus hombros se asentó y mis ojos se deslizaron hacia el emblema atlantiano dorado bordado en ella. El mismo emblema que adornaba ahora las paredes de Cauldra: un sol y sus rayos, una espada y una flecha en el centro, cruzadas en diagonal de modo que ambas fuesen igual de largas. Cerré los ojos un instante y bebí lo que quedaba del vino.

—¿No vas a comer más? —preguntó Kieran después de unos instantes.

Dejé la copa vacía en la mesa y eché un vistazo por la ventana abierta. Trozos rotos de unos cimientos asomaban entre frondosas flores silvestres amarillas. Massene no estaba bien mantenido.

—He comido.

—Tienes que comer más. —Apoyó los codos en la mesa. Entorné los ojos en su dirección.

—Y tú no tienes por qué preocuparte de lo que como.

—No tendría que hacerlo si no dejases beicon sin tocar en el plato. Algo que nunca pensé que vería.

Arqueé las cejas.

—Suena como si estuvieses sugiriendo que antes comía demasiado beicon.

—Buen intento por desviar la conversación, pero al fin y al cabo, un fracaso —repuso Kieran—. Estoy haciendo lo que Cas y tú me pedisteis. Te estoy aconsejando.

Su nombre.

El aire que inspiré dolió. Su nombre dolió. No me gustaba

pensar en él, no digamos ya pronunciarlo.

—Estoy segura de que mi ingesta diaria de comida no era lo que ninguno de nosotros teníamos en la cabeza cuando te pedimos que fueses nuestro consejero.

—Yo tampoco. Pero aquí estamos. —Kieran se inclinó hacia mí de modo que solo nos separaban unos centímetros—. Apenas comes. Apenas duermes. ¿Y lo que acaba de ocurrir? ¿Esa forma de brillar? ¿Lo de hacer que todo el edificio se sacuda? Parecías no darte ni cuenta, y cada vez sucede más a menudo, Poppy.

No había ni un ápice de censura en su tono, solo preocupación, pero aun así me hizo sentir incómoda. Porque era verdad. La esencia de los dioses estaba saliendo a la superficie aun cuando no la estaba utilizando para curar o aliviar el dolor. Ocurría cuando sentía algo con demasiada intensidad, cuando la aflicción y la ira hacían que sintiera la piel demasiado apretada, y empujaban contra las costuras que hacían que permaneciera unida.

Tenía que mantenerme de una pieza. Necesitaba tener el control. No podía perderlo. No cuando los reinos de Atlantia y Solis contaban conmigo. No cuando él me necesitaba.

—Pondré más empeño en controlarlo —prometí.

—Esto no tiene nada que ver con controlar tus habilidades. —Kieran frunció el ceño—. Tiene que ver con permitirte no estar bien. Eres fuerte, Poppy. Nosotros…

—Lo sé —lo interrumpí, mientras el recuerdo de casi las mismas palabras susurraba a través de mí, pronunciadas por otros labios que habían grabado a fuego un camino ardiente por cada centímetro de mi piel.

No tienes por qué ser fuerte conmigo todo el rato.

Estiré el brazo, pesqué una loncha de beicon y me metí la mitad en la boca. Casi me atraganté.

—¿Contento? —pregunté, y se me cayó un trozo en el plato. Kieran me miró impasible.

—Pues no demasiado.

—Suena a que eso es tu problema. —Mastiqué sin apenas saborear la crujiente carne.

Un resoplido que sonó como una risa atrajo mi atención hacia el gran *draken* negro con reflejos morados que descansaba cerca de las columnas de entrada al salón de banquetes. Unos suaves cuernos

negros brotaban del centro del puente aplanado de su nariz y subían por el medio de su cabeza con forma de diamante. Los dos primeros cuernos eran pequeños, como para no obstaculizar su visión, pero según subían por su cabeza se alargaban en puntas afiladas que sobresalían de una tupida gorguera.

Cada vez que miraba a Reaver era un *shock* para mí. No creía que fuese a acostumbrarme jamás a ver a un ser tan magnífico, temible y precioso.

Habían despertado veintitrés *drakens*. Los más jóvenes, tres en total, se habían quedado en Spessa's End para montar guardia ahí, decisión tomada por los propios *drakens*. De los veinte que viajaban con los ejércitos, ninguno era tan grande como Reaver. Eran más bien del tamaño de Setti, sus escamas no tan gruesas como las de Reaver y más susceptibles al borde afilado de una flecha. Aun así, darían debida cuenta de cualquier ejército en un santiamén.

El *draken* nos observaba y me pregunté qué estaría pensando y sintiendo. Cuando estaba con ellos e intentaba leer algo de él o de cualquiera de los otros, no sentía nada. Pero no era como la fría vaciedad de un Ascendido. O bien Reaver y los otros *drakens* estaban protegiendo sus emociones de mí, o bien no podía leerlas.

—¿Quieres un poco? —le ofrecí a Reaver, al tiempo que levantaba el plato. No lo había visto comer nunca, lo cual me causaba un pelín de preocupación por *qué* comía exactamente cuando emprendía el vuelo y desaparecía de nuestra vista.

Deseaba con toda mi alma que no fuesen personas… o animales bonitos.

Pero no tenía forma de saberlo. Solo Aurelia, una de las únicas dos *drakens* hembra que habían despertado, había estado en su forma normal el tiempo suficiente como para darme el nombre de cinco o seis de las dos docenas de *drakens* que habían partido de Iliseeum. Antes de que dejáramos atrás Atlantia y nuestros caminos se separaran, la *draken* había dicho que mi voluntad era la de todos ellos.

Todo eso de que mi voluntad era la suya no había sido demasiado útil, la verdad, pero había descubierto que era algo parecido al *notam* primigenio. Reaver parecía saber lo que yo quería de manera innata. Como cuando partimos para tomar

Massene y él ya se había instalado a pasar la noche. Suponía que era más como la esencia primitiva en cuanto a cómo respondía a mi voluntad.

Reaver sacudió su cabeza con púas ante mi ofrecimiento de beicon.

—¿Cómo ha conseguido entrar aquí sin derribar el edificio entero? —La piel entre las cejas de Kieran se arrugó.

—Con cuidado —dije yo, mientras la atención del *draken* se deslizaba hacia el *wolven*. Las pupilas verticales se estrecharon cuando sus ojos azules se entornaron una vez más. Sospechaba que el *draken* intentaría darle otra tarascada a Kieran en cuanto tuviese la oportunidad.

—¿No deberían volver hoy Vonetta y los otros? —pregunté para desviar la atención de Kieran del *draken*.

—Deben estar al caer. —Agarró su copa y añadió en tono seco —: Como bien sabes.

Sí, lo sabía, pero él ya no estaba enzarzado con Reaver en una batalla de miradas épica, que no podía más que empeorar. En cualquier caso, la ansiedad echó a volar de repente en mi interior como un gran halcón plateado, y no tenía nada que ver con la posibilidad de que Kieran y Reaver se lisiaran o asesinaran el uno al otro.

Tenía todo que ver con los planes relativos a Oak Ambler y Solis. Con las cosas de las que tendría que convencer a los generales atlantianos, aunque no hubiese diseñado las partes más intrincadas de esos planes yo misma.

—Me da la sensación —empezó Kieran— de que aún estás enfadada por que te aconsejara no ir con Vonetta.

Fruncí el ceño.

—A veces me pregunto si puedes leerme la mente.

Su boca carnosa se curvó en una sonrisilla de suficiencia al tiempo que se daba unos golpecitos con un dedo en la sien.

—Es solo que tengo un don para saber cosas.

—Ya. —Igual que su padre, Jasper, solo que Kieran además solía saber hacia dónde iban mis pensamientos. Lo cual, debía reconocerlo, era tan irritante para mí como lo era para él que yo le leyera las emociones—. No estaba *activamente* enfadada contigo por haberme aconsejado no ir a Oak Ambler, pero ahora sí lo estoy.

—Genial —musitó. Lo fulminé con la mirada.

—¿Por qué cuando un príncipe o un rey decide ponerse en peligro o elige encabezar sus ejércitos durante una guerra, no es un problema, pero cuando una reina desea hacer lo mismo, de repente se convierte en *algo* que se le debe aconsejar no hacer? Suena un poco… sexista.

Kieran dejó su copa en la mesa.

—No es *algo*. Intenté impedir que Cas hiciese actos estúpidos y de una peligrosidad increíble tantas veces que se convirtió casi en una tarea a tiempo completo.

Una aguda punzada de dolor cortó a través de mi pecho. Me concentré en las botellas de vino sin abrir traídas por el lord atlantiano que había capitaneado el barco que nos había llevado hasta Oak Ambler. Perry había traído por mar *muchos* suministros muy necesarios. Sobre todo, el tipo de vino que, según Kieran, prefería Valyn.

¿Qué mejor manera de conseguir que alguien aceptara hacer lo que querías que emborracharlo?

—Como en tu caso —continuó Kieran, sacándome de mis pensamientos—. Traté de impedir que te raptara.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia él a toda velocidad. Kieran asintió.

—Cuando trazó el plan para hacerse pasar por guardia y capturarte como rehén, le dije, más de una vez, que era una locura absoluta. Que llevaba aparejados demasiados riesgos.

—¿Alguno de esos riesgos tenía que ver con el hecho de que no es correcto raptar a una persona inocente y poner patas arriba toda su vida? —pregunté. Frunció los labios.

—No puedo decir que eso se me haya pasado por la cabeza, la verdad.

—Genial.

—Eso fue antes de conocerte.

—No hace que esté mejor.

—Supongo que no, pero no creo que ahora te importe cómo puso patas arriba tu vida.

—Bueno… —me aclaré la garganta—. Supongo que, de un modo realmente desquiciado y enrevesado, me alegro de que no te escuchara.

Kieran sonrió con suficiencia.

—Estoy seguro de que sí.

Puse los ojos en blanco.

—*En cualquier caso*, como decía, no creo que esté bien pedirle algo a alguien que no esté dispuesta a hacer yo misma.

—Lo cual es admirable y te proporcionará el respeto de muchos de tus soldados. Es una pena que lo más probable sea que te capturen o acabes muerta. Lo cual hará que lo que tú creas sea irrelevante.

—Eso ha sido un poco dramático —comenté—. Vonetta y los demás están arriesgando sus vidas mientras yo estoy aquí sentada, escuchando tus quejas sobre lo que como.

—Estás ahí sentada escuchando mis quejas sobre lo que *no* comes —me corrigió Kieran—. Y ahora eres tú la que está siendo dramática.

—Creo que he cambiado de opinión acerca de que seas el Consejero de la Corona —musité. Eso lo ignoró.

—Tampoco es que no estés haciendo *nada*.

Apenas había habido un solo momento en el que no había estado haciendo *algo*, sobre todo cuando tomamos Massene. Nos habíamos encargado de los Demonios de las celdas, aunque habría jurado que aún podía olerlos en los días de lluvia. La fortaleza estaba casi en ruinas, el primer y el segundo piso prácticamente inhabitables. La poca electricidad que había abastecía solo a un puñado de las habitaciones y a las cocinas. Las casas de la gente no estaban en mucho mejor estado, así que en los últimos cinco días habíamos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para hacer reparaciones muy necesarias a tejados y carreteras, pero harían falta meses, o más, para terminarlo todo. A las cosechas no les había ido mucho mejor, sobre todo cuando a muchos de los que se encargaban de ellas los habían conducido fuera del Adarve.

—Es solo… —Deslicé un pulgar por el borde de la copa y me eché hacia atrás en mi silla. Solo necesitaba estar ocupada. Si no lo estaba, mi mente divagaba e iba a sitios donde no podía ir. Sitios que habían sido vaciados después del encuentro fallido con la Reina de Sangre. Sitios ahora fríos y enfadados como una tormenta de invierno. Y esos agujeros en mi interior no parecían *yo* en absoluto.

Ni siquiera parecían propios de un mortal.

Me recordaban a Isbeth.

La ira bulló en mi estómago. La recibí con gusto, porque era mucho más fácil lidiar con ella que con esta aflicción e impotencia. Isbeth era alguien con quien no tenía ningún problema en pensar. Ni uno solo. En ocasiones, era *lo único* en lo que podía pensar, sobre todo en esos minutos silenciosos y oscuros de la noche cuando el sueño me rehuía.

Ya no me costaba conciliar la amabilidad y la ternura que me había dedicado con quien había sido para él y para muchos otros. Un monstruo. Por fin había aceptado quién era ella. Puede que Isbeth me hubiese concebido por medios que seguramente eran inadmisibles, pero no era en absoluto una madre para mí. Coralena sí lo había sido. Isbeth no era nada más que la Reina de Sangre. El enemigo.

Al sentir la mirada demasiado comprensiva de Kieran sobre mí, tragué saliva con esfuerzo.

—Estoy bien —dije, antes de que él pudiese hacer la pregunta que tan a menudo salía de sus labios.

Kieran no dijo nada, se limitó a observarme. Sabía bien cómo actuar. Igual que lo había sabido antes, cuando esa ira glacial se había manifestado haciendo temblar la mesa. Esta vez, sin embargo, no insistió en ello y optó por cambiar de tema.

—Valyn y los otros generales llegarán cualquier día ya. Aprobará la manera en que tomamos Massene.

Asentí. Valyn no estaba empeñado en que hubiera una guerra. Más bien la había considerado algo inevitable. Ni él ni ninguno de los atlantianos de más edad estaban inclinados a dar a los Ascendidos más oportunidades. Enterarse de lo que habían hecho los Ascendidos aquí no ayudaría a hacerlos cambiar de opinión acerca de si los *vamprys* podrían o querrían cambiar sus costumbres o controlar su sed de sangre. Tampoco ayudaría que el duque y la duquesa de Ravarel, los que gobernaban Oak Ambler, rechazaran nuestras exigencias.

Con los hombros en tensión, clavé la vista en la copa de vino oscuro. *Nuestras exigencias* tenían mucho que ver con hacer una guerra diferente. Era la razón de que hubiésemos tomado Massene como lo habíamos hecho. Estaba del todo convencida de que había ciertos pasos que podrían evitar pérdidas de vida innecesarias en

ambos bandos, sobre todo cuando los mortales que luchaban del lado de Solis no debían tener elección alguna, a diferencia de los que habían agarrado sus espadas y sus escudos para defender Atlantia.

Algunos de los habitantes de ciudades como Massene y Oak Ambler acabarían pagando el precio de una guerra violenta, ya fuese con su trabajo y su sustento o con sus vidas. Y luego estaban los Ascendidos que eran como…

Aspiré una bocanada de aire entrecortada y apreté los ojos unos instantes antes de que mi mente pudiera invocar una imagen de Ian, de cómo lo había visto por última vez. Su muerte ya se me aparecía las veces suficientes por la noche. No necesitaba verla también ahora.

Pero estaba convencida de que tenía que haber Ascendidos que no fueran malvados en el fondo de su ser. Ascendidos con los que se podría razonar.

Así que esa era la base de nuestros planes. Aunque sabíamos que Oak Ambler no era Massene.

Hacía unos días, les habíamos enviado un ultimátum al duque y a la duquesa de Ravarel: aceptar nuestras exigencias o enfrentarse a un asedio. Nuestras exigencias eran sencillas, pero no contábamos con que ellos fuesen a ser razonables y fuesen a aceptar su destino.

Y ahí era donde entraba en juego Vonetta, junto con Naill y Wren, el guardia más antiguo del Adarve que había sido testigo de lo que habían estado haciendo los Ascendidos aquí. Varios parientes lejanos de Wren, que él creía podían ser Descendentes partidarios de Atlantia, vivían en Oak Ambler. Lo que estaban haciendo, en lo que consistían nuestros planes, conllevaba enormes riesgos.

Sin embargo, el inminente asedio de Oak Ambler y todas las formas en que podía fracasar de las maneras más espectaculares posibles no eran los únicos problemas acuciantes.

Mis pensamientos encontraron el camino hasta otro riesgo que habíamos tomado en el pasado: nuestro plan de entrar en Oak Ambler antes de la cita prevista con la Reina de Sangre. De algún modo, ella lo había sabido, ya fuese solo porque había estado preparada para la posibilidad de que intentáramos engañarla o porque alguien nos había traicionado. Aparte de aquellos en quienes confiábamos, solo el Consejo de Ancianos conocía nuestros

planes. ¿Tendríamos a un traidor en nuestras filas? ¿Sería alguien en quien confiábamos o alguien que había alcanzado los rangos superiores de poder en Atlantia? ¿O la respuesta sería la explicación más sencilla? Que la Corona de Sangre simplemente había sido más lista que nosotros y que la habíamos subestimado.

No lo sabía, pero también estaba el tema de los Arcanos, la organización secreta solo masculina que servía antaño a las deidades. Creían que yo era la Portadora de Muerte y Destrucción de la que advertía la profecía, así que habían resurgido cuando entré en Atlantia. Ellos habían estado detrás del ataque a las Cámaras de Nyktos y de muchísimas más cosas. Y la amenaza que planteaban los Arcanos no había terminado con las muertes de Alastir y de Jansen.

Observé a Aylard, de pie entre las columnas. Los Arcanos seguían ahí afuera, y no había forma humana de saber a ciencia cierta quién pertenecía al grupo y quién los ayudaba.

—¿Quiero saber lo que estás pensando? —preguntó Kieran—. Porque tienes pinta de querer apuñalar a alguien.

—Tú crees que siempre tengo ese aspecto.

—Es posible que eso sea porque siempre quieres apuñalar a alguien.

—No es verdad. —Lo miré de reojo. Él arqueó las cejas—. Excepto ahora mismo —me corregí—. Me estoy planteando apuñalarte a ti.

—Me siento halagado. —Kieran levantó su copa al tiempo que le lanzaba una mirada a Reaver. El *draken* tamborileó despacio con las garras contra el suelo—. Da la impresión de que a menudo quieres apuñalar a aquellos que se preocupan por ti.

—Eso me hace sonar como si fuese… una retorcida o algo.

—Bueno… —Kieran bajó su copa y entornó los ojos en dirección al *draken*—. ¿Te gustaría que posara para un cuadro? Así podrías mirarme también cuando no estuviera por aquí.

Mis cejas salieron volando hacia arriba.

—¿Puedes dejarlo estar?

—Ha empezado él —masculló Kieran.

—¿Cómo?

—Me está mirando. —Una pausa—. *Otra vez*.

—¿Y?

—Y no me gusta. —Kieran frunció el ceño—. Para nada.

—Ahora mismo suenas como un niño pequeño —lo informé, y Reaver resopló otra risa. Me giré hacia él—. Y tú no eres mejor en absoluto.

Reaver irguió su cabeza espinosa y bufó un aliento humeante. Parecía *ofendido*.

—Sois ridículos los dos. —Sacudí la cabeza.

—Lo que tú digas. —La cabeza de Kieran se giró hacia la entrada en el mismo momento que la de Reaver—. Por fin.

Miré hacia ahí al darme cuenta de que los dos habían oído la llegada de alguien. Cómo, a pesar de ser una diosa, no había sido bendecida con mejor oído era algo que se me escapaba.

Vonetta pasó por delante de Aylard, sus largas piernas enfundadas en polvorientos pantalones ceñidos. Las apretadas y estrechas trencitas que le llegaban a la cintura estaban ahora recogidas en un moño que resaltaba sus altos pómulos angulosos. Excepto por su tono de piel más oscuro, que a menudo me recordaba a las exuberantes rosas de floración nocturna, en su forma mortal compartía rasgos similares a los de su hermano, pero se parecía mucho a su madre, Kirha. Kieran, por su parte, había salido más a su padre, Jasper.

Mientras Vonetta se dirigía hacia nosotros, me pregunté a quién saldría su hermanita pequeña. El bebé había nacido hacía tan solo unas semanas, y deseé que los hermanos pudiesen estar con su familia ahora mismo, celebrando la llegada del nuevo miembro. Pero en lugar de eso, estaban aquí conmigo, cerca de unas tierras arrasadas hacía cientos de años, a las puertas de otra guerra.

Vonetta no estaba sola. En los últimos tiempos, Emil siempre parecía estar donde estuviese ella.

Me mordí el labio por dentro para reprimir mi sonrisa. Al principio, no estaba segura de que Vonetta apreciara esa sombra permanente con forma de Emil, pero eso fue hasta que la vi salir de la habitación de él a primera hora de la mañana en que había partido hacia Oak Ambler. La suave sonrisa de satisfacción en su cara hacía del todo innecesario indagar más hondo en sus emociones.

Los pasos de Vonetta vacilaron un instante al entrar en el salón de banquetes y ver a Reaver. Arqueó las cejas.

—¿Cómo demonios has entrado tú aquí?

—¿Ves? —Kieran levantó una mano—. Pregunta válida.

El *draken* dio un fuerte coletazo contra el suelo al tiempo que soltaba otro bufido. No tenía ni idea de lo que significaba eso, pero no movió ni un músculo para acercarse a Vonetta o a Emil.

Antes de que pudiera decir nada, Emil hincó una rodilla en tierra mientras extendía un brazo en una amplia y elaborada reverencia.

—Alteza.

Suspiré. Muchas personas habían adoptado ese título en lugar de *Majestad*, puesto que era el que se utilizaba cuando los dioses habían estado despiertos.

Vonetta se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Vas a hacer eso cada vez?

—Es probable. —Emil se levantó.

—Eso quiere decir que *sí* en idioma de Emil —comentó Vonetta, cuando un movimiento detrás de las columnas captó mi atención.

Aylard ya no estaba ahí ahora que Emil y Vonetta estaban presentes. En vez de eso, una figura encorvada con la que me había familiarizado a lo largo de los últimos cinco días pasó por delante de las columnas arrastrando los pies. Emil había tomado la costumbre de llamarla «la viuda», aunque nadie sabía si había estado casada. No estaba del todo segura de qué era lo que había hecho en la fortaleza, pues solo la recordaba pululando por ahí, a veces también entre las ruinas de los pinos detrás de Cauldra. Eso había convencido a Kieran de que no era de carne y hueso, sino un espíritu. Alguien me había dicho que Aylard le había preguntado el primer día qué hacía aquí en la mansión, y que su respuesta había sido solo que estaba esperando.

Extraño. Aunque no era importante ahora mismo. Me giré hacia Vonetta.

—¿Ha regresado todo el mundo? ¿Wren? ¿Naill…?

—Yo estoy bien —me interrumpió Vonetta con dulzura, al tiempo que alargaba un brazo y tocaba mi mano un instante. Una suave corriente de energía discurrió entre nosotras—. Todo el mundo está bien y de vuelta en el campamento. —Solté el aire despacio y asentí—. Ha estado preocupada todo este tiempo, ¿verdad? —le preguntó Vonetta a su hermano.

—¿Tú qué crees? —repuso él. Casi le di una patada por debajo de la mesa.

—Por supuesto que estaba preocupada.

—Es comprensible. Yo me hubiese preocupado si hubieras sido tú la que rondara por las calles de Oak Ambler en busca de Descendentes y avisando a otros del inminente asedio si los Ravarel rechazaban nuestras exigencias. —Vonetta bajó la vista hacia los platos—. ¿Habéis acabado con eso? Estoy hambrienta.

—Sí. Sírvete. —Le lancé a Kieran una mirada de advertencia cuando abrió la boca. Sus labios se cerraron de golpe en una línea fina y dura mientras su hermana pescaba una loncha de beicon. Miré de reojo a Emil y luego otra vez a Vonetta—. ¿Cómo fue?

—Fue bien. Creo. —Vonetta se dejó caer en la silla de enfrente de Kieran mientras mordisqueaba el beicon—. Hablamos con… por los dioses… ¿cientos de personas? Quizás aún más. Bastantes estaban… —Frunció el ceño—. Era como si estuviesen *preparadas* para oír que alguien estaba haciendo algo acerca de los Ascendidos. No eran como esos que no cuestionan el Rito porque lo consideran un honor o lo que sea. Eran personas que no querían entregar a sus hijos en el Rito.

No podía pensar en el Rito y no imaginar a la familia Tulis suplicándoles a los Teerman que hablaran en su nombre con los dioses que aún dormían. Rogándoles poder quedarse con su último hijo.

Y a pesar de lo que se había hecho por ellos, ahora la familia entera estaba muerta.

—Tenías razón, por cierto. En lo de hablarles de ti —añadió Vonetta entre bocado y bocado.

—Lo que hubiese dado por ver sus reacciones —caviló Emil—, al enterarse de que su Doncella no solo se había casado con el temido príncipe atlantiano sino que ahora era la reina de Atlantia y también una diosa. —Apareció una leve sonrisa en su cara—. Apuesto a que muchos cayeron de rodillas y empezaron a rezar.

—Algunos lo hicieron —informó Vonetta con tono irónico. Hice una mueca.

—¿De verdad?

La *wolven* asintió.

—Y como creen que los dioses aún están despiertos, la noticia de

que te has unido a Atlantia hizo pensar a muchos. Algunos incluso dijeron que puede que los dioses ya no apoyen a los Ascendidos.

La curva de mis labios era un fiel reflejo de la suya.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos de que mintieran acerca de que los dioses respaldaban a Solis en lugar de decir la verdad: que los dioses no tuvieron nada que ver con la guerra y están dormidos —apuntó Kieran—. Con sus mentiras, han creado expectativas de que los dioses puedan cambiar sus lealtades.

Jugueteé con el anillo de mi dedo índice.

—En cualquier caso, no fue idea mía. Fue… fue idea de él. Él supo ver que las mentiras que contaban los Ascendidos acabarían por destruirlos.

—Es verdad que Cas lo sabía —confirmó Emil—. Pero eso era antes de que ni él ni ninguno de nosotros supiéramos que eras una diosa. Revelar eso fue idea tuya. Reconócete ese mérito.

Noté un calorcillo subiendo por mi cuello, así que me aclaré la garganta.

—¿Creéis que escucharán? ¿Que se lo dirán a otros?

—Creo que muchos sí lo harán. —Vonetta miró a su hermano y luego otra vez a mí—. Todos sabíamos que contarles a los mortales lo que planeamos era un riesgo. Uno que creíamos que merecía la pena, incluso si los Ravarel se enteran de nuestros planes.

Asentí.

—Dar a los mortales una oportunidad de salir de la ciudad antes de que nosotros la tomemos, antes de quedar atrapados en medio de la refriega, merecía la pena, a pesar del peligro.

—Así es —confirmó Vonetta—. Y bueno, algunos no se creyeron la parte de que seas una diosa. Creen que los malvados atlantianos te han manipulado de algún modo —continuó. Estiró el brazo hacia la otra loncha de beicon justo cuando Emil alargaba su propia mano para hacer lo mismo. Él fue más rápido—. Eh, eso es mío. —Vonetta le lanzó una mirada asesina—. Además, ¿qué haces tú aquí?

—En realidad, el beicon es de… —empezó Kieran, y esta vez *sí* que le di una patada en la pierna por debajo de la mesa. Su cabeza voló hacia mí.

—Podemos compartirlo. —Emil partió el beicon en dos y le dio la mitad a una muy poco agradecida Vonetta—. Y estoy aquí porque te he echado mucho de menos.

—Lo que tú digas —masculló Vonetta—. En serio, ¿por qué estás aquí?

Emil sonrió, sus ojos ambarinos eran cálidos mientras se terminaba su mitad de la loncha de beicon.

—Estoy aquí porque alguien trajo una misiva al Adarve —anunció, limpiándose las manos con una servilleta—. Es del duque y la duquesa de Ravarel.

Hasta el último centímetro de mi ser se puso en tensión.

—¿Y has esperado hasta ahora para decírnoslo?

—Tenías preguntas sobre su misión en Oak Ambler. Pensé que podía dejar que recibieran respuesta —razonó—. Además, Vonetta tenía hambre, y sé bien que es mejor no interponerse entre un *wolven* y la comida.

Vonetta se giró a toda velocidad hacia Emil, hasta el punto de casi salirse de la silla.

—¿En serio me estás echando la culpa a mí por tu incapacidad para priorizar?

—Jamás haría tal cosa. —Emil sacó un pergamino doblado del bolsillo del pecho de su túnica mientras le sonreía a Vonetta—. Y nada de esto cambia el hecho de que de verdad te he echado de menos.

Kieran puso los ojos en blanco.

Vonetta abrió la boca y luego la cerró. Se echó hacia atrás en su silla y yo hice lo que seguramente no debería haber hecho. Abrí mis sentidos. Lo que saboreé procedente de Vonetta era especiado y ahumado. *Atracción*. También había algo más dulce debajo.

—Necesito vino. —Empezó a inclinarse hacia delante, pero Emil fue, otra vez, más rápido. Al mismo tiempo que me entregaba la misiva, agarró la botella de vino y le sirvió una copa—. Gracias —dijo, antes de tomar la copa y beberse un trago impresionante. Luego me miró—. Bueno, ¿qué dice?

El delgado pergamino plegado parecía pesar tanto como una espada. Miré a Kieran y, cuando asintió, lo abrí. Había una sola frase escrita en tinta roja. Una respuesta que todos esperábamos pero que aun así fue un golpe duro.

No aceptamos nada.

Capítulo 4

—Corre, Poppy —boqueó mamá—. Corre.

Quería que la dejara ahí, pero no podía. Eché a correr. Eché a correr hacia ella, las mejillas empapadas de lágrimas.

—Mamá… —Unas garras me agarraron del pelo, arañaron mi piel, me quemaron como aquella vez que toqué la tetera caliente. Grité y estiré los brazos hacia mamá, pero ya no podía verla en la masa de monstruos.

Estaban por todas partes, la piel apagada y gris y rota. Y luego había un hombre alto vestido de negro. El que no tenía cara. Me retorcí, gritando…

El amigo de papá estaba en la puerta. Estiré los brazos hacia él. Se suponía que nos iba a ayudar, que iba a ayudar a mamá. Pero se limitó a mirar al hombre de negro mientras este se alzaba por encima de las serpenteantes y voraces criaturas. El amigo de papá dio una sacudida, se tambaleó hacia atrás y su horror amargo llenó mi boca hasta el punto de asfixiarme. Retrocedió, negando con la cabeza y temblando. Nos iba a abandonar…

Unos dientes se hincaron en mi piel. Un dolor atroz recorrió mi

brazo y se prendió en mi rostro. Caí mientras intentaba quitármelos de encima. El rojo inundó mis ojos.

—No. No. No —grité, sin dejar de forcejear—. ¡Mamá! ¡Papá!

Un fuego ardiente reptó por mi estómago, me contrajo los pulmones y el cuerpo entero.

Y entonces los monstruos estaban cayendo y yo no podía respirar. El dolor. El peso. Quería a mi mamá. La nada se deslizó por encima de mis ojos y me perdí durante un ratito.

Una mano tocó mi mejilla, mi cuello. Parpadeé entre la sangre y las lágrimas.

El Señor Oscuro se alzaba sobre mí, su cara era nada más que sombras debajo de la capa con capucha. No era su mano lo que estaba en mi cuello sino algo frío y afilado.

No se movió. Esa mano tembló. El hombre entero temblaba mientras hablaba, pero sus palabras sonaban entrecortadas.

Oí a mamá hablar con una voz que sonaba extraña y mojada.

—¿Entiendes lo que significa eso? Por favor. Ella debe…

—Por todos los dioses —murmuró el hombre con voz rasposa, y entonces me sentí flotar y levitar, rodeada por el aroma de las flores que a la reina le gustaba tener en su dormitorio.

Vaya florecilla más poderosa eres.

Vaya amapola más poderosa.

Córtala y mira cómo sangra.

Ya no es tan…

Me desperté sobresaltada, los ojos abiertos como platos mientras escudriñaba la habitación iluminada por la luz de la luna. No estaba ahí. No estaba en la posada. Estaba aquí.

Mi corazón tardó en apaciguarse. Hacía varias noches que no tenía esa pesadilla. Me habían encontrado otras. Unas en las que unos clavos afilados pintados del color de la sangre se clavaban en *su* piel, le hacían daño a él.

Mi mejor amigo y mi amante.

Mi marido y mi rey.

Mi corazón gemelo.

Esas pesadillas se habían unido a las viejas y me habían atormentado siempre que conseguía dormir unas cuantas horas

seguidas, cosa que no ocurría a menudo. Lograba una media de unas tres horas por noche.

Con la garganta seca, contemplé el techo, atenta a no descolocar las gruesas mantas apiladas sobre la ancha esterilla. Todo estaba en silencio.

Odiaba estos momentos.

El silencio.

La nada de la noche.

El esperar cuando nada podía ocupar mis pensamientos lo suficiente como para impedirme pensar *su* nombre, no digamos ya lo que podría estar ocurriéndole. Como para impedirme oírle rogar y suplicarle a ella, ofrecerle cualquier cosa, incluso su reino.

Veintinueve días.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo mientras reprimía la creciente oleada de pánico e ira…

Un movimiento al lado de mi cadera me sacó de mi turbulenta espiral de pensamientos. Una gran cabeza peluda se levantó, recortada por la luz de la luna. El *wolven* bostezó al tiempo que estiraba sus largas y poderosas patas delanteras.

Kieran había tomado la costumbre de dormir cerca de mí en su forma de *wolven*, razón por la cual lograba dormir muy poco. Le había dicho en más de una ocasión que no era necesario, pero la última vez que había sacado el tema, él me había dado una explicación indiscutible.

—Aquí es donde *elijo* estar.

Y bueno, eso… eso casi me había hecho llorar. Elegía estar a mi lado porque era mi amigo. No debido a una obligación. No pensaba cometer el mismo error que con Tawny, cuando no hacía más que dudar de la autenticidad de nuestra relación a causa de la manera en que nos habían presentado.

Por otra parte, creía que Kieran elegía estar aquí, que necesitaba esta cercanía, porque él también sufría. Kieran *lo* había conocido toda su vida. Su amistad iba más allá del vínculo que antes compartían. Había amor entre ellos. Y aunque solía guardarme mis sentidos para mí misma cuando no había necesidad de que leyera las emociones de otras personas, Kieran se quedaba sentado en silencio a veces, y la tristeza emanaba de su interior y cortaba a través de mis escudos.

Esa tristeza también provenía de la pérdida de Lyra. Había estado más que encariñado con la *wolven*, aunque no hubiesen tenido una relación seria. Él la quería y ahora ya no estaba; igual que la *wolven* Elashya, de la que había estado enamorado y había perdido a causa de una rara enfermedad degenerativa.

Kieran giró la cabeza hacia mí y parpadeó con sus soñolientos ojos azul invierno.

—Lo siento —susurré.

Noté un toquecito en mi mente, como un leve roce de piel con piel. La impronta de Kieran me recordaba a un cedro, rico y silvestre. *Deberías estar dormida*, me dijo; sus palabras fueron un susurro entre mis pensamientos.

—Ya lo sé —repuse. Rodé sobre el costado para quedar de frente a él.

Bajó la cabeza para apoyarla en la cama. ¿Otra pesadilla?

Asentí.

Se produjo una pausa antes de que hablara de nuevo. ¿Sabes? Hay hierbas que podrían ayudarte a dormir. Ayudarte a encontrar el tipo de sueño en el que las pesadillas no puedan alcanzarte.

—No, gracias. —Nunca me había gustado la idea de tomar nada que me dejara atontada y, por tanto, potencialmente vulnerable. Además, ya estaba tomando una hierba similar a la que él había tomado como anticonceptivo. Había pensado que sería sensato ver si existía algo y era fácil de obtener, puesto que él no podría tomar nada. Por suerte, Vonetta había sabido exactamente lo que buscaba: una hierba parecida a la que tomaba Casteel, que se molía hasta dejarla convertida en polvo y luego podía mezclarse con cualquier bebida. Sabía a tierra, pero soportarlo era mucho mejor que la posibilidad de tener un niño.

Esa era la última cosa que cualquiera de nosotros necesitaba ahora.

Aunque de repente imaginé a Kieran tejiendo jerseycitos y sonreí.

¿En qué estás pensando? Su curiosidad sabía fresca, como a limón.

Jamás se me ocurriría compartir ese pensamiento con él.

—En nada.

Me miró con suspicacia, como si no me creyera. *Tienes que*

descansar, Poppy. Diosa o no, vas a acabar agotada.

Reprimí un suspiro mientras tiraba de la suave manta hasta mi barbilla y la frotaba.

—¿Crees que esta manta está hecha de piel de *wolven*?

Las orejas de Kieran se aplanaron. *Ese ha sido un intento muy burdo por cambiar de tema*.

—Yo creo que era una pregunta válida —dije, repitiendo sus palabras de hacía un rato.

Tú crees que todas las preguntas son válidas. Emitió un bufido de exasperación que sonó muy humano.

—¿No lo son? —Rodé para tumbarme de espaldas, dejé de frotar mi barbilla y solté la manta.

Kieran me empujó la mano con el hocico. Era su manera de hacerme saber que estaba bien que lo tocara en esta forma, una manera en que los *wolven* comunicaban en silencio la necesidad de afecto. Alargué la mano y, como siempre, nunca dejaba de asombrarme lo suave que era el pelo de un *wolven*. Deslicé los dedos por la pelusilla entre sus orejas, mientras pensaba que era probable que Kieran creyera que él disfrutaba más del contacto que yo. Pero el mero contacto… el contacto físico era un regalo extraordinario. Uno que con mucha frecuencia se pasaba por alto y no se apreciaba lo suficiente.

Pasaron unos momentos de silencio.

—¿Tú… sueñas con él?

No. Kieran bajó la cabeza a mi cadera. Cerró los ojos. *Y no sé si eso es una bendición o no*.

No había sido capaz de volver a dormirme como había hecho Kieran, pero esperé hasta que los primeros y tenues rayos de luz se colaran por la ventana y avanzaran por el techo antes de salir de la cama. Kieran siempre tenía el sueño más profundo cuando salía el sol. No estaba segura de la razón, pero sabía que mi ausencia no lo despertaría hasta dentro de al menos una hora o dos.

Crucé en silencio el suelo de piedra, fijé la daga de hueso de

wolven a mi muslo y luego agarré la bata azul de volantes que Kieran había encontrado en una de las otras habitaciones. Me la puse por encima de la combinación y las mallas con las que había dormido. Olía a naftalina, pero estaba limpia y su suavidad era un lujo, hecha de algún tipo de cachemira. Até el cinturón y salí de la habitación sin molestarme con los zapatos. Los calcetines gordos eran más que suficientes, puesto que no tenía pensado salir de la fortaleza *tan* temprano.

Los habitantes de Massene ya estarían en marcha, reunidos en una de las dos tiendas que estaban justo al otro lado de la muralla interior de la fortaleza, tomando pastas recién horneadas y café torrefacto antes de partir a trabajar en el campo. No quería interrumpir el poco tiempo del que disponían para hablar los unos con los otros y reparar su comunidad rota. La gente se estaba adaptando despacio a nuestra presencia aquí, a los estandartes con el emblema atlantiano colgados de los salones y pasillos por los que ahora caminaba, y ondeando por encima del Adarve. Aún se mostraban nerviosos en presencia de los soldados atlantianos y a menudo miraban pasmados a los *wolven*, divididos entre el terror y la curiosidad. Y cuando Reaver emprendía el vuelo…

Aquello era el caos.

Al menos los gritos y las carreras para salvar sus vidas habían amainado, pero cuando me veían a mí, se quedaban paralizados antes de hacer reverencias apresuradas o caer de rodillas, con los ojos como platos y llenos de las mismas emociones enfrentadas que sentían cuando los *wolven* se acercaban.

Me daba la sensación de que Wren había informado a los habitantes de Massene sobre todo el tema de mi divinidad, puesto que no había forma humana de que nadie de Oak Ambler hubiese podido comunicarles lo que Vonetta y los otros le habían susurrado a la gente ahí. Aunque no estaba molesta con él por haberlo hecho, en parte desearía que no fuese así.

La forma en que me miraban hacía que las cosas fuesen un poco incómodas.

La forma en que hacían reverencias a toda prisa, como si esperaran que los castigara por no hacerlo de inmediato, me ponía triste.

Ahora, mientras caminaba por los desiertos y enrevesados

pasillos de la planta principal, pasé por delante del salón de banquetes, donde el murmullo de soldados o *wolven* salía por la puerta, y continué mi camino. Dejé atrás la solitaria sala de audiencias y me dirigí hacia las puertas cerradas del lado este de la fortaleza, que también parecía la parte más vieja.

Abrí las puertas una rendija y entré en la fría y cavernosa cámara. El olor a moho y humedad del polvo y los libros viejos me dio la bienvenida. Había tanto polvo que ni Kieran ni Vonetta podían estar en la sala durante demasiado tiempo sin sufrir un ataque de estornudos. Me detuve a encender la lámpara de gas que descansaba sobre una mesa de té al lado de un sofá ajado del color del chocolate intenso.

La fortaleza de Cauldra Manor era tan vieja como Massene, seguramente construida cuando la ciudad era un distrito de Pompay, como los barrios aún existentes en Carsodonia. Me daba la sensación de que muchos de los tomos de estas estanterías eran igual de viejos.

Sobre todo porque tres o cuatro casi se habían desintegrado cuando los abrí.

Debía reconocer que era una sala bastante siniestra, con sus gruesos tapices que bloqueaban las fuentes de luz natural, los desvaídos retratos de personas que supuse que eran Ascendidos del pasado o quizá mortales que habían hecho de Cauldra su hogar en algún momento, y el surtido de velas a medio derretir de varias formas y colores.

Sin embargo, empezaba a pensar que lo que de verdad mantenía a los *wolven* y a los atlantianos fuera de aquí era la *sensación* que transmitía el lugar. La clara sensación de no estar solo, incluso cuando lo estabas.

La sentí ahora, mientras deambulaba entre las hileras de tomos y sus polvorientos lomos: la presión de unos dedos invisibles sobre mi nuca. Reprimí un escalofrío y saqué otro libro antiguo de la balda al tiempo que echaba un rápido vistazo por la sala vacía a mi alrededor. La sensación seguía ahí, pero hice caso omiso mientras llevaba el viejo libro hasta el sofá y me sentaba.

Fuera como fuere, correr el riesgo de que me siguieran unos espíritus sería mejor que quedarme tumbada en la cama con solo mis pensamientos erráticos como compañía, preocupada por él, y

por Tawny, y por si tendría que alimentarme o no, y por si de verdad podríamos ganar esta guerra sin dejar el reino peor de lo que ya estaba.

Abrí el tomo con sumo cuidado. Por lo que pude ver, no había atlantianos registrados, aunque gran parte de la tinta estaba descolorida. Aun así, lo que pude leer de los párrafos que narraban las vidas de los que vivían aquí hacía un montón de años era fascinante. Los nacimientos y las muertes habían sido anotados en dos columnas, agrupados por apellidos. Mezclados con anuncios de bodas aparecían discusiones irrisorias sobre límites de propiedades, acusaciones de robo de ganado y crímenes mucho más crueles, como agresiones y asesinatos. Las ejecuciones también estaban anotadas. La manera de morir casi siempre era brutal, con ejecuciones públicas en lo que antaño era una plaza.

Una parte de mí se dio cuenta de que lo que me había llevado a mirar estos archivos largo tiempo olvidados en las baldas inferiores de la biblioteca era que me recordaban al tiempo que había pasado en New Haven, cuando todo lo que había estado aprendiendo era tan confuso para mí. Pero… pero él había estado ahí, entusiasmado y burlón mientras yo descubría los distintos linajes atlantianos.

Con el pecho comprimido, fui pasando las hojas tiesas y amarillentas que contenían la crónica de un reino que había existido mucho antes que los Ascendidos. Mucho antes que…

Entorné los ojos mientras leía las palabras. ¿Qué demon…? Levanté el libro de mi regazo e inhalé demasiado polvo mientras leía el extracto otra vez y luego una más.

> *La princesa Kayleigh, primera hija del rey Saegar y la reina Geneva de Irelone, se reunió con la reina Ezmeria de Lasania y su consorte, Marisol, para celebrar el Rito y la Ascensión de los Elegidos, lo cual marcaba el…*

El resto de la tinta estaba demasiado descolorido como para poder leer nada más, pero había tres palabras que casi palpitaban en la ajada página.

Rito. Ascensión. Elegidos.

Tres cosas que no habían existido antes de que los Ascendidos

gobernaran Solis.

Pero eso tenía que ser imposible. Él había explicado que los Ascendidos habían creado el Rito como manera de aumentar sus efectivos y para convertir a los mortales en ganado. Excepto que no se alimentaban de todos los terceros hijos e hijas. Algunos tenían un rasgo desconocido que Isbeth había descubierto y le permitía convertirlos en esas cosas: en Retornados. Aun así, no tenía ningún sentido que se mencionara un Rito en un tiempo tan lejano en el pasado que los nombres de los reinos casi se habían olvidado. Un tiempo en el que no había Ascendidos.

Levanté la vista hacia uno de los retratos descoloridos. ¿Un tiempo incluso anterior a que el primer atlantiano hubiese sido creado mediante las pruebas de los corazones gemelos? Dejé el libro a un lado y los bajos de la bata susurraron contra el suelo cuando corrí de vuelta a las estanterías en busca de archivos más antiguos, de tomos que parecían a punto de desintegrarse. Tomé uno entre las manos y tuve aún más cuidado al abrirlo y repasar las páginas para ver si encontraba más referencias al Rito. Y fechas.

Lo encontré: un pasaje al que le quedaba justo la tinta suficiente para lograr distinguir una referencia a los Elegidos. Aunque eso me dejó aún más confundida, porque cuando lo cotejé con los nacimientos del otro libro, solo los terceros hijos e hijas nacidos en una misma familia no tenían fechas de defunción, fechas marcadas solo por el mes, el día y la edad. Estaba segura de que no se debía a la tinta descolorida.

«Entonces, ¿cómo era posible el Rito?», le pregunté a la sala desierta.

La única respuesta era que el Rito hubiera existido y luego se hubiese interrumpido, y que cuando nació el primer atlantiano, se hubiese olvidado de algún modo. Esa era la única explicación, puesto que sabía que él no podía haber mentido al respecto. Todos los atlantianos y *wolven* que conocía creían que el Rito había comenzado con los Ascendidos.

Contemplé los tomos y se me ocurrió que estos archivos podían ser muchísimo más viejos de lo que había pensado. Era posible que se hubiesen escrito durante un tiempo en que los dioses estaban despiertos.

Me quedé boquiabierta.

«Estos archivos tienen que ser…».

—Más viejos que el pecado y que la mayoría de los emparentados.

Di un respingo al oír esa voz rasposa. Mis ojos volaron hacia las puertas medio abiertas. Un escalofrío recorrió mi columna al ver a la figura encorvada vestida de negro.

Era ella. La anciana. La viuda… que quizá ni siquiera fuese viuda.

—Pero no tan viejos como el primer mortal, nacido de la carne de un Primigenio y del fuego de un *draken*.

Di otro respingo. ¿Era así como se había creado el primer mortal?

La cabeza con velo se ladeó.

—Veo que te he sobresaltado.

Tragué saliva.

—Un poco. No te había oído entrar.

—Soy tan silenciosa como una pulga infecta, así que la mayoría de las personas no me detecta —explicó. Avanzó arrastrando los pies y yo me puse tensa. Las largas mangas de su vestido cubrían sus manos y, mientras se acercaba, alcancé a ver el más mínimo asomo de piel pálida y arrugada debajo del velo de encaje—. Extraña lectura elegida para una hora en la que la mayoría de la gente está dormida.

Parpadeé y bajé la vista hacia el viejo tomo.

—Supongo que lo es. —Volví a mirarla a ella y me sorprendí de que hubiera llegado tan cerca tan deprisa—. ¿Sabes exactamente cuán viejos son estos archivos?

—Más viejos que el reino y que la mayoría de la sabiduría —contestó, con esa voz quebradiza que me recordaba a ramas secas.

La anciana osciló un poco sobre los pies y recordé mis modales. La mayor parte de la gente no se sentaría delante de una reina a menos que les dieran permiso. Supuse que los mortales se comportarían del mismo modo delante de una diosa.

—¿Quieres tomar asiento? —pregunté.

—Temo que no debo sentarme, pues es probable que no vuelva a levantarme.

Según cómo se movía su túnica, que apenas mostraba si respiraba, yo también lo temía.

—No sé tu nombre.

—Sé quién eres, sé que eres ella, con ese resplandor en los ojos, tan brillante como una estrella —repuso, e hice todo lo posible por mantener el rostro inexpresivo—. Vessa era como me llamaban antaño.

¿Antaño? Me resistí al impulso de alargar la mano y tocarla, para comprobar si de verdad era de carne y hueso. En lugar de eso, abrí mis sentidos a ella y lo que sentí fue… extraño. Turbio. Como si lo que sentía estuviera empañado de algún modo. Pero había leves trazas de diversión azucarada, cosa que también era rara. Me pregunté si su edad hacía que leer sus emociones fuese algo borroso.

Me daba la sensación de que seguramente era la mortal más vieja que había visto nunca; quizás incluso la mortal más vieja del mundo. Pero su edad significaba que debía de haber visto gran parte de lo ocurrido en Massene. Gran parte de lo que habían hecho los Ascendidos.

—¿Qué hacías aquí, Vessa?

El encaje de delante de su cara onduló con suavidad y capté un aroma de algo vagamente familiar. Un aroma rancio que no logré identificar del todo.

—Servía —dijo—. Aún sirvo.

Deduje que se refería a los Ascendidos, así que tuve que reprimir la oleada de ira que surgió en mi interior. Los Regios eran lo único que conocían los mortales, y vivir durante tanto tiempo como lo había hecho ella bajo su yugo, con el miedo a ser considerada desleal, una Descendente, debía ser difícil quitárselo de encima.

—Ya no tienes que servir a los Ascendidos —la tranquilicé, después de forzar una sonrisa. Vessa estaba tan quieta que parecía increíble que pudiera respirar.

—No los sirvo a ellos mientras espero.

—Entonces, ¿a quién sirves? —pregunté.

—¿A quién, si no, a la Verdadera Corona de los Mundos, niña tonta?

—No soy tonta ni una niña —dije con frialdad. Dejé el tomo en la mesa de té y di por sentado que se refería a la Corona de Sangre.

Vessa hizo una reverencia temblorosa que temí que la hiciera caer.

—Mis disculpas, alteza. He perdido todo el sentido del decoro con la edad.

No dije nada durante un buen rato y dejé que el insulto fuese diluyéndose. Me habían llamado cosas mucho peores y yo misma había pronunciado insultos mucho más duros.

—¿Cómo sirves a la Verdadera Corona, Vessa?

—Esperando.

Entre las respuestas demasiado cortas y las otras más largas en verso, estaba perdiendo la paciencia a toda velocidad.

—¿Qué es lo que esperas?

Se enderezó con movimientos breves y entrecortados.

—A la que fue Bendecida. —Me puse tensa—. Una nacida de una grave fechoría, de un enorme y terrible poder primigenio, con sangre llena de cenizas y hielo. —Sus palabras sacudieron su cuerpo y pusieron de punta todos los pelos del mío—. La Elegida que propiciará el final, que recompondrá los mundos. La Heraldo de Muerte y Destrucción.

Solté una exclamación ahogada ante las palabras de la profecía que tan familiares me resultaban. La mujer debía de habérselas oído al duque. Era la única explicación.

—*A ti*. —El borde del velo de encaje revoloteó—. Te espero a ti. Espero a la muerte.

Unos dedos gélidos presionaron otra vez contra mi nuca, como si un espíritu me acabara de tocar.

La anciana se abalanzó sobre mí. Sus vestiduras negras aletearon como las alas de un cuervo cuando un brazo salió disparado de entre los generosos pliegues. Un destello de plata centelleó a la luz de la lámpara. Me quedé bloqueada durante el más breve de los segundos, atravesada por una sorpresa potente y aguda.

Salí de mi estupor y la bata revoloteó en torno a mis piernas mientras me ponía en pie de un salto. La agarré de la muñeca y mis dedos se hundieron en la gruesa tela y alrededor del brazo delgado y huesudo.

—¿En serio? —exclamé, todavía medio paralizada por la sorpresa mientras me apartaba de ella.

Vessa se tambaleó hacia atrás, chocó con la mesita de té y se desplomó como un fardo. Su cabeza dio un latigazo hacia delante. El velo resbaló y luego cayó al suelo. Su pelo blanco y ralo brotaba

de pegotes apelmazados por su cuero cabelludo arrugado.

—¿Acabas de intentar apuñalarme? —Incrédula, la miré desde lo alto, el corazón acelerado—. ¿Cuando además sabes *lo* que soy?

—Sé lo que eres. —Plantó una pálida mano esquelética en el suelo y levantó la cabeza.

Por todos los dioses, sí que era *vieja*.

Su rostro era poco más que piel y cráneo, sus mejillas y ojos hundidos, su cutis lleno de arrugas y de un espantoso tono blanco grisáceo. Los labios eran una fina línea exangüe, retraídos sobre unos labios manchados, y sus ojos… eran de un blanco lechoso. Di un paso involuntario hace atrás. ¿Cómo diablos podía verme siquiera?

Pero la anciana seguía aferrada a la delgada daga, y eso era bastante impresionante, dada su edad extremadamente avanzada.

—Heraldo —repitió con voz melosa.

—Deberías quedarte donde estás —la advertí, y deseé de todo corazón que me escuchara. Era obvio que había algo muy mal en ella. Quizá se debiera a haber oído esa maldita profecía y al miedo que se había arraigado en su interior por su culpa. O este comportamiento podía ser producto secundario de su edad. Era probable que fuese por ambas cosas. Fuera como fuere, no quería hacerle daño a la anciana.

Vessa se puso en pie.

—Oh, venga ya —musité.

Volvió a abalanzarse sobre mí, más deprisa de lo que esperaba. Por todos los dioses, el hecho de que se hubiese levantado siquiera era, una vez más, impresionante.

La esquivé con facilidad y esta vez la agarré por los dos brazos con todo el cuidado que pude. Traté de no pensar en lo quebradizos que parecían sus huesos y la empujé hacia abajo, hacia el sofá esta vez.

—Suelta la daga —le ordené.

—*Heraldo*.

—Ahora.

—¡Heraldo! —gritó Vessa.

—Maldita sea. —Ejercí una ligera presión sobre los huesos de su muñeca e hice una mueca cuando soltó una exclamación ahogada. Sus dedos se abrieron y la daga cayó al suelo con un golpe sordo. La

mujer empezó a levantarse—. Ni se te ocurra.

—¿Quiero saber siquiera lo que está pasando aquí? —bramó Kieran desde las puertas.

—Nada. —Lo miré de reojo. Estaba claro que recién se había levantado. Llevaba solo los pantalones—. Aparte de que acaba de intentar apuñalarme.

Cada línea del cuerpo de Kieran se puso en tensión.

—Eso no suena como si fuera nada.

—¡Heraldo! —aulló Vessa, y Kieran parpadeó—. ¡Heraldo!

—Y por si no te habías dado cuenta, cree que soy la Heraldo. —Bajé la vista hacia la anciana, medio temerosa de soltarla—. No importa lo que hayas oído o te hayan contado, yo no soy eso que dices.

—Naciste envuelta en el velo de los Primigenios —chilló, y lo hizo con *fuerza*—. Bendecida con sangre llena de cenizas y hielo. Elegida.

—No creo que te haya oído —repuso Kieran con sequedad. Lo fulminé con la mirada.

—¿Has venido a ayudar, o solo quieres quedarte ahí plantado y observar cómo me chilla una anciana?

—¿Hay una tercera opción?

Entorné los ojos.

—¡Heraldo! —gritó Vessa—. ¡Heraldo de Muerte y Destrucción!

Kieran se giró por la cintura.

—¡Naill! Necesito tu ayuda.

—Podrías venir tú mismo y sujetarla —le reproché—. No tenías por qué llamarlo a él.

—Diablos, no. Yo no pienso acercarme a ella. Es una *laruea*.

—¿Una *qué*?

—Un espíritu.

—Tienes que estar de broma —musité, mientras Vessa seguía forcejeando—. ¿A ti te parece un fantasma incorpóreo?

En ese momento entró Naill. Sus pasos se ralentizaron y sus cejas se arquearon mientras Vessa seguía gritando. Emil llegó justo detrás de él, y ladeó la cabeza.

—Oh, eh —comentó—. Es la viuda.

—Se llama Vessa y acaba de intentar apuñalarme —mascullé—. Dos veces.

—Eso sí que no me lo esperaba —murmuró Naill.

—No quiero hacerle daño —continué—. Así que sería genial si pudierais llevarla a algún lugar seguro.

—¿Algún lugar seguro? —preguntó Emil mientras se acercaba junto con Naill y hablaban bien alto para que los oyera por encima de los gritos de la mujer—. Pero si acabas de decir que ha intentado apuñalarte.

—¿Veis lo vieja que es? —Me eché atrás cuando un escupitajo voló de la boca de la mujer, que no paraba de chillar—. Necesita que la recluyáis en algún sitio donde no pueda hacerse daño ni hacérselo a otros.

—¿Como una celda? —sugirió Kieran mientras los dos atlantianos conseguían desenredarnos—. ¿O una tumba?

Ignoré ese comentario mientras me inclinaba para recoger la daga.

—Metedla en una habitación que pueda cerrarse con llave desde fuera hasta que averigüéis cuál de las habitaciones es la suya.

—Servirá —dijo Naill, al tiempo que guiaba a la mujer, histérica ya, fuera de la biblioteca.

—¿Crees que habrá alguna mordaza de más por aquí? —preguntó Emil mientras Kieran retrocedía para dejarles margen de sobra. Me giré hacia ellos.

—Ni se te ocurra amordazarla. —No hubo respuesta, así que me giré hacia Kieran—. No lo harían, ¿verdad?

Vino hacia mí y me miró de arriba abajo.

—Debería estar en una celda.

—Es demasiado vieja para eso.

—Y tú no deberías estar deambulando por ahí. Como es obvio.

Tiré la daga sobre la mesa.

—Puedo cuidar de mí misma, Kieran. —Pasé una mano por encima de mi hombro para empujar mi trenza hacia atrás—. Debió de oír al duque hablar de la profecía y eso la ha alterado.

—Nadie pone en duda tu capacidad para defenderte, pero es imposible saber cuántas personas más pueden haber oído hablar de la profecía. —A lo mejor era por eso que la gente parecía tan asustada en mi presencia—. Esta es la razón por la que deberías llevar guardias de la corona contigo.

—Ya os he dicho a ti, a Hisa y a todos los demás que han

sugerido eso, que no quiero que un guardia me siga a todas partes. Me recuerda a… —Me callé un momento, tensa de pronto. Me recordaba demasiado a Vikter. A Rylan. A él—. Me recuerda a cuando era la Doncella —mentí.

—Eso puedo entenderlo. —Kieran se detuvo a mi lado, tan cerca que su pecho rozó mi brazo cuando agachó la cabeza—. Pero ¿enviarla a un dormitorio? Eres una reina, y esa mujer acaba de intentar apuñalarte. ¿Sabes lo que haría la mayoría de las reinas en respuesta?

—Esperaría que la mayoría hiciese lo mismo que yo: reconocer que es más peligro para sí misma que para los demás —lo contradije. Sus ojos se endurecieron.

—Deberías al menos exiliarla.

—Si hiciera eso, sería una sentencia de muerte. —Me dejé caer en el sofá, sorprendida de que no colapsara bajo mi peso—. Ya has visto lo mayor que es. Dudo de que vaya a ser un problema durante demasiado tiempo. Déjala estar, Kieran. No te sentirías de este modo si hubiese atacado a cualquier otro.

No reconoció que yo tenía razón, lo cual era irritante.

—¿Eso es una orden?

Puse los ojos en blanco.

—Sí.

—Como tu consejero…

—Dirás: «Vaya, menuda reina más amable tiene nuestra gente».

—Eres amable. Demasiado amable.

Sacudí la cabeza y miré otra vez los archivos sobre la mesita de té mientras apartaba a un lado los pensamientos sobre la anciana.

—¿Sabes cómo fue creado el primer mortal?

—Esa es una pregunta de lo más aleatoria e inesperada. —Cruzó los brazos pero no se sentó—. El primer mortal fue creado de la carne…

—¿De un Primigenio y del fuego de un *draken*? —terminé por él, sorprendida de que la viuda hubiese dicho la verdad. Kieran frunció el ceño.

—Si sabes la respuesta, ¿por qué lo has preguntado?

—No la sabía hasta ahora. —No se me pasó por alto que a mí me llamaban la Reina de Carne y Fuego, pero mi cerebro ya estaba lleno de demasiadas ideas confusas como para cavilar sobre la

relación entre esas dos cosas—. ¿Sabías que el Rito existía antes de la aparición de los Ascendidos?

—No existía.

—Sí lo hacía —insistí, y luego le enseñé los archivos.

La sorpresa de Kieran fue como una ducha de agua fría. Se pasó una mano por encima de la cabeza, donde el pelo empezaba a estar más largo.

—Supongo que es posible que los dioses tuviesen algún tipo de Rito y que los Ascendidos lo copiaran.

Lo pensé un poco.

—Malec lo hubiese sabido. Podría habérselo contado a Isbeth. Pero ¿se interrumpirían porque los dioses se fueron a dormir?

—Esa sería una razón plausible. —Cruzó los brazos y le echó a la sala un buen vistazo.

—Tiene que estar relacionado… lo de que los dioses se llevaran a los terceros hijos e hijas —cavilé, con la mirada fija en los tomos —. Y cómo pueden convertirse en Retornados.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, una hora o así después del amanecer, caminaba entre las ruinas invadidas por la maleza de uno de los edificios situados entre los pinos que rodeaban Cauldra Manor. Una ráfaga de viento gélido sopló entre las columnas medio desmoronadas y revolvió el pelo de un blanco puro del *wolven* que recorría acechante la pared de la ruinosa estructura.

Delano me había seguido cuando salí de la fortaleza, y se mantenía a pocos pasos detrás de mí, sin dejar de escudriñar las ruinas del edificio destruido por el tiempo o por la última guerra.

Treinta días.

El tembleque que me recorría de arriba abajo no tenía nada que ver con las temperaturas frías. La aguda punzada de dolor en lo más profundo de mi pecho hacía que me costara respirar y se fundía con la necesidad casi abrumadora de escapar de este lugar siniestro e ir a Carsodonia. Ahí era donde estaba él. Eso era lo que me había dicho la doncella personal, y no creía que la Retornada estuviese mintiendo. ¿Cómo podría liberarlo si me quedaba aquí, atrapada entre los esqueletos de lo que una vez fue una gran ciudad, cautiva de las responsabilidades de una corona que nunca quise?

Mis dedos enguantados bajaron por los botones de la chaqueta

de lana hasta donde acababan en la cintura. Metí la mano entre ambas mitades y la cerré alrededor de la bolsita que llevaba a la cadera. Agarré el caballito de juguete.

Mis pensamientos se apaciguaron.

Cerca de las frondosas flores silvestres amarillas que crecían a lo largo de los cimientos, me senté sobre un murete y dejé que mis piernas colgaran mientras contemplaba el paisaje. La maleza me llegaba hasta la cintura y había reclamado la mayor parte de la carretera que antes conducía hasta esta parte de la ciudad, con lo que solo se captaban atisbos de las calles adoquinadas bajo ella. Gruesas raíces habían arraigado entre los edificios desplomados y las enormes y tupidas ramas de los pinos trepaban a través de las ventanas rotas en las pocas paredes que aún quedaban en pie. Tallitos de lavanda asomaban entre las ruedas de carruajes abandonados, su olor dulce y floral arrastrado por el viento cada vez que soplaba.

No tenía ni idea de cuántos años había tenido el duque de Silvan, pero estaba segura de que había tenido años suficientes para limpiar esta parte de Massene. Para hacer algo con la tierra, de modo que dejase de parecer un cementerio de lo que una vez había sido.

La Elegida que propiciará el final, que recompondrá los mundos.

Un escalofrío acompañó al recuerdo de las palabras de Vessa. Por lo que sabía, ni Naill ni Emil habían sido capaces de encontrar su habitación, pero estaba encerrada, alimentada y segura en una habitación dos puertas más allá del Gran Salón.

—No deberías estar aquí fuera —me sobresaltó una voz hosca desde arriba.

Delano no había sido el único en ir tras de mí. Reaver también lo había hecho, volando por los aires mientras seguía nuestro rastro entre los pinos. Planeaba tan silencioso por encima de nosotros que me había olvidado de que estaba ahí arriba, dando vueltas.

La voz solo podía pertenecerle a él.

Eché la cabeza atrás y levanté la vista unos cuatro metros, hacia donde se había posado el *draken* sobre la superficie plana de una columna. Un intenso rubor trepó por mis mejillas.

Ver a Reaver en su forma mortal ya era una experiencia del todo

inesperada, pero verlo completa y absolutamente desnudo en cuclillas sobre una columna llevaba la singularidad de la situación a un nivel muy distinto.

Reaver era… *rubio*.

Con su carácter más bien gruñón, había conjurado una imagen mucho más morena de él.

Intenté no mirar fijamente, pero era difícil no hacerlo. Por suerte, todas las zonas que la mayoría de las personas hubiesen considerado muy inapropiadas quedaban ocultas a la vista, debido a su postura. Aun así, había mucha carne fibrosa y piel color arena a la vista. Guiñé los ojos. Su piel lucía un tenue pero claro dibujo escamoso.

—Estás en tu forma mortal —dije como tonta.

Una cortina de pelo hasta el hombro ocultaba la mayor parte de las facciones de Reaver, excepto por el ángulo cortante de su mandíbula.

—Qué observadora.

Arqueé las cejas al tiempo que sentía a Delano rozar mis pensamientos, su impronta primaveral y ligera como una pluma. Seguí esa sensación única, abrí la vía de comunicación con él y su respuesta fue inmediata. *Es un tipo raro*.

En realidad, eso no podía discutírselo en este momento. *Es probable que él crea que los raros somos nosotros*.

Es probable que nos quiera comer, repuso Delano mientras se deslizaba en torno a una de las columnas.

Casi me eché a reír, pero Reaver habló justo entonces.

—Estás muy preocupada. Todos podemos sentirlo. Incluso los que vienen de camino hacia aquí.

Mi atención voló de vuelta a él. *Todos*. Se refería a los *drakens* como especie. A través del *notam* primigenio, los *wolven* podían sentir mis emociones cuando eran muy intensas.

—¿Los *draken* están vinculados a mí? —pregunté, puesto que Nektas no había explicado exactamente que lo estuviesen. Solo había dicho que ahora eran *míos*.

—Eres la *Liessa*. Tú nos has invocado. Llevas en ti la sangre de Nyktos y de la consorte. Eres… —Dejó la frase a medio terminar—. Sí, estamos vinculados a ti. Estoy perplejo por el hecho de que no te

hubieras dado cuenta de ello hasta ahora.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo.

—No es que me haya dado cuenta ahora. Es que apenas lo había pensado tan… a fondo —terminé sin mucho ímpetu—. ¿Puedo comunicarme con vosotros como hago con los *wolven*?

—No, pero como sabes —dijo, y parpadeé despacio—, nosotros sabremos cuál es tu *voluntad* y responderemos a ella, como ha sido siempre con los Primigenios.

—Pero yo no soy una Primigenia.

—Lo que no eres es sensata —respondió, y ahora sí que fruncí el ceño—. No deberías estar tan lejos de la fortaleza.

—No estoy lejos. —Aún podía oler el humo de la madera mezclado con la lavanda.

—Estos mortales te temen, como ya sabes —continuó, y se me hizo un nudo en el estómago—. El miedo tiende a llevar a la gente a tomar malas decisiones.

—No dejaré que nadie se acerque lo suficiente como para hacerme daño —lo tranquilicé—. Y Delano tampoco.

—Uno no necesita estar cerca de ti para hacerte daño —señaló —. Y ya te han dicho que puede que cueste matarte, pero no es imposible. Tal vez esa mujer no lo haya logrado, pero otras personas podrían atacarte.

Mis dedos interrumpieron su incesante jugueteo con los botones de la chaqueta mientras el viento retiraba los mechones de pelo del rostro de Reaver. Así que por fin pude echarle mi primer vistazo real.

Tenía una extraña cualidad asimétrica, como si sus rasgos los hubiesen tomado de personas distintas. Tenía los ojos separados, con el lacrimal inclinado hacia abajo, lo cual le daba una expresión algo pícara que no cuadraba bien con la seriedad de su vívida mirada color zafiro. Los carnosos labios con clara forma de arco tampoco parecían pertenecer a la fuerte mandíbula cincelada y las cejas beige que se arqueaban de un modo sardónico, casi burlón. Sus pómulos eran altos y angulosos, hasta el punto de crear sombras debajo de ellos. De algún modo, el batiburrillo de facciones funcionaba. No tenía una belleza clásica, pero era tan interesante de mirar que resultaba completamente despampanante. Tenía, eso sí, la cara un pelín demacrada, lo cual me hizo preguntarme si todavía

se estaría recuperando de tanto tiempo dormido.

Sacudí la cabeza para quitarme de encima esos pensamientos.

—Exactamente, ¿qué *es* lo que mata a un dios?

—Un dios puede matar a otro dios —explicó Reaver—. La piedra umbra también puede matar a un dios.

El mismo material que había sido empleado para construir muchos de los templos y el palacio de Evaemon. Nunca había pensado en él como en un arma hasta que esos guardias esqueleto que habíamos visto después de entrar en Iliseeum habían blandido armas de piedra umbra.

Era lo que había perforado la piel de Tawny en el caos después de que todo se hubiese torcido tantísimo.

—A través del corazón o de la cabeza —precisó.

Vi de inmediato la flecha que la Retornada había apuntado en mi dirección. Sin embargo, la Retornada había hablado como si no hubiese creído que la piedra umbra fuese a matarme. Supuse que era una suerte que, obviamente, hubiera pensado mal.

—¿Qué pasa si a un mortal lo apuñalan con piedra umbra?

—Eso lo mataría —confirmó, y todo el aire abandonó mis pulmones—. Pero tu amiga vive. Tiene que haber una razón para ello.

Estaba claro que Reaver había estado escuchando siempre que hablaba de Tawny.

—¿Qué tipo de razón podría haber?

—¿Qué sé yo? —repuso, y reprimí un arrebato de frustración—. Pero eres la primera descendiente femenina del Primigenio de la Vida, el ser más poderoso que se conoce. Con el tiempo, serás aún más poderosa que tu padre.

Cómo podía ser más poderosa que mi padre era algo que se me escapaba. Tampoco sabía por qué importaba lo de ser «femenina». Aun así, me quedé atascada en esas dos palabras.

Tu padre.

Ires.

Esas dos palabras me dejaron dubitativa. Tragué saliva y aparté la mirada. El poco alivio que había sentido al enterarme de que Malec no era mi padre duró muy poco. Mi padre era un gato de cueva, uno que había visto de niña y luego otra vez en Oak Ambler, en el castillo de Redrock. Pero el único padre al que recordaba era a

Leopold. Aun así, la ira zumbó a través de mi sangre, se mezcló con el *eather* y caldeó esos lugares fríos y huecos desperdigados por todo mi ser. A él también lo liberaría.

—¿Cuánto tiempo lleva cautivo Ires?

—Dejó Iliseeum mientras dormíamos, después de despertar a uno de los *drakens* para que lo acompañara. —La línea de la mandíbula de Reaver se apretó, los ojos fijos al frente—. No sé por qué se fue ni el momento exacto. Solo fui consciente hace unos dieciocho años, cuando se despertó el Primigenio.

Mi ceño se frunció mientras Delano se sentaba a mi lado.

—¿Por qué se despertó Nyktos?

La cabeza de Reaver voló hacia mí. Esos ojos ultrabrillantes eran inquietantes incluso con la distancia que nos separaba.

—Tengo entendido que fue cuando naciste tú. Es algo que se *sintió*.

Eso no lo había sabido.

Reaver devolvió la mirada al cielo.

—Ahí fue cuando nos enteramos de que tanto Malec como Ires no estaban. Así como… Jade.

Me costó un momento darme cuenta de que se refería a Jadis, la hija de Nektas.

La tensión apelotonó los músculos de sus hombros.

—No sé por qué Ires se la llevó. Ella era joven cuando nos fuimos a dormir. Y cuando la despertó, no tendría experiencia. No hubiese sido seguro para ella.

Sentí un extraño impulso por defender a un hombre al que no conocía.

—A lo mejor no creía que fuese peligroso.

Reaver soltó un bufido, y hubiera jurado ver unas leves volutas de humo brotar por su boca.

—Creo… creo que sabía que le había ocurrido algo a su hermano y fue en su busca. A Malec lo habíamos perdido mucho antes de darnos cuenta de ello —dijo, sus palabras parecidas a lo que me había dicho Nektas—. Pero Malec era el gemelo de Ires. Tan parecidos de niños que no se les distinguía. A medida que crecieron, sus diferencias se fueron haciendo patentes —explicó, y su voz áspera por falta de uso se volvió más distante—. Ires era cauto y reflexivo en todo, mientras que Malec era imprudente y rara vez se

paraba a pensar en lo que había hecho hasta después. Ires estaba contento en Iliseeum, pero Malec se había vuelto inquieto y visitaba el mundo mortal a medida que las deidades construían Atlantia poco a poco. Debido a que tanto él como Ires habían nacido en este mundo, Malec podía venir, pero no sin limitaciones. Cuanto más tiempo se quedaba, más menguaba su poder. Aun así, eligió quedarse, a sabiendas de lo que tendría que hacer para conservar sus fuerzas.

Esa merma en su poder debía explicar por qué no existía un *notam* primigenio entre Malec y todos los *wolven* como el que tenían conmigo.

—¿Cómo conservó sus fuerzas?

—Tenía que alimentarse, *Liessa*. —Una ceja se arqueó mientras Reaver me miraba desde lo alto—. Tenía que alimentarse *a menudo*. A un dios o a un Primigenio le valdría cualquier sangre, ya fuese mortal, atlantiana o de otro dios. —Una pausa—. También de *wolven*. Cualquier cosa menos un *draken*. Uno no puede alimentarse de un *draken*.

La sorpresa nos golpeó a Delano y a mí. Los atlantianos podían alimentarse de mortales, pero no les servía de nada. Sin embargo, daba la impresión de que el mundo era un bufé gigantesco cuando de los dioses y los Primigenios se trataba. No obstante, esta nueva información significaba que…

Tendría que alimentarme.

—¿Sabes…? —Tragué saliva—. ¿Sabes cuán a menudo tendré que alimentarme yo?

—Es probable que no tan a menudo como Malec cuando adquieras todo tu poder. A menos que resultes herida. Pero hasta entonces, tendrás que asegurarte de no debilitarte.

—Espera. He Ascendido…

—Sí, ya lo sé. Gracias por comentarlo —me interrumpió, y entorné los ojos—. Pero no has terminado tu Sacrificio.

La cabeza de Delano se ladeó, y tuve la sensación de que mi cerebro hacía lo mismo.

Mis habilidades habían empezado a cambiar a lo largo del último año, cuando llegué a la edad de empezar el Sacrificio. Antes de eso, solo había sido capaz de sentir (más bien de *saborear*) el dolor de otros. Pero ese don había aumentado y ahora me permitía

leer todo tipo de emociones. Mi capacidad para aliviar el dolor también había cambiado a una que me permitía curar heridas. Pero después de que… él me salvara al darme su sangre, lo cual me Ascendió… había sido capaz de traer a esa niñita de vuelta a la vida. Así que pensé que el Sacrificio ya había terminado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo lo sentiría —dijo, como si eso lo explicara todo.

En realidad, no explicaba nada, ni siquiera daba una pista sobre por qué yo era diferente a Malec. En cualquier caso, esas preguntas se perdieron en la noción de que tendría que alimentarme. Aún no había sentido la necesidad. Ni siquiera sabía qué pensar sobre lo que sucedería si tuviese que hacerlo antes de haber podido liberarlo… a él. Esa era otra cosa más sobre la que no quería tener que estresarme.

Delano empujó mi mano floja con el lado de su cara. Estiré el brazo y acaricié con suavidad la parte de atrás de su cuello. Deseé no llevar las manos enguantadas para poder sentir su pelo. Sabía que su pelaje era más espeso y más suave que incluso el de Kieran.

—¿Por qué no me puedo alimentar de un *draken*? —inquirí, y luego me pregunté si esa sería una pregunta maleducada.

—Porque quemaría las entrañas de la mayoría. Incluso de los Primigenios.

Oh.

Vale pues.

Me sacudí esa inquietante imagen de la cabeza.

—¿Qué es lo que debilitaría a un dios, exactamente? Aparte de ser herido, quiero decir.

Reaver ladeó la cabeza una vez más.

—No sabes demasiado sobre ti misma, ¿verdad?

Fruncí los labios.

—Bueno, todo este tema de ser diosa es relativamente nuevo y, ¿sabes?, no es que haya dioses por ahí dispuestos a enseñarme. Tampoco hay libros que pueda leer sin más.

Reaver hizo un sonido ofendido, como si esas no fuesen razones suficientemente buenas.

—La mayoría de las heridas solo te debilitarían si fuesen graves. Después de eso te debilitarías más deprisa. Usar la esencia de los dioses también puede debilitarte con el tiempo, si no has

completado el Sacrificio. Cosa que, como ya te he dicho, no has hecho.

Las orejas de Delano se aplanaron contra su cabeza. *Eso no es lo ideal.*

No, no lo era. Utilizar el *eather* significaba que podía luchar como un dios, pero si me debilitaba… Se me cayó el alma a los pies.

—No lo sabía.

—Cómo me sorprende.

Incluso Kieran se habría quedado impresionado por el grado de sarcasmo en la voz de Reaver.

—¿Cómo sabré cuándo se ha completado el Sacrificio?

—Lo sabrás.

Me resistí al impulso de agarrar una de las rocas pequeñas y tirársela.

—¿De qué me sirve tener ese tipo de poder si me debilita de manera irremediable?

—Es un equilibrio, *meyaah Liessa* —explicó, y yo parpadeé. No había esperado que me llamara *mi reina*, como hacían los *wolven* —. Incluso nosotros tenemos debilidades. El fuego que respiramos es la esencia de los Primigenios. Usarlo nos cansa. Nos ralentiza. Incluso los Primigenios tenían sus limitaciones. Debilidades. Solo uno es infinito.

Nyktos.

Él sería infinito.

—Por lo que recuerdo, la medida en que debilita utilizar la esencia varía de un dios a otro —continuó—. Pero como he dicho, tú llevas la esencia primitiva en tu interior. Supongo que tardarás más en debilitarte de ese modo, pero lo sabrás cuando ocurra. —Giró la cabeza hacia el campamento—. Viene tu *wolven*.

Percibí una oleada de diversión azucarada procedente de Delano mientras me giraba hacia atrás para ver a una figura a lo lejos, entre las piedras rotas y las altas hierbas.

—Si te refieres a Kieran, no es mi *wolven*.

El viento retiró el pelo de Reaver de su cara para revelar su expresión insulsa.

—¿Ah, no?

—No. —Hice caso omiso del suave resoplido de Delano cuando me levanté—. Ninguno de los *wolven* son míos. —Levanté la vista

hacia Reaver—. Los *wolven* no le pertenecen a nadie más que a sí mismos. Lo mismo va por ti y por el resto de *drakens*.

Hubo una pausa.

—Suenas muy parecida a… *ella*.

Al percibir cómo se había suavizado su tono, levanté la vista hacia él y abrí mis sentidos. Como antes, no sentí nada. Dentro de mi pecho la esencia de los dioses vibraba y el impulso de empujar para ver si podía derribar sus muros fue casi tan difícil de reprimir como lo había sido no tirarle esa roca.

—¿La consorte?

Apareció una breve sonrisa y, por todos los dioses, fue una transformación que quitaba el sentido. La gélida vaciedad de sus rasgos desapareció y lo transformó de alguien con un atractivo único en alguien de una belleza antinatural y despampanante.

—Sí. Me recuerdas mucho a la… *consorte*.

La forma en que lo dijo fue más que un poco extraña, pero pensé en lo que me había dicho Nektas. Un recordatorio de que esto no trataba solo de él.

—¿De verdad se despertará la consorte cuando regrese Ires?

—Sí.

—¿Y qué significa eso para los otros dioses? —*Para nosotros*, quería añadir, pero no estaba segura de si de verdad quería saber la respuesta a eso ahora mismo.

—Supongo que acabarán por despertarse.

Me pregunté por qué el hecho de que la consorte estuviese despierta no tenía nada que ver con los otros dioses. O si en realidad tendría que ver con Nyktos; que si su consorte tenía que dormir, él elegía estar con ella, lo cual hacía que los otros dioses durmieran también. Además, estaba cansada de llamarla *la consorte*.

—¿Cómo se llama?

Su sonrisa se esfumó y sus facciones dieron la impresión de cincelarse mientras me miraba desde lo alto de su columna.

—Su nombre es una sombra en las brasas, una luz en las llamas y el fuego en la carne. El Primigenio de la Vida nos ha prohibido pronunciar o escribir su nombre.

Una intensa incredulidad inundó todo mi ser.

—Eso suena increíblemente controlador.

—Tú no lo entiendes. Pronunciar su nombre es hacer caer las estrellas de los cielos y derribar las montañas hacia el mar.

Mis cejas treparon por mi frente.

—Eso es un poco dramático.

Reaver no dijo nada. En vez de eso, se levantó tan deprisa que ni siquiera tuve ocasión de apartar la mirada. Por suerte, no vi nada que no debiera ver, porque una miríada de estrellitas plateadas estalló a lo largo de todo su cuerpo cuando saltó de la columna y *cambió*. Me quedé boquiabierta cuando una larga cola con púas se formó, luego aparecieron sus escamas negras con reflejos morados. Unas gruesas alas de una textura parecida al cuero se desenroscaron con un fogonazo de luz y, por un momento, bloquearon el resplandor del sol. En cuestión de segundos, un *draken* surcaba los cielos muy por encima de nosotros.

Una sensación primaveral, suave como una pluma, rozó mis pensamientos mientras contemplaba el cielo. *Como dije antes y es probable que diga más veces*, susurró la voz de Delano, *es un tipo raro*.

—Sí… —dije, alargando la palabra, pensativa—. Pero ¿qué opinas de lo que ha dicho? ¿Sobre lo que pasaría si pronunciáramos el nombre de la consorte?

En realidad, no lo sé, contestó, los ojos perdidos en el paisaje. ¿Podría ser tan poderosa? ¿Tan poderosa como Nyktos? Porque eso es a lo que sonaba.

Sí, eso era verdad, pero nadie era más poderoso que Nyktos. Ni su igual. Ni siquiera la consorte. No me gustaba pensar eso, pero era así.

Delano se quedó a mi lado mientras cruzábamos las ruinas, abriéndonos paso con cuidado entre las espigadas hierbas y las piedras rotas hacia el pequeño grupo que venía hacia nosotros: Emil y el moreno Perry, cuya piel lucía de un cálido tono marrón al sol que atravesaba entre los pinos, flanqueados por Kieran. El *wolven* era el único que no llevaba la armadura de acero y oro, por… *razones*.

Kieran llevaba algo en las manos. Una caja pequeña. Cuando ya nos acercábamos, Reaver aterrizó entre las flores silvestres, lo cual sacudió las paredes medio derruidas a su alrededor. Su cabeza con

cuernos giró en dirección al grupo que se aproximaba. Emil y Perry fueron lo bastante sensatos como para pasar a buena distancia de Reaver, pero Kieran hizo caso omiso de la presencia del *draken*.

Supe que había pasado algo en el momento en que vi la tensión que crispaba la boca de Kieran. Sin embargo, no pude percibir nada de él.

Estaba ocultando sus emociones, cosa que no era normal en absoluto.

Miré a los otros con más atención. Tampoco había la habitual sonrisa medio demente ni el brillo burlón en los ojos dorados de Emil. Una inquietud amarga emanaba de Perry. Cuando Emil no se detuvo a hacer un alarde elaborado de arrodillarse, la inquietud se triplicó.

Miré la caja de nuevo y todo en mí se ralentizó. Mi corazón. Mi respiración. La caja de madera no era más grande que la longitud de la daga de hueso de *wolven* que llevaba envainada en mi muslo, pero estaba decorada con rubíes rojo sangre.

—¿Qué es eso?

—Un guardia real lo trajo al Adarve de Massene —contestó Emil, los nudillos blancos como la leche de lo mucho que apretaba la empuñadura de su espada—. Estaba solo. Dijo que había viajado día y noche desde la capital. Todo lo que llevaba era ese pequeño cofre. Dijo que era para la reina de Atlantia de parte de la reina de Solis.

La parte de atrás de mi cuello se puso rígida.

—¿Cómo supo que estábamos aquí? —Miré a cada uno por turno—. Es imposible que la noticia pueda haber llegado a Carsodonia tan deprisa.

—Buena pregunta —admitió Kieran—. No debería haber manera de que lo supiese.

Pero lo sabía.

Mis ojos se posaron en la caja de nuevo.

—¿Y dónde está el guardia real ahora?

—Muerto. —Una ráfaga gélida acompañaba al *shock* de Emil que aún perduraba—. En cuanto terminó de hablar, se quedó ahí plantado y se rajó el maldito cuello de lado a lado. Jamás había visto nada igual.

—Eso no augura nada bueno. —Se me puso toda la carne de

gallina mientras posaba la vista otra vez en la caja de madera. ¿Un regalo?—. ¿La habéis abierto?

Kieran negó con la cabeza.

—El guardia real dijo que solo tu sangre puede abrirla.

Fruncí el ceño mientras Reaver estiraba su largo cuello para echar un vistazo mejor a lo que sujetaba Kieran.

—Tenía que referirse a magia vieja. Magia primigenia. —El apuesto rostro de Perry estaba crispado por la tensión—. Si uno sabe cómo utilizar magia primigenia, puede crear conjuros o hechizos que funcionen de una manera que solo responda a determinada sangre o a un linaje en particular. Podría utilizar la magia casi para cualquier cosa, en realidad.

—Es el mismo tipo de magia primigenia que creó a los *gyrms* — me recordó Kieran.

Reprimí un escalofrío ante la imagen de las criaturas conjuradas sin rostro, hechas de *eather* y tierra. Las habían creado los Arcanos, pero ahora estaba más que claro que la Reina de Sangre tenía conocimientos sobre vieja magia, sobre cómo echar mano de las esencias primigenias que crearon los mundos y estaban a nuestro alrededor en todo momento.

Mis músculos se tensaron aún más mientras miraba la caja. Malec lo hubiese sabido todo sobre la vieja magia primigenia que ahora estaba prohibida.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cortarme una vena y sangrar sobre ella?

—Dejemos las venas tranquilas —me aconsejó Kieran.

—Lo más probable es que una gota o dos de tu sangre sean suficientes —sugirió Perry mientras Delano se deslizaba entre nosotros rozando las piernas del atlantiano. Perry estiró el brazo y pasó su mano por todo el dorso de Delano.

—¿Cómo es que sabes tanto acerca de la magia primigenia? — pregunté mientras me estiraba a por la caja. Kieran se aferró a ella, claramente reticente a soltarla. Mis ojos volaron hacia los suyos, abrí mis sentidos. Entonces percibí algo procedente de él. Sabía amargo en el fondo de mi garganta. Inquietud. Un músculo se apretó en su mandíbula cuando soltó la caja, que era de una ligereza sorprendente.

—Mi padre —repuso Perry, y pensé en lord Sven mientras daba

media vuelta en busca de una superficie plana donde dejar la caja. Encontré una porción de pared que llegaba más o menos a la altura de la cintura—. Siempre le ha fascinado la vieja magia primigenia y recopilaba cualquier material escrito que encontrara sobre el tema. —Se oyó una risa áspera—. Pasa algo de tiempo con él y empezará a contarte cómo solía haber hechizos que podían garantizar una cosecha generosa o hacer que lloviera.

—¿Alguna vez ha intentado usar magia primigenia él mismo? —Deposité la caja en la sección más plana de una pared cercana.

—No, alteza.

Se me escapó una bocanada de aire tembloroso al mirar a Perry.

—No tienes por qué llamarme así. Somos amigos.

—Gracias, alt… —Se calló con una leve sonrisa—. Gracias, Penellaphe.

—Poppy —susurré distraída.

—*Poppy* —repitió Perry con un asentimiento—. Mi padre jamás se atrevería a enfadar a los Arae, tampoco a los dioses dormidos, usando semejante magia.

—¿Los Arae? —Me costó un momento que la imagen de la sacerdotisa Analia y el grueso tomo llamado *La historia de la Guerra de los Dos Reyes y el reino de Solis* se formara en mis pensamientos. Entonces recordé—. Los Hados.

—Sí —confirmó Perry.

Recordé que Tawny y yo hablamos una vez de ellos, y toda la idea de que existieran unos seres que eran capaces de ver, o bien de controlar, el resultado de las vidas de toda criatura viviente nos parecía completamente imposible de creer a las dos. Aunque, claro, por aquel entonces tampoco creía en los videntes ni en las profecías.

Me giré hacia la caja.

—Los conocimientos de lord Sven sobre magia primigenia puede que nos sean de utilidad. Llegará con Valyn, ¿no es así?

—Sí.

Kieran se acercó más. Su aroma terroso me envolvió y me recordó al bosque entre el castillo de Teerman y el Ateneo de la ciudad.

—No estoy seguro de que debas abrirla, Poppy. —Me tocó el brazo—. Podría haber cualquier cosa dentro de esa caja.

—Dudo de que fuese a meter una víbora venenosa ahí dentro —

repuse, mientras me quitaba el guante de la mano izquierda y lo metía en el bolsillo de mi chaqueta de lana.

—Podría haber puesto cualquier cosa tóxica o venenosa en esa caja —me contradijo en voz baja—. Esto no me gusta.

—A mí tampoco, pero… —Giré mi mano izquierda para revelar la espiral dorada de la palma. La marca de matrimonio. Entonces desenvainé la daga de hueso de *wolven*—. Necesito saber. —Bajé la voz y miré a Kieran a los ojos—. *Tengo* que saber.

El rictus apretado de su boca se tensó aún más, pero asintió. La sombra de Reaver cayó sobre nosotros mientras observaba. El heliotropo brillaba de un tono rojo oscuro cuando deslicé la punta de la afilada daga por mi dedo pulgar. Apreté los dientes ante el breve dolor punzante. La sangre se arremolinó en el corte mientras envainaba la daga otra vez.

—¿Dónde creéis que debería poner mi sangre? —pregunté, con la mano firme.

—Yo probaría con el cierre del centro —sugirió Perry, al tiempo que se acercaba un poco más.

No vacilé ni un instante antes de restregar mi sangre sobre el pequeño cierre de metal con forma muy parecida al ojo de una cerradura, solo que sin ojo. Retiré la mano y esperé.

No pasó nada.

Perry se inclinó hacia delante.

—Prueba quizá con…

Entonces pasó *algo*.

Una tenue *sombra* negra y rojiza emanó por la junta cuando la caja se abrió una rendija. Emil maldijo en voz baja… o a lo mejor era una oración. No estaba segura. Se lanzó hacia delante al tiempo que Kieran estiraba un brazo como si tratara de alejarme de ahí, pero la ondulante sombra desapareció enseguida. El atlantiano se detuvo cuando el cierre se abrió con un *clic* y la tapa se levantó un pelín.

Se me hizo un nudo en el estómago. En el fondo de mi mente, sabía que ver algo así hace un año me hubiese empujado a retroceder a toda velocidad y rezarle a unos dioses que no tenía ni idea de que aún durmieran. Alargué las manos hacia la caja.

—Cuidado —murmuró Kieran, su mano casi pegada a la mía.

Me daba la impresión de que si una víbora *de verdad* saltase de

la caja, Kieran la agarraría con sus propias manos.

Y yo gritaría.

Despacio, levanté la tapa del todo. Una almohada de raso carmesí apareció en el interior y descansando en el centro estaba…

Di un paso atrás, trastabillando. El frío gélido de la sorpresa impregnó mi garganta. Nadie habló. Nadie más se movió. Ni siquiera Kieran, que miraba el interior de la caja, con su mano aún cerca de la mía. Ni siquiera yo.

Mi corazón empezó a aporrear en mi pecho. Se me aceleró la respiración. La mano de Kieran tembló, luego se cerró en un puño apretado.

La alianza de boda fabricada en Spessa's End brillaba de un lustroso tono dorado. Igual que la que llevaba yo.

SIEMPRE Y PARA SIEMPRE.

El mismo mensaje inscrito en ambas. Ninguno de los dos nos habíamos quitado la alianza desde la ceremonia.

Y esta tampoco la habían quitado ahora, pues permanecía en el dedo en el que yo misma la había puesto.

Capítulo 6

Ese era *su* anillo.

Ese era *su* dedo.

Eso era un pedazo de *él*.

La mano de Kieran salió disparada y cerró la tapa de golpe, pero yo aún veía lo que había dentro. Jamás *dejaría* de verlo. Ni aunque viviera un millar de años. Jamás lo olvidaría.

Unos agudos aullidos resonaron en el interior de Massene e hicieron añicos el silencio aturdido mientras yo miraba la caja decorada con rubíes. Alguien habló, pero no logré entender las palabras. El *shock* y el sabor amargo del horror presionaban contra mi piel vibrante. No tuve oportunidad de cerrar mis sentidos. Mi angustia y mi incredulidad gélida se estrellaron contra las de los demás, aunque fue lo que yacía por debajo de la agonía lo que me asfixiaba: la amarga y sofocante espiral de culpabilidad era mía. Toda mía.

Porque yo había provocado esto.

Había sido mi mensaje el que había irritado a la Reina de Sangre. Mi mano la que había sujetado la espada que había cortado la cabeza del rey Jalara. Mis acciones las que habían guiado ahora

la mano de la Reina de Sangre. Había corrido el riesgo, convencida de que ella no le haría daño. No cuando lo necesitaba. Me había equivocado.

Yo le había hecho esto. *A él.*

La fisura en mi pecho se convirtió en una grieta fracturada que luego se rajó aún más. Una oleada de *eather* brotó del abismo, rebosante de ira sin restricciones y una agonía sin fin. La energía cargada de electricidad inundó el aire a mi alrededor. Un poder arcaico surgió, emergió una vez más de las profundidades de la agonía, absoluto y terminante. Un aura de un blanco plateado invadió la periferia de mi visión mientras yo chisporroteaba luz y…

Unos zarcillos de luz oscura serpentearon y palpitaron a través del aura plateada mientras el *eather* se manifestaba alrededor de mí. Una luz alanceada por sombras se acumuló cerca del suelo, girando en torno a mis piernas.

Delano hizo retroceder a Perry, lo *alejó* de mí. El *wolven* se agazapó en el suelo, las orejas pegadas a la cabeza, mientras Reaver estiraba el cuello hacia el cielo y emitía un extraño sonido entrecortado.

En el fondo de mi mente, sabía que los estaba poniendo nerviosos, que mi angustia cruda estaba llamando a los *wolven* hacia mí. Quizás incluso los estuviese asustando, y no quería hacerlo, pero todo…

Todo lo que veía era su anillo… su *dedo* en esa caja.

Me estremecí y, por esa fractura fría y hueca en mi pecho, una ira glacial y un ansia de venganza rebosaron de mi interior.

Y me convertí solo en eso.

No era Poppy.

No era la antigua Doncella, ahora reina de Atlantia.

No esperaríamos más. No habría más planes cuidadosamente trazados. Ninguna vacilación ni pensamiento. Arrasaría Solis, asolaría el reino como la plaga que *ella* era. No quedaría ni una ciudad en pie. Haría trizas el Bosque de Sangre para encontrar a su preciado Malec y luego le enviaría el regalo de *su* amor en *pedacitos* pequeños. No quedaría ningún sitio al que pudiera huir. Ningún sitio donde pudiese encontrar refugio.

Destrozaría el reino entero *y también* a ella.

Giré en redondo con rigidez y abrí los dedos mientras echaba a andar hacia Cauldra Manor, hacia el horizonte que aguardaba en Oak Ambler. Los juncos y los altos tallos de lavanda se abrieron y retrajeron a mi paso. Los pinos temblaban.

—¡Poppy! —gritó una voz, y mi cabeza giró a toda velocidad en dirección al sonido. El *wolven* se detuvo a pocos pasos, con sus ojos muy abiertos fijos en mí, el azul ahora luminoso, sus pupilas ya no negras sino brillantes, de un tono blanco plateado—. ¿A dónde vas?

—A Carsodonia —dije, y mi voz sonó llena de… humo y sombras. Llena de muerte y fuego—. Voy a cortar cada dedo de las manos de la Reina de Sangre, uno a uno. La voy a despellejar viva. —Un escalofrío de anticipación recorrió mi piel—. Después le voy a arrancar la lengua de la boca y le voy a sacar los ojos de la cara.

—Eso suena como un plan maravilloso. —La voz de Kieran también había cambiado, se había endurecido. Dio un paso hacia mí —. Y quiero estar ahí a tu lado cuando lo hagas. Nada me gustaría más que ayudarte.

—Entonces, ayúdame. —Mi voz… *serpenteaba* con el viento, que la llevó muy lejos, mientras la luz ribeteada de sombras ondulaba por el suelo. Entre las altas y frondosas hierbas y flores, unas figuras veloces y oscuras corrían hacia nosotros. Los *wolven*. Ellos también arrasarían las ciudades, un mar de garras y dientes y muerte—. Todos podéis ayudarme.

—No podemos —me cortó Kieran, los prominentes tendones de su cuello en claro relieve—. No puedes. No puedes hacer esto.

Me detuve. Todo se detuvo. El leve temblor bajo mis pies. Los *wolven* se pararon en seco. Miré pasmada al que estaba plantado delante de mí.

—*¿No puedo*?

Kieran estiró el cuello, su pecho subió y bajó.

—No, no puedes.

Ladeé la cabeza.

—¿Crees que puedes detenerme?

Una risa seca sacudió su cuerpo.

—Joder, no. Pero eso no significa que no vaya a intentarlo. Porque no puedo dejarte hacer esto. —Se acercó más, con una valentía absurda. Una *lealtad* absurda. Porque no era solo un *wolven*. Enrosqué los dedos mientras me forzaba a centrarme en

Kieran, en lo que estaba diciendo. En lo que él significaba para mí. Consejero. Amigo. Más aún en las últimas semanas—. Sé que estás sufriendo. Que estás dolida y enfadada. Sé que temes por Cas…

Las sombras teñidas de plata palpitaron a mi alrededor. *Cas*. A él le encantaba que lo llamara Cas. Había dicho que solo aquellos en los que más confiaba lo llamaban así. Que eso le recordaba que era una persona. Me estremecí. El fondo de mi garganta ardía de ira, de culpa, de agonía.

Kieran estaba a mi alcance ahora, a apenas unos centímetros de la turbulenta masa de poder que irradiaba mi cuerpo. La tensión se había acumulado en su interior, había tensado las líneas de su cara.

—Quieres hacerla pagar por lo que ha hecho. Yo también. Todos lo queremos. Pero si haces esto, si vas a cualquier sitio de *este modo*, mucha gente morirá. Inocentes a los que quieres ayudar. Personas a las que Cas quiere proteger.

Una angustia ardiente retorció mi pecho. *Cas*. ¿Quién le estaba protegiendo *a él*? Nadie. Un temblor me recorrió de arriba abajo, se transmitió al suelo. Los pinos se sacudieron aún más.

—No me importa.

—Y una mierda. Sí te importa. A Cas le importa —insistió. Me encogí un poco. No al oír el nombre, sino al oír la verdad—. Esto es lo que los dos habéis estado tratando de evitar. Por eso tenemos planes. Pero ¿si haces esto? Aquellos a los que no mates te tendrán un miedo absoluto. A todos nosotros. Si te viesen siquiera como estás ahora, jamás te verían como a nada más.

Bajé la vista hacia las turbulentas sombras y la luz que danzaba sobre mi piel. *Dentro* de mi piel. La siguiente bocanada de aire que aspiré fue demasiado tensa.

—Ella le ha hecho *daño*.

—Lo sé. Por todos los dioses, lo sé, Poppy. Pero jamás habrá paz si haces esto —masculló, los labios pegados a sus dientes—. Aunque destruyeras la Corona de Sangre y pusieras fin al Rito, te convertirás en lo que temen los mortales y los atlantianos, y jamás te lo perdonarás.

No sentí miedo alguno procedente de él cuando levantó las manos y atravesó la palpitante aura de poder a mi alrededor sin vacilar. Lo que afloró en el fondo de mi garganta y alivió el ardor que se acumulaba ahí fue suave y dulce. El *eather* se deslizó por

encima de sus manos y reptó por sus antebrazos cuando apretó las palmas de las manos contra mis mejillas, contra la irregular cicatriz que recorría la izquierda.

Sus manos… temblaban.

—Lo que estás sintiendo eres tú, pero lo que quieres hacer no lo es. Es *ella*. Es algo que haría la Reina de Sangre. Es algo que ella querría que hicieras. Pero tú no eres ella.

No me parecía en nada a ella.

Yo no era cruel ni agresiva. Yo no disfrutaba del dolor ajeno. Yo no atacaba por ira…

De hecho, sí que tendía a atacar con objetos afilados cuando estaba enfadada, pero no era *vengativa*. Yo jamás hubiese hecho lo que había hecho ella: echar mano de todo el dolor y la aflicción que sentía después de la pérdida de Malec y de su hijo en común, todo ese odio hacia la anterior reina de Atlantia, y volverlos no solo contra los hijos de Eloana sino también contra todo un reino. Todo un *mundo*.

Y eso sería justo lo que estaría haciendo yo. No dejaría nada más que siniestros cementerios a mi paso. Y no sería como mi madre.

Sería algo mucho peor.

Las manos de Kieran temblaban. Su cuerpo entero se sacudía como si se estremeciera el suelo, pero era él.

Sentí una punzada de preocupación que reprimió la brutal oleada de emociones.

—¿P… por qué estás temblando? ¿Te estoy haciendo daño?

—No. Es el… es el *notam* —masculló—. Hace que quiera transformarme. Estoy tratando de resistirme.

Mis ojos recorrieron las tensas líneas de su rostro.

—¿Por qué hace que quieras transformarte?

Una risa tensa escapó de sus labios.

—¿Crees que esa es una pregunta importante ahora mismo? —Me dedicó un breve gesto negativo con la cabeza—. Porque puedo protegerte mejor en esa forma. Y sí, ya sé que no necesitas nuestra protección, pero el *notam* reconoce el tipo de emoción que sientes como una… una llamada de alarma. Yo… no creo que pueda resistirme a él mucho tiempo más.

Mi mirada se deslizó por encima de su hombro hacia donde veía las figuras de muchos *wolven* entre la maleza. Era imposible que

todos hubiesen estado ya en sus formas lobunas. Se habían visto coaccionados a cambiar.

Yo los había forzado a hacerlo, y eso me daba dolor de estómago.

Una sensación gélida empapó mi piel y el frío sofocó el fuego. Apreté los ojos con fuerza. Control. Necesitaba *control*. No había ninguna amenaza a mi persona. El que corría peligro estaba en Carsodonia. Perder la cabeza no hacía absolutamente nada por ayudarlo, y Kieran tenía razón. Me lo repetí una y otra vez. No me había pasado las últimas semanas planeando cómo mantener a la gente a salvo solo para dar media vuelta y ser la causa de miles, si no de millones, de muertes.

Esa no era yo.

Esa no era la persona en la que querría convertirme jamás.

Otro escalofrío me sacudió mientras las vibraciones de mi pecho amainaban y el zumbido se retiraba de mi piel. La ira seguía ahí, lo mismo que la culpa y la agonía, pero la cólera y el ansia de venganza las había sofocado, y habían vuelto a esos lugares fríos y vacíos en mi interior donde temía que pudieran enconarse.

—No pasa nada —dijo Kieran, y tardé unos instantes en darme cuenta de que no me hablaba a mí—. Solo dadnos algo de tiempo, ¿vale? —Hubo una pausa. Luego se acercó aún más y apoyó mi cabeza en su pecho. No me resistí; incluso agradecí el calor y el familiar aroma terroso. Habló sobre la caja, sobre lo que había en ella. Se aclaró la garganta—. No le habléis a nadie de ello. Nadie… nadie necesita saberlo.

Alguien se acercó a nosotros y la mano de Kieran se deslizó hacia la parte de atrás de mi cabeza mientras la otra abandonaba mi mejilla.

—Gracias —dijo.

En el silencio subsiguiente, un batir de alas nos trajo una ráfaga de aire con olor a lavanda. Unos momentos después, algo rozó contra mis piernas. *Delano*. Mantuve los ojos cerrados contra el escozor. Quería decirle que lo sentía si lo había preocupado o asustado, pero no conseguía que las palabras superaran el nudo de mi garganta. Kieran bajó la barbilla para apoyarla sobre la parte de arriba de mi cabeza. El silencio continuó durante cierto tiempo.

Al final, lo rompió Kieran.

—Me has asustado un poco, Poppy —dijo en voz baja. La presión se cerró sobre mi pecho.

—Lo siento. No era mi intención.

—Ya sé que no lo era. —Su pecho subió contra el mío—. No te tenía miedo a ti. Tenía miedo *por* ti —añadió—. Yo… jamás había visto eso antes. Las sombras en el *eather*. ¿Y tu voz? Sonaba diferente. Como cuando le hablaste al duque de Silvan.

—No sé lo que era nada de eso. —Tragué saliva con esfuerzo.

—Tus habilidades aún están cambiando. Creciendo —precisó, lo cual me hizo pensar en lo que nos había contado Reaver.

¿Sería esto (las sombras en el *eather*) una nueva manifestación, debido a que aún estaba pasando por el Sacrificio? No lo sabía. Y en ese momento, no podía dedicar la energía necesaria a pensar en ello.

—Sabes que todavía está vivo —dijo Kieran después de unos momentos. Todo pensamiento sobre mis habilidades siempre cambiantes pasó a segundo plano—. La marca sigue en la palma de tu mano. Aún vive.

Cerré la mano izquierda y la apreté contra el pecho de Kieran.

—Pero ella… —No pude terminar.

—Él es fuerte. Lo sabes.

Por todos los dioses, *claro* que lo sabía. Pero eso no cambiaba lo que le habían hecho.

—Tiene que estar sufriendo tanto dolor, Kieran…

—Lo sé, pero lo superará. Estoy seguro de ello. Y tú también lo superarás. —Su mano se cerró sobre mi trenza suelta—. Sigue siendo tuyo. Tú sigues siendo de él.

Las lágrimas escocieron en mis ojos.

—Siempre —susurré con voz ronca. Me forcé a respirar hondo, con calma—. Gracias por… por haberme detenido.

—No tienes por qué darme las gracias por eso.

—Sí que tengo. —Levanté la cabeza y su mano se posó sobre la parte central de mi trenza—. Y siento haberte preocupado. Siento haberlos preocupado a todos. Yo… perdí la cabeza.

—Cualquiera lo hubiese hecho, Poppy. —Kieran retiró el brazo y levantó la mano de modo que quedó entre nosotros. Tomó mi mano izquierda y apretó algo frío y duro contra la palma. Se me cortó la respiración porque sabía lo que había puesto en mi mano—. Por si

no lo sabes, más allá de lo que le hagan a Cas, jamás se arrepentirá de su decisión.

Intenté tragar saliva otra vez, impedir que las palabras salieran por mi boca, pero no pude.

—Yo, sí. Yo me arrepiento a cada instante que… —Una abrumadora sensación de pérdida surgió otra vez en mi interior y me robó la respiración. Me costó todo lo que tenía dentro no derrumbarme bajo ella y dejar que toda la ira y el dolor me consumieran de nuevo. Darles rienda suelta e infligirle todo lo que me reconcomía a cualquiera que se pusiera en mi camino.

Liberar todo el dolor hasta que no quedara nada más que hueso y sangre.

—¿Por qué hizo él lo que hizo, Kieran? ¿Por qué? —susurré, y se me quebró la voz. Kieran me apretó la mano.

—Ya sabes por qué. Por la misma razón que tú harías exactamente lo mismo si alguien le estuviera haciendo daño a él.

Por todos los dioses, era verdad que sabía la respuesta. Me recorrió otro escalofrío. Hubiese hecho cualquier cosa. Porque lo quería. Porque era mío y yo era suya. Mi otra mitad. Una parte de mí, aunque no hubiera pronunciado su nombre en muchas semanas. Apenas me permitía pensar siquiera en él por lo mucho que dolía.

Pero su nombre era amor.

Era poder y fuerza.

Su nombre jamás me rompería.

Casteel. Un suspiro desgarrado salió por mis labios. *Casteel*. Me forcé a decirlo una y otra vez en mi mente. *Casteel Hawkethrone Da'Neer*. Notaba el pecho como si una flecha lo estuviese atravesando otra vez, pero dije el nombre para mis adentros hasta que ya no me daba ganas de gritar. Hasta que pude pronunciarlo en voz alta.

—Casteel no está perdido para nosotros.

—No. No lo está —convino Kieran, y retiró la mano de la mía.

Despacio, abrí el puño. Su anillo… el anillo de Casteel descansaba en la palma, fuerte y precioso. No había ni rastro de sangre sobre él. Tal vez Emil, o bien Perry, lo habían limpiado al sacarlo de la caja.

—¿Qué han hecho con el…? —No conseguí decirlo.

—Tú decides. —La voz de Kieran sonó ronca—. Puedes

quemarlo o enterrarlo. O puede hacerlo cualquiera de nosotros. No tienes por qué volver a verlo nunca. No tienes por qué, Poppy. No hay ninguna necesidad.

No quería verlo otra vez. Forzarme a hacerlo no serviría más que para hacerme daño. Levanté la vista hacia Kieran y noté que había vuelto a ocultar sus emociones tras un muro. Sabía que lo hacía para no añadir más presión a lo que ya estaba sintiendo yo.

Kieran era… demasiado bueno.

—Quemadlo —me obligué a decir—. Pero no quiero que lo hagas tú. No te quiero en ningún sitio cerca de él.

Respiro hondo y asintió.

Apreté el anillo con fuerza. *Siempre y para siempre*.

—¿Había algo más en la caja?

—Una tarjeta.

—¿Tuviste ocasión de verla?

—Solo un instante.

—¿Qué de…? —Me dio un retortijón por las náuseas—. ¿Qué decía?

—Decía que sentía haberte causado algún dolor —me dijo.

Había algo muy *muy* equivocado en ella. Pero al mismo tiempo, supe lo que necesitaba hacer. Supe lo que venía a continuación.

Porque ya no podía esperar.

La siguiente vez que respiré, fue más fácil.

—Tenemos planes. Planes que son importantes para Solis y para Atlantia. —Las siguientes palabras me costó decirlas, aunque eran verdad—. Planes que son más grandes que… Casteel y que yo.

Kieran no dijo nada, pero sabía que estaba de acuerdo. Aunque Casteel estuviese a mi lado ahora mismo, todavía estaría la Corona de Sangre. Los Ritos continuarían. Seguirían arrancando a niños de sus familias, ya fuese para Ascender o simplemente como ganado para los Ascendidos. Seguirían asesinando a personas inocentes. Atlantia todavía estaría a punto de quedarse sin tierra y sin recursos.

Todo esto era más grande que nosotros.

Había que destruir a la Corona de Sangre.

Acerqué el anillo a mi pecho mientras levantaba la vista hacia Kieran.

—Pero Casteel es más importante para mí. Sé que está mal. Sé

que no debería pensar así, no digamos ya expresarlo en voz alta, pero es la verdad.

Kieran no dijo nada, pero se había quedado muy quieto.

—No lo va a soltar. —Una brisa atrapó los mechones sueltos de mi pelo y los revolvió por mi cara—. Volverá a hacerle daño. —La ira se avivó en mi interior, amenazaba con prenderse de nuevo—. Sabes que podría estar haciéndole cualquier cosa ahora mismo. Sabes lo que le hizo la última vez.

Kieran apretó los dientes.

—Lo sé.

—No puedo permitir que lo tenga durante semanas y meses. Y eso es lo que tardaremos en llevar a los ejércitos atlantianos al otro lado de Solis. Casteel no cuenta con ese tipo de tiempo. Nosotros no contamos con ese tipo de tiempo.

Kieran me miró desde lo alto.

—Sé lo que estás pensando. Quieres ir a Carsodonia.

—*Después* de tomar Oak Ambler —lo corregí—. La Corona de Sangre debe ser destruida, y tenemos que hacerlo de la manera correcta. Necesito estar aquí para convencer a Valyn y a los generales de que nuestro plan es el adecuado. Necesito estar aquí para conseguir eso.

—¿Y después?

—Después yo iré a Carsodonia y tú encabezarás los ejércitos que irán hacia las otras ciudades.

Sus ojos pálidos se endurecieron.

—¿Y si te atrapan en el proceso?

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Estaré bien. Isbeth no me quiere muerta —razoné—. Si quisiese eso, ya habría tenido muchísimas oportunidades de hacerlo. Ella… me necesita, si lo que quiere es controlar Atlantia. Tengo que hacer esto.

Kieran cruzó los brazos delante del pecho.

—Estoy de acuerdo.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba.

—¿Lo estás?

—Sí. Cas necesita ser liberado. Sin embargo, hay un problema con tu plan. En realidad —dijo, al tiempo que fruncía el ceño—, hay muchos problemas. Empezando por el hecho de que dudo de que tengas un plan siquiera más allá de llegar caminando hasta el

Adarve de Carsodonia.

Abrí la boca y luego la cerré de golpe. Su mirada indicaba que sabía muy bien que era así. La frustración pesaba como una losa sobre mí.

—Se me ocurrirá un plan que no consista en llegar caminando hasta el Adarve de Carsodonia. No soy tonta, Kieran.

—Eres tonta si crees que estaré en cualquier sitio que no sea a tu lado —replicó—. No hay ni una sola oportunidad de que vayas a ir a Carsodonia sin mí.

—Es demasiado peligroso…

—¿Estás de broma?

—Es demasiado peligroso para que vaya nadie más.

Me fulminó con la mirada.

—Sí sabes que estamos en guerra, ¿verdad? Por lo tanto, cualquiera de nosotros, incluido yo, podría morir.

Me puse tensa. Esa afirmación me sacó todo el aire de los pulmones.

—No digas eso.

—Es la verdad, Poppy. Todos nosotros conocemos los riesgos y no estamos aquí solo por ti. Él es nuestro rey. —Me miró igual de ceñudo que yo a él—. Además, no creo que una vez que tengas un par de minutos para pensar en esto no vayas a replantearte muy en serio acabar con toda la maldita Corona de Sangre tú solita.

Tal vez tuviese razón. Desde luego que, en ese momento, tenía unas ganas inmensas de hacerlo.

—Vale, no iré sola. Veré quién quiere hacer el viaje conmigo, pero a ti te necesito aquí. Confío en ti para que te asegures de que Valyn y los otros sigan nuestros planes. Porque esta vez no puede haber tregua. No podemos llegar a un punto muerto. Confío en ti para que garantices que haya una oportunidad para la paz cuando destruyamos a la Corona de Sangre. Como Consejero de la Corona, tienen que seguir tus órdenes.

—Aprecio tu confianza. Me siento honrado. Halagado. Lo que sea —dijo, aunque no me pareció que sonara honrado para nada—. Pero puedes confiar en otros para asegurarte de que nuestros planes lleguen a buen término.

—Sí confío en otros. En tu hermana. En Naill. Delano. Emil… Podría seguir soltando nombres, pero ellos no ocupan una posición

de autoridad como la tuya. Tú eres una extensión de la Corona. Hablas en nombre del rey y de la reina. Ninguno de los otros tiene ese tipo de autoridad.

—Pero cualquiera de ellos podría tenerla —insistió—. Puedes nombrar regente a cualquiera de ellos… una persona que tú, como reina, puedes designar. Una persona que actuará en tu nombre durante tu ausencia. Por lo general, ese sería el Consejero de la Corona, pero no hay ninguna ley que diga que tenga que ser él. El Regente de la Corona actuaría en tu nombre de manera temporal, y sus órdenes deben obedecerse igual que si fueses tú la que las dieras.

—Oh. —Parpadeé, perpleja—. Yo… eso no lo sabía. Pero…

—No hay peros.

—*Pero* sí que los hay. —Me empezó a invadir el pánico—. Si te ocurriera algo…

—Cas no tendría que perdonarte por nada si así fuera —me interrumpió—. No esperaría otra cosa de mí que el que me quedara a tu lado.

Lo miré incrédula.

—Si me dejases terminar alguna frase, estaba a punto de decir que *yo* jamás me lo perdonaría.

Su mirada se suavizó.

—Y yo jamás me perdonaría que entraras en el centro neurálgico de los Ascendidos sin mí. —Me agarró el cuello por atrás—. Igual que no me he perdonado nunca haber dejado ir a Cas hace todos esos años.

Oh, por todos los dioses.

—*Kieran*…

—No olvides lo que él significa para mí, Poppy. Lo he conocido durante toda mi maldita vida —masculló—. Compartimos cuna más veces de las que no. Dimos nuestros primeros pasos juntos. Nos sentamos a la misma mesa casi todas las noches, y nos negábamos a comer las mismas verduras. Explorábamos túneles y lagos, fingíamos que los campos eran reinos por descubrir. Éramos inseparables. Y eso no cambió cuando crecimos. —Su voz se volvió más ruda y dejó caer la frente contra la mía—. Él era y sigue siendo parte de mí.

Cerré los ojos contra el escozor que acompañaba a las imágenes

que sus palabras habían conjurado. Ellos dos de bebés y de niños, jugando juntos. Kieran sobre dos piernas y sobre cuatro patas. Abrazados para echarse la siesta. Volviendo a casa cubiertos de barro y solo los dioses sabían qué más.

—Adonde yo iba, Cas estaba ahí. Adonde él viajaba, yo lo seguía. La única vez que hemos estado separados en la vida y no podíamos volver el uno con el otro fue cuando lo tuvieron cautivo… y ahora. Pero estuve ahí para él después. Lo cuidé noche tras noche, vi cómo se despertaba aterrado, convencido de que estaba otra vez en esa celda. Vi lo que le habían hecho. Cómo durante un tiempo no soportaba que lo tocaran. Cómo incluso solo la imagen del agua de la bañera lo paralizaba.

—¿El agua de la bañera? —pregunté, medio temerosa de obtener una respuesta.

—Lo querían limpio cuando lo deseaban.

Oh, por todos los dioses.

Sentí náuseas. Me estremecí, atrapada entre la ira y la desesperación y la conmoción, porque mi madre había sido una de las que había abusado de él. ¿Cómo podía Casteel mirarme siquiera…?

Me prohibí seguir por *ese* camino. Cas sabía quién era yo.

—Lo que él significa para mí no tiene nada que ver con un maldito vínculo —continuó Kieran—. Necesito ir a Carsodonia tanto como lo necesitas tú, y él me necesita ahí tanto como te necesita a ti.

Era verdad que Casteel necesitaba a Kieran.

—Lo siento —grazné—. Lo olvidé.

—Es comprensible que lo hicieras.

—No, en realidad no lo es. —Mi aflicción era mía, y era potente, pero no era más devastadora que lo que Kieran o cualquier otro que quisiera a Casteel estaba experimentando—. No volveré a olvidarlo.

La frente de Kieran se deslizó contra la mía cuando asintió.

—Entonces, estamos en la misma onda.

—Lo estamos. —Parpadeé para reprimir las lágrimas.

—Bueno, ¿y quién será el Regente de la Corona, *meyaah Liessa*?

Era difícil concentrarme cuando todo lo que quería era abrazar a Kieran y sollozar. Quería sentarme y darme una buena panzada a llorar, pero no había tiempo para eso.

Me aparté un poco de él y me forcé a pensar en lo que había sugerido Kieran. Bajé la vista hacia mi mano cerrada mientras me mordisqueaba el labio. El anillo había caldeado mi piel. No sabía en qué condiciones estaría Casteel cuando lo encontrara. Quizás estuviese bien o tal vez no, pero querría que Kieran estuviese conmigo y que estuviese ahí para él. No podríamos ir solo Kieran y yo o un puñado de otros. Ninguna reina viajaría a través de un mundo entero sin guardias. Pero necesitábamos el fuego de los dioses.

—Antes he visto a Reaver en su forma mortal.

Kieran arqueó una ceja.

—Eso… ha sido muy aleatorio.

—Es rubio.

—Mmm, ¿gracias por contármelo?

—También estaba desnudo del todo, posado sobre una columna —añadí.

—Ni siquiera sé qué decir a eso.

—Yo tampoco —murmuré—. Pero la cosa es que tenemos que llevar a un *draken* con nosotros. Ellos pueden ayudar. No solo con… con Casteel, sino también con mi padre. Nektas lo quiere de vuelta.

—Estoy de acuerdo. —Hizo una pausa—. Pero me da la sensación de que no me va a gustar lo que estás a punto de sugerir. Llevar a Reaver con nosotros. Los otros *drakens* llegarán pronto. Aurelia se transformó…

—Durante solo unos minutos. Al menos sé que Reaver se siente lo bastante cómodo en su forma mortal como para aguantar más tiempo que eso.

—Genial. —Daba la impresión de que Kieran preferiría volver a enfrentarse a un ejército de soldados esqueleto.

—Necesitará ropa.

—No sé por qué me estás diciendo esto.

—Vosotros dos parecéis más o menos del mismo tamaño.

Kieran me miró unos instantes antes de maldecir entre dientes.

—Lo que tú digas. Veré qué tengo por ahí.

Sonreí, y eso incitó una confusa mezcla de emociones. Parecía extraño. Incluso un poco inadecuado. Pero también era un alivio saber que todavía era capaz de encontrar humor a pesar de lo que

sujetaba en la mano.

Entonces recordé otra cosa que me había dicho Reaver.

—Puede que no sea el mejor momento para sacar este tema, pero cuando hablé con Reaver, descubrí que tendré que alimentarme alguna vez. Y, al parecer, como soy una diosa, puedo alimentarme de cualquiera. Excepto de un *draken*. Incluso de mortales. ¿Quién lo hubiera imaginado? —cavilé. Luego le conté lo que creía Reaver con respecto a la frecuencia con la que tendría que alimentarme—. Pero eso no es todo. Parece ser que utilizar *eather* puede debilitarme. Reaver no sabía cuánto puedo usar antes de que tenga un efecto sobre mí. No creo que incluya nada de lo que era capaz de hacer antes…

—¿Poder alimentarte de cualquiera significa que puedes alimentarte de un *wolven*? —me interrumpió.

—Sí. Los *wolven* entrarían en la categoría de «cualquiera menos un *draken*».

—Entonces, aliméntate de mí si tienes que hacerlo.

Solté una exclamación ahogada.

—Kieran…

—Sé que no quieres alimentarte de nadie que no sea Cas —dijo, y la bocanada de aire que aspiré se marchitó al instante—. Sé que el acto de alimentarse puede ponerse… intenso, pero conmigo estarás segura. —Buscó mis ojos con los suyos—. Sabes muy bien que Cas no querría que te alimentaras de nadie excepto de mí.

Se me escapó una risa estrangulada. Lo más probable era que Casteel le arrancase los brazos y las piernas a cualquiera del que me alimentara (es decir, a cualquiera excepto a Kieran), y lo dejaría con vida solo porque sabía que la sangre era necesaria para mí.

—No es eso —protesté. Retiré un mechón de pelo de mi cara. Alimentarse podía ser algo intenso y no estaba segura de si alimentarme de alguien podría causarme el mismo tipo de placer perverso que podía producir un mordisco. Pero no era eso… bueno, no era *solo* eso. No había ni empezado a asimilar la posibilidad de que alimentarme de alguien que no fuese mi marido pudiese producirle placer a la otra persona.

Pudiese producirme placer *a mí*.

Y tampoco estaba preparada para pensar en eso ahora mismo.

—No quiero que sientas como que te tienes que ofrecer.

—No te lo ofrezco porque *tenga* que hacerlo. —Kieran me dio un apretoncito en la parte de atrás del cuello—. Me ofrezco porque *quiero* hacerlo.

—¿De verdad? ¿Estás seguro de que no es por el *notam*? ¿Que no es por tu amistad con Casteel?

—Puede que sea en parte por el *notam*. Y es por mi amistad con Cas. Pero también es por mi amistad contigo. Ninguna de esas cosas son mutuamente excluyentes —me informó—. Le ofrecería lo mismo a Cas. Le ofrecería lo mismo a todo el que me importara. Igual que sé que tú lo harías por mí si yo necesitara algo así.

Me dolía respirar. Era *verdad* que me ofrecería si él tuviese que alimentarse, y el recordatorio de lo lejos que habíamos llegado Kieran y yo me sacudió de un modo muy distinto. Estaba bastante segura de que, cuando nos conocimos, yo no le gustaba. O, como muy poco, lo irritaba hasta la hartura. Pero ¿ahora…? Parpadeé para eliminar la humedad que se arremolinaba en mis ojos.

Kieran empezó a fruncir el ceño.

—¿Estás a punto de llorar?

—No.

—Pues parece que sí.

—Entonces, deja de mirar y no te lo parecerá.

—Eso ni siquiera tiene sentido, Poppy.

Un estallido de diversión azucarada tocó la punta de mi lengua. Le lancé una mirada asesina.

—Esto no tiene gracia.

—Sé que no debería. —Sus labios se movieron un pelín—. Pero en cierto modo la tiene.

—Cállate —protesté. Su sonrisa apareció por un instante.

—Estamos en la misma onda, ¿no? Cuando tengas que alimentarte, ¿acudirás a mí? —Todo rastro de humor había desaparecido ahora—. ¿Y no dejarás que llegue a un punto en el que estés debilitada?

—Estamos en la misma onda.

Su mano volvió a apretarse sobre la parte de atrás de mi cuello.

—¿Qué pasa con el regente?

Pasaron unos momentos.

—Vonetta. Nombraría a Vonetta como Regente de la Corona.

La aprobación vibró en su interior cuando dejó caer los muros

que lo rodeaban. Sabía a bollos mantecosos.

—Buena elección.

Asentí.

—Sabes cómo entrar en Carsodonia, ¿verdad? Dudo de que Casteel y tú hayáis entrado por las puertas del Adarve.

Resopló, irónico.

—No. Entramos por los Picos Elysium.

Se me cayó el alma hasta la punta de los pies. Los Picos eran enormes… todo lo que se veía al oeste y al sur de Carsodonia. Y se extendían hasta adentrarse en las Llanuras del Saz. Incluso habían construido el Adarve para que se adentrara en… Entonces me di cuenta.

—Entrasteis por las minas.

Kieran asintió.

—Las entradas a las minas están justo dentro del Adarve. Los túneles están vigilados, pero no como las puertas. Como es obvio, también fue por ahí por donde entró Malik. Fue como Casteel y… —Su boca se apretó—. Fue como Shea lo sacó otra vez de Carsodonia. Desde ahí, acabó en las playas del mar Stroud.

Shea. Antes, cuando pensaba en ella, sentía ira. Ahora, solo había tristeza.

—¿Podremos salir del mismo modo que hayamos entrado, después de encontrar a Casteel y a mi padre?

Kieran asintió de nuevo.

—Podríamos. Pero, Poppy, nos costará tiempo salir de esas minas. Aparte de que es probable que ahora tengan esas entradas más vigiladas. Cas pasó un tiempo en esos túneles, buscando una forma de salir. Puede que hiciese que sonara como que no le costó nada, pero no es así.

—Por todos los dioses —susurré, dolida en lo más profundo por un pasado que no podía cambiar—. ¿Existe una forma mejor de hacerlo?

—Aparte de entrar por las puertas disfrazados, no. Si nos pescan en las minas, podremos salir luchando y luego desaparecer en la ciudad con mayor facilidad que si nos descubren en las puertas.

Eso era verdad. Carsodonia era un laberinto de callejuelas estrechas y callejones cubiertos de enredaderas que discurrían por barrios y distritos que se extendían por extensos valles y colinas.

Kieran respiró hondo.

—No sé cómo decir esto aparte de limitarme a decirlo. No sabemos en qué condiciones estará Cas, pero sabemos que lo más probable es que tu padre esté peor.

No dijo nada más, pero sabía lo que quería decir. No podíamos liberarlos a los dos.

—Aun así lo liberaremos —prosiguió Kieran en voz baja—. Liberar a Cas no termina la guerra. Tendremos que volver a Carsodonia.

Asentí, aunque odiaba la idea de estar tan cerca de mi padre y no hacer nada. Pero Kieran tenía razón. Una vez más.

—Entonces, ¿ese es el plan? —preguntó.

—Lo es.

Aspiré otra bocanada de aire, y esta fue menos dolorosa que todas las anteriores, porque encontraríamos y liberaríamos a Casteel. Y me aseguraría de que cualquier trocito que hubiese perdido fuese recuperado. Cas sabría exactamente quién era la siguiente vez que lo viera.

Me aseguraría de ello.

Capítulo 7

Casteel

El implacable palpitar de mi mano izquierda prácticamente había desaparecido, sustituido por el dolor voraz que empezaba en mi estómago y se extendía hasta mi pecho.

Incliné la cabeza hacia atrás, conseguí tragar sin saliva alguna y con un dolor de garganta considerable, y abrí los ojos a la penumbra de la celda. Las velas parpadeantes hacían muy poco por iluminar el lugar, pero aun así me dolían los ojos.

Y esa era mala señal.

Necesitaba… tenía que alimentarme.

No debería ser así. No tan pronto después de haberme alimentado de Poppy. Tampoco había pasado tanto tiempo de eso, ¿verdad? Habíamos estado en el barco, de camino a Oak Ambler. Después de haberme dado un festín con todo ese calor líquido entre sus bonitos muslos mientras leía en voz alta el diario de la señorita Willa.

Joder. Me encantaba ese maldito libro.

Un lado de mis labios se curvó hacia arriba. Aún podía oír a Poppy leyendo el diario, su voz más ahumada a cada frase, a cada lametón. Todavía podía ver el rubor de sus mejillas, más oscuro a

cada párrafo, a cada beso mojado. Lo de alimentarme había venido después de eso, cuando había tirado de ese voluptuoso trasero suyo hasta el borde de la mesa y mi miembro y mis colmillos se habían hundido en su suave carne de aroma dulce que me recordaba a una vaporosa neblina de jazmín. Su sangre…

Por los dioses, no había nada que supiera así. *Nada*.

La primera vez que la saboreé debí haberme percatado de que era más que parte atlantiana. Su sabor había sido fuerte incluso entonces, demasiado potente para alguien solo de ascendencia atlantiana. Pero cuando adquirió todo su poder, sobre todo después de su Ascensión… Su sangre era un afrodisíaco sensual que producía un subidón más fuerte que cualquier droga que uno pudiese picar y luego fumarse. Clavé los ojos en las velas y contemplé cómo caía la cera derretida.

La sangre de Poppy era puro poder. Del tipo con el que sabía por instinto que debía tener cuidado. Porque su sabor, la forma en que me hacía sentir, podría convertirse en el tipo de adicción en el que uno se ahogaría.

El velo de mi paladar empezó a palpitar cuando mi boca se secó aún más. Casi podía saborearla ya: antigua y terrosa, espesa y lujosa.

Con un gemido, escupí una violenta maldición y cambié de postura. Tenía que dejar de pensar en la sangre de Poppy. Y de verdad que tenía que dejar de pensar en cómo sabía ese espacio entre sus piernas. Una erección no sería para nada bienvenida en este momento.

¿Cuánto tiempo había pasado *en realidad*? ¿Un par de semanas? ¿Cerca de un mes? ¿Más? El tiempo no existía ni daba tregua en la oscura celda, tanto un enemigo como un salvador. Aunque hasta ahora, la cosa no había sido *tan* mala. La última vez, puede que escapara con todas mis extremidades y apéndices intactos, pero eso fue más o menos todo lo que quedó intacto.

Lo que me mataba, sin embargo, era este silencio húmedo y oscuro, y la preocupación. El miedo. No por mí, sino por ella. La última vez, estaba Shea. Y me había preocupado por ella porque la quería. Me había preocupado por mi familia. Pero esto era diferente. Poppy estaba ahí fuera, en guerra, y la necesidad de tenerla conmigo, de protegerla aunque ella no necesitara protección

alguna, arañaba mi piel con uñas afiladas y maliciosas.

Un dolor mortecino se asentó en mi frente y en mis sienes. Guiñé los ojos y dejé que mi cabeza rodara en dirección contraria a la luz de las velas. Podía pasar meses sin alimentarme si era necesario. Era un riesgo tensar tanto la cuerda, pero podía hacerlo. Aunque, por lo general, solía comer lo suficiente para mantener altos mis niveles de energía y nadie me sacaba sangre en pequeños viales de manera rutinaria.

Que me hubiesen cortado el dedo seguro que no había ayudado. Dudaba de que el mordisco de Demonio hubiese colaborado tampoco.

Bajé la vista hacia la gasa empapada de sangre y envuelta alrededor de mi mano, y me pregunté si la Corona de Sangre habría renunciado a utilizar cálices de oro. Eso era lo que empleaban para recoger mi sangre antes. Meneé los dedos con cuidado. Una de las doncellas personales había sido, oh, tan amable de ponerme una venda mientras ese Retornado dorado de nombre Callum se había asegurado de que yo se lo permitiera. Tampoco había tenido intención de detenerla. Ese maldito muñón de dedo sangraba como un cerdo. Las manchas *aún* impregnaban mi pecho y cubrían los muslos de mis pantalones. Y a cada rato, sangre fresca empapaba otra vez las gasas antes blancas y ahora de color óxido, recordándome que la piel rajada no se había curado a sí misma.

Yo no era tan especial como un Retornado, que al parecer hubiese hecho que le volviera a crecer otro dedo en el sitio del seccionado. Pero la piel debería haberse cerrado ya por encima de la herida, al menos.

Una prueba más de que necesitaba alimentarme.

Mis ojos se posaron en el polibán, la bañera de metal para baños de asiento que una pequeña legión de doncellas personales había traído hoy en algún momento. La maldita cosa parecía pesar como un muerto. La habían llenado de humeante agua caliente que hacía mucho rato ya que se había enfriado. El Retornado Callum había hecho algo para alargar la cadena, lo cual me permitiría llegar hasta la bañera y lavarme.

Y una mierda.

Sabía muy bien que no debía hacer uso del polibán, aunque estaba mucho más que mugriento. El baño era una de dos cosas:

una recompensa o un preludio a un castigo. Y como no había hecho ni una maldita cosa para ganármela, solo quedaba la opción dos. La última vez que me habían ofrecido baños fue cuando los amigos de la Reina de Sangre habían querido *jugar* con algo limpio y fresco. Algo que no se pareciese a un animal sucio y encadenado.

Así que me quedaría sentado en mi mugre. Tan contento.

Bajé la mano a mi regazo. Los pantalones estaban tiesos de sangre seca. Me miré la mano y, al ver las vendas sucias y lo que significaban, mi corazón martilleó en mi pecho. La ira se enconó aún más, volvió febril mi piel fría. Estampé mi pie descalzo contra la piedra húmeda e irregular. El acto no sirvió nada más que para que los grilletes de piedra umbra se apretaran y mi pie palpitara.

El dedo no me importaba una mierda. Para el caso, me podían cortar la mano entera. Era el anillo que ahora no estaba lo que me molestaba. Era lo que sabía que había hecho esa zorra con él y con el dedo.

Se los había enviado a Poppy.

Mi mano derecha se cerró en un puño apretado mientras mis labios se retraían para mostrar mis colmillos. Le arrancaría las entrañas a la reina y le obligaría a comérselas, porque yo no podía…

Eché la cabeza atrás para apoyarla contra la pared y cerré los ojos. Ninguna de las dos cosas hizo nada por borrar la certeza de que Poppy debía haber visto *eso*. Tenía que saber lo que esa zorra había hecho, y no había nada (joder, *nada de nada*) que yo pudiese hacer al respecto.

Pero tiene a Kieran. Él estaría ahí para ella. Y ella estaría ahí para él. Saberlo hacía que me costara un poco menos respirar. Que me costara menos soltar algo de la rígida tensión de mi cuerpo. Se tenían el uno al otro, pasara lo que pasare.

Despacio, retiré el borde de la gasa sucia, justo lo suficiente para revelar la espiral dorada que brillaba tenue en la palma de mi mano. Solté el aire con brusquedad al verla. Al saber lo que significaba.

Ella estaba viva.

Yo estaba vivo.

El repentino repiqueteo de unos tacones resonó por el oscuro pasillo en el exterior de la celda. Alerta, solté la gasa y miré hacia el

arco de la entrada. El sonido era extraño. Nadie, ni siquiera los Demonios que pululaban por ahí con libertad, hacía tanto ruido. Las doncellas personales eran como silenciosas abejitas obreras. Los pasos de *Isbeth* eran mucho más ligeros, solo audibles cuando estaba muy cerca de la celda. El maldito Retornado dorado solía ser tan silencioso como un espectro. Esto sonaba como un *barrat* con tacones, un *barrat* con tacones que *tarareaba*… muy mal.

¿Qué demon…?

Un momento después, *ella* entró en la celda; el taconeo de sus zapatos casi ahogaba lo que fuese que estuviese tratando de tararear. O tal vez estuviese gruñendo, porque el sonido que hacía no tenía melodía alguna. Llevaba un farol. Bueno, más bien *columpiaba* un farol de un modo muy parecido a como lo haría un niño, haciendo que la luz danzara de lado a lado por las paredes.

La reconocí de inmediato, aunque la había visto solo una vez, y una pintura negra con reflejos rojizos y forma de alas había cubierto sus mejillas y la mayor parte de su frente, igual que hacía ahora. Era por su altura. Era más bajita que el resto, y eso me llamaba la atención, porque había visto lo fácil que había inmovilizado a Delano, un *wolven* que era al menos dos palmos más alto que ella en su forma mortal, si no más. También era su olor. No el olor a sangre podrida que había detectado en ella, sino algo más dulce. Me resultaba familiar. Lo había pensado incluso cuando estuvimos en Oak Ambler.

Era la Retornada que había estado en el castillo de Redrock. No venía nadie más con ella. Ni doncellas personales. Ni Chico de Oro. Ni la zorra de la reina.

—¡Hola! —saludó en tono cantarín, con un gesto bastante alegre de la mano, al tiempo que dejaba el farolillo sobre un saliente de piedra a media pared. Una luz amarillenta espantó despacio las sombras de la celda y se deslizó por la masa de enredados rizos negros como el carbón que caían por encima de sus hombros.

Se volvió hacia mí y cruzó las manos. Llevaba los brazos al descubierto y vi marcas en ellos, formas extrañas que debían haber dibujado o tatuado sobre su piel, no *dentro* de su piel.

—No tienes demasiado buen aspecto.

—Y tú tarareas de manera patética —repliqué.

La doncella personal hizo un mohín con el labio de abajo hacia

fuera.

—Eso ha sido muy maleducado.

—Me disculparía, pero…

—No te importa. No pasa nada. No te preocupes. Estás totalmente perdonado. —Vino hacia mí, sus pasos mucho más silenciosos ahora. Entorné los ojos—. A mí tampoco me importaría si estuviese encadenada a una pared en una celda subterránea yo sola y… —Se acuclilló delante de mí y ambos lados de su vestido se abrieron para revelar una larga daga de aspecto letal amarrada a un muslo y otra más corta envainada en la caña de su bota. Ambas armas eran negras. Piedra umbra. Olisqueó el aire con delicadeza—. Apestoso. Hueles a podrido. Y no del tipo divertido que suele acompañar a los Demonios. —Hizo una pausa—. Tampoco el que viene con una noche de malas elecciones en la vida.

La miré pasmado. Sus ojos se posaron en mi mano vendada.

—Creo que tienes una infección.

Lo más probable era que así fuera, pero ¿sería la mano o el mordisco del Demonio?

—¿Y?

—¿Y? —Sus ojos se abrieron detrás de la máscara pintada, lo cual hizo que el blanco destacara aún más—. Creía que vosotros los atlantianos no sufríais ese tipo de dolencias mortales.

—¿Esperas que crea que no has estado en presencia de atlantianos heridos antes? —Le sostuve la mirada—. ¿Que soy el primero que ves aquí?

—No eres el primero, pero no suelo acercarme a las mascotas de la reina.

Retraje los labios contra mis colmillos.

—Puede que esté encadenado, pero no soy ninguna mascota.

El ala del lado izquierdo de su cara se levantó cuando arqueó una ceja.

—Supongo que no cuando haces unos ruidos tan gruñones. De serlo, serías el tipo de mascota que uno tendría que sacrificar.

—¿Por eso estás aquí?

Se echó a reír y yo me puse tenso. Su risa. Sonaba…

—Eres muy suspicaz. No, esa no es la razón por la que estoy aquí —me informó. Parpadeé, perplejo, al tiempo que sacudía la cabeza—. Para serte sincera, estoy algo aburrida. E hice una

promesa. —La doncella personal se levantó deprisa y echó un vistazo al polibán—. Si crees que no necesitas un baño, odio ser la que te lo diga, pero lo necesitas.

—No tengo ninguna intención de hacer uso de eso.

—Lo que tú digas. Es tu vida. Tu peste.

—¿Qué tipo de promesa hiciste?

—Una irritante. —La doncella personal fue hasta el otro lado de la bañera y se puso de rodillas. Tamborileó con los dedos sobre la superficie del agua, lo que creó pequeñas olitas—. Aunque bañarte puede que ayude con esa herida tuya.

Cuando no respondí, tamborileó un poco más sobre el agua sin dejar de mirarme con esos pálidos ojos apenas azules.

—¿Es porque necesitas alimentarte?

¿Podría alimentarme de un Retornado? No sabía si sería el equivalente a alimentarme de un mortal. Diablos, no estaba seguro de si ellos estaban vivos o muertos. Ni de qué demonios eran en realidad.

Su cabeza se ladeó, lo cual hizo que una masa de pelo cayera sobre un brazo.

—Apuesto a que es eso. Tu hermano se pone cascarrabias cuando necesita alimentarse.

Todo mi ser se concentró en ella.

—¿Dónde está mi hermano?

—Aquí. Allí. Es probable que en cualquier sitio menos donde se supone que debe estar.

Apreté la mandíbula porque eso sonaba al Malik que conocía, aunque empezaba a pensar que el proceso de convertirse en Retornado embarullaba la mente y esa era la razón de que las otras doncellas personales no hablaran. Lo que salía ahora por su boca no eran más que tonterías.

—Debes pasar mucho tiempo con él para saber cuándo necesita alimentarse.

Enderezó la cabeza.

—En realidad, no.

—Entonces, sería una cosa rara en la que fijarte.

—Es que soy muy observadora. —Esos ojos… eran tan apagados… Casi sin vida. Jodidamente siniestros de mirar durante demasiado rato—. Además, intento que no lo maten, que es algo

que ocurriría si pasase mucho tiempo con él.

—¿A las doncellas personales no se les permite pasar tiempo con los del sexo contrario?

Soltó un resoplido no demasiado delicado.

—A las doncellas personales se les permite confraternizar con miembros de cualquier sexo que quieran.

—Entonces, ¿es porque tu reina quiere a Malik solo para ella? —Se me revolvió el estómago.

—La reina no tiene ningún interés en él. —Su expresión no había cambiado, pero noté que había agarrado con fuerza los bordes del polibán. Interesante—. No desde hace mucho tiempo.

No la creí ni por un segundo.

La doncella personal metió un brazo en el agua y empezó a frotarse la piel. Los extraños símbolos desaparecieron a toda velocidad. Fue al otro lado.

—¿Sabías que estos túneles y estas cámaras llevan aquí cientos y cientos de años? —Se levantó de al lado de la bañera y sus dedos gotearon agua por el suelo mientras cruzaba la celda—. Existían cuando los dioses caminaban entre los hombres. Claro que han sido expandidos, prolongados, y ahora discurren por toda la ciudad, pero estas paredes… —Apoyó la palma de la mano contra la piedra húmeda—. Estas paredes son antiguas y solo a unos pocos se les ha permitido entrar en ellas.

Sabía de la existencia de las cámaras subterráneas debajo de las casas de los Ascendidos, pero no sabía que hubiera túneles que recorrieran la ciudad entera.

—Me importan una mierda estas paredes.

—Pues deberían importarte. —Se giró hacia mí—. Los dioses caminaron por estos túneles. Igual que los Primigenios. Caminaron por otros túneles de otras ciudades, conectando *portales* y creando hechizos mágicos hechos de esencia primitiva que podían mantener cosas fuera… o *dentro*.

Observé cómo deslizaba la palma de la mano por la piedra irregular mientras me preguntaba exactamente de qué diablos estaba hablando.

—Una diosa nacida mortal, con la sangre del Primigenio de la Vida y el Primigenio de la Muerte al Ascender fue vaticinada —susurró la doncella personal—. O eso dicen. Claro que dicen muchas

cosas. Sea como fuere, ella rompió esos hechizos primigenios cuando Ascendió para convertirse en una divinidad.

Era obvio que hablaba de Poppy.

Apoyó la mejilla en la pared.

—Y cualquier cosa que estuviera retenida dentro ahora puede salir. —Unos ojos no tan apagados se cruzaron con los míos—. Quedan dos preguntas. Cuándo y dónde. Ni siquiera él lo sabe.

No sabía qué decir a nada de eso, pero me fijé en cómo enroscaba el labio cuando había dicho «él».

—¿Quién?

—Callum.

—¿El chico de oro Retornado?

Su risa sonó más gutural, más real, y extrañamente familiar.

—Es viejo. Muy viejo. Ten cuidado con ese.

—Que le den. —Impaciente, me incliné hacia delante, más allá de lo habitual a causa de las cadenas más flojas—. ¿De qué demonios estás hablando? Divagas. ¿Y qué tiene que ver con la Ascensión de Poppy?

—Sí que divago, ¿verdad? Ian decía que Penellaphe divagaba. —Se giró de golpe hacia mí y me miró mientras se apoyaba contra la pared—. ¿Eso es verdad?

Entorné los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres saber eso?

Encogió un hombro.

—Solo por curiosidad.

—Es una cosa extraña por la que sentir curiosidad.

—¿Es verdad? —insistió—. ¿Ella también divaga?

Relajé un poco la mandíbula.

—Sus pensamientos tienden a pasear libres… en voz alta. Con frecuencia y a veces de manera aleatoria.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba mientras jugueteaba con una esquina de la piedra al lado de su cadera.

—Yo… no sabía que la reina iba a hacerle eso a Ian. Yo… —Apretó los dientes—. No me lo esperaba.

La creí. Solo porque la expresión de sorpresa y consternación en su rostro y en el de mi hermano cuando esa zorra ordenó que mataran a Ian no podía haber sido fingida.

—Te diría que mataré a Isbeth por eso, pero mi reina es una

diosa. La matará ella. —Sus dedos se detuvieron sobre la piedra—. Sí, eso lo deduje en Oak Ambler —proseguí—. Va a matar a esa zorra seguro.

La leve sonrisa volvió a su cara, lo cual me sorprendió, y no creía que hubiese muchas cosas que aún pudieran sorprenderme.

—La vi después. A Penellaphe. —Mi respiración. Mi corazón… se pararon—. Me quedé atrás, pues pensaba que estaría enfadada cuando despertara. Y lo estaba. Recuperó el conocimiento en Oak Ambler, y es poderosa. Por un momento, pensé que iba a destruir el Adarve y la ciudad entera. —Siguió frotando el afilado borde de una piedra con los dedos—. Pero se detuvo. Quizá no sea como su madre.

—No lo es —escupí—. No hay nadie como ella.

—En realidad, tienes razón cuando dices eso. —Sus ojos se posaron en mí—. Pero no la conoces de verdad. Dudo de que ella misma se conozca siquiera. —Bajó la barbilla y su mirada me dejó la piel helada—. Lleva en su interior la sangre del Primigenio de la Vida y del Primigenio de la Muerte.

—Lo sé. Ella sabe que desciende de Nyktos…

—Si crees que el abuelito es el *verdadero* Primigenio de la Vida y el *verdadero* Primigenio de la Muerte, no sabes nada.

Entorné los ojos. ¿Qué tramaba? Nyktos *sí* que era el verdadero Primigenio de la Vida. Los dioses Rhain y Rhahar supervisaban a los muertos, pero Nyktos era el Primigenio. El Rey de los Dioses. Eso significaba que también era el verdadero Primigenio de la Muerte.

—Entonces, enséñame.

—No estoy *tan* aburrida. —Se separó de la pared—. Además, tengo cosas que hacer. Personas a las que ver. A las que matar. Lo que sea. Hice lo prometido. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la entrada, pero se detuvo. Bajó la vista—. La reina tiene sus planes.

—¿Toda esa mierda de reconstruir los mundos?

—Para rehacer algo, uno debe destruirlo primero.

Un viento frío golpeó toda mi columna.

—La Reina de Sangre no es tan poderosa.

—Puede que no. —La espalda de la doncella personal mostraba una rigidez antinatural—. Pero supo cómo traer a la vida algo que sí lo era.

Poppy

La conversación a mi alrededor no era más que un zumbido mientras estaba sentada en la sala de audiencias. Los otros estaban apiñados en torno a Hisa Fa'Mar, una de las comandantes de la guardia de la corona, y el mapa de Oak Ambler en el que había estado trabajando.

La noticia del avance de los ejércitos restantes nos había llegado poco después de nuestro regreso a la fortaleza de Cauldra, en forma de diecinueve *drakens* coronando los pinares.

Había habido muchas carreras y muchos gritos de la población local. Solo se habían calmado cuando los *drakens* habían aterrizado alrededor de Cauldra y entre los pinos que rodeaban la fortaleza, sin hacer nada más que observar a los mortales que correteaban de acá para allá.

No pude evitar preguntarme lo que pensaban los *drakens* de semejante reacción. ¿Habría sido así cuando estaban despiertos antes? ¿O los habrían aceptado con naturalidad? Aunque, claro… ¿habrían permanecido solo en Iliseeum? No se me había ocurrido preguntárselo a Reaver.

Su llegada me había distraído por unos momentos de lo que llevaba en el bolsillo de mi abrigo de lana. La llegada de los *drakens* significaba que podíamos esperar la llegada de Valyn y los ejércitos restantes al día siguiente.

Solté todo el aire despacio. Estábamos justo cumpliendo los plazos que nos habíamos marcado. Pasado mañana tomaríamos Oak Ambler y luego partiría hacia Carsodonia.

Hacia Casteel.

Me había reunido con Vonetta después de la caótica llegada de los *drakens* para hablarle del puesto de Regente de la Corona. Había aceptado el nombramiento, aunque no estaba del todo contenta con la idea de no ir con Kieran y conmigo. Aun así, me dio la impresión de que le apetecía poder mangonear a algunos de los atlantianos, en especial a uno de pelo castaño rojizo que también se quedaría con ella. Por otra parte, había hablado con Reaver acerca

de ir a la capital. Había estado en su forma de *draken*, pero había asentido con su gran cabeza con cuernos.

Vonetta y Naill no estaban con nosotros ahora. Se habían marchado al bosque con Emil para encargarse de lo que había habido en esa caja de madera. Pero antes de eso, habíamos pasado horas debatiendo lo que pasaría después de tomar Oak Ambler.

Habíamos decidido que movernos con cualquier grupo grande llamaría demasiado la atención. La conversación se había puesto… tensa cuando anuncié que solo Kieran y Reaver viajarían conmigo. Ninguno de los otros se mostró emocionado al respecto, y todos ellos exigieron poder acompañarnos. Sin embargo, lo que teníamos planeado era demasiado arriesgado.

Isbeth me quería viva.

Ese deseo no se extendía a nadie más y, ya de por sí, no estaba contenta de poner en peligro a Kieran y a Reaver. No pensaba dar el brazo a torcer en esto.

Y puesto que era la reina, no tenía que hacerlo.

Además, quería que Vonetta tuviese todo el apoyo posible en el caso de que encontrase alguna resistencia. Y dado que Aylard no era parte de ninguna de estas conversaciones, eso era probable. Netta tendría a Naill y a Delano, a Emil y a Perry, junto con Hisa y los *wolven* para apoyarla. Lo que ella estaría haciendo sería igual de importante que la empresa en la que me iba a embarcar yo.

En lo que *sí* estuvimos todos de acuerdo era en que era harto improbable que la reina tuviese retenido a Casteel en el mismo lugar de antes. Isbeth era más lista que eso.

Encontrarlo sería una de las partes más difíciles de nuestro plan. El castillo de Wayfair en sí tenía unas dimensiones extraordinarias, con cámaras subterráneas similares a las de Redrock. Era donde había visto a… mi padre cuando era pequeña. Sin embargo, no creía que fuese a tener a Casteel ahí tampoco. Dar una explicación convincente sobre lo que parecía ser un gato de cueva a un noble despistado o a una niña pequeña como yo era más fácil que explicar por qué tenía cautivo a un rey atlantiano.

Después estaba el recinto exterior de Wayfair, con sus jardines y grutas, sus extensos terrenos y sus bosques protegidos. Por no mencionar la ciudad en sí, con sus infinitos sitios donde esconder a alguien.

Sería como buscar a un fantasma.

Palpé el contorno del anillo dentro del bolsillo y levanté la vista hacia la sala.

Todo lo que tú y aquellos que te siguen encontraréis aquí es muerte.

Mis dedos se quedaron quietos cuando las palabras del duque volvieron a la superficie.

—Perdón —murmuré, mientras me ponía en pie.

Tanto Kieran como Delano me miraron, pero ninguno de los dos hizo ademán de seguirme. Sabía que uno de ellos acabaría por hacerlo de todos modos. Salí al pasillo con corriente y en penumbra y fui hasta la puerta del otro lado de la fortaleza.

Entré en una pequeña zona de estar de la suite y al dormitorio separado por gruesas cortinas. Fui hasta la pequeña mesita y vi la tarjeta de la caja. Todavía no la había leído.

Lo hice ahora.

> *Querida hija,*
>
> *Me duele saber que este regalo te romperá el corazón. Por ello, te pido perdón, pero no me has dejado otra opción. Lo hecho, hecho está. Él vive. No lo olvides mientras contemplamos el porvenir juntas pero separadas. El futuro de los reinos y el de la verdadera corona de los mundos dependen de nosotras.*
>
> *Con amor,*
> *Madre*

Las palabras no cambiaron, sin importar cuántas veces las leí. No logré ninguna comprensión repentina de cómo podía hacer algo así y luego disculparse. Ni de cómo podía llevar a cabo actos tan terribles como si no tuviese ningún control sobre ellos. Me había culpado a mí de la muerte de Ian. Y ahora, ¿me culpaba a mí por que *ella* hubiese hecho daño a Casteel? Yo la había provocado. Había guiado su mano. Pero no dejaba de ser *su* mano.

Madre.

No podía creer que hubiese firmado la tarjeta así.

Oí unas pisadas acercarse y levanté la vista justo a tiempo de ver a Vonetta apartar a un lado la cortina que separaba las habitaciones.

—Kieran dijo que era probable que estuvieses aquí —explicó, y dejó caer la gruesa cortina de vuelta a su sitio—. Está hecho. Lo… quemamos.

Aspiré una bocanada de aire a través del dolor.

—Gracias.

—Desearía que me estuvieras dando las gracias por otra cosa.

—Yo también —murmuré.

—Por supuesto. —Vonetta se asomó por encima de mi hombro para echar un vistazo a la nota—. Hay algo muy torcido en esa mujer.

—Yo dije lo mismo hace un rato.

—Te hace preguntarte si siempre ha sido así. Y de serlo, ¿qué demonios vio Malec en ella?

—No sé si siempre fue así o si perder a Malec y a su hijo le hizo esto. —Pensé en lo que había dicho Reaver hacía un rato—. Creo que es posible que a Malec lo atrajera justo eso.

—Vaya, parece que Malec era una verdadera joya —repuso, y una sonrisa irónica tironeó de mis labios—. Quería preguntarte qué tal llevas… bueno, todo lo relacionado con que ella sea tu madre. Aunque siempre parecía una pregunta estúpida, ¿sabes? Ya sé que no estás en plan *todo va bien* cuando de ella se trata.

—No es una pregunta estúpida.

—¿De verdad? —Dos cejas arqueadas treparon por su frente y se apoyó contra la pared. Asentí.

—Para ser sincera, no sé qué tal lo llevo en lo que a ella respecta. Todo lo que sé es que no… no pienso en ella como en mi madre. Porque nunca lo fue. —Bajé la vista hacia la tarjeta—. Solía tener problemas para conciliar quién era para mí y el monstruo que fue para Casteel y para todos los demás. Ya no. No después de lo de Ian. —Se me comprimió el pecho y tragué saliva—. ¿Tú hablaste con él cuando vino a Spessa's End?

—Sí. —Vonetta apretó los labios y pasaron unos segundos—. No he conocido a demasiados Ascendidos. Puedo contar a los que *sí* he conocido con los dedos de dos manos y me sobra alguno. Él no era

para nada como esperaba. Era educado… y no de una manera falsa. Era… *cálido*, aunque su piel no lo fuese. ¿Tiene eso algún sentido?

Aspiré una bocanada de aire tembloroso y asentí.

—Además, era algo ligón, pero no de un modo desagradable. —Una pequeña sonrisa asomó a sus labios un instante—. Cuando llegó a Spessa's End para buscarte, las guardianas no querían dejarlo marchar. Creían que era una amenaza. Yo lo vigilé y pasó el rato contándome una historia sobre la bahía de Stygian y los Templos de la Eternidad. Me habló de cuántos templos de Solis existían desde la época en que los dioses caminaban por este mundo. No eran solo lugares de adoración, sino también lugares de profundo poder, capaces de neutralizar a los dioses. También dijo que eran portales a Iliseeum, por los que los dioses transportaban a los mortales. —Tomó una de sus trencitas y la deslizó entre sus dedos—. Cosa que no creo que sea ni remotamente verdad, pero lo que dijo *sí* era interesante. Tenía una manera de contar la historia con la que no podías evitar involucrarte en ella. Quiero decir, me tenía enganchada por completo a una historia sobre una chica que recogía flores y fue sobresaltada por un dios, y luego cayó de no sé qué acantilado y murió. De todos modos, Ian me dijo que a ti también solía contarte cuentos, cuando te sentías sola o estabas disgustada… o cuando él se aburría, cosa que decía que era frecuente.

Conocía esa historia. Sotoria y los Acantilados de la Tristeza. Ian me la había contado en una de las cartas que me había escrito después de su Ascensión.

—Tenía un don especial para inventar historias en un santiamén. Para tomar algo normal y corriente como una vieja espada anodina y transformarla en una blandida en la antigüedad por el primer rey mortal. —Mi risa salió temblorosa—. Tenía una imaginación de lo más alocada. —Levanté la vista hacia las cortinas que ondeaban con suavidad ante las ventanas—. Me pregunto si Coralena y Leo eran sus padres. Aunque como ella era una Retornada, ni siquiera sé si podía *tener* hijos. Demonios, no estoy segura de… —Abrí la boca, la cerré y lo intenté de nuevo—. No sé si mi padre quiso engendrarme. Si lo metieron en esa jaula antes o después de mí.

El disgusto de Vonetta me llegó al instante, un fiel reflejo del mío.

—A él también lo encontraremos.

—Sí, lo haremos. —Con la mente deambulando de Ian a mi padre y luego a… Casteel, conjuré el *eather*, solo una chispita que gastaba muy poca energía, y la dejé brotar de las yemas de mis dedos. No hubo sombra alguna en el resplandor plateado que envolvió la nota. Dejé lo que quedó de la tarjeta (nada más que cenizas) caer de entre mis dedos—. Y nos aseguraremos de que ella no pueda hacerle daño a nadie más.

Capítulo 8

Estaba soñando.

Aunque no era una pesadilla sobre una noche de un pasado lejano, ni una originada en una ira y una angustia demasiado recientes.

Lo supe en cuanto salí flotando de la nada en medio del sopor y me encontré en un sitio diferente. Uno que ni siquiera parecía algo sacado de un sueño porque cada uno de mis sentidos estaba despierto y consciente.

Un agua cálida y revoltosa lamía mi cintura y burbujeaba por la cara interna de mis muslos, mientras el aire cargado y húmedo se asentaba sobre la piel desnuda de mis brazos y de mis pechos como un velo de raso. El agua borboteaba alrededor del puñado de rocas que sobresalía de la superficie del estanque caliente. Volutas de vapor danzaban a la moteada luz del sol, se enroscaban alrededor de las lilas que trepaban por las paredes y se extendían por el techo, perfumando el ambiente de la caverna de Casteel.

No sabía por qué estaba soñando con este sitio en lugar de con algo horripilante, ni cómo había conseguido llegar a un nivel de sueño tan profundo la víspera de una batalla. Quizá porque sabía que pronto estaría de camino a Carsodonia, lo cual sustituía la

agobiante sensación de desesperación por un propósito. Tal vez eso me hubiera dado la paz mental que necesitaba para descansar de verdad y soñar con algo agradable y precioso.

Deslicé la mano por el agua y sonreí cuando me hizo cosquillas en la palma. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás. El agua tiró del final de mi trenza cuando el aire húmedo y de olor dulzón… se *movió*.

De pronto, tuve la sensación de no estar sola, presionaba sobre mis hombros y me produjo un escalofrío. Mis manos se detuvieron y abrí los ojos. Se me puso toda la carne de gallina. Respiré hondo… y el aire se me quedó atascado cuando me llegó un aroma diferente. Uno que me recordaba a… pinos y especias oscuras.

—Poppy.

Mi corazón trastabilló. Todo se detuvo. Esa *voz*. Esa voz rica y grave que llevaba un ligero toque musical. *Su voz*. La reconocería en cualquier sitio.

Giré en redondo y el movimiento hizo que el agua se revolviera, furiosa y siseante. Todo mi ser se puso en tensión, luego un escalofrío se abrió paso a través de mí.

Lo vi *a él*.

En el húmedo calor de la caverna, vi su suave pelo negro, que ya empezaba a rizarse contra la curva de sus cejas, y los pómulos altos color arena… unos pómulos que parecían más angulosos de lo que los recordaba. Pero esa boca carnosa… me estremecí de nuevo. Su boca estaba un poco entreabierta, como si hubiese aspirado una bocanada de aire y no pudiese inspirar más. Una sombra de barba oscurecía sus mejillas y su mandíbula fuerte y orgullosa. Le daba un aspecto desconocido, rudo y salvaje.

Estaba de pie delante de mí, y el agua daba vueltas perezosa en torno a las fascinantes hendiduras de sus caderas. Estaba tan desnudo como yo. Los músculos duros de su abdomen y las líneas delineadas de su pecho parecían más definidos, más marcados de lo que los recordaba.

Pero era él.

Mi primero.

Mi último.

Mi *todo*.

—¿Cas? —Su nombre emergió de lo más profundo de mi alma, y

escoció y quemó hasta salir por mis labios.

Su garganta subió y bajó al tragar saliva. Jamás había visto sus ojos tan brillantes. Eran como charcos de oro pulido.

—*Poppy*.

No supe quién se movió primero. Si fue él o fui yo o si los dos nos movimos al mismo tiempo, pero pasó solo un segundo, menos de uno, y sus brazos estaban a mi alrededor. La sensación de su piel caliente y mojada contra la mía fue un *shock* porque lo *sentí*, desde la superficie dura de su pecho hasta los ásperos pelos de sus piernas. Acaricié sus mejillas y me maravillé por la sensación cosquillosa contra las palmas de mis manos, algo que no había sentido nunca en él hasta ahora.

Lo *sentí* físicamente.

Me abrazó con fuerza, sin dejar ni un pelo de espacio entre nosotros. Sin dejar forma alguna de que no *sintiera* cómo temblaba con la misma intensidad que yo. Su mano se deslizó por toda mi columna y dejó una serie de escalofríos calientes y apretados a su paso. Hundió la mano en mi trenza.

En lo más profundo de mi mente, sabía que esto era solo un sueño, aunque nada de ello parecía una réplica sosa conjurada por mi mente solitaria y desesperada. No cuando los fríos e insondables agujeros de mi pecho se habían llenado de la sensación de él. De todo *Casteel*.

—Poppy —repitió, su aliento contra mis labios. Y entonces su boca estaba sobre la mía.

Sus labios… oh, por todos los dioses, me ahogué en la sensación de ellos. No creía que ningún recuerdo pudiera capturar su implacable dureza o su exuberante suavidad. No creía que ningún recuerdo pudiese recrear la forma en que besaba.

Porque Casteel besaba como si estuviera hambriento y yo fuese el único alimento que hubiese deseado jamás. Que hubiese necesitado jamás. Besaba como si fuese la primera cosa que había deseado de verdad en la vida y la última cosa que necesitaba.

Deslicé mis manos por su pelo mojado y temblé al *sentir* los mechones moverse entre mis dedos. El borde de un colmillo afilado rozó mi labio de abajo e hizo hervir mi sangre como solo él podía hacerlo. Lo besé de vuelta y la chispa del deseo brotó y se prendió mientras una palpitante espiral de placer se enroscaba en los

músculos de mi bajo vientre. La intensidad del deseo hizo que me pegara bien a él, a su caliente y largo cuerpo, y una necesidad frenética estalló en mi interior.

Casteel gimió cuando sus dedos se enroscaron en mi pelo y esos largos besos anhelantes se volvieron más cortos y rudos. Sus labios tiraron de los míos. Mis dientes chocaron con los suyos. Este tipo de besos me desgarraba por dentro y dejaba pequeños fuegos a su paso, con llamas que a buen seguro me consumirían, incluso en un sueño. Y sabía que no era más que eso. Un sueño. Una recompensa que no creía merecer pero que aceptaría con entusiasmo de todos modos. Porque lo necesitaba. Necesitaba sentirme caliente por dentro otra vez.

Y con Casteel, yo siempre era como carne y fuego.

Pasé mi brazo alrededor de sus anchos hombros mientras pasaba mi mano por su cara, su cuello, hasta donde sentí su pulso martillear. Mi mano cayó sobre su hombro.

—Por favor. Tócame. Tómame. —Las palabras que salían por mi boca no llevaban ni rastro de vergüenza. No había sitio para eso en esta fantasía. Ninguna incomodidad. Ninguna vacilación ni duda. Solo necesidad, deseo. Solo nosotros. Solo importaban estos minutos robados, aunque no fuesen reales—. Por favor, Cas.

—Ya lo sabes, Poppy. Jamás tienes que suplicar.

Otro estremecimiento de cuerpo entero me sacudió al oír su voz, al oír las palabras que sustituían a las últimas pronunciadas y a las súplicas gritadas con voz ronca.

—Me tienes —juró contra mis labios hinchados—. Siempre.

—Y para siempre —susurré. Casteel tembló aún más.

—Necesitaba oír eso. No tienes ni idea de cuánto necesitaba oírte *a ti*. —Cerró la distancia entre nosotros y atrapó mis labios con los suyos—. ¿Habrá sido mi necesidad la que te ha conjurado de algún modo para hacerte real? No lo sé. No puedo pensar más allá de *esto*. Más allá de la sensación de tocarte. —Sus afilados colmillos tiraron de mis labios una vez más y desperdigaron mis pensamientos—. No cuando estás aquí, en mis brazos.

El beso se profundizó de nuevo cuando su lengua tocó la mía y provocó un torbellino de sensaciones acaloradas y serpenteantes en mi interior.

—No cuando puedo saborearte. Sentirte.

Su mano temblorosa se deslizó por mi brazo, rozó el lado de mi pecho y luego mi cintura. Siguió acariciándome, los ásperos callos de sus manos justo como los recordaba. Su mano se sumergió bajo el agua y se cerró en torno a mi cadera. Sus dedos presionaron contra la piel de la zona. Deslizó la mano otra vez hacia arriba y un sonido áspero y primitivo escapó de sus labios cuando la cerró en torno a mi pecho. Solté una exclamación.

—Siento esto. —Pasó el pulgar por encima de la punta dolorida de mi pezón y luego la palma de su mano rozó mi cintura otra vez, antes de sumergirse bajo el agua de nuevo. Ahora, cuando cerró la mano sobre mi cintura, me izó contra él y su rígido miembro—. ¿Puedes sentirme? Dime. ¿Puedes sentirme, Poppy?

—Te siento. —Mis dedos se enredaron en su pelo mientras me mecía contra él. Quería sentirlo moverse dentro de mí. Quería sentir ese tira y afloja delicioso—. Eres todo lo que siento, incluso cuando no estás conmigo. Te quiero muchísimo.

Su grito ronco se tragó el mío cuando me bajó sobre su duro miembro.

Sentí un intenso placer. La sensación de él estirándome, llenándome, era puro goce con un toque perverso. Una sensación abrumadora que era…

Me puse rígida, el pulso acelerado. La sensación de él, su enorme presencia… Por todos los dioses, parecía real.

Como… *realmente* real.

Bajé la vista hacia nosotros, hacia mis pezones duros y la fina pelusilla de su pecho. Hacia donde mi tripa blanda estaba en contacto con la suya más dura. Observé cómo respiraba deprisa y jadeante. Observé cómo temblaba mientras se quedaba muy quieto, aún muy profundo en mi interior. Sentí cómo él se estremecía por donde estábamos conectados debajo del agua burbujeante. Continué mirándonos. A él y a su cuerpo. La delgadez de su tronco, que no había estado ahí antes. Las finas marcas que aparecieron despacio y se extendían por su pecho, al lado de los numerosos tajos y cortecitos de sus cicatrices viejas. Mi ya de por sí acelerado corazón se aceleró aún más.

—¿Esto… es real? —susurré.

Casteel levantó la cabeza, sus ojos acalorados se clavaron en los míos. Su brazo se apretó alrededor de mi cintura.

—Tus ojos —dijo, su voz ronca y ahumada—. No solo hay un aura detrás de las pupilas. Hay hebras de plata que atraviesan el verde. —La confusión crispó las líneas tensas de su rostro—. Nunca los había visto así.

La manera de describirlos me recordó a algo. A *ella*. La consorte. La parte de atrás de mi cuello se enfrió a toda velocidad. Respiré hondo y capté el aroma de algo más debajo de las lilas y la exuberante fragancia a pino y especias de Cas.

Un olor mohoso a aire húmedo y rancio.

El frío se extendió por mi piel, pero la de él parecía más caliente. Febril.

—¿Sientes eso? —Tirité cuando se me puso la carne de gallina —. Te… tengo frío.

—Yo… —Se calló y giró la cabeza con brusquedad hacia el sonido de… No era agua cayendo. Era un sonido más pesado. Un *golpeteo*.

Se me cortó la respiración. Miré a Cas, lo miré *de verdad*. La sombra de una barba incipiente. Los huecos bajo sus pómulos. Los cortes de su piel. Vi el momento en que la confusión despejaba sus radiantes ojos dorados.

Y se llenaron de asombro.

—*Corazones gemelos* —logró decir.

—¿Qué…?

Casteel me besó de nuevo. Con fuerza. Con ansia. Me besó como si pudiese succionarme a su interior. Esta vez, cuando su boca se separó de la mía, no fue lejos.

—Por todos los dioses, Poppy, te echo tanto de menos que duele.

La presión se cerró sobre mi pecho. Se me anegaron los ojos de lágrimas.

—Cas…

Cerró ambos brazos a mi alrededor y me abrazó aún más fuerte que antes, pero yo tenía aún más frío. Cas temblaba cuando dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Su pecho se hinchó contra el mío con una respiración entrecortada.

—Poppy —murmuró. Me besó en la mejilla, en el espacio de debajo de mi oreja y luego en el hombro. Apretó la boca contra el lado de mi cuello—. Mi preciosa y valiente reina. Podría quedarme aquí, abrazado a ti, para siempre.

Oh, por todos los dioses, sabía que esto se estaba acabando. El pánico explotó en mi interior. No estaba preparada. No lo estaba.

—No me dejes. No nos dejes. Te quiero. *Por favor*. Te quiero…

—Búscame otra vez. —Su cabeza se levantó y sus ojos… ya no brillaban, sus rasgos ya no estaban nítidos. Lo veía borroso y no podía… o, por los dioses, no podía sentirlo—. Búscame. Estaré esperando aquí. Siempre. Yo…

Desperté sin previo aviso. Abrí los ojos de golpe y aspiré grandes bocanadas de aire, con el corazón acelerado.

Mis pensamientos tardaron varios segundos en ralentizarse lo suficiente como para reconocer las paredes de tela besadas por la luz de la luna. Una delgada película de sudor humedecía mi piel y hubiese jurado… que aún podía oír el burbujeo del agua de la caverna.

Estaré esperando aquí. Siempre.

Me estremecí, cerré los ojos y procuré con toda mi alma volver a la caverna. A él. Pero no funcionó. No logré volver al sueño, aunque aún sentía a Cas. El calor seguía dentro de mí, se difuminaba despacio, lo mismo que las intensas palpitaciones. Me hormigueaban las manos… todo el cuerpo, en realidad. Como si las caricias hubiesen sido reales. Como si la sensación de él, caliente y duro contra mí y dentro de mí, hubiese sido real.

Pero no lo había sido.

Poco a poco, fui consciente del peso de Kieran a mi lado y de sus suaves ronquidos amortiguados. Estaba enroscado contra mi espalda, dormido en su forma de *wolven*. Gracias a los dioses que mi sueño no lo había despertado. Giré la cabeza y vi el anillo de Casteel sobre la mesilla, iluminado por la tenue luz de la luna. Empecé a estirar el brazo…

Me llegó un olor.

Uno que no tenía sentido.

Agarré mi pelo trenzado flojo y lo olí. El aroma era inconfundible.

Pino y especias exuberantes.

Y lilas dulces y fragantes.

La sorpresa me golpeó con fuerza. Me incorporé al instante, lo cual sobresaltó a Kieran. El *wolven* levantó la cabeza y se giró de pronto hacia mí.

Sus pensamientos rozaron los míos, silvestres y ricos. ¿Poppy?

No pude responderle. No cuando mi corazón tronaba en mi pecho. Bajé la vista hacia la sección de trenza que olía a lilas. ¿Cómo era posible? No había lilas por aquí. Y aunque las hubiera habido, eso no explicaría cómo podía oler a… Casteel. Y lo olía. No podía ser mi imaginación.

La preocupación emanó del *wolven* y sentí que la cama se movía de repente. Kieran cerró su mano alrededor de la mía. El contacto de su piel muy mortal contra la mía me sacó de golpe de mi ensimismamiento. Lo miré y vi un montón de piel desnuda.

—¿Poppy? ¿Qué pasa? —Buscó mis ojos con la mirada—. ¿Ha pasado algo? Háblame.

Tragué saliva.

—Yo…

—¿Has tenido una pesadilla?

—No —dije, y Kieran se relajó—. Ha sido un sueño. Sobre… sobre Casteel. No ha sido un sueño malo, pero también ha sido distinto de cualquiera que haya tenido jamás.

—¿Un sueño sexual?

—¿*Qué*? —Dejé caer la trenza.

—Has tenido un sueño sexual.

Miré su rostro en sombras, aturdida por un segundo.

—¿Qué te hace pensar eso siquiera?

—No creo que quieras que conteste a eso —dijo—. Te avergonzaría.

—¿Cómo…? —Entonces me di cuenta de a qué se refería. Los *wolven* y su maldito sentido del olfato. Levanté la barbilla porque me *negaba* a sentirme avergonzada—. ¿Por qué crees que nunca he tenido un sueño sexual hasta ahora?

Kieran levantó un hombro.

—Supongo que no tienes muchos sueños sexuales.

Parpadeé, perpleja.

—¿Por qué?

—¿O sea que *sí* era un sueño sexual?

—Oh, por todos los dioses. ¿Por qué estamos hablando siquiera de sueños sexuales cuando estás sentado a mi lado desnudo?

—¿Mi desnudez te molesta, *meyaah Liessa*?

No me molestaba.

Bueno, no exactamente.

A estas alturas, ya me estaba acostumbrando al bufé de piel desnuda que venía con estar en compañía de tantos *wolven*… y, al parecer, los *drakens* eran iguales. Pero ahora mismo, cuando todavía podía sentir a Casteel dentro de mí, la desnudez de Kieran parecía… *diferente*. No desagradable ni equivocada. Solo diferente, de un modo que no podía explicar. Pero me hizo pensar en lo que Kieran había visto cuando desperté después de mi Ascensión. Él había estado en esa habitación, preocupado por impedir que tomara demasiada sangre, sujetándome por la cintura mientras yo cabalgaba a Casteel…

Mi respiración y mi cuerpo se quedaron *atascados* y… santo cielo, de verdad que necesitaba dejar de pensar en general.

Un lado de la boca de Kieran se curvó hacia arriba en respuesta a mi no respuesta. Una sonrisa burlona que vi en la delicada danza de luz de luna que se abría paso a través de la ventana.

Entorné los ojos.

—Te estás burlando de mí.

Alargó un brazo en mi dirección y dio un tironcito suave de la manga de mi camisa; bueno, de *su* camisa, de la cual me había apropiado mientras la que solía usar yo para dormir todavía se estaba secando después de haberla lavado.

—Jamás haría eso.

Crucé los brazos.

—Hablo en serio. El sueño era demasiado real.

—Los sueños pueden parecerlo, a veces.

—Este ha sido diferente. Mira. —Agarré mi trenza y la empujé hacia él—. Huele mi pelo y dime cuál crees que es su aroma.

—No es algo que me hayan pedido hacer hasta ahora pero siempre hay una primera vez, ¿no? —Kieran agarró mi trenza, agachó la cabeza y olió. Percibí el cambio inmediato en él—. Huelo a… —Se echó atrás unos centímetros, todavía agarrado a mi trenza —. Huelo a *Cas*.

Se me escapó todo el aire de los pulmones.

—Y a lilas, ¿verdad? Soñé con la caverna de Spessa's End, y él estaba ahí.

—Huelo eso y… y algo… —Frunció el ceño.

—¿Mohoso? Yo también lo olí, antes de despertar. Todo parecía

real hasta el final, cuando empecé a tener frío y luego noté cosas de él. Parecía más delgado. Tenía incluso una pelusilla de varias semanas en las mejillas. Hubo un momento en el que él… oh, por los dioses. —Tragué saliva—. Creo que él también pensaba que era un sueño, pero entonces, de algún modo, se dio cuenta de que no lo era. Dijo que mis ojos estaban distintos. Que había más plata en ellos. ¿Logras distinguirlos ahora?

—Yo los veo normales. Bueno, la nueva normalidad. El aura de detrás de tus pupilas está ahí —repuso Kieran, al tiempo que dejaba la trenza sobre mi hombro.

—Cuando vio mis ojos, ahí fue cuando se dio cuenta de que… de que no era un sueño. —Negué con la cabeza—. Sé que no tiene sentido, pero supo que estaba a punto de terminar.

—¿Dijo algo?

—No. Solo que él… —*Te echo tanto de menos que duele*. El aire que inspiré se entrecortó. No podía decir eso en voz alta—. Dijo «corazones gemelos», pero no explicó por qué. Me dijo que lo buscara de nuevo y que me estaría esperando.

—Corazones gemelos —murmuró Kieran, la piel entre sus cejas se arrugó. Él siempre había sospechado que Casteel y yo lo éramos: esa rara unión entre corazones y almas que se rumoreaba que era más poderosa que cualquier linaje.

Al principio, no había creído a Kieran, pero en cuanto Casteel y yo habíamos dejado de fingir, también había dejado de dudar.

Kieran abrió los ojos como platos de repente.

—¡Santo cielo!

—¿Qué? —pregunté, sobresaltada.

—Una vez oí a mi padre decir algo de los corazones gemelos. Lo había olvidado por completo. —Kieran volvió a levantar mi trenza y respiró hondo. Cuando habló, su voz se había vuelto más ronca—. Dijo que los corazones gemelos podían caminar por los sueños del otro.

La sorpresa me recorrió de arriba abajo. No sabía qué pensar, pero ¿si fuese verdad? Por todos los dioses…

Sin embargo, ¿por qué habría sido esta noche la primera vez? ¿Sería porque había dormido lo bastante profundo y las pesadillas no me habían encontrado antes? ¿O había sido esta la primera vez que Casteel había sido capaz de encontrarme?

¿Y si era algo que pudiéramos hacer de nuevo? Desde luego que no desaprovecharía la oportunidad. Podría averiguar dónde lo tenían retenido… si acaso él lo sabía. Podría asegurarme de que estuviera bien, o tan bien como podía estarlo. Emplearía el tiempo para cualquier cosa menos…

Las palabras sensuales que había susurrado contra su boca llenaron mi mente e hicieron que vacilara en mi determinación. La forma en que le había hablado… cómo le había suplicado… Todo mi cuerpo se sonrojó.

—¿Qué estás…? —Kieran se puso tenso en el mismo momento en que una oleada de bultitos puso mi carne de gallina. Un intenso escalofrío bajó rodando por mi columna. La esencia primitiva cobró vida con un rugido y empezó a palpitar al tiempo que una repentina sensación oleosa se asentaba sobre mí, se filtraba en mi piel y me robaba la respiración.

La cabeza de Kieran voló hacia mí.

—¿Notas eso?

—Sí. Yo no… —Mi corazón dio un vuelco en mi pecho. Giré la mano izquierda a toda velocidad y me estremecí con un estallido de alivio. La espiral dorada todavía emitía su leve brillo en la palma de mi mano—. No es…

Un relámpago cruzó el cielo, tan brillante e intenso que iluminó el interior de la sala y trocó por un instante la noche en día. Vino seguido del retumbar de un trueno que sacudió mi pecho y mis oídos.

Kieran se levantó mientras yo sacaba las piernas de debajo de la manta y me ponía en pie. La camisa prestada se deslizó por mis muslos; agarré la bata del pie de la cama y me la puse.

El estruendo del trueno amainó para dar paso a los relinchos nerviosos procedentes de las cuadras cercanas. Fui hasta la ventana y descorrí las cortinas. Unas densas sombras discurrían por el cielo, bloqueaban la luz de la luna y sumían el dormitorio en una casi absoluta oscuridad.

—Qué raro —comentó Kieran cuando di media vuelta y fui hacia las cortinas que separaban el dormitorio del resto de la sala—. Todavía no hace tanto calor para una tormenta semejante.

Nos llegó un aullido del exterior, el rugido de un intenso vendaval. El viento se estrelló contra la fortaleza y levantó las

cortinas de las ventanas. Entró aire a raudales por las rendijas, tan gélido como en las horas más oscuras del invierno, y sopló por toda la habitación. Las ráfagas soltaron mechones de mi trenza y los revolvieron por mi cara. El fogonazo de otro relámpago cruzó el cielo en lo alto y el viento… olía a lilas podridas.

Así era como había olido Vessa.

La gruesa tela ondeó y, a través de la abertura, vi los mapas de Oak Ambler que nos habían traído al dormitorio hacía unas horas volar por el aire como pajarillos hechos de pergamino.

—Maldita sea —exclamé, y eché a correr justo cuando el correspondiente trueno estallaba en lo alto. Mis pies enfundados en calcetines resbalaron por el suelo de piedra mientras corría entre las sillas. Agarré un mapa y luego otro, mientras trozos de pergamino volaban de acá para allá.

Estampé los mapas sobre la mesita baja, agarré un pesado candelabro de hierro y lo planté encima de modo que mantuviera los mapas a salvo. El viento soplaba por toda la habitación, abrió las puertas de golpe, mientras fogonazos de luz seguían cortando a través del cielo, unos detrás de otros, todos ellos cargando el aire de electricidad. El *eather* de mi pecho y de mi sangre… empezó a *vibrar*.

Bajé la vista cuando la mesita comenzó a temblar debajo de mis manos. Enfrente de mí, la mesa utilizada para las cenas privadas se sacudía también, haciendo entrechocar y tintinear las jarras y las copas vacías sobre ella. Las sillas empezaron a deslizarse por el suelo y a volcarse detrás de mí mientras el retumbar de los truenos provenía de lo alto y de lo bajo.

El contorno de una figura llenó el umbral de la puerta justo cuando otro relámpago cruzaba el cielo e iluminaba los rasgos familiares de Naill.

—¿Estáis bien? —preguntó.

—¡Eso creo! —grité por encima del retumbar—. ¿Vosotros?

—Yo… —La mansión se estremeció entera y obligó a Naill a estirar los brazos para equilibrarse—. Lo estaré cuando la maldita tierra deje de temblar.

Miré por la ventana y capté un atisbo de una sombra alada más oscura que pasaba planeando. Un *draken* aterrizó fuera de la mansión, con un impacto casi imperceptible.

—No deberíamos estar aquí dentro —anunció Kieran, al tiempo que salía de la sección dividida por la cortina.

Me giré hacia él, trastabillando. En un fogonazo de luz, vi a Kieran abrochando los botones de la solapa de su pantalón.

—¿Crees que es más seguro en el exterior?

—El edificio podría desplomarse —dijo—. Y lo último que quiero es quedar enterrado bajo toneladas de piedra.

—No estoy segura de que eso suene peor que ser fulminado por un relámpago —mascullé.

Kieran no dijo nada, pero pasó junto a mí y me agarró de la mano. Continuó andando, detrás de Naill. Nos apresuramos por el pasillo que parecía inacabable y salimos a la tormenta justo para cruzarnos en el camino de un gran *draken*. Naill paró en seco mientras Reaver recogía las alas y las replegaba contra sus costados.

Giré en redondo para ver las hileras de pabellones que albergaban a la mayor parte de la división de Aylard ondear con violencia. El *draken* levantó su cabeza con forma de diamante hacia el cielo. Seguí la dirección de su mirada y se me paró el corazón cuando los fogonazos de luz revelaron más figuras aladas.

—¿Qué están haciendo ahí arriba? Los relámpagos los derribarán. —Arranqué mi mano de la de Kieran y me adentré en los impetuosos vientos para dirigirme hacia Reaver. El suelo cabeceó con violencia y me sorprendió ver toda una sección ondular bajo mis pies. Me tambaleé por el suelo inestable mientras el polvo y la tierra estallaban por los aires. Naill me agarró del brazo y mi *voluntad* se hinchó en mi interior, la necesidad de que bajaran de ahí.

Reaver estiró el cuello y emitió un sonido agudo y reverberante que resonó a nuestro alrededor. Emitió la llamada de nuevo y, gracias a los dioses, los otros *drakens* obedecieron su orden. Empezaron a descender; dos y después otro más aterrizaron en las inmediaciones de la fortaleza.

Un fogonazo de luz brillante brotó de pronto, pero venía de abajo, del *interior* de la mansión.

—¿Qué demonios? —exclamó Naill.

El estruendo que provocó el rayo de luz al golpear el cielo fue ensordecedor e impactante. El fogonazo dibujó un arco y luego *estalló* para dividirse en varios rayos chisporroteantes de luz blanca

y plateada que cruzaron el cielo entero y subieron hasta las nubes y los…

Los *drakens*.

Alguien gritó. No sabía si era yo o no, pero justo entonces el relámpago impactó contra los *drakens* en lo alto. El suelo cabeceó y me hizo caer contra Naill. Una luz cegadora envolvió a las formas que se contorsionaban y retorcían.

Un dolor agudo afloró en mi garganta. Estaba gritando, pero no era la única. El horror aumentó a medida que los *drakens* caían, las alas flácidas y los cuerpos zarandeados por el viento. Se estrellaron contra los pinos, los pabellones, uno detrás de otro y de otro y de *otro*…

Y entonces cesó.

Todo ello.

La tierra dejó de temblar. Los relámpagos desaparecieron y las nubes se deshilacharon y dispersaron. El viento se cortó. Todo ello simplemente… se detuvo, como si alguien hubiese chasqueado los dedos. No quedó ni una brisa.

No quedaron *drakens* en el cielo.

Reaver volvió a emitir su llamada, el sonido grave y lastimero. Oí una respuesta, vacilante y llena de angustia.

—No. No. No —susurré. Me desenredé de Naill y eché a andar, luego a correr, hacia el pabellón colapsado más cercano.

Un cuerpo desnudo yacía en el centro. No hubiese sabido que era un *draken* de no haber sido por las franjas de piel oscura y chamuscada alrededor de los tobillos, las rodillas y cualquier otra zona que fuese una articulación.

Aparté como pude los pliegues de lona y caí de rodillas al lado del macho moreno. Canalicé el palpitante *eather* de mi pecho mientras ponía mis manos sobre su brazo. No lo dudé ni un instante. No había tiempo para pensar en lo que estaba haciendo, cuando solo había visto aterrizar a tres y a los demás caer. El calor onduló por mis brazos, se extendió por mis dedos mientras los apretaba contra su bíceps. Sentí las leves pero distinguibles crestas con forma de escamas al tiempo que un resplandor plateado envolvía al *draken* en una telaraña venosa de luz y… y luego resbalaba por un lado y se esparcía sin ningún efecto por la lona del pabellón.

Mi corazón dio una sacudida cuando lo intenté otra vez. Eché mano de aún más esencia primitiva y la empujé todavía más fuerte hacia el *draken*.

Pasó lo mismo: la esencia rodó por encima de él sin efecto alguno.

Kieran apareció al otro lado, tocó el cuello del *draken*. Levantó la vista hacia mí.

—Se ha ido.

Contuve la respiración.

—Puedo traerlo de vuelta. Como hice con esa niña. Solo necesito intentarlo con más ahínco.

—No puedes. —La voz rasposa me provocó un escalofrío. Los ojos de Kieran se deslizaron detrás de mí hacia donde debía estar Reaver en su forma mortal—. Puedes curar, pero una vez que un alma parte de un ser de dos mundos, no puedes devolverle la vida.

Kieran se echó atrás y parpadeó deprisa antes de girar la cabeza hacia otro pabellón desplomado. Hacia donde soldados y *wolven* estaban congregados en múltiples grupos alrededor de…

Volvió a oírse esa llamada angustiada y vacilante.

—*No*. —Giré en redondo hacia Reaver y empecé a levantarme —. Puedo intentarlo con otro.

—No puedes. —Reaver se arrodilló a los pies del *draken* caído, con la cabeza gacha.

—¿Por qué no? —grité, y la ira y la incredulidad colisionaron en mi voz. Mi corazón martilleaba en mi pecho, con la respiración entrecortada.

—Solo el Primigenio de la Vida puede restaurar la vida a un ser de dos mundos. —La rotundidad de sus palabras fue como un puñetazo en la tripa—. Se han ido.

Se han ido.

Miré a Reaver mientras esas tres palabras daban vueltas una y otra vez. Solo habían aterrizado tres para reunirse con Reaver. Eso significaba…

Un escalofrío me sacudió entera. Había habido dieciséis en el aire. Dieciséis *drakens* que acababan de despertar después de solo los dioses sabían cuánto tiempo para no hacer más que morir.

Mis manos se abrían y cerraban mientras giraba en un círculo lento.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Esto no ha sido culpa tuya —protestó Kieran después de levantarse.

Pero yo los había despertado. Yo los había llevado ahí. Me habían seguido a mí.

Todo lo que tú y aquellos que te siguen encontraréis aquí es muerte.

Me puse de pie sobre piernas temblorosas, los ojos y la garganta escocidos mientras estudiaba las grietas en el suelo, algunas delgadas y otras lo bastante anchas como para hacer tropezar a alguien. Las fisuras se extendían por la tierra como una red frágil y continuaban por las paredes de la mansión. El tejado no tenía daños apreciables a la luz de la luna. Era como si ningún relámpago hubiese impactado contra él.

Despacio, me giré hacia donde estaban Naill y varios de los soldados. Miraban más allá de los pabellones caídos. Con la carne de gallina a causa de otro escalofrío, seguí la dirección de sus miradas. Al otro lado del campamento, los pinos ya no se estiraban hacia las estrellas. Los árboles y las pesadas ramas cargadas de pinocha estaban inclinados hacia delante y tocaban el suelo. Daba la impresión de que una enorme manaza se hubiese plantado sobre ellos y los hubiese forzado a inclinarse. Miré a Kieran.

—No sé qué ha podido causar esto. —Se pasó una mano por la cara—. Jamás había visto nada igual.

—Pero sí lo habíamos sentido —apuntó Naill, sus ojos ambarinos brillantes—. Después de que esos Arcanos bastardos trataran de matarte y Cas te llevase a esa cabaña. Es lo que ocurrió cuando despertaste —nos informó, y entonces recordé los árboles del exterior de aquella cabaña. Esos también se habían doblado hasta tocar el suelo—. El mismo tipo de tormenta tuvo lugar cuando tú Ascendiste hacia tu divinidad.

—Esto no ha sido una tormenta —dijo Reaver. Me giré hacia él —. Ha sido un… despertar.

—¿De qué? —pregunté.

Levantó la cabeza, y sus ojos… no estaban como antes. Todavía eran de un azul vibrante, pero las pupilas eran meras ranuras verticales.

—De la muerte.

Todo mi cuerpo dio una sacudida cuando las palabras de Vessa volvieron a mí. «*A ti*», había dicho. «Te espero a ti. Espero a la muerte».

Aturdida y medio tambaleante, me giré hacia la mansión y eché a andar. Aceleré el paso. La bata ondeaba a mi espalda mientras corría.

—¡Poppy! —gritó Kieran.

Volé a través de la puerta hacia el interior de la mansión, corrí hacia el Gran Salón, hacia la habitación dos puertas más allá.

—¿Qué estás haciendo? —me increpó Kieran cuando me alcanzó.

—Ella. —Mis pasos se ralentizaron al pasar por delante de la habitación oscura. Detrás de nosotros, sabía que nos seguían Naill y otros—. Vessa.

Llegué a la puerta y agarré el picaporte. Igual que con las cadenas de las puertas de Massene, fundí los pestillos. La manivela giró y la puerta se abrió de par en par. El potente hedor a lilas podridas se estrelló contra mí.

Me detuve en seco, respiré hondo.

Un humo negro con vetas rojizas anegaba la habitación, daba vueltas en torno a la figura de Vessa, envuelta en una larga túnica. Era el mismo tipo de humo sombrío que había emanado de la caja con incrustaciones de rubíes que había enviado Isbeth.

—¿Qué demonios? —Kieran estiró el brazo a toda velocidad para bloquearme el paso.

Los ojos lechosos de Vessa estaban muy abiertos mientras contemplaba la marca de una quemadura en el techo, los brazos abiertos a los lados. Estaba de pie en el centro de un círculo dibujado no con ceniza sino con sangre. Su propia sangre, que goteaba de sus muñecas laceradas. A través de la densa humareda, vi un pedazo de roca afilado cerca de sus pies desnudos.

Una sensación espesa y aceitosa se filtró a través de mi piel y el *eather* de mi pecho palpitó. En el pasillo, oí gruñidos graves de advertencia procedentes de los *wolven*.

—Tú —mascullé, y la esencia colisionó con mi creciente ira. La energía inundaba mis venas—. Tú has hecho esto.

La risa de Vessa se unió al ciclón de humo.

La periferia de mi visión se volvió de un tono blanco plateado,

aparté el brazo de Kieran a un lado y entré en la habitación.

—Cuidado —me advirtió Kieran, y cerró los puños en torno a la parte de atrás de mi camisón mientras el palpitante humo soplaba por delante de mí y retiraba el pelo de mi cara—. Esto es algo muy siniestro.

—Magia —murmuró Perry con voz rasposa detrás de nosotros—. Esto es magia primigenia.

—*Heraldo* —canturreó Vessa, y su cuerpo frágil se sacudió mientras el humo negro rojizo daba vueltas en espiral—. Ya te dijeron cuando entraste en esta fortaleza, reina de corona dorada, que todo lo que tú y aquellos que te siguen encontraréis aquí es muerte. —El humo negro y rojizo giró más deprisa, se fue extendiendo…—. No dominarás el fuego de los dioses. No ganarás ninguna guerra.

Mi respiración me abrasó los pulmones y la garganta a medida que me daba cuenta de lo ocurrido.

—Isbeth —bufé, y bajé la barbilla cuando la esencia se avivó en mis dedos desplegados. No sabía cómo había podido hacer esto, pero sabía por qué—. Has hecho esto por ella.

—Sirvo a la Verdadera Corona de los Mundos —aulló Vessa.

El suelo empezó a temblar a medida que el humo se canalizaba y subía en una columna hacia el techo. Ese olor… el olor a lilas podridas, se intensificó hasta casi asfixiarme. Pero no era Vessa la que estaba causando el temblor.

Era *yo*.

—Sirvo esperando…

—*Servías* —la interrumpí, mientras los bordes de mi bata ondulaban. Mi voluntad se formó en mi mente y levanté la mano. Un poder antiguo y puro brotó de mí, bajó en espiral por mi brazo. Luz estelar con el más leve toque de sombra salió disparada de la palma de mi mano para estrellarse contra el humo. El *eather* rodó por encima de la tormenta y cortó a través de ella para golpear a Vessa en pleno pecho. La mujer voló hacia atrás cuando el fogonazo de *eather* palpitó por toda la habitación, pero solo su túnica cayó al suelo—. Y la muerte ha venido a por ti.

Capítulo 9

Me dirigí a la sala de audiencias, la bata sustituida por unos pantalones ceñidos y mi abrigo de lana. Era lo más profundo de la noche, unas horas después de que a los dieciséis *drakens* los hubiesen izado sobre piras apresuradas para que Nithe, uno de los *drakens* restantes, pudiera quemar sus cuerpos. Me había quedado al lado de las piras hasta que no hubo nada más que ceniza. Parte de mí sentía como si aún estuviese ahí.

Al entrar en la sala fui hacia donde estaba Reaver, sentado aún en su forma mortal, desnudo excepto por la manta que había envuelto en torno a su cintura. Estaba sentado en el suelo, en un rincón.

—Vessa olía a muerte —dijo, antes de que yo tuviese ocasión de hablar.

—Bueno, eso es porque estaba muerta —repuso Kieran.

—No. No me has entendido bien. Olía a *la* Muerte —insistió Reaver—. Creí olerlo cuando llegamos aquí, a ratos, pero nunca fue un olor fuerte. No hasta esta noche.

Vi que sus pupilas habían vuelto a la normalidad mientras observaba cómo me sentaba en el suelo delante de él y mi gruesa trenza caía por encima de mi hombro. No solo estábamos nosotros

cuatro. Todos aquellos en quienes confiaba estaban aquí con nosotros, sentados o de pie, bebiendo o inmóviles, aún tensos por la conmoción. Me tragué el nudo de tristeza que se acumulaba en mi interior, una mezcla de culpabilidad y de arrepentimiento por no haber escuchado a Kieran.

—¿Qué significa eso?

—Esa era la esencia del Primigenio de la Muerte. Su hedor. Aceitoso. Oscuro. Asfixiante —explicó Reaver. Miré hacia donde estaba Kieran de pie, a pocos pasos de mí. Eso era justo lo que nosotros dos habíamos notado—. No tiene sentido.

—¿Te refieres a Rhain? —preguntó Vonetta desde donde estaba sentada en una de las sillas, las rodillas pegadas al pecho. Reaver parpadeó.

—¿Qué?

—Rhain —empezó a explicar Emil, las manos sobre el respaldo de la silla de Vonetta—. El dios del hombre común y…

—Ya sé quién es Rhain. Lo conocía antes de que se le conociese como al dios que adoráis vosotros hoy en día —repuso Reaver.

Desde la entrada de la sala, una expresión de sorpresa se dibujó en el rostro de Hisa, fiel reflejo de la mía.

—¿Quién era el dios de la muerte antes que él? —preguntó.

—No había dios de la muerte antes que él. Solo estaba el Primigenio de la Muerte.

Recordé lo que me había contado Nyktos.

—¿Sustituyó Rhain a uno de los Primigenios que Nyktos dijo que se habían vuelto retorcidos, oscuros y corruptos?

—En cierto modo. —La cabeza de Reaver se ladeó mientras miraba al techo. Cerró los ojos—. Había solo un verdadero Primigenio de la Muerte, y lo de antes… la tormenta y la mujer… parecían propias de él.

—Pero Nyktos es al mismo tiempo el Primigenio de la Vida y de la Muerte —objetó Kieran.

—Te equivocas.

—No me equivoco —insistió Kieran al tiempo que se arrodillaba.

—Sí lo haces. —Reaver bajó la barbilla y abrió los ojos—. Nyktos nunca fue el *verdadero* Primigenio de la Muerte. Hubo otro antes que él. Se llamaba Kolis.

—¿Kolis? —repitió Naill. Pasó junto a Emil—. Nunca había oído

ese nombre.

—Era de esperar.

—Lo borraron de la historia —murmuré, y giré la cabeza hacia los otros—. ¿Recordáis lo que os dije sobre lo que me había contado Nyktos? ¿Lo de los otros Primigenios y la guerra que estalló entre ellos y los dioses? —Miré a Reaver otra vez—. Por eso no sabríamos su nombre, ¿verdad?

Reaver asintió.

—No puedo ser la única persona aquí sentada que piensa que el nombre *Kolis* se parece muchísimo a Solis —comentó Vonetta.

No lo era. A mí tampoco se me había pasado por alto.

—¿Qué le pasó a ese Kolis? —inquirió Perry. El atlantiano llevaba callado todo el rato, de pie al lado de un sombrío Delano—. Y a los otros Primigenios.

—Algunos de los Primigenios pasaron a Arcadia, un lugar muy parecido al Valle pero en el que se puede entrar sin morir —explicó Reaver, y la confusión que percibí de los otros indicaba que Arcadia les sonaba tan poco como a mí.

—¿Algunos? —insistió Perry.

—Algunos —repitió Reaver—. Otros encontraron su final. Como si murieran. Dejaron de existir. Una fantasía de un pasado olvidado. Muertos. Ya no…

—Lo capto —interrumpí su diatriba—. Lo captamos todos.

—Me alegro de oírlo —replicó el *draken*—. Kolis está prácticamente muerto.

No dejé que su tono me irritara. Reaver acababa de perder a dieciséis *drakens*, algunos de los cuales habían sido sus amigos. Quizás incluso familiares. Sabía muy poco de Reaver, de cualquiera de los *drakens*. Y ahora, la mayoría ya no estaba. Un escalofrío bajó reptando por mi columna.

—Prácticamente muerto no es muerto, Reaver.

—Se encargaron de él. Sepultado hace mucho tiempo. De no haber sido así, ninguno de nosotros estaría aquí —insistió—. Y lo único que podría haberlo liberado es el Primigenio de la Vida. Eso no sucedería jamás. Eran… eran el tipo de enemigos que van más allá de la sangre y el hueso.

Mi corazón se asentó un poco. Lo último que necesitábamos cualquiera de nosotros era tener que lidiar con un Primigenio de la

Muerte despertado de alguna manera.

—Esperad. —Reaver frunció el ceño, pero su expresión se relajó cuando giró la cabeza hacia mí—. Por todos los demonios, debí darme cuenta antes. He de reconocer que no siempre presto atención. Habláis todos tanto y con tantos circunloquios… —Empecé a fruncir el ceño, pero justo entonces oí lo que parecía una risa atragantada procedente de Hisa—. Dijisteis algo de unas… creaciones que tiene vuestra enemiga. ¿Unas que pueden sobrevivir a cualquier herida o lesión? —preguntó Reaver.

—Sí. —Kieran apoyó una mano en el suelo.

—¿Vuelven a la vida?

Kieran ladeó la cabeza.

—¿Qué crees que significa *sobrevivir a cualquier herida*?

—No es lo mismo que volver a la vida —replicó Reaver.

—Sí, vuelven a la vida —intervine yo.

—¿Se llaman Retornados?

—Así es. —Miré por la sala a nuestro alrededor—. Estoy segura de que lo he comentado alguna vez cuando tú estabas presente. Más de una vez.

—Como he dicho, no siempre presto atención —admitió—. Deja que lo adivine. Son terceros hijos e hijas.

—Sí. —Emil alargó la palabra—. Eso sería correcto. ¿Sabes lo que son esas cosas?

—Los Retornados eran el proyecto maestro de Kolis. Su mayor logro —explicó Reaver—. Utilizó magia para crearlos. Una magia que solo funcionaba con ellos.

Vonetta se enderezó mientras yo pensaba en los libros de archivo.

—¿Por qué solo con ellos?

—Porque los terceros hijos e hijas pueden llevar brasas de *eather* en su interior.

—No lo entiendo —dijo Kieran—. Y no creo que sea el único que no lo entiende.

—Todas las cosas de todos los mundos descienden de un Primigenio. Bueno, excepto los *drakens*. Nosotros no procedemos de nada. Solo somos y siempre hemos ido —dijo Reaver, y yo no tenía ni idea de qué pensar sobre eso. Sobre nada de eso.

—Y los mortales descienden de un Primigenio y un *draken* —

terminé por él.

—De Eythos, el primer Primigenio de la Vida… también conocido como tu bisabuelo. —Señaló hacia mí y abrí mucho los ojos—. ¿Qué? ¿Creías que Nyktos había nacido de un huevo? Pues no fue así.

No había pensado justo *eso*. Era solo que no se me había ocurrido que hubiera otro antes que él.

—Fuera como fuere, Eythos tenía costumbre de crear cosas. Hay quien diría que era por curiosidad y un ansia de aprender, pero yo creo que era por aburrimiento. ¿Quién sabe? Lleva muerto mucho tiempo. En cualquier caso, mantenía una relación estrecha con Nektas, incluso antes de que nos dieran nuestras formas mortales. Un día, por la razón que fuere (aunque yo sigo apostando por el aburrimiento) decidieron crear una nueva especie. Eythos aportó su carne y Nektas proporcionó su fuego. El resultado fue el primer mortal. Como es obvio, acabaron creando más, y esos, junto con los engendrados por ellos, son, en su mayor parte, normales y corrientes. Pero lo que Eythos y Nektas hicieron significa que una brasa de esencia existe en todos los mortales. Está… latente en la mayoría de los casos.

Reaver se inclinó hacia delante.

—Excepto en los terceros hijos e hijas. Ahí, la brasa no siempre está latente. ¿Por qué? No lo sé. Quizá sea pura cuestión numérica que, después de cierta cantidad de nacimientos, la brasa sea más fuerte. ¿Quién sabe? Tampoco importa.

A Perry, sin embargo, parecía importarle un montón.

—Independientemente de ello, esos mortales a menudo tienen talentos únicos, de un modo muy parecido a tu don de sentir emociones. No sería algo tan fuerte como lo tuyo. De hecho, la mayoría de esas personas ni siquiera se dan cuenta de que son diferentes. No son inmortales. No necesitan alimentarse. Viven y mueren como mortales.

Mis deducciones sobre lo que había visto en los archivos eran correctas pues.

—Entonces los Ascendidos copiaron el Rito.

Reaver asintió y se sintió una oleada de sorpresa por toda la sala.

—Hubo un tiempo en que era una tradición honrosa que los

terceros hijos e hijas entraran en Iliseeum a servir a los dioses. Y puesto que la brasa era fuerte en ellos, podían Ascender si así lo elegían, con lo que se ganaban su inmortalidad.

—¿Tenían elección? —preguntó Naill.

—Eythos siempre daba elección —confirmó Reaver—. Kolis, sin embargo, tomaba a esos terceros hijos e hijas y los convertía en algo ni vivo ni muerto. Algo diferente por completo. Era su esencia; *su* magia, como diría tu amigo. —Asintió en dirección a Perry—. Yo era joven cuando todo aquello llegó a su punto crítico. Cuando se descubrió lo que había hecho Kolis y estalló la guerra, a mí me escondieron con otros jovenzuelos. Dieron buena cuenta de él, pero ahora… Ahora alguien ha aprendido a controlar su esencia.

—Isbeth —escupí, y la ira bombeó ardiente por mis venas—. Tanto el duque como Vessa conocían la profecía, y Vessa dijo que servía a la Verdadera Corona… a los Ascendidos. Isbeth debió de compartir esa información con ella, una información que solo podía haber obtenido de una persona.

—Malec —dedujo Kieran con un gruñido. Reaver cerró los ojos.

—Que compartiera semejantes secretos… es una traición de lo más grave. Pues le ha dado a esta Reina de Sangre el poder de matar a mis congéneres. —Los ángulos de su rostro se afilaron—. Igual que es muy probable que haya matado a Jade.

Me puse rígida.

—Puede que no haya muerto, Reaver. Mi madre… —Cerré los ojos y me corregí—. Coralena era la doncella personal que trató de traerme a Atlantia cuando era niña. Era una Retornada, pero Isbeth dijo que la había matado. Eso significa que Isbeth debía tener un *draken* entonces, debía tener acceso al fuego de los dioses. Eso no fue hace tanto tiempo.

—Sí, me gustaría creerlo, pero el fuego de los dioses no se refiere solo al fuego que respiramos. —Un músculo se abultó en su mandíbula—. El fuego es nuestra esencia, nuestra sangre. Ni siquiera un Retornado es inmune a eso. Todo lo que la Reina de Sangre necesitaría es una gota de sangre de *draken*, sin importar lo vieja que fuera, para matar a un Retornado.

Se me cayó el alma a los pies. Me eché atrás y Reaver me miró a los ojos.

—¿Ese tipo de magia, ese tipo de poder que ha aprendido a

dominar la Reina de Sangre? Acabas de ver de lo que es capaz. Solo puede emplearse para la muerte y la destrucción. —Las pupilas de Reaver se afinaron y se estiraron en vertical—. Es una enemiga mucho más poderosa de lo que nadie pensaba, creo.

Más tarde, estaba sentada en la cama, con el anillo de Casteel sujeto entre los dedos. Me daba vueltas la cabeza mientras repasaba todo lo dicho y lo ocurrido. Y eran muchas cosas. El sueño que tal vez no fuese un sueño. Vessa. La pérdida de todos esos *drakens*. La idea de que la Reina de Sangre había aprendido a usar la esencia de ese Primigenio, Kolis. La convicción de Reaver acerca de que Jadis ya no existía.

Miré en dirección a Kieran. Estaba sentado frente a mí, afilando una espada.

—Esta noche he perdido a diecisiete *drakens*.

—*Nosotros* hemos perdido a esos *drakens* —me corrigió con suavidad.

—Yo los desperté. Yo los invoqué. Y en cuestión de un mes han muerto. —Un nudo quemaba en el fondo de mi garganta—. Tú tenías razón.

—Sé lo que vas a decir —me interrumpió—. Lo que les ha pasado a los *drakens* no fue culpa tuya.

—Ahora eres tú el que estás siendo demasiado amable. —El nudo de tristeza se expandió—. Si te hubiese escuchado y me hubiese librado de ella, no habría estado aquí para hacer esto.

Kieran no dijo nada durante un buen rato.

—No había manera de que pudieras saber que era capaz de algo así —empezó. Sus manos se quedaron quietas cuando levantó la vista hacia mí—. Tu amabilidad es parte de quien eres. Es una de las cosas que te convertirá en una gran reina y una gran diosa. Solo tienes que aprender cuándo *no* ser amable.

Asentí y aspiré una temblorosa bocanada de aire mientras bajaba la vista hacia el anillo. Esta era una manera horrible de aprender esa lección. Los *drakens* habían pagado un precio terrible por que yo la aprendiera.

Cerré los ojos. Pasaron unos segundos.

—¿Oíste cuando Reaver dijo que mi contacto no funciona con seres de dos mundos?

Kieran levantó la vista una vez más.

—Sí.

—Eso podría significar que no puedo traer a un *wolven* de vuelta a la vida.

Dejó la espada y la piedra a un lado y se inclinó hacia delante.

—No pasa nada.

—¿Cómo no va a pasar nada?

—¿Cómo va a pasar algo? —contraatacó Kieran, su cara a apenas unos centímetros de la mía—. He vivido toda mi vida sin tener esta… esta segunda oportunidad. Alguien con manos extraespeciales.

—Pero yo quiero que esa segunda oportunidad sea una opción. Sé que no debería. Lo que ocurrió con esa niña fue un accidente. No sabía lo que estaba haciendo. Sé que no soy la Primigenia de la Vida y no tengo ese tipo de autoridad, pero… —Mis dedos se cerraron en torno al anillo de Casteel—. Si sucediera algo que…

—Entonces sucedió. —Kieran buscó mis ojos con los suyos—. Todos los que estamos aquí sabemos que nuestras vidas pueden terminar en cualquier minuto. Siempre hemos vivido sin contar con una segunda oportunidad y ninguno de nosotros esperamos que sea de ningún otro modo.

—Ya lo sé.

—Pues tú tampoco deberías.

Sabía que no debería pero ¿la idea de perderlo? A él. A Vonetta. A Delano. Se me quedaron las entrañas frías, más frías de lo que habían estado jamás. Y ese lugar en mi interior, el vacío, creció.

No sabía lo que haría si los perdiera.

Pero cuando Kieran se quedó callado y acabó por dormirse después de haber dejado la espada a un lado, pensé en la cosa que podría impedir que a Kieran le pasase algo. La cosa que vincularía la duración de su vida a la mía de modo que ni Casteel ni yo tuviésemos que despedirnos de él nunca.

La Unión.

Capítulo 10

De pie en el dormitorio, deslicé el dedo por el anillo. Ahora colgaba de una sencilla cadena de oro que me había dado Perry. Él la había utilizado para algún tipo de medallón que había cosido al interior de su armadura. El regalo había sido un detallazo y me permitía mantener el anillo de Casteel a salvo y cerca de mí.

Una energía nerviosa zumbó a través de mi cuerpo. Valyn y los generales llegarían pronto, y la parte más difícil de nuestro plan tendría lugar entonces: convencerlos de aceptarlo y seguirlo. Hasta el final.

Nerviosa y con sensación de que la lana de esa túnica más ceñida picaba, no estaba segura de si era mi ropa o solo ansiedad. Esta era la primera vez que me ponía la túnica bordada con elegante hilo de oro por los faldones, que me llegaban a la altura de las rodillas, y por las rajas a ambos lados. Era casi idéntica a la que llevaba Kieran. La suya era más corta, solo hasta medio muslo, pero también tenía volutas doradas bordadas por el cuello y en ambas mitades de la túnica.

Pensé en lo que le había pedido a Naill que creara para mí. Resultó que era bastante habilidoso con una aguja e hilo. *Eso* sí que sería incómodo de llevar puesto.

Pero tendría un propósito.

—Poppy —me llamó Kieran desde el otro lado de la sala. Giré la cabeza para ver que su hermana se había reunido con él.

—Han llegado. Unos doscientos mil —anunció Vonetta cuando miré a los dos hermanos—. Los ejércitos restantes están acampados en Spessa's End junto a las guardianas y a los *drakens* más jóvenes que se quedaron atrás, por si la Corona de Sangre vuelve sus miras hacia ahí. He hablado unos minutos con Valyn y le he contado lo que les pasó a los otros *drakens*.

—Gracias —murmuré, y volví a meter el anillo por el cuello de mi túnica para que descansara entre mis pechos. Hice ademán de dirigirme hacia la sala de audiencias que habían preparado para la llegada de los generales.

—Espera —Vonetta levantó la vista y la deslizó por la gruesa trenza que descansaba sobre mi hombro—. ¿Dónde está la corona?

Fruncí el ceño e hice un gesto hacia atrás.

—En el cofre.

—Deberías ponértela.

—No necesito ponerme una corona para que recuerden que soy la reina.

—Pero es un buen recordatorio —declaró Kieran—. Habrá generales ahí con los que nunca has interactuado. Para muchos de ellos esta será la primera vez que estén en tu presencia aparte del día de la coronación.

En otras palabras, podrían ser como Aylard. Desconfiados y distantes. Suspiré, más irritada que molesta por la idea de que muchos miembros de la parte alta del escalafón del ejército podrían mostrarse fríos y recelar de mí.

—Supongo que debería ir a buscar la corona entonces. —Di media vuelta, crucé la corta distancia hasta donde el cofre descansaba sobre la mesa, al lado de un cepillo de pelo que había visto días mucho mejores. El recipiente era sencillo, sin adornos ni grabados; de hecho, antes lo usaba Perry para guardar sus cigarros puros. La corona de rubíes y diamantes que antes pertenecía al rey Jalara la guardábamos en una caja que estaba en un rincón del dormitorio debajo de un par de botas embarradas. Un lugar muy adecuado para ella.

Abrí un pequeño cierre y percibí el rico aroma del tabaco que

aún perduraba en el interior, tenue pero extrañamente agradable. Abrí la tapa despacio. Las coronas doradas descansaban en el interior, una al lado de la otra, protegidas por un montoncito de tela. Los huesos retorcidos, antes de un blanco mate, como descoloridos, brillaban ahora incluso a la tenue luz. Eran idénticas. Una para una reina. La otra para un rey. No creía que debieran separarse nunca. Tal vez por eso no me había puesto nunca la corona desde la noche en que acabé con la vida del rey Jalara. No me parecía correcto llevarla mientras la de Casteel permanecía encerrada en este cofre y no puesta sobre su cabeza.

—¿Me permites? —Vonetta me tocó el brazo.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que no me había movido, que estaba paralizada, incapaz de tocarlas. Asentí.

Vonetta alargó las manos para tomar la corona de la izquierda. Retiró un mechón corto de mi pelo hacia atrás y se me comprimió el pecho al pensar en Tawny. ¿Cuántas veces había ayudado a fijar mi pelo para que no fuese visible bajo el velo? ¿Cientos? ¿Miles? Tragué saliva.

Por todos los dioses, no me podía permitir pensar en eso ahora mismo. Había muchísimas cosas que no me podía permitir pensar. De hacerlo, no estaría *bien* en absoluto. No sería fuerte. Y en estos momentos, necesitaba no temerle a nada.

Vonetta depositó la corona dorada sobre mi cabeza, y el peso fue más ligero de lo que esperaba. Los finos dientes dorados alineados por la parte inferior de la corona se hundieron en mi pelo y ayudaron a mantenerla en su sitio.

—Ya está —dijo con una sonrisa, pero noté el sabor amargo de la tristeza cuando la miré—. Perfecta.

Me aclaré la garganta para aliviar el escozor.

—Gracias.

Sus brillantes ojos se caldearon cuando cerró sus manos en torno a las mías y apretó.

—Estarán aquí en cualquier momento.

—No quiero que nadie sepa lo que envió Isbeth —les recordé.

—Lo sabemos —me aseguro Kieran. Por supuesto que lo sabían. Respiré hondo una vez más.

—Estoy lista.

La sonrisa de Vonetta fue menos triste esta vez, un poco más

fuerte cuando soltó mis manos. Me giré hacia el pequeño cofre. La imagen de la corona solitaria retorció algo en mi pecho mientras cerraba la tapa con cuidado. *Pronto*, me prometí al tiempo que deslizaba una mano por la madera. Pronto la corona reposaría sobre la cabeza de Casteel otra vez. Él estaría a mi lado una vez más.

No me detendría nada. Ni los generales atlantianos. Ni la Reina de Sangre. Y tampoco su magia robada.

Emil había llegado ya e inclinó la cabeza cuando entré en la sala de audiencias, mucho más diáfana. Me detuve y miré hacia donde Reaver esperaba en su forma de *draken*.

Ni siquiera yo tenía ni idea de cómo había entrado en la sala.

Crucé las manos sin apretarlas y la ansiedad nerviosa aumentó cuando oí acercarse el tintineo metálico de las armaduras. Reaver levantó la cabeza y sus cuernos curvos rozaron el techo mientras abría los ollares.

Valyn Da'Neer fue el primero en entrar, el yelmo remetido bajo el brazo izquierdo. Distraído por un momento por la presencia de Reaver, se apresuró a hincar una rodilla en tierra e inclinar la cabeza. Hisa hizo otro tanto, aunque ella había estado con nosotros desde un principio, y su gruesa trenza oscura se deslizó por encima de un hombro con armadura. Había otros detrás de ellos, pero cuando Valyn levantó la cabeza, fui incapaz de apartar la mirada de él, por mucho que quisiera hacerlo.

Por mucho que *doliera*.

No hubo preparación posible. Tenía el pelo más claro que su hijo, que compartía el pelo oscuro y la piel broncínea de su madre, pero el perfil de su mandíbula, la nariz recta y los pómulos altos eran inconfundibles.

Todo lo que vi al mirar a Valyn eran partes de Casteel, pero respiré hondo para superar el dolor y me forcé a mirar a los otros. Tres hombres y dos mujeres entraron con Aylard. Reconocí a lord Sven, el padre de Perry. La espesa barba era nueva y le daba a sus rasgos cálidos un aspecto más duro. Cuando se arrodillaron ante mí, vi que Naill y Delano se habían unido a nosotros. La habitual

sonrisa radiante estaba ausente del rostro de Naill, que no apartaba la mirada de los generales, lo mismo que el *wolven* de un blanco puro que acechaba por los laterales de la sala. Ni Naill ni Delano estaban siendo paranoicos. Los Arcanos seguían siendo una amenaza.

El leve roce del hombro de Kieran contra el mío me recordó instrucciones que Casteel había dado en el pasado.

—Podéis levantaros.

Valyn se puso en pie mientras yo abría mis sentidos y los estiraba hacia mi suegro. Choqué con lo que supuse que era un escudo mental de hierro y piedra tan fuerte como un Adarve. Ese antiguo zumbido de poder en mi pecho me decía que podía romper a través de él si quisiera, que podría romper esos escudos, pero no había ninguna razón para hacerlo.

No había ninguna razón para planteárselo siquiera.

Con los consejos que me había dado Kieran en el pasado muy presentes en mi mente, utilicé mis sentidos para mi propio beneficio. La curiosidad y algo cálido me rodearon cuando miré a una mujer de piel clara con el pelo rubio platino hasta la barbilla y ojos de un azul invernal. Noté el sabor salado de la determinación en la garganta.

Los generales tenían a una *wolven* en sus filas.

Contenta de saberlo, me dediqué a analizar a los otros. Me llegó una incertidumbre cítrica mezclada con la misma determinación de la generala *wolven*, cosa que era de esperar, pero también había… un trasfondo más intenso y cortante, como de inquietud, procedente de un hombre de pelo oscuro y una mujer de pelo castaño con brillantes ojos ambarinos. Su incertidumbre era muy parecida a la de Aylard, rayando incluso en la desconfianza. Y era algo profundo que se enredaba con la vibración de poder en lo más hondo de mi ser. Me dio la sensación de que sus recelos se extendían más allá de mí hasta la *wolven* que estaba a mi lado y los que habían entrado detrás de ellos. Hasta lo que ahora representábamos. La Corona. El poder.

Tendríamos que mantener un ojo puesto en ellos.

Desde su rincón, Reaver observó al antiguo rey acercarse a mí. Valyn agarró mis manos entre las suyas y les dio un apretón suave. No dijo nada, pero el gesto significó mucho para mí, a pesar de que

seguía furiosa con Eloana y no tener ni idea de si Valyn había sido consciente de quién era la Reina de Sangre.

—Oímos lo de los *drakens* —dijo Valyn. Se giró hacia donde estaba Reaver—. Nuestras más sinceras condolencias. —Reaver hizo un ligero gesto de aquiescencia—. Si la Corona de Sangre es responsable, haremos todo lo que esté en nuestra mano para que lo pague con creces —juró. Luego soltó mis manos y dio un paso atrás. Solo entonces bajó Reaver la cabeza.

—Espero que vuestro viaje discurriera sin incidentes —dije.

—Así fue, alteza —repuso Valyn.

Estuve a un pelo de decirle a Valyn que no había necesidad de que me llamase así, pero usar el título formal cuando estaba delante de otras personas o mientras se hablaba de asuntos que concernían a Atlantia era una señal de respeto.

—¿Os apetece beber algo? —ofrecí, e hice un gesto hacia la mesa—. Hay vino caliente con especias y agua.

Una sonrisa rápida asomó a la cara de Valyn y apareció un indicio de los profundos hoyuelos que compartía su hijo.

—Sería un placer. —Se giró hacia atrás—. Estoy seguro de que Sven también aceptaría una copa con gusto.

—Siempre —respondió el lord atlantiano. No estaba del todo segura de la edad del padre de Perry, pues la piel visible, de un lustroso tono marrón, mostraba pocos signos de envejecimiento. Parecía estar en su tercera o cuarta década de vida, pero eso también podía significar que tenía setecientos u ochocientos años. Me recordé que tendría que hablar con él más tarde acerca de sus conocimientos de magia antigua.

Emil se giró hacia la mesa.

—¿Quién quiere una copa?

Hubo gestos afirmativos de todos excepto de Aylard y la mujer atlantiana. Mientras Emil servía, Kieran inclinó la cabeza hacia mí.

—La *wolven* es Lizeth Damron. El general entre ella y Sven es Odell Cyr —continuó en voz baja, en referencia a un atlantiano de piel y pelo oscuros que me recordaba al precioso cuarzo ahumado que a la duquesa de Teerman le gustaba llevar en sus anillos—. El que está con Aylard es lord Murin, un cambiaformas.

Ese era uno de los hombres en los que había percibido desconfianza.

—¿Y la mujer que está junto a Murin? —pregunté, mientras Emil le entregaba a Valyn una copa de vino.

—Esa es Gayla La'Sere.

Giré la cabeza hacia él y mis ojos se cruzaron con los de Vonetta.

—La'Sere y Murin no confían en nosotros.

—Tomo nota —murmuró Vonetta, y fijó los ojos en ellos.

Di un paso al frente y me planté en la cara lo que esperaba que fuese una sonrisa de bienvenida, y no una falsa como me daba la impresión que era.

—Supongo que estaréis todos cansados del viaje, pero hay muchas cosas de las que debemos hablar. En especial, de nuestros planes con respecto a Oak Ambler.

—¿Nuestros planes? —inquirió Murin. Sus ojos eran de un color fascinante: cristal marino—. No sabía que ya se hubiesen hecho planes, alteza. Aunque, claro, tampoco sabíamos que habíais tomado Massene.

—Razón por la cual espero que nadie esté demasiado cansado por el viaje como para que podamos hablar de esos planes —repuse, y su irritación en respuesta cosquilleó contra mi piel. Lo miré a los ojos—. Esto te molesta, cosa que comprendo —le dije, y saboreé entonces su sorpresa fría. O bien había olvidado de lo que yo era capaz, o bien no había esperado que utilizara mi habilidad—. Pero no pudimos esperar a tomar Massene. Estaban transformando a mortales inocentes y mataron a tres de los *wolven*. No solo eso, la Corona de Sangre tiene a tu rey. No tenemos tiempo que perder.

—No, no lo tenemos. —Valyn bajó su copa al tiempo que Murin apretaba la mandíbula—. ¿Cuáles son esos planes?

—Sabemos que Oak Ambler es una ciudad portuaria vital para Solis. Se envían muchos productos hasta ahí que luego transportan a la mayoría de las ciudades del noroeste, pues es mucho más seguro moverse con cargamentos tan grandes por mar que arriesgarse a cruzar el Bosque de Sangre. —Mantuve las manos cruzadas para evitar que temblaran. Miré de reojo a Hisa y la comandante me dedicó un leve gesto afirmativo para darme ánimos —. También es la ciudad más grande del noroeste, al lado de Masadonia y de Tres Ríos.

—Lo es —confirmó Valyn—. Oak Ambler es una vía de sustento

para las regiones orientales de Solis.

—Queremos asegurarnos de que no puedan utilizar los puertos para sus ejércitos. Si tomamos Oak Ambler y la costa a lo largo de las Tierras Baldías, se verán obligados a seguir la ruta más lenta para defender cualquier otra de sus ciudades —empecé—. Reconozco que no sé demasiado de estrategia militar pero supongo que la Corona de Sangre intentará mover sus fuerzas desde Eastfall —proseguí, en referencia al barrio de Carsodonia en el que entrenaban los soldados y los guardias—. Y desde las Llanuras del Saz, donde tienen desplegado al grueso de sus ejércitos.

—Sin embargo, gracias a la Reina de Sangre sabemos que tienen a varios miles de caballeros reales —continuó Kieran—. *Vamprys* que no podrán viajar de día. Debido a eso, es muy probable que vayan a mantener a los caballeros en la capital y que las fuerzas que trasladen a través del valle de Niel consistan en mortales y suponemos que Retornados.

Lizeth irradiaba aprobación cuando Hisa tomó el relevo de la explicación.

—Aparte de Pensdurth y Masadonia, que tienen puertos, podremos controlar los suministros a las ciudades e impedir que sus flotas entren. Será mucho más difícil para ellos lanzar un ataque desde el mar que para nosotros defendernos en tierra.

—Es verdad —confirmó Cyr con un asentimiento.

—Habláis de controlar los suministros —intervino Gayla, varias arrugas entre las cejas—. ¿No cortaríamos también los suministros a esas ciudades?

Me giré hacia ella.

—Cortar suministros tales como comida y otras necesidades no nos ayuda en nada. No podemos matarlos de hambre. Los Ascendidos están seguros dentro del Adarve *con* su fuente de alimento. Todo lo que conseguiríamos sería hacer daño a los inocentes, y no creo que ningún atlantiano quiera eso.

—No lo queremos —confirmó Sven, al tiempo que los rasgos de Gayla se crispaban más.

—Pero ¿no crearíamos así una inestabilidad en las ciudades que podríamos aprovechar? —sugirió Aylard, y eso le consiguió la aprobación instantánea del cambiaformas, Murin—. ¿No forzaríamos a los mortales a velar por sí mismos y a volverse contra

los Ascendidos?

—¿A cuántos mortales conoces que lleven la mayor parte de sus vidas bajo el gobierno de los Ascendidos? —le pregunté. Aylard frunció el ceño.

—No creo que conozca a demasiados, pero no veo qué tiene eso que ver con querer que los mortales luchen por su libertad con la misma ferocidad que emplearemos nosotros para luchar por ellos.

—A lo mejor crees que los mortales no lucharán contra la Corona de Sangre. —Los ojos de Murin se deslizaron por mi cara y se demoraron un poco en el lado izquierdo. En las cicatrices. Solía molestarme cuando alguien las veía por primera vez, pero eso era antes. Había acabado por comprender que eran una muestra de fuerza y supervivencia, dos cosas mucho más importantes que una piel impoluta—. Supongo que tú lo sabrías, puesto que pasaste la mayor parte de tu vida como uno de ellos.

Un fogonazo de irritación ácida emanó de Vonetta mientras yo sopesaba con cuidado mi respuesta. Decidí que la sinceridad era el mejor enfoque, en lugar de decirle que cerrara la boca. Cosa que me hubiese gustado.

—Hubo un tiempo en el que no dudaba de lo que me decían los Ascendidos. No lo suficiente como para darme cuenta de las inconsistencias o para cuestionar de verdad a ninguno de ellos. Ni siquiera me percaté de que el velo que llevaba y las habitaciones en las que me tenían semirrecluida no eran más que una jaula —expliqué, consciente de que Valyn me observaba con atención, su copa olvidada en la mano—. Pero sí empecé a cuestionarme las cosas, incluso antes de conocer a vuestro rey. Eran todas esas cositas pequeñas que no cuadraban del todo. Era cómo trataban a su gente y cómo se trataban los unos a los otros. Era cómo vivían. Cuestionar esas pequeñas cosas empezó a desentrañar todo lo demás, y no solo fue abrumador sin también aterrador empezar a darme cuenta de que *todo* aquello en lo que creía era mentira. No es una excusa para no haber abierto los ojos a la verdad antes, ni por no haber sido lo bastante valiente o fuerte como para hacerlo. Es solo la realidad.

Delano pasó junto a Emil y se acercó a Vonetta mientras yo observaba a los generales.

—Y es la misma realidad para los millones que nacieron y

fueron criados bajo el yugo de los Ascendidos y que no tuvieron los privilegios que tuve yo. Generación tras generación, los enseñan no solo a temer el regreso de los atlantianos sino a creer que cualquier pérdida o muerte extraña de un ser querido en medio de la noche es culpa de ellos mismos o de sus vecinos. Que ellos hicieron que la cólera de un dios enfadado cayera sobre sus cabezas o sobre las de los que los rodean.

Gayla guardó silencio, aunque se movía incómoda mientras Cyr se apuraba el vino de un solo trago, claramente afectado.

—Para ellos, los Ascendidos son una extensión de los dioses. Y cuestionarlos, no digamos ya plantarles cara, es como enfrentarse a unos dioses que creen que responderán de las maneras más vengativas y rencorosas posibles. No solo eso, han visto lo que les ocurre a los sospechosos de ser Descendentes, o a los que solo cuestionan el Rito o un impuesto injusto. No hay juicios legítimos. No se requieren pruebas reales. Los castigos son rápidos y definitivos. Me pregunto cómo podemos esperar que luchen mientras están atrapados entre aquellos que tomarían, o ya han tomado, semejantes represalias contra ellos.

—No podemos. —Cyr se pasó una mano por la mandíbula al tiempo que entornaba sus ojos dorados.

—No hasta que sepan que tienen apoyo —añadió Kieran en voz baja—. No hasta que sepan que no están solos en esta lucha por su libertad. Si podemos convencerlos de que no somos el enemigo, que hemos venido a ayudarlos a deponer a la Corona de Sangre del poder y a detener el Rito, es de esperar que encuentren fuerzas para luchar.

—¿Y cómo podemos hacer eso cuando estamos a punto de tomar sus ciudades? —preguntó Murin.

Le sonreí, aunque sus ojos azules verdosos lucían duros como esquirlas de hielo.

—Una forma es no matarlos de hambre. —Los labios de Murin se apretaron en una delgada línea—. Otra forma es hacer todo lo posible por no hacerles daño durante el ataque —añadí—. Ni causarles pérdidas.

Una risa corta y seca escapó de labios de Aylard.

—No pretendo faltaros al respeto, alteza, pero vos misma habéis dicho que sabéis muy poco de estrategia militar. Sería de esperar al

ser tan… *joven* —continuó, y yo arqueé una ceja—. La gente sí sufrirá pérdidas. Tuvimos suerte con Massene, pero es muy probable que muera gente inocente cuando tomemos Oak Ambler. No solo es de esperar sino que es inevitable.

—¿Lo es? —pregunté.

—Sí —confirmó Aylard.

—Tal vez mi *juventud* me permita ser un poco más optimista. —Ladeé la cabeza un poco—. O quizá solo me permita pensar de otra manera. Sea como fuere, nadie en el Consejo de Ancianos quiere la guerra. Yo tampoco. Y tu rey tampoco. Queremos evitar eso, pero la guerra es inevitable. No se puede razonar con la Corona de Sangre, aunque con algunos Ascendidos *sí*. Sin embargo, eso no significa que tenga que haber grandes pérdidas materiales y de vidas. Que es lo que *sí* ocurrirá si hacemos la guerra como antes y arrasamos las ciudades destrozando a la gente mientras intentan huir para ponerse a salvo.

—Nadie quiere hacer eso —protestó Gayla—. Pero no he oído cómo planeáis evitar eso y tener éxito en la empresa. Nuestros métodos anteriores puede que hayan sido brutales, pero fueron eficaces.

—¿Crees que lo fueron? —contraataqué.

Un estallido frío de sorpresa emanó de muchos de ellos, pero Valyn arqueó las cejas.

—Dada nuestra situación actual, la respuesta sería que no. Nos retiramos. No ganamos. —Miró a los generales—. Y debemos tenerlo presente.

Reprimí una sonrisa más amplia, consciente de que no ayudaría a ganarme el favor de los generales.

—Para responder a tu pregunta, les hemos ofrecido al duque y a la duquesa del castillo de Redrock una oportunidad de evitar un ataque si aceptan nuestras exigencias.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Murin.

—¿Cuáles fueron vuestras exigencias?

—Eran bastante sencillas. Solo cinco —declaré—. Denunciar a la Corona de Sangre y todo lo que rodea al Rito. Debían aceptar no alimentarse más de personas que no se ofreciesen voluntarias y ordenar a todos los Ascendidos y guardias que respondieran ante ellos, tanto mortales como *vamprys*, que depusieran las armas. Por

último, debían aceptar renunciar a sus posiciones de autoridad sobre los mortales y cederlas al mando atlantiano. —Mando atlantiano *temporal*, pero opté por no comentar ese detalle. No creía que tuviésemos ningún derecho a gobernar sobre mortales, pero eso era algo que aún tenía que discutir con Casteel.

—¿Y cómo respondieron a las exigencias? —inquirió Murin.

Miré a Kieran, que sacó la misiva del bolsillo de la pechera de su túnica. Me la entregó. Desdoblé el pergamino, la respuesta de una sola frase bien visible.

No aceptamos nada.

—Por supuesto —comentó Murin en tono despectivo.

—Su respuesta fue decepcionante, pero no inesperada. —Bajé la vista hacia el trozo de papel al tiempo que conjuraba la esencia primitiva. Solo un ascua de luz brotó de las puntas de mis dedos y se extendió por encima del pergamino. En un abrir y cerrar de ojos, una nubecilla de ceniza cayó al suelo. Consciente de que estaba alardeando, levanté la vista hacia los generales. Muchos miraban la capa de cenizas con los ojos como platos—. ¿No fue así, Kieran?

—Así fue —confirmó—. Por eso unos cuantos de nosotros se quedaron atrás después de que Emil entregara la misiva. Se dedicaron a observar la situación y hablaron con mortales que eran propietarios de negocios y con aquellos que mostraban tendencias Descendentes. Hablaron con todos los mortales que pudieron para advertirlos de que, si los Ravarel no aceptaban nuestras exigencias, tomaríamos la ciudad mañana.

Otra oleada de incredulidad emanó a gritos de los generales mientras Aylard musitaba:

—Yo no acepté nada de eso, por cierto.

De verdad que no me gustaba nada ese hombre.

La expresión de Valyn era ahora de consternación.

—No estoy seguro de que eso haya sido demasiado sensato. —Miró a Hisa—. ¿Tú estuviste de acuerdo?

—Sí. —Hisa asintió—. Le da a la gente una oportunidad de salir de la ciudad antes de quedar atrapada entre ambas fuerzas.

—Pero… —Gayla alargó la palabra— ahora saben que vamos a entrar.

—Eso ya lo sabían desde hacía tiempo —repuse.

Sven se rascó la barba mientras se alejaba de los otros generales en dirección a la otra mesa, que tenía un mapa burdo de la ciudad.

—Los Regios se habrán estado preparando para una invasión desde el momento en que nuestra reina los dejó con un rey de menos.

—Excepto que ahora saben exactamente cuándo vamos a tomar su ciudad —razonó Murin.

—Es un riesgo —admití—. Uno que decidimos que merecía la pena correr.

—¿Ese mapa? —Lizeth siguió a Sven, aunque miró a Hisa e hizo un gesto hacia el dibujo—. ¿Es obra tuya?

—Así es —respondió la comandante con una breve sonrisa.

—Lo sabía —murmuró la generala *wolven*.

—Bueno, supongamos que vuestro plan funcionara. La gente huye de la ciudad y la deja más o menos despejada para nosotros. —Valyn se reunió con los otros delante del mapa—. ¿Dónde encontraríamos a los Ascendidos?

—Siempre que los Ascendidos estaban bajo algún tipo de amenaza en Masadonia o en la capital, se refugiaban en la Sede Real, donde estarían protegidos por el Adarve interior. —Fui hasta ellos, Delano a mi lado y flanqueada por Kieran y Vonetta—. Supongo que muchos, si no todos, estarán en el castillo de Redrock cuando tomemos la ciudad durante el día.

—Cuando más débiles serán. —Murin asintió, después de por fin decidirse a acercarse a la otra mesa.

—Todo Ascendido que ataque debe morir —continuó Hisa, pasando a otra parte del plan que era probable que no fuese a sentar demasiado bien—. A cualquiera que se rinda y no luche debemos capturarlo sin hacerle daño.

—Habrá que hablar con ellos y determinar si se puede confiar en que cumplan nuestras exigencias —expliqué—. No todos los Ascendidos son monstruos sedientos de sangre. Lo sé de buena tinta. Mi hermano no lo era.

Murin levantó la vista, con las cejas arqueadas.

—¿Y qué pasa con nuestro rey? ¿Aceptaría él todo esto? ¿Estaría de acuerdo?

Mis dedos se enroscaron hacia dentro y se me clavaron en las palmas de las manos.

—Si tienes que hacer esa pregunta, es que no conoces a tu rey en absoluto. —Le sostuve la mirada hasta que apartó la vista. Y me quedé muy quieta hasta estar segura de no hacer nada impulsivo y muy impropio de una reina.

Como apuñalarlo en plena cara.

La mandíbula de Murin se apretó.

—¿Hay alguna directriz inesperada más?

—Exacto. —Le sonreí y disfruté del toque de ira ácida que percibí procedente del lord—. Si es posible, no dañaremos casas ni edificios. La gente que huya necesitará un sitio al que volver. ¿Y el Adarve exterior? Debe permanecer intacto. Protege a la población de los Demonios. —La culpa ondulaba como serpientes por mis venas. ¿No estaba siendo una hipócrita al plantarme ahí y hablar de la importancia del Adarve cuando casi había derribado una sección entera de la misma estructura en un arrebato de ira? Solté el aire despacio—. Necesitarán esa protección cuando hayamos terminado aquí. Derribaremos las verjas. Eso será suficiente.

—Será mejor para nosotros no ingresar por el cuello de botella de una sola entrada —objetó Murin—. Diablos, sería mejor limitarnos a enviar a los *drakens* que quedan y dejar que ellos se encargasen del tema.

Los ojos de Reaver se entornaron. Era obvio que ese comentario no lo impresionaba lo más mínimo. A mí tampoco.

—Ganarnos la confianza de los mortales no será más fácil si destruimos su Adarve —dije, sorprendida de tener que explicarlo siquiera—. Sí, sería más fácil para nosotros, pero si lo hiciéramos, una gran porción de nuestro ejército tendría que quedarse atrás para proteger Oak Ambler de los Demonios o de cualquiera que decidiera aprovecharse de la debilidad del Adarve, en lugar de poder emplearlo para bloquear más avances occidentales.

Hubo murmullos de comprensión, pero una ira caliente y ácida rebosaba bajo la superficie de Aylard y llenó mi garganta.

—No creo que los mortales… su confianza o bienestar general, deban ser nuestra mayor preocupación ahora mismo —aventuró Aylard—. Necesitamos Oak Ambler. Necesitamos…

—*Necesitamos* paz cuando esto haya terminado. —Dejé que un poco de la energía vibrante saliera a la superficie mientras clavaba los ojos en Aylard. En el instante en que el destello plateado llenó la

periferia de mi vista, dio un paso atrás—. Puede que necesitemos muchas cosas, pero no somos conquistadores. No somos *saqueadores*. Emplearemos toda la potencia y la influencia que tenemos para destruir a la Corona de Sangre y liberar a vuestro rey. Pero una vez que esto termine, necesitamos vivir lado a lado en paz con la gente de Solis. Eso no sucederá jamás si demostramos que lo que los Ascendidos dicen sobre nosotros es verdad y los dejamos indefensos y con las casas reducidas a cenizas en el proceso.

Las pálidas mejillas de Aylard se sonrojaron.

—Con el debido respeto, alteza, me temo que recordáis demasiado bien lo que es ser mortal. Estáis mucho más preocupada por ellos que por garantizar el futuro y la seguridad de *vuestra propia* gente.

Los labios de Delano se retrajeron en un gruñido grave al tiempo que el *eather* en mi pecho zumbaba. Recibí la esencia con los brazos abiertos y dejé que el poder saliera a la superficie mientras daba un paso al frente. Cuando una luz plateada perfiló mi visión, unas exclamaciones ahogadas brotaron a mi alrededor, seguidas de dardos gélidos de sorpresa. En el fondo de mi mente, me di cuenta de que era la primera vez que la mayoría de los generales habían visto esto.

La primera vez que veían quién era yo en realidad.

Lo sabían, pero verlo era… bueno, supuse que era algo distinto por completo.

—Mostrar preocupación o empatía por los mortales no significa que no me preocupe por mi gente. Pensar en su futuro significa que estoy pensando en *nuestro* futuro, pues el de los dos pueblos estará entrelazado, lo queramos o no. Este *es* el único camino que nos conducirá al éxito, pues no pensamos volver a retirarnos detrás de las montañas Skotos. Esta guerra será la última.

La energía cargó el espacio dentro de la sala. Aylard se había puesto rígido, sus ojos dorados muy abiertos, mientras Lizeth hincaba despacio una rodilla en tierra. Puso una mano sobre su corazón, la otra plana sobre el suelo.

—*Meyaah Liessa* —susurró, y una sonrisa se desplegó despacio por su rostro.

Los demás siguieron su ejemplo y se arrodillaron ante mí. Los generales Hisa, mi suegro, Naill, Emil y los hermanos Contou. La

esencia primitiva se extendió por el espacio a mi alrededor. Las fuertes alas curtidas de Reaver se desplegaron y barrieron por encima de sus cabezas.

Miré a Aylard desde lo alto. A todos ellos.

—Nací con la carne y el fuego de un dios Primigenio en mis venas. No os equivoquéis conmigo. A cada día que pasa, me siento menos mortal de lo que me sentía el día anterior.

La verdad de mis palabras arraigó bien hondo en mis huesos. En esos espacios vacíos y huecos dentro de mí. Y cada vez que esos agujeros se extendían, me sentía… más fría y más distante, menos mortal. Y no tenía ni idea de si eso cambiaría o aumentaría. Si se debía a la ausencia de Casteel y todo lo que conllevaba o a otra cosa. Pero en ese momento, no me importaba lo más mínimo.

—No soy mortal. Tampoco soy atlantiana. Soy una diosa —les recordé—. Y no elegiré entre los mortales y los atlantianos cuando puedo elegir a ambos. —Reabsorbí el *eather* de vuelta a mi interior, y no fue fácil. Daba la impresión de tener ideas propias y querer atacar. Demostrarles a todos hasta qué punto no era mortal.

Aunque una parte de eso era mentira.

La esencia del Primigenio no era incontrolable. Era una extensión de mí. Lo que la esencia quería era un deseo mío. Era lo que quería *yo*.

Un poco inquieta por eso, sofoqué el poder y cerré mis sentidos. El resplandor plateado se difuminó y el aire se asentó. Reaver volvió a replegar las alas y a pegarlas a sus costados.

—Supongo que eso es lo que haría un dios, ¿no creéis? Elegiría a todos.

Lizeth asintió despacio.

—Eso creo, sí.

—Bien. —Deslicé una mano por mi túnica y palpé el caballito de juguete en su bolsa colgada de mi cadera mientras me concentraba en el calor del anillo entre mis pechos—. Quiero vuestro apoyo porque lo que hagamos en Oak Ambler sentará las bases para lo que está por venir. La manera en que tratemos a los mortales y a los Ascendidos que acepten nuestras exigencias es algo de lo que se hablará en otras ciudades. Y se *sabrá*. Eso nos ayudará, mucho tiempo después de que la guerra termine. Demostrará que nuestras intenciones son buenas en el caso de que…

Miré a los ahí reunidos y me di cuenta de que debía hacer como me había enseñado Cas.

—Podéis levantaros.

—¿En el caso de qué? —pregunto Valyn en voz baja, el primero en ponerse en pie. Lo miré a los ojos y la presión se instaló sobre mis hombros.

—En el caso de que nuestras intenciones deban cambiar.

Los ojos de Gayla volaron hacia mí y vi en ellos una especie de comprensión. Como si la mujer supiera que yo reconocía que este era el mejor de los escenarios posibles.

Que sabía que todo esto podía irse al diablo y podía haber incontables pérdidas de vidas en ambos bandos. Pero con la ayuda de todos ellos, haría todo lo posible por evitar que eso pasara.

La tensión se alivió despacio en la sala mientras discutíamos cómo planeábamos tomar Oak Ambler y luego cómo creíamos que la Corona de Sangre había descubierto una manera de controlar la energía primigenia. Sin embargo, cuando Valyn se volvió hacia mí, supe que el respiro no duraría demasiado.

—¿Qué pasará después de que tomemos Oak Ambler?

—Bueno, ya podemos ir arrodillándonos de nuevo —comentó Emil con un suspiro—. Porque esto tampoco os va a gustar, y entonces ella se va a poner toda diosa ante nosotros otra vez.

Vonetta le lanzó una mirada de ojos entornados.

—Me gustaría que lo siguiente constase en actas —empezó Hisa, y le lancé una mirada idéntica a la que Emil había recibido de Vonetta. Impertérrita, Hisa levantó la barbilla—. Esta es una parte del plan con la que yo no estoy de acuerdo.

—Tendremos que enfrentarnos a la Corona de Sangre en muchos frentes distintos —dije—. Atlantia tendrá que conservar el control de Oak Ambler mientras un contingente significativo viaja hacia el oeste y va ocupando las ciudades entre aquí y Carsodonia.

—Suena bien. —Valyn no me había quitado los ojos de encima —. Pero ¿cuáles son *tus* planes?

Había habido algo de incertidumbre sobre si debíamos compartir lo que yo planeaba hacer, sobre todo cuando no podíamos estar seguros de que no hubiera un traidor en nuestras filas. No obstante, según Kieran e Hisa, para que aceptaran a Vonetta como Regente de la Corona, yo debía anunciar su

designación de manera oficial. Un anuncio que inevitablemente provocaría muchas preguntas.

Había que compartir la información.

—Una vez que nos apoderemos de Oak Ambler, partiré hacia Carsodonia con un pequeño grupo. Pero no voy a por la Reina de Sangre ni a tomar la capital. Voy en busca de nuestro rey, al que voy a traer de vuelta conmigo.

Aylard se puso tieso.

—Esto no lo sabía.

—Eso no le sorprende a nadie lo más mínimo —espetó Murin.

—No puedo estar de acuerdo con ello —declaró Valyn—. Eres la reina, pero…

—No os quedaréis sin liderazgo. Vonetta asumirá el papel de Regente de la Corona y actuará en mi nombre —anuncié, para gran sorpresa e incluso disgusto de algunos de los generales—. Su palabra será obedecida igual que si fuese la mía.

—Me importa una mierda el liderazgo ahora mismo. Eres *tú* la que me preocupas —dijo Valyn, y mi cabeza voló hacia él—. Eres la reina, pero también eres mi nuera.

Me invadió tal sensación de sorpresa que me quedé sin palabras por unos instantes.

—Y es *tu hijo* el que está cautivo en Carsodonia.

—No lo he olvidado. —Valyn se acercó a mí—. Lo tengo presente en todo momento, porque son mis *dos* hijos los que están ahí.

Se me encogió el corazón.

—Entonces tú, más que nadie, no deberías querer detenerme. Cuanto más tiempo lo tenga la reina y más ciudades tomemos, más peligro correrá. —*Más peligro del que yo le he hecho correr ya*—. No puedo arriesgarme a eso.

—Yo, más que nadie, comprendo por qué sientes la necesidad de hacer esto. Solo los dioses saben las ganas que tengo de recuperar a mis hijos. Los quiero a los dos sanos y salvos. Pero ni un solo miembro de mi familia ha entrado jamás en Carsodonia y ha regresado tal y como era antes de partir… si es que han regresado siquiera. —Valyn me miró a los ojos—. No dejaré que eso te suceda también a ti.

Mi familia.

Valyn me consideraba parte de su familia. Se me comprimió la garganta cuando una miríada de emociones amenazó con rebosar de mi interior. La reprimí justo a tiempo. Tenía que hacerlo.

—No estará sola —dijo Kieran en voz baja—. Ni yo, ni ninguno de nosotros, dejaremos que le pase nada. Ella tampoco.

Los ojos ambarinos de Valyn refulgieron al mirar a Kieran.

—¿No solo apoyas este plan sino que encima piensas ir con ella? Como consejero, hubiese esperado otra cosa de ti.

—Mi apoyo a este plan tiene poco que ver con ser el Consejero de la Corona —rebatió Kieran—. A diferencia de la otra vez que capturaron a Cas, no pienso quedarme de brazos cruzados. Y no trataré de detenerla, solo para fracasar y que se vaya sola. Esas dos cosas no van a suceder de ninguna de las maneras. Y tal vez eso me convierta en una mala elección como consejero. No lo sé. Y no me importa.

Parpadeé para eliminar el ardor de mis ojos y me aclaré la garganta.

—Sé que es un gran riesgo, pero estoy dispuesta a correrlo. No puedo esperar a cruzar Solis. —Apreté una mano contra mi pecho, palpé el anillo debajo de mi túnica—. Él no puede esperar.

Valyn negó con la cabeza despacio mientras los otros contemplaban la escena callados.

—Penellaphe —dijo con suavidad—. Sé que quieres mucho a mi hijo. Que harías cualquier cosa por él. Y sé que eres poderosa, más que el conjunto de nuestros ejércitos, pero este es un riesgo demasiado grande. Uno que mi hijo no querría que corrieras.

—Tienes razón. Casteel jamás querría que corriera este riesgo, ni siquiera por él. Aunque él haría lo mismo por mí si fuese yo a la que hubiesen capturado. Pero tampoco intentaría detenerme.

Los ojos de Valyn se cerraron con fuerza durante un breve momento.

—Entonces, iré con vosotros.

—Desde luego que no —dije al instante, al tiempo que se me paraba el corazón. Sus ojos se abrieron de golpe—. Sabes muy bien lo que hará la Reina de Sangre si te tiene a su alcance. Eloana sabe muy bien lo que hará.

Se hizo el silencio a nuestro alrededor mientras Valyn me miraba. Sabía que yo tenía razón. Isbeth no solo los culpaba a

ambos por la muerte de su hijo y la sepultura de Malec, sino que haría cualquier cosa solo por hacer daño a Eloana. No estaba dispuesta a que la sangre de Valyn manchara mis manos.

—Como tu reina, te lo prohíbo —declaré. Valyn giró la cabeza y un músculo se crispó debajo de su sien ante la orden clara, ante mi decisión de imponer mi rango—. Mañana a mediodía, tomaremos Oak Ambler y después partiré hacia Carsodonia mientras los ejércitos atlantianos continúan adelante como lo teníamos planeado —le dije. Les dije a todos—. No voy a cambiar de opinión.

Capítulo 11

Casteel

Una vez más.

Estaba agotado, hecho polvo, pero aun así apoyé una mano en la pared y estampé un pie con toda la fuerza que pude.

Unos huesos crujieron y se hundieron.

«Gracias, joder», mascullé, resollando.

El Demonio que había encontrado el camino hasta mi celda esta vez no había sido más que piel y huesos. Huesos quebradizos.

Me deslicé hasta el suelo. O mis piernas cedieron. Una o la otra. Mareado, metí la mano entre la carne desgarrada y tiré del hueso de la espinilla. Un extremo era más irregular que el otro. Perfecto. Podría afilarlo aún más contra los bordes de las cadenas, donde estaban los espolones endurecidos.

El arma no serviría de gran cosa contra un Retornado, ni contra Isbeth. Un dios falso era un dios en todos los sentidos, pero podía hacer algo de daño. Daño sangriento.

Aparté los restos de una patada, seguro de que la doncella personal que por fin viniera a retirarlos no miraría al Demonio con demasiada atención.

Me apoyé en la pared y me tomé un respiro. Solo unos minutos.

Necesitaba permanecer despierto, aunque no había nada que deseara más que dormir. Que soñar con Poppy.

Aunque aquello no había sido un sueño. Al menos, no uno normal. Debí haber sabido que era algo diferente. Poppy había parecido demasiado real. La había *notado* demasiado real. Demasiado suave y caliente. No se me había ocurrido que estuviéramos caminando en sueños hasta que vi sus ojos.

Hasta que vi lo distintos que eran.

Para entonces, habíamos empezado a alejarnos el uno del otro y yo había desperdiciado la oportunidad de decirle…

¿Qué le podría haber dicho? ¿Dónde era probable que me tuvieran encerrado? Que era en algún lugar… *subterráneo*. No era una información muy útil, pero podría haberle dicho lo que era Isbeth. Puede que alguien supiera si un demis tenía las mismas debilidades que un dios o una diosa. Podría haber…

Un espasmo me recorrió de arriba abajo y tensó mis músculos de manera dolorosa.

Necesitaba alimentarme.

El punzante dolor del hambre me roía por dentro y, con solo el sonido del agua que goteaba por ahí cerca, mis ojos se cerraron poco a poco. Debí quedarme dormido. O desmayarme. Cualquiera de las dos cosas era posible, pero el sonido de unas pisadas me sacó de la nada. Abrí los ojos de golpe, aunque tardaron mucho más de lo habitual en ajustarse a la penumbra de mi entorno mientras escondía el hueso de Demonio detrás de mí. Las pisadas no pertenecían a los pies arrastrados de un Demonio, ni eran descaradamente ruidosas como habían sido las de aquella doncella personal. Era una especie de *pasear* rítmico y perezoso que cesó cuando enfoqué los ojos en el vacío de la entrada. Al principio, no vi nada más que sombras, pero cuanto más miraba, más me daba cuenta de que las sombras eran demasiado densas. Demasiado sólidas.

Se me puso la carne de gallina al percatarme de que había alguien ahí, y empecé a distinguir la figura en la oscuridad. Alta pero por lo demás informe. La sombra se deslizó hacia delante y se adentró en el débil resplandor de la luz de la vela. Una sombra *encapuchada*.

No aparté la mirada en ningún momento, el corazón acelerado

ya. La capa era negra y larga, más como una mortaja, y la capucha estaba situada de tal modo que el rostro no era nada más que oscuridad. Muy parecida a la que yo había llevado en Solis cuando no quería que me vieran. La que me había dado el apodo de El Señor Oscuro.

No era una doncella personal la que estaba delante de mí. Y la figura encapuchada era demasiado alta para ser Callum.

No se movió.

Yo tampoco, aunque el ácido bullía en mis entrañas.

La enigmática figura levantó las manos hacia la capucha y la retiró.

Hasta el último rincón de mi ser se puso en tensión.

Había visto la vida escapar de los ojos de hombres. Había estado de pie entre entrañas y restos humanos de mi propia creación, las manos y la cara empapadas de sangre mientras contemplaba algo que era ya irreconocible. Había visto todo tipo de espantos que atormentarían a la mayoría, pero jamás había sentido la necesidad de apartar la mirada. No hasta la noche en que Poppy había descubierto quién era yo en realidad. El horror y la traición que se fueron haciendo patentes en esos preciosos ojos verdes y ver cómo su frágil confianza se hacía añicos me habían puesto enfermo.

Y así era como me sentía ahora. Enfermo. Tenía ganas de apartar la mirada. Pero igual que aquella noche con Poppy, me forcé a ver lo que tenía delante. Otra cosa que se había vuelto irreconocible.

Mi hermano.

Lo que sentí no se parecía en nada a lo que experimenté aquella noche con Poppy, cuando me ahogaba en la vergüenza. Sentí un breve fogonazo de alivio al constatar que estaba vivo, pero se apagó de inmediato. Después solo quedó ira, una ira que eliminaba toda oportunidad de que arraigara la negación.

—Hijo de puta —gruñí.

Malik sonrió. No era una sonrisa que conociera. No era real.

—Sí…

Sus brazos cayeron a los lados y pasaron unos segundos largos. Nos limitamos a mirarnos. No sabía qué diablos veía él. Tampoco me importaba.

—Tienes buen aspecto para alguien a quien han tenido *cautivo*

durante un siglo entero —escupí.

Era verdad que Malik tenía buen aspecto. Llevaba el pelo castaño claro hasta los hombros, un poco más largo de lo que se lo recordaba, pero estaba limpio. Incluso brillaba a la luz de la vela, joder. No había ninguna palidez cadavérica en su piel broncínea. Ningún brillo apagado en sus ojos ambarinos. El corte de su capa era elegante, la tela negra y claramente hecha a medida para abarcar sus anchos hombros. Ahora que lo veía más de cerca, vi que estaba más delgado, pero aunque Malik era unos cuantos centímetros más alto que yo, yo siempre había sido el más ancho de los dos.

—No puedo decir lo mismo de ti —repuso.

—Supongo que no.

Se quedó callado otra vez. Se limitó a quedarse ahí de pie, su expresión indescifrable. La capacidad de Poppy para leer emociones me hubiese venido muy bien ahora. A menos que Malik hubiese levantado escudos mentales. ¿Se le habría ocurrido hacerlo cuando nos encontramos en Oak Ambler? No había habido tiempo para saber si Poppy había conseguido detectar algo en él. Para saber si estaba tan vacío por dentro como parecía estarlo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —preguntó Malik al cabo de un rato.

Una risa seca y medio desquiciada sacudió mis hombros.

—Hay muchas cosas que querría decir.

—Entonces, dilas. —Malik vino hasta mí. Apartó los lados de su capa y se arrodilló. Vi que las cañas de sus botas de cuero estaban extraordinariamente limpias. Antes jamás las llevaba limpias del todo, siempre salpicadas de barro o cubiertas de trocitos de paja que arrastraba sin remedio desde las cuadras y por todo el palacio. Miró mi mano vendada—. No te lo voy a impedir.

Enrosqué el labio en una mueca de desagrado.

—No me he *ganado* tu visita. Así que ¿qué has hecho *tú* para ganarte esto, *hermano*?

—No he hecho nada, *Cas*.

—Y una mierda.

Levantó la vista de mi mano. Esa parodia de sonrisa regresó a su cara, incluso con un indicio de hoyuelo en su mejilla izquierda.

—En teoría no debería estar aquí.

Hubo un momento, uno breve, en el que la esperanza cobró forma. Justo como había dicho esa doncella personal, Malik nunca estaba donde se suponía que debía estar. Mientras crecíamos, siempre teníamos que ir a buscarlo para nuestras clases, algo que se había convertido en una especie de juego para Kieran y para mí. Hacíamos apuestas sobre quién encontraría a Malik primero. A la hora de la cena, siempre llegaba tarde, por lo general porque había estado jodiendo con la comida o la bebida… o simplemente *jodiendo*. En más de un ocasión, había oído a nuestra madre decirle a Kirha que le daba la sensación de que sería abuela mientras aún fuese reina. Había estado equivocada, para sorpresa de todos. Incluso a mí me sorprendió.

Pero la esperanza se esfumó. La incapacidad de Malik para estar donde debería estar no era señal de que mi hermano, el que conocía y quería, siguiera dentro de este caparazón de hombre. Era prueba de algo diferente por completo.

—¿Tú y esa zorra tenéis tan buena relación ahora? —La banda de mi cuello se apretó. Forcé a mi cuerpo a relajarse contra la pared —. ¿Tan buena como para no preocuparte por que te castigue?

El hoyuelo desapareció de su mejilla.

—Las cosas que me preocupan o me dejan de preocupar no cambian el hecho de que aún somos hermanos.

—Lo cambian todo.

Malik se quedó callado otra vez, bajó la vista. Se produjo otro largo silencio entre nosotros y, por todos los dioses, parecía mi hermano. Sonaba como él. Me había pasado décadas con el temor de no volver a verlo. Y ahora aquí estaba… y al mismo tiempo no estaba.

—¿Qué te ha hecho? —le pregunté. La piel de alrededor de su boca se tensó.

—Déjame ver tu mano.

—Vete al diablo.

—Estás empezando a herir mis sentimientos.

—¿Qué parte de *vete al diablo* te da la impresión de que tus sentimientos me importen lo más mínimo?

Malik se rio y el sonido fue familiar.

—Vaya, sí que has cambiado. —Agarró mi muñeca izquierda y empecé a tirar en dirección contraria, por inútil que fuese intentarlo

en mi actual estado. Malik entornó los ojos—. No seas niñato.

—Hace mucho tiempo que no lo soy.

—Lo dudo —murmuró, al tiempo que empezaba a retirar la venda de mi mano. Noté sus dedos calientes y con callos. Me pregunté si aún usaría una espada y si Isbeth lo permitiría. Destapó la herida y dejó que la venda resbalara hasta el suelo—. *Joder*.

—Atractiva, ¿eh? —Mi risa fue fría, aun mientras pensaba en todas las veces que Malik había inspeccionado rasguños menores cuando éramos niños. Cuando *sí* era un niñato—. ¿Es esta la *verdad* a la que Isbeth te abrió los ojos?

Su mirada voló hacia mí, sus ojos más brillantes que antes.

—No sabes de lo que estás hablando.

Me eché hacia delante, haciendo caso omiso de la banda cuando empezó a apretar. Mi cara estaba de repente justo delante de la suya.

—¿Qué hizo para doblegarte?

—¿Qué te hace creer que me ha doblegado?

—Que no seas del todo tú mismo. Si lo fueras, no estarías del lado del monstruo del que viniste a liberarme. El mismo pedazo de mierda que…

—Sé muy bien todo lo que hizo. —No apartó los ojos de los míos —. Deja que te haga una pregunta, Cas. ¿Cómo te sentiste cuando te diste cuenta de que nuestra madre, y es probable que también nuestro padre, nos mintió acerca de quién era la reina Ileana?

La ira palpitó ardiente en mi interior.

—¿Tú qué crees?

—Furioso. Decepcionado —dijo después de un momento—. Cabreado a más no poder. Así fue como me sentí yo.

Sí, eso más o menos lo resumía.

—¿Es por eso por lo que estás con Isbeth? ¿Por lo que has traicionado a todo el mundo y a tu reino? —pregunté—. ¿Porque mamá y papá nos mintieron?

Sus labios se retorcieron en una sonrisa tensa.

—Por qué estoy aquí no tiene nada que ver con nuestros padres. Aunque, si hubiesen sido sinceros, es muy probable que ninguno de los dos estaríamos aquí.

Saber quién era la Reina de Sangre podría haberlo cambiado todo.

—Sí.

—Sin embargo, nada de eso cambia que tu herida está infectada.

—Me importa una mierda la herida.

—Pues debería importarte. —Un músculo se apretó en su mandíbula, en el mismo sitio que se abultaba el de nuestro padre, justo debajo de la sien—. Esto debería estar curado ya.

—No jodas —escupí, justo cuando la banda se clavaba en mi garganta.

—Tienes que alimentarte.

—¿Me arriesgo a ser repetitivo y a decir *no jodas*?

Apareció una ligera curva ascendente en sus labios.

—¿Vas a arriesgarte a seguir estrangulándote?

—Vete a la mierda. —Me eché hacia atrás y aspiré bocanadas de aire superficiales a medida que la banda se soltaba.

—Dices más palabrotas de las que solías —comentó y volvió a bajar la vista hacia mi mano.

—¿Acaso ofende a tu recién encontrada sensibilidad?

Malik se echó a reír.

—Ya no hay nada que pueda ofender mi sensibilidad.

—Sí, eso me lo creo.

Malik arqueó una ceja.

—Si te doy sangre, descubrirán que he estado aquí.

—O sea que ¿sí te preocupa ser castigado?

Esos ojos fríos se levantaron hacia mi rostro.

—No sería yo el castigado.

La repugnancia me revolvió el estómago.

—¿Se supone que eso significa que te importa lo que me haga la reina? ¿Aun cuando sigues a su lado?

—Puedes creer lo que quieras. —Metió una mano entre los pliegues de su capa y tiró de una correa. Sacó una estrecha bolsita de cuero, del tipo que a menudo llevan los curanderos—. Pensé que necesitarías ayuda.

No dije nada. Me limité a observar cómo sacaba una botella pequeña. Lo que había dicho la doncella personal volvió a mi cabeza. Cuando le pregunté por qué estaba aquí, dijo que había hecho una promesa. Y dijo que estaba aburrida. Pero había sabido que mi mano estaba infectada.

Y daba la sensación de que Malik había venido preparado

porque también lo sabía.

¿Le habría pedido él a la doncella que viniese a ver cómo estaba yo? ¿O habría acudido ella a él?

—Sin sangre, tu cuerpo es más o menos igual de útil que el de un mortal —comentó—. La infección se extenderá y llegará a tu sangre. No te matará, pero acabarás donde no quieres estar aún más deprisa.

Sabía muy bien *dónde* quedaba eso. Había estado al borde con Poppy en New Haven, pero había caído por ese precipicio cuando estuve cautivo la otra vez.

Malik desenroscó el tapón y un olor a antiséptico llenó el espacio.

—Esto va a escocer como los fuegos del Abismo. Espero que no grites y llores como solías hacerlo. —Agarró mi muñeca con firmeza —. La cosa no acabará bien para ti si lo haces.

—No grité cuando la muy zorra me lo cortó, así que ¿tú qué crees?

Ese músculo se abultó debajo de su sien una vez más.

—Entonces, puede que te convenga respirar hondo.

Lo hice, solo porque sabía lo que se avecinaba. Malik vertió el líquido sobre los nervios y el hueso en parte expuesto. Sus ojos se clavaron en los míos y, joder, quería gritar como si no hubiera un mañana. El aire que inspiré no hizo nada por aliviar el ardor atroz. Apreté los dientes tan fuerte que fue asombroso que mis muelas no se partieran. El dolor hacía que me costara respirar o incluso entender lo que fuese que estuviera diciendo Malik, pero estaba hablando porque sus labios se movían, así que me forcé a soportar el tormento y a concentrarme.

—Duele a rabiar, ¿verdad? El dolor merece la pena. Esta mierda es un milagro. Ni siquiera sé cómo lo creó Isbeth. Tampoco tenía ganas de preguntarlo. —Esbozó una sonrisa irónica e, incluso inmerso en mi agonía abrasadora, reconocí esa sonrisa que revelaba un solo colmillo. Esa era *real*—. Pero eliminará la infección y hará que tu piel empiece a curarse. —Hizo una pausa—. Sí, está funcionando.

Con la mandíbula dolorida, observé cómo el líquido burbujeaba sobre mi mano y hacía espuma por encima del nudillo. El dolor amainó lo suficiente como para dejar de querer darme de cabezazos

contra la pared. Entre la espuma, rezumó un pus denso y de un amarillo blancuzco, con un hedor casi tan desagradable como el del maldito Demonio al que había metido a patadas en el rincón.

—No has movido ni un músculo. —Malik sonaba sorprendido—. Supongo que has sufrido cosas peores. —Otro momento de silencio —. Y es probable que hayas infligido dolor mucho peor a otros.

—¿Te has enterado? —repuse con voz ronca.

—Así es, pero no me refiero a lo que les hiciste a los Ascendidos. Ni a ese Demonio de ahí. Te has puesto un poco macabro, ¿no? —Bajó la vista hacia mi mano. El pus salía más despacio, ya no era un chorro regular y repugnante—. ¿Sabes en lo que he estado pensando últimamente?

—¿En lo mierda que te has vuelto? —sugerí. Malik soltó una carcajada áspera.

—Supongo que debería hablar con más propiedad. Lo que quería decir es que si sabes en *quién* he estado pensando últimamente.

—Las opciones son infinitas.

—En Shea.

Su nombre fue una sorpresa. Peor que un insulto. Un recuerdo antes bienvenido que se había convertido en nada más que un desecho.

—Sé lo que hizo. Me lo contaron. Al principio no lo creí, pero luego recordé lo mucho que te quería. Más de lo que creo que supieras siquiera, o que merecieses.

Volcó la botella sobre el muñón de mi dedo. Bufé cuando el líquido cayó sobre mi piel e hizo espuma de nuevo, aunque no con la misma intensidad que antes.

—Entonces supe que no mentían. Me tendió una trampa —continuó con una risa breve—. ¿La mataste?

—Sí —me forcé a decir, después de desencajar mi mandíbula.

—Siento oírlo.

Quería creerlo. Pero no lo hice.

Malik dejó la botella a un lado.

—Conociéndote, mantuviste lo que hizo en secreto, ¿verdad? Apuesto a que solo lo sabe Kieran.

El hedor de la herida ya no era tan penetrante. Como tampoco lo era el dolor.

—¿Acaso importa?

—En realidad, no. —Soltó mi mano—. Es solo que todos hemos tenido que hacer nuestra dosis de mierda, ¿no crees?

—Bueno, si alguien ha llevado la cuenta de toda esa mierda, tú has ganado por varios cuerpos —le dije.

—En realidad, parece que el que ha ganado eres tú, hermanito. —Sacó un pequeño paño de la bolsa—. Has encontrado el amor. —Giró mi mano para revelar la marca de mi matrimonio—. Te has convertido en rey. —Deslizó el pulgar por la espiral—. Tienes la vida que creí que tendría yo.

La ira regresó, tan ardiente como había sido el dolor.

—Poppy jamás hubiese sido tuya.

—Podría haberlo sido —murmuró. Apretó su mano sobre la mía —. Tienes pinta de querer darme un puñetazo. Fuerte.

—Suena más o menos como lo que quiero hacer, sí —escupí. Malik sonrió mientras pasaba el paño con suavidad por el nudillo.

—Es gracioso.

—¿El qué?

—Estás enfadado conmigo, cuando tú has pasado el último siglo viviendo la vida. Una *vidorra*, según parece.

—¿Viviendo? —bufé—. He pasado esos años tratando de encontrar una manera de *liberarte*. No solo yo. Kieran, Delano, Naill. Muchísimos otros. Un montón de gente que ha dado su jodida vida para llevarte a casa. Hombres y mujeres buenos a lo que ni siquiera conoces lo dieron todo para liberarte. Y durante todo ese tiempo, eras su *dócil* mascota. —Una ira apabullante se apoderó de mí mientras Malik dejaba caer el paño y sacaba gasas limpias, sin que mis palabras lo alteraran lo más mínimo. Eso fue lo que me empujó a decir lo que dije a continuación—. ¿Te preguntas siquiera lo que le ocurrió a Preela?

Malik se puso rígido, sus pupilas se dilataron.

—Porque yo sí. El vínculo la debilitó, y aun así siguió tratando de salvarte. No pudo detenerla nadie. Se escabulló una noche y jamás volvimos a verla. Pero sabíamos dónde había ido. Murió, ¿verdad? —Escudriñé su rostro en busca de una señal de algo. De culpa o de aflicción. Cualquier cosa. Preela había sido la *wolven* vinculada a él, y habían tenido una relación tan estrecha como la mía con Kieran, razón por la cual él le había prohibido acompañarlo cuando partió en mi busca—. Tú debiste saber exactamente cuándo

falleció.

La vi. Maldita sea, vi la reacción. Si hubiese parpadeado tal vez se me habría pasado por alto, de lo sutil que fue.

—Murió. —Ese músculo de debajo de su sien se abultó aún más —. Pero no antes de recorrer todo el camino hasta Carsodonia. No sé cómo lo logró, pero Preela consiguió llegar hasta aquí, solo para que la capturaran. —Se inclinó hacia mí—. La mató esa bestia a quien ahora mismo le falta la cabeza gracias a tu mujer. No fue rápido. No, primero se divirtió con ella. Y luego muchos *muchos* otros se divirtieron.

Mierda.

—Lo sé porque tuve asiento en primera fila. También vi lo que hizo después, cuando la abrió en canal y rompió sus huesos en pedazos que al final se endurecieron y se fusionaron como heliotropo. —Solo una delgada franja de ámbar era visible cuando me miró—. Fabricó siete dagas con sus huesos de *wolven*. Encontré seis de ellas y sé justo dónde está la séptima. —Asintió despacio—. Sí, sé quién la tiene.

No podía ni pensar en la posibilidad de que la daga de Poppy estuviese hecha con los huesos de Preela. Era la respuesta a mi pregunta.

Lo que había roto a Malik, lo que lo había doblegado.

Era esto. Y había sucedido mucho antes de lo que jamás hubiera imaginado.

No podía culparlo.

Fue entonces cuando me percaté de que Malik no se había mostrado del todo impávido con lo que había ocurrido en el castillo de Redrock. Malik *sí* que había mostrado algo de emoción ahí. Dos veces. Cuando Isbeth había llamado a esa doncella personal y había ordenado a uno de sus caballeros que la apuñalara, Malik había hecho ademán de dar un paso al frente. También había estado apretando la mandíbula, como cuando Alastir y nuestro padre hablaban de entrar en guerra con Solis, algo de lo que él había estado firmemente en contra. También se había sorprendido y consternado cuando Isbeth había matado a Ian. No se lo había esperado.

Esta era la tercera vez que lo había visto afectado.

—Te dijo que tenía la mano infectada, ¿verdad? —pregunté—.

La doncella personal. —Esas pupilas se dilataron una vez más—. Dijo unas cuantas cosas muy locas cuando estuvo aquí.

Malik ni parpadeó mientras me miraba a los ojos.

—¿Como qué?

—Como algunas frases absurdas sobre cosas que despertaban e Isbeth creando algo lo bastante poderoso como para rehacer los mundos.

Se había quedado quieto del todo, excepto por ese músculo que palpitaba a intervalos regulares.

Unos dedos fríos de inquietud acariciaron mi nuca.

—¿De qué estaba hablando, *hermano*?

Pasó otro largo momento.

—¿Quién sabe de qué hablaba? Es un…

Lo miré con atención.

—¿Un poco rara?

Malik se rio, y fue como un puñetazo en la tripa, porque esa risa también fue real. El ámbar de sus ojos se tornó más visible.

—Sí. —Arrastró los dientes por su labio de abajo—. Sé que me odias. Me lo merezco. Más de lo que crees. Pero no tienes ninguna razón para odiarla a ella.

—Ella me importa una mierda.

—No he dicho que te importe, pero ella no te ha hecho nada y corrió un riesgo de mil demonios al buscarte y venir a comprobar cuán deplorable era tu estado. Sé que no tienes ninguna razón para protegerla, pero si alguien averigua que estuvo aquí abajo y que habló contigo… La cosa no acabará bien para ella.

—¿Por qué habría de importarme? —insistí, porque lo que de verdad quería saber era por qué le importaba a él.

—Porque igual que tu amada —dijo, su voz muy baja pero sin apartar los ojos de los míos—, ha tenido muy pocas opciones en su vida. Así que no lo pagues con ella. Es todo lo que te pido, y nunca te he pedido nada.

Eso era verdad.

Siempre había sido yo el que le pedía cosas a él. Aunque eso había sido en una vida diferente.

Miré con atención esos ojos reservados. Si no estuviese tan débil, podría utilizar una coacción, algo que a Malik nunca se le había dado bien evitar.

—La quieres.

—Soy incapaz de querer a nadie ya —me corrigió—. Pero sí le debo mucho.

El tono inexpresivo con el que afirmó eso me heló el pecho. Me dejé caer contra la pared.

—Jamás me rendí con respecto a ti, Malik —le dije—. Y no viví.

—Hasta ahora. —Empezó a vendarme la mano—. Hasta Penellaphe.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—Todo tiene que ver con ella —murmuró.

—Una mierda. —Negué con la cabeza—. ¿Por qué crees que me planteé siquiera la idea de reunirme con la Reina de Sangre después de todo lo que me hizo, después de todo lo que te había hecho a ti? No era solo por Atlantia. No era solo por lo que la Corona de Sangre les estaba haciendo a los mortales. Esas eran cosas secundarias. Todo esto siempre ha tenido que ver contigo. Vine a Oak Ambler preparado para negociar por ti. Poppy vino a Oak Ambler preparada para hacer lo mismo, y ella ni siquiera te conocía.

Una expresión extraña cruzó su rostro y frunció el ceño.

—No, no me conocía. —Dobló la gasa y cubrió la herida—. O al menos eso es lo que recuerda.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Lo comprenderás muy pronto. —Malik remetió el final de la gasa debajo del vendaje—. Me da la sensación de que te reunirás con tu reina más pronto que tarde.

Capítulo 12

Poppy

Deslicé los dedos por el frío mango fabricado con hueso de *wolven* y una leve sonrisa tironeó de mis labios al pensar en el hombre que me había regalado la daga en mi dieciséis cumpleaños.

Ni Vikter ni yo habíamos sabido con exactitud *cuándo* era mi cumpleaños, pero había dicho lo mismo que diría luego Casteel: «Elige un día». Yo había elegido el veinte de abril.

No tenía ni idea de dónde había sacado una daga semejante. Nunca había visto otra igual. Cuando me la dio, había puesto su mano sobre la mía y había dicho: «Esta arma es tan única como tú. Cuídala bien y ella hará *lo mismo por ti*».

Mi sonrisa se ensanchó, aliviada de poder pensar en Vikter sin ahogarme en la pena. La tristeza seguía ahí. Siempre estaría ahí. Pero se había vuelto más soportable.

«Espero que estés orgulloso de mí», susurré. Orgulloso de mi decisión de encabezar los ejércitos atlantianos, de correr los mismos riesgos que los soldados y soportar cualesquiera *marcas* que pudiese dejarme esta guerra. Después de todo, él me había enseñado la importancia de eso.

Como cuando había descubierto por casualidad lo que significaban esos pañuelos blancos atados a las puertas de las casas de Masadonia y cómo Vikter ayudaba a las familias en el interior, a aquellos que no podían hacer lo que había que hacer. Él les daba a los maldecidos, los infectados por un mordisco de Demonio, una muerte rápida y honorable antes de que se convirtieran en monstruos y atacasen a sus familias y a cualquier otro que se acercara a ellos. Una muerte pacífica en lugar de la ejecución pública que les gustaba llevar a cabo a los Ascendidos.

Le había preguntado una vez cómo podía estar rodeado de tanta muerte y aun así no resultar afectado por ella. Durante muchísimo tiempo, no entendí su respuesta.

No es que no me afecte, Poppy. La muerte es la muerte. Matar es matar, Poppy, por muy justificado que esté. Cada muerte deja una marca, pero no espero que nadie corra un riesgo que yo no esté dispuesto a correr. Tampoco le pediría nunca a nadie que cargara con un peso que yo me negara a cargar o sentir una marca que no haya sentido en persona.

Con el tiempo entendí lo que quería decir, cuando vi el verdadero alcance de cuántos infectados había, tanto jóvenes como mayores. Había un par de docenas de ejecuciones al año, pero en realidad, había cientos de infectados. Cientos de mortales maldecidos mientras hacían lo que los Ascendidos no estaban dispuestos a hacer por sí solos, aunque ellos eran más fuertes, más rápidos y mucho más resistentes a las heridas que un mortal.

Creía que lo había entendido, pero ¿ahora? Envainé la daga de hueso de *wolven* en mi muslo. Ahora me daba cuenta de que las palabras de Vikter habían significado mucho más que solo ayudar a los maldecidos. Él no era un Descendente, pero al mirar atrás, sospeché que se había estado refiriendo a los Ascendidos. A la Corona de Sangre que pedía tanto de aquellos a los que se suponía que servía al mismo tiempo que hacía muy poco *por* ellos.

Ya fuese una Doncella o una reina, una mortal o una diosa, jamás me permitiría convertirme en alguien que no tomara los mismos riesgos que los que les pidiera correr a otros. Tampoco me negaría a cargar con esas *marcas* de las que había hablado Vikter esperando que otros cargaran con ese tipo de peso.

Apreté la correa fina que cruzaba mi pecho en diagonal antes de

agarrar una espada corta de hierro y heliotropo, mucho más ligera que las armas doradas de los atlantianos. Deslicé la hoja en la vaina asegurada a mi espalda, de modo que la empuñadura mirara hacia abajo, cerca de mi cadera.

Desperdigadas sobre el mapa, las demás armas me esperaban al temprano sol mañanero que entraba a raudales por la ventana. Planté un pie sobre la silla y eché mano de una daga de acero. Deslicé la daga en la caña de mi bota y cambié de pie, para hacer otro tanto con la otra bota. Después, agarré una delgada pica de heliotropo con un mango no más ancho que mi brazo. Esa la deslicé en una funda en mi antebrazo. Era una de las armas favoritas de Vonetta, que solía llevar una en cada brazo cuando estaba en su forma mortal. Aseguré la segunda espada corta, amarrándola a mi espalda de modo que cruzara sobre la primera y la empuñadura quedase al lado de mi cadera izquierda. A continuación, agarré la última espada, una curva de aspecto brutal, y me miré mientras me preguntaba dónde podía colocarla.

—¿Crees que tienes armas suficientes?

Levanté la mirada para ver a Valyn en el umbral de la puerta. No lo había visto desde que se había marchado el día anterior.

Se me comprimió la garganta y volví a mirarme.

—Creo que nunca se pueden tener suficientes armas.

—Por lo general, estaría de acuerdo con esa afirmación —dijo, su mano apoyada en la empuñadura de una de las tres espadas que podía ver sobre él. Estaba segura de que la armadura de oro y acero ocultaba más—. Pero en este caso, tú serás el arma más letal en ese campo de batalla.

Se me revolvió un poco el estómago mientras bajaba la espada con forma de guadaña.

—Espero no tener que usar ese tipo de arma.

Valyn ladeó la cabeza de un modo tan dolorosamente familiar que se me comprimió el corazón mientras me miraba.

—Lo dices en serio.

—Sí. —No estaba segura de por qué, pero el comentario de Valyn me inquietaba. ¿Por qué había elegido tantas armas? Fruncí el ceño mientras trataba de comprender mis decisiones aparentemente inconscientes—. Es que… mis habilidades pueden servir para curar. Preferiría usarlas para eso. —Levanté la vista

hacia él mientras enganchaba la espada curva a mi cadera—. A menos que tenga que usarlas para luchar. Y si es así, no vacilaré.

—No creí que fueras a hacerlo. —Continuó mirándome, aunque no a las cicatrices—. Pareces…

Ya sabía lo que parecía.

Enrosqué el labio en una mueca de disgusto mientras miraba de reojo la manga de mi vestido, el vestido *blanco*. Aquella noche en New Haven, cuando decidí que ya no podía ser más la Doncella, me había hecho promesas a mí misma. Una de ellas era que nunca más vestiría de blanco.

Hoy estaba rompiendo esa promesa con la ayuda de Naill y de la *wolven* Sage. El vestido de lino era uno de los dos que habían fabricado a partir de una de las túnicas de Kieran. Me llegaba hasta las rodillas y tenía ranuras en los lados para que pudiera acceder a la daga de hueso de *wolven*. Debajo del vestido, llevaba un par de gruesas mallas que había tomado prestadas de Sage. Las costuras las habían aflojado, pues la lobuna era al menos una talla o dos más pequeña que yo, y luego las habían reforzado de nuevo. Ambas prendas eran de un blanco *puro* y prístino, igual que las hombreras de la armadura y la coraza que llevaba delante del pecho. Naill había conseguido incluso forrar la fina armadura de tela blanca. Había hecho un trabajo asombroso, con justo el efecto que le había pedido. Y luego lo había duplicado, así que había otro vestido y otro par de mallas iguales.

Odiaba el atuendo con todo mi ser.

Sin embargo, lo que llevaba puesto serviría para un propósito. Yo era una reina que ningún mortal reconocería. La corona dorada no significaba nada para ellos.

El blanco de la Doncella sí.

—¿Parezco la Doncella? —terminé por él—. Excepto por que, por lo general, llevaba un velo en lugar de armadura y… —Me sonrojé de nuevo—. Y no portaba tantas armas ni de lejos.

Valyn sacudió la cabeza un instante, lo cual hizo que un mechón de pelo escapara del moño en el que había recogido el resto. Cayó contra su mejilla.

—Iba a decir que pareces uno de mis cuadros favoritos.

—Oh. —Me moví, un poco cohibida.

—De la diosa Lailah, para ser más exactos. No el aspecto físico,

pero la armadura y la columna recta. La fuerza. De hecho, hay un cuadro así en el palacio. No estoy seguro de que hayas tenido la oportunidad de verlo, pero es de la diosa de la paz y la venganza. Llevaba armadura blanca.

—No, no lo he visto.

—Creo que te gustaría.

No pude evitar pensar en Casteel y en lo que opinaría si me viese así. Aprobaría lo de las armas. Con creces. ¿El vestido?

Probablemente me lo arrancaría y le prendería fuego.

Recordar a Casteel me hizo pensar en el sueño y en lo que podría significar.

—Hay algo que quería preguntarte.

—Adelante.

—Kieran creía que quizá tú supieras si es posible que dos corazones gemelos caminen en los sueños el uno del otro.

—Recuerdo haber leído algo que afirmaba eso. De hecho, lo llamaban… —Valyn frunció el ceño—. Almambulismo. No sonambulismo, ni sueñambulismo. Decía que las almas podían encontrarse incluso en sueños. —Su expresión se suavizó—. ¿Ha sucedido algo así?

Me costó un esfuerzo supremo no permitir que el sueño se materializara con ningún tipo de detalle.

—Tuve un sueño que era de un realismo increíble. No parecía un sueño normal y creo que Casteel también se dio cuenta de que era diferente, justo antes de que yo despertara. Quiero decir, podría estar equivocada y que no fuese más que un sueño.

—Creo que es justo lo que crees que fue. Almambulismo entre corazones gemelos —confirmó—. Mi hijo dijo que creía que eras su corazón gemelo, aunque tampoco necesitaba decírmelo. Lo vi con mis propios ojos después del ataque a las Cámaras de Nyktos, cuando Casteel despertó y descubrió que te habían capturado. Lo vi en tus ojos y lo oí en tu voz cuando hablaste de tus planes de ir a Carsodonia. Vosotros dos habéis encontrado algo que muy pocas personas experimentan jamás.

—Así es —susurré, con la garganta cerrada.

Valyn sonrió, pero las tenues arrugas de su rostro parecían más profundas de lo habitual cuando soltó un suspiro rudo.

—Me crucé con Kieran cuando venía a verte —explicó Valyn,

para alivio mío—. Noté que estaba preocupado por que quisiera hablar contigo. Aparte de con su familia, la única otra persona con la que lo he visto tan leal en la vida es con Casteel. Y ese tipo de lealtad va más allá de cualquier tipo de vínculo, incluso de un *notam* primigenio. —Giró la cabeza hacia mí, sus ojos dorados entrecerrados—. Es bueno para ti. Para los dos.

—Lo sé. —Abrí mis sentidos a Valyn y me topé con algo que me recordó a un Adarve. Sentí otra vez el impulso de encontrar las fisuras que sabía que tenía que haber en sus escudos. Estiré la mano hacia la bolsita de mi cadera en lugar de al anillo y apreté el caballito de juguete hasta que se me pasó ese deseo—. Si has venido a intentar convencerme de que no vaya a Carsodonia, yo… aprecio tu preocupación, más de lo que seguramente crees —admití—. Pero tengo que hacerlo.

—Ojalá hubiese algo que pudiera decir para hacerte cambiar de opinión, pero eres testaruda. Como mi hijo. Como mis dos hijos. —Tocó el respaldo de una butaca—. ¿Te importa que me siente?

—Por supuesto que no. —Fui hasta la butaca de enfrente de él y tomé asiento en el grueso asiento tapizado.

—Gracias. —Su armadura chirrió al sentarse y estirar la pierna derecha—. Sé que no puedo hacer que cambies de opinión, pero estoy preocupado. Pueden pasar muchas cosas. Hay muchas cosas que pueden torcerse. Si te perdemos a ti además de a ellos…

—No están perdidos. Sabemos dónde están. Y yo voy a encontrarlos —le dije—. Y tal vez Malik esté… —Respiré hondo y apreté el caballito de nuevo—. Tal vez Malik esté perdido para nosotros, pero Casteel no lo está. Lo traeré de vuelta y haré lo que me pediste si fuese necesario.

Se le escapó un suspiro entrecortado y dio la impresión de tardar unos momentos en recuperar la compostura.

Despacio, extendí mi mano izquierda y le mostré la palma. Mi marca de matrimonio.

—Está vivo. A veces, me lo tengo que recordar —susurré—. Pero vive.

Valyn contempló mi mano durante lo que pareció una pequeña eternidad, luego cerró los ojos unos instantes. Había mantenido mis sentidos abiertos y, por un momento, percibí algo procedente de él, algo que me recordó a los mangos verdes y ácidos de los que

disfrutaba Tawny en el desayuno de vez en cuando. ¿Era culpa? ¿Vergüenza? Fue demasiado breve como para saberlo a ciencia cierta.

—Con todo lo que ha estado pasando, no hemos tenido demasiado tiempo, pero hay algo de lo que tenemos que hablar. Y he estado en este mundo lo suficiente como para saber que no siempre hay un más tarde —dijo, y se me comprimió el pecho. Sabía que podía pasar cualquier cosa, pero no quería pensar en que *eso* le pudiera ocurrir—. Sé de lo que hablaste con mi mujer cuando regresaste a Evaemon —anunció.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, aunque mi agarre del caballito de juguete se aflojó.

Valyn se inclinó hacia atrás en la butaca y se frotó la rodilla.

—Sé que estabas enfadada con ella.

—Aún lo estoy. —Aparté la mano de la bolsita antes de hacer algo estúpido, como prenderle fuego sin querer—. No es algo del pasado.

—Y tienes todo el derecho a estarlo. Igual que Casteel y Malik si está… —Soltó un resoplido—. No estoy aquí para hablar en nombre de Eloana, sino solo en el mío. Estoy seguro de que te has preguntado si yo sabía la verdad acerca de la Reina de Sangre.

Aplané las manos contra mis muslos.

—Así es. Es una de las cosas en las que pienso cuando no puedo dormir por la noche —confesé—. ¿Lo sabías? Estoy dispuesta a apostar a que Alastir sí.

—En efecto, él lo sabía —confirmó Valyn, y si Alastir no hubiese sido destrozado y seguramente comido por los *wolven*, hubiese desenterrado su cuerpo solo para poder apuñalarlo de nuevo. Repetidas veces—. Lo supo antes que yo.

La sorpresa titiló a través de mí pero no confiaba en mi reacción.

—¿En serio?

—Había dado por sentado que Isbeth había muerto, ya fuese antes de la guerra o durante ella. Lo creí durante muchos años —prosiguió, y yo me mantuve quieta y callada—. Eloana nunca hablaba de ella ni de Malec, y lo dejé estar porque sabía que era algo que le resultaba difícil. Que una parte de ella aún lo quería, aunque no fuese merecedor de semejante regalo. Que una parte de ella siempre lo querría, aunque me quisiera también a mí.

Vaya, eso *sí* que me sorprendió. Valyn sabía lo que Eloana había reconocido ante mí, y no me dio la más mínima impresión de que saberlo hubiese reducido lo mucho que él la quería. Sentí un nuevo grado de respeto por el hombre. Porque si Casteel sintiese lo mismo por Shea, yo estaría consumida por unos celos irracionales.

—Eloana no me contó lo que había descubierto acerca de la reina de Solis hasta que Isbeth capturó a Casteel por primera vez —continuó, y ese músculo de debajo de su sien se abultó de nuevo—. Me puse… —Se le escapó una risa seca—. «Furioso» no capta del todo cómo me sentí entonces. Si hubiese sabido la verdad jamás nos hubiéramos retirado. Hubiese sabido que no podríamos terminar la guerra de ese modo. Que había demasiada historia personal para que pudiese haber un final siquiera, y quizás esa haya sido la razón de que Eloana lo mantuviese en secreto durante tanto tiempo. O tal vez fuera porque la mentira se había convertido de algún modo en una verdad inquebrantable que mantenía todas las cosas unidas. No lo sé, pero lo que *sí* sé es que ahora necesito decir la verdad. No lo sabía desde el principio, pero supe la verdad sobre ella durante bastante tiempo. Toda esta situación es… dura y complicada.

—Eso no es excusa.

—Tienes razón —admitió en voz baja—. Solo *es*.

La ira bulló en mi sangre y en lo más profundo de mi pecho, se filtró en esos lugares fríos y vacíos de mi ser.

—Lo supiste durante el tiempo suficiente como para haber advertido a Malik. Para habérnoslo dicho a Casteel y a mí. Si hubiéramos sabido la verdad, podríamos haber estado mejor preparados. Podríamos haber decidido que no había ninguna razón para tratar de negociar con Isbeth —mascullé, y la tensión talló profundos surcos a ambos lados de su boca al oír el nombre—. Si lo hubiésemos sabido, podríamos haber encontrado a Malec y tenido ventaja. En cualquier momento, cualquiera de los dos podríais haber hecho eso, pero hacerlo resquebrajaría los cimientos de las mentiras de Atlantia. Así que no me importa lo más mínimo lo dura o complicada que fuese la situación. Ninguno de vosotros dijisteis la verdad porque teníais miedo de cómo os afectaría, de cómo os miraría la gente. Si todavía tendríais el apoyo del pueblo si supieran que la reina de Solis era la amante que *su propia* reina había tratado de matar. Que Isbeth nunca fue una *vampry*. Que no fue la

primera Ascendida. Que Atlantia estaba construida sobre una sarta de mentiras, igual que Solis.

—No… no puedo negar nada de eso —reconoció, mientras me sostenía la mirada—. Y si pudiésemos volver atrás y hacer lo correcto, lo haríamos. Hubiésemos dicho la verdad acerca de ella.

—Se llama Isbeth. —Clavé los dedos en mis piernas—. No pronunciar su nombre no cambia el hecho de que sea ella.

Valyn bajó la barbilla y asintió.

—Pero eso tampoco hace que sea más fácil pronunciar su nombre. O pensar que es tu madre. En realidad, pensábamos que era posible que fueses una deidad, una descendiente de alguna de las mortales con las que Malec había tenido aventuras. No supimos lo que él era hasta que tú nos lo dijiste. —Hizo una pausa—. Aunque me alegro de haber descubierto que no es tu padre. *Gemelos*. Malec e Ires. Eso explica por qué compartes algunos de sus rasgos.

La sorpresa que había sentido Eloana cuando le conté que Malec era un dios había sido demasiado intensa como para ser fingida. Quise preguntar si saber eso podría haber cambiado lo que hubieran hecho con la verdad acerca de Isbeth, pero no lo hice. ¿De qué serviría? Su respuesta no alteraría nada.

—¿Te contó Eloana lo del hijo de Isbeth y Malec? —pregunté a cambio, recordando lo que me había dicho Eloana.

—Sí. —Se pasó una mano por la barbilla—. Y la creí cuando dijo que no sabía lo del niño hasta que se lo dijo Alastir.

Yo no estaba tan segura de creerla, porque sí habían sabido que Alastir había localizado a lo que creían que era un descendiente de Malec y que su consejero, su *amigo*, había dejado abandonada a esa niña, que dio la casualidad de ser *yo misma*, para que la mataran los Demonios. Habían llegado a aceptar un acto tan horripilante porque creían que Alastir había actuado con el interés de Atlantia en mente.

No los había culpado por lo que había hecho Alastir. Seguía sin culparlos. Los consideraba responsables solo de lo que sabían y de lo que habían elegido hacer, o no hacer, con esa información.

—Me arrepiento muchísimo de lo que hice —dijo Valyn con voz ronca—. Mi mujer también. No pido tu perdón. Eloana tampoco lo pediría.

Era bueno saberlo, porque no estaba segura de cómo me sentía con respecto a ninguno de los dos, pero el perdón nunca fue el problema para mí. Perdonar era fácil. Algunas veces, demasiado fácil. El problema era comprender y aceptar por qué habían hecho lo que habían hecho, y todavía no había tenido tiempo de asimilar eso.

—Entonces, ¿qué es lo que pides?

—Nada. —Sus ojos se cruzaron con los míos otra vez—. Solo quería que supieras la verdad. No quería que esto quedara sin hablarlo entre nosotros.

Pensé que quizás habría otra razón más allá de aclarar las cosas conmigo. Quería que lo supiera por si no volvía a ver a sus hijos nunca más. Para que yo pudiese contarles lo que él me había dicho.

El silencio se estiró entre nosotros, y no supe qué hacer ni qué decir. Fue Valyn el que lo rompió.

—Ya casi es la hora, ¿no?

—Lo es —confirmé—. Espero verte al otro lado de esto.

La sonrisa volvió a su cara y alivió algunas de las arrugas más profundas.

—Lo harás.

Entonces salimos de la fortaleza, yo flanqueada por Emil y una pequeña horda de guardias de la corona que daba la impresión de haber aparecido de la nada. Cuando nos acercábamos a los ejércitos que aguardaban al borde de la propiedad, Valyn estiró un brazo y plantó una mano sobre mi hombro unos instantes. Luego se adelantó a nosotros.

A medida que los soldados se percataban de mi llegada, se llevaban la mano de la espada al corazón y hacían reverencias. La presión de sus ojos sobre mí, su confianza, pesaban como una losa. Mi cuerpo entero vibraba, pero el sabor salado, como a nueces, de su determinación calmó mis nervios. No habría grandes discursos, ninguna pompa ni alardes de autoridad. Sabían lo que debían hacer hoy.

Me reuní con Kieran a la vanguardia, donde esperaba junto a Setti y otro caballo. Ya solo me seguía Emil. Los guardias de la corona se habían unido a sus respectivas divisiones.

El *wolven* giró la cabeza hacia atrás y me llegó una ducha fría de sorpresa cuando se volvió. No me quitó los ojos de encima hasta

que llegué a su lado.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada —repuso. Se aclaró la garganta—. Odio lo que llevas puesto.

—Bienvenido al club.

—Es un club del que no quiero formar parte. —Apartó la mirada para posarla en el antiguo rey, que acababa de reunirse con Sven y Cyr—. ¿Va todo bien? Vi a Valyn entrar en tu habitación.

—Sí, todo está bien. —Tomé las riendas de Setti de manos de Kieran, luego me agarré de la montura y subí al caballo. Al sentarme, la figura de la generala *wolven* llamó mi atención. Lizeth cortaba a través de las filas de soldados en dirección a la comandante de la guardia de la corona. Hisa se quedaría con Valyn y los generales para asegurarse de que se siguieran nuestros planes.

Hisa se apartó de su caballo y pasó una mano por detrás de la cabeza de Lizeth. Sus dedos se enredaron en los mechones rubios. Irradiaba preocupación.

—Ten cuidado.

La *wolven* apretó la frente contra la de Hisa.

—Pero sé valiente —repuso. Luego la besó.

—Siempre —confirmó Hisa.

«Pero sé valiente», murmuré, al tiempo que apartaba la mirada. Eso me gustó. «Ten cuidado pero sé valiente».

Y eso era lo que haríamos todos hoy.

Capítulo 13

El corto trayecto hasta la Tierra de Pinos alrededor de Oak Ambler, más allá de las hileras iniciales de árboles doblados, fue silencioso. Los únicos sonidos eran los chasquidos de la pinocha y de las ramitas desperdigadas por el camino. La luz moteada aportaba paz, una totalmente contraria a lo que estaba por venir.

Iba sentada un poco rígida en la montura, sujetando las riendas de Setti justo como me había indicado Casteel. La armadura era delgada y se ajustaba bien a mi cuerpo, sobre todo la coraza que cubría mi pecho y mi espalda, pero tampoco era lo más cómodo que me había puesto en la vida. La armadura era una necesidad. Tal vez fuese capaz de sobrevivir a la mayoría de las heridas, pero no pensaba dejar que me debilitaran de manera innecesaria, en especial si al final me veía obligada a emplear el *eather*.

Emil cabalgaba a mi izquierda y jamás lo había visto tan serio como ahora, pendiente en todo momento de la densa arboleda. Kieran iba a mi derecha. Íbamos solo nosotros tres hacia Oak Ambler.

O eso parecía.

Quería dar a los del Adarve la oportunidad de tomar la decisión correcta. Aparecer con un ejército los pondría a la defensiva de

inmediato, por lo que sería improbable que abrieran las puertas y dejaran salir a quien quisiera hacerlo.

En cualquier caso, no estábamos solos.

Los *wolven* se habían desperdigado por el bosque y avanzaban en silencio mientras buscaban a posibles soldados de Solis escondidos entre los pinos.

Notaba un peso enorme sobre el pecho que removía el palpitante *eather* en el centro de mi ser mientras Setti cruzaba un estrecho arroyo que había invadido el camino, levantando agua y tierra suelta. Habíamos estado a punto de entrar en guerra cuando la Reina de Sangre había matado a Ian y se había llevado a Casteel. La guerra había empezado cuando yo maté al rey Jalara. Pero esta… *esta* era la primera batalla. Mis manos se apretaron más alrededor de las riendas mientras mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

Esto estaba sucediendo de verdad.

Por alguna razón, no me había dado cuenta hasta ahora de que la sensación era distinta a cuando entramos en Massene. Esta era la *guerra* de verdad. Tanto planear y esperar, y *ahora* parecía algo surrealista.

¿Y si nadie optaba por confiar en nosotros? ¿Y si permanecían todos en la ciudad, incluso los Descendentes? Mi corazón empezó a tronar a medida que la posibilidad del tipo de carnicería que quería evitar se volvía más y más probable a cada minuto que pasaba.

No podía evitar pensar que si Casteel estuviera aquí, diría algo para aligerar el ambiente. Traería una sonrisa a mis labios, a pesar de lo que nos aguardaba. Era muy probable que también dijera algo que me cabreara… y que me excitara en secreto.

Y era seguro, *muy seguro*, que le gustarían la armadura y las armas.

—Atentos —avisó Kieran en voz baja—. Delante y a nuestra izquierda.

Demasiado asustada para dejar que mi mente especulara con lo que había visto Kieran, escudriñé los rayos de sol fracturados.

—Los veo —confirmó Emil al mismo tiempo que los veía yo.

Mortales.

Avanzaban por ambos lados del camino de tierra, varias docenas. Quizás incluso un centenar. Ralentizaron el paso al vernos y se apartaron más del camino bien compactado para darnos un

margen amplio. Intenté sentir una pizca de alivio, pero el grupo que teníamos delante no era ni de lejos lo bastante grande, cuando en Oak Ambler vivían decenas de miles de personas.

Respiré hondo y conseguí evitar que la desilusión se asentara en mis huesos. Cien era mejor que ninguno.

Emil acercó su caballo a Setti cuando nos aproximamos al grupo de mortales, muchos de los cuales cargaban con grandes sacos a la espalda y en los brazos. Por el rabillo del ojo, vi que Emil había deslizado su mano enguantada hacia la empuñadura de su espada. Me fijé que Kieran iba tenso a mi lado, y que él también había acercado una mano a un arma.

Abrí mis sentidos hacia el grupo y casi deseé no haberlo hecho. Todo el sabor que noté fue una mezcla casi abrumadora de espesa preocupación e inquietud envuelta en miedo. Los rostros crispados reflejaban lo que sentían y el pánico deformaba las caras de personas que debían de estar solo en su segunda o tercera década de vida. Mortales que habían vivido todos esos años bajo el yugo de los Ascendidos.

El grupo ralentizó el paso y luego se detuvo para observarnos en silencio mientras pasábamos a caballo por su lado. Todos los ojos estaban fijos en mí, y algunos entre la multitud estaban tan preocupados que proyectaban sus emociones al exterior y cargaban el aire a nuestro alrededor. Conseguí cerrar mis sentidos.

Después de haber pasado tantos años velada porque tenía prohibido que me miraran, todavía no me había acostumbrado a esto. A ser *vista*. Me daba la sensación de que todos los músculos de mi cuerpo estaban a punto de encogerse ante tantas miradas sin disimulo, y me costó un esfuerzo supremo no empezar a retorcerme en la silla.

No sonreí mientras los miraba desde lo alto. No porque me preocupara parecer tonta (cosa que sí me hubiese preocupado en cualquier otra situación), sino porque no parecía correcto cuando ninguno de ellos me miraba directamente a los ojos, ya fuese por miedo o por incertidumbre.

Ninguno excepto una niña pequeña cerca del borde del grupo.

Los ojos de la chiquilla conectaron con los míos, su mejilla apoyada en lo que supuse que sería el hombro de su padre. Me pregunté qué vería. ¿Una desconocida? ¿Una reina desfigurada?

¿Una cara que atormentaría sus sueños? ¿O vería a una libertadora? ¿Una posible amiga? ¿Esperanza? Observé a su madre, que caminaba cerca de ellos. Puso una mano sobre la espalda de su hija y me pregunté si sería por eso que habían corrido este riesgo. Porque querían un futuro diferente para ella.

—Poppy —me advirtió Emil en voz baja para llamar mi atención. Frené un poco a Setti.

Más adelante, un hombre se había separado de una mujer de tez pálida que sujetaba a un niño que apenas llegaba a la cintura de su abrigo de lana color crema.

—Por favor. No pretendo hacer ningún daño. —El hombre hablaba con voz ronca y las palabras brotaban precipitadas de sus labios temblorosos—. M… me llamo Ramon. Acabamos de tener un Rito. Hace menos de una semana —explicó. Se me hizo un nudo en el estómago mientras el hombre miraba a Kieran y luego a Emil—. Se llevaron a nuestro segundo hijo. Se llama Abel.

El nudo de mi estómago se apretó aún más. Los Ritos se celebraban al mismo tiempo por todo Solis. Eso cuando se celebraban; a veces, pasaban años o incluso décadas entre ellos. Era por eso que los segundos hijos e hijas eran entregados a la corte a edades diferentes. Lo mismo que los terceros, que eran ofrecidos a los sacerdotes y las sacerdotisas. Nunca había oído que se celebrasen dos Ritos en un mismo año.

—Abel… debería estar con los otros. En el templo de Theon —continuó el hombre—. No pudimos llegar hasta ellos antes de partir.

Entonces lo comprendí. Al ser consciente de lo que temía el hombre, de lo que era probable que temieran muchos otros de este grupo, encontré mi voz.

—No asediaremos los templos.

El alivio del hombre fue tan potente que rompió a través de mis escudos. Sabía a lluvia primaveral. Un escalofrío sacudió al hombre y reverberó en mi corazón.

—Si… si lo veis… Es solo un bebé, pero tiene mi pelo y los ojos marrones de su mamá. —Sus ojos saltaron de uno a otro de nosotros tres mientras descolgaba el morral de su hombro y abría la solapa.

Levanté una mano para detener a Emil, que había hecho ademán de desenvainar su espada. Ajeno al movimiento, Ramon rebuscó en el interior de la bolsa.

—M… me llamo Ramon —repitió—. El nombre de su mamá es Nelly. Él conoce nuestros nombres. Sé que suena tonto, pero juro por los dioses que los conoce. ¿Podéis darle esto? —Sacó un bulto de piel relleno. Era un osito de peluche. Dejó el morral en el suelo y se acercó a nosotros, lanzando miradas nerviosas a Kieran y a Emil, que vigilaban cada uno de sus movimientos—. ¿Podéis darle esto? Para que lo tenga hasta que podamos volver a por él. Así sabrá que no lo hemos abandonado.

Su petición hizo que me escocieran los ojos y me dejó sin respiración. Tomé el osito.

—Por supuesto —susurré.

—G… gracias. —Cruzó las manos e hizo una reverencia al tiempo que retrocedía—. Gracias, alteza.

Alteza…

Sonaba distinto en boca de un mortal. Casi como una bendición. Bajé la vista hacia el osito, su pelo apelmazado en zonas, pero suave. Los botones negros que hacían las veces de ojos estaban cosidos con esmero. Olía a lavanda.

Yo no era su reina.

No era una respuesta a sus plegarias, porque esas plegarias deberían haber sido respondidas mucho tiempo antes de mí.

—Diana —gritó alguien desde detrás de Ramon. Levanté la cabeza de golpe—. Nuestra segunda hija. Diana. Se la llevaron durante el Rito, hace meses. Tiene diez años. ¿Podéis decirle que no la hemos abandonado, que la estaremos esperando?

—Murphy y Peter —gritó otra voz—. Nuestros hijos. Se los llevaron a los dos en los dos últimos Ritos.

Gritaron otro nombre. Una tercera hija. Un segundo hijo. Hermanos. Empezaron a brotar nombres entre las ramas de los pinos. Resonaron a nuestro alrededor mientras las expresiones de Emil y Kieran se endurecían a cada nuevo nombre. Había tantos que se convirtieron en un coro de aflicción y esperanza, y cuando gritaron el último, mi corazón se había marchitado.

—Los encontraremos —dije. Y luego, más alto, mientras una parte muy profundo en mi interior, al lado de ese lugar frío y hueco, se encogía, repetí—: *Los encontraremos*.

Agarré el osito con fuerza mientras los gritos de agradecimiento sustituían a los nombres… nombres que de repente vi tallados en

una fría pared de piedra en penumbra.

—Hay otros —dijo una mujer en la parte posterior del grupo cuando pasamos por su lado—. Hay otros en las puertas intentando salir.

Todos esos nombres empañaron el leve alivio que esa afirmación me produjo. Mis hombros se tensaron. Se me hizo un nudo en la garganta mientras animaba a Setti a avanzar. No quería ni pensar en qué habría impulsado a la Corona de Sangre a celebrar dos Ritos tan seguidos.

Lo que significaba.

Avanzamos varios metros antes de que Emil hablara.

—No sé qué decir sobre eso. —Sus ojos color ámbar lucían vidriosos. Se aclaró la garganta—. ¿Dos Ritos seguidos? Eso no es normal, ¿verdad?

—No —confirmé, y guardé el osito en una de las alforjas de Setti.

—No puede ser bueno. —Vi que apretaba la mandíbula. Y no, no podía serlo.

—No les deberíamos haber prometido nada —me recriminó Kieran en voz baja.

—He prometido que los encontraríamos. —Mi voz sonó ronca. Alargué la mano hacia la bolsita de mi cadera y la palpé hasta sentir el caballito de juguete en su interior—. Eso es todo lo que he prometido.

Kieran me miró y nuestros ojos se cruzaron.

—Salvaremos a todos los que podamos, pero no podemos salvar a todo el mundo. Es imposible.

Asentí. Pero si habían celebrado ese Rito hacía solo una semana, había esperanza. Una posibilidad de que los niños aún estuvieran vivos.

Eso fue lo que me dije una y otra vez.

Entre los árboles del borde del pinar, se veían pequeñas granjas y cabañas envueltas en un silencio tenebroso, sus puertas y ventanas tapiadas con tablones de madera. No había animales a la vista. Ninguna señal de vida en absoluto. ¿Estarían los propietarios dentro? ¿O habrían muerto ya por un ataque de Demonios, puesto que vivían fuera del Adarve y arriesgaban sus vidas cada noche para suministrar las provisiones necesarias para los que vivían

dentro de la ciudad?

Después de unos instantes más, vi el Adarve. Construido en piedra caliza y hierro extraído de las minas de los Picos Elysium, el enorme muro rodeaba la ciudad portuaria entera. La porción que yo había destruido antes de que la doncella personal me detuviera apareció ante nuestros ojos. Me sentí aliviada al constatar que no era una pérdida completa. Aún quedaban en pie unos tres metros de muralla y unos andamios bordeaban ya la parte superior que yo había destruido. Aun así, el sentimiento de culpa escaldó mis entrañas una vez más. Lo forcé a un lado. Ahogarme en mis remordimientos tendría que esperar a más tarde.

Cerré los ojos para buscar la singular impronta primaveral y ligera como una pluma perteneciente a Delano. Cuando la encontré, abrí una vía de comunicación. La respuesta de Delano fue inmediata, una caricia contra mi mente. ¿*Meyaah Liessa*?

Nos estamos acercando a las puertas, lo informé.

Estamos con vosotros.

Abrí los ojos.

—Delano y los otros saben dónde estamos.

Tanto Emil como Kieran levantaron escudos desde los flancos de sus caballos. Un puñado de guardias patrullaba a la vista, pero sabía que había más; lo más probable era que estuviesen al pie del Adarve. Los que estaban entre las almenas, sin embargo, tenían el resplandor del sol directamente en los ojos, por lo que aún no serían conscientes de nuestra presencia.

Eso cambiaría enseguida.

—¿Oís eso? —Kieran ladeó la cabeza, con el ceño fruncido.

Al principio, no oí nada aparte del aleteo de los pájaros entre los árboles en lo alto y sus trinos, pero entonces oí chillidos a lo lejos y luego gritos de *dolor*.

Se me aceleró el corazón.

—Deben de ser los que aún intentan salir de la ciudad.

—Suena como una multitud considerable, lo cual explica por qué hay tan pocos guardias en el Adarve —comentó Emil, al tiempo que levantaba su yelmo y lo deslizaba sobre su cabeza—. De momento.

Kieran me miró.

—¿Todavía quieres darles una oportunidad?

No.

En realidad, no.

Ese sabor se había vuelto a arremolinar en mi boca. El que provenía del lugar frío y oscuro en mi interior. El sabor de la muerte. Impregnaba mi garganta mientras miraba a los guardias. Tenían que saber lo que estaba pasando para causar esos gritos de dolor. Sentí ganas de acabar con todos ellos.

Pero ese no era el plan.

—Sí. —Azucé a Setti y ellos me siguieron, los escudos preparados cuando salimos de entre los árboles y entramos en la franja de tierra despejada a pie del Adarve.

Un guardia cerca de una torre nos detectó enseguida. Apuntó una flecha en nuestra dirección.

—¡Alto ahí! —gritó, y varios guardias giraron en redondo al tiempo que cargaban flechas de las que había almacenadas por el parapeto—. No deis ni un paso más.

Setti bailoteó inquieto cuando le pedí que se detuviera. La adrenalina corría por mis venas y mi corazón se estrellaba contra mis costillas. Mi piel vibró cuando el *eather* palpitó en respuesta y me provocó una serie de escalofríos que bajaron por la parte de atrás de la cabeza y la nuca. De algún modo, logré mantener la voz estable, aun cuando la inquietud, la anticipación y el miedo eran un batiburrillo en mi interior.

—Quiero hablar con el comandante del Adarve.

—¿Quién demonios eres tú para hacer semejante exigencia? —gritó otro guardia, mientras abría mis sentidos y dejaba que se estiraran hacia los guardias.

—A lo mejor no ven los emblemas de los escudos —murmuró Kieran, y el escudo de Emil amortiguó su resoplido desdeñoso—. O tal vez deberías haberte puesto tu corona. —Una pausa—. Como te sugerí.

La corona estaba donde debía, al lado de la destinada al rey.

Apreté la mano sobre las riendas.

—Decidle a vuestro comandante que la reina de Atlantia desea hablar con él.

La sorpresa de los guardias fue como un chorro de agua gélida contra mi paladar.

—Patrañas —exclamó uno de ellos, aunque al mismo tiempo

percibí una gran inquietud. Reconocían el blanco de mi ropa y lo que eso simbolizaba. Tenían que saber que íbamos hacia ahí—. Ninguna reina sería tan estúpida como para marchar directa hasta nuestras puertas.

Kieran me miró, arqueando las cejas.

—Quizá ninguna haya sido tan atrevida —sugerí.

—Nah. No eres ninguna reina. Solo dos bastardos atlantianos y una zorra atlantiana —sentenció el guardia de pelo rubio.

—En algún momento —comentó Emil en voz baja—, espero que matemos a ese.

El chasquido de la cuerda del arco fue ensordecedor y silenció mi respuesta.

Kieran reaccionó con celeridad, sus reflejos mucho más pulidos que los de cualquier mortal. Levantó el escudo en una décima de segundo. La flecha rebotó contra su superficie.

—¡Te han disparado! —exclamé.

—Sí, ya me había dado cuenta. —Kieran bajó el escudo.

Mis ojos volaron otra vez hacia el Adarve, cada vez más enfadada.

—Haced eso otra vez y *no* os va a gustar lo que pasará después.

—Estúpida zorra. —El guardia se rio al tiempo que echaba mano de otra flecha—. ¿Qué vas a hacer?

—¡Alto! —Un guardia corría por la muralla, agarró el brazo del arquero y arrancó la flecha de su mano—. Serás imbécil —lo increpó, mientras el guardia soltaba su brazo de un tirón—. Si de verdad es ella, clavará tu cabeza en una pica.

Si ese guardia disparaba otra flecha, no viviría lo suficiente para quedar empalado en ninguna pica.

—Quiero hablar con el comandante —repetí.

—Tienes toda mi atención —bramó una voz, un segundo antes de que un hombre apareciera en la cima del Adarve; la capa blanca que fluía desde sus hombros era un símbolo de su rango—. Soy el comandante Forsyth.

—Vaya, mira eso —comentó Kieran—. Ha venido con amigos.

Había llegado con muchos de sus amigos. Docenas de arqueros se desplegaron por la muralla, con las flechas ya cargadas.

—¿La reina de Atlantia? —Forsyth plantó una bota en el borde de una almena y se inclinó hacia delante, un brazo apoyado en su

rodilla doblada—. Había oído rumores de que estabas en Massene. No estoy seguro de haberlo creído entonces, ni ahora.

Cuando llevaba el velo de la Doncella, nadie sabía que tenía cicatrices que desfiguraban mi rostro. Pero cuando desaparecí, la descripción de mi apariencia llegó a todos los rincones como forma de identificarme. Desde su posición, sin embargo, era poco probable que pudieran ver mis cicatrices, sobre todo porque se habían difuminado un poco después de mi Ascensión.

—Es ella —afirmó uno de los recién llegados, un arquero a un lado de la muralla—. Yo estuve ahí el día que destruyó parte del Adarve. Conozco su voz. Jamás la olvidaré.

—Parece que dejaste huella —comentó Kieran.

Tenía la sensación de que no sería la única, cuando una ráfaga de viento sopló por el prado y nos trajo el hedor de la ciudad.

—Entonces, sabéis de lo que soy capaz.

Forsyth abandonó su pose relajada y se cuadró ante nosotros.

—Sé lo que eres. Tienes a esta gente aquí dentro convencida de que has venido a liberarlos, o bien a aterrorizarlos. Has provocado un poco de drama al anunciar vuestra llegada, al decirles que debían abandonar la protección de los Ascendidos. Por tu culpa, muchos van a morir en las calles a las que llaman «hogar». Por culpa de tus mentiras.

La esencia se avivó una vez más. Me concentré en el comandante y dejé que mis sentidos llegasen hasta él. Lo que saboreé fue lo mismo que había percibido al pasar por delante de nuestros soldados antes de partir hacia Oak Ambler: una determinación salada.

—Uno hubiese esperado que el duque en persona estuviera aquí fuera para defender a su gente —contraatacó Kieran.

—Los Ascendidos honran a los dioses rechazando la luz del sol —replicó Forsyth—. Pero vosotros, al ser de un reino sin dioses, no lo entenderíais.

—La ironía —murmuró Emil en voz baja— es dolorosa.

—Sabéis muy bien por qué no salen a la luz del sol —dije, pues dudaba de que los comandantes de los Adarves no supieran exactamente qué estaban protegiendo. Forsyth inclinó la cabeza hacia atrás y detecté un tenue sabor a algo ácido. ¿Culpabilidad? Me aferré a eso—. Sin embargo, sois vosotros los que estáis aquí

fuera. Tú y tus guardias, para proteger a la gente. Gente que, por cómo suena, desea salir de la ciudad. La razón no debería importar, ¿no creéis? Se les debería permitir salir.

—Tanto tú como yo sabemos que ese no es el caso, *Heraldo* —repuso el comandante, y yo reprimí una exclamación. Los ojos de Emil volaron hacia mí—. Sí, como ya he dicho, sé muy bien lo que eres. La Heraldo, la Portadora de Muerte y Destrucción. Puede que a algunas de esas personas las hayan convencido de lo contrario, pero yo sé la verdad. Muchos de nosotros la sabemos.

Por todos los dioses. Si a la gente de Oak Ambler, de Solis entero, le habían hablado de la profecía… Ahora mismo no me podía permitir pensar en las consecuencias que eso traería.

—¿Crees en profecías?

—Creo en lo que sé. Ya nos has atacado una vez —dijo Forsyth —. No eres ninguna salvadora.

En el fondo de mi mente, supe que no habría manera de razonar con él. Que tal vez no hubiese manera de razonar con ninguno de los que creyeran que yo era el Heraldo. Pero aun así, tenía que intentarlo.

—Los que deseen marcharse no sufrirán ningún daño. Abandonad el Adarve —ordené, mientras rogaba en silencio por que me escucharan—. Abrid las puertas y dejad que la gente elija lo que quiere…

—¿O qué? Si pudieras derribar las puertas, ya lo hubieses hecho —ladró el comandante—. No hay nada que pueda derribar estas puertas. —Dio media vuelta.

Sentía los ojos de Emil y de Kieran sobre mí. Miré a los arqueros y vi que muchos intercambiaban miradas nerviosas, pero no se movió nadie. Ya sentía esas *marcas* cortando mi piel. Me dolía el corazón por lo que estaba a punto de suceder.

—Que así sea —musité, y dejé que mi *voluntad* creciera en mi interior.

Un retumbar lejano sonó en respuesta, como un eco en el viento.

Capítulo 14

El comandante Forsyth se detuvo cuando una bandada de pájaros se desperdigó de repente en el cielo. Luego se dio la vuelta despacio. A lo largo del Adarve, los guardias se acallaron, levantaron la vista hacia una sombra que se deslizaba por encima de los pinos. Los gritos de alarma no tardaron en oírse cuando los *drakens* surgieron de entre los árboles y fueron visibles de pronto.

Con escamas de color ceniza, Nithe era más o menos del tamaño de Setti, un poco más grande que el corcel. Extendió sus alas del color de la medianoche para ralentizar su descenso. Un rugido grave brotó de su interior, como el retumbar de un trueno, y los guardias iniciaron una retirada frenética junto a su comandante.

—Demasiado tarde para eso —murmuró Emil.

No aparté la mirada.

Quería hacerlo.

Pero me obligué a contemplar el resultado final de mi *voluntad*.

Una columna de fuego y energía hizo que el mundo entero brillara cuando Nithe bajó en picado e incendió el aire por encima de la muralla. Por un momento, el comandante y los guardias no fueron más que sombras retorcidas y contorsionadas. Y después, cuando las llamas amainaron, no eran nada.

Nithe ascendió en un rápido arco cuando una sombra mucho más grande cayó sobre nosotros. Reaver bajó como una exhalación, con un tercer *draken* pegado a sus talones, su cuerpo marrón verdoso casi tan grande como el de Reaver. Aurelia voló a lo largo de la muralla, soltando una ristra de llamaradas por encima del Adarve que acabó con los guardias antes de que tuviesen ocasión de llegar a ninguna de las escaleras. Cada vez se oían más gritos. *Alaridos*. No aparté la mirada.

Reaver aterrizó delante de nosotros y su impacto hizo que nuestros caballos dieran varios pasos atrás. Estiró el cuello y escupió un fogonazo que dio de lleno en las puertas. Una oleada de calor nos golpeó cuando una pared de llamas plateadas barrió por encima de la piedra caliza y el hierro. Reaver avanzó, las alas desplegadas mientras continuaba rociando fuego sobre las puertas.

Entonces las llamas menguaron. Reaver replegó las alas y se dio impulso hacia el cielo, dejando solo tierra chamuscada donde las puertas habían estado antes.

Mis ojos se clavaron en la abertura llena de humo mientras los *drakens* aterrizaban sobre el Adarve, las gruesas garras clavadas en la piedra. Contemplaron la ciudad al otro lado. Todo estaba en silencio. Sin chillidos. Sin gritos.

En ese momento, resonaron unos cuernos desde la Ciudadela de Oak Ambler, su bramido estremecedor en el completo silencio. La cabeza de Reaver voló en esa dirección, pero esperó. Lo mismo que Nithe y Aurelia. Porque *nosotros* esperábamos.

—A través del humo —dijo Kieran—. Preparaos.

Con el corazón acelerado, alargué la mano hacia la espada de mi cadera cuando varias figuras aparecieron entre el humo, pero Aurelia emitió un trino suave. Me quedé quieta. Fuera lo que fuere ese sonido, era suave, no un sonido de advertencia.

—Esperad —dije, los ojos fijos en el humo a medida que se dispersaba despacio para revelar a…—. *Por todos los dioses*. —Se me quedó el aire atascado en el pecho cuando alcancé a ver a la multitud de detrás de las puertas—. Miles —susurré, la garganta cerrada al tiempo que se me anegaban los ojos de lágrimas. Sabía que no debía mostrarme tan emotiva. Este no era el momento para eso, pero no pude evitarlo.

Kieran se estiró hacia mí y puso una mano sobre la mías. Me dio

un apretón.

—*Miles* —confirmó—. Salvaremos a miles.

Un alivio potente rugió a través de mí cuando empezaron a avanzar despacio, algunos cargados con todo lo que podían entre los brazos y sobre la espalda, como los que habíamos visto antes. Otros solo acunaban a niños. Y otros más iban lastrados con la carga de los mortales más mayores y los enfermos. Los heridos, cubiertos de sangre fresca y piel magullada. A medida que se acercaban despacio a nosotros, sus pasos eran vacilantes bajo los ojos atentos de los *drakens*. El miedo plagaba el aire y su sabor amargo se arremolinaba en el fondo de mi garganta. Iba seguido de la incertidumbre, ácida y cítrica cuando muchos se echaban a temblar al captar el primer atisbo de los *drakens*, sus formas oscuras parcialmente ocultas por el humo que subía hacia el cielo. También había… algo más ligero. Más fresco. *Asombro*. Entonces oí los susurros.

Doncella.

Elegida.

—Todo va bien —les aseguré, la voz ronca—. Caminad hacia Massene. Ahí estaréis a salvo.

Quería decir más, *hacer* más, pero no podía quitarles el miedo, aunque fuese muy parecido al dolor. No el de todos ellos.

—¡Mamá! ¡Mira! —gritó un niño señalando a los *drakens*. Tenía los ojos llenos de asombro, no de miedo, mientras estiraba y jalaba de la mano de su madre para intentar ver mejor al pasar a toda prisa por nuestro lado—. ¡Míralo!

Costó una bendita eternidad que el último de los mortales saliera del Adarve y empezara a cruzar el prado para entrar en el bosque. Entonces noté ese roce primaveral contra mis pensamientos. Desde lo más profundo del bosque, nos llegó un murmullo de inquietud procedente de los que habían huido de la ciudad. Miré por encima del hombro. Un aullido agudo alanceó la quietud, seguido de otro y otro que sacudieron la pinocha de las ramas. Gimoteos y llamadas resonaron por el aire a medida que los *wolven* corrían entre los árboles, por delante de los asustados mortales, muchos de los cuales se habían quedado paralizados en el sitio, acobardados cerca del suelo.

—Creo que esos son todos, alteza. —Emil cambió el agarre sobre su escudo.

El ruido del tronar de los cascos del ejército que ya se acercaba al Adarve resonaba al mismo ritmo que mi corazón. Deslicé los ojos hacia donde el castillo de Redrock parecía llamarnos desde la lejanía. Donde se alzaba cerca de los acantilados, centelleando como madera quemada a la luz del sol.

Los *wolven* surgieron de entre los árboles, un ejército de garras y colmillos. Sage cortó entre Emil y yo, su pelaje brillaba como el ónice pulido. Arden la seguía. Luego Vonetta y Delano se unieron a ellos y condujeron a los *wolven* al interior de la ciudad.

El aire que inspiré apenas llenó mis pulmones. Apreté las manos sobre las riendas de Setti. A mi lado, Kieran se echó hacia delante para desenvainar una de sus espadas. Me miró. Nuestros ojos se cruzaron y asintió. Yo descolgué mi ballesta.

—Es la hora. —Apreté las piernas contra los costados de Setti y sus poderosos cascos nos propulsaron hacia delante.

Partimos al galope y cruzamos a toda velocidad por las puertas ahora inexistentes para entrar en Oak Ambler, una ciudad menos que se interponía entre la Reina de Sangre y yo.

Unas grandes sombras se cernieron sobre nosotros en cuanto salimos de debajo del Adarve. Levanté la mirada para ver a Reaver planear por encima de nuestras cabezas, flanqueado por Nithe y Aurelia. Volaban a la altura de los edificios y sus alas casi rozaban las cimas de las estructuras.

Y entonces nos llegó el *sonido*.

Unos cuernos bramaban en la distancia. Miles de caballos irrumpieron en la ciudad detrás de nosotros a medida que los ejércitos atlantianos entraban por el cuello de botella de las puertas, sus cascos atronadores sobre las calles adoquinadas, acompañados de sus respiraciones sonoras y sus resoplidos. El viento removido por las alas de los *drakens* silbaba en lo alto. Unos gritos tenues y lejanos resonaron en la distancia. Nunca había oído nada parecido.

Mi corazón latía a un ritmo enfermizo mientras sujetaba las riendas de Setti y la ballesta. La fuerza de la velocidad del caballo despeinó los mechones más cortos de mi pelo y los retiró de mi cara mientras galopábamos a través de las estrechas y enrevesadas calles bordeadas de tiendas y casas destartaladas. Los edificios eran, en su

mayor parte, un manchurrón informe, pero sí capté algunos atisbos breves de gente que se colaba a toda prisa en estrechos callejones. También vi a otros que montaban guardia delante de sus negocios con espadas de madera o mazos y escudos lamentables, preparados para morir por proteger su medio de vida mientras pasábamos a toda velocidad por delante de ellos y los *wolven* saltaban por encima de carros y carretas olvidados. Avanzamos por los barrios bajos de Oak Ambler con un solo objetivo en mente: el castillo de Redrock.

Las calles serpenteantes se ensancharon, empezaron a estar menos atestadas, y los *wolven* enseguida se abrieron en abanico, sus garras hincándose ahora en tierra y piedra. Cerca de la parte más interna de Oak Ambler, las casas eran más grandes y estaban más espaciadas, los negocios instalados en edificios más nuevos. Las calles estaban salpicadas de farolas. Los adoquines dieron paso a tupidos céspedes y estrechos arroyos, todo ello al pie de la colina del centelleante templo negro de Theon y la piedra carmesí del castillo de Redrock.

Y los cuernos… esos malditos cuernos… seguían bramando.

Más adelante, un puente de piedra brillaba como marfil pulido a la luz del sol, y al otro lado de un arroyo ancho pero poco profundo, el sol centelleaba sobre… *hileras* de escudos y espadas. Una masa de guardias y soldados. Nos habían estado esperando. El grueso de los guardias y soldados protegía las casas de los Ascendidos y los más ricos de Oak Ambler.

Y habían dejado que todos los demás se defendieran como pudieran.

Se me secó la boca y se me revolvió el estómago. El miedo colisionó con la adrenalina, rebotaron el uno contra el otro y salieron disparados hasta que nada más que el instinto guiaba mis acciones.

—¡Escudos arriba! —gritó Hisa desde atrás—. ¡Escudos arriba!

Una lluvia de flechas llenó el aire y me recordó, de un modo extraño, a los pájaros que emprendían el vuelo desde los pinos. Todo se ralentizó: mi corazón, mi cuerpo y el mundo fuera de él. O todo se aceleró tanto que *parecía* lento. En lo alto, los *drakens* subieron más para ponerse fuera del alcance de las flechas y nosotros seguimos nuestro avance hacia donde los soldados y

guardias de Solis se habían hecho fuertes al otro lado del puente, más allá del alcance de las flechas que dibujaban arcos por el cielo y luego bajaban en picado para impactar contra piedra y escudos y…

Cerré mis sentidos a cal y canto justo cuando los *wolven* llegaban al arroyo. Los seguimos, nuestros caballos salpicando agua por doquier.

—¡Mierda! —Kieran se inclinó hacia atrás cuando la línea de soldados al otro lado del arroyo se colocó en formación. Estamparon los escudos rojo sangre contra el suelo y los colocaron de pie, unos al lado de otros, para formar una pared debajo de una hilera de espadas que atravesaría la piel de los caballos y los *wolven*.

Mis ojos encontraron a Vonetta y luego a Delano entre la masa de *wolven* y las salpicaduras del agua. Iban por delante de los otros, ya casi a medio camino de cruzar el arroyo. No ralentizaron el paso. No mostraban miedo alguno. Se limitaron a seguir adelante hacia lo que sería una herida segura y quizás incluso la muerte para algunos.

No podía permitirlo.

Levanté la vista hacia los *drakens*, que respondieron antes de que mi *voluntad* pudiese incluso terminar de tomar forma de pensamiento.

Nithe se apartó de los otros y viró en un ángulo cerrado para bajar en picado delante de los *wolven*. A continuación, se vio un fogonazo de intensa luz plateada y una violenta llamarada barrió por encima de la fila de soldados.

Los *gritos*. La *imagen* de los soldados que dejaban caer sus escudos y sus armas, que se tambaleaban hacia atrás agitando los brazos en todas direcciones mientras la ardiente energía quemaba a través de su armadura y su ropa, su piel y sus huesos… Fue algo espantoso. Nithe levantó el vuelo cuando una llamarada aún más grande cayó sobre los soldados y cortó a través de la segunda y tercera fila de guardias. El fuego despejó el camino y no dejó más que una nube de cenizas y brasas. Mientras cruzábamos el arroyo, no podía pensar en el origen de la fina capa de cenizas que se asentaba sobre mis manos y mis mejillas y sobre el pelo de los *wolven*. Eso tendría que esperar.

Otra andanada de flechas voló por los aires, apuntadas más bajas. Reaver hizo un giro brusco y levantó una ráfaga de viento con un latigazo de su cola con púas. Las flechas cortaron a través del aire mientras Kieran acercaba su caballo a Setti y se inclinaba hacia mí al tiempo que levantaba su escudo. Mi mundo se puso oscuro y mi corazón dio un vuelco al oír el sonido de las flechas que impactaban contra el escudo de Kieran.

—Gracias —boqueé.

Kieran me lanzó esa sonrisa desquiciada suya y se enderezó, solo para estirarse hacia abajo y agarrar una lanza chamuscada por el fuego de los *drakens*, que había caído.

—La cosa está a punto de ponerse fea, *meyaah Liessa*.

Y así fue.

Los terrenos del templo de Theon, la imponente Ciudadela tipo fortaleza y las tierras entre ellos y el Adarve interior que rodeaba el castillo de Redrock se convirtieron en un campo de batalla.

Los *wolven* saltaban sobre soldados y guardias, derribaban sus escudos y espadas cuando los arrastraban al suelo y cortaban en seco sus agudos chillidos. Los soldados atlantianos se abrieron en abanico por toda la zona, sus capas blancas y doradas en un claro contraste con el templo de piedra umbra. Sus espadas doradas entrechocaban con otras de hierro en su avance imparable por el patio del templo.

En el fondo de mi mente, vi que esta era una matanza de un tipo diferente. Las fuerzas de Oak Ambler eran muy inferiores en número.

Los Ravarel tenían exploradores, debían conocer el tamaño de nuestros ejércitos. Tenían que saber lo inútil que esto era para ellos. Y aun así, habían permitido que ocurriera, en lugar de rendirse.

Emil y Kieran daban espadazos a un lado y a otro mientras continuábamos adelante, con los *drakens* detrás de nosotros. Pronto, Vonetta y Delano se nos unieron, igual que Sage y varios *wolven* más. Cruzamos la carretera y empezamos a subir hacia la cima de la colina cargada de árboles sobre la que se asentaba el castillo de Redrock. Decenas de soldados y guardias entraban a la carrera por las puertas del Adarve interior.

—¡Arqueros! —gritó Emil, levantando su escudo cuando una andanada de flechas cayó sobre nosotros desde las almenas del

Adarve interior y se estrelló contra la carretera y los escudos y los cuerpos. Se me cortó la respiración al oír los gemidos tras las flechas que daban en el blanco.

—¡Poneos a cubierto! —les grité a los *wolven* mientras Reaver se adelantaba. Su sombra cayó sobre los guardias que intentaban cerrar, frenéticos, las puertas del Adarve interior. Nithe y Aurelia lo siguieron, y varios de los arqueros ahí estacionados levantaron la vista hacia el cielo.

Algunos de los *wolven* corrieron hacia los árboles, esquivando flechas por el camino; otros se quedaron agazapados al lado de los caídos. El instinto impulsó mis acciones. Conjuré el *eather* que daba vueltas dentro de mi pecho. La esencia respondió de inmediato, inundó mis venas y eliminó de un plumazo las ráfagas de adrenalina casi mareantes. Vi que varios de los arqueros apuntaban a los *wolven* heridos y a los que los protegían.

No me preocupé por cuánto me debilitaría usar la esencia, tampoco me permití pensar en quiénes eran los arqueros de la muralla. Esto era una guerra. Me lo recordaba una y otra vez. Esto era una guerra.

Una telaraña plateada de *eather* se formó en mi mente, se envolvió alrededor de los arqueros del Adarve y se filtró en su interior. No supe exactamente lo que hizo… lo que hice *yo*… pero ese sabor metálico se arremolinó en mi boca. Todo lo que sabía era que quería que fuese rápido y lo más indoloro posible. Y me dio la sensación de que así fue. No hicieron ni un ruido al desplomarse ante las aspilleras. Cayeron hacia atrás y hacia delante, muertos antes de tocar el suelo fuera del muro.

Ese tipo de poder…

Me dejó un poco aturdida mientras reabsorbía el *eather*, pero no había tiempo para pensar en ello. Las puertas se cerraron al tiempo que un puñado de guardias y soldados que se habían quedado fuera corrían hacia los *wolven*.

Había al menos cuatro veces más solados y guardias en el Adarve interior que en el exterior, para proteger el castillo de Redrock y a los Ascendidos, a los cuales no les preocupaba en absoluto la gente que había quedado fuera. Intentarían resistir detrás de unas murallas tan anchas como las del Adarve exterior. Piedra que los protegía de invasiones y de la gente sobre la que

gobernaban, y que permitía que pasaran cosas en el interior de las cuales solo los dioses tenían constancia.

Pensé en el palacio de Evaemon, donde no había muralla que separara a la Corona de su gente, y en mi asombro al ver lo accesible que era la familia real y todo su entorno.

Un destello de pelo pardo captó mi atención. Levanté la ballesta y la sujeté como me había enseñado Casteel de camino a Spessa's End. Apunté y disparé el virote, más grueso que una flecha.

Dio en el blanco y derribó a uno de los guardias antes de que pudiese llegar hasta Vonetta. La *wolven* pasó a toda velocidad junto a él cuando caía hacia atrás y luego saltó por los aires para derribar a otro guardia. Encontré a Reaver en el cielo.

—Destruidlo —murmuré, al tiempo que apuntaba con la ballesta a un soldado que corría en dirección a Delano—. Destruid el Adarve interior.

Disparé y le di al hombre de lleno. Sus piernas cedieron debajo de él justo cuando el *wolven* blanco cerraba las fauces en torno al brazo de un guardia que columpiaba su espada hacia un *wolven* herido. Delano tiró con violencia del hombre hacia atrás y le retorció la cabeza para cortar en seco su alarido. Un chorro rojo voló por los aires y manchó el pelaje níveo del lobuno.

—Atrás —les gritó Kieran a los *wolven* mientras yo estiraba mi mente hacia todos los que pude a través del *notam*—. ¡Atrás!

Los *wolven* evitaron la muralla y retrocedieron en el mismo momento en que Reaver asomaba a través del resplandor del sol y se lanzaba en picado hacia el Adarve interior. Una columna de fuego intenso salió disparada hacia delante y se estrelló contra la piedra. Pedazos de roca explotaron bajo su poder. Otra oleada de fuego provino de más arriba, y luego una tercera a medida que los *drakens* volaban a lo largo de toda la muralla detrás de la que se escondían los Ascendidos. Las llamaradas arrasaron la estructura de modo que no quedó nada entre el castillo de Redrock y la gente. Como debía ser.

A medida que el humo y los escombros se asentaban, insté a Setti a avanzar. Los *wolven* surgieron de entre los árboles y, por tonto que fuera, contuve la respiración hasta que cruzamos al patio salpicado de cascotes de piedra. Solté una bocanada de aire entrecortada y observé cómo los soldados y guardias restantes

corrían hacia el otro lado del patio, en dirección a las puertas principales del castillo, selladas con marcos de hierro y…

Kieran frenó en seco a su caballo y se inclinó hacia mí para agarrar las riendas de Setti. Giré la cabeza a toda velocidad justo cuando una *draken* marrón verdosa aterrizaba en el patio delante de nosotros. Su cola dio un latigazo que pasó a meros centímetros de los hocicos de nuestras monturas.

—Por todos los dioses —exclamó Kieran con voz rasposa—. No tienen ninguna conciencia espacial.

Era verdad.

Las grandes alas de Aurelia se deslizaron hacia atrás al tiempo que ella extendía la cabeza hacia delante y soltaba un fogonazo de fuego plateado en dirección a los guardias, eliminando a un buen puñado de ellos. Los *drakens* tenían que estar cansándose, y no tenía ni idea de cómo se recuperaban.

Supuse que debería haber preguntado eso antes.

Varias docenas de guardias más aparecieron desde la parte de atrás del castillo e inundaron el patio.

—Voy a retirar a los *drakens* —anuncié, y Kieran no lo cuestionó. Aurelia giró la cabeza hacia mí—. Marchaos —la insté. No había ninguna amenaza de arqueros, pues no se veían aspilleras en las torres frontales de Redrock. Y los que habían estado en el Adarve interior… bueno, ya no eran una preocupación—. Buscad un lugar seguro para descansar.

La *draken* soltó un bufido grave y profundo, pero se elevó. Vi que Reaver y Nithe hacían lo mismo, aunque no fueron lejos. Nithe y Aurelia se retiraron a los enormes robles y las escarpadas rocas que asomaban por los acantilados del patio que daban al mar. Pero Reaver…

Voló hasta una de las torres carmesíes, donde hundió las garras en la piedra e hizo saltar una fina nube de polvo por los aires, antes de enroscar el cuerpo alrededor del pináculo. Estiró el cuello y bajó la vista hacia al patio. Luego soltó un rugido ensordecedor que hizo que muchos de los soldados se desperdigaran en distintas direcciones, y otros se detuviesen donde estaban y se cubrieran la cabeza con el escudo.

—¿Buscad un lugar para descansar? —Emil me miró, sus ojos dorados muy abiertos—. ¿Y él va y elige *eso*?

—No era exactamente lo que tenía pensado cuando les dije eso, pero Reaver… bueno, Reaver siempre será Reaver.

Kieran soltó una carcajada y yo levanté la vista hacia los soldados que habían ocupado sus puestos delante de la ancha escalinata que conducía a las puertas del castillo de Redrock. Tenía que haber al menos cien, los escudos sujetos lado a lado y las lanzas preparadas. No se movieron, mientras los *wolven* avanzaban acechantes por encima de lo que quedaba de la muralla.

Detrás de nosotros, nuestros ejércitos coronaron la colina y entraron en tromba en el patio. Capté un atisbo de Valyn, la armadura de su pecho salpicada de sangre. Hisa cabalgaba a su lado, su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Sentí un gran alivio al verlos.

Kieran guio a su caballo hacia delante, espada en mano.

—Nuestra lucha no tiene nada que ver con vosotros. Tiene que ver con los que se esconden detrás de esas puertas. Rendíos y no sufriréis ningún daño. Igual que los que han salido de la ciudad.

Me giré otra vez hacia los escudos y las lanzas, la ballesta siempre bien nivelada.

—Os lo juramos.

Los guardias y los soldados no se movieron, pero vi a varios bajar sus espadas. *Por favor*, pensé. *Por favor, solo escuchad*.

Desde la torre, Reaver dejó escapar una respiración ahumada y un gruñido retumbante que reflejó el de los *wolven* en el suelo, que lanzaban dentelladas al aire y enseñaban los dientes manchados de sangre mientras caminaban de un lado al otro por delante de soldados que tenían rostros demasiado jóvenes como para ser los responsables de mantener esa línea de defensa. Soldados que no tenían por qué morir hoy.

Muchos de los que ya lo habían hecho no habían tenido por qué.

Abrí mis sentidos a ellos y noté de inmediato el sabor salado de la desconfianza y el toque amargo del miedo cuando me miraban, cuando miraban a alguien que debían de creer que era una falsa diosa.

—Una vez fui la Doncella, la Elegida, pero no me había elegido ningún dios —empecé, tras enganchar la ballesta a una de las correas de Setti—. Lo hicieron los Ascendidos porque sabían lo que era.

Me había vestido de blanco para recordar a la gente quién era.

Había llegado el momento de mostrarles en qué me había convertido.

Dejar que la esencia del dios primigenio saliera a la superficie era como que me quitaran las cadenas de oro, que me levantaran el velo. Cuanto más permitía que ocurriera, más… natural parecía. No me dio la sensación de que esto fuese a debilitarme, porque era como si ya no ocultara quién era. Era casi un alivio.

El zumbido en mi pecho palpitó y vibró a través de mis venas. La corriente de poder afloró en mi piel, donde apareció un aura de un blanco plateado.

Una oleada de sorpresa cayó como lluvia gélida y onduló sobre todos los que estaban parados ante mí.

—No soy el Heraldo de nada. Llevo la sangre del Rey de los Dioses en mi interior y los que residen dentro de estas paredes no hablan con ningún dios ni en nombre de ningún dios. *Ellos* son vuestros enemigos. No nosotros.

No se movió nadie.

Y entonces…

Escudos y lanzas empezaron a repiquetear contra los escalones de piedra a medida que se *rendían*.

La oleada de alivio que sentí fue tan potente que me mareó un poco. Reabsorbí el *eather*, acaricié el cuello de Setti y columpié la pierna por encima de la silla para desmontar. Emil y Kieran me siguieron a toda prisa cuando eché a andar, los muslos doloridos por lo tensa que había estado durante todo ese tiempo.

Bajo la atenta mirada de los *wolven* y de Reaver, los hombres observaron cómo me acercaba a ellos. Unos pocos se habían arrodillado, una mano temblorosa sobre el pecho y la otra en el suelo. Los otros permanecían en pie, como aturdidos.

—Todo lo que necesito saber ahora mismo es dónde están los Ravarel y los Ascendidos en el castillo —les dije.

—En las cámaras. —Un hombre joven vestido con el negro de la guardia del Adarve temblaba al hablar—. Habrán ido a las cámaras subterráneas.

Mientras Vonetta, con la ayuda de varios otros, iba a asegurar el control del templo de Theon, y con un poco de suerte a encontrar a los niños, descendí a las cámaras subterráneas del castillo de Redrock junto a Kieran, Emil y algunos de los *wolven*. Valyn comenzó el registro de Redrock con Hisa y varios de los soldados.

No miré más allá de los estandartes carmesíes con el escudo real y el pasillo que conducía al Gran Salón. No podía. Lo último que necesitaba era que me recordaran al lugar en el que Ian había respirado su último aliento.

Y donde había visto a Casteel por última vez.

Así que fuimos directos hacia el pasillo por el que nos había guiado la doncella personal la última vez que estuvimos aquí. El guardia del Adarve que había hablado en el patio encabezaba la marcha; mi mente, mientras tanto, divagó hacia lo que había visto en una de las cámaras subterráneas.

La jaula.

Mi *padre*.

Sabía que era harto improbable que todavía estuviese ahí. Ni siquiera entendía por qué lo había llevado Isbeth con ella en primer lugar, pero dudaba mucho de que lo hubiese dejado atrás.

—Sigue andando —indicó Emil con frialdad cuando Tasos, el guardia, ralentizó el paso al bajar por una escalera estrecha.

—Lo… lo siento. —Tasos apretó el paso cuando Arden, en su forma de *wolven*, le dio un empujoncito con el hocico—. Es solo que debería haber guardias aquí. —Tragó saliva—. Por lo menos diez.

Miré de reojo a Kieran. Eso era raro.

—¿Crees que podrían haberse unido a la batalla en el exterior?

—No. Recibieron órdenes de bloquear la escalera —nos dijo Tasos—. Es la única entrada a las cámaras subterráneas desde el interior.

¿Es posible que se hayan trasladado a la sección por la que nos colamos nosotros?, susurró la pregunta de Delano a través de mis pensamientos cuando doblábamos un recodo de la escalera.

Justo entonces, nos golpeó el hedor.

El enfermizo olor dulzón de la muerte.

—¿Qué es…? —Tasos dejó la frase a medio terminar cuando entramos en el estrecho pasadizo iluminado por antorchas.

—Diablos —masculló Kieran, mientras yo estiraba una mano hacia la daga de hueso de *wolven* atada a mi muslo. Lo hice por costumbre, en lugar de echar mano de las espadas.

Rojo. Había muchísimo rojo. Cubría el suelo de piedra, salpicaba las paredes y se arremolinaba debajo de los cuerpos.

—Bueno —musitó Emil alargando la palabra. Bajó la vista hacia una espada de heliotropo tirada en el suelo. Una de varias por ahí desperdigadas—. Supongo que estos son los guardias.

—Sí —graznó Tasos, que contemplaba la escena espantado, los brazos rígidos a los lados.

—¿Crees que lo habrán hecho los Ascendidos? —preguntó Emil tras girarse hacia mí.

La cabeza de Tasos giró a toda velocidad hacia Emil, su sorpresa fue un estallido gélido en el fondo de mi garganta. Estaba claro que no tenía ni idea de quiénes eran los Ascendidos.

—No veo por qué harían algo así. —Eché a andar, sin intentar siquiera evitar la sangre. Hubiese sido imposible. Emil, como siempre, me siguió de cerca.

Kieran se arrodilló al lado de uno de los guardias caídos.

—No creo que esto sea obra de un *vampry*.

—¿*Vampry*? —susurró Tasos.

No había tiempo suficiente en el mundo para explicar lo que eran los Ascendidos. Ninguno de nosotros se molestó.

—Mirad esto. —Kieran levantó un brazo flácido cuando Delano llegaba hasta ellos. El uniforme negro estaba desgarrado y roto para revelar una piel que no había salido mucho mejor parada.

Me puse tensa. Incluso a la titilante luz de las antorchas, reconocí las heridas. Las vi sobre mi propio cuerpo. Las marcas irregulares de mordiscos. Cuatro series de colmillos. Me di la vuelta para examinar otro cuerpo. Se me revolvió el estómago y tragué saliva. El pecho del hombre mostraba marcas de *garras* que habían dejado al descubierto las fibras rosáceas de músculos y tejidos.

Se me pusieron de punta todos los pelos del cuerpo y desenvainé la daga de *wolven*.

Las orejas de Arden se aplanaron contra su cabeza y emitió un gruñido que reverberó por el pasillo mientras avanzaba acechante, un paso y luego otro. En ese mismo momento, la cabeza de Kieran giró de golpe hacia donde el pasillo se bifurcaba. Los labios de

Delano se retrajeron y gruñó desde lo más profundo de su garganta.

Los *wolven* la percibieron antes de que nosotros la viéramos en volutas etéreas que emanaban del pasillo que teníamos delante y se extendían a nuestro alrededor.

La *neblina*.

Y solo podía haber una cosa en su interior. La misma cosa que era responsable de estas heridas.

Demonios.

Capítulo 15

Vikter me había dicho una vez que creía que la neblina era más que solo un escudo que ocultaba a los Demonios. Creía que era lo que llenaba sus pulmones, puesto que el aire no lo hacía. Era lo que emanaba de sus poros, puesto que no sudaban.

Para mí aquello nunca había tenido sentido entonces, pero ahora, después de haber visto la niebla primigenia de las montañas Skotos y luego otra vez en Iliseeum, me preguntaba si Vikter habría tenido algo de razón. Si esta neblina primigenia no estaría de algún modo relacionada con lo que rodeaba a los Demonios.

Tendría que pensar en ello más tarde, cuando la neblina no estuviese llenando el final del pasillo y llegase ya hasta la mitad de la pared. Dentro de ella, podían verse formas oscuras. Muchas formas oscuras…

Arden se lanzó al ataque, directo hacia la neblina.

—¡No! —grité.

Pero fue demasiado tarde. La neblina lo engulló y sus violentos gruñidos quedaron perdidos entre aullidos que ponían los pelos de punta.

—¡Mierda! —Kieran agarró una espada de heliotropo del suelo y le pasó otra de una patada a Emil. Se enderezó.

Yo agarré a Tasos del cuello de la chaqueta y empujé al guardia desarmado hacia atrás mientras Emil aferraba una lanza con una hoja de piedra de sangre.

—Quédate atrás —le ordené, pues no me fiaba de que el guardia no fuese a empuñar un arma y a usarla contra nosotros en lugar de contra un Demonio.

Un Demonio salió disparado hacia nosotros… a una velocidad increíble y de una *frescura* increíble. Debajo de la cara pringada de sangre, la piel del hombre llevaba la lividez grisácea de la muerte y ya se habían formado sombras bajo sus ojos carmesíes, pero la túnica y los pantalones negros no estaban andrajosos. Otro Demonio salió de la neblina con un aullido agudo. Era una mujer, vestida igual que el hombre. Luego otro y otro. A ninguno le faltaban puñados de pelo ni tenía trozos de piel colgando o desaparecidos del todo.

Todos ellos tenían heridas enormes y terribles en el cuello.

—Hijo de… —Emil cambió su agarre sobre la lanza— puta. —La tiró y le dio al Demonio de lleno en el pecho.

La criatura giró sobre sí misma y cayó hacia atrás. Otra ocupó su lugar y yo corrí hacia ella y metí un brazo por debajo de la barbilla del Demonio nuevo. Unos dientes manchados de sangre me lanzaron una dentellada. La mujer… oh, por todos los dioses, debía de tener mi edad, o quizá fuera incluso más joven. Hubiese sido guapa, si no fuera por las venas oscuras que se extendían desde el *mordisco* de su cuello y cubrían un lado de su mejilla.

Y por el hecho de que, básicamente, estaba muerta.

Clavé la piedra de sangre en su pecho justo cuando un atroz dolor ardiente se *estrellaba* contra mí. Un dolor que no era mío. *Arden.* Solté la daga de un tirón y di un salto hacia atrás mientras Emil tiraba a un lado a un Demonio descabezado.

Delano saltó por encima de Emil cuando el atlantiano se agachó para recuperar una espada de heliotropo. Aterrizó sobre el pecho de un Demonio y se lo destrozó con las garras mientras yo buscaba a la desesperada alguna señal de Arden. No podía oírlo entre tantísimos chillidos infernales.

Con el corazón desbocado, incrusté la daga en el pecho de otro Demonio al tiempo que dejaba que mis sentidos se estiraran. Buscaba la impronta única de Arden. Era salada como el mar y me

recordaba a la Cala de Saion. No la encontré. No lo percibía. El pánico afloró en mi interior.

Kieran soltó una maldición mientras cortaba a través de un Demonio, luego giró en redondo cuando otro se dio impulso contra la pared y se abalanzó sobre él. Salí disparada, estiré y levanté una pierna y planté mi pie contra el estómago del Demonio. Intenté no pensar en cómo no se hundió bajo la fuerza del impacto como haría el de un Demonio podrido, en cómo este hombre más mayor, con arrugas de expresión manchadas de sangre, podía haber estado vivo el día anterior. La patada lanzó al Demonio contra la pared. La criatura gritó cuando corrí hacia ella, pero corté en seco el sonido de un golpe directo a la cabeza. Giré en redondo y la neblina onduló alrededor de mis caderas.

—Gracias —gruñó Kieran.

—Tenemos que encontrar a Arden. —Pasé como una exhalación por su lado. Solté una exclamación ahogada cuando un Demonio hizo ademán de agarrarme. Me colé por debajo de su brazo, luego di media vuelta e incrusté la daga en la base del cuello de la criatura para cortar su médula. Volví a girar y rebusqué entre la densa neblina revuelta.

Había tres Demonios arrodillados, apiñados en el suelo sobre algo que había sido blanco y plata pero ahora era… rojo.

Se me paró el corazón. No. No. No.

El horror me propulsó hacia delante. Agarré un puñado de pelo de uno de los Demonios, una mujer, al tiempo que clavaba la hoja en la parte de atrás de su cuello. Su boca entreabierta relucía ensangrentada. Atragantada con un grito, agarré a otro y lo aparté a un lado. Kieran llegó al instante para clavar su espada en la cabeza del Demonio. Emil se abalanzó sobre el tercero, y su espada cortó el cuello del último Demonio cuando yo caía de rodillas al lado de Arden.

—Oh, por todos los dioses —exclamé, horrorizada. Dejé caer la daga. Arden respiraba demasiado deprisa y las heridas, los mordiscos…

—Protegedla —ordenó Kieran antes de dejarse caer al suelo empapado de sangre enfrente de mí.

Delano se apretó contra mi espalda mientras Emil caminaba en círculo a nuestro alrededor. Hundí las manos en el espeso pelaje de

Arden. Noté cómo su pecho subía y luego se paraba. No hubo espiración. Nada. Mi corazón trastabilló. Mis ojos volaron hacia su cabeza a medida que la neblina se disipaba despacio a nuestro alrededor. Arden tenía los ojos abiertos, de un azul pálido, apagado. La mirada fija.

—No —susurré—. No. *No*.

—Joder —explotó Kieran. Se inclinó hacia delante y puso una mano sobre el cuello de Arden—. *Joder*.

Sabía lo que había dicho Reaver, pero tenía que intentarlo. Tenía que hacerlo, porque no podía ser demasiado tarde. Un cosquilleo intenso y caliente bajó por mis brazos y se extendió por mis dedos cuando invoqué la esencia primitiva. Un resplandor blanco y plata se deslizó entre el pelaje…

El Demonio restante aulló, el sonido más agudo y más alto que antes. Emil hizo un ruido gutural y noté que se tambaleaba, pero consiguió mantenerse en pie. Un cuerpo golpeó el suelo a nuestro lado, luego una cabeza. Canalicé el *eather* hacia el cuerpo de Arden y concentré toda mi voluntad en él. *Respira. Vive. Respira*. Una y otra vez, repetí esas palabras, como había hecho con la niñita a la que había golpeado un carruaje. El aura se extendió por encima de su cuerpo en una centelleante telaraña de *eather* y luego se hundió a través del pelo apelmazado y dentro de la piel y los tejidos desgarrados. No era demasiado tarde. No podía serlo. *Respira. Respira*. Aporté a mis esfuerzos todos los recuerdos maravillosos y felices que tenía. Recuerdos de Ian y de mí en la playa con las personas que siempre serían nuestros padres. El recuerdo de cómo me sentí, arrodillada sobre la tierra arcillosa, cuando deslizaban una alianza en mi dedo, la mirada perdida en unos preciosos ojos dorados. Todo mi mundo detrás de mis párpados cerrados se volvió blanco y plateado mientras el *eather* palpitaba y se avivaba en lo más profundo de mi ser…

—Poppy —susurró Kieran.

No estaba pasando nada.

Los chillidos estridentes cesaron.

Con el corazón roto, miré a los ojos de Arden. Seguían vacíos, sin vida. Su pecho no se movía. Empujé más fuerte. Me temblaban las manos a medida que la neblina retrocedía y se despejaba. Sangre. Había muchísima sangre.

La mano de Kieran resbaló del cuerpo de Arden y se cerró sobre la mía.

—*Poppy*.

—Quería que funcionara. Quería… —Un sollozo entrecortado entreabrió mis labios.

—*Para* —me ordenó Kieran en voz baja. Levantó mis manos, mis manos empapadas de sangre. Apretó los labios contra mis nudillos—. Se ha ido. Lo sabes. Se ha ido.

Me estremecí mientras Delano se giraba y empujaba con la nariz la pata de Arden. Gimió con suavidad. La aflicción se acumuló en mi garganta, ácida y amarga. Provenía de ellos. Provenía también de mí, a medida que el pelo fue desapareciendo para revelar una piel pálida y manchada de sangre. Arden recuperó su forma mortal.

Separé mis manos de él y me eché hacia atrás. Cerré los ojos. Las lágrimas me quemaban la garganta. No conocía a Arden tan bien como a varios de los otros, pero en Evaemon se había convertido en mi sombra. Había empezado a conocerlo. Me gustaba. No se merecía esto.

Los otros retrocedieron un poco, todos menos Kieran y Delano. Ellos se quedaron con Arden y conmigo. Me arrodillé a su lado, los ojos cerrados mientras la pena (*gélida, glacial*) y ese lugar hueco en mi interior (frío y oscuro) se calentaban.

—Estos Demonios eran sirvientes —dijo Emil, la voz ronca—. ¿Verdad?

—Lo eran —llegó la respuesta de Tasos—. Esa es Jaciella. Y Rubens. Los dos estaban vivos ayer. Igual que… —Tasos continuó con una lista de nombres de los que servían a los Ascendidos.

—Han sido ellos —dijo Kieran con voz queda. Su ira, caliente y al mismo tiempo fría, llegó hasta mí y colisionó con mi creciente furia.

Deslicé la mano por el brazo de Arden y abrí los ojos. Estaban secos. Casi.

El aura blanca detrás de las pupilas de Kieran refulgía con intensidad y ese sabor se extendió por mi boca otra vez. Esta vez, palpitó en mi pecho, en mi corazón, y en el mismísimo centro de mi ser.

—Encontradlos —escupí. Palpé a mi alrededor hasta tocar mi daga—. Encontradlos y traédmelos.

Habían transformado a más sirvientes, pero algunos habían conseguido salir de las cámaras subterráneas y evitar de alguna manera la luz del sol. Valyn e Hisa habían dado debida cuenta de varios en el primer y el segundo piso del castillo de Redrock.

Habíamos tenido suerte de no toparnos con ellos cuando entramos en las escaleras.

Hasta que dejamos de tenerla.

Miré el lugar donde yacía Arden, envuelto en una tela blanca, al lado de los guardias y de los Demonios caídos. Los conté. Dieciocho. Los Ascendidos habían transformado a dieciocho mortales. Algunos de ellos tenían aspecto de haberse defendido. Lo vi en los nudillos magullados y las uñas rotas. Los mortales convertidos en Demonios recibirían los mismos honores que todos los demás.

Unas pisadas resonaron por el pasillo y aparté la mirada de los cuerpos para ver a Emil y a Valyn.

—¿Habéis encontrado a los Ascendidos?

Valyn negó con la cabeza.

—Creo que han abandonado la ciudad.

Kieran maldijo mientras Emil asentía.

—Los muy bastardos convirtieron a los sirvientes, tendieron la trampa y se marcharon.

—¿Cómo podemos estar seguros? —pregunté, dubitativa.

—Hemos comprobado todas las cámaras aquí abajo y las casas cercanas al Adarve interior están siendo registradas para ver si hay alguno escondido bajo tierra —explicó Valyn, el rostro tenso—. Pero creo que se han marchado.

Cada rincón de mí se concentró en él, pero cuando me estiré con mis sentidos, el escudo a su alrededor era aún más grueso de lo habitual.

—¿Qué habéis encontrado?

Ninguno de los dos contestó durante unos segundos largos. Al final fue Valyn el que habló.

—Lo que solo puedo suponer que es un mensaje.

—¿Dónde?

—En la cámara al final del pasillo de la izquierda —respondió.

Eché a andar hacia ahí, Delano pegado a mis talones. Valyn me agarró del brazo cuando pasé junto a él—. No creo que quieras verlo.

La inquietud afloró en mi interior.

—Pero debo hacerlo.

Me sostuvo la mirada y luego soltó mi brazo.

—No debería ver esto —le dijo a Kieran en voz baja.

Kieran no trató de detenerme, solo porque sabía bien que sería inútil.

El pasillo estaba en silencio mientras caminaba hacia la sala abierta, iluminada por el suave resplandor de unas velas que pude ver colocadas en el suelo. Mis pasos se ralentizaron a medida que me acercaba a la cámara. Me paré en seco cuando vi el interior.

Lo primero que vi fueron piernas.

Docenas de piernas que oscilaban con suavidad entre cajas de lo que parecía ser vino. Despacio, levanté la mirada. Pantorrillas delgadas. Marcas de mordiscos en las rodillas, por el interior de los muslos. Me estremecí. Muñecas rajadas. Pechos destrozados. El vaporoso blanco de un velo. Cadenitas doradas para sujetar los velos en su sitio. Cadenas doradas fijadas al techo para sujetarlas a *ellas* en su sitio.

Kieran se había puesto rígido a mi lado, Delano se apretó contra mis piernas. No podía respirar. No podía pensar ni sentir nada más que el *eather* dando vueltas en mi interior, la rabia que bullía. Esta gente… estas *chicas*…

Apreté una mano temblorosa contra mi tripa al ver las palabras en la pared detrás de ellas, iluminadas por varias filas de velas. Palabras escritas en sangre seca color óxido.

Todo lo que liberarás es a la muerte.

La mano de una de las niñas se movió.

Di un paso brusco hacia atrás. Kieran llegó al instante, pasó un brazo alrededor de mis hombros. No me dio otra opción que salir de la cámara y alejarme de las puertas. No me hubiese resistido, porque aquello era…

Me solté de Kieran para apoyarme contra la pared. Cerré los ojos. Seguía viéndolas, sus cuerpos desangrados.

—Poppy. —La voz de Kieran sonó demasiado suave—. Van a…

—Lo sé —mascullé, el estómago revuelto. Iban a convertirse en

Demonios. Tenían que estar a punto ya.

—Nos encargaremos de ello —me llegó la voz ronca de Emil—. Cubriremos sus cuerpos y lo haremos deprisa. Pronto encontrarán la paz.

Notaba la boca demasiado mojada.

—Gracias.

No había nada más que silencio mientras me concentraba en reprimir la esencia, la rabia. Empujaba contra mi piel y, por el más breve de los momentos, la imaginé estallando y arrasando el castillo entero. La ciudad. Pero incluso entonces, esa explosión de energía haría poco por aliviar mi furia. Tragué saliva con esfuerzo y cerré mi interior bajo llave. No fue fácil. Un temblor me recorrió de arriba abajo.

Delano se apoyó contra mis piernas, su preocupación arremolinada a mi alrededor. ¿*Poppy*?

—Estoy bien —susurré. Estiré el brazo para acariciar la parte de arriba de su cabeza. Respiré hondo y abrí los ojos solo cuando…

Cuando ya no sentía nada.

—¿Por qué has mentido ahí atrás? A Delano.

Me detuve al pie de las escaleras circulares del templo de Theon y levanté la vista hacia Kieran. *Ahí atrás*. En esas cámaras subterráneas donde Arden había respirado su último aliento. *Ahí atrás*, donde se habían alimentado de los sirvientes y luego los habían abandonado para que se convirtieran en Demonios. *Ahí atrás*, donde habían dejado a esas chicas con ese mensaje.

Ahí atrás había dejado varias *marcas*.

Y tenía la sensación de que habría más que cortarían mi piel antes de que terminara el día.

—¿A qué te refieres? —pregunté. Vi que Valyn ya había subido las escaleras, absorto en su conversación con uno de los soldados. No tenía ni idea de a dónde había ido Delano.

Kieran cruzó los brazos.

—Poppy.

Suspiré y deslicé los ojos hacia la entrada del templo en lo alto. Valyn se había adelantado y ahora hablaba con Cyr. La gran estructura circular tenía solo unas pocas ventanas largas y estrechas.

—Estoy…

Me sentía un poco mareada. No era físico. Estaba cansada. Pero eso tampoco era físico. Sentía como si… como si necesitara bañarme… no, necesitaba *ducharme*. Para borrar de mi piel los segundos, los minutos y las horas de todo este día. Estaba preocupada y llena de angustia mientras contemplaba la superficie lisa de las puertas negras. También me daba miedo lo que me aguardaba al otro lado. Lo que Vonetta y los otros habrían encontrado.

Sobre todo, que… quería que Casteel estuviese aquí conmigo para poder decirle cómo me sentía. Para que cargara con parte del peso. Para que recibiera algunas de estas marcas. Para hacerme sonreír e incluso reír a pesar de todos los horrores del día. Para distraerme y llevarse este frío doloroso.

—Estaré bien —dije con voz ronca. Kieran me miró con atención.

—¿Lo que les hicieron ahí atrás a esas chicas? ¿Ese mensaje? Lo hacen para desquiciarte. No puedes permitir que te afecte.

—Lo sé.

Excepto que ya me había afectado. Porque no parecía importar que no hubiese sido yo la que había matado a los mortales en Massene, a los *wolven* o a los *drakens*, a los sirvientes o a esas chicas. En cualquier caso, habían muerto por mi culpa.

Guiñé los ojos porque el sol del atardecer centelleaba sobre la piedra umbra. Miré más allá del templo, hacia donde podía ver la armadura dorada de varios de los soldados atlantianos a la puerta de una gran mansión. Hasta entonces, no habíamos encontrado *vamprys* en ninguna de las propiedades.

—¿Crees que es posible que se hayan marchado todos los Ascendidos?

—No lo sé. —Kieran me dio un empujoncito en el brazo con el suyo—. Pero vamos a tener que estar preparados, por si están escondidos en alguna parte.

—Es verdad —susurré—. Bueno, deberíamos ir hacia allí.

—Sí. —Kieran siguió la dirección de mi mirada y soltó un gran suspiro—. Deberíamos.

Abrí mis sentidos y dejé que se estiraran. Noté el sabor amargo de la tristeza y algo más denso, casi como preocupación. Noté un sabor a inquietud. Kieran no tenía muchas ganas de ver lo que podía aguardarnos en el templo.

—¿Estás bien?

—Lo estaré.

Entorné los ojos.

Esbozó una leve sonrisa, un indicio de burla antes de que desapareciera de nuevo. No dijimos nada más hasta reunirnos con Valyn en la cima de las escaleras del templo.

—Hay túneles debajo del templo —anunció Valyn, al tiempo que hacía un gesto hacia uno de los soldados al que reconocí como un miembro del regimiento de Aylard—. Lin justo me estaba hablando de ellos.

La garganta de Lin subió y bajó al tragar saliva.

—Había una entrada oculta en la sala de detrás del santuario —explicó Lin—. Conducía a un sistema de túneles subterráneos, uno bastante extenso. Y ahí había cámaras.

Tenía la desagradable sensación de que esos túneles conectaban con los de debajo de Redrock, que conducían directos a los acantilados. En nuestra primera visita a Oak Ambler, habíamos sospechado que los Ascendidos utilizaban esos túneles para trasladar a mortales de acá para allá sin ser vistos por otras personas. Lo cual también podía significar que los Ascendidos, si era que quedaba alguno, podrían utilizarlos para moverse sin que los viera nadie.

—Había… cámaras, alteza. Pero… —Lin no acabó la frase.

—¿Qué? —preguntó Kieran. Abrí mis sentidos y me llegó un sabor… ácido. Ansiedad.

—¿Qué visteis? —Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron en tensión. Si habían encontrado algo parecido a lo que habíamos visto en esa otra sala, no creía que pudiera soportarlo—. ¿Habéis hallado niños?

—Todavía no, pero sí encontramos a hombres y mujeres con vestiduras blancas.

Serían sacerdotes y sacerdotisas.

—¿Dónde están?

—Los tenemos en el santuario. —Lin se pasó una mano por la cara mientras yo subía los últimos escalones—. Todavía estamos registrando los túneles y las cámaras.

Cerré los puños al tiempo que dos soldados abrían las puertas. Entramos en la antesala del templo y pasamos junto a otra soldado que esperaba a un lado, con una expresión muy seria y los ojos fijos en la pared.

Unos estrechos rayos de sol entraban por las delgadas ventanas y reptaban por los suelos de piedra umbra. Docenas de candelabros dorados bordeaban las paredes, y sus llamas titilaron con suavidad cuando atravesamos la boca del santuario. No había bancos. Solo una plataforma enmarcada por gruesas columnas negras.

Estaban sentados delante de la plataforma. Seis de ellos, vestidos con las túnicas blancas de los sacerdotes y sacerdotisas de Solis. Tenían la cabeza gacha. Dos mujeres. Cuatro hombres. Los que tenían pelo, lo llevaban afeitado o bien recogido en una especie de cofia blanca de encaje. Las túnicas informes cubrían sus cuerpos, excepto por la cara, las manos y los pies.

Una cabeza calva se levantó, sus ojos miraron más allá de mí y luego saltaron de vuelta. Los abrió como platos mientras me acercaba.

—Sé quién eres.

Me detuve delante de él en silencio. Los demás sacerdotes y sacerdotisas levantaron la cabeza uno a uno. El rostro de alguien en quien no había pensado demasiado cobró forma en mi cabeza. *Analia*. La sacerdotisa de Masadonia que había sido responsable de mis *enseñanzas* pero prefería utilizar la mano como forma de educación. Había habido una crueldad particular en esa mujer, y no tenía ni idea de si los que tenía delante poseían la misma vena agresiva. De lo que no me cabía ninguna duda era de que Analia y todo el que sirviera en estos templos sabían la verdad sobre los Ascendidos y el Rito.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Framont —contestó el sacerdote—. Y tú… tú eres a la que llaman la Reina de Carne y Fuego. Te hemos estado esperando desde antes de que nacieras.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —exigió saber

Valyn, que se había acercado por detrás.

El sacerdote no lo miró. No apartó los ojos de mí. La tensión empezó a comprimir mi columna porque tenía la sensación de que sabía a qué se refería.

—La profecía.

Framont asintió y Kieran se acercó un poco más a mí.

—Es hora de que cumplas tu propósito.

—¿Mi *propósito*? —repetí—. Mi propósito es destruir a la Corona de Sangre…

—Y rehacer los mundos como uno solo. —Sus palabras me dejaron helada. Vessa había dicho que yo reharía los mundos. Una sonrisa casi infantil se desplegó por su cara redonda—. Sí, ese es tu propósito. Eres la Elegida, de la que se ha hablado mucho antes de que nacieras. Fuiste vaticinada. Prometida.

—¿De qué diablos está hablando este tipo? —masculló Cyr detrás de mí.

Kieran le lanzó una mirada rápida a Valyn.

—Los túneles de debajo de Redrock. Es muy probable que se conecten con este templo. Deberíamos vigilarlos de inmediato. —Había una intención en las palabras de Kieran, una más significativa que las palabras que pronunciaba—. Conducen a los acantilados que dan al mar.

Valyn captó el doble significado. El antiguo rey dio media vuelta.

—Quiero que todos vosotros garanticéis que Redrock sea seguro. Comprobad todos los túneles debajo del castillo y sellad esos pasadizos.

En cuestión de unos momentos, Valyn había despejado el templo de todos los generales y soldados. Solo se quedó Hisa, y ese fue un movimiento astuto. Aunque Valyn e Hisa habían purgado a todos los miembros de los Arcanos de sus filas, sus métodos no eran perfectos. Lo sabíamos debido al ataque que nos habían lanzado los Arcanos de camino a Evaemon. Pero aparte de eso, cualquiera que oyera la profecía daría por sentado que se refería a mí.

—Hablas de profecías —dije, volviendo a centrarme en el sacerdote—. De la gran conspiradora…

—*Nacida de la carne y el fuego de los Primigenios* —terminó—. Y que *despertará como la Heraldo y la Portadora de Muerte y*

Destrucción…

—Yo no he dado nacimiento a nada —lo interrumpí. La sonrisa se ensanchó, su cara se sonrojó.

—No de un modo físico.

—¿Cómo? ¿Cómo puede un sacerdote de Solis haber oído una profecía pronunciada por un dios hace una eternidad? —inquirió Valyn, aunque ya lo sabía. *Isbeth*—. Una profecía que solo un puñado de atlantianos ha oído.

—Porque nosotros siempre hemos servido al Verdadero Rey de los Mundos. —Entonces, y solo entonces, miró Framont a Valyn. Su sonrisa se convirtió en una mueca de desdén—. Y los atlantianos siempre han servido a una mentira.

Valyn se puso rígido y luego hizo ademán de dar un paso al frente. Levanté una mano para detenerlo.

—¿El Verdadero Rey?

—Sí. —Framont dijo la palabra como si fuese una bendición.

Los sacerdotes y las sacerdotisas creían que servían a los dioses, pero respondían ante la Corona de Sangre, a la que estaba segura que llamaban «la Verdadera Corona». Y todo lo que creían acerca de los dioses se lo habían imbuido los Ascendidos. Lo cual significaba que la persona que Framont creía que era ese Verdadero Rey debía ser el que Isbeth creía que debía serlo.

Y esa solo podía ser una persona.

Mi labio de arriba se enroscó cuando la ira palpitó a través de mí.

—La Reina de Sangre hablaba de la Verdadera Corona en sus llamamientos —le expliqué a Valyn—. ¿A quién crees que considera como el Verdadero Rey?

—Malec —bufó Valyn.

Tenía sentido, sobre todo ahora que Isbeth sabía que Malec estaba vivo. Un repentino estremecimiento me recorrió de arriba abajo. ¿Y si Isbeth había descubierto dónde estaba sepultado Malec?

A los dioses no se les podía matar del mismo modo que a las deidades retenidas debajo de las Cámaras de Nyktos, pero no podrían alimentarse. Según Reaver, Malec habría necesitado alimentarse más que un dios normal. Se habría debilitado hasta un punto en el que lo más probable era que ya no se pareciera en nada a quien solía ser. Supuse que en algún momento habría perdido el

conocimiento.

Pero ¿y si Isbeth no había utilizado la esencia de Kolis para crear la tormenta? ¿Y si había sido Malec? Sonaba imposible, pero…

—Vigílalo de cerca —le dije a Hisa. Luego le hice un gesto a Valyn para que nos separásemos unos pasos de los sacerdotes y las sacerdotisas. Kieran nos siguió y escuchó con atención lo que decía en voz baja—. No sé cuánto de lo que ha dicho es verdad o no, pero ¿qué sabes acerca de cómo sepultó Eloana a Malec?

—Empleó magia vieja. De qué tipo exacto no lo sé. También usó cadenas de huesos —añadió, y reprimí un escalofrío cuando el recuerdo de las retorcidas cadenas de huesos afilados y raíces antiguas salió a la superficie. Nyktos había creado ese método de incapacitar a cualquier ser que tuviera *eather* en su interior y había otorgado ese poder a los huesos de deidades muertas. No tuve que hacer ningún esfuerzo para recordar la sensación de las cadenas al clavarse en mi piel—. La única manera de que haya podido escapar es que alguien se las haya quitado.

Era posible que Isbeth hubiese averiguado dónde estaba sepultado Malec. Tenía que asegurarme. Malec era el as que tenía guardado en la manga. Era lo que mantenía a Casteel con vida.

—Necesitamos saber exactamente dónde fue sepultado Malec y cualquier otro sistema de seguridad que Eloana pudiera haber instalado.

Kieran frunció el ceño.

—Aunque la Reina de Sangre lo hubiese localizado, tendrían que conseguir superar a los Demonios, cosa que sería difícil, incluso para ella, sea lo que fuere.

—¿Y después de tanto tiempo? ¿Cientos de años? —añadió Valyn—. Estaría inconsciente. Dudo de que recordara quién es siquiera, no digamos ya que sea capaz de buscar vengarse de Atlantia.

—Eso es lo que pensaría cualquiera, pero él… *es* un dios. El hijo del Rey de los Dioses y su consorte. No tenemos ni idea de lo que sería capaz de hacer si de algún modo despertara y tuviera tiempo de recuperarse. —Y sangre, mucha sangre. Volví a mirar a los hombres y mujeres de blanco. Framont aún sonreía, como si cien de sus deseos se hubiesen hecho realidad todos de golpe. Era imposible saber qué les había dicho la Reina de Sangre a los sacerdotes y a las

sacerdotisas para evocar este tipo de fe—. Todo lo que está diciendo podría no ser más que juegos mentales, pero…

—Pero tenemos que estar seguros —convino Valyn—. Mandaré un mensaje a Evaemon en cuanto terminemos de lidiar con esto.

Asentí y volví a la tarea que teníamos entre manos mientras multitud de ideas rondaban por mi cabeza. Que Malec pudiese ser ese gran conspirador del que advertía la profecía tenía sentido… y aun así, no lo tenía. Por muchas razones. Empezando por: ¿qué podía tener yo que ver con el hecho de que él despertara? Cuando se lo pregunté a Framont, se limitó a sonreírme muy alegre. Y con nadie presente que pudiese utilizar la coacción, sabía que no le sacaríamos más información con respecto a esto.

Además, había algo que parecía mucho más importante de resolver. Dejé todos los demás asuntos a un lado por el momento.

—Quiero saber dónde están los niños.

—Están sirviendo a…

—No —lo interrumpí—. No me mientas. Conozco la verdad sobre el Rito. Sé que esos niños no sirven a ningún dios ni al Verdadero Rey ni a la Corona. A algunos los transforman en cosas llamadas Retornados. De otros se alimentan. Nada de eso implica un acto de servicio.

—Pero sí lo es —susurró Framont, un destello de ansiedad en su mirada—. Sirven. Igual que sirves tú. Igual que tú también…

—Yo que tú pensaría muy bien lo que vas a decir a continuación —advirtió Kieran. Framont lo miró de reojo.

—¿Me harás daño? ¿Me amenazarás con matarme? No le tengo miedo a la muerte.

—Hay cosas mucho peores que la muerte. Como ella cuando está enfadada. —Hizo un gesto con la barbilla en mi dirección—. Le gusta apuñalar cosas. Pero ¿cuando se enfada? Entonces verás exactamente de lo que es capaz una diosa.

Los ojos del sacerdote saltaron hacia mí y yo le dediqué una sonrisa tensa.

—Sí que se me da por apuñalar. Y ya estoy enfadada por un montón de cosas. ¿Dónde están los entregados en el Rito?

El hombre no tuvo ocasión de contestar.

—Tenemos a dos más de ellos —anunció Naill al entrar por la puerta lateral—. Y no son mortales. Son Ascendidos.

Apreté la mandíbula.

—¿Teníais a Ascendidos escondidos entre vosotros?

—Los Ascendidos sirven en los templos. Sirven al Verdadero Rey —declaró Framont—. Siempre lo han hecho.

—¿No sabías eso? —preguntó Valyn. Negué con la cabeza.

—No estuve con tantos —le dije—. ¿Quién sabía que había Ascendidos entre vosotros?

—Solo los de confianza. —Levantó la vista hacia mí con una especie de asombro que de verdad empezaba a rayar en lo siniestro —. Solo la Corona.

O sea que la duquesa tendría que haberlo sabido. Ellos formaban parte de la Corona.

Kieran ladeó la cabeza cuando Vonetta entró por la puerta con otra sacerdotisa.

—¿Dónde está el otro?

—No estaba muy contento de haber sido descubierto —repuso Vonetta con desdén.

La sacerdotisa a la que sujetaba Vonetta se tambaleó de repente hacia delante y se adentró en un rayo de sol. La mujer chilló y se echó atrás al instante. Un leve humo brotó de sus vestiduras y el olor a carne quemada se extendió por el aire. Me giré hacia Vonetta.

—¿Qué? —Arqueó las cejas—. Me he tropezado. —La miré impertérrita y ella suspiró—. Intentó morderme. —Agarró el brazo de la sacerdotisa, tiró de la *vampry* hacia atrás y la empujó hacia los otros—. Varias veces.

—¿Habéis encontrado algún…? —pregunté. Negó con la cabeza un instante.

—Todavía hay unos cuantos ahí abajo, buscando.

—Yo os los mostraré. —Fue una sacerdotisa la que habló. Me giré hacia ella a toda velocidad—. Os llevaré hasta ellos.

Capítulo 16

—Si esto es algún tipo de trampa —advirtió Kieran—, no te van a gustar las consecuencias.

—No lo es. —Por fin levantó la cabeza y vi que era joven. Por todos los dioses. No era mucho mayor que yo. Sus ojos eran de un bonito azul aciano. Muy abiertos y entusiastas, como los de Framont.

Abrí mis sentidos una rendija y me estiré hacia ella. No percibí miedo. No supe lo que percibía. No era… nada. Había solo un vacío que no era muy distinto de lo que sentía cuando intentaba leer a un Ascendido.

—¿Por qué querrías llevarnos con ellos ahora? —pregunté.

—Porque ya es hora —repuso con voz suave.

Mi corazón trastabilló mientras la miraba, más que un poco inquieta por la respuesta. Por *todo* aquello.

—Muéstrame el camino.

La sacerdotisa se levantó y pasó por delante de los otros, aún sentados en el suelo. Caminaba con la cabeza gacha. Vonetta y Naill dejaron a los Ascendidos arriba con Valyn y los soldados que habían estado esperando fuera. Después se reunieron con nosotros, junto con Hisa y Emil, que había llegado justo cuando empezábamos a

salir del santuario. Todos ellos llevaban las espadas desenvainadas cuando entramos en la sala vacía y pasamos a través de la alta y estrecha abertura en la pared que apareció ante nosotros de pronto.

Varias antorchas alineadas por la pared proyectaban un resplandor anaranjado por las empinadas escaleras de tierra y la amplia cámara diáfana que había al pie. Más allá de ella, nueve túneles conectaban con el espacio vacío, cada uno iluminado por el tenue resplandor del fuego.

—Es como una colmena —murmuró Hisa mientras estudiaba el espacio circular y sus muchas salidas.

El único sonido era el de las vestiduras de la sacerdotisa susurrando sobre la tierra compactada que dio paso a un suelo de piedra cuando giró por un túnel a nuestra derecha, que se bifurcaba en dos más. A medio camino, nos topamos con los otros, que me dio la sensación de que podían haber estado un poco perdidos, basándome en los terrosos fogonazos de alivio que percibí de ellos. La temperatura descendió de manera significativa a medida que bajábamos hacia las profundidades de la tierra, hasta el punto de que me costaba creer que ningún mortal pudiese sobrevivir demasiado tiempo con ese tipo de frío. El aire era seco, pero helaba la piel, y el frío llegaba hasta los huesos. Me empezaron a doler los dedos.

La sacerdotisa alargó la mano hacia una de las antorchas de la pared. Naill se acercó más a ella, con la espada preparada por si hacía alguna tontería.

Sin embargo, todo lo que hizo fue seguir adelante y tocar otra antorcha con la suya. Las llamas unidas proyectaron una luz más brillante por la pared. Me detuve. Lo mismo hizo Kieran. La roca, de un rosado rojizo, tenía marcas grabadas en ella.

Kieran estiró la mano y deslizó los dedos por una imagen grabada con forma de…

La sacerdotisa acercó su antorcha a otra más e inició una reacción en cadena. Toda una fila de antorchas cobró vida y llenó el ambiente del olor acre del pedernal. El sistema subterráneo quedó bañado de repente por la titilante luz del fuego.

—En el nombre de los dioses, ¿qué es eso? —musitó Kieran, con la vista fija más adelante.

Pasé junto a Vonetta para bajar a una gran abertura circular. El

agua o algo así debía de haber discurrido por la caverna en algún momento, tallando formaciones irregulares en el techo y depositando lo que parecía ser algún tipo de mineral rojizo sobre las extrañas formaciones espiraladas que se estiraban hacia abajo.

—Estalactitas —dijo Naill, y varios pares de ojos giraron hacia él. Hizo un gesto afirmativo con la barbilla en dirección al techo—. Así es como se llaman.

—Eso suena a palabra inventada —comentó Emil. Naill arqueó una ceja.

—No lo es.

—¿Estás seguro? —insistió Emil.

—Sí —repuso Naill en tono inexpresivo—. Si fuese a inventarme una palabra, elegiría algo más… interesante.

Emil soltó una breve carcajada.

—¿Más interesante que *estalactita*?

—Cuidado —me advirtió Vonetta cuando di unos pasos y se oyó un ruido parecido al chasquido de unas ramitas bajo mis pies—. No creo que eso que está cubriendo el suelo sean rocas ni ramas.

Miré abajo. Había pedazos de algo color marfil, esquirlas aquí y allá, mezcladas con… otros más delgados, largos y oscuros. Huesos. Estaba claro que eran huesos.

Oh, por todos los dioses.

Kieran bufó disgustado cuando apartó con el pie un pedazo de tela para revelar lo que parecía parte de una mandíbula.

—Estos huesos no son de animales.

—Los animales no sirven al Verdadero Rey —dijo la sacerdotisa, y siguió adelante.

Con el estómago revuelto por la ira, empecé a decir algo, pero la sacerdotisa pasó junto a una cosa que llamó mi atención.

Era como si la tierra se hubiese abierto en canal y unas raíces tipo serpiente se extendieran por el suelo de la caverna desde un agujero profundo y oscuro. Las raíces serpenteaban entre los huesos por ahí tirados… huesos que eran demasiado pequeños. Avancé con cuidado, tratando de evitar los restos desperdigados en la medida de lo posible. Había algo sobre las raíces y debajo de ellas. Algo seco, de color óxido. Estaba por todas partes, salpicado por el suelo y arremolinado en charcos más profundos, ya secos. Era lo que había teñido las paredes y las extrañas formaciones de ese rosado

rojizo.

El brazo de Kieran rozó el mío cuando se agachó. Deslizó un dedo por la sustancia y apretó la mandíbula al levantar la vista hacia mí.

—Sangre.

La sacerdotisa llegó al otro lado de la caverna y tocó la pared con su llama. Una vez más, su gesto prendió una serie de antorchas. La luz salpicó por una abertura estrecha y otra cámara hundida en el suelo.

Y entonces vimos…

—Por todos los dioses —boqueó Hisa, antes de doblarse por la cintura.

Abrí la boca, pero no había palabras para expresar semejante horror. Había creído que la imagen de los empalados en las verjas y las chicas asesinadas de antes eran las cosas más horripilantes que vería en la vida.

Había estado muy equivocada.

No podía apartar la mirada de las pálidas extremidades exangües, algunas largas y otras muy *muy pequeñas*. Los montones de ropa descolorida, prendas blancas y algunas rojas, que apenas sujetaban de una pieza las cáscaras resecas que aún conservaban pegotes de pelo, con piernas y brazos retorcidos. Marchitos. A algunos los habían tirado ahí con el rojo ceremonial del Rito, su ropa en buen estado, su descomposición aún por empezar. En algún lugar de mi mente, me pregunté cómo podía no haber olor. Quizá fuese el frío, u otra cosa.

Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras contemplaba la… *tumba*. Porque eso era justo lo que era. Una tumba subterránea que llevaba en uso solo los dioses sabían desde hacía cuánto tiempo, llena de restos tirados sin ton ni son.

En silencio, la sacerdotisa colocó la antorcha en una abrazadera que salía de la pared y luego cruzó las manos con delicadeza a la altura de la cintura.

—Todos han servido para un gran propósito.

Despacio, de manera casi dolorosa, me volví hacia ella. El *eather* palpitó en mi pecho y subió como la espuma, presionó más allá de mí y rozó las paredes. El aire se cargó, como si estuviese lleno de humo asfixiante, pero no había ningún fuego. No más allá del que

ardía en mi interior.

—Igual que hacemos todos —continuó la sacerdotisa con tono suave, *alegre*, y su rostro se iluminó como si hablara de un sueño glorioso—. Como harás tú, aquella cuya sangre está llena de cenizas y hielo.

Di un paso adelante, mi piel chisporroteaba con la esencia primitiva, pero un brazo me cortó el paso.

—No lo hagas —bufó Kieran—. No malgastes energía con ella. No merece la pena.

Mis manos se cerraron alrededor del aire mientras la sacerdotisa sonreía y sus ojos se cerraban. Paz. Ese fue el sabor que noté en ella. Blando y esponjoso como un buen bizcocho. *Paz*.

El aire que inspiré estaba lleno de dagas.

—Dadle lo que tanto ansía.

Di un paso atrás, giré con rigidez y me alejé del lugar. El único sonido que oí fue el de una espada cortando carne.

—¿Están todos aquí? —pregunté.

—El templo está vacío —respondió Valyn con estoicismo. Contemplaba los cuerpos colocados con sumo cuidado en el suelo; los cuerpos demasiado pequeños, envueltos en telas andrajosas, con los estómagos hundidos y la piel pálida y marchita. Cuerpos tratados peor que ganado con una enfermedad contagiosa.

—Setenta y uno —constató Kieran—. Hay setenta y uno que están…

Frescos.

Setenta y uno que debían haberse llevado en el inesperado último Rito y el anterior a ese. Esa cifra tenía que incluir a los segundos y terceros hijos e hijas. Lo cual significaba que no habían entregado a ninguno a la corte, como era costumbre con los nacidos en segundo lugar. También significaba que aquellos que tenían esa brasa de vida no tan latente habían sido masacrados.

Y aún peor era el hecho de que los soldados habían trasladado al exterior lo que tenían que ser… cientos de restos más antiguos.

Jamás había visto *nada* parecido.

La cámara subterránea de New Haven, con todos los nombres grabados en las paredes de los que habían muerto a manos de los Ascendidos, palidecía en comparación con *esto*.

Porque la mayoría de estos cuerpos pertenecían a *niños*. Solo unos pocos quizá fuesen mayores, como los de la cámara de debajo de Redrock. Pero estos eran niños inocentes. En algunos casos, *bebés*. No pude evitar pensar en ese osito de peluche que olía a lavanda.

Me quemaba el fondo de la garganta a medida que se me hacía un nudo ahí, cada vez más apretado y con sabor a ira caliente y agonía amarga que no eran solo mías. Busqué la fuente y encontré al padre de Casteel. Sus facciones no revelaban nada, pero sus emociones habían roto a través de sus escudos y se habían proyectado hacia fuera para estrellarse contra las mías.

—¿Esa abertura en el suelo ahí dentro? —Naill se aclaró la garganta y dio un paso atrás, como si la distancia pudiera de alguna manera borrar lo que había visto—. Parecía una especie de pozo. Es profundo. *Muy* profundo. Dejamos caer unas cuantas rocas por él. No las oímos llegar al fondo.

Lo cual significaba que podía haber más. Cuerpos que, o bien habían tirado dentro, o bien habían caído en el pozo. Santo cielo.

Abrí los ojos y miré detrás de mí, donde muchos de los soldados atlantianos aguardaban en silencio. Sabía bien lo que sentiría si dejase que mis sentimientos se estiraran hacia ellos. Horror. Un horror tan potente que no sería capaz de quitármelo de encima jamás. Todos sabían lo que hacían los Ascendidos, de lo que eran capaces, pero esta era la primera vez que muchos de ellos lo *veían*.

—¿Qué vamos a hacer con este lugar? —preguntó Vonetta, de espaldas al templo.

—Solo podemos hacer una cosa. —Levanté la barbilla y escudriñé el cielo. Unos instantes después, un *draken* negro con destellos morados surgió de entre las nubes. Los gritos de sorpresa de los que habían permanecido en la ciudad resonaron por todo el valle cuando Reaver desplegó sus grandes alas y planeó por encima de nuestras cabezas—. Quemarlo —dije, a sabiendas de que él se encargaría de hacerlo, aunque no pudiese oírme—. Lo reduciremos a cenizas.

Reaver remontó el vuelo con un poderoso batir de sus alas.

—¿Y qué pasa con ellos? —preguntó Valyn casi al mismo tiempo.

Me giré hacia los sacerdotes y las sacerdotisas vestidos de blanco. De los dos Ascendidos ya habíamos *dado debida cuenta*. Abrí mis sentidos de par en par. Ninguno de ellos sentía culpabilidad ni arrepentimiento, y esas eran dos cosas muy distintas. El arrepentimiento llegaba cuando era hora de enfrentarse a las consecuencias de los actos. La culpa estaba ahí siempre, sin importar si uno pagaba por sus pecados o no. No estaba segura de si habría cambiado algo si *hubiera sentido* alguna de esas cosas en lugar de lo que percibí en ellos.

Paz.

Igual que la sacerdotisa, estaban en paz con sus acciones.

No solo se habían quedado al margen sin hacer nada. No eran solo otro piñón en una rueda que no podían controlar. Eran parte de ella. Y no importaba si los habían manipulado para que tuvieran esa fe. Se habían estado llevando a niños, no para servir a ningún dios o Verdadero Rey, sino para alimentar a los Ascendidos.

—Ponedlos de rodillas. —Eché a andar al tiempo que alargaba la mano hacia la daga de hueso de *wolven* en mi muslo—. Frente a los cuerpos.

Valyn me siguió mientras los soldados obedecían.

—No tienes por qué…

—No os pediré a nadie que hagáis lo que yo no haría en persona. —Me detuve delante de Framont arrodillado. Tenía los ojos cerrados—. Abrid los ojos. Miradlos. Todos vosotros. Miradlos a ellos. No a mí. *A ellos*.

Framont hizo lo que le pedía.

Un destello de fuego plateado iluminó el cielo cada vez más oscuro cuando Reaver voló en círculo alrededor del templo de piedra y dio rienda suelta a su ira.

—Quiero que sean lo último que veáis antes de que abandonéis este mundo y entréis en el Abismo, porque con toda seguridad ahí es donde vais a acabar todos. Quiero que sus cuerpos sean la ultimísima cosa que grabéis en vuestra memoria, igual que será lo último que recuerden a partir de hoy las familias que vengan a reclamar a sus seres queridos. Miradlos.

Los ojos del sacerdote se deslizaron hacia los cuerpos. Esta vez

sus ojos no estaban llenos de asombro. No estaban llenos de nada. Los miró y sonrió.

Sonrió.

Moví el brazo a toda velocidad. El líquido rojo salpicó el blanco de mi armadura cuando deslicé la hoja de heliotropo por su cuello.

Cuando llegó la noche, la sala de audiencias y el salón de banquetes de Redrock se habían convertido en una enfermería. Los soldados y *wolven* heridos estaban tumbados en catres. Todos los estandartes con el escudo real de la Corona de Sangre habían sido retirados ya de la sala y del resto del castillo.

Ningún guardia de Oak Ambler o soldado de Solis había recibido meras heridas. Nada a lo que pudieran sobrevivir. Los que se habían rendido estaban bajo vigilancia en la prisión de la Ciudadela. Intenté no pensar demasiado en cuántas vidas se habían perdido mientras recorría las hileras de catres ya vacíos en su mayor parte. También trataba de no pensar en lo que habíamos encontrado debajo del templo de Theon, lo que les habían hecho a esos niños.

Era… Simplemente no podía pensar en ello.

Así que había ido de herido en herido para curarlos. Lo hice con la idea de que, como era una habilidad que se había desarrollado antes de que Ascendiera, no podía debilitarme demasiado.

Esa, por supuesto, podía ser una lógica peligrosamente equivocada, pero me daba *algo* que hacer que era útil, mientras un grupo acudía a informar a la gente de Oak Ambler de que podrían regresar a sus hogares al día siguiente.

Pensaba hablar con todo el mundo por la mañana. Con todos ellos. Las familias. Ramon y Nelly. Me pesaban los pies.

—Pareces cansada, *meyaah Liessa* —comentó Sage cuando me acerqué a ella, la última de los heridos. Desparramado por el catre, su pelo negro corto era un desastre enmarañado. Tenía una fina sábana remetida debajo de los brazos. Cubría todo su cuerpo excepto la pierna de la que sobresalía una flecha. La habían dejado ahí para evitar que sangrara más, y sabía que debía doler a rabiar. Había intentado acudir a su lado antes, pero ella no había hecho

más que rechazar mi ayuda, hasta que todos los demás, incluidos aquellos con heridas mucho menos graves, habían sido atendidos.

Me arrodillé en el suelo a su lado, agradecida de no llevar ya la armadura.

—Ha sido un día largo.

—Y tanto. —Se inclinó hacia atrás sobre los codos. Una fina película de sudor perlaba su frente—. Tendremos más días como este. —Sus ojos se apartaron de mí—. ¿Verdad?

Sabía hacia dónde estaba mirando. Habían traído a un *wolven* llamado Effie. Había estado en muy mal estado después de que le clavasen una lanza en pleno pecho. Cuando me había arrodillado a su lado ya sabía que se había ido, pero una especie de esperanza infantil desesperada me había impulsado a intentarlo. Mis habilidades habían funcionado con el soldado atlantiano que había fallecido, un hombre joven al que solo Naill y yo habíamos visto respirar su último aliento. Había regresado al instante, un poco grogui y desorientado, pero vivo. No pasó lo mismo con el *wolven*. Ni con *Arden*.

No había malinterpretado lo que había dicho Reaver. Solo el Primigenio de la Vida podía traer de vuelta a los seres de dos mundos.

Habíamos perdido a cinco *wolven* y cerca de un centenar de soldados atlantianos. Hubiésemos perdido a más, de no haber tratado sus heridas, pero aun así, cualquier pérdida era excesiva.

—Lo siento —dije, y se me encogió el corazón al pensar en lo que me había dicho Casteel una vez: que casi la mitad de los *wolven* habían muerto en la Guerra de los Dos Reyes. Solo ahora empezaban a recuperar su población y no quería ser la causa de que sufrieran tantas muertes otra vez.

Sage deslizó la vista hacia mí.

—Yo también lo siento.

Con el pecho apesadumbrado, me subí las largas mangas de la túnica blanca, que no hacían más que resbalarse hacia abajo.

—¿Naill? —Miré hacia atrás—. Necesito tu ayuda.

—Por supuesto. —Se arrodilló a mi lado con mucha más gracia que yo, y eso que él aún llevaba la armadura puesta. El inmenso cansancio que sentía en mi alma se grabó en las líneas que enmarcaban su boca cuando agarró la flecha con cuidado. Ya

conocía los pasos a seguir—. Dime cuándo.

Miré a Sage a los ojos.

—Esto va a doler.

—Ya lo sé. No es la primera vez que recibo un flechazo.

Arqueé las cejas y apareció una sonrisa en su cara.

—Fue por un reto que se torció muchísimo. Es una larga historia. Si quieres, te la cuento luego.

—Me encantaría. —Sentía mucha curiosidad por un reto que implicaba una flecha—. Te quitaré el dolor lo más deprisa que pueda, pero…

—Sí, lo voy a sentir cuando la saque. —Sage respiró hondo—. Estoy lista.

Apoyé mis manos a ambos lados de la flecha, conjuré el *eather* y no me lo pensé más.

—Ahora.

Naill extrajo la flecha con una rapidez adquirida con la experiencia. Todo el cuerpo de Sage sufrió un espasmo, pero ella no hizo ni un ruido. Nada hasta que oí un suspiro de alivio y el irregular agujero de su muslo se suturó solo, la piel ahora de un brillante tono rosa.

—Eso ha sido… —Los ojos redondos de Sage parpadearon—. Intenso.

—Pero mejor, ¿no?

—Muchísimo mejor. Es increíble. —Flexionó la pierna con cuidado y luego la estiró—. Te he visto hacer esto una y otra vez. Y aun así, sigue siendo… intenso.

Esbocé una leve sonrisa y me eché atrás.

—No soy ninguna curandera, así que no sé cuánto de la herida se cura de inmediato. Yo me lo tomaría con calma durante el siguiente par de días.

—Nada de correr por ahí ni bailar… —Dejó la frase a medio terminar y abrió los ojos como platos, la mirada fija por encima de mi hombro—. ¿Qué dem…?

Naill y yo seguimos la dirección de su mirada. Me quedé boquiabierta mientras el atlantiano hacía un ruido estrangulado.

Un rubio alto caminaba por el centro de la sala con lo que parecía una sábana atada a la cintura… bueno, *apenas* atada. A cada zancada de sus largas piernas, la sábana parecía a meros

centímetros de resbalar de sus caderas.

—Reaver —susurré, un poco descolocada al verlo.

Naill hizo ese ruido otra vez.

—¿Ese es el *draken*? —preguntó Sage, y me di cuenta de que no debía de haberlo visto en su forma humana antes.

—Sip.

—¿En serio? —Lo miró de arriba abajo—. Mmm.

Naill bajó la vista hacia ella, boquiabierto.

—Puede respirar fuego.

—¿Y eso es malo?

Por suerte, Naill no contestó, porque Reaver había llegado hasta nosotros. Asintió en dirección a los otros dos e hizo una leve reverencia hacia mí, lo cual solo consiguió que la sábana resbalara un poco más.

—Tenemos que encontrarte algo de ropa —dije, y recordé lo que le había pedido a Kieran. Dudaba de que Reaver fuese a caber en ninguna de las prendas del duque—. De hecho, tenemos que hacerlo lo antes posible. —Entonces pensé en los otros *drakens*—. Tenemos que encontrar mucha ropa.

—Las personas y vuestra preocupación por la desnudez. Qué cansinos sois —contestó Reaver.

—Yo no tengo absolutamente ningún problema con la desnudez —anunció Sage—. Pensé que podía comentarlo.

Reaver sonrió de oreja a oreja.

Y mi corazón dio otro vuelco, porque no me había equivocado al pensar en que la curva ascendente de sus labios tomaba todos esos rasgos interesantes y los convertía en algo despampanante.

Sacudí un poco la cabeza.

—¿Va todo bien?

—Sí. —Reaver se giró hacia mí—. Quería informarte que Aurelia y Nithe han vuelto con Thad —comentó, en referencia al *draken* restante que se había quedado atrás en el campamento—. Regresarán a Redrock esta noche, cuando sea menos probable que los vea ningún mortal.

—Bien pensado. —A mí no se me había ocurrido—. ¿Vais a…? —Me levanté y me atravesó una especie de corriente de aire. El suelo cabeceó. O fui yo que me tambaleé—. Guau.

Naill estaba a mi lado de inmediato, su mano sobre mi brazo.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo un poco mareada. —Pestañeé para eliminar las brillantes luces parpadeantes de mis ojos justo a tiempo para ver que Sage también se había puesto en pie—. Deberías seguir sentada. Estoy bien. —Me observó con atención, sin hacer ni el más mínimo ademán de sentarse—. Ha sido un día largo —le recordé. Estaba cansada. Todos lo estábamos.

—¿Has comido? —preguntó Reaver, atrayendo mi atención hacia él. Fruncí el ceño.

—No he tenido oportunidad de hacerlo desde esta mañana. He estado un poco ocupada.

—Pues deberías encontrar tiempo para eso —me advirtió—. Ahora.

Visto cómo se había puesto el mundo patas arriba en un instante, la verdad era que no podía discutirle eso, así que acabé en las cocinas con un *draken* vestido con una sábana que aguantaba por los pelos, compartiendo un plato de jamón cortado que debía de haber sobrado de la noche anterior.

Descubrí entonces que los *drakens* comían comida de verdad. Gracias a los dioses.

Con Naill confiado en que Reaver y yo éramos más que capaces de cuidar de nosotros mismos, el atlantiano se había ido a ver cómo le iba a Hisa. La cocina estaba silenciosa. Aunque eso también se debía a que me estaba poniendo las botas.

¿Y dónde estaba Kieran para verme y comentar lo mucho que estaba comiendo?

No había tenido tanta hambre desde la primera vez que había estado en el castillo de Redrock.

Sin embargo, pensar en todo lo que aún quedaba por hacer me quitó un poco el apetito. Tenía que hablar con la gente. Con las familias de esos pobres niños. Con los soldados encarcelados. La lista era interminable. Eran… muchas cosas.

Muchas *responsabilidades* con las que no tenía ninguna experiencia.

Miré por la cocina a nuestro alrededor e intenté imaginar el aspecto que tendría con cocineros detrás de la encimera, vapor saliendo de los hornos y gente corriendo de acá para allá. Y eso me hizo preguntarme si los sirvientes habrían tenido algún indicio de lo

que eran los Ascendidos. ¿Habrían estado completamente ciegos a la realidad? ¿O habría ayudado alguno de ellos a llevar mortales al castillo y a prepararlos en lugar de preparar jamón cocido?

Por todos los dioses, esa era una idea siniestra.

—¿No te parece extraño estar comiendo aquí… comiendo su comida? Como que… nos hemos apoderado de su ciudad y ahora nos apoderamos de su comida.

Sentado a mi lado en la encimera, Reaver ladeó la cabeza.

—La verdad es que ni lo había pensado.

—Oh. —Miré un trozo de jamón. Quizás esa no fuese una preocupación del todo normal. Era probable que no lo fuese. Pero sabía por qué estaba pensando en eso en lugar de permitir que mi mente fuese adonde quería ir. Dejé de resistirme—. No puedo dejar de pensar en las chicas que encontramos aquí abajo y en esos niños. No puedo dejar de ver ninguna de las dos cosas. No puedo entender cómo los que servían en el templo podían estar en paz consigo mismos… cómo alguien, mortal o Ascendido, o lo que sea, puede hacer ese tipo de cosas.

—A lo mejor no debemos entenderlo —dijo Reaver. Levanté la vista hacia él—. A lo mejor eso es lo que de verdad nos diferencia de ellos.

—Puede ser —murmuré—. Framont, el sacerdote, habló de un Verdadero Rey de los Mundos, como si a los niños los hubiesen matado como servicio a él.

—El Verdadero Rey de los Mundos es Nyktos, y él jamás aprobaría algo así.

—Eso creía. —Terminé el trozo de jamón y estiré la mano a por una servilleta—. Pero no creo que estuviese hablando de Nyktos. Sino quizá de… ¿Malec?

Las cejas de Reaver salieron disparadas hacia arriba.

—Sería muy desafortunado que pensara eso.

Sonreí, pero el gesto se me borró enseguida. Pasaron varios segundos de silencio entre nosotros, y en ese tiempo vi a Arden y a Effie. A los soldados y mortales cuyos nombres no conocía.

—Ha muerto gente hoy —susurré.

—La gente siempre muere. —Estiró un brazo para agarrar una manzana de la cesta—. Sobre todo durante una guerra.

—Eso no lo hace más fácil en absoluto.

—Solo lo hace lo que es.

—Sí. —Me limpié las manos—. Hoy ha muerto Arden.

Bajó la manzana.

—Lo sé.

—Traté de traerlo de vuelta a la vida.

—Ya te dije que no funcionaría con nadie que fuera de dos mundos.

—Tenía que…

—Tenías que intentarlo de todos modos —terminó por mí, y yo asentí. Dio un mordisco—. A ella tampoco le gustan las limitaciones.

—¿A quién?

—A la consorte. —Giró la manzana y le hincó el diente por el otro lado.

—Yo no tengo problema con las limitaciones.

Reaver me lanzó una larga mirada de soslayo.

—No hace demasiado tiempo que te conozco, pero sé que no te gustan las limitaciones. Si te gustaran, no habrías insistido en tratar de devolver a la vida a otro *wolven*, incluso después de saber que no podías hacerlo.

Ahí me había pescado.

Estiré la mano a por la jarra y bebí un trago.

—Supongo que el Primigenio de la Vida no debe estar muy contento con que me dedique a restaurar vidas, ¿no? —Se echó a reír, el sonido ronco y falto de uso—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. —Reaver bajó la manzana—. Nyktos tendría sentimientos encontrados acerca de tus acciones. Por un lado, nunca estaría descontento por recuperar una vida. Por otro, estaría preocupado por la naturaleza de las cosas. El curso de la vida y la muerte y cómo semejante intervención altera el equilibrio. La *justicia*. —Las comisuras de sus labios se curvaron un poco hacia arriba y suavizaron sus rasgos afilados—. Pero si la consorte tuviese que elegir entre actuar o no, ella sopesaría los posibles problemas, los apartaría a un lado, cruzaría los dedos por que nadie estuviera mirando y simplemente lo haría. —Unas pestañas oscuras se levantaron un poco mientras me miraba de reojo—. ¿Te suena familiar?

—No —musité y Reaver se rio entre dientes, el sonido igual de

áspero que su risa anterior—. ¿Por qué es tan profundo el sueño de la consorte cuando el de Nyktos no lo es?

Reaver contempló su manzana y no habló durante un rato largo.

—Es la única forma de detenerla.

Capítulo 17

Mis cejas salieron volando hacia arriba.

—¿De detenerla de hacer qué?

—De hacer algo de lo que se arrepentiría —dijo Reaver, y se me hizo un nudo en el estómago—. Le han quitado a sus dos hijos. Puede que ninguno de los dos esté muerto, pero tampoco están vivos de verdad, ¿no crees?

No. En realidad, no lo estaban.

—Está enfadada. Lo bastante furiosa como para olvidar quién es. Lo bastante como para causar el tipo de daño que luego no puede deshacerse.

Yo no sabía lo que era ser madre y que te quitaran a un hijo, pero sabía lo que había hecho cuando había muerto Ian. Sabía lo que había hecho cuando me enteré de que se habían llevado a Casteel. Así que, hasta cierto punto, podía comprender su enfado.

Reaver deslizó los ojos hacia la entrada arqueada.

—¿Cuándo partiremos hacia la capital?

—Hablaré con la gente mañana. —Se me secó la garganta—. Y con las familias.

—Eso… no va a ser fácil.

—No, no lo va a ser. —Dejé la jarra en la encimera—.

Partiremos al día siguiente.

—Bien. —Hizo una pausa—. No debemos olvidarnos de Ires.

—No lo he hecho.

—Debe regresar a casa. —Sus ojos seguían fijos en la entrada—. Aquí viene tu *wolven*.

—Como ya te dije antes, no es *mi wolven* —espeté, cortante, justo cuando Kieran aparecía en el umbral de la puerta.

Se detuvo a medio paso y abrió un poco más los ojos.

—¿Sorprendido? —preguntó Reaver.

Kieran adoptó una expresión que solo podía describirse como de aburrimiento insulso.

—No estoy acostumbrado a verte sin que te estés hurgando en los dientes con las garras.

—Puedo hacerlo ahora si eso te hace sentir mejor —comentó Reaver, antes de darle otro mordisco a la manzana.

—No será necesario. —Kieran lo miró de arriba abajo y arqueó una ceja al volverse hacia mí—. Lleva puesta una sábana.

—Y por eso te dije que necesitaba ropa.

Reaver frunció el ceño por encima de su manzana.

—¿Esperas que lleve *su* ropa?

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —exigió saber Kieran.

Una ceja rubia se arqueó en una imitación perfecta de la expresión anterior de Kieran.

—No creo que me quepa. Tengo los hombros más anchos.

—No lo creo —lo contradijo Kieran.

—Y el pecho.

Kieran cruzó los brazos.

—Eso desde luego que tampoco lo tienes.

—Y mis piernas no son ramitas finas que podrían romperse con una mera brisa —continuó Reaver.

—¿Hablas en serio? —Kieran se miró. No tenía… piernas como ramitas o lo que fuera.

—Reaver —suspiré. Él levantó un hombro desnudo.

—Solo decía.

—Solo decías tonterías. Los dos sois más o menos de la misma altura y complexión —sentencié.

—Pues creo que deberías hacerte ver la vista —apuntó el *draken*, y puse los ojos en blanco.

—Y tú podrías hacerte ver la educación —replicó Kieran.

—He comido mucho jamón —le anuncié a Kieran, antes de que Reaver pudiese soltar otra pulla. Los dos machos me miraron—. Mucho. Estarías orgulloso.

—Aunque me alegro de oírlo —empezó Kieran—, eso ha sido un poco aleatorio, Poppy.

—Sí, bueno, me siento aleatoria. —Me bajé de la encimera—. ¿Me estabas buscando?

—¿Qué más podría estar haciendo? —preguntó Reaver. Kieran entornó los ojos en dirección al *draken*.

—Literalmente, cualquier cosa que no incluya estar por ahí sentado envuelto solo en una sábana y comiendo una manzana.

—O sea que no gran cosa, vaya —replicó Reaver en tono alegre.

—Reaver —mascullé. Le lancé una mirada significativa—. Deja de llevarle la contraria a Kieran.

—No he hecho tal cosa —se defendió el *draken*—. Es solo que es demasiado sensible… para un *wolven*.

Kieran descruzó los brazos y dio un paso al frente. Levanté una mano.

—No empieces.

—¿Empiece? —Se volvió hacia mí—. ¿Qué es lo que he empezado exactamente? Acabo de entrar aquí.

—¿Ves? —Reaver tiró el corazón de la manzana a un basurero cercano—. Sensible.

—Y tú tienes que parar —le dije. Me planté las manos en las caderas—. Lo entiendo. Kieran casi te pisó la cola. —Me giré hacia el *wolven*—. Reaver casi te mordió la mano. Dejad de gimotear y superadlo ya.

—Casi me pisó la pata entera —me corrigió Reaver—. No la cola.

—Y él casi me arrancó el brazo de un bocado. —Kieran entornó los ojos—. No la mano.

Los miré estupefacta.

—Sois… ni siquiera sé lo que sois. —Entorné los ojos en dirección a Kieran cuando empezó a responder. Fue sensato y cerró la boca—. Bueno, entonces, ¿me estabas buscando?

—Así es —confirmó, y ahora el sensato fue Reaver al mantener la boca cerrada—. Necesito tus manos especiales.

En otras palabras, alguien necesitaba que lo curara. No era él, pues no detecté ningún signo de dolor procedente de su interior. Solo una irritación ácida.

—¿Quién está herido?

—Perry.

—¿Perry? ¿Ha sucedido algo en Massene? —Kieran respiró hondo. Al menos ahora sabía a dónde había ido Delano—. No se quedó en Massene, ¿verdad?

—Nop.

—Por todos los dioses. —Me puse en marcha—. ¿Es grave?

—Un flechazo en el hombro. La flecha entró y salió limpia —me dijo Kieran—. Dice que es solo una herida de piel, pero por la pinta que tiene, no es así. Se curaría en un día o dos, pero Delano está preocupado.

Empecé a preguntar por qué Perry no se limitaba a alimentarse, pero entonces recordé las reticencias de Casteel a hacerlo de cualquier persona cuando lo necesitó. Lo que había sentido por mí, incluso antes de estar dispuesto a admitirlo siquiera, se había convertido en un bloqueo mental que no había podido superar hasta que Ascendí y necesité alimentarme al despertar. Podría ser lo mismo para Perry.

—Vamos, pues —le dije.

—Hace un rato se ha mareado —anunció Reaver. Mi cabeza voló en su dirección. No parecía arrepentido de lo dicho en absoluto—. Después de haber curado a todos esos heridos.

—¿Qué? —Kieran me miró desde lo alto, sus pálidos ojos eran penetrantes de pronto.

—Estoy bien. No había comido, razón por la cual he devorado lo que debe de contar como medio cerdo.

Kieran no parecía muy tranquilizado.

—Tal vez debas dejarlo por esta vez. Con el tiempo se curará…

—No quiero que sufra ni que Delano esté preocupado por él. Estoy bien. Os lo diría si no lo estuviera.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Kieran.

—Tengo la sensación de que eso es mentira.

—Algo en lo que puedo estar de acuerdo contigo —apuntó Reaver.

—A ti no te ha preguntado nadie —espeté, indignada.

—¿Y?

Solté el aire despacio.

—Creo que me gustas más en tu forma de *draken*.

—La mayoría de la gente estará de acuerdo contigo en eso. —Reaver pescó otra manzana del cesto y pasó por nuestro lado con su sábana—. Creo que me voy a echar una siesta. —Se paró un momento en la entrada—. Sé que no tienes para nada la elegancia de la mayoría de los *wolven*, pero te agradecería que no me pisaras mientras duermo. —Y con esa pulla de despedida, Reaver salió de la cocina.

—Qué poco me gusta ese tipo —masculló Kieran.

—Nunca lo hubiera adivinado. —Me giré hacia él—. ¿Dónde está Perry?

Tardó medio minuto en apartar la atención de la puerta de entrada. Me dio la impresión de que había empleado ese tiempo en convencerse de no ir tras el *draken*.

—¿Te mareaste?

—Apenas. Me levanté deprisa y ha sido un día largo, con pocas horas de sueño y sin la suficiente comida. Son cosas que ocurren.

—¿Incluso a los dioses?

—Eso parece.

Kieran me miró con suspicacia, de un modo casi tan intenso como el que utilizaría Casteel. Como si tratara de averiguar cosas que yo no estaba diciendo.

—¿Todavía tienes hambre después de haberte comido casi un cerdo entero?

Jamás debí decir eso, pero sabía a dónde quería ir a parar Kieran.

—No necesito alimentarme. ¿Puedes llevarme con Perry?

Kieran por fin cedió y me guio hacia una escalera de servicio.

—Perry puede luchar —repuso cuando le pregunté por qué Perry no se había quedado atrás—. Está bien entrenado con una espada y con un arco. Casi todos los atlantianos lo están después del Sacrificio.

No lo había sabido.

Había muchas cosas que aún no sabía acerca de la gente sobre la que ahora gobernaba y de la que era responsable. Y, por todos los dioses, eso hizo que se me acelerara el corazón.

—¿Y es lo mismo para los cambiaformas y los de sangre mortal? —pregunté—. ¿Es una obligación?

—Es así para todos los que sean capaces de hacerlo. —Kieran subió despacio a propósito las estrechas escaleras sin ventanas—. Pero no están obligados a unirse al ejército. Eso es elección de cada uno. Es para que todos sepan defenderse. Perry es tan habilidoso como cualquier soldado. Un poco oxidado, pero su padre quería que se centrara más en las tierras que poseen y en el negocio naval.

—¿Y eso es lo que quiere Perry?

—Creo que sí. —Kieran abrió la puerta en el primer piso y salimos a un pasillo ancho iluminado con lámparas de gas—. Pero no creo que quiera quedarse atrás cuando todos los demás están luchando.

Sin embargo, no todos los demás estaban luchando. Los atlantianos más jóvenes servían como correos y como auxiliares. Ayudaban a preparar comidas y a hacer un montón de recados.

Kieran me condujo pasillo abajo y se detuvo delante de una puerta que había quedado entreabierta. Golpeó la madera con los nudillos.

—Adelante —nos llegó la respuesta amortiguada. Reconocí la voz de Delano.

Kieran empujó la puerta y entró. Yo lo seguí, mientras echaba un rápido vistazo a mi alrededor. La habitación era pequeña, justo con los muebles necesarios, pero el ambiente era agradable y tenía una ventana grande que daba a los acantilados y permitía que entrara la inminente noche. Había también una sala de baño adyacente que tenía que ser un añadido bienvenido después de casi un mes de vivir en un campamento y luego en la fortaleza de Massene, que no había sido muy distinta a las tiendas de campaña.

Perry estaba tumbado rígido en una cama, apuntalado por una montaña de almohadas. La herida de su hombro estaba cubierta con una buena capa de gasas que se estaban poniendo rosas. Una sola mirada a la expresión tensa de su mandíbula y a la fina película de sudor que perlaba su frente y supe que estaba sufriendo. Su dolor arañaba caliente mi piel cuando Delano se giró en la silla en la que estaba sentado al lado de la cama. Su alivio en cuanto me vio lo sentí como algo terroso y rico.

—No tenías por qué decírselo —protestó Perry, y sus ojos color

ámbar se deslizaron de Kieran a mí—. Me pondré bien. Ya se lo dije. —Miró a Delano—. Te lo dije.

—Lo sé, pero estoy aquí. No hay ninguna razón para que sufras dolor cuando yo puedo ayudarte.

—No hay ninguna razón para que te molestes conmigo cuando tienes tantísimas cosas que hacer —insistió el atlantiano.

—Siempre tendré tiempo para ayudar a mis amigos. —Me acerqué a la cama y vi que Delano tenía un libro abierto en el regazo—. ¿Qué estáis leyendo?

Dos coloretes rosas tiñeron sus mejillas.

—Ehm, de hecho, es un libro que Perry encontró en el camarote que compartisteis Cas y tú en el barco.

Abrí los ojos como platos y volaron de vuelta a lo que tenía en el regazo. Había solo un libro que podría haber estado en ese barco.

Ese maldito diario.

—Willa ha vivido una vida bastante interesante. —Perry esbozó una sonrisa débil desde la cama—. Aunque no sabía cuán interesante.

—¿Llevaste ese libro de sexo contigo al barco? —preguntó Kieran desde donde estaba ahora, de pie al lado de la ventana.

—Yo no lo llevé conmigo. Fue Cas.

—Me lo creo —murmuró Kieran, los ojos centelleantes con una chispa de diversión.

—Lo que tú digas —musité, y fui hacia el otro lado de la cama, donde me senté con cuidado e hice todo lo posible por no pensar en cómo Casteel me había leído el diario mientras disfrutaba de su *cena*.

—Tengo una pregunta —dijo Perry justo cuando estiraba las manos hacia él—. ¿Esto lo leíste antes de conocer a Wilhelmina?

—Sí. El diario estaba en el Ateneo de la ciudad, en Masadonia, y las damas en espera no hacían más que susurrar sobre él —expliqué. Respiré hondo al sentir una tristeza punzante por Dafina y Loren—. Ni siquiera sabía que Willa era atlantiana, no digamos ya una cambiaformas y una vidente. Casteel tampoco lo sabía. Así que os podéis imaginar el *shock* cuando la conocimos en Evaemon.

—Sí me lo imagino, sí. —Se rio con suavidad, pero eso le hizo hacer una mueca—. Apuesto a que Cas disfrutó de lo lindo.

Una leve sonrisa tironeó de mis labios mientras ponía las manos

justo debajo del vendaje. La esencia palpitó con intensidad y fluyó hacia mis *manos especiales*. Observé cómo la luz se movía desde mis dedos y desaparecía. El resplandor plateado le dio a la piel marrón de Perry un color de fondo más frío de lo habitual. Los músculos tensos de su brazo se relajaron en cuestión de segundos. Levanté la vista hacia su cara y vi que sus labios se entreabrían con una respiración más larga y profunda.

Delano se movió. Alargó las manos hacia el vendaje y lo levantó con cuidado. Luego él también respiró más largo y profundo. Sus ojos se cruzaron con los míos y me dedicó un silencioso «gracias» solo con los labios.

Asentí y retiré las manos de encima de Perry mientras Delano ponía una de las suyas sobre su mejilla. Hizo una pausa para apretar la frente contra la del atlantiano y luego lo besó. Con mis sentidos aún abiertos, el sabor suave y dulce que no había reconocido la primera vez danzó por mi lengua. Chocolate y bayas.

Amor.

Dormí fatal, despertándome a cada hora con una puntualidad draconiana. Veía a esos guardias en el pasillo, destrozados por los Demonios que habían sido mortales hacía tan solo unas horas. Y veía a Arden abalanzarse sobre ellos, y luego cuando lo encontré, su pelo más rojo que blanco y plateado. Me atormentaban unas piernas que oscilaban con suavidad. Y esos cuerpos… todos esos cuerpos que sacaban los soldados. Todo se repetía una y otra vez en mi cabeza. Junto con los estridentes chillidos de los Demonios.

Me quedé tumbada de lado, mirando a la nada. Tenía la piel fría. Y notaba las entrañas igual de gélidas que la tumba subterránea. Intenté concentrarme en el calor apretado contra la parte de atrás de mis piernas, donde dormía Kieran en su forma de *wolven*, pero mi mente no hacía más que aferrarse a otras cosas.

¿Quiénes serían esas chicas? No me daba la sensación de que se las hubiesen llevado en el Rito. De haber sido así, ¿no estarían en el templo? ¿Serían hijas de los sirvientes masacrados? ¿Las habrían raptado de sus casas?

Y los que habíamos visto bajo el templo, ¿se habrían quedado ahí atrapadas sus almas? Se creía que los cuerpos debían quemarse para que el alma fuese liberada y pudiese entrar en el Valle. No sabía si eso era verdad, o si la incineración ceremonial del cuerpo era más para los que lloraban la muerte que para el muerto en sí. En cualquier caso, en lo único que podía pensar era en esos pobres niños perdidos ahí abajo, solos y asustados y tan tan fríos…

Aspiré una temblorosa bocanada de aire y levanté una mano para cerrarla en torno al anillo de Casteel. ¿Cómo podía nadie tomar parte en algo así? ¿En qué podían creer tantísimo, de un modo tan completo, como para ser capaces de justificar eso? ¿Qué era lo que les permitía vivir cada día, respirar y comer y dormir? ¿Cómo podía *ella* hacer algo así? Porque ella era parte de esto. La causa. Ella había convencido a esos sacerdotes y sacerdotisas para que hiciesen todo lo que les pedía. Se había asegurado de que se crearan los Ascendidos y se convirtiesen en algo tan espantoso como los Demonios.

¿Cómo podía yo ser parte de Isbeth? Lo era. Compartía su sangre, por mucho que deseara que no fuese cierto. ¿Cómo podía *eso* ser mi madre? ¿Siempre había sido así? ¿También cuando era mortal? ¿Serían la pérdida de su hijo y de su corazón gemelo los que habían hecho esto? ¿Sería el dolor de semejante pérdida lo que la había transformado en un monstruo del todo incapaz de preocuparse por nada aparte de por la venganza?

Se me secó la garganta y apreté el anillo de Casteel más fuerte. ¿Podría convertirme yo en alguien como ella? Si algo le sucediera a Casteel… Si… si muriera, ¿me convertiría en nada más que cólera y veneno liberadores de muerte?

Ya había estado cerca.

Muy cerca de perderme en ese dolor. Y eso que él seguía vivo. ¿Sería ese el impacto de la sangre de mi madre sobre mí? ¿Significaba que era probable que me volviera como ella? ¿O sería por el vínculo de los corazones gemelos? ¿Era eso lo que les sucedía a los que perdían a su otra mitad… si no se limitaban a rendirse y morir como esos de los que me había hablado Casteel?

En los momentos oscuros y silenciosos de la noche, podía admitir que era posible. Que podría volverme igualita a ella. Pero lo que más me aterraba era la idea de convertirme en algo mucho

peor.

Quizás eso fuera todo lo que ella deseaba. Tal vez eso fuera lo que planeaba y yo de verdad era la Heraldo. La Portadora de Muerte y Destrucción.

Y a lo mejor no era solo la sangre de Isbeth. Tal vez también fuese la de la consorte. Ella dormiría hasta que al menos uno de sus hijos regresara a su lado, debido a lo que pudiera hacer si estaba despierta. En esos escasos atisbos que había tenido de ella, había percibido su ira. Su dolor. Me había parecido del tipo que… *destruía* cosas.

Y cuando *yo* sentía ira, sabía a muerte.

Apreté los ojos con fuerza y me llevé la mano cerrada a los labios. El anillo se clavó en mi piel cuando abrí la boca y grité sin hacer ni un ruido. Chillé en silencio hasta que me dolieron los bordes de la boca, me ardió la garganta y mi cuerpo entero tembló con la fuerza de mi emoción. Grité hasta que lo que fuese que Kieran había percibido en mí a través del *notam* no solo lo despertó sino que también lo impulsó a cambiar a su forma mortal. Un brazo pesado y cálido cubrió el mío.

Kieran no dijo nada, pero deslizó su otro brazo por debajo de mis hombros tensos y enroscó el cuerpo a mi alrededor. No dijo ni una palabra cuando levanté mis manos, con anillo y todo, hacia mi cara y me tapé la boca y los ojos mientras él remetía mi cabeza debajo de su barbilla. Dejé de gritar en silencio, pero no lloré. Quería hacerlo. Me dolían los ojos y también la garganta, pero no podía. Si empezaba, no creía que pudiese parar. Porque una especie de horror abrumador se instaló en mi interior. El mismo tipo de inquietud agorera que había sentido al oír al duque de Silvan decir que iba a llenar las calles de sangre.

No supe cuánto tiempo estuvimos así tumbados hasta que se me ocurrió, hasta que me di cuenta de lo que tenía que hacer. Entonces, mi tembleque cesó. El fuego de mi garganta se alivió.

Bajé las manos, aún aferrada al anillo.

—Necesito que me prometas algo. —Kieran siguió callado, pero sus brazos se apretaron a mi alrededor y sentí su corazón latir contra mi espalda—. No te va a gustar. Quizás incluso me odies un poco por ello —empecé.

—Poppy —susurró.

—Pero tú eres la única persona en la que confío para hacer esto —continué—. La única persona que puede. —Respiré hondo—. Si… si perdemos a Casteel, si algo le ocurriera…

—No lo vamos a perder. Eso no va a pasar.

—Vale, aunque no pase, yo todavía podría… podría perder la cabeza. Si me convierto en algo capaz de producir el tipo de devastación que vimos ayer… —susurré.

—No lo harás. Tú nunca te convertirás en eso.

—No puedes saberlo. *Yo* no puedo saberlo.

—Poppy.

—¿Eso que dije de sentirme menos mortal a cada día que pasa? No mentía, Kieran. Hay una especie de… de línea dentro de mí que, una vez cruzada, me convierte en algo distinto. Ya lo he hecho alguna vez. En las Cámaras de Nyktos. Podría haber destruido la Cala de Saion —le recordé—. Podría haber destruido Oak Ambler cuando desperté y descubrí que se habían llevado a Casteel. Quería hacerlo.

—Yo llegaré hasta ti. Cas también lo hará —razonó.

—No siempre habrá alguien ahí. —Me forcé a aflojar la mano en torno al anillo de Casteel—. Puede que haya un momento en el que nadie sea capaz de llegar hasta mí. Y si eso sucede, necesito que tú…

—Joder.

—Necesito que me sepultes. Casteel no será capaz de hacerlo. Lo sabes. Él no puede —insistí—. Necesito que tú me detengas. Ya sabes cómo. Hay cadenas de hueso debajo de…

—Ya sé dónde están las cadenas. —Su ira ardía en mi garganta, pero no era ni de lejos tan amarga como su angustia. Y en ese momento me odié un poco.

Me odié mucho, pero no había otra opción.

—Y si no hemos descubierto todo lo que hizo Eloana para sepultar a Malec, tienes que averiguarlo. Sepúltame y haz lo que sea que haya hecho ella. Por favor. Él… Casteel se enfadará contigo, pero lo comprenderá. Con el tiempo.

—Y una mierda lo comprenderá —gruñó Kieran.

—Pero no te matará. Él jamás te haría eso. —Tragué saliva al tiempo que se me cerraba la garganta—. Lo siento. De verdad. No quiero pedirte algo así. No quiero cargarte con este peso.

—Pero lo haces. —Su voz se había vuelto ronca—. Eso es justo lo que estás haciendo.

—Porque no puedo convertirme en algo capaz de arrasar ciudades. No podría vivir conmigo misma. Lo sabes bien. No podría vivir permitiéndome convertirme en algo así. Casteel tampoco podría. —Cerré una mano sobre su brazo—. Tal vez no ocurra nunca. Haré todo lo que pueda por evitarlo. Pero ¿si ocurre? Estarías haciendo lo correcto. Lo sabes. Estarías haciendo lo que habría que hacer.

El brazo de Kieran se apretó aún más a mi alrededor. No respondió. Durante un buen rato.

—Creo que no te das el reconocimiento debido, Poppy. Creo que tú misma impedirías que sucediera algo así —me dijo. Movió el brazo de modo que mi mano se deslizara en la suya. Entrelazó los dedos con los míos—. Pero si me equivoco… —Contuve la respiración—. Lo haré —juró Kieran con otro estremecimiento—. Te detendré.

Capítulo 18

—La gente de Oak Ambler está esperando —nos comunicó Valyn mientras subíamos a la torre del castillo de Redrock a la tarde siguiente—. Parecen bastante tranquilos, lo cual es bueno.

Quería estar de acuerdo, pero los sollozos de dolor de los padres que habíamos conocido en la carretera a Oak Ambler atoraban mi garganta. Los habían conducido a la ciudad antes que a los demás y luego los habían llevado al templo, donde los restos habían sido amortajados con sumo cuidado. Y entonces todo lo que pude hacer fue observar cómo su esperanza daba paso a la desesperación. Cómo cada uno de sus mundos se hacía añicos. Los sonidos que habían hecho cada vez que uno encontraba a un hijo en las piras… los gritos crudos, cargados de dolor, procedentes de las profundidades de sus seres destrozados, ni siquiera sonaban como un ruido propio de un mortal.

No podía dejar de verlos, de oírlos o de saborearlos.

Les había devuelto el osito de peluche a Ramon y a Nelly. Les había dicho que lo sentía. Lo había dicho casi cien veces, y no significaba nada. No servía para nada. Había prometido que esto no volvería a suceder jamás. Y eso lo había dicho en serio, pero tampoco significaba nada para ellos.

—¿Está todo el mundo presente? —preguntó Vonetta cuando entramos en la pequeña sala de la cima de la torre. Naill se quedó en la estrecha entrada para bloquearla, como si esperara que fuese a venir algo a atacarnos por las escaleras.

—Parece que sí —confirmó lord Sven. Fui hasta una de las pequeñas ventanas cuadradas que daban a los robles del acantilado. Entre los árboles, capté atisbos de los *drakens*—. Tengo a uno de mis hombres revisando los registros de la Ciudadela para ver si conseguimos tener más que una estimación aproximada de cuánta gente vive aquí.

—Había un grupo reducido de mortales en el Adarve esta mañana. Algunos de los que se quedaron —explicó el general Cyr—. Han expresado su deseo de abandonar la ciudad.

—Entonces, deberían poder irse —repuso Vonetta.

—Estoy de acuerdo —dijo Emil.

En el silencio subsiguiente, Kieran me tocó el hombro. Había estado callado toda la mañana. No estaba enfadado por lo que le había pedido la noche anterior. No percibía nada así en él. Tampoco creía que me hubiese mentido cuando le había preguntado más de quinientas veces si lo estaba desde que me desperté. Estaba cansado y *agobiado*.

Me aclaré la garganta al girarme de la ventana. Sven y Valyn me miraban, expectantes.

—Deben poder marcharse si eso es lo que desean.

Ni Valyn ni Cyr parecían muy emocionados al respecto.

Tragué saliva otra vez para empujar el nudo más abajo.

—En Solis, cuando la gente quería abandonar su ciudad para mudarse más cerca de la familia o buscar oportunidades nuevas, tenían que obtener el permiso de los Regios —les dije, al tiempo que recordaba las peticiones que se presentaban ante los Teerman durante las reuniones del Consejo de la Ciudad, que se celebraban todas las semanas—. Rara vez recibían su aprobación. La gente de Solis debería tener esa libertad básica, igual que la tienen en Atlantia.

—Estoy de acuerdo, pero ¿en época de guerra? ¿Con los Demonios por ahí rondando? —empezó lord Sven—. Puede que no sea el mejor momento para permitir esa libertad.

—Comprendo las dudas a la hora de permitir esto. Preferiría que

nadie se fuera, debido a los peligros que esa decisión conlleva, pero si no lo hacemos, no tendrán ninguna razón para creer que sería temporal o que no tenemos ninguna intención de continuar coartando sus derechos. —Miré al general de pelo oscuro. Cyr se quedaría en Oak Ambler para proteger el puerto y las tierras circundantes con una parte de su regimiento. El resto de sus fuerzas se fusionarían con las de Valyn—. Debemos recordarles los riesgos, pero si insisten, lo autorizaremos.

Cyr asintió.

—Por supuesto.

—Lo que hagamos aquí se sabrá en otras ciudades —le recordé… les recordé a todos. Incluida a mí misma—. Así es como nos ganamos la confianza de la gente de Solis.

El grupo asintió y miré hacia la puerta del balcón. Podía oír el murmullo de la gente reunida en el patio a nuestros pies y en el prado de delante de Redrock. Mi corazón tropezó consigo mismo.

—Es hora de que hable con ellos.

—Os esperaremos fuera. —Sven hizo una reverencia y salió al balcón. Cyr y Emil lo siguieron.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto ahora? —preguntó Valyn, que se había quedado atrás.

—¿Crees que no debería?

—Creo que deberías hacer lo que sientas que puedes hacer —dijo, de un modo bastante diplomático—. Pero también creo que lo que has hecho hoy ya es más que suficiente.

Se refería a mis reuniones con las familias. Apreté el talón de la mano contra la bolsita para sentir el caballito de juguete. Valyn había estado ahí cuando había hablado con las familias. Igual que Kieran y Vonetta. Todos ellos habían sido testigos de esa dolorosa desesperación.

—¿No es todo esto el deber de una reina?

—No tiene por qué serlo. No hay ninguna regla que lo diga. —La respuesta de Valyn fue tan amable como su mirada—. No existe ninguna política que dicte que debas cargar con toda la responsabilidad. Por eso tienes un consejero. —Luego asintió en dirección a Vonetta—. Por eso tienes una regente.

Kieran levantó un hombro cuando lo miré.

—Tiene razón. Cualquiera de nosotros podría hablarle a la

gente.

Cualquiera podría, y era probable que lo hicieran mucho mejor que yo, pero… me giré otra vez hacia mi suegro.

—Si todavía fueses rey, ¿habrías permitido que otra persona hablase con esas familias? ¿Que le hablase a la gente? —Valyn abrió la boca—. Sé sincero —insistí.

Suspiró y se pasó una gruesa mano por el pelo para retirarlo de su cara.

—No, lo hubiese hecho yo mismo. No habría querido que nadie más…

—¿Tuviera que soportar esas marcas? —murmuré, y Valyn ladeó la cabeza de *esa* manera. Las comisuras de mis labios se curvaron un poco hacia arriba—. Agradezco la oferta. —Y de verdad que lo hacía porque sabía que la intención era buena—. Pero esto tengo que hacerlo yo.

Algo parecido al orgullo se asentó en su rostro.

—Entonces, serás tú quien lo haga.

Aspiré una bocanada de aire, pero no fue muy lejos. El nerviosismo se apoderó de mí.

—Nu… nunca le he hablado a tanta gente junta. —Notaba las palmas de las manos sudorosas y no podía evitar pensar que si Casteel estuviese aquí, él se habría encargado de esto hasta que me sintiera cómoda. No porque dudase de que pudiera hacerlo o porque creyera que él lo haría mejor, sino porque sabía que era algo con lo que no tenía ninguna experiencia. Miré a Valyn, que había esperado junto a nosotros—. Ni siquiera estoy segura de lo que debería decirles.

—La verdad —sugirió Valyn—. Diles lo que nos dijiste a nosotros cuando llegamos. Que no eres una conquistadora. Que no estás aquí para quitarles nada. —El nudo de mi pecho se aflojó un poco y asentí. Me giré hacia la puerta—. Penellaphe —me llamó Valyn justo antes de salir—. Mi hijo tiene mucha suerte de haberte encontrado.

El nudo volvió, pero por una razón muy diferente. Esta vez, cuando respiré, el aire llenó mis pulmones.

—Los dos tenemos suerte —le dije, y habría jurado que el anillo se calentó contra mi piel.

Me giré hacia la puerta y levanté los hombros cuando Vonetta se

inclinó hacia mí.

—Puedes hacerlo —me dijo en voz baja.

Tomé su mano y le di un apretoncito.

—Gracias.

Vonetta me devolvió el apretón. Luego eché a andar y salí al aire fresco y al brillante sol de la tarde. Mi corazón latía con fuerza mientras caminaba hasta la barandilla de piedra, seguida por los otros. La multitud se acalló en una ola que se extendió más allá del patio, hacia el prado y más lejos, hasta las calles atestadas de gente. Me temblaban un poco las manos cuando las apoyé en la piedra, cada fibra de mi ser consciente de los miles y miles de ojos dirigidos hacia arriba, ojos que me veían con el blanco de la Doncella y la capa dorada de los atlantianos. No llevaba corona porque no era su reina.

Y entonces le dije a la gente de Oak Ambler lo que les había dicho a los generales, con una voz que temblaba pero sonaba bien alta. Con una voz que se oyó.

—No somos conquistadores. No hemos venido *a quitaros nada*. Estamos aquí para terminar con la Corona de Sangre y con el Rito.

Mucho más tarde, después de haberme dirigido a la gente de Oak Ambler y de haberme reunido con los generales para rematar nuestros planes para el día siguiente y los posteriores, caminaba adelante y atrás por la zona de estar adyacente al dormitorio en el que había dormido la noche anterior. Valyn se había reunido con nosotros hacía un rato, y tomaba un vaso de whisky con Kieran. El mío estaba en la mesa, sin tocar. Tenía la cabeza demasiado llena de pensamientos y mi estómago gruñía, aunque estaba lleno.

—¿Puedes sentarte? —preguntó Kieran desde la silla en la que estaba sentado él.

—No.

—Tus paseos constantes no harán que mañana llegue antes —dijo, aunque partir al día siguiente ni siquiera era una de las principales razones por las que estaba tallando un camino en el suelo de piedra. Era la aflicción que aún saboreaba desde esa

mañana. Era la esperanza tentativa que aún percibía procedente de la gente de Oak Ambler. También era su rabia incipiente, que aún rondaba por el fondo de mi garganta—. Y me estás poniendo nervioso.

Me detuve y los miré.

—¿De verdad?

—No. —Kieran se llevó el vaso a los labios y plantó un pie, con bota y todo, sobre la otomana delante de él—. Es solo que distrae un montón y tengo la sensación de que, si bebiera más, tu constante ir y venir acabaría mareándome.

—Entonces, ¿por qué no dejas de beber? —sugerí, y mi tono rezumaba ácido. Una diversión azucarada me llegó desde donde Hisa montaba guardia a la puerta de la sala.

Valyn arqueó las cejas mientras levantaba su vaso, seguro que para disimular su sonrisa cuando, por fin, me dejé caer de un modo muy sonoro en la butaca enfrente de Kieran.

—¿Contento?

—Ha sonado como si hubieras podido hacerte daño —comentó en tono seco.

—Pues va a sonar como si tú te hubieses hecho daño, porque estoy a punto de darte un puñetazo —repliqué. Kieran sonrió.

—¿Te refieres a un golpecito amoroso?

Entorné los ojos.

—Bueno, he estado pensando en lo que dijo ese sacerdote. En lo que me contasteis sobre esa mujer de Massene —intervino Valyn, con un cambio de tema muy sensato—. Si de verdad se referían a Malec, ¿creéis que Isbeth es la conspiradora?

—No lo sé. No sé si es ella o Malec, o si todo esto no son más que tonterías —dije, y solté un bufido de exasperación—. Tampoco sé qué tiene que ver todo eso con que hayan celebrado otro Rito. Ni por qué la Reina de Sangre creó a los Retornados, ni por qué creen que yo desempeño un papel en todo esto. Nadie puede creer en serio que le seguiré el juego a Isbeth.

—Rehacer los mundos podría significar apoderarse de Atlantia —conjeturó Valyn tras unos momentos—. Después de todo, en cierto modo eso es lo que estamos haciendo: juntar los dos reinos. Puede que Framont se estuviese refiriendo a eso.

Podría ser, pero me daba la sensación de que se me escapaba

algo.

—He enviado un mensaje a Evaemon. Espero tener respuesta cuando nos volvamos a ver —dijo, y yo asentí—. ¿Todavía pensáis cruzar a través del Bosque de Sangre?

—Nos acercaremos bastante —explicó Kieran—. Es el camino más seguro. Queremos poder acercarnos lo más posible a Carsodonia antes de que nos vean. Queremos tener esa ventaja.

Si viajásemos rectos a través de New Haven y Whitebridge, aumentaría el riesgo de que nos vieran. Así que planeábamos subir por la costa, bordear el Bosque de Sangre y luego cortar entre Tres Ríos y Whitebridge, para llegar hasta las Llanuras del Saz a través de una porción del valle de Niel, desde donde entraríamos en los Picos Elysium. Los ejércitos seguirían nuestros pasos y tomarían esas ciudades bajo el liderazgo de Vonetta.

—El camino que toméis no estará libre de peligros —señaló Valyn—. La noticia de nuestra ocupación de Oak Ambler llegará a la capital pronto. La Corona de Sangre movilizará sus ejércitos. Habrá patrullas.

—Lo sabemos —afirmó Kieran—. Nada de la empresa en la que estamos a punto de embarcarnos es seguro.

Valyn se movió un poco, flexionó una pierna.

—Si vuestros cálculos son correctos, os llevará un par de semanas llegar hasta Carsodonia.

—Día arriba, día abajo —confirmó—. Eso si somos capaces de avanzar a buen ritmo.

—Para entonces, nosotros deberíamos haber llegado a Tres Ríos —continuó—. Donde nos encontraremos con vosotros y con…

—Y con Casteel. Estará conmigo —prometí.

Su suspiro fue de esperanza.

—Lo creo. Porque creo en ti —añadió. Me sostuvo la mirada—. Quiero hacerte una promesa: me aseguraré de que tus deseos se cumplan por nuestra parte. La regente no tendrá ningún problema con ninguno de los generales. No derribaremos ningún Adarve. No seremos la causa de que gente inocente pierda la vida.

Ahora fue mi suspiro el esperanzado.

—Gracias.

Valyn asintió.

—¿Cuáles son vuestros planes cuando entréis en Carsodonia?

¿Cómo lo encontraréis?

—Todavía estamos trabajando en ello —confesó Kieran, y yo casi me eché a reír porque *trabajando en ello* podía traducirse en realidad por *no tenemos ni idea*.

El sabor espeso, como a crema, de la preocupación se arremolinó en mi garganta y mis ojos volaron de Kieran a Valyn. El estallido de preocupación provenía de él y eso era… bueno, era raro detectar algo en el hombre.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve cerca de Carsodonia —empezó—. Y ya entonces era una ciudad grande. Es mucho terreno por el que buscar. Muchos Ascendidos. Muchos guardias reales.

—Lo sabemos —murmuró Kieran, su copa olvidada en la mano.

—Y después tendréis que lidiar con la Reina de Sangre —continuó Valyn, imperturbable—. No vais a poder pasearos con libertad por esa ciudad.

—Lo sabemos —repitió el *wolven*—. Hemos hablado de la posibilidad de capturar a un Ascendido de alto rango, e incluso a doncellas personales, y obligarlos a hablar. Alguno de ellos tiene que saber dónde tienen a Cas.

También habíamos hablado del hecho de que las doncellas personales rara vez se alejaban de la Reina de Sangre. Y también sabíamos que tendríamos que encontrar a un Ascendido de alto rango que estuviese al tanto de todo lo que hacía la Reina de Sangre, lo cual también significaba que era probable que tuviese más miedo de desobedecer a su reina que a la amenaza de muerte.

Teníamos ideas acerca de lo que hacer, pero ninguna de las cosas que se nos ocurrían era una solución mágica a cómo encontrar a Casteel en una ciudad con millones de habitantes…

Mágica.

Me puse en pie de un salto, y tanto Valyn como Kieran se sobresaltaron.

—Magia.

—¿Magia? —repitió Valyn, con las cejas arqueadas.

—Magia primigenia. —Di media vuelta para mirar a Hisa—. ¿Sabes dónde está Sven?

—Creo que ha ido a ver a su hijo a una de las habitaciones pasillo abajo.

—¿En qué estás pensando? —Kieran dejó su bebida a un lado.

—Perry dijo que su padre sabe mucho sobre magia primigenia, ¿recuerdas? —le pregunté, aliviada de ver la comprensión aflorando en su rostro—. Y que, con ella, casi cualquier cosa es posible. ¿Por qué no habría de existir algún tipo de magia que pudiera ayudarnos a localizar a Casteel?

Con Sven sentado en la silla de enfrente de su hijo, tenía ganas de abofetearme. ¿Cómo no se me había ocurrido pensar en la magia primigenia hasta ahora?

—Recuerdo haber leído sobre viejos hechizos empleados para encontrar objetos perdidos —dijo Sven, después de que yo hubiese irrumpido en la habitación para preguntarle si conocía algún hechizo que pudiera utilizarse para encontrar a una persona. Se frotó la barba—. Deja que lo piense un momento. Artículos perdidos como un anillo preciado son algo muy distinto a una persona, pero solo tengo que pensar un poquito. He leído muchos libros. Muchos diarios. Y esos viejos hechizos estaban desperdigados por todos ellos.

—Sí, claro. —Asentí y retomé mis paseos. Solo que esta vez caminaba entre Kieran y Valyn, que me habían seguido hasta la habitación a la que nos había llevado Hisa—. Piensa durante todo el tiempo que necesites.

Sven asintió y siguió jugueteando con los pelos de su barbilla. Los segundos se convirtieron en minutos mientras el lord atlantiano murmuraba en voz baja, con los ojos guiñados. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

Su hijo se levantó y fue hasta una mesita auxiliar con una botella de líquido de color ámbar. Mientras servía una copa, vi que se movía como si no hubiese recibido un flechazo en el hombro el día anterior. Le llevó la bebida a su padre.

—Ten. Esto suele ayudar.

Sven sonrió y aceptó el pequeño vaso de cristal. Me miró al percatarse de que había dejado de andar.

—El whisky calienta el estómago y el cerebro —aclaró. Luego

bebió un buen trago que hizo que sus labios se retrajeran sobre sus colmillos—. Sí, esto desde luego que me va a calentar un poco.

Perry se rio entre dientes mientras se dejaba caer otra vez en la butaca al lado de Delano.

No estaba segura de si calentar el cerebro era buena idea. Empecé a caminar otra vez, pero Kieran plantó una mano sobre mi hombro para detenerme. Le lancé una mirada asesina, crucé un brazo por delante de mi cintura y comencé a balancearme hacia atrás sobre los talones de mis botas.

—Veréis, no dejo de pensar en el hechizo de localización —dijo Sven, y dejé de balancearme—. Lo recuerdo porque estuve a punto de emplearlo una vez para encontrar unos viejos gemelos que había perdido. Pero no lo hice. —Levantó la vista—. La magia primigenia está prohibida. Puede cambiar las hebras del destino de una persona. No toda la magia primigenia lo hace, pero alguna sí, y no es aconsejable enredarse con los Arae, ni siquiera por un par de gemelos. Nunca los encontré, por cierto.

Yo no tenía ningún problema en, quizás, enredarme con los Hados, si era que existían de verdad. Los Arcanos y la Reina de Sangre habían utilizado magia primigenia y no había dado la sensación de que eso hubiera despertado su cólera.

—¿Qué pasa con ese hechizo, padre? —preguntó Perry, con un guiño en mi dirección—. ¿Por qué no haces más que pensar en él? No puede ser solo por los gemelos.

—No es solo por eso. —Un lado de su boca se curvó hacia arriba —. Es el idioma del hechizo. Es atlantiano antiguo; es decir, el lenguaje de los dioses. Pero decía algo así como… —Sus dedos se detuvieron—. Para encontrar lo que era *preciado*… para localizar lo que es *necesitado*. —Levantó la vista hacia su hijo—. No especifica que se refiera solo a un objeto.

—Un juego de gemelos y una persona pueden ser tanto preciados como necesitados —convino Perry, y yo hice un esfuerzo por permanecer callada. Parecía haber un proceso en cómo recordaba Sven estas cosas, y su hijo lo conocía bien—. ¿Recuerdas lo que requería el hechizo?

Sven no respondió durante un rato.

—Sí, era un hechizo bastante sencillo. Solo hacían falta unas cuantas cosas. Un trozo de pergamino en el que escribir. La sangre

del propietario del artículo… o, en nuestro caso, de la persona… y otro artículo preciado de la misma persona.

—Bueno, pues esos artículos van a ser un poco difíciles de conseguir —declaró Kieran—. Empezando por el hecho de que necesitaríamos a Cas para obtener su sangre.

—No necesariamente —objetó Sven—. La sangre no tiene que provenir de sus venas.

—Podría provenir de alguien que se haya alimentado de él —sugerí. Sven asintió.

—Eso, o de un familiar. Cualquier familiar. Pero tu sangre funcionará.

Una oleada de alivio me recorrió de arriba abajo, aunque fue breve.

—Pero también necesitamos un artículo preciado —apuntó Delano, al tiempo que se inclinaba hacia delante.

—¿Poppy? —sugirió Kieran, y luego se apresuró a añadir—: No es que crea que seas un artículo ni que le pertenezcas a Cas de ningún modo, pero…

—Tendría que ser un artículo de verdad —intervino Sven—. Algo que le pertenezca.

—¿El diario? —sugirió Perry.

—¿Diario? —repitió Valyn.

Me puse roja como un tomate y empecé a hablar enseguida para evitar que nadie más entrara en detalles.

—Aunque estoy convencida de que ese es para él un bien preciado, técnicamente no es suyo. Pertenece… *esperad*. —Estiré el brazo hacia la bolsita que llevaba atada a la cintura. Mi corazón se aceleró cuando la solté—. Tengo algo suyo. —Tragué saliva mientras tiraba de los cordeles que mantenían la bolsa cerrada y saqué el caballito de madera—. Esto.

—Por todos los dioses —murmuró Valyn con voz rasposa—. No había visto eso desde hacía una eternidad.

Kieran lo miró pasmado. No había sabido lo que llevaba en la bolsita. Tampoco me lo había preguntado. Su voz sonó emocionada cuando habló.

—Malik le hizo eso. Él… me hizo otro a mí en la misma época.

—No sé por qué me lo llevé cuando partimos de palacio. —Sujeté el caballito de juguete con fuerza—. Simplemente, lo hice.

—Eso debería funcionar —dijo Sven—. Tendréis que estar más o menos cerca de donde creéis que pueda estar. Un edificio. El barrio. Sé que no sabemos dónde lo tienen, pero si conseguimos limitar un poco las posibilidades, este hechizo debería funcionar.

El hechizo no era la respuesta a cómo encontrar a Casteel, pero al menos era algo. Algo que seguro nos ayudaría si lográsemos estrechar la búsqueda.

Si pudiera ponerme en contacto otra vez con Casteel en nuestros sueños, quizá podría obtener ese tipo de información.

Miré el caballito, ya no tan convencida de que los Arae no fuesen reales, e incapaz de evitar preguntarme si los Hados habían tenido algo que ver con esto.

Fuera como fuere, tenía esperanza, y eso era algo extraordinario y confuso al mismo tiempo.

Frágil.

Contagioso.

Rompible.

Pero al fin y al cabo, precioso.

Una garganta se aclaró desde la entrada y llamó nuestra atención hacia donde Lin estaba ahora al lado de Hisa.

—Siento interrumpir, alteza, pero han llegado dos personas a las puertas de la ciudad y solicitan veros. Dicen que vienen desde Atlantia, aunque no he reconocido a ninguno de los dos.

Hisa frunció el ceño mientras yo miraba a Kieran.

—¿Te han dado sus nombres?

Lin sacudió la cabeza.

—Lo siento. Si han dado algún nombre, a mí no me los han comunicado.

Me picó la curiosidad. No tenía ni idea de quién podía haber llegado desde Evaemon.

—¿Dónde están ahora?

—Los han escoltado a Redrock y deberían llegar en cualquier momento.

Me volví hacia Sven, le di las gracias por su ayuda y luego salí de la habitación. Kieran y Delano me siguieron de cerca, lo mismo que Valyn.

—Esto es muy raro —comentó Kieran.

—Estoy de acuerdo. —Hisa iba en cabeza con Lin cuando

entramos en el ancho pasillo—. No se me ocurre nadie que pudiera viajar desde Atlantia y no estuviese ya con nosotros.

Unos guardias abrieron las puertas y salimos a la menguante luz del sol. Mis ojos se deslizaron por encima de las tiendas de campaña que habían montado y los montones de escombros de las murallas interiores destruidas. Se detuvieron en dos personas que rodeaban un pequeño carro tirado por un caballo. Reconocí el cálido pelo rubio, la piel dorada y la belleza única de Gianna Davenwell. La aparición de la sobrina nieta de Alastir fue una sorpresa. Ella era una de las pocas *wolven* que se habían quedado en Evaemon para proteger la capital, pero cuando la persona que iba a su lado retiró la capucha de su capa, todo el aire escapó de mis pulmones al ver la lustrosa y cálida piel marrón y la masa de apretados rizos blancos como la nieve.

—La madre que la parió —murmuró Kieran.

Mi corazón tartamudeó y luego se aceleró. Me alejé un poco de Kieran al trastabillar.

—¿*Tawny*?

Capítulo 19

Me había quedado clavada en el sitio. Entonces Tawny *sonrió*.

Y *habló*.

—Poppy.

Eché a correr, solo lejanamente consciente de que Kieran trataba de frenarme, pero era rápida cuando quería.

Corrí entre las tiendas y no paré. Por primera vez desde que la conocía, o eso me pareció, no dudé ni un instante. Lancé los brazos a su alrededor y ella hizo lo mismo, y durante unos instantes, eso fue en todo lo que pude pensar. Tawny estaba entre mis brazos. Estaba de pie y *hablaba*. Estaba viva y aquí conmigo. La emoción atoró mi garganta mientras cerraba una mano en torno a su pelo y apretaba los ojos contra el mar de lágrimas que amenazaba con brotar por ellos.

—Te he echado de menos —le dije con voz pastosa.

—Yo también te he echado de menos a ti. —Sus brazos se apretaron a mi alrededor.

Aspiré una temblorosa bocanada de aire, consciente de repente de varias cosas al mismo tiempo. Kieran estaba cerca. Noté que Delano se apretaba contra mis piernas y, sin querer, contra las de Tawny. Su recelo me confundía, así como la reacción de Kieran, su

intento de detenerme, pero fue lo que percibí procedente de Tawny lo que más me preocupó. Estaba más delgada que antes, los hombros y todo el cuerpo… y ella ya había sido delgada. Con todo el tiempo que había pasado dormida, su pérdida de peso tampoco era una sorpresa, pero fue su piel lo que más me consternó. Su frialdad se filtraba a través de su túnica de manga larga.

Me eché hacia atrás y levanté la vista hacia su rostro. Lo que fuese que había estado a punto de decir, quedó relegado a segundo plano.

—Tus ojos —susurré. Eran más pálidos que los de un Retornado, casi blancos, a excepción de la pupila.

—¿*Mis* ojos? —Sus cejas salieron disparadas hacia arriba—. ¿Has visto el resplandor detrás de tus pupilas?

—Sí. Los míos también están diferentes. Es la…

—La esencia primitiva —dijo. Echó una ojeada detrás de mí, donde aún rondaba Kieran—. Sé lo que es.

—¿Cómo…? —Miré hacia donde esperaba Gianna. Creía recordar que la *wolven* no había visto mis ojos así—. ¿Te ha hablado alguien de ellos? ¿De la esencia?

—Sí y no. —Las manos gélidas de Tawny se deslizaron por mis brazos para agarrar las mías—. ¿Y mis ojos? ¿Mi pelo? No tengo ni idea de por qué están así. Supongo que debido a la piedra umbra, pero veo bien. Me siento bien. —Ladeó la cabeza y un rizo blanco cayó contra su mejilla marrón—. Me siento muchísimo mejor ahora que estoy aquí. —Bajó la vista hacia Delano, que la observaba con atención—. Aunque él parezca querer comerme, y no de la manera divertida.

Solté una breve carcajada.

—Lo siento —me disculpé, y luego me estiré a través del *notam* para hacerle saber que no tenía de qué preocuparse—. Los *wolven* se muestran muy protectores conmigo.

—Sí, eso dijo Gianna —comentó Tawny, y la *wolven* me dedicó un breve saludo medio cohibido con la mano que sentí en los huesos.

Me giré hacia atrás, hacia donde estaba Kieran. No me miraba a mí. Su cuerpo estaba en tensión. Toda su concentración puesta en Tawny. Un recelo ácido se arremolinó en el fondo de mi garganta. No era el único que se mantenía cerca de mí. Hisa y Valyn estaban

justo detrás de él. La inquietud era como una nube densa y… *espera*… Despacio, me giré hacia Tawny otra vez, abrí mis sentidos a ella. Y sentí…

No sentí nada.

Y sabía que Tawny no había levantado ningún escudo mental. Eso nunca se le había dado bien. Sus emociones estaban siempre a flor de piel, si no claramente escritas en su rostro. Mi corazón se saltó un latido mientras presionaba un poco más, pero no encontré nada, ni siquiera una pared.

Apreté las manos sobre las suyas.

—No percibo nada procedente de ti.

Sus ojos lechosos volvieron a mí y, no la sentí, pero vi la punzada de preocupación que se asentaba en las finas arrugas de su frente.

—No sé por qué. Quiero decir, sí lo sé, pero… —Cerró los ojos un instante—. Nada de eso importa ahora mismo. Hay algo que sí sé. —Su pecho se hinchó con una respiración profunda—. Hay algo que tengo que decirte en privado. Tiene que ver con Vikter.

Parpadeé y me eché atrás.

—¿Vikter?

Tawny asintió.

—Lo he visto.

«Privado» no era exactamente «privado».

Tawny y yo nos habíamos retirado a una de las salas de audiencias y no estaba segura de si Nyktos en persona hubiese sido capaz de evitar que Kieran estuviese ahí. Tomó asiento a mi lado mientras Delano permanecía en su forma de *wolven*, sentado a mis pies. Gianna se quedó de pie y parecía sinceramente preocupada por el bienestar de Tawny, que no había protestado por la presencia de ninguno de ellos, aunque no había duda de que estaba nerviosa. Tenía las rodillas apretadas con fuerza mientras enroscaba sin parar un rizo alrededor de su dedo, una costumbre que tenía cuando estaba ansiosa.

Era probable que la postura rígida y la silenciosa actitud alerta

de Delano y de Kieran tuviesen mucho que ver con eso. Kieran me había detenido antes de entrar en la sala y me había llevado a un lado. Había hablado en voz baja, pero sus palabras aún resonaban como un trueno mientras miraba a Tawny.

—Hay algo raro en Tawny —había dicho—. Todos nosotros podemos sentirlo.

Y tenía razón.

Había algo raro en Tawny, pero era ella. El pelo y los ojos, la piel fría y mi incapacidad para leerla no eran quien yo recordaba, pero en todo lo demás, sí que era ella. Y solo porque transmitiera una sensación rara, no significaba que fuese *malvada* ni nada. Solo significaba que había cambiado.

Y yo, más que nadie, podía entender eso.

—En cuanto desperté, supe que tenía que encontrarte —empezó Tawny, aferrada a una taza de té—. Creo que todo el mundo pensó que estaba un poco loca. Willa, la madre de Casteel —murmuró, y aprovechó para echar una mirada de reojo a Kieran—. No puedo culparlos por sentirse así. Estaba un poco…

—¿Histérica? —aportó Gianna. Tawny sonrió.

—Sí, un poco. No querían que me marchara, pero ya sabes que puedo ser bastante insistente cuando de hacer lo que quiero se trata.

Buf, sí que lo sabía, sí.

—En cualquier caso, Gianna se ofreció voluntaria a viajar conmigo —añadió Tawny.

—Iba a hacerlo con o sin compañía. —Gianna se sentó en el reposabrazos del sofá—. Era demasiado peligroso hacer semejante viaje sola, sobre todo cuando nadie tenía ni idea de dónde podrías estar.

—Gracias —le dije, y me sentí un poco mal por haber amenazado con echársela como comida a los *barrats*.

Gianna asintió.

—¿Cómo es que despertaste? —le preguntó Kieran a Tawny—. ¿Fue algo que hicieron Willa o Eloana?

—Yo… en realidad, no lo sé, excepto que creo que se suponía que no debía… despertarme, quiero decir. —La mano de Tawny temblaba y el humeante líquido amenazaba con rebosar por los bordes de su taza—. Sé que no tiene sentido, pero sentí como que

me estaba muriendo. *Sabía* que me estaba muriendo, hasta que vi a Vikter. Creo que él, o tal vez los Hados, hicieron algo para evitarlo.

—Los Hados —murmuré, casi riendo—. ¿Te refieres a los Arae? Jamás creíste en ellos.

—Sí, bueno, pues eso desde luego que ha cambiado —admitió, los ojos muy abiertos. Se me cortó la respiración otra vez.

—¿Cómo viste a Vikter?

—Lo vi en un sueño que no era un sueño. No sé cómo explicarlo si no es así. —Tawny bebió un sorbo—. Recuerdo lo que sucedió en Oak Ambler… el dolor cuando me apuñalaron. Y después, no hubo nada durante mucho tiempo, hasta que hubo algo. Una luz plateada. Pensé que estaba entrando en el Valle hasta que lo vi a él. A Vikter.

Un delicado escalofrío recorrió mi cuerpo. Delano se apoyó contra mis piernas.

—¿Y cómo sabes que no fue solo un sueño? —preguntó Kieran.

—Vikter confirmó quién eres… que eres una diosa… y yo ya sabía eso. Isbeth lo había dejado escapar, pero no la había creído, aunque Ian sí. Y, por los dioses, Poppy, cómo siento lo que le sucedió.

—Sí. —Respiré hondo para soportar ese ardor—. Yo también.

—¿Qué sabes, exactamente, acerca de los planes de Isbeth? —aprovechó para preguntar Kieran.

—No demasiado, aparte de que creía que Poppy la ayudaría a rehacer los mundos —dijo, y yo solté una exclamación ahogada al oír esas palabras una vez más—. Tampoco entendí lo que significaba eso. No pasaba tanto tiempo cerca de ella. Ni siquiera entendí del todo por qué me habían llamado a Carsodonia, más allá de que decían temer que a mí también me raptaran, porque todo el mundo sabía que tú y yo teníamos una relación estrecha. Eso no tenía sentido, pero cuando llegué a Wayfair y vi a esas… doncellas personales y a los Retornados —añadió con un estremecimiento—, nada parecía normal. Y cuando Isbeth me dijo que eras su hija, pensé que estaba loca —dijo Tawny, negando con la cabeza—. Pero Vikter me dijo cosas que yo no podía haber sabido. Como la historia de una diosa que había despertado el tiempo suficiente para evitar que te hicieses daño en las montañas Skotos. Dijo que tus sospechas eran correctas. Que fue Aios la que te detuvo. También me dijo que

no solo fue Nyktos quien dio la aprobación para tu matrimonio. Que fueron él y la consorte.

Abrí la boca, pero no encontré qué decir.

—Yo también lo apruebo. Aunque tampoco es que me lo haya preguntado nadie. —Tawny me lanzó una rápida sonrisa medio en broma, tan familiar que relajó algo en mi interior. La sensación desapareció enseguida—. Vikter también me dijo que se lo habían… llevado. A Casteel.

El ardor de mi garganta se intensificó.

—Así es, pero voy a recuperarlo…

—Vas a viajar hasta Carsodonia y lo vas a liberar —me interrumpió, y yo parpadeé, perpleja—. Lo sé. Vikter dijo que lo harías.

—Vale. —Respiré hondo, una respiración temblorosa. No había forma humana de que Tawny supiese todo eso—. ¿Vikter era un espíritu?

—No. —Tawny negó con la cabeza—. Es un *viktor*.

Di un respingo. Algo en la forma en que dijo eso tironeó de un recuerdo que rondaba justo fuera de mi alcance.

—¿A qué te refieres?

—Espero poder explicar esto lo bastante bien para que lo entiendas. —Tawny soltó el aire—. Un *viktor* nace con un objetivo: proteger a alguien que los Hados creen que está destinado a propiciar un gran cambio o cumplir un propósito importante. Me dio la impresión de que no todos son conscientes de su deber pero acaban estando ahí para esa persona de todos modos… como si los Hados los reunieran. Creo que otros *viktors* sí son conscientes y están implicados en la vida de la persona a la que protegen. Cuando mueren, durante el desempeño de su propósito o bien por cualquier otra causa, sus almas regresan al monte Lotho.

—¿A dónde? —Arqueé las cejas.

—Es donde residen los Arae —explicó—. Sus almas regresan al monte Lotho, donde esperan a renacer.

—Está escrito que es un lugar en Iliseeum —me dijo Kieran, pero lo único que yo podía hacer era mirar a Tawny pasmada.

—¿Y dices que Vikter era uno de ellos? —Cuando Tawny asintió, mis pensamientos empezaron a correr desbocados—. ¿Significa eso que él sabía que yo era una diosa desde el principio? ¿Qué le

ocurrió?

Tawny se inclinó hacia delante y dejó su taza en la mesita.

—Vikter me explicó que cuando los *viktors* renacen, no tienen ningún recuerdo de sus vidas anteriores, como les pasa cuando sus almas regresan al monte Lotho, donde se les da otra vez forma mortal. Pero algunos *viktors* están, básicamente, uhm, predestinados a averiguar lo que son y a quién los envían a proteger o a guiar. Como Leopold. Vikter dijo que él lo averiguó, y que esa fue la razón de que buscara a Coralena antes incluso de que tú nacieras.

Volví a quedarme estupefacta, y, una vez más, esa información tironeó de una extraña sensación en el fondo de mi mente. La sensación de que, de algún modo, yo ya sabía todo esto. Aunque no fuese así.

—¿O sea que no estaban juntos porque se quisieran? —pregunté.

—No lo sé, pero tuvieron a Ian juntos. Ian me dijo que sí eran sus padres —explicó—. Es obvio que eso no significa que estuvieran enamorados, pero sí tenía que haber algo ahí. No creo que ser un *viktor* signifique que no puedas amar.

Asentí despacio. Sabía que Vikter había estado enamorado de su mujer. La aflicción que sentía cuando hablaba de ella era demasiado real como para no surgir del amor. Y en ese momento, elegí creer que Coralena y Leopold, mis padres, sí se querían.

—Pero Vikter tenía que saberlo. —Los ojos de Kieran conectaron con los míos—. Se hizo guardia real, luego se convirtió en tu guardia personal, y se aseguró de que supieras protegerte, de que pudieras luchar mejor que la mayoría de los guardias del Adarve. Aparte de todo eso, su nombre no podía ser una coincidencia.

Siempre había creído que Vikter me había entrenado porque sabía que nunca querría volver a sentirme tan indefensa e impotente como aquella noche en Lockswood, pero podría haberse estado asegurando de que sabía cómo mantenerme con vida hasta que Ascendiera y completara el Sacrificio.

—Si sabía cuál era su propósito, ¿por qué no se lo dijo a Poppy? —Kieran se volvió hacia Tawny—. Podría haber hecho que las cosas fuesen mucho más fáciles.

—Si de verdad lo sabía, no podía decir nada. Aunque los *viktors* están ahí para proteger a alguien, no pueden revelar sus razones.

Hubo muchas cosas que no pudo decirme a mí. Afirmaba que tenían que ver con los Hados y el equilibrio, así que tuvo mucho cuidado y fue muy preciso con lo que decía —explicó Tawny. Se encogió de hombros—. Es la misma razón por la que nacen sin recuerdos. Además, por lo que entendí, incluso ciertos mortales que están destinados a hacer cosas terribles pueden tener *viktors* también. Vikter no hubiese podido contarte la verdad.

No sabía cómo sentirme acerca del hecho de que Vikter podría haber sabido quién era yo en realidad o que Hawke era, en verdad, Casteel. Ni del hecho de que hubiese entrado en mi vida con un propósito: protegerme. Algunas de sus últimas palabras volvieron a mí entonces y estrujaron mi corazón hasta dejarlo hecho añicos. *Siento no haberte protegido*. Su creencia de que me había fallado cobró una dimensión completamente nueva ahora. Alargué la mano y deslicé los dedos entre las orejas de Delano, que tenía la cabeza apoyada en mi rodilla.

—¿Tenía buen aspecto? Quiero decir, ¿estaba como siempre?

—Estaba… —Tawny apartó los ojos de Delano—. Estaba como yo lo recordaba. No como la última vez que lo vimos, sino antes de eso. —Tawny sonrió, y su sonrisa fue solo un poco triste—. Tenía buen aspecto, Poppy, y me pidió que te dijera que sí, que estaba orgulloso de ti.

Aspiré una bocanada de aire entrecortado y una emoción cruda bulló en mi interior hasta atorarme la garganta. Cerré los ojos en un esfuerzo por mantener las lágrimas bajo control.

—¿Te dijo algo más?

—Sí y no —respondió.

—Eso no ayuda demasiado —comentó Kieran.

Los ojos blanqueados de Tawny se deslizaron hacia Kieran y la mirada que le lanzó fue una que le había visto lanzar a muchos lores en espera en el pasado. Una que indicaba que lo estaba evaluando y no estaba segura de si le impresionaba o no lo que veía.

—No, no lo es.

—O sea que Vikter pudo contarte todo eso de los *viktors* y ponerte al día sobre las cosas que han pasado en la vida de Poppy, pero ¿no pudo decirte nada relevante con respecto a los planes de la Corona de Sangre?

—No estoy segura de si no estabas escuchando o si es solo que no entendiste lo que dije cuando comenté que había cosas que no podía decir debido al equilibrio y a los Hados —señaló Tawny en un tono que también reconocí. Gianna apretó los labios para disimular una sonrisa, mientras que yo no hice nada por reprimir la mía—. Así que es obvio que no pudo contarme todos los secretos.

Kieran entornó los ojos.

—Es obvio.

Tawny arqueó las cejas en su dirección.

—Bueno, ¿y qué es lo que sí pudo decir? —pregunté, antes de que la discusión que se cocía pudiese dar comienzo de verdad.

—Me contó la profecía de la que habló la diosa Penellaphe.

Me invadió una sensación de frustración, así como de inquietud. Estaba muy harta de esa profecía.

—Ya conozco la profecía.

—Pero ¿la conoces entera? —preguntó Tawny—. No creo que la conozcas. O al menos creo que Vikter pensaba que no la conocías entera.

Una vez más, fue un *shock* oír el nombre de Vikter y tener una prueba más de que Tawny había hablado con él o con alguien que sabía muchísimas cosas.

—¿Qué te dijo?

—La recuerdo palabra por palabra. Cómo, cuando por lo general no puedo recordar lo que he tomado para cenar unas pocas horas después de haberlo comido, es una incógnita para mí —comentó, y era verdad que su memoria era extraordinariamente subjetiva—. *De la… de la desesperación de coronas doradas y nacido de carne mortal, un gran poder primigenio surge como heredero de las tierras y los mares, de los cielos y todos los mundos. Una sombra en la brasa, una luz en la llama, para convertirse en un fuego en la carne. Cuando las estrellas caigan de la noche, las grandes montañas se desmoronen hacia los mares y viejos huesos levanten sus espadas al lado de los dioses, el falso quedará desprovisto de gloria hasta dos nacidas de las mismas fechorías, nacidas del mismo gran poder primigenio en el mundo mortal.* —Respiró hondo—. *Una primera hija, con la sangre llena de fuego, destinada al rey una vez prometido. Y la segunda hija, con la*

sangre llena de cenizas y hielo, la otra mitad del futuro rey. Juntas, reharán los mundos mientras marcan el comienzo del fin. Y así comenzará, con la última sangre Elegida derramada, el gran conspirador nacido de la carne y el fuego de los Primigenios se despertará como el Heraldo y el Portador de Muerte y Destrucción a las tierras bendecidas por los dioses. Cuidado, porque el final vendrá del oeste para destruir el este y arrasar todo lo que haya entre medias —terminó Tawny, y retorció un rizo de un blanco puro—. Eso es todo.

—Sí —murmuró Kieran. Se aclaró la garganta y me miró—. Eso es mucho más largo.

En efecto, lo era.

—¿Una primera y una segunda hija? Me han llamado segunda hija, pero ¿quién es la primera? ¿Y en qué contexto?

—No lo sé. Lo siento. —Tawny frunció el ceño—. No podía decirme lo que significaba, solo que debías oírla. Dijo que tú averiguarías su significado.

Una risa estrangulada escapó por mi boca.

—Me tiene en demasiada buena consideración, porque yo… —Dejé la frase en el aire cuando mis pensamientos se engancharon en parte de lo que había dicho—. Espera. ¿El rey una vez prometido?

Kieran se echó atrás.

—¿Malik?

—Cuando estuviste en Carsodonia, ¿alguna vez viste a Malik? —pregunté. Tawny negó con la cabeza.

—No. No conozco a ningún Malik.

—Tiene que ser él, si la parte de la segunda hija se refiere a mí —comenté—. Y Casteel es el rey.

Kieran asintió.

—Sí, pero ¿qué es eso de la sangre llena de cenizas y hielo?

Pensé en la frialdad de mi pecho, mezclada con el *eather*.

—No sé lo que significa eso, ni cómo voy a rehacer los mundos y marcar el comienzo del fin, sola o con cualquier otro. No voy a marcar el comienzo de nada.

—Yo tampoco lo entiendo —musitó Tawny—. Ni quién es el falso.

Entonces se me ocurrió algo y me puse rígida.

—Dijiste que los *viktors* protegerán incluso a aquellos destinados a hacer algo…

—Ya sé lo que estás a punto de decir —intervino Kieran, y supe que estaba pensando en lo que le había pedido la noche anterior—. Tú no estás destinada a hacer nada terrible.

—Tiene razón —se apresuró a decir Tawny—. No me dio la impresión de que Vikter creyera que estuvieses destinada a hacer nada malvado.

Asentí, consciente de los ojos de Kieran sobre mí. Me aclaré la garganta.

—¿Y eso fue todo lo que dijo?

—No. Hubo una cosa más, pero me dijo que solo podías oírlo tú. —Miró a Kieran y después a Delano—. Lo siento.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Kieran.

—Esto no me gusta. —Se giró hacia Tawny a toda prisa—. Sin ofender.

Tawny encogió un hombro.

—A mí tampoco me gustaría. Soy demasiado cotilla.

Una sonrisa débil tironeó de mis labios.

—Necesito oír lo que es. Vikter nunca le diría nada que fuese a hacerme daño.

—Y si lo hubiese hecho, que no es el caso, yo no lo repetiría —añadió Tawny, luego frunció los labios—. A menos que fuese algo que Poppy necesitase oír. Como cuando estaba a punto de hacer esa mala elección en la vida de no volver a la Perla Roja para encontrar a Hawke… ehm, Casteel. Quien sea. En cualquier caso, yo le dije que fuese.

—Oh, por todos los dioses, Tawny. —Me giré hacia ella a toda velocidad. Kieran ladeó la cabeza.

—¿De verdad no ibas a volver a…?

—Nop. —Le di un pequeño empujoncito. Gianna sonrió mientras se levantaba, junto con Delano—. No vamos a entrar en nada de eso ahora. Lo siento. Todo el mundo fuera.

Kieran arqueó una ceja.

—¿Eso es una orden?

—Sí —confirmé—. Y sabes que lo era.

—Lo que tú digas —masculló mientras se ponía en pie—. Esperaré fuera.

—Vale.

—Bueno —empezó Tawny, alargando la palabra—. ¿Por qué se comporta como esperaría que lo hiciese tu marido?

Un rubor caliente trepó por mis mejillas.

—Es el Consejero de la Corona. —Tawny me miró, impertérrita —. Y un amigo. Un buen amigo, pero no de ese modo —añadí a toda prisa cuando vi que el interés se avivaba en el rostro de Tawny —. En verdad, no sé cómo funciona la cosa. Es complicado.

—Eso parece —murmuró—. Y estoy impaciente por que me expliques toda esta complicación con sumo detalle.

Me reí y me di cuenta de que estaba a punto de llorar porque esta era Tawny. Mi Tawny.

—Te lo contaré todo.

Tawny asintió.

—Pero ¿más tarde?

—Más tarde. Tengo que irme mañana —le dije. Odiaba tener que hacerlo y el poco tiempo del que disfrutaríamos juntas. No parecía justo, pero estaba contenta de que estuviera aquí ahora—. Necesito liberar a Casteel.

—Lo comprendo. —Sus ojos buscaron los míos—. Me alegro de que hayamos llegado hasta ti cuando lo hemos hecho.

—Yo también. —Empecé a hablar, luego me callé y lo intenté de nuevo—. ¿Te enteraste de lo de la Ascensión? ¿De lo que les pasa de verdad a los terceros hijos e hijas?

—Sí —susurró—. Ian me lo contó poco después de llegar a Wayfair. ¿Sabes?, no quería creerlo. No quería reconocer que me había tragado toda esta horrible mentira… que era parte de ella.

—Pero no lo sabías. Ninguno de nosotros lo sabíamos.

—Sí, pero eso no parece mejorarlo, ¿verdad?

La miré a los ojos y negué con la cabeza.

—No, no lo mejora.

Tawny se echó hacia delante en su asiento hasta que sus rodillas chocaron con la mesita del café.

—Creo que sé por qué no puedes percibir nada en mí. Creo que es porque me estaba muriendo, Poppy. Fuera lo que fuere lo que hayan hecho los Arae o Vikter, solo pudo interrumpir el proceso. Pero mírame. Mi pelo. Mis ojos. Mi piel está helada. Creo que estoy muerta pero… no.

Mi corazón trastabilló.

—No estás muerta, Tawny. Respiras, ¿verdad? ¿Comes? ¿Piensas? ¿Sientes? —Cuando asintió, respiré hondo—. Entonces, estás viva de todas las formas que importan.

—Cierto —murmuró—. Pero los Ascendidos también pueden hacer todas esas cosas.

—No eres una Ascendida. —Mis ojos escudriñaron los finos y preciosos rasgos de su cara—. Averiguaremos lo que te ocurrió. Alguien tiene que saberlo.

—Lo haremos. —Respiró hondo y me miró a los ojos—. Vikter me dijo por qué no se le permite a nadie conocer el nombre de la consorte y por qué los que lo conocían tenían prohibido repetirlo en el mundo mortal.

Entreabrí los labios.

—Vale, eso no me lo esperaba.

Tawny se echó a reír.

—Sí, yo tampoco, pero Vikter dijo que su nombre es poder y que pronunciarlo es hacer caer las estrellas del cielo y derribar las montañas hacia el mar. —Me quedé muy quieta porque, básicamente, había repetido lo que había dicho Reaver—. Pero solo cuando lo pronuncia la persona nacida como ella y de gran poder primigenio.

—Yo… yo no soy una Primigenia —dije, sin entender aún por qué ni cómo la consorte podía ser tan poderosa que nadie se atrevía a pronunciar su nombre en el mundo mortal.

—No lo sé. Desearía que Vikter hubiese podido decirme más, pero me dijo lo siguiente. —Tawny se acercó aún más a mí por encima de la mesa—. Me dijo que ya sabes su nombre.

El cielo estaba cubierto cuando salí del castillo de Redrock a la mañana siguiente, el caballito de juguete bien asegurado en su bolsa, un trozo de pergamino y un lápiz dentro de un morral, y las palabras que Sven había dicho que tendría que pronunciar para el hechizo primigenio bien grabadas en la memoria. Llevaba el pelo trenzado y recogido debajo de un sombrero de ala ancha. Íbamos

todos vestidos del marrón que solían utilizar los cazadores de Solis y nuestras capas llevaban el escudo carmesí de la Corona de Sangre (un círculo con una flecha atravesada en el centro), tomadas de los guardias del Adarve. El escudo se suponía que representaba el infinito y el poder, pero era más un símbolo de miedo y opresión.

Odiaba llevarlo tanto como odiaba lucir el blanco de la Doncella, pero los cazadores eran uno de los únicos grupos que se movían con libertad por Solis, transmitiendo mensajes de ciudad a ciudad o transportando bienes.

Los *wolven* caminaban de un lado para otro, inquietos; su agitación por no acompañarnos se sentía ácida y cítrica en mi boca. Odiaba que nuestros planes los dejaran en ese estado de angustia, pero aunque fuesen todos en sus formas mortales, llamaríamos demasiado la atención, sería demasiado arriesgado.

Isbeth haría que los mataran a todos.

Me volví hacia donde Tawny estaba a mi lado. Habíamos pasado el resto del día anterior juntas. Yo la había puesto al día de todo lo que no le habían contado ya, y ella me había hablado de cómo fue ver a Vikter. Me recordó mucho a cuando yo también había estado a las puertas del Valle y había soñado con la consorte. Seguía sin tener ni idea de por qué Vikter creía que yo conocía el nombre de la consorte.

Tawny me sonrió.

—Vas a tener cuidado.

—Por supuesto.

Tomó mi mano en la suya y la frialdad de su piel se filtró a través de mis guantes.

—¿El mismo cuidado que cuando nos escabullíamos del castillo de Teerman e íbamos a nadar tan desnudas como el día que vinimos al mundo?

—Incluso *más* cuidado que entonces. —Sonreí—. ¿Y tú? Quiero que te quedes cerca de Vonetta y de Gianna.

Miró de reojo hacia donde estaba Vonetta.

—Es probable que la ponga de los nervios.

—No, no lo harás. —Le di un apretoncito en las manos—. Vonetta es muy agradable. Te encantará.

Tawny se acercó más a mí y bajó la voz.

—¿Te has acostumbrado a ellos? Y no lo digo con mala

intención. He visto a Gianna transformarse una docena de veces ya y, aparte de toda esa desnudez, no logro encontrarle el sentido a cómo funciona todo el tema.

Me eché a reír.

—Has visto a Vikter, que murió delante de nuestras narices, ¿y no puedes encontrarle el sentido a los *wolven*? —Me taladró con la mirada—. Vale, no, a veces todavía me sorprenden con la guardia baja. Pero espera a ver a un *draken* hacerlo.

—Estoy impaciente —musitó, los ojos como platos.

Todavía no había visto a un solo *draken*, puesto que se mantenían fuera de la vista y Reaver estaba en su forma mortal. Eso cambiaría pronto.

—Deberíais iros ya —dijo, y vi que le temblaba el labio de abajo.

—Sí —susurré, antes de atraerla hacia mí para darle un abrazo —. No será como la última vez.

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Empecé a apartarme, pero luego paré y la abracé más fuerte—. Siempre has sido una gran amiga para mí, Tawny. Espero que lo sepas. Espero que sepas cuánto te quiero.

—Lo sé —susurró Tawny—. Siempre lo he sabido.

Separarme de Tawny fue duro, pero tenía que hacerlo. Le di un beso en esa mejilla helada, prometí verla en Tres Ríos y luego fui hasta donde Vonetta esperaba con Emil. Vi a Reaver, vestido con pantalones negros y una sencilla túnica de lana que parecía haber tomado prestada de Kieran. Estaba atando a otro caballo al carro, en cuya parte trasera habían colocado varias cajas de whisky bajo una cubierta que también ocultaba un pequeño arsenal de armas. El licor había sido idea de Emil. El whisky podríamos utilizarlo como distracción para aquellos que miraran con demasiada atención o hicieran demasiadas preguntas.

—Odio no ir con vosotros. —Vonetta me agarró los brazos—. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo también lo odio, pero confío en ti para dirigir el cotarro en mi ausencia.

—Eh —exclamó Emil, y se llevó una mano al pecho—, que estoy aquí mismo.

—Como he dicho, confío en ti para dirigir el cotarro en mi lugar

—le repetí a Vonetta con una pequeña sonrisa. Emil suspiró.

—Maleducada.

Vonetta puso los ojos en blanco.

—Él es un desastre.

—Sí, pero a ti te encanta mi tipo de desastre —replicó el atlantiano.

—Yo no dejaría que Kieran oyera eso —me burlé. Tenía ganas de abrazarla. Y como quería hacerlo, lo hice, en lugar de pensar en lo mucho que quería hacerlo—. Cuida de Tawny, por favor.

—Por supuesto. —Vonetta me devolvió el abrazo sin vacilar. Cerré los ojos y me empapé de la sensación, como había hecho con Tawny—. Os veré en Tres Ríos.

—Así será. —Me aparté un poco, al tiempo que me preguntaba por qué de repente tenía ganas de llorar. Me volví hacia Emil y él me dedicó una reverencia elaborada—. ¿En serio?

—En serio. —Al enderezarse, tomó mi mano con la suya y se acercó a mí. Agachó la cabeza y apoyó su frente en la mía—. Ve a por nuestro rey, mi reina —susurró.

Se me cortó la respiración con sus palabras. Asentí y di un paso atrás cuando me soltó. Dar media vuelta mientras Kieran hablaba con su hermana fue duro, como también lo fue detenernos a decir adiós a Delano, Naill y Perry; Delano daba los mejores abrazos. Podía pasar cualquier cosa entre ahora y cuando los viera en Tres Ríos. *Cualquier cosa*.

Fui hasta mi caballo y recogí las riendas. Se llamaba Winter. Era un corcel grande y blanco, precioso. Pero no era Setti. No creía que fuese sensato llevarlo a Carsodonia. Miré hacia la entrada de Redrock, aliviada de ver a Vonetta hablar con Tawny y con Gianna. Tawny estaría bien. Todos estarían bien.

Kieran se acercó a mí por detrás y me tocó el brazo.

—¿Estás lista?

—Lo estoy —repuse, y monté a caballo. Mis ojos se deslizaron por encima del grupo, más allá de mis amigos, y encontraron el camino hasta el valle a nuestros pies, donde se alzaban las casas señoriales. Mientras salíamos a caballo de Oak Ambler y pasábamos por debajo del Adarve, ahora engalanado con estandartes atlantianos, parte de mí deseó no volver ahí jamás. Puede que eso me convirtiese en una cobarde, pero no quería volver a poner un

pie en esa ciudad nunca más, aunque sabía que jamás la abandonaría del todo.

Una parte de mí permanecería entre las cenizas aún humeantes del templo de Theon. Calcinado y derruido.

Capítulo 20

Casteel

Abrí los ojos por el sonido del agua burbujeante y el denso y dulce olor de las lilas. Gordas flores moradas trepaban por las paredes y se extendían por el techo. En los puntitos donde daba la luz del sol, se veía el vapor del agua que burbujeaba sin descanso entre las rocas.

No recordaba haberme dormido. Había estado afilando el cuchillo en la celda hasta que me cansé. Fuera como fuere, no estaba ahí ahora. Al menos, no mentalmente. Estaba en la caverna. Lo que Poppy llamaba mi caverna, aunque ahora era *nuestra*. Un paraíso.

Mi corazón empezó a latir acelerado, dándome un susto de mil demonios. No había latido de este modo desde hacía días. Debería estar preocupado por ello. Era una advertencia de que necesitaba alimentarme, pero no podía. Ahora no.

Me giré por la cintura para escudriñar la agitada superficie del agua y el vapor deshilachado.

—¿Poppy? —llamé con voz rasposa, y me forcé a tragar, sin saliva alguna.

Nada.

Mi maldito estómago empezó a palpitar en tándem con mi corazón. ¿Dónde estaba Poppy? Di otra vuelta, un poco mareado en el agua caliente y el aire húmedo. ¿Por qué estaba ahí sin ella? Era casi demasiado cruel, despertar y encontrarme aquí solo. ¿Era esta una nueva forma de castigo?

Castigo por los pecados que había cometido. Las mentiras que había contado. Las vidas que había condenado. Las vidas que había *quitado* con mis propias manos. Siempre había sabido que esos actos volverían a cosechar lo que había sembrado, fueran cuales fueren mis intenciones. Por mucho que quisiera ser *mejor* persona.

Que quisiera ser merecedor de alguien como Poppy, alguien de una fortaleza tan increíble, tan curiosa e inteligente y de una *amabilidad* extraordinaria. Alguien que merecía a otro que fuera tan bueno como ella. Y ese no era yo. Cerré los ojos al tiempo que se me comprimía el pecho. Ese nunca sería yo. Lo sabía. Siempre lo había sabido. Desde el momento en que me había dado cuenta de a quién tenía debajo en la Perla Roja.

Sabía que estaba donde no tenía ningún derecho a estar.

Alguien como yo… capaz de matar a la mujer que me quería, no se merecía a una *diosa*. No importaba que Shea me hubiese traicionado a mí o a su reino. Décadas después de aquello, y sin importar las razones, esa mierda y todos los «¿y si?» todavía me carcomían por dentro. Dejé caer la barbilla y abrí los ojos. Mi mirada se posó en mis manos, unas manos completas en este pedazo de paraíso, pero aun así llenas de marcas y cicatrices. Dos manos que habían acabado con la vida de Shea y con tantas otras, hasta el punto de que era asombroso que no estuviesen manchadas de una sangre perpetua.

Pero yo sería de Poppy para siempre.

Había sido yo el que había ido en su busca, pero fue ella la que me encontró a mí en la Perla Roja. Había planeado raptarla, pero ella me había atrapado en el Adarve que rodeaba Masadonia. Había estado dispuesto a utilizarla, pero debajo de aquel sauce, ella me había envuelto alrededor de cada uno de sus dedos sin intentarlo siquiera. Había estado preparado para hacer cualquier cosa, pero ella se había convertido en todas las cosas para mí cuando me pidió que me quedara a pasar la noche con ella en New Haven.

Ella me había reclamado a mí.

Y me había conservado a su lado, incluso cuando descubrió lo que era, quién era y lo que había hecho. Me *quería*.

Un hombre mejor, no uno manchado del tipo de sangre que yo tenía, se hubiese marchado. Hubiese dejado que ella encontrase a alguien *bueno*. Alguien digno.

Pero yo no era ese tipo de hombre.

—¿Cas?

Por todos los dioses, mi cuerpo entero sufrió un espasmo al oír el sonido de su voz. Mi maldita respiración se me quedó incluso atascada en los pulmones. Al principio, no podía ni moverme. Estaba bloqueado. Solo su voz consiguió eso. *Su voz*.

Recuperé el control de mi cuerpo de golpe y di media vuelta en el agua burbujeante. Y entonces la vi, y verla…

Estaba ahí de pie, y el agua hacía espuma en torno a sus caderas redondeadas y jugueteaba con las suaves curvas y hendiduras de su tripa. Mis labios hormiguearon con el recuerdo de recorrer esas marcas de garras difuminadas por encima de su ombligo, y la necesidad de arrodillarme y adorarlas casi me hizo zambullirme bajo el agua.

Mis ojos recorrieron las tenues marcas rosadas que discurrían por su sien izquierda y cortaban a través de la ceja arqueada. Heridas curadas que eran tan preciosas como las pecas que danzaban por el puente de su nariz. Cicatrices que solo recalcaban la fuerza del delicado contorno de sus pómulos y su frente orgullosa. Y esos ojos…

Eran grandes, bastante separados, con espesas pestañas, y ya habían sido impactantes antes, cuando me recordaban a la centelleante hierba primaveral. Ahora, el resplandor plateado de detrás de las pupilas y las finas hebras que cruzaban por el verde eran impresionantes. Sus ojos… Diablos, eran una ventana a mi alma.

Me empapé de su imagen y mis labios se entreabrieron en un suspiro que nunca salió por mi boca. Todo ese precioso pelo rojo como el vino caía en cascada por sus hombros, rozaba la superficie del agua. Las pesadas curvas de sus senos dividían la enredada masa de rizos y ondas y me ofrecían un atisbo tentador de piel rosácea. Mi corazón trastabilló. De hecho, se saltó un maldito latido mientras yo seguía empapándome de la imagen de esa barbilla

testaruda y un poco puntiaguda, y esos jodidos labios que me hacían perder la cabeza y lucían húmedos y maduros como bayas dulces. Mi pene se endureció tan deprisa que por fin empujó el aire fuera de mis pulmones. Esos labios…

Eran el mejor tormento posible.

Nunca en mi vida había tardado tanto tiempo en encontrar mi voz.

—Te he estado esperando.

Esa boca… las comisuras se curvaron hacia arriba y la sonrisa que se desplegó por su rostro me poseyó.

Siempre.

Y para siempre.

Poppy se abalanzó hacia mí y yo empujé surcando el agua, que giró con frenesí mientras cortábamos a través de ella para llegar el uno hasta el otro al mismo tiempo.

La tomé entre mis brazos y el contacto de su piel suave y cálida contra la mía podría haberme parado el corazón. Quizá lo hizo. No lo sabía.

Cerré una mano alrededor de su sedoso pelo, dejé caer la cabeza contra la suya y la abracé. La abracé con fuerza mientras ella envolvía los brazos en torno a mi cintura.

—Mi reina —susurré cuando su coronilla rozó mis labios. Inspiré hondo y detecté un toque a jazmín, su olor, por debajo del aroma a lilas.

—Mi rey. —Poppy se estremeció y yo encontré una manera de apretarla aún más contra mí. Cerré los ojos.

—No deberías llamarme así. —Besé su cabeza otra vez—. Voy a acabar por creer que soy más importante de lo que soy.

Se echó a reír. Por todos los dioses, su risa hizo justo lo que había dicho que haría. Me hizo sentir importante. Poderoso. Porque era capaz de hacerla reír, cuando el sonido había sido tan esporádico en el pasado.

—Entonces, tú no deberías considerarme tu reina —dijo.

—Pero tú sí eres importante. —Forcé a mi mano a aflojarse sobre su pelo. Deslicé los dedos entre los mechones y me maravillé por la sensación. Por lo real que era—. Una diosa. Lo cual, por cierto, solo quiero destacar… que ya lo sabía. Tal vez deba llamarte…

Se echó atrás con brusquedad, los ojos abiertos como platos cuando inclinó la cabeza y levantó la vista hacia mí.

—¿Lo… lo sabes? —Por todos los dioses, esos ojos… El verde con esas etéreas hebras plateadas era cautivador—. ¿Casteel? —Apretó una mano, la palma caliente y un poco callosa de manejar una espada y una daga, contra mi pecho.

—Tus ojos… —Deslicé una mano por su mejillas—. Son fascinantes —le dije—. Casi tanto como esos regordetes…

—*Casteel*. —Sus mejillas se tiñeron de un bonito tono rosa.

Me reí bajito, y quise hacerlo de nuevo cuando vi cómo se entreabrían sus labios con el sonido.

—Sí, sé que eres una diosa.

—¿Cómo? —La suavidad desapareció de su cara al instante. Su mandíbula se endureció bajo la palma de mi mano. Lo mismo hicieron sus ojos. Se volvieron esmeraldas fracturadas. La transformación fue impactante… y muy *seductora*—. La Reina de Sangre.

—Lo supe en cuanto dijo que Malec era un dios. Eso significaría que tú también lo eres.

—Malec no es mi padre. Es Ires —le expliqué—. El gemelo de Malec. Es el gato de cueva. El que vimos en la jaula.

La sorpresa estalló en mi interior, pero tenía sentido. Isbeth no tenía ni idea de dónde estaba Malec. Ni siquiera se había dado cuenta de que seguía vivo; al menos, técnicamente. Debí percatarme de eso cuando Isbeth preguntó dónde estaba Malec.

—Se llevó a mi padre. Luego a ti —dijo Poppy, y su garganta subió y bajó al tragar—. Se ha llevado…

—No es nada para nosotros —la interrumpí, pues odiaba el dolor que se acumulaba en sus ojos—. *Nada*.

Estudió mi cara con atención mientras sus dedos se enroscaban contra mi pecho.

—Esto es real —susurró.

Asentí y deslicé el pulgar por la marca irregular de su mejilla.

—Corazones gemelos.

Sus labios temblaron.

—Tengo tantas cosas que quiero decir… Tantas cosas que quiero preguntarte, que no sé por dónde empezar. —Sus ojos se cerraron un instante—. No. Sí sé. ¿Estás bien?

—Sí.

—No me mientas.

—No lo hago. —Pues claro que lo hacía.

Estiró una mano hacia mi muñeca, y supe por qué. Sabía lo que quería ver, y lo que vería no sería real.

—No lo hagas —le dije, y se quedó paralizada. Se le humedecieron los ojos—. ¿Tú estás bien?

—¿De verdad me estás preguntando eso? —La incredulidad llenaba su voz—. Yo no soy la que está cautiva.

—No, solo eres la que está en guerra.

—No es lo mismo.

—Tendremos que estar de acuerdo en que discrepamos en eso.

Sus ojos se entornaron.

—Estoy bien, Casteel, pero recibí lo que ella envió…

La furia se arraigó en lo más profundo de mi ser al pensar en lo que debió sentir.

—Estoy aquí. Tú estás aquí. Estoy bien, Poppy.

Pude verlo… el esfuerzo. La batalla que ganó ella porque, por supuesto, no podía ser de otro modo. Porque ella era así de fuerte, de una fuerza extraordinaria.

Levantó la barbilla.

—Estoy viniendo a por ti.

Esas cinco palabras desencadenaron un desquiciado frenesí de emociones. Anticipación. Inquietud. La necesidad de tenerla de verdad entre los brazos y oír su voz fuera de este sueño. De ver su sonrisa y escuchar sus preguntas, sus ideas, su *todo*. Pero esas emociones batallaban con una gran sensación de alarma, porque no sabíamos a ciencia cierta lo que planeaba la Reina de Sangre. Lo que tenía que ver en realidad con Poppy.

—Estamos cerca de Tres Ríos —me informó.

Joder, *sí* que estaba cerca.

—Kieran está conmigo —continuó, y mi corazón… mierda, latía a toda velocidad otra vez—. Y tengo a los *drakens*. —Su cara se puso tensa, palideció—. En realidad, solo Reaver viene conmigo. Pero también tengo un hechizo primigenio que…

—Espera. ¿Qué? —Bajé la vista hacia ella y mi pulgar se detuvo justo debajo de su labio—. ¿Los *drakens*? ¿Ahora los tienes contigo?

—Sí. Pude invocarlos.

—Santo cielo —susurré.

—Sí. —Lo dijo alargando la palabra—. Creo que Reaver te gustará. —Su nariz se arrugó de esa forma adorable suya—. O a lo mejor no. Intentó morder a Kieran.

Arqueé las cejas.

—¿Un *draken* intentó morder a Kieran?

Poppy asintió.

—¿A mi Kieran?

—Sí, pero a estas alturas, si Reaver intenta morderlo de nuevo, Kieran se lo habrá buscado. Es una larga historia —añadió a toda prisa—. Hemos… hemos sufrido muchas bajas… —Se le quebró la voz y se me encogió el pecho al ver el dolor en sus ojos—. *Drakens*. *Wolven*. Soldados. Perdimos a Arden.

Maldita sea.

Apreté los labios contra su frente. Arden era un buen hombre. Maldita sea. ¿Y saber que ya habían caído *drakens*? Por todos los dioses.

Poppy volvió a respirar hondo y se apartó un poco.

—¿Puedes decirme algo acerca de dónde te tienen retenido? Cualquier cosa.

—Yo…

—¿Qué? —Se mordió el labio de abajo, lo cual llamó mi atención—. ¿Me vas a dejar otra vez?

—Yo nunca te dejé —dije de inmediato.

Sus ojos se suavizaron y se acurrucó contra mí otra vez. Mi brazo se apretó en torno a la parte baja de su espalda.

—¿Puedes decirme algo? Incluso el más mínimo detalle, Casteel.

Mi incertidumbre aumentó.

—No quiero…

—¿Qué?

—No te quiero en ningún sitio cerca de Carsodonia —admití—. No te quiero cerca de…

—Isbeth no me da miedo —me cortó Poppy.

—Ya lo sé. —Deslicé el dedo por su frente—. Tú no tienes miedo de nada ni de nadie.

—Eso no es verdad. Las serpientes me dan miedo.

Mis labios quisieron sonreír.

—Y los *barrats*.

—Esos también. Pero ¿ella? Ninguno en absoluto. Voy a buscarte y no se te ocurra ocultarme información por alguna necesidad machista de protegerme.

—¿Machista? —Sonreí—. Yo creía que era el amor el que alimentaba mi necesidad de protegerte.

—Casteel —me advirtió.

—Me da la sensación de que tienes ganas de apuñalarme.

—Las tendría, pero puesto que te gusta cuando lo hago, ya no tiene el efecto que busco.

Me reí y entonces mi maldita respiración se cortó cuando Poppy lo hizo otra vez. Se ablandó ante el sonido. *Ansiaba* ese sonido. Lo vi en la expresión de su boca, en sus ojos.

Maldita sea.

—Estoy bajo tierra. No sé dónde exactamente, pero creo… —Pensé en la doncella personal—. Creo que es parte de un sistema de túneles.

Poppy arrugó la nariz.

—¿Recuerdas los túneles subterráneos que conducían hasta Redrock desde los acantilados? Había otros túneles debajo del templo de Theon en Oak Ambler. Una red bastante extensa que conectaba el castillo de Redrock con otras propiedades —me explicó, y luego me contó en pocas palabras cómo los había descubierto—. ¿Crees que podría ser algo parecido?

—Podría ser. —Mi mandíbula se tensó cuando sentí unos dedos fríos rozar mi nuca. Me invadió el pánico. Agaché la cabeza y la besé. El tacto de sus labios… Su sabor… Era una droga.

—*Cas* —murmuró contra mi boca, y todo en mí se tensó—. Deberíamos estar hablando.

—Lo sé. Lo sé. —Había cosas que discutir. Cosas importantes. Quería saber cómo habían sido sus días y sus noches. Cómo estaba Kieran. Quería saber más sobre la ocupación de Oak Ambler. A quién había apuñalado; porque *seguro* que había apuñalado a alguien. A muchos «alguien». Quería saber que estaba bien. Que no estaba asustada. Que no se estaba castigando. Pero estaba ahí, delante de mí, y podía sentirla, la frialdad que se iba filtrando en mi piel. Era solo una leve corriente fría, pero uno de los dos se estaba despertando, y sabía lo deprisa que podía suceder.

La besé otra vez.

No hubo nada dulce en ello. La besé para sentirla. Para demostrarle lo entregado que me tenía. Y cuando me insinué por la comisura de su boca con la punta de la lengua, se abrió a mí. Me dejó entrar, como hacía siempre, y fue casi tan bueno como la realidad. *Casi*. La besé hasta que sentí el beso frío en mi nuca. Entonces levanté la cabeza.

El aturdimiento se despejó poco a poco de sus ojos mientras levantaba la vista hacia mí, y vi el momento en que lo supo. En que se percató de que esto estaba llegando a su fin.

—No —susurró. Se me rompió el corazón y dejé caer la frente sobre la suya.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

Me estremecí. Sabía que no nos quedaba mucho tiempo y que había algo que tenía que decirle.

—Sé lo que es Isbeth. Una *demis*.

—¿Una qué?

—Una diosa falsa. Pregúntale a Kieran. O a Reaver. El *draken* debe de ser viejo. Puede que él sepa cuál es su debilidad. Un *demis* es como un dios… pero sin serlo.

—Vale. —Asintió—. También ha aprendido a manejar la energía primigenia. No sé si es por lo que es o por algo que le contó Malec. Pero ten cuidado. Esa magia fue lo que mató a los *drakens*.

—Siempre tengo cuidado. —Apreté los labios contra la punta de su nariz justo cuando el frío bajaba por mi columna y una punzada de hambre voraz me atravesaba de lado a lado—. Dos corazones. Somos dos corazones. —Rocé su frente con mis labios, cerré los ojos —. Una sola alma. Nos encontraremos el uno al otro de nuevo. Siempre lo haremos…

El sueño se fragmentó hasta hacerse añicos, por mucho que tratara de mantenerlo de una pieza. De mantener a Poppy entre mis brazos. Me desperté tiritando en la celda fría, solo y *muerto de hambre*.

Poppy

—*Demis* —anuncié, y una tenue nubecilla neblinosa siguió a mis palabras. El ambiente no era tan frío como había sido por la costa y pronto, cuando cruzáramos entre Whitebridge y Tres Ríos, sería más cálido, pero no podíamos arriesgarnos a encender una hoguera.

Estábamos demasiado cerca del Bosque de Sangre.

Esta era nuestra segunda noche acampados en las proximidades de esas tierras malditas. Hasta ahora, no había habido ni rastro de la neblina ni de Demonios, pero nuestra suerte podía cambiar en cualquier momento. Debido a eso, descansábamos por turnos y ninguno de nosotros solía dormir demasiado profundo.

Sin embargo, de algún modo, yo había conseguido dormir después de seis días de viaje. Tras no lograr ponerme en contacto con Casteel durante nueve noches, por fin me había dormido. Pero había estado cansada. *Muy* cansada. De un modo que creía que no tenía nada que ver con el ritmo duro que llevábamos. Algo que me preocupaba mucho y también me hacía pensar en lo hambrienta que me había sentido a lo largo del último día o así. En lo seca que notaba la garganta, sin importar lo mucho que bebiera. No quería pensar en ninguna de esas cosas ahora mismo mientras le hablaba al lateral de un carro.

No hubo respuesta.

Me tragué mi frustración y golpeé la madera con los nudillos.

—¿*Qué*? —me llegó la respuesta de una voz áspera.

—Me acabo de despertar —dije, y me dejé caer en el suelo fuera del carro.

—Vale. —La lona amortiguaba la voz de Reaver—. ¿Y qué se supone que debo hacer con eso?

—Ha tenido un sueño —explicó Kieran, que me había seguido. Se sentó con mucha más gracia que yo en el suelo frío y duro, a mi lado—. Sobre Cas.

—¿Y?

Kieran me lanzó una mirada que advertía que estaba a un segundo de volcar el carro. Cosa que sería graciosa pero cuyo drama posterior no merecería la pena.

—Pudo decirme alguna cosilla sobre dónde lo tienen encerrado —le dije a Reaver—. Está bajo tierra y cree que es algún sistema de túneles; es posible que algo parecido a lo que vimos en Oak Ambler.

Y me dijo lo que es Isbeth. Una demis. Una diosa falsa. Me dijo que le preguntara a Kieran al respecto, pero todo lo que él recuerda es una especie de cuento de viejas.

Se produjeron unos instantes de silencio y casi temí que Reaver se hubiese quedado dormido otra vez.

—¿Y cuál era ese cuento?

—¿De verdad tengo que repetirlo? —preguntó Kieran—. ¿A un carro? Además, ¿por qué estás durmiendo ahí dentro? Tienes una tienda de campaña que podrías haber montado.

—Encuentro que las tiendas son… sofocantes.

—¿Y no encuentras que dormir debajo de una lona sea sofocante?

—No.

Vale. Eso no tenía ningún sentido, pero tampoco venía a cuento.

—*Kieran*.

El *wolven* suspiró.

—Lo que tú digas. Es un viejo cuento que solía contarnos mi madre a Vonetta y a mí sobre una chica que se había enamorado de otra que ya estaba emparejada. Ella creía que era mucho más digna, así que rezaba todos los días. Al final, una diosa que decía ser Aios acudió y le prometió concederle lo que deseaba, siempre y cuando ella entregara algo a cambio: al primogénito de la familia. Su hermano mayor. Así que tenía que matarlo o algo. Y eso hizo. Solo que, como era de esperar, no se trataba de Aios. Era una demis que la había engañado para que matara a su hermano.

—Incluso después de oírlo por segunda vez, sigue teniendo poco sentido —dije—. Bueno… capto el mensaje y eso. No puedes obligar a alguien a quererte, ¿no? Ni siquiera un dios podría o debería hacer eso. Pero ¿por qué haría algo así un demis? ¿Por qué hacer que la mujer matase a su hermano?

—Supongo que porque el demis podía y ya está —conjeturó Kieran con un encogimiento de hombros—. Ni idea. Todo eso nunca se explicó de verdad y, una vez más, no creía que nada de eso estuviese basado en hechos reales.

Busqué el anillo con una mano. Encontré la cadena debajo del cuello de mi abrigo.

—La verdad es que esa fábula podría mejorarse mucho.

—Bueno, estoy seguro de que al escritor de un cuento así le

importa vuestra opinión —intervino una voz áspera desde las profundidades del carro—. En realidad, no, no creo que le importe lo más mínimo. Los demis son reales, pero muy escasos —explicó Reaver—. Tan escasos que nunca he visto uno.

—Pero ¿qué son exactamente? —pregunté.

—Un dios que fue hecho, no nacido. Un mortal Ascendido por un dios pero no un tercer hijo considerado Elegido. Los pocos que existían eran considerados dioses falsos —continuó.

Kieran me lanzó una mirada rápida.

—¿Sabes cuáles son sus puntos débiles?

—Como he dicho, nunca he conocido a uno. El acto de Ascender a un mortal no Elegido estaba prohibido y pocos se atrevían a infringir esa ley. —Hubo otra pausa—. La mayoría no sobrevivían a la Ascensión, pero los que sí lo hacían, eran dioses a todos los efectos. Supongo que sus debilidades serían las mismas que las de cualquier dios.

—Lo cual significa que solo los podría matar otro dios o un Primigenio, o la piedra umbra a través de la cabeza o el corazón. —Me eché atrás—. Es buena noticia.

—Lo es. —Kieran me miró a los ojos—. Ahora sabemos cómo matar a Isbeth.

Era una buena noticia, pero si Isbeth era, básicamente, una diosa, tenía muchísimos más años de experiencia cuando se trataba de usar el *eather* y… bueno, todo lo demás.

—Genial. Ahora os podéis ir los dos a charlar a otro sitio y yo puedo irme a dormir otra vez —comentó Reaver.

Kieran entornó los ojos.

—¿Por qué no encuentras tú otro sitio en el que dormir?

—¿Por qué no te vas a jo…?

—Muy bien —intervine, justo cuando Kieran emitía un gruñido grave. Un dolor mortecino había aflorado en mi frente. Había sufrido dolores de cabeza a ratos durante el último par de días, pero no estaba segura de si este se debía a la charla con Reaver o a otra cosa—. Eso era todo lo que necesitaba saber.

—Gracias a los dioses. —Las manos de Reaver aparecieron de repente por encima del carro. Las sacudió como si estuviera elevando una plegaria jubilosa a los cielos.

Respiré hondo y me puse en pie. Kieran me siguió mientras

cruzábamos la corta distancia hasta la tienda que habíamos compartido. Lo repasé todo otra vez. Saber que Casteel creía que lo tenían debajo de Carsodonia y no en las minas o en alguna otra parte era un dato con el que no habíamos contado antes. Igual que la información de que Isbeth era una demis, una diosa falsa a la que se podía matar como a cualquier otro dios.

Me detuve antes de llegar a la tienda. Kieran había estado de guardia, pero sabía que no me iba a volver a quedar dormida, así que me giré hacia él.

—Puedo empezar mi turno de guardia ya.

Asintió, distraído, los ojos fijos en el cielo salpicado de estrellas.

—¿Cómo estaba? —preguntó, pues no había tenido ocasión de hacerlo antes—. ¿Qué aspecto tenía Casteel?

—Tenía buena pinta. Estaba perfecto —susurré, y se me comprimió el pecho. No había visto esos nuevos cortes en su piel como la primera vez. En este sueño, tampoco parecía más delgado. No tenía pelusilla en las mejillas. Tenía el mismo aspecto exacto que la última vez que lo vi en persona, hace treinta y nueve días. Pero sabía que era todo fachada. Esa parte no había sido real para nada, y no sabía si esta vez había sido capaz de presentarse de manera diferente porque era consciente de que estábamos almambulando—. Me dijo que estaba bien —añadí.

Kieran sonrió, pero no saboreé alivio en él. Porque sabía, igual que yo, que Casteel no podía estar bien.

Toqué el anillo y cerré los ojos.

—Joder —masculló Kieran—. Mira.

Abrí los ojos y seguí la dirección de su mirada hacia la tierra desnuda entre el Bosque de Sangre y nosotros, donde densas estelas de niebla se acumulaban y serpenteaban por el suelo.

—Demonios. —Nuestra suerte había cambiado. Eché mano de mi daga.

—Maldita sea —gritó Reaver. Apartó la lona a un lado y se puso en pie… completamente desnudo. Saltó del carro para aterrizar en el suelo en cuclillas—. Yo me encargo.

—¿Qué cree que va a hacer en pelota pic…? —escupió Kieran mientras un halo de chispas brotaba por todo el cuerpo de Reaver y cambiaba a su forma de *draken*—. Bueno, vale, va a hacer *eso*.

El chillido estridente de un Demonio alanceó el silencio y

entonces un fogonazo de llamas blancas y plateadas iluminó la noche, cortó a través de la oscuridad y de los Demonios ahí reunidos.

Casteel

Un chorro de agua gélida cayó sobre mi cabeza y me provocó un escalofrío doloroso mientras me giraba hacia el lado y me doblaba por la cintura. Abrí los ojos de golpe y aspiré una bocanada de aire, aunque mis pulmones se bloquearon a causa del frío helador que empapaba mi piel.

—Ahora está despierto —me llegó una voz seca.

—Ha tardado demasiado —repuso una voz más suave, más ahumada. Me puse tenso, pues reconocía *esa* voz. La irritación.

La Reina de Sangre.

Palpé el hueso afilado a mi espalda y parpadeé para eliminar el agua que aún caía por mi cara. Y esperé… y esperé a que mi vista encontrase un sentido a las formas que tenía ante mí. Que las enfocase.

Callum estaba acuclillado a mi lado, un cubo al lado de la rodilla. Sus rasgos todavía estaban borrosos, pero pude distinguir su asco en el rictus de su labio.

—No tiene demasiado buen aspecto, majestad.

Mi atención voló hacia quien esperaba detrás de él. La Reina de Sangre se erguía alta y recta, la fina tela de su vestido color medianoche se pegaba a sus estrechas caderas. Tuve que parpadear otra vez porque, a primera vista, estaba casi seguro de que no llevaba la parte de arriba. Estaba equivocado. Más o menos. El corpiño del vestido estaba dividido en dos, los paneles más gruesos de tela sujetos juntos por un encaje finísimo que solo cubría las zonas más voluptuosas de sus pechos. La repugnancia anegó mis entrañas.

—Apesta —repuso Isbeth.

—Que os jodan —mascullé. Me enderecé y deslicé la mano derecha hacia mi cadera, cerca del hueso.

—Me encantaría hacer justo eso. —Ladeó la cabeza, y el pelo

recogido sobre ella centelleó de un profundo tono castaño rojizo a la luz del fuego. Casi como el de Poppy. *Casi*—. Sin embargo, me han dicho que te niegas a bañarte o a comer.

¿Comer? ¿Cuándo habían traído comida? Entonces vi un plato, a varios palmos de mí. Había un pedazo de queso y algo de pan rancio sobre él. No tenía ni idea de cuándo había llegado.

En la nube de mis pensamientos, asomó algo que me había dicho Poppy en el sueño. Aflojé la mandíbula. Hice una mueca, la muy hija de puta dolía. Toda mi cara dolía. Los dientes. Los colmillos. Palpitaban mientras mis ojos se enfocaban en la reina. El tiempo pasado con Poppy en la caverna era el único momento en que la necesidad había desaparecido, el único momento en que me había sentido yo mismo.

—He estado pensando —dije, aferrándome a unos segundos de claridad—. Sobre lo que vi en Oak Ambler. —Isbeth arqueó una ceja. Me forcé a tragar sin saliva. Fue doloroso—. Un gran gato gris encerrado en una jaula.

Las aletas de la nariz de la reina se abrieron al inspirar con brusquedad. Dio un paso hacia mí.

—¿Cuándo viste eso?

—Oh, ya sabes —me incliné un poco hacia delante—, cuando estaba haciendo el *tour* por el castillo de Redrock.

—¿Y había alguien más haciendo turismo contigo?

—Tal vez. —La observé—. ¿Por qué demonios tienes a un gato enjaulado? ¿Es una de tus… *mascotas*?

Sus labios rojo sangre se retorcieron en una sonrisa apretada.

—No es mi favorita. Esa serías tú.

—Es un honor —gruñí, y la sonrisa se ensanchó—. El gato no tenía pinta de estar muy bien.

—El gato está perfectamente.

Las yemas de mis dedos rozaron el hueso.

—Pero debe ser viejo. Si es el mismo del que habló Poppy… el que vio de niña. —Isbeth se quedó quieta como una estatua—. Una vez me dijo que lo había visto debajo del castillo de Wayfair.

—Penellaphe era una niña curiosa.

—¿Todavía lo tienes?

Clavó los ojos en mí.

—El gato está justo donde estaba cuando lo vio Penellaphe hace

todos esos años —confirmó, y me costó un esfuerzo supremo no sonreír ante el salvaje arrebato de satisfacción que sentí—. Aunque puede que tenga hambre. A lo mejor lo alimento con el siguiente dedo que te corte.

—¿Por qué no vienes tú a por él ahora? No tu chico de oro.

Callum frunció el ceño.

—No soy un chico.

—Ni una de tus doncellas personales —continué, sosteniéndole la mirada a la reina—. ¿O es que me tienes demasiado miedo? ¿O eres demasiado débil?

Isbeth echó la cabeza atrás y se rio.

—¿Miedo? ¿De ti? Lo único que me da miedo de ti es tu hedor.

—Eso dices —murmuré—. Pero sé la verdad. Todo el mundo aquí la sabe. Tu valor proviene de mantener encadenados a los que son más fuertes que tú.

Su risa cesó.

—¿Crees que eres más fuerte que yo?

—Joder, sí. —Entonces sí que sonreí, al tiempo que cerraba la mano en torno al hueso—. Después de todo, soy hijo de mi madre.

Isbeth me miró desde lo alto y entonces se abalanzó sobre mí, justo como sabría que haría, porque algunas cosas no cambian nunca. Su frágil ego era una de ellas.

Saqué el hueso a toda velocidad de detrás de mi espalda y arremetí con él en una trayectoria ascendente cuando su mano se cerraba en torno a mi cuello, justo por encima de la banda de piedra umbra.

Isbeth abrió los ojos como platos y todo su cuerpo sufrió un espasmo.

—Esto es por el hermano de Poppy —escupí.

Despacio, Isbeth bajó la barbilla y miró hacia donde el hueso sobresalía del centro de su pecho. Debía de haber pasado a un par de centímetros de su corazón, si acaso.

Levantó la vista hacia mis ojos, los suyos oscuros muy brillantes.

—Auch —bufó, y me empujó hacia atrás. Con fuerza.

Mi cabeza se estrelló contra la pared y el dolor estalló detrás de mis ojos en un centenar de brotes estelares. Me deslicé hacia el lado, aunque frené justo antes de volcar.

—Eso ha sido del todo innecesario. —El pecho de Isbeth se

hinchó, al tiempo que alargaba las manos para agarrar el hueso. Las doncellas personales habían entrado en la celda, pero ella las detuvo. Solo Callum permanecía donde estaba acuclillado, sus ojos fijos con un interés cautivado—. Para lo único que ha servido ha sido para enfadarme.

—Y para arruinar tu vestido —aporté. El dolor de mi cabeza intensificaba el hambre… la necesidad de alimentarme para curar cualesquiera daños recientes que me hubiesen infligido.

La reina retrajo los labios y reveló unos dientes manchados de sangre.

—Eso también. —Arrancó el hueso de su cuerpo y lo tiró a un lado—. Al contrario de lo que puedas creer, no quiero matarte, aunque ahora mismo eso me haría sentir muy, pero que muy feliz. Pero te necesito vivo.

Continuó hablando, pero solo capté partes de su discurso. El ritmo de su corazón se había acelerado. El olor de su sangre era fuerte. Oía incluso el corazón del Retornado dorado. Sentía el latido regular de los de las doncellas personales que esperaban en silencio detrás de la reina.

—Necesita sangre —declaró Callum.

Pum. Pum. Pum.

—Necesita un cambio de actitud —replicó ella cortante.

Pum. Wush. Pum. Wush.

—Eso no lo puedo discutir, pero mirad sus ojos. Están casi negros. —Callum empezó a levantarse—. Si no mete algo de sangre dentro del cuerpo pronto, va a…

—¿Arrancarte la jodida garganta? —terminé por él—. ¿Y meterte tus propias entrañas por el agujero que quede?

Los labios de Callum se fruncieron mientras me miraba con recelo.

—Esa ha sido una descripción maravillosa. Gracias.

—Que te jodan —gruñí.

—Bueno, lo que sí sabemos es tu palabra favorita de hoy. —Isbeth sonrió y se secó la sangre que corría por el centro de su abdomen—. No sé por qué te estás mostrando tan rebelde. Te he dado comida, agua limpia, un… —echó un vistazo hacia donde yacía un Demonio caído— refugio más o menos seguro. Y todo lo que te he quitado es un dedo. Y aun así, me apuñalas.

La absoluta *jodienda* de su afirmación despejó un poco la bruma de mi imperiosa sed de sangre.

—Mientras tanto, mi hija me ha quitado mi ciudad portuaria —continuó, y todo mi cuerpo se puso en tensión—. Ah, veo que eso sí ha captado tu atención. Sí. Penellaphe se ha apoderado de Oak Ambler y me da la sensación de que ahora debo tener unos cuantos Ascendidos menos que antes. —Sentí que mis labios empezaban a curvarse hacia arriba—. Sonríe todo lo que quieras. —Isbeth se dobló por la cintura, y sus ojos muy pintados lucían astutos—. ¿Te parezco remotamente molesta por la noticia?

Tardé un momento en registrar eso. No, no lo parecía.

—Oak Ambler iba a caer en cualquier caso —dijo. Bajó tanto la voz que apenas oía su susurro por encima de los latidos de su corazón—. Tenía que hacerlo.

Un sonido grave y retumbante llenó la celda y la reina se enderezó de golpe. Apretó sus labios carmesíes. Los míos se habían retraído y ese sonido… era yo.

—Oh, por el amor de los dioses. —Isbeth chasqueó los dedos para llamar a una de sus doncellas personales. Llevaba algo en la mano. Un cáliz—. Sujetadlo.

Callum se movió deprisa, pero lo vi. Hice un giro hacia un lado y me levanté de un salto. Lancé un codazo que conectó con la barbilla del Retornado, lo cual sobresaltó al muy cabrón. El chico de oro gruñó mientras se tambaleaba hacia atrás. No había tiempo para deleitarme en ninguna de esas cosas. Me abalancé hacia ella. La cadena se apretó en torno a mi cuello y tiró de mi cuerpo hacia atrás. Volví a lanzarme hacia delante, más allá del punto de importarme lo mucho que apretaba la banda alrededor de mi cuello. Más allá de toda capacidad de registrar el dolor de los grilletes que se clavaban en mis tobillos. Tiré con fuerza de las cadenas, me estiré todo lo que pude…

Un brazo se cerró alrededor de mi pecho y tiró de mí hacia atrás.

—Eso ha dolido —masculló Callum, al tiempo que estampaba una bota contra mi pantorrilla. El movimiento, uno que *debería* haber sabido que venía, me sacó la maldita pierna de debajo del cuerpo.

Caí a plomo y mis rodillas crujieron contra el suelo de piedra

mientras una de las doncellas personales agarraba las cadenas que retenían mis brazos y las retorcía. Me forzó a cruzar los brazos por delante del pecho y los inmovilizó ahí mientras unos dedos se clavaban en mi mandíbula y tiraban de mi cabeza hacia atrás.

—Terminad con esto de una vez —ordenó Isbeth.

Otra doncella personal apareció un instante en mi campo de visión mientras forcejeaba contra el agarre del Retornado. Mis pies resbalaron por el suelo cuando di un cabezazo hacia atrás. El bufido de dolor trajo una risa ahogada y demente a mis labios y la cabeza de Callum dio un latigazo hacia atrás. Empujé todo mi peso contra él para estamparlo contra la pared mientras arrastraba hacia delante a la doncella personal que sujetaba las cadenas.

—Por todos los dioses —gruñó Callum, y cambió su agarre detrás de mí—. Aún está fuerte.

—Por supuesto que lo está —comentó Isbeth—. Es del linaje Elemental. Siempre están fuertes. Son luchadores. Ningún otro linaje hubiese sido lo bastante valiente, o idiota, para apuñalarme. Incluso cuando está a meras horas de no ser más que un animal sediento de sangre. Y apuesto a que también tiene la sangre de mi hija en su interior.

Y entonces todo fue un borrón de negrura y dolor y algo terroso y *chamuscado*. De dedos que se clavaban en mi mandíbula y me obligaban a abrir la boca. Alguien plantó un cáliz delante de mi cara, debajo de mi nariz, y un breve olor rico en hierro me golpeó antes de aterrizar sobre mi lengua, llenar mi boca y bajar por mi garganta.

Me atraganté y me dieron arcadas con el líquido denso y caliente, aun cuando cada célula de mi cuerpo se abrió de par en par, ansiosa y aullando de necesidad.

—Debo confesar una cosa, mi querido yerno. —La voz de Isbeth era un látigo de llamas—. ¿Sabes lo que nunca quise ser? Una Primigenia. Nunca quise *esa* debilidad.

Estaba más cerca. Probablemente lo bastante cerca para atacarla de nuevo, pero la sangre llegó a mi estómago y todo mi cuerpo sufrió un espasmo.

—A un dios pueden matarlo, igual que a un atlantiano. Destruye el corazón y la mente. Pero ¿a un Primigenio? Tienes que debilitarlo primero. ¿Y sabes cómo debilitar a un Primigenio? Es

bastante cruel. Con amor. El amor se puede convertir en un arma, debilita al Primigenio y se convierte en la espada que termina con su existencia. —Una risa suave resonó a mi alrededor. A través de mí—. Me pregunto cuánto sabes siquiera acerca de los Primigenios. Debo admitir que yo misma sabía muy poco. Si no fuese por Malec, jamás habría sabido la verdad. Jamás habría sabido que un Primigenio podía *nacer* en el mundo mortal.

¿Un Primigenio nacido en el mundo mortal?

—Cuando los dioses a los que conoces ahora Ascendieron para gobernar Iliseeum y el mundo mortal, cuando forzaron a la mayoría de los Primigenios a sus gloriosas eternidades, eso creó un efecto en cadena que captó los ojos y los oídos de los Hados. Ellos se aseguraron de que quedara una chispa, una oportunidad para el renacimiento de los poderes más grandes. Una brasa de vida Primigenia que solo podía prenderse en el linaje femenino del Primigenio de la Vida.

Levanté la cabeza de golpe y vi a Isbeth con una repentina claridad y nitidez. Lo que estaba diciendo, *sugiriendo*… No había dado a luz a una diosa. Había dado a luz a una…

Mis músculos se apretaron en una rigidez dolorosa en el momento en que la sangre besó mis venas. Era como algo a punto de prenderse y estallar en llamas, pero iluminó mis sentidos y me alejó, centímetro a centímetro, del precipicio.

El cáliz desapareció y un lastimero gemido de dolor brotó de mi interior cuando mi garganta hizo el movimiento de tragar, pero no había nada más ahí. Eso era todo.

Pero no era suficiente.

No era suficiente ni de lejos.

Isbeth se había acercado aún más. La sensación de sus ojos sobre mí era como el arañar de unas uñas oxidadas contra mi piel.

—Su tez ya está recuperando el color. Esto valdrá, por ahora.

La busqué, solo para darme cuenta de que mis ojos se habían cerrado. Me forcé a abrirlos y los levanté hacia ella.

Me sonrió, y fue como una puñalada en el pecho porque fue una pequeña curva de los labios. Una sonrisa inocente, casi tímida, la misma que le había visto a Poppy.

El dolor de mi estómago explotó una vez más, más intenso que antes. La poca sangre que corría por mis venas solo se llevó la

insensibilidad. Eso fue todo. Y no fue ningún alivio temporal.

Ella lo sabía. Sabía exactamente lo que esa degustación de sangre haría.

Me ardía la mano. Las piernas. Los numerosos cortes escocían como si estuviesen cubiertos de una colmena de avispones. Y el hambre… aumentó como la espuma.

Me levanté de un salto, tirando de las cadenas mientras el gruñido que vibraba en mi pecho retumbaba hasta convertirse en un aullido. Empecé a romperme por las costuras, me hice añicos que ya no se basaban en ninguna sensación de humanidad.

Hambre.

Eso era todo lo que era.

Hambre.

Capítulo 21

Poppy

Incapaz de dormir a la noche siguiente, estaba sentada sobre una roca a la puerta de la tienda, los pies colgando por encima del suelo mientras contemplaba las ramas de los árboles de sangre oscilar a lo lejos. Los pájaros nocturnos trinaban en el grupúsculo de robles bajo los que habíamos escondido nuestro puñado de tiendas de campaña y el carro. Justo a la entrada de la tienda, Kieran dormitaba en su forma mortal. Me había sentido aliviada al comprobarlo hacía un ratito; él no tenía por qué perder horas de sueño solo porque mi mente no quisiese desconectar un rato.

Estaba inquieta.

Tenía hambre otra vez.

Y sed.

Mis ojos se deslizaron por el paisaje. El Bosque de Sangre tenía una belleza extraña, sobre todo al amanecer y al atardecer, cuando los cielos deban paso a tonos más pálidos de azules y rosas. Era enorme. No creía que mucha gente se diera cuenta de lo grande que era. Abarcaba la distancia entera entre Masadonia y las afueras de Carsodonia; básicamente, era tan largo como el valle de Niel, y Malec estaba sepultado en algún lugar ahí dentro.

Con suerte.

El bosque, sin embargo, empezaba a dispersarse. Entre los árboles, capté atisbos del horizonte. Y más allá, estaba la capital.

Donde esperaba Casteel.

Habían pasado cuarenta días desde la última vez que lo vi en persona. Parecía muchísimo más tiempo que ese, cada día como una semana. Al menos debería estar agradecida de que mi menstruación hubiese terminado cuando estábamos en Oak Ambler y así no tener que lidiar con eso aquí fuera en el bosque.

Esta sería nuestra última noche acampados a las afueras del Bosque de Sangre. Al día siguiente, llegaríamos al desfiladero Occidental. Después de eso, estaríamos a unos dos días a caballo de donde empezaban los Picos Elysium en las Llanuras del Saz. Según Kieran, solo tardaríamos un día, o quizá dos, en cruzar los Picos y llegar a la otra porción de las minas que conectaban con el Adarve. Mi corazón se aceleró con un arrebato de anticipación.

Desde aquí, sin embargo, si seguíamos camino hacia el sudoeste, llegaríamos al valle de Niel en un día y luego al Adarve de Carsodonia en un día y medio. Desde aquí, estábamos a no más de dos días de estar en la misma ciudad que Casteel. No a cuatro.

No obstante, no podíamos seguir recto. No habría forma de pasar por las puertas. Tendríamos una oportunidad mejor si nos tomáramos esos días de más.

Entonces estaríamos en Carsodonia y…

Una repentina frialdad brotó por mi nuca y me puso la carne de gallina. No era solo el aire frío, sino más como la sensación pesada de *no estar sola*. La esencia primitiva palpitó en mi pecho.

Me deslicé hacia delante y puse los pies en el suelo. Observé con atención el Bosque de Sangre para ver si detectaba alguna señal de la neblina. Además, alargué la mano hacia mi daga de hueso de *wolven* y la saqué de su funda. Avancé un poco, mis pasos silenciosos mientras buscaba y buscaba. No había neblina alguna, ningún grito estridente de Demonio para romper el silencio, pero esa sensación seguía ahí, presionaba contra la parte de atrás de mi cuello.

Espera.

Todo estaba en completo silencio. Los árboles que habían estado oscilando hacía tan solo unos momentos se habían quedado quietos.

Levanté la vista hacia los olmos. Los trinos de los pájaros nocturnos se habían acallado. Todo estaba quieto. Pero esa sensación pesada permanecía. Un beso de frialdad rozaba mi nuca. Estiré un brazo hacia atrás y cerré la mano por encima de la piel. Me daba la impresión de tener cien ojos sobre mí.

Me giré despacio y escudriñé las espesas sombras entre los árboles y más allá, todavía sin ver nada. Sentí otro escalofrío por toda la piel mientras caminaba hasta Winter, cuya cabeza se había levantado de su duermevela. Tenía las orejas atentas, los ollares abiertos, como si él también percibiera algo.

—No pasa nada, chico. —Acaricié su cuello.

Se levantó una ligera brisa que sacudió las hojas en lo alto y se llevó esa sensación *agobiante*, no solo de ser observada sino también de no estar *sola*. La misma sensación que tenía a menudo en Massene y en la Tierra de Pinos. El peso se levantó de mis hombros. El roce frío sobre mi nuca se diluyó. Un pájaro emitió un breve trino tentativo y, después de un momento, recibió contestación. El sonido regresó.

La *vida* regresó.

Inquieta, me acerqué más a la tienda, sin apartar los ojos de las hojas negras con reflejos rojizos de los árboles de sangre. Pasaron los minutos sin que ocurriera nada más. De no haber sido por la reacción del caballo, podría haber pensado que habían sido imaginaciones mías.

No mucho más tarde, Reaver se levantó de su carro para ocuparse de hacer guardia el resto de la noche. Había intentado decirle que podía dormir, pero él se limitó a señalar en dirección a mi tienda y luego dio media vuelta.

Fui hacia allí, pero no entré. En lugar de hacer lo que debería estar haciendo, empecé a caminar otra vez. Mi mente aún se negaba a desconectar y tenía muchísima *hambre*.

Y sabía lo que eso significaba.

Necesitaba alimentarme.

Por todos los dioses.

Cerré los ojos y eché la cabeza atrás. Mi cuerpo me estaba hablando, aunque jamás había sentido un hambre semejante. Y sabía que si esperaba, solo empeoraría. Me debilitaría. ¿Y si fuese más allá de eso? Recordaba lo que eso le había hecho a Casteel y,

aunque él no había caído por ese precipicio, yo no sería de ayuda para nadie si me sumía en algún tipo de sed de sangre. Sabía que no podía demorarlo.

Gemí.

También me sentía cohibida de mil maneras diferentes. Sí, Kieran se había ofrecido, y no era que sintiese que alimentarme de él fuese a estar mal o a ser incómodo. Era solo que, bueno, las experiencias que tenía con la alimentación, las que lograba recordar, incluían… otras cosas.

Cosas que solo sentía por Casteel. *Con* Casteel.

¿Y si la sangre de Kieran me provocaba las mismas reacciones que la de Casteel, que era prácticamente un afrodisíaco? *No*, me dije. Ese era el efecto de la sangre atlantiana. Casteel nunca había dicho que la sangre de *wolven* produjese el mismo efecto.

Bajé la barbilla a toda velocidad cuando se me ocurrió algo. ¿Tenía Casteel el mismo tipo de reacción visceral cuando se alimentaba de otros atlantianos, como Naill o Emil?

Sentía mucha curiosidad por ello. Solo con un propósito de estudio.

Jugueteé con su anillo y lo llevé a mis labios. Alimentarse tenía que ser algo intenso, pasara lo que pasare. Pero ¿y si no me gustaba el sabor de la sangre de Kieran? No querría ofenderlo…

—¿Qué estás haciendo?

Me tragué el gritito de sorpresa al girarme hacia el sonido de la voz de Kieran. Luego bajé el anillo. El brillo apagado de la lámpara de gas proyectaba sombras suaves por su cara. Estaba doblado por la cintura, descalzo a la entrada de la tienda, un brazo estirado para sujetar hacia atrás la solapa de lona.

—¿Qué estás haciendo *tú*? —pregunté.

—Observar cómo caminas sin parar desde hace treinta minutos.

—No han pasado treinta minutos. —Solté el anillo y dejé que cayera sobre la solapa de mi abrigo.

—Tu incapacidad para darte cuenta de cuánto tiempo ha pasado es un poco preocupante. —Se movió a un lado—. Tendrías que estar descansando. *Yo* tendría que estar descansando.

—Nadie te lo impide —musité, aunque sabía muy bien que era yo la que se lo impedía. Si dormía, él dormía. Si estaba despierta, también lo estaba él. Lo cual significaba que tenía que estar siendo

al menos tres veces más irritante de lo habitual. Debido a eso, eché a andar a paso airado y ruidoso, pasé por debajo de su brazo y entré en la tienda.

—Esta va a ser una noche divertida —murmuró Kieran.

No tiene ni idea, pensé, al tiempo que me quitaba el abrigo y dejaba que cayera al suelo de cualquier modo. Luego prácticamente me tiré sobre la esterilla.

Kieran me miró mientras dejaba que la solapa de la tienda se cerrara. Se acercó a mí despacio, forzado a andar medio agachado.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Intentémoslo de nuevo. —Kieran se sentó con las piernas cruzadas al lado de la esterilla, sin importarle en absoluto la tierra fría y dura—. Te voy a preguntar qué pasa…

—Cosa que ya has hecho.

—… y tú vas a contestar con sinceridad. —Un momento después, noté que daba un tironcito a mi trenza—. ¿Vale?

—Vale. —Giré la cabeza hacia él y noté que me sonrojaba y que mi estómago daba volteretas una y otra vez mientras me concentraba en el cuello de su túnica—. Tengo hambre.

—Puedo traerte… —Kieran se quedó boquiabierto—. Oh.

—Sí —susurré. Levanté la vista hacia él—. Creo que necesito alimentarme.

Kieran me miró desde lo alto.

—¿O sea que esa es la razón de que te hayas tirado al suelo de ese modo?

Entorné los ojos.

—No me he *tirado* al suelo. Me he dejado caer con gracia en esta esterilla. Pero, sí. Esa es la razón.

Sus labios es movieron como para sonreír.

Entorné los ojos aún más.

—No te rías.

—Vale.

—Ni sonrías.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Poppy, estás siendo…

—Ridícula. —Me incorporé tan deprisa que Kieran dio un salto atrás—. Lo sé.

—Iba a decir «muy mona» —replicó. Puse los ojos en blanco.

—No hay nada mono en tener que beber la sangre de mi amigo. Alguien que también da la casualidad de que es mi consejero y el mejor amigo de mi marido. Es raro.

Una risa estrangulada escapó de su garganta y yo me estiré hacia él para darle un puñetazo en el brazo como la adulta madura que era. Él atrapó mi mano.

—No hay nada raro en esto, aparte del hecho de que te vayas *dejando caer* con gracia por ahí.

—Guau —musité, y noté su diversión azucarada en el fondo de mi garganta.

Sus ojos invernales relucían cuando se inclinó hacia mí y agachó la barbilla.

—Lo que necesitas es natural. Puede que no te lo parezca ahora mismo porque es nuevo para ti, mientras que yo llevo con atlantianos toda mi vida. No hay nada raro ni malo en ello. —Sus ojos buscaron los míos—. De hecho, estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué?

—Por haberme dicho que crees que necesitas alimentarte —dijo —. No creía que fueses a hacerlo, la verdad. Pensé que esperarías hasta el punto en que estuvieras debilitada o algo peor.

—Bueno, pues gracias —dije—. Creo.

—Es un cumplido. —Deslizó sus dedos de mi muñeca a mi mano —. ¿Sabes?, desearía que hubieses tenido tantas reticencias para pedirme que te sepultara.

—No quería pedirte eso, pero…

—Lo sé —admitió con un suspiro—. Ya te has alimentado de Cas, ¿verdad? Aparte de cuando Ascendiste, quiero decir.

Asentí y mi mirada se posó en nuestras manos unidas. La suya era del mismo tamaño que la de Casteel, la piel solo unos tonos más oscura.

—En el barco a Oak Ambler —le conté—. No me sentía como ahora, con hambre, la garganta seca y dolor de cabeza… cosas que ni siquiera estoy segura de que tengan nada que ver con esto.

—Cas a veces sufría dolores de cabeza. Por lo general, antes de que le entrara hambre.

Bueno, eso explicaba los síntomas, pues.

—Hizo que me alimentara solo por si acaso. Es una suerte que lo

hubiera hecho, porque si no, supongo que hubiese tenido que alimentarme antes.

—Has utilizado mucho *eather*, sobre todo cuando practicabas con él en Pompay. —Kieran me dio un apretoncito en la mano—. Supongo que sin el entrenamiento, hubieses aguantado más tiempo.

—Sé que Casteel puede estar más de un mes sin alimentarse si no está herido, si come bien y… —Aspiré una bocanada de aire entrecortada—. ¿Crees que le están permitiendo alimentarse?

Kieran me miró a los ojos y me sostuvo la mirada.

—La primera vez sí lo hicieron.

—Pero la primera vez, lo mataban de hambre. Hasta el punto de que mataba cuando se alimentaba. Los dos los sabemos. Los dos sabemos lo que eso le hizo. —Cerré los ojos contra la punzada de dolor—. La primera vez que soñé con él, estaba más delgado. Tenía un montón de cortes por toda la piel. Esta vez no vi nada de eso, pero creo… creo que pudo cambiar su apariencia porque sabía que estábamos almambulando y no quería que me preocupara.

—Él también se alimentó en el barco, ¿verdad? —Asentí—. En el peor de los casos, han pasado cuarenta días desde la última vez que se alimentó.

Levanté la cabeza a toda velocidad.

—Los has contado.

—¿Tú, no?

—Sí —susurré.

Sonrió, pero noté el sabor de su aflicción, ácida y amarga al mismo tiempo.

—Sabemos que ha estado herido, pero estamos cerca. Casi hemos llegado. Estará bien. Nos aseguraremos de ello. —Le apreté la mano—. Sé que preferirías alimentarte de Cas y desearía que estuviera aquí por multitud de razones, Poppy, pero no lo está y necesitas alimentarte. —Levantó su otra mano y la puso sobre mi mejilla. Su piel estaba cálida—. No solo por Cas. Él te necesitará cuando lo liberemos, por supuesto, pero sobre todo, debes alimentarte por ti misma. Así que hagámoslo. —Dejó caer la mano de mi mejilla—. ¿Vale?

—Vale. —Podía hacer esto sin que la cosa resultara incómoda. Era una reina. Enderecé la columna. Era una diosa. Cuadré los hombros. Podía hacer esto sin hacer que fuese raro.

O más raro de lo que ya había hecho que fuera.

Kieran aún sujetaba mi mano cuando estiró la otra hacia una daga tirada sobre un montón de armas. Eligió una delgada de acero que solía llevar dentro de la bota.

—Los momentos de alimentarse pueden ponerse intensos —me recordó. Eso atrajo mi atención hacia él—. Sientas lo que sientas, o lo que no sientas, durante este trance no importa. Lo único que importa es que sepas que esto, todo ello, es natural. No hay ninguna vergüenza aquí. Ningún juicio de valor. Yo lo sé. Cas lo sabe. Tú también necesitas saberlo, Poppy.

Todo esto era nuevo para mí. Todo lo era, pero sí sabía que nunca tenía nada de lo que avergonzarme cuando se trataba de Casteel o de Kieran. La tensión se aflojó en la parte baja de mi espalda y también en mi pecho, donde ni siquiera me había dado cuenta de que se había instalado. Solté el aire, una respiración larga y profunda, y luego asentí.

—Aquí estás a salvo.

Eso también lo sabía.

Kieran giró nuestras manos. Mi estómago dio un saltito cuando apoyó el filo de la daga contra la cara interna de su muñeca. Una parte de mí no podía creer lo que estaba viendo, que esta fuese mi vida ahora. Y otra parte era todavía la persona de hacía seis meses, que jamás se hubiese planteado siquiera la posibilidad de beber sangre y que seguramente hubiese vomitado un poco en su boca ante la mera idea de alimentarse de este modo.

Pero esa otra yo del pasado no impedía que fuese quien era hoy ni que hiciese lo que tenía que hacer.

No estaba acostumbrada a alimentarme. No estaba acostumbrada a ser una reina o una diosa. Ni siquiera estaba acostumbrada a tomar decisiones por mí misma, no digamos ya por otras personas. Había muchas cosas a las que todavía tenía que acostumbrarme y, como con todo lo demás, no había habido demasiado tiempo para asimilarlo.

Simplemente, tenía que hacerlo.

Kieran no movió ni un músculo cuando presionó la hoja contra su piel. La sangre enseguida se arremolinó en el cortecito rápido que hizo en su muñeca. Me encogí un poco. No pude evitarlo. Casi deseaba tener colmillos ahora mismo. Un mordisco tenía que ser

mucho menos doloroso. Aunque, claro, puesto que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, era probable que un mordisco mío fuese peor.

Sin embargo, ese corte de unos cinco centímetros me recordó a lo que había visto en el cuerpo de Casteel, y deseé no haber pensado tampoco en eso.

Kieran aún sujetaba mi mano, y ahora levantó su muñeca. Mi corazón se había acelerado en algún momento. Cuándo, no estaba segura. Me llegó el olor de su sangre, y no era el habitual aroma denso a hierro. No, la sangre de Kieran olía a los bosques… terrosa y rica, justo como su impronta.

No sabía qué esperar. ¿Empezar a babear? ¿Que mi estómago gruñera? No pasó ninguna de esas cosas. Lo que pasó fue… *normal y corriente*. Esa era la única forma en que podía describirlo. Como un instinto nuevo que se despertara poco a poco, sin alarma. Eso apaciguó mis preocupaciones. Un conocimiento antiguo tomó el control y guio mis actos. Bajé la cabeza.

De manera tentativa, mis labios y luego la punta de mi lengua tocaron la sangre caliente, y fue como una sacudida. Un fogonazo casi tan potente como cuando saboreé a Casteel. Solo que la sangre de Kieran sabía como su impronta, como respirar un aire terroso y silvestre. En cuanto su sangre llegó a la parte de atrás de mi garganta, esa sequedad implacable se alivió y mi pecho se calentó, como ocurría con el primer trago de whisky. El calor repelió la frialdad que había ahí, ese frío que había temido que tuviera muy poco que ver con la necesidad de alimentarme.

Mis ojos se cerraron poco a poco. Ese calor espeso bajó más aún, llegó a mi tripa y el impulso de cerrar la boca con fuerza sobre su piel y alimentarme de verdad me golpeó con fuerza. Di una sacudida cuando una aguda espiral de cosquilleo recorrió mis venas y luego llegó a mi piel. Era como… como si la sensibilidad estuviese volviendo a mi piel cuando ni siquiera me había dado cuenta de que había desaparecido.

—Tienes que beber. —La mano de Kieran se apretó sobre la mía —. No solo dar sorbitos. Y eso es lo que estás haciendo: dar sorbitos.

Tenía razón, lo cual era irritante, pero cedí a ese impulso, cerré la boca en torno a la herida y *bebí*. Succioné su sangre hacia mi

interior. Ahí sentí otra sacudida; una más brillante, que era poderosa a su propio modo. Diferente de la de Casteel, pero aun así impactante. Y vino acompañada del más extraño surtido de colores, que se movieron por detrás de mis párpados: verdes y azules que serpenteaban y daban vueltas y más vueltas. La tensión desapareció de mis brazos y de mis piernas a medida que tragaba. Su sabor era terroso y crudo. *Salvaje*. Bebí aún más. Su sangre…

Se me apareció una imagen de repente, originada en los colores giratorios. Dos hombres jóvenes. Descamisados y con los pantalones enrollados hasta las rodillas mientras vadeaban unas aguas turbias. *Reían*. Reían mientras se agachaban y metían las manos en el agua para tratar de agarrar algún pez. Aunque sus cuerpos estaban menos desarrollados y su piel aún no estaba marcada por sus vidas, supe de inmediato que eran Casteel y Kieran. Un recuerdo de ellos como jóvenes, quizá justo antes del Sacrificio de Casteel, o justo después.

Casteel se enderezó de repente. Un pez se contoneaba entre sus manos.

—Creía que eras un cazador experto —se burló.

Kieran se echó a reír. Le dio un empujoncito y, de algún modo, los dos cayeron al agua y el pez se alejó nadando.

La imagen se desmoronó y se esfumó como humo. Capté breves destellos de otras imágenes, pero aparecían y desaparecían demasiado deprisa como para poder encontrarles un sentido, por mucho que lo intentara. Y entonces vi fuego.

Una hoguera.

El cielo nocturno, lleno de estrellas centelleantes, música estimulante y embriagadora, y sombras animadas que ondulaban y se contorsionaban. La playa… la de la Cala de Saion. Me aferré a ese recuerdo. Empujada por la curiosidad, abrí mis sentidos aún más. Seguí las estrellas danzarinas y el humo hasta ver… hasta verme *a mí misma*.

Me vi en la playa, con aquel espectacular vestido cobalto que casi me había hecho sentirme tan guapa como cuando Casteel me mira de *ese* modo… el que lleva aparejado el calor y el peso de su amor. Y estaba en brazos de Casteel, apoyada contra su pecho.

Se me aceleró el pulso y, en los rincones más profundos de mi mente, sabía que debería cerrar mis sentidos, encontrar una manera

de salir de la memoria de Kieran. Pero no podía.

No… no quería, mientras observaba a Casteel bajar la cabeza hacia mi cuello y veía su mano debajo de los vaporosos pliegues del vestido, sus dedos deslizándose entre mis muslos. Se me cortó la respiración cuando me vi responder a sus caricias, moviendo las caderas en pequeños círculos apretados. La imagen de nosotros dos era tan estimulante como escandalosa. Exuberante y lasciva y *libre*.

Todo había parecido *libre* en aquella playa.

Y Kieran… no se había limitado a ver cómo los observaba a Lyra y a él. No, él también había *observado*. El sabor picante de la excitación llenó mi garganta. Mis venas. Mi estómago dio una voltereta de un modo que me recordó a cuando uno está demasiado cerca del borde de un acantilado vertiginoso, porque eso no fue lo único que vi… o que *sentí* en el recuerdo de Kieran. Vi a Casteel darme un mordisquito en el cuello y levantar la vista mientras apretaba los labios contra ese punto para apaciguar el escozor. Kieran también había observado eso, y el palpitar de mi pulso llegó a mi pecho, a mi estómago, a…

—Menuda cotilla —murmuró Kieran.

Perdí el control del recuerdo y mis ojos se abrieron de par en par. Miré a Kieran con disimulo. Tenía los ojos cerrados, las líneas de su cara relajadas. Sus labios carnosos estaban entreabiertos en una leve sonrisa, apenas visible.

—Debí saber que serías una cotilla —continuó, aunque no sonaba enfadado. Sonaba divertido, y como si acabara de despertarse.

Poco a poco, fui consciente de que ya no sujetaba mi mano. Yo sujetaba su brazo, justo por debajo de donde mi boca se movía contra su piel.

Sus espesas pestañas se levantaron y unos soñolientos ojos azules conectaron con los míos.

—Hay muchísima plata en tus ojos. —Tocó el lado de mi cara, solo con la punta de sus dedos—. Apenas veo nada de verde.

Tenía los sentidos abiertos y, debajo del sabor de su sangre, noté algo ahumado. Algo que no estaba segura que tuviese que ver con el pasado o el presente. Y sabía que debería haber cerrado mis sentidos antes de esto. Lo hice entonces y pensé…

Pensé que debería parar. Ya era suficiente. La sequedad de mi

garganta había desaparecido. Ese dolor corrosivo en mi tripa se había esfumado. Cada sentido parecía aumentado, pero también relajado. Saciado. Supuse que Kieran tenía que saber que ya había tomado suficiente, pero no me detuvo. Poco a poco, me di cuenta de que no lo haría. Kieran evitaría que tomara demasiada sangre de Casteel, como ya había hecho antes. Pero ¿ahora? Igual que Casteel, Kieran dejaría que me alimentara y me alimentara.

Una pequeña parte de mí quería seguir haciéndolo. Ahogarme en su sabor terroso. Pero no podía. No quería debilitarlo. Retiré la boca de su brazo.

—Gracias —susurré. El pecho de Kieran se hinchó con una respiración profunda.

—No tienes por qué darme las gracias, Poppy.

Mi corazón seguía acelerado. Mi cuerpo también. Me sentía arrebolada, como si el jersey que llevaba casi fuese demasiado gordo. No tenía tanto calor como había tenido con Casteel, cuando había estallado en llamas y me había prendido fuego. Esto era diferente. Más como esa neblina agradable unos segundos antes de quedarte dormido.

Todavía sujetaba el brazo de Kieran y no supe qué fue lo que me incitó a hablarle de lo que había visto. Si fue la sangre o la sensación de estar más ligera, más caliente y menos vacía.

—He visto tus recuerdos. Había olvidado que podía pasar algo así. —Observé su rostro con atención—. Os vi a Casteel y a ti cuando erais más jóvenes…

—Estábamos intentando atrapar peces con las manos —terminó por mí—. Malik nos había retado a hacerlo. Ni siquiera sé por qué he pensado en eso. Simplemente, apareció en mi cabeza. —Hizo una pausa—. Eso no es todo lo que has visto.

—No.

No había ni asomo de vergüenza en su expresión. Ningún bochorno.

—Te vas a cabrear.

No creía que fuese capaz de sentir eso en ese momento.

—¿Por qué?

—Cuando me di cuenta de que estabas en mi cabeza, decidí pensar en otra cosa —explicó, y me pregunté si esas imágenes breves y rápidas eran de él repasando sus recuerdos—. Pensé en la

playa a propósito. Pensé que te escandalizaría.

—Imbécil —musité.

—Pero la cosa es —continuó, como si no me hubiese oído— que no creo que te haya escandalizado. Creo que te *intrigó*.

Había estado equivocada.

Sí que era capaz de enfadarme. Empecé a soltar su brazo, pero justo entonces me di cuenta de que su herida aún manaba sangre.

Deslicé los dedos más cerca del corte que se había hecho y sentí danzar por mis brazos una especie de calor hormigueante que no era tan distinto de cómo me hacía sentir su sangre. Un suave resplandor plateado se extendió por su antebrazo y se filtró en el corte.

Kieran dio un pequeño respingo.

—Vaya, qué sensación tan… diferente.

Me di cuenta de que nunca había curado a Kieran.

—¿Es desagradable?

—No. —Su garganta subió y bajó al tragar saliva.

—Esperemos que no tengas que sentirlo nunca más. —Solté su brazo y él bajó la vista hacia su muñeca. No había nada más que una fina línea de sangre que se apresuró a limpiar. Debajo, solo se veía una tenue marca rosácea que lo más probable era que hubiese desaparecido cuando llegara la mañana.

—¿No vas a decir nada acerca de mi comentario de que estabas intrigada? —preguntó.

—Nop. —Me eché atrás en la esterilla y me tumbé sobre el costado.

Con una sonrisa, Kieran levantó la vista de su brazo.

—¿Vas a fingir que no sabes que os estaba observando y que tanto Casteel como tú nos estabais observando a nosotros?

—Sip. —Cerré los ojos. Mi corazón empezaba a apaciguarse, así como el zumbido de mi sangre—. De nada, por cierto. Por haberte curado el corte.

Se oyó un suave resoplido de diversión. Luego noté que se movía, oí el *clic* del farol al apagarse y luego el sonido de él desvistiéndose. Unos momentos más tarde, sentí cómo se tumbaba a mi lado en su forma de *wolven*. Y entonces me quedé dormida, sumida en un sueño profundo.

Aunque no encontré a Casteel.

Capítulo 22

El gris del crepúsculo hacía largo rato que había dado paso al sol mientras continuábamos nuestro viaje hacia el oeste y hacia el sur. El camino de tierra conocido como el desfiladero Occidental se encontraba en una quebrada entre las tierras de densos bosques que bordeaban los Adarves exteriores tanto de Tres Ríos como de Whitebridge.

Kieran y yo cabalgábamos al lado del carro guiado por Reaver. Habíamos pasado la mayor parte de la mañana en silencio. Todos íbamos alerta, los músculos en tensión. Ya nos habíamos cruzado con un grupo de cazadores. Yo había mantenido la cabeza gacha; el sombrero de ala ancha y la capa ocultaban mi cara mientras mantenía mis sentidos abiertos, en busca de alguna señal de sospecha. No había habido ninguna y se habían limitado a asentir y continuar adelante a toda prisa, más concentrados en llegar a su siguiente destino que en mirarnos con demasiada atención. Nadie quería demorarse por fuera de un Adarve, ni siquiera con muchas horas de luz por delante.

Eché un vistazo a Kieran, que escudriñaba el bosque. No había habido ninguna incomodidad o extrañeza entre nosotros cuando nos despertamos esa mañana. No era como si estuviese fingiendo no

haberme alimentado de él. Simplemente, no era nada relevante. Seguí la dirección de su mirada, los ojos guiñados mientras rebuscaba entre las hojas mojadas. Esa mañana había llovido. No demasiado tiempo, pero lo suficiente para dejar charcos en el camino. Entre los árboles, vi que habían despejado la tierra al pie del Adarve para cultivarla. Captamos atisbos de gente, sus espaldas encorvadas mientras trabajaban los campos.

—¿Son niños? —preguntó Reaver, después de haber comprobado lo que mirábamos.

Estaban demasiado lejos para poder afirmarlo a ciencia cierta.

—De serlo, no sería algo inusual.

—¿No deberían estar en algún tipo de instituto de enseñanza?

—No todos los niños reciben una educación —le dije, ahora que me daba cuenta de que Reaver no tenía por qué saber cómo era la vida en Solis—. Solo los que pueden permitirse mandar a sus hijos al colegio lo hacen; y esos no son muchos. Así que muchos niños empiezan a trabajar, algunos con solo diez años. Acaban en los campos hasta que puedan aprender un oficio o empezar a entrenar como guardias del Adarve.

—Eso es… —Reaver no terminó la frase.

—¿Espantoso? —aporté por él.

—¿Y Atlantia? ¿Ahí es igual?

—Atlantia es completamente diferente —contestó Kieran—. Ahí todos los niños reciben una educación.

—¿Sin importar su riqueza? —preguntó el *draken*.

—No hay la misma brecha económica que aquí en Solis. Atlantia se ocupa de su gente, puedan o no puedan trabajar y sin tener en cuenta las destrezas y oficios que hayan aprendido.

—¿Cómo era Iliseeum? —Guie a Winter alrededor de un bache bastante profundo en el camino.

—Depende de dónde estuvieras —repuso Reaver—. Depende de qué te pareciera bonito y qué te pareciera temible. —Fruncí el ceño, pero antes de que pudiera pedirle que se explicara, continuó hablando—. Supongo que el mundo mortal no ha cambiado tanto desde la última vez que estuve en él.

Arqueé las cejas.

—¿Ya habías estado aquí antes?

Reaver asintió.

—Estuve cuando la zona hacia la que creo que vamos se conocía por el nombre de Lasania.

—¿Lasaña? —Las cejas de Kieran se juntaron mientras yo fruncía el ceño. ¿Dónde había oído ese nombre antes?

—No, no he dicho «lasaña». He dicho «Lasania». La-sa-ni-a —espetó, cortante.

—Pues a mí me ha sonado como «lasaña» —musitó Kieran—. ¿Cómo era cuando estabais despiertos? Esta *Lasania* de la que hablas.

Las facciones angulosas del rostro de Reaver estaban envueltas en las sombras del ala de su sombrero mientras miraba entre los árboles.

—No entraba en el mundo mortal a menudo. Solo vine unas cuantas veces. Solo cuando era necesario. Pero creo que se parecía mucho a esto. A Solis. Es donde nació la consorte. En el pasado, ella era la princesa, la legítima heredera.

Mi mandíbula debía haber caído ya al suelo embarrado.

—¿Qué?

—¿La consorte era mortal? —La sorpresa de Kieran se correspondía con la mía.

—En parte mortal —lo corrigió Reaver, que seguía con los ojos a una bandada de pájaros que volaba por encima de nuestras cabezas.

—¿Cómo puede nadie ser en parte mortal? —pregunté.

—Bueno, igual que tú eras en parte mortal —señaló.

Oh. Vaya. Ahí me había pescado.

Me incliné hacia delante y levanté la vista hacia donde iba encaramado en el asiento del cochero.

—¿Cómo era *ella* en parte mortal, Reaver?

Se oyó un gran suspiro, como si esa fuese una información que ya deberíamos saber.

—Nació con una brasa del Primigenio de la Vida en su interior.

—Bueno —dije, alargando la palabra—, eso ha sonado mucho más soez de lo que creo que pretendías.

Reaver soltó un bufido.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Kieran, y pensé que era quizá la forma más agradable en que le había oído hacerle una pregunta a Reaver jamás.

—Significa que nació con la esencia del verdadero Primigenio de

la Vida en su interior —respondió él, cosa que no explicaba nada—. Y no, no me refiero al tipo que tienen los terceros hijos e hijas. Esta era una brasa de poder puro.

Sacudí la cabeza.

—¿Por qué acabo siempre más confundida cuando hablo contigo?

—Eso suena como un problema tuyo —declaró Reaver.

Kieran hizo un ruido que sonó muy parecido a una risa atragantada. Giré la cabeza hacia él a toda velocidad, pero él suavizó su expresión.

—Atentos —dijo Reaver, y se puso tenso—. Hay otro grupo en este camino.

Me giré hacia delante, pero no vi nada a la moteada luz del sol.

—¿Más cazadores?

—No lo creo. —Kieran ladeó la cabeza para escuchar mejor—. Hay demasiados caballos.

—¿Cómo demonios oís nada? —mascullé, guiñando los ojos hacia… nada.

—Desde luego que este es un grupo mucho más grande —convino Reaver cuando otra bandada de pájaros alzó el vuelo.

—¿Podrían ser soldados? —Hice frenar un poco a Winter. No habíamos visto a un solo soldado hasta ahora, lo cual significaba que la Corona de Sangre tenía que estar trasladándolos por el mar Stroud, o que ya habían llegado y estaban dentro de los Adarves. La única otra opción era poco probable: que la Corona de Sangre hubiese abandonado las ciudades.

—Dadme unos instantes. —Kieran me pasó sus riendas—. Voy a ver si me puedo acercar lo suficiente.

—Ten cuidado.

Con un gesto afirmativo, desmontó deprisa y desapareció entre los árboles y la maleza.

—Espero que sea más silencioso que eso —comentó Reaver en tono seco.

—Lo será.

El puñado de minutos que pasó antes del regreso de Kieran pareció una eternidad.

—Definitivamente son soldados. Unas dos o tres docenas en total —nos informó. Me dio un vuelco al corazón—. Están más o menos

donde empiezan a ralear los árboles.

Mis ojos volaron hacia el camino. Dos o tres docenas eran muchos.

—Puedo quemarlos y ya está.

Mi cabeza voló ahora en dirección a Reaver.

—No.

—Pero sería rápido.

—De ninguna de las maneras.

—Deja que yo me ocupe de esto. —Empezó a echar pie a tierra.

—Ni se te ocurra ponerte todo *draken* y empezar a quemar a la gente, Reaver.

—¿Por qué no? Es divertido.

—Eso no es divertido para nadie.

—Lo es para mí.

—Quédate en tu carro —le ordené—. Si te transformas y quemas cosas, pondrás sobre aviso a todo el mundo de que tenemos a un *draken* con nosotros. Si Isbeth le enseñó a Vessa a manejar la magia primigenia, también podría usarla para matar a los *drakens* restantes —le recordé—. Por lo que ellos saben, ya no quedan *drakens* entre nosotros.

—Lo que tú digas —musitó.

—Tengo una idea —aportó Kieran—. No es gran cosa, pero si se acercan lo suficiente a ti, Poppy, van a ver que no eres ningún cazador.

También verían las cicatrices.

Kieran se agachó y observé confusa cómo metía las manos en uno de los charcos.

—Esto no va a ser divertido, pero nos ofrecerá algo de camuflaje… siempre y cuando no miren tus ojos con demasiada atención.

El aura blanca y plata de detrás de mis pupilas era un poco difícil de disimular, pero esto era mejor que nada. Me agaché y cerré los ojos cuando Kieran estiró las manos hacia mí. La sensación y la textura del lodo no eran agradables, pero aun así dejé que lo restregara por mi frente, sobre mis mejillas y luego por mi barbilla. No me atrevía a respirar demasiado hondo, por si aquello no fuera solo lluvia y barro.

Kieran hizo otro tanto consigo mismo, pero no le ofreció el

mismo tratamiento a Reaver. No estaba segura de si fue por la mirada que le lanzó el *draken* o por el hecho de que sería mucho más raro que todos estuviésemos cubiertos de barro.

—Ya casi están aquí —anunció Reaver.

Kieran recuperó sus riendas y volvió a la montura. Se inclinó hacia mí y me bajó más el sombrero. Nuestros ojos se cruzaron y me habló en voz baja.

—Lo que le has dicho a Reaver, ¿es válido también para ti?

La esencia palpitó con intensidad en mi pecho.

—Espero que la cosa no llegue a tener que hacer esa elección, pero en cualquier caso no llamaría tanto la atención como el señor Quema a Todo el Mundo ahí sentado. —Reaver resopló con desdén —. No permitiré que nos capturen —le dije a Kieran sin apartar los ojos de los suyos—. Pero recuerda lo que te pedí.

Sabía bien a qué me refería. Que si usaba la esencia y me ponía un poco demasiado… homicida, si no me retiraba, él debía detenerme.

Kieran apretó los dientes pero asintió, luego se enderezó en su montura. Yo mantuve la barbilla gacha, aun cuando levanté la mirada. La mano derecha de Reaver iba apoyada de manera casual en la empuñadura de la espada que yo sabía que estaba oculta entre los dos asientos del pescante.

—Sin importar lo que pase, no te transformes. —Miré a Reaver —. No reveles quién eres.

No parecía contento, pero asintió.

El sonido de los caballos que se acercaban hizo que mi corazón martilleara contra mis costillas y el *eather* vibrara en respuesta, susurrando a través de mis venas. Unos caballos salpicados de barro doblaron un recodo del camino. Vi la armadura carmesí y blanca de los soldados, cada uno pertrechado con un escudo a juego, con el emblema real de la Corona de Sangre grabado en su superficie. La esencia presionaba contra mi piel, me decía que podía parar aquello antes de que empezara. Podía hacerlo de un modo silencioso, podía romper sus cuellos solo con mi voluntad. Podríamos pasar justo por su lado como si no hubiese sucedido nada.

Pero sí habría sucedido algo.

Yo habría matado a hombres que todavía tenían que revelarse como una amenaza. Un acto que se descubriría y que conduciría a

hacer preguntas, preguntas que podrían alertar a otros de nuestra presencia. Un acto que haría que ese lugar hueco en mi interior fuese aún más frío.

—Alto —gritó un soldado, su yelmo decorado con una cresta hecha de pelo de caballo teñido de rojo. Los caballeros llevaban esa misma cresta, pero para un mortal, simbolizaba que era de alto rango. Debía ser un teniente.

Obedecimos, como haría cualquier cazador al recibir una orden de un militar de alto rango.

El teniente se adelantó, flanqueado por otros tres hombres que no llevaban cresta alguna en sus yelmos. Una bandana de fina tela negra cubría la mayor parte de su cara, y solo sus ojos quedaban a la vista debajo del casco. Lanzó una mirada somera en dirección a Reaver y luego nos miró a nosotros.

—¿De dónde venís y a dónde vais?

—De New Haven, señor. Nos dirigimos a las Llanuras del Saz —repuso Kieran, sin un solo titubeo—. Nos han ordenado entregar la última remesa de whisky.

Dejé que mis sentidos se estiraran, concentrada en el teniente. La sal se arremolinó en mi garganta. O bien desconfianza, o bien recelo. Ninguno de los dos era inusual.

El teniente permaneció al lado de Kieran mientras otro se adelantaba.

—¿Tres cazadores para transportar whisky? Eso parece uno más de los necesarios.

—Bueno, señor —repuso Kieran—, habría quien diría que ni siquiera seis serían suficientes para proteger algo tan valioso como estos licores.

Uno de los soldados soltó una risa ruda mientras otro levantaba la lona de la parte de atrás del carro. Asintió en dirección al teniente.

Me mordí el labio por dentro cuando el soldado metió la mano e inspeccionó las cajas. Las armas que habíamos guardado ahí estaban más cerca del pescante, pero si las encontraban, tampoco los sorprenderían demasiado.

—Esperamos poder llegar a las Llanuras del Saz antes de que caiga la noche —añadió Kieran, mientras yo deslizaba con disimulo la mano derecha entre los pliegues de mi capa cuando el sabor a

desconfianza procedente del teniente aumentó. Agarré el mango de la daga de hueso de *wolven*, solo por si acaso.

El teniente instó a su caballo a avanzar.

—Apuesto a que sí.

Me puse tensa al oír el retumbar grave y ahumado que emitió Reaver. Sin embargo, nadie más pareció haberlo oído. Lo miré, pero él estaba concentrado en el teniente.

Apreté más las manos sobre las riendas de Winter cuando el soldado miró a Kieran de arriba abajo con más atención. El hombre era mayor, en su cuarta o quinta década de vida quizá, y eso sí era inusual para cualquiera que pasara tiempo fuera del Adarve.

—¿Qué os ha pasado?

—Nos topamos con unos Demonios en medio de la noche —repuso Kieran—. Las cosas se pusieron un poco feas.

El soldado asintió mientras el teniente se acercaba. Sus ojos saltaron de Kieran a mí. Me quedé muy quieta.

—Eres muy tímido, ¿no? ¿Demasiado asustado para levantar la vista y mirar a tu superior a los ojos, pero aun así aquí fuera, al otro lado del Adarve? —El teniente chasqueó la lengua con suavidad—. Y joven, por lo que parece.

La inquietud afloró en mi interior, porque el hombre no dejaba de mirarme. Aunque mantenía la cabeza gacha, notaba su mirada penetrante.

Su mano salió disparada para chasquear los dedos delante de mi cara. Una oleada de calor hormigueante barrió mi piel.

—Mírame cuando te hablo.

Una ira ácida llenó mi boca mientras levantaba la vista más allá de la tela negra para mirar a unos ojos gris acero.

Se produjo un momento de silencio largo y tenso mientras el otro soldado hacía girar a su caballo. El teniente me sostuvo la mirada, los ojos poco a poco más abiertos. Supe entonces que había visto el resplandor detrás de mis pupilas. Sus emociones atoraron mi garganta. La desconfianza dio paso a un rápido estallido de asombro burbujeante y luego a la sombra de un miedo amargo.

—Por todos los dioses —masculló, y supe que nuestra irrisoria tapadera estaba perdida—. La *Heraldo*…

Actué al instante. Desenvainé mi daga con un movimiento rápido. Los reflejos del teniente eran buenos, pero él era mortal y yo

no. Desenvainó su espada, pero eso fue a lo más que llegó. Clavé la daga a través de su bandana, directa a su cuello. Sus palabras terminaron con un borboteo mojado.

—Eso por haber chasqueado los dedos delante de mi cara. —Extraje la daga de un tirón. Las manos del teniente volaron hacia su cuello al tiempo que caía de su silla y aterrizaba de lado en el camino embarrado.

A continuación, estalló una especie de caos controlado. Reaver rotó por la cintura y extrajo un delgado cuchillo. La hoja se clavó en el soldado antes de que el hombre tuviera ocasión de reaccionar a la muerte de su teniente. Kieran se apeó de su caballo y llegó al lado del otro soldado en un abrir y cerrar de ojos. Lo agarró del brazo y lo arrancó de su montura.

—¿Ahora puedo quemarlos? —preguntó Reaver, mientras los soldados restantes se ponían en marcha. Varios cargaron hacia nosotros con sus caballos. Kieran saltó sobre el dorso de uno de ellos y un cuchillo centelleó a la luz del sol justo antes de cortar el cuello de su jinete.

—No. —Salté de Winter y aterricé en cuclillas mientras envainaba la daga de heliotropo—. Nada de quemar.

—Nada de diversión, más bien. —Reaver se agachó y sacó una ballesta que yo ni siquiera sabía que llevaba a los pies. Eché mano a mi cadera y desenvainé una espada corta.

Reaver se puso de pie en el pescante, ballesta en mano. Disparó en rápida sucesión para eliminar a varios soldados con una precisión envidiable. Los soldados de a pie echaron a correr en pos de los caballos que huían. Bloqueé el fuerte espadazo de un soldado mucho más grande y ancho que yo, y el impacto del golpe sacudió todo mi brazo. El soldado se rio. Yo gruñí cuando la esencia se fusionó con mi voluntad. La utilicé para darle a esa montaña de hombre un empujoncito. Nada que requiriese un gran gasto de energía, pero el soldado salió disparado varios pasos hacia atrás y sus ojos se abrieron como platos por encima de su bandana.

Hice como me había enseñado Vikter a lo largo de muchas horas de entrenamiento. Lo bloqueé todo. Mis sentidos. Mi miedo a que Kieran o Reaver pudieran dar un paso en falso y ser derribados. A que pudieran resultar heridos, o algo peor, antes de que yo pudiese llegar hasta ellos. Bloqueé mis emociones mientras el hombre

recuperaba el equilibrio justo a tiempo de no caer hacia atrás. Hice lo que me había enseñado Vikter. Pero esta vez, luché como si cada respiración de mis amigos pudiese ser *su* última. Me agaché bien, planté mi mano libre en la tierra mojada y lancé una patada que le barrió al soldado las piernas de debajo del cuerpo. Golpeó el suelo con un quejido gutural.

Kieran apareció de repente a mi lado para incrustar su espada justo por encima de la coraza mientras yo me levantaba. Le dio a la espada un giro rápido y me miró a los ojos.

—Tenemos que salir de aquí.

—Estoy de acuerdo. —Levanté la mirada para ver a Reaver derribar a otro soldado con un golpe brutal a la cabeza.

—Llegan más —me advirtió Kieran, al tiempo que extraía su espada de la espalda de un soldado.

Mis ojos volaron hacia delante. Allí, cerca del recodo, un grupo se dirigía hacia nosotros a galope tendido, la capa blanca de la guardia real ondeando a su espalda. Su presencia no era buena señal en absoluto. Mi mente repasó todas las posibilidades. Teníamos que salir de ahí cuanto antes, lo cual significaba abandonar el carro. Eso podría ser un problema más adelante, pero ya nos encargaríamos de ello cuando llegara el momento.

Avancé en ademán acechante y me lancé al ataque. Esquivé un espadazo por debajo y di media vuelta cuando una flecha pasó silbando junto a mi cabeza para incrustarse en el lateral del carro, donde el asta quedó vibrando. Clavé la espada en el pecho del hombre, entre las placas de su armadura. Giré en redondo, agarré el yelmo de otro soldado y eché su cabeza hacia atrás mientras deslizaba el filo de la hoja por su cuello. Solté al hombre y dejé que cayera hacia delante justo cuando otra flecha zumbaba por el aire para clavarse en el suelo delante de mí.

Me paré en seco y todo el aire escapó de mis pulmones cuando vi la punta de la flecha, la punta negra y brillante, clavada en el suelo.

Piedra umbra.

Mis ojos volaron hacia los guardias reales que se cernían sobre nosotros. Otra flecha cruzó el aire y casi alcanzó a Reaver. La furia explotó en mí y se mezcló con el *eather*. Kieran se volvió hacia los guardias reales con una maldición, al tiempo que yo invocaba la

esencia primitiva. Respondió en una oleada inmediata que golpeó mi piel y bañó de plata la periferia de mi visión mientras bajaba la espada y echaba a andar hacia delante. Pasé junto a Kieran, tiré las espadas a un lado cuando el *eather* rebosó de mi interior y fluyó por encima de la tierra embarrada con una luz rutilante… luz y tenues *sombras* giratorias. Mi voluntad se fusionó con la esencia del dios Primigenio cuando la primera fila de guardias reales llegó hasta nosotros, las espadas en alto.

Sus cabezas dieron un latigazo brusco hacia el lado, una después de otra. Cinco de ellas. Sus espadas resbalaron de sus manos de repente flácidas y los hombres cayeron con sus armas, muertos incluso antes de tocar el suelo. Los caballos pasaron galopando por mi lado mientras Kieran gritaba.

Un dolor al rojo vivo explotó cerca de mi clavícula, me forzó a dar un paso atrás. Aspiré una bocanada de aire ardiente y miré abajo para ver una flecha sobresalir de mi hombro.

El *eather* bombeaba con violencia, a la misma velocidad que la oleada de dolor palpitante que irradiaba mi brazo. La esencia primitiva anegó cada célula y cada espacio de mi cuerpo, llenó mi garganta de un sabor oscuro, dulce y ahumado. El sabor de la *muerte*.

Y eso fue en lo que me convertí.

En muerte.

En la Heraldo que había anunciado el teniente.

—Oh, mierda —masculló Reaver detrás de mí.

Agarré el astil de la flecha y no sentí nada cuando la arranqué. Hice una mueca de asco cuando vi la piedra umbra y la sangre que goteaba de ella. Mi sangre. La esencia brotó de mis dedos y onduló por la flecha. Quemó el astil primero, antes de filtrarse en la piedra umbra y hacerla añicos desde el interior.

Bajo mis pies, la carretera tembló y se agrietó. Unas gruesas raíces brotaron de la tierra, se desenroscaron y luego se hundieron profundo en el barro. El olor a sangre y tierra rica se volvió más denso a medida que la tierra gemía. Una sombra cayó sobre mí al crecer un árbol de sangre, su corteza de un gris reluciente. Diminutos capullos brotaron de las ramas desnudas y se abrieron en hojas de un brillante rojo sangre.

Oí gritos, al tiempo que Kieran estiraba los brazos hacia mí.

Órdenes de disparar justo cuando Reaver se enzarzaba con los guardias reales que surgían de entre los árboles. Otra voz provenía de debajo de todo ello. Una que urgía a tener cuidado. Una que exigía que los guardias se retirasen. Una que *casi* reconocí.

Levanté la cabeza, estudié a los soldados y encontré al arquero a un lado del camino, acuclillado en el tronco de un árbol. Entorné los ojos y mi voluntad bulló de nuevo. Su cuello se retorció al mismo tiempo que su cuerpo, sus huesos crujieron cuando se contorsionó hacia un lado. Soltó la flecha al caer y la saeta encontró un objetivo en uno de los guardias reales. La siguió un agudo grito de dolor. El *eather* giraba como loco a mi alrededor, serpenteaba entre mis piernas, rebotaba contra el suelo, se extendía hacia los enormes robles. Y esa parte vacía, fría y dolorosa de mí aumentó y aumentó mientras ponía toda mi atención en los otros que se cernían ya sobre nosotros. La amargura de su miedo, la acidez caliente de su ira y su determinación salada se expandieron, llenaron ese espacio hueco en mi interior. Las acogí con gusto. Lo acogí todo, mientras las rutilantes hebras se estiraron en mi mente, cruzaron por encima del camino y conectaron con cada uno de ellos.

Volví todos esos sentimientos contra ellos, les infundí todo ese miedo y toda esa ira. Toda la determinación y la furia y la… *muerte*.

Soltaron sus riendas y sus armas, y se agarraron la cabeza con ambas manos cuando toda esa emoción los invadió. Sus gritos, sus aullidos de dolor, desgarraron el aire, pero seguí avanzando. Me *deslicé* como levitando entre los caballos angustiados, mientras sus jinetes caían de las sillas tanto detrás como delante de mí. Se retorcían tirados en la carretera y se mesaban los cabellos a medida que la violenta masa de luz y oscuridad palpitaba, ondulaba por debajo de los asustados caballos, buscando y buscando…

—¡Ya basta! —gritó una voz.

Una voz que me detuvo.

Una que por fin reconocí.

Encontré la voz. La encontré a *ella* de pie en el centro del camino, una pesadilla de color carmesí. Un abrigo carmesí como una segunda piel, abotonado desde la cintura hasta la barbilla. Su pelo negro como el carbón caía sobre sus hombros para enmarcar

un rostro medio oculto por una máscara de alas pintadas de un rojo intenso.

Pero sabía que era *ella*.

—Tú —susurré, y esa única palabra le llegó en una onda de humo y sombra.

La doncella personal sonrió.

—Nos encontramos otra vez.

No estaba sola.

No me centré en los guardias reales que estaban cerca de ella, sus espadas temblando. Me centré en los *otros*. Los que llevaban capas del color de la sangre. Diez de ellos. Ninguna de sus caras era visible. Tampoco sus manos, ni ninguna otra parte de sus cuerpos. Pero sabía en mis mismísimos huesos que eran Retornados.

La esencia primitiva giraba y daba latigazos a mi alrededor, se estiraba y luego retrocedía cuando se acercaba a los Retornados. Sentí la presión del cuerpo de Kieran detrás de mí y oí el gruñido grave de Reaver. Pero mi atención permaneció clavada en *ella*.

—No estoy aquí para tomar ninguna de estas ciudades —le dije.

Sus palidísimos ojos azul plata conectaron con los míos.

—Aún.

—*Aún* —confirmé.

—Sé a qué has venido.

Mis dedos se abrieron a mis lados y de ellos chisporroteaban brasas de fuego plateado y densas sombras.

—Entonces, también debes saber que esta vez no me detendrás.

—Debatible.

La ira palpitó a través de todo mi cuerpo y silenció esa vocecilla que quería recordarme lo que había percibido en ella cuando la Reina de Sangre le había ordenado adelantarse: esa desesperación e impotencia. Dos cosas que yo misma había sentido una y otra vez cuando el duque de Teerman me citaba en sus oficinas.

Lo que ella sentía no importaba.

Reaver se acercó a mí para que solo lo oyera yo.

—¿Puedo quemarlos *a ellos*?

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba y empecé a decirle que sí.

—*Ella* lo matará —dijo la doncella personal.

Todo se detuvo entonces. La respiración de Reaver. El palpitar

del *eather*. Todo. Todo mi ser se centró en ella, al tiempo que sentía el anillo de Casteel entre los pechos como un hierro candente.

—Si de algún modo, cosa harto improbable, consiguieseis superar nuestra línea, *ella* lo sabrá, y lo *matará* —prosiguió la doncella personal con voz dulce—. Te dirá que no quería hacerlo, y una parte de ella estará diciendo la verdad, porque sabe el efecto que eso tendrá. El dolor que te causará.

—No soy ninguna tonta —gruñí. Ella ladeó la cabeza.

—¿Acaso he dicho que lo fueras?

—Debes pensarlo si crees que puedes convencerme de que de verdad le importa el daño que inflige.

—Lo que tú creas es irrelevante. Todo lo que importa es que ella lo cree. De hecho, no es todo lo que importa. Que ella lo mate también importa —añadió, con un medio encogimiento de hombros —. ¿No es así? Y además, montará un numerito dramático con ello. Lo devolverá en *más* pedacitos esta vez. Uno por uno…

—Cállate. —Di un paso al frente y la esencia giró a mi alrededor. Dio un latigazo a un par de centímetros de su cara.

La doncella personal no movió ni un músculo.

—Hemos estado esperando a que movieras ficha. Que vinieras a por tu rey. Sabíamos que podrías intentarlo por uno de dos caminos. La reina creía que vendrías directa a Carsodonia, directa a las puertas del Adarve, para demostrarle a la gente que *eres* la Heraldo de Muerte y Destrucción.

Mi estómago se agrió con una inquietud recién recuperada. Si a la gente le estaban diciendo que era una Heraldo, la guerra y el periodo posterior serían mucho más complicados.

—Yo no lo creía —continuó—. Dije que entrarías por la puerta de atrás. Por las minas. —La doncella personal sonrió y Kieran maldijo detrás de mí, pero había algo en su sonrisa. Algo familiar—. Eso es lo que haría *yo*.

No era del todo sorprendente que sospecharan que intentaría algo así. Ya lo sabíamos. Lo que sí era sorprendente era que esta doncella personal hubiese hecho la apuesta correcta.

Aunque en ese momento, nada de eso era importante.

—Ella sabe lo que haré si lo mata. No se atrevería a hacerlo.

—Solo que sí lo haría. —La doncella personal dio un paso al frente—. Soy su favorita… después de ti.

Otra vez. Había algo en la forma en que dijo eso que hizo vacilar el agarre que mi furia tenía sobre mí. Pero no estaba segura de lo que era.

—Poppy —dijo Kieran en voz baja detrás de mí—. Si dice la verdad…

No arriesgaría a Casteel.

Otra vez no.

La bocanada de aire que inspiré sabía menos a humo, fuego y muerte. Replegué el *eather* a mi interior. Los zarcillos se retrajeron, deslizándose por la hierba y el camino a medida que el zumbido de mi sangre se apaciguaba. La ira permaneció, solo que atada corta. A medida que el resplandor plateado se iba borrando de mi vista, el intenso palpitar de mi hombro cobró vida con fuerzas redobladas. Eso me recordó que uno de ellos había conseguido herirme.

Tendría que lidiar con eso más tarde.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté.

La doncella personal agachó la cabeza.

—Os acompañaremos hasta Carsodonia, donde os encontraréis con la reina.

Me eché a reír.

—Eso no va a suceder.

—No creo que entiendas…

—No, eres *tú* la que no lo entiende. —Crucé la corta distancia que nos separaba y me detuve justo delante de ella. De cerca, me di cuenta de que éramos de la misma altura. Su constitución era un poco más estrecha que la mía, pero no por mucho—. Solo porque no vaya a mataros, no significa que vaya a seguiros el juego en ninguna medida.

—Eso sería un error por tu parte. —Sus ojos se entornaron detrás de la pintura—. ¿Por qué tienes barro en la cara?

—¿Por qué tienes tú pintura en la tuya? —espeté de vuelta.

—*Touché* —murmuró—. Pero esa no es una respuesta.

La brisa se removió entonces y trajo un aroma… a putrefacción y a… lilas podridas. Mis ojos se posaron en los Retornados inmóviles.

—Apestan.

—Eso es un poco maleducado.

Volví a mirarla.

—Pero tú no.

—No —admitió, y eso era extraño. Aunque era otra cosa más que tampoco importaba.

—Creo que simplemente tienes que agarrar a tu alegre pandilla de apestosos y quitaros de nuestro camino.

La doncella personal se rio; fue grave y breve, pero sonó genuino.

—¿Y dejar que tu alegre pandilla de hombres extremadamente atractivos pase? —Inclinó la cabeza hacia la mía y habló tan bajito que apenas la oí—. Eso no va a suceder, *Penellaphe*.

Mientras la miraba, abrí mis sentidos a ella y percibí una diversión azucarada. Nada más. Y eso no me decía mucho.

—Te has quedado sin opciones, Reina de Carne y Fuego —dijo —. Si eres tan lista como espero, supongo que sabrás que no vas a poder entrar en la capital sin que nadie se dé cuenta. Ni por las minas, ni por las puertas del Adarve.

Me concentré en su elección de las palabras. No había dicho que no *escaparía*. Solo que no pasaría inadvertida al entrar en la capital. Eso era extraño.

Pero también tenía razón.

No habría ataques por sorpresa. No arriesgaría a Casteel dándole a Reaver por fin lo que quería. Esta no era la mejor manera de entrar en la capital. Estaríamos vigilados, pero era una manera de entrar.

—Deja que mi gente se vaya y no me enfrentaré a ti en esto —le dije.

—De ninguna de las maneras —ladró Kieran, que apareció a mi lado al instante—. No nos vamos a separar. —Me volví hacia él, pero me cortó antes de que pudiese decir ni una sola palabra—. No empieces. No nos vamos a separar de tu lado. Para nada. —Eso último lo dijo en dirección a la doncella personal—. Eso no va a suceder.

Su lealtad era admirable y yo…

El *draken* se adelantó.

—Si queréis que la Reina de Carne y Fuego, la Portadora de Vida y la Portadora de Muerte… —empezó, y tuve que reconocer que prefería su versión del título que me había conferido la profecía—, os *acompañe* a la capital, entonces permitiréis que su consejero y

yo mismo viajemos con ella como muestra adicional de esa buena fe.

Kieran me sostuvo la mirada, una advertencia clara en sus ojos: ni él ni Reaver me permitirían ir sola. Tras tragarme la frustración y la preocupación por que esto fuera demasiado peligroso para ellos, me giré hacia la doncella personal.

—Esa es tu opción. Porque al contrario de lo que piensas, yo todavía no me he quedado sin opciones.

—Lo que tú digas —repuso la doncella personal—. No me importa lo más mínimo. No es como si fueseis prisioneros. —La cabeza de Kieran voló hacia ella—. ¿Qué? —preguntó, los ojos abiertos en fingida sorpresa.

—¿No somos prisioneros? —inquirió él.

—No. Seréis *invitados*. —La doncella personal hizo una reverencia con el tipo de floritura que creía que solo Emil era capaz de producir—. Invitados honorables. Después de todo, eres la hija de la reina y una diosa. Tú y quienquiera que te *acompañe* seréis tratados con el mayor de los respetos —declaró, con una sonrisa radiante, demasiado amplia—. Y si *no quisiesen* unirse a ti, pueden irse a la mierda. Me importa un bledo.

No me creí lo de *tratarme con respeto* ni por un segundo.

—Sea como fuere, sí espero que podamos partir pronto. La reina desea hablar contigo del futuro de los reinos y del Verdadero Rey de los Mundos —añadió, sin apartar los ojos de los míos y…

—No has parpadeado ni una vez. Es siniestro —le dije, y eché un vistazo hacia los Retornados. Seguían sin moverse—. Aunque no tan siniestro como ellos.

Soltó un resoplido desdeñoso.

—Todavía no has visto nada siniestro.

—Algo por lo que estar impaciente, supongo.

—Entonces… —Dio un paso a un lado y extendió el brazo. Sentí una mezcla de inquietud y anticipación.

—Voy a… —Un sabor floral llenó la parte de atrás de mi boca cuando una espiral de cosquilleos fluyó desde mi hombro palpitante, pasó por encima de mi pecho y bajó por mis piernas.

Kieran me agarró del brazo, pero no lo sentí.

—¿Poppy?

—Yo… —Me invadió una repentina oleada de mareo, seguida de

un brusco aumento de las náuseas. Me aparté de Kieran, medio temerosa de vomitar encima de él. Mis ojos acuosos y muy abiertos conectaron con los de la doncella personal—. *Piedra umbra* —susurré con voz ronca.

Ella me miraba, movía los labios, pero yo no oía lo que decía. No oía nada. Mi corazón dio un traspié y luego mis piernas cedieron debajo de mí.

Y después… no hubo nada.

Capítulo 23

—Tienes que soltarme, cariño. Tienes que esconderte, Poppy… —Mamá se quedó muy quieta, luego soltó su brazo de un tirón y metió la mano en su bota. Sacó una daga negra, delgada y afilada, y giró en redondo mientras se ponía en pie, tan deprisa que apenas pude seguir sus movimientos.

Había alguien más ahí.

—¿Cómo pudiste hacer esto? —Mamá dio un paso a un lado para bloquear en parte el armario, pero todavía pude ver que había un hombre en la cocina. Alguien envuelto en noche.

—Lo siento —dijo él, y no reconocí su voz.

—Yo también. —Mamá atacó, pero el hombre encapuchado la agarró del brazo…

Y se quedaron ahí de pie, sin moverse. Yo estaba paralizada en el armario, el corazón acelerado y sudando.

—Tiene que hacerse —dijo el hombre—. Ya sabes lo que ocurrirá.

—No es más que una niña…

—Y será el final de todo.

—O es solo el final de ellos. Un principio…

Se oyó un cristal romperse y el aire se llenó de chillidos estridentes.

—¡Mamá!

Mamá giró la cabeza hacia mí.

—Corre. Corre…

La cocina dio la impresión de sacudirse y cabecear. La oscuridad llenó la habitación, bajó deslizándose por las paredes y se esparció por el suelo. Y yo seguía paralizada. Unas cosas grises y demacradas llenaron la sala, empapadas de rojo.

—¡Mamá!

Los cuerpos giraron en mi dirección. Bocas de dientes afilados. Unos aullidos estridentes cortaron a través del aire. Unos dedos esqueléticos y fríos se clavaron en mi pierna. Grité mientras retrocedía a toda prisa para meterme en el armario.

Algo mojado y apestoso salpicó mi cara y los dedos fríos me soltaron. Empecé a arrastrarme más al fondo.

El hombre oscuro llenó la boca del armario. Metió la mano y entonces no había ningún sitio más al que ir. Me agarró del brazo y me sacó de un tirón.

—Que los dioses me ayuden.

Muerta de miedo, forcejeé contra su agarre mientras columpiaba su otra mano y derribaba a las criaturas según se abalanzaban sobre él. Mi pie resbaló en algo mojado. Me giré hacia un lado…

Mamá estaba ahí, la cara manchada de rojo. Estaba sangrando cuando incrustó esa pica negra en el pecho del hombre que gruñó una palabrota que le había oído decir una vez a papá. Su mano resbaló mientras él se tambaleaba hacia atrás.

—Corre, Poppy —boqueó mamá—. Corre.

Y eché a correr. Hacia ella…

—Mamá… —Unas garras se engancharon a mi pelo, arañaron mi piel, me quemaron como aquella vez que toqué la tetera. Grité y estiré los brazos hacia mamá, pero no pude verla en la masa caótica del suelo.

Vi al amigo de papá en el umbral de la puerta. Se suponía que él iba a ayudarnos, a ayudar a mamá, pero se limitó a mirar al hombre de negro que se levantaba de entre la masa de criaturas violentas y voraces, y su horror amargo llenó mi boca hasta el punto de asfixiarme. Retrocedió, sacudiendo la cabeza. Nos abandonaba. Nos estaba abandonando…

Unos dientes se hincaron en mi brazo y un dolor atroz recorrió mi brazo entero y se extendió por mi cara. Caí, traté de quitármelos de encima.

—No. No. No —grité, sin dejar de forcejear—. ¡Mamá! ¡Papá!

Un dolor lacerante y profundo cortó a través de mi estómago, contrajo mis pulmones y mi cuerpo.

Entonces empezaron a caer por todas partes a mi alrededor, también encima de mí, flácidos y pesados, y no podía respirar. El dolor. El peso. Quería a mi mamá.

De repente, ya no estaban y una mano estaba sobre mi mejilla, mi cuello.

—Mamá —parpadeé entre la sangre y las lágrimas.

El Señor Oscuro se alzaba sobre mí, su rostro nada más que sombras debajo de su capa con capucha. No era su mano lo que estaba en mi cuello, sino algo frío y afilado. No se movió. Esa mano tembló. Él temblaba.

—Lo veo. La veo mirándome.

—Ella debe… él es su viktor *—oí a mamá decir, con una voz que sonaba mojada—. ¿Entiendes lo que significa eso? Por favor. Ella debe…*

—Por todos los dioses.

La presión fría desapareció de mi cuello y me levantaron por los aires, floté y floté en la cálida oscuridad, mi cuerpo ahí pero no. Estaba resbalando hacia la nada, rodeada por el aroma de las flores. De las flores moradas que a la reina le gustaba tener en su dormitorio. Lilas.

Había alguien más conmigo en el vacío. Se acercó a mí, un tipo de oscuridad diferente antes de hablar.

Vaya florecilla más poderosa eres.

Vaya amapola más poderosa.
Córtala y mira cómo sangra.
Ya no es tan poderosa…

Despertar fue un esfuerzo.

Sabía que debía hacerlo. Tenía que asegurarme de que mi gente estuviera bien. Estaba Casteel. Y esa pesadilla… Quería alejarme de ella todo lo posible, pero notaba el cuerpo pesado e inútil, como si ni siquiera estuviese conectado a mí. Estaba flotando en alguna otra parte, y me alejaba a la deriva hasta que empecé a sentirme ingrávida. Aspiré una repentina bocanada de aire, profunda, y mis pulmones se expandieron.

—¿Poppy? —Una mano se apoyó en mi mejilla, cálida y familiar.

Obligué a mis ojos a abrirse.

Kieran se alzaba sobre mí, igual que… igual que había hecho el Señor Oscuro en la pesadilla. El rostro de Kieran, sin embargo, estaba borroso solo por los bordes, y podía verlo.

—Hola.

—¿Hola? —Una sonrisa lenta se desplegó por su cara al tiempo que soltaba una carcajada áspera—. ¿Cómo te sientes?

No estaba segura, pero vi que sus rasgos se volvían aún más nítidos.

—Bien, creo. ¿Qué ha pasado? —Tragué saliva… y me puse tensa al sentir ese sabor terroso y silvestre en el fondo de mi garganta. Al mismo tiempo me percaté de que estaba tumbada sobre algo de una blandura imposible—. ¿Me has alimentado? ¿Otra vez? —No oía a Reaver ni a nadie más—. ¿Dónde estamos?

—Las preguntas de una en una, ¿vale? —Su mano permaneció sobre mi mejilla, así mantenía mis ojos conectados con los suyos—. Esa flecha de piedra umbra estaba impregnada en algún tipo de toxina. Millicent dijo que solo te dejaría inconsciente durante unos días…

—¿Millicent? —Fruncí el ceño.

—La doncella personal. Se llama así —me informó—. Puesto que

confiaría más en una víbora que en ella, te di sangre, solo por si acaso.

—No… no debiste darme más sangre. La necesitas.

—Los *wolven* somos como los atlantianos. Nuestra sangre se repone deprisa. Es una de las razones de que nos curemos tan deprisa —añadió, y recordé que Casteel había dicho algo por el estilo—. ¿Te duele el brazo? La última vez que lo miré, parecía curado.

—No me duele. Gracias a ti, estoy segura. —Empecé a girar la cabeza, pero su pulgar se deslizó por mi barbilla y me sujetó donde estaba. Mi corazón dio un traspié cuando otra de las cosas que había dicho se me apareció en la mente—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

La forma en que me miró me aceleró el corazón.

—Has dormido unos dos días, Poppy.

Le sostuve la mirada, y no estaba segura de qué fue lo que llamó mi atención primero. ¿La brisa salada que levantó las finísimas cortinas de una ventana cercana? ¿La *cama* mullida en la que estaba tumbada y que siempre había sido grande, sin importar lo pequeña que hubiese sido yo? ¿El hecho de que Kieran no llevara puesta la capa de cazador y sí una túnica gris mate en su lugar? ¿O que esa siniestra rima que había oído en mi pesadilla hubiese sido un poco diferente que de costumbre? Giré la cabeza. Esta vez, Kieran no me lo impidió. Su mano resbaló de mi mejilla a la cama. Detrás de él, vi un espectacular techo de mármol y piedra caliza, más alto que muchas casas, pintado de azules pastel y blancos, entre columnas curvas que fluían desde las paredes y a lo largo de la habitación abovedada… en una *torre*.

El *eather* zumbó en mi pecho cuando mis ojos volaron hacia donde sabía que habría dos columnas enmarcando una puerta enchapada en oro. Una que a menudo habían dejado sin cerrar con llave, cosa que dudaba mucho de que fuese el caso ahora. La sala no era grande ni pequeña, pero era tan *lujosa* como la recordaba. Unas cortinas de un gris pálido estaban retiradas y atadas a los cuatro postes del dosel de la cama. Una gruesa alfombra color crema cubría el suelo entre la cama y las columnas. A un lado, había una refinada mesita ribeteada de dorado con sus correspondientes sillas decoradas en oro. Un enorme armario ocupaba una pared entera,

uno que antaño albergaba más muñecas y juguetes que ropa.

Kieran apenas tuvo tiempo de evitar chocar conmigo cuando me incorporé de golpe.

—Deberías tomártelo con calma… —Columpié las piernas fuera de la cama y me puse en pie. Me sentía mareada, pero no tenía nada que ver con la piedra umbra ni con la toxina. La incredulidad llenaba hasta el último rincón de mi ser mientras cruzaba la habitación circular—. O no —musitó Kieran.

Fui hasta la ventana, el corazón en la boca. Agarré un puñado de cortina suave como la mantequilla y la descorrí de un tirón, aunque sabía lo que iba a ver.

Los tejadillos de los senderos cubiertos que discurrían por el pulcro patio, asentado a la sombra de una muralla interior más alta que la mayoría de los Adarves. Las casas señoriales que se alzaban detrás de otra muralla más. Mis ojos se quedaron atascados en los brillantes jacarandás de flores de un morado rosáceo que bordeaban el camino al otro lado de las verjas interiores. Los seguí hasta las exuberantes colinas llenas de vistosos árboles verdes, y los tejados de terracota, unos al lado de otros, cubiertos de enredaderas asfixiadas por amapolas rojas. Vi los templos. Eran los edificios más altos de Carsodonia, más altos incluso que el castillo de Wayfair, y los dos se encontraban en el Distrito Jardín. Uno estaba construido en piedra umbra, y el otro estaba hecho de diamantes… diamantes molidos y piedra caliza. Seguí los vibrantes árboles directo hasta donde el Puente Dorado centelleaba al sol.

Estábamos en Carsodonia.

Di media vuelta.

—¿Cuándo llegamos aquí?

—Ayer por la noche. —Kieran se levantó—. Nos trajeron directos a Wayfair. Un imbécil dorado nos esperaba a las puertas. Quería separarnos. Dijo que sería inapropiado que estuviésemos juntos o no sé qué mierda, pero le dije exactamente y con gran detalle cómo eso no iba a suceder.

No tenía ni idea de quién era ese *imbécil* dorado.

—¿Y Reaver?

—El *draken* está en una habitación más abajo. Nosotros estamos en…

—En el ala este de Wayfair. Ya lo sé. Esta era mi habitación

cuando vivía aquí —lo interrumpí, y su mandíbula se apretó en respuesta a esa información—. ¿Has estado aquí dentro todo este tiempo? ¿Cómo sabes que Reaver está bien?

—Lo han traído cuando exigí verlo. Se estaba portando bastante bien, lo cual me pareció de lo más inquietante. Como a mí, le habían dado ropa limpia y algo de comer, y está bajo vigilancia en su habitación. —Sonrió con suficiencia—. Bueno, tan encerrado como creen que estamos. No tienen ni noción de lo que es Reaver. Si lo supiesen, dudo que se limitasen a meterlo en una habitación, cerrar la puerta con llave y pensar que estaba todo hecho.

—¿Y de verdad se ha quedado en su habitación?

Kieran asintió.

—Incluso él parece saber que más vale no ser impulsivo cuando estamos, literalmente, en el corazón de territorio enemigo.

La esencia primitiva presionó contra mi piel en respuesta al torbellino de emociones. Me daba la sensación de que era yo la que podría actuar de manera impulsiva.

—El morral…

—Está ahí mismo. Lo agarré justo a tiempo. —Asintió en dirección a la butaca color marfil al otro lado de la cama.

Gracias a los dioses.

—¿La has… la has visto a *ella*?

A la Reina de Sangre.

Isbeth.

—No. No he visto a ningún Ascendido aparte de un pequeño ejército de caballeros. Están por todas partes. A la puerta de esta habitación, en el pasillo, en cada piso —me informó—. Casi esperaba encontrarme alguno en el maldito armario. Las doncellas personales y ese capullo dorado han sido los únicos en interactuar con nosotros.

Pero ella estaba aquí.

Tenía que estarlo.

—¿Malik?

Kieran negó con la cabeza. Cerré los ojos y respiré hondo.

—¿Quién es ese tipo dorado del que hablas?

—Se llama Callum. Es un Retornado. Y hay algo realmente extraño en él.

—Hay algo realmente extraño en todo esto —murmuré. Sentía la

cabeza como si estuviese en todas partes y en ninguna al mismo tiempo; rebotaba de la confusa pesadilla a la idea de que estábamos en Carsodonia, dentro de Wayfair. Eran muchas cosas para procesar… hasta qué punto se habían torcido nuestros planes. Cuánto control habíamos perdido, o bien no habíamos tenido nunca. Una oleada de pánico me atravesó de arriba abajo, amenazó con clavarme sus garras bien profundo. Pero no podía dejar que ocurriera eso. Había demasiadas cosas en juego. Tendría que apañármelas.

Me temblaban las manos cuando las cerré a los lados.

—¿Y la doncella personal? ¿Millicent?

—No la he visto desde que llegamos.

Aspiré una bocanada de aire demasiado escasa.

—¿Te diste cuenta de cómo dijo que no entraríamos de forma inadvertida en Carsodonia si no íbamos con ella? No dijo que no *escaparíamos*. ¿No te pareció raro?

—No hay, literalmente, ni una cosa de ella que *no* me parezca rara.

Bueno, tenía que estar de acuerdo con eso.

Hice un esfuerzo por que mis pensamientos se ralentizaran y se centraran, apoyé las manos sobre el alféizar de la ventana calentado por el sol, y miré hacia fuera. Un rosa tenue teñía el cielo. Mis ojos se posaron de inmediato en los pináculos de piedra umbra del templo de Nyktos y luego en la centelleante cúpula del templo de Perses. Estaban uno frente a otro, en barrios distintos, uno daba al mar Stroud mientras que el otro se alzaba entre las sombras de los Acantilados de la Tristeza.

Si Casteel estaba bajo tierra en un sistema de túneles como el de Oak Ambler, podía estar en cualquiera de ellos.

Igual que mi padre.

Estaba donde quería estar, pero no había llegado del modo que hubiese querido. Me centré en el lejano Puente Dorado, que separaba el Distrito Jardín de las zonas menos afortunadas de Carsodonia. Mi corazón por fin se ralentizó. Mis pensamientos se calmaron mientras el *eather* se apaciguaba en mi pecho.

—Tampoco estamos tan mal.

—No lo estamos —convino Kieran cuando se reunió conmigo en la ventana—. Estamos aquí.

—No es que vayamos a tener libertad para movernos por el castillo ni por la ciudad —razoné—. Nos vigilarán de cerca y no hay quien sepa qué tiene planeado la Reina de Sangre. Pero seguro que no nos dejará a todos en nuestras habitaciones, vestidos y alimentados, durante mucho tiempo.

—No, ese no es su estilo. —Los ojos de Kieran siguieron la dirección de los míos.

Las gaviotas volaban de un lado para otro por encima del Adarve, en la parte que empezaba a curvarse y se alzaba por sobre la Ciudad Baja y luego sobre el mar, donde el sol poniente centelleaba sobre las aguas azules. El suave resplandor iluminaba los jardines en las azoteas y los tejados inclinados, e incluso más allá, donde las casas estaban amontonadas unas sobre otras y apenas había sitio para respirar. La luz cálida bañaba toda la ciudad. Carsodonia era preciosa, sobre todo al amanecer y al atardecer, igual que el Bosque de Sangre. Una prueba más de que algo tan espectacular en la superficie también podía ser feo por debajo.

—¿Dónde crees que estarán nuestros ejércitos ahora? —pregunté.

—Deberían estar ya en New Haven, o incluso en Whitebridge —me dijo—. A unos tres o cuatro días de aquí. —Ladeó la cabeza al mirarme—. Si no regresamos a Tres Ríos cuando le dijimos a Valyn, vendrán a investigar.

Asentí.

—¿A qué distancia podías comunicarte con Delano a través del *notam*?

—Bastante lejos. Una vez se puso en contacto conmigo desde las Tierras Baldías, pero no creo que pueda llegar hasta él desde tan lejos.

—Yo tampoco lo creo. —Miró por la ventana—. Pero Carsodonia no puede ser mucho más grande que la distancia entre las Tierras Baldías y Pompay, ¿no crees? —Conjeturó Kieran. Se volvió hacia mí—. ¿Qué pasaría si pudiese acercarse al Adarve?

Contemplé la inmensa muralla que se alzaba acechante en la distancia.

—Podría llegar hasta él.

Algún tiempo después, me puse de pie. Unos ojos inexpresivos me miraban desde relucientes y diminutas caras de porcelana pulcramente alineadas en las baldas de un lado y otro del armario.

—Cierra esa puerta, por favor —pidió Kieran desde detrás de mí.

—¿Te dan miedo las muñecas?

—Más bien me da miedo que una de esas muñecas me robe el alma.

Una sonrisa burlona tironeó de mis labios, pero cerré la puerta como me había pedido. Había estado hurgando por ahí en busca de cualquier cosa que pudiese utilizarse como arma. Todavía tenía mi daga de hueso de *wolven*, pero a Kieran y a Reaver les habían quitado todas las armas que llevaban encima. Le había ofrecido a Kieran la daga, pero él la había rechazado. Ninguno de los dos estaba indefenso, pero me hubiera sentido mejor si hubiese aceptado la daga.

—¿De verdad jugabas con ellas de niña? —Kieran miraba el armario cerrado como si esperara que una muñeca abriese la puerta y asomase la cabeza por ella.

—Sí. —Me giré hacia él y me apoyé contra el armario.

—Eso explica muchas cosas.

Puse los ojos en blanco.

—Ella… Isbeth solía darme una cada año en el primer día del verano, hasta que me enviaron a Masadonia. Solía pensar que eran preciosas.

Kieran hizo una mueca.

—Son aterradoras.

—Sí, pero sus caras eran lisas, sin defectos… —Toqué la cicatriz que discurría por mi mejilla un poco sonrojada ahora—. Es obvio que la mía no era así, así que fingía ser como ellas.

La expresión de Kieran se suavizó.

—Poppy…

—Lo sé. —Me daba la sensación de tener la cara entera en llamas—. Era una tontería.

—No iba a decir que fuese una tontería…

Sonó una llamada fuerte a las puertas enchapadas en oro un

segundo antes de que se abrieran de par en par.

Era ella.

La doncella personal.

Millicent entró con calma en la habitación. Su túnica negra de manga larga no llevaba adorno alguno y terminaba a la altura de las rodillas, justo por encima de unas botas atadas con firmeza. Una vez más, lucía la máscara alada pintada sobre su cara, esta vez con pintura negra. El contraste con su piel pálida era impactante.

—Buenas tardes. —Millicent dio una palmada y tres doncellas personales entraron detrás de ella. Iban vestidas de manera parecida, pero además llevaba capuchas sueltas que cubrían sus cabezas y bocas, con lo que solo sus máscaras pintadas eran visibles. Dos de ellas tenían esos ojos azules casi desprovistos de color. Una los tenía marrones. Se me ocurrió entonces que tal vez no todas las doncellas personales fuesen Retornadas, aunque también estaba claro que no todas tenían esos pálidos ojos azules. Mi madre… ella los tenía marrones.

—Me alegro de ver que estás en pie y activa. —Millicent inclinó la cabeza en dirección a Kieran y su pelo captó mi atención. Era liso, de un tono negro medianoche, pero parecía… moteado y descolorido en algunas zonas—. Te dije que se pondría bien en un día o dos… y medio.

Me separé del armario y estiré mis sentidos de inmediato hacia ella. Lo único que encontré fue un muro, lo cual me produjo un fogonazo de irritación. Me estaba bloqueando.

—¿Qué era esa toxina?

—Algo rascado de las entrañas de no sé qué criatura. —Levantó un hombro—. Hubiese matado a un atlantiano. Y a un mortal no digamos. Solo un guardia llevaba esas flechas. Ya sabes, una póliza de seguro en caso de que quisieses continuar en tu deífica belicosidad de Heraldo de la Muerte.

—Como sigas llamándome Heraldo, es muy probable que retome esa deífica belicosidad.

Millicent se echó a reír, pero el sonido no se pareció en nada al del camino. Este era falso.

—Te recomendaría encarecidamente que no lo hicieras. Todo el mundo está de los nervios ahora mismo, en especial después de la misiva que ha recibido la Corona.

—¿Qué misiva?

—La Corona ha recibido la noticia de que New Haven y Whitebridge han caído en control de los atlantianos —nos informó —. Y esperamos que tomen Tres Ríos en cualquier momento.

Vonetta y los generales estaban cumpliendo los plazos marcados. Sonreí.

Los labios de la doncella personal imitaron los míos.

—La reina solicita tu presencia. —Mi sonrisa se esfumó—. Están trayendo agua caliente a tu sala de baño —anunció Millicent, mientras cruzaba la sala y se dejaba caer en la butaca que estaba junto a la cama—. Una vez que estés presentable, serás escoltada hasta ahí.

—*Seremos* escoltados hasta ahí —la corrigió Kieran.

—Si eso es lo que te hace feliz, entonces no lo dudes, por favor siéntete libre de unirte a tu muy amada reina. —Levantó una mano medio enguantada. Entró otra doncella personal, varias prendas de ropa blancas colgadas de un brazo. Se dirigió hacia el armario.

—Puedes pararte ahí mismo —le dije—. No voy a ponerme eso.

La doncella personal se detuvo y miró a Millicent, que había cambiado de postura de modo que sus hombros estaban sobre el asiento y las piernas colgadas del respaldo de la butaca, cruzadas por los tobillos. Su cabeza pendía del borde de la butaca, y de verdad que no tenía ni idea de por qué estaba así sentada ni cómo había adoptado esa posición en cuestión de segundos. Me miró bocabajo con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—La reina quiere vestirme con el blanco de la Doncella. —Miré el vestido—. No me importan cuáles sean sus razones para hacerlo, pero jamás volverá a tener voz ni voto en la ropa que me ponga.

Esos ojos pálidos me observaron desde detrás de la máscara pintada.

—Pero ese es el único vestido que me han dado.

—No es mi problema.

—Tampoco el mío.

Miré a la doncella personal.

—¿Te llamas Millicent?

—La última vez que lo comprobé, sí.

Me enderecé más.

—Necesito que entiendas algo, *Millicent*. Si quiere que acuda ante ella, tendrás que encontrarme algo de ropa que no sea blanca. O iré a verla tal cual estoy.

—Tienes tierra y sangre y solo los dioses saben qué más por todo el cuerpo —señaló—. Tal vez lo hayas olvidado, pero tu *madre* es un poco picajosa en lo que a la limpieza se refiere.

—No te refieras a ella como mi madre. —El *eather* vibró en mi pecho cuando di un paso hacia la doncella personal—. Ella no es eso para mí. —Millicent no dijo nada—. O me encuentras otra cosa para ponerme, o voy así —repetí—. Y si es inapropiado, me presentaré ante ella con nada más que la piel con la que nací.

—¿En serio? —Lo preguntó alargando las palabras.

—*En serio*.

—Casi merecería la pena dejar que lo hicieras, solo para ver la cara que pondrá. —Millicent se quedó quieta unos segundos, luego se dio impulso con los talones contra el respaldo de la butaca. Crucé los brazos mientras ella medio rodaba, medio hacía un mortal para salir de la silla y ponerse en pie. Pivotó hacia mí, su pelo liso a ronchas le cubría media cara—. Entonces, sí que es mi problema.

—Sip.

Millicent resopló de manera dramática.

—No me pagan lo suficiente para esto. —Agarró el vestido de manos de la otra doncella personal—. En realidad, no me pagan nada, así que la cosa es aún peor.

—Jodidamente extraña —musitó Kieran en voz baja mientras la observábamos salir… *contoneándose* de la habitación.

Las otras doncellas personales se quedaron donde estaban, quietas y silenciosas, sus expresiones ocultas por sus máscaras pintadas. ¿Cómo había podido olvidarme de ellas? Reprimí un estremecimiento al recordar cómo se movían por los pasillos en silencio. ¿Y mi madre, la única mujer a la que había conocido como tal, había sido una de ellas?

—¿Tenéis nombre? —preguntó Kieran mirándolas con atención. Solo recibió silencio—. ¿Pensamientos? ¿Opiniones? ¿Algo?

Nada.

Ni siquiera parpadearon, ahí plantadas entre nosotros y las puertas abiertas. Dejé que mis sentidos llegaran hasta ellas. Encontré muros similares al de Millicent y, en el ojo de mi mente,

imaginé pequeñas grietas en esos escudos. Tan solo delgadas fisuras que se llenaron de luz blanca y plateada. Me colé a través de las aberturas, palpé…

Una de las doncellas personales dio un respingo casi imperceptible y noté un sabor esponjoso, como a bizcocho. *Paz*. Sorprendida, me retiré y casi di un paso atrás. ¿Cómo diablos podían sentir paz? Ese sentimiento no tenía nada que ver con lo que había percibido en Millicent.

—Esto te hace preguntarte por qué la otra es tan habladora —comentó Kieran—. Y estas no.

—Porque no creo que sea exactamente igual que ellas. ¿No es así? —les pregunté a las doncellas personales. Kieran me lanzó una mirada rápida—. Ella es diferente.

—¿De otras maneras aparte de las obvias? —murmuró Kieran.

—No huele como ellas.

Kieran frunció el ceño y se volvió hacia las otras doncellas personales.

—Tienes razón.

Millicent regresó poco después con prendas tan negras como las que llevaba ella. Cruzó a paso airado por delante de Kieran y de mí para dejar caer la ropa sobre la cama.

—Esto es lo mejor que he encontrado. —Se volvió hacia mí y plantó las manos en sus caderas—. Espero que esto te haga feliz, porque a *ella* seguro que la va a cabrear.

—¿Tengo aspecto de que me importe lo más mínimo si se cabrea o no?

—No. —Hizo una pausa—. Por ahora. —Un escalofrío bajó por mi columna mientras iba hacia la butaca y se sentaba de nuevo, una pierna cruzada sobre la otra—. Deberías prepararte. Yo le haré compañía a tu… hombre.

—Genial —musitó Kieran.

—Quiero ver a Reaver antes de encontrarme con la reina.

—Está muy bien.

—Quiero verlo.

Levantó la vista hacia mí, con los labios apretados.

—¿Siempre es así de exigente?

—Lo que tú llamas «exigente» yo lo describiría como una manera de reafirmar su autoridad —repuso Kieran.

—Bueno, pues es irritante… e inesperado. —Sus ojos que nunca parpadeaban conectaron con los míos—. Antes no era así.

—¿Y tú qué sabes? —pregunté.

—Porque te recuerdo cuando eras tan silenciosa como un ratoncito, cuando no hacías ni un ruido a menos que fuese de noche y las pesadillas te encontrasen mientras dormías —explicó. Ese escalofrío volvió para rodar otra vez columna abajo—. Yo estaba aquí entonces. Me da la sensación de que siempre he estado aquí —murmuró con un suspiro—. Soy vieja, Penellaphe. Casi tan vieja como tu rey…

Antes de darme cuenta siquiera de que me había movido, me había plantado delante de ella, mis manos sobre las suyas. Las apreté contra los reposabrazos de la butaca.

—¿Dónde está Casteel? —pregunté, consciente de que Kieran se acercaba a mí por detrás al tiempo que las otras doncellas personales daban un paso al frente.

Cuando Millicent no dijo nada, la esencia primitiva palpitó con fuerza en mis venas y bajé la cabeza de modo que nuestros ojos quedaran a la misma altura.

—¿Lo has visto? —Ese tono ahumado volvió a mi voz. Transcurrió un largo momento.

—Si quieres verlo —dijo, y casi se me pasa por alto… la rápida mirada furtiva que lanzó en dirección a las doncellas personales—, te sugiero que te quites de delante de mi cara y arregles *tu* cara. Y que lo hagas deprisita. El tiempo es de vital importancia, alteza.

Le sostuve la mirada y luego retrocedí poco a poco. Agarré la ropa de sus manos y me fui a la sala de baño, donde me lavé deprisa con agua caliente y limpia que alguien había llevado hasta ahí. Oí a Millicent preguntarle a Kieran si era un *wolven* y luego parlotear sobre el hecho de que nunca había hablado con ninguno. Kieran le dio muy poco juego y apenas respondió a nada de lo que decía.

La ropa parecía provenir directa del armario de Millicent. La túnica de estilo quitón no tenía mangas y colgaba de los hombros, justo donde debería haber estado la herida de la flecha de piedra umbra, de no haberse curado ya sin dejar ni siquiera una marca. El corpiño me quedaba apretado, pero las tiras de cuero en torno a la cintura y a las caderas me permitieron aflojar un poco la tela para

dar cabida a mi figura más rellena. El faldón llegaba hasta las rodillas y tenía ranuras a ambos lados, con lo que la daga de *wolven* podía permanecer oculta pero no me costaría llegar a ella. Conseguí asegurar la bolsita a una de las cintas de mi cintura y dejé que el anillo colgara del cuello, contra mis pechos. Millicent había traído también un par de pantalones que no creí que fuesen suyos, pero me cabían, así que no me importaba lo más mínimo a quién pertenecían.

Fui hasta el tocador, el corazón un poco acelerado cuando miré mi reflejo. El resplandor plateado de detrás de mis pupilas brillaba con intensidad, y me dio la impresión de que el aura había aumentado un poco. Parpadeé. No cambió nada.

Mientras estaba ahí de pie, pensé en el sueño. La pesadilla. Mi… madre le había dicho algo al Señor Oscuro. Que él era su *viktor*. Por eso me sonaba tanto la palabra cuando la dijo Tawny. Ya la había oído antes. Aquella noche y solo los dioses sabían cuántas veces más desde entonces, en las pesadillas que no podía recordar. Leopold. Mi padre. Él era… era como Vikter. El aire que solté salió un poco tembloroso.

Apreté las manos sobre el tocador de porcelana y deslicé los ojos por mis cicatrices. Se habían difuminado un poco cuando Ascendí, pero ahora parecían más visibles que nunca. No sabía si era la brillante luz de la lámpara de gas o solo los espejos de este castillo, de esta *ciudad*, lo que las hacía destacar tanto.

Mi corazón siguió martilleando en mi pecho mientras una mezcla de inquietud y anticipación rodaba a través de mí. Me golpeaba en oleadas sucesivas desde que me había despertado para descubrir que estábamos en Wayfair. Que estaba aquí. Donde estaba Casteel. Donde estaba mi padre. Donde estaba Isbeth.

—No le tengo miedo —le susurré a mi reflejo—. Soy una reina. Soy una diosa. Y ella no me da miedo.

Cerré los ojos. En el silencio de la sala, mi corazón por fin se ralentizó. Mi estómago se asentó y mi agarre se aflojó sobre el tocador. Con las manos serenas, trencé mi pelo aún húmedo.

No podía tenerle miedo a Isbeth. No podía tenerle miedo a nada. Ahora no.

Por primera vez, las cicatrices de mis brazos y mi cara eran visibles para todo el mundo mientras bajábamos a la planta principal del castillo de Wayfair.

Era una sensación surrealista.

Millicent me había llevado a ver a Reaver, y no protestó demasiado cuando el *draken* nos siguió de vuelta al pasillo. Iba callado, la cabeza gacha y la cara medio oculta detrás de la cortina de pelo rubio, pero sabía que no se le escapaba nada mientras cruzábamos el atrio que antes me parecía muchísimo más grande y precioso.

De niña, solían gustarme las enredaderas talladas en las columnas de mármol, bañadas en oro para aumentar su encanto. Solía recorrer con los dedos los delicados grabados hasta donde alcanzaban mis manos, aunque luego el dibujo llegaba hasta los altos techos abovedados. Ian y yo nos colábamos en el atrio en medio del día y nos llamábamos el uno al otro, para escuchar el eco de nuestras voces entre las vidrieras de colores en lo alto.

Ahora, encontraba que todo ello era… excesivo. Hortera. Como si tanto ribete de oro y tanto arte estuviesen ahí en un intento por tapar las manchas de sangre que nadie podía ver.

Además, el hecho de que ahora pareciese más pequeño podía tener que ver con la cantidad de personas que nos *acompañaban*. Aparte de Millicent y las cuatro doncellas personales, nos flanqueaban seis Caballeros Reales y lo que solo podía suponer que era una remesa adicional de Retornados, según su olor y lo que había descubierto que era una manera siniestramente silenciosa de caminar. Los *vamprys* llevaban bandanas parecidas en el cuello y la cara, lo cual dejaba solo sus ojos visibles debajo de sus yelmos. No estaba preocupada por ellos. Si se les ocurriese intentar algo, podía eliminarlos. Los Retornados serían más problema, pero teníamos a Reaver.

Entramos en el Corredor de los Dioses, donde una hilera de estatuas de dioses bordeaba cada pared. Sabía exactamente a dónde nos dirigíamos: al Gran Salón.

Entre las enormes estatuas había jarrones de lilas

entremezcladas con rosas de floración nocturna, una de mis flores favoritas. Ninguno de los rostros de los dioses había sido plasmado con detalle en las estatuas. Eran solo piedra lisa, orientada hacia arriba en dirección a los techos inclinados. Este era otro sitio en el que solíamos jugar Ian y yo. Zigzagueábamos a toda velocidad entre las estatuas un momento, y al siguiente nos sentábamos a los pies de alguna de ellas e Ian se dedicaba a inventar grandes aventuras en las que participaban los dioses.

Se me comprimió el pecho al mirar hacia delante, al patio más pequeño y abovedado en el que solo había dos estatuas, ambas talladas a partir de rubíes.

El rey y la reina de Solis.

—Menuda horterada —musitó Kieran al verlas.

Millicent se detuvo delante de nosotros y, a nuestra derecha, vi a dos guardias reales apostados ante unas puertas de doble hoja pintadas de rojo. Los guardias las abrieron y nos llegó ruido procedente de la entrada lateral del Gran Salón: murmullos y risas, exclamaciones y gritos de bendición.

Millicent giró la cabeza hacia atrás y se llevó un dedo a sus labios rosáceos antes de entrar en el Gran Salón. Las doncellas personales no la siguieron. Dieron un paso a los lados y dejaron un camino libre para nosotros mientras Millicent entraba en la entreplanta que recordaba que daba la vuelta entera al Gran Salón.

Apreté la palma de la mano contra la bolsita en mi cintura y me reuní con ella. No vi a la multitud que llenaba el salón más abajo, ni a los Ascendidos que ocupaban las otras secciones del reservado. Mi atención fue directa hacia el estrado elevado, su longitud y anchura del tamaño de la mayoría de las casas. Los tronos eran versiones más nuevas, aún con incrustaciones de diamantes y rubíes, pero sus respaldos ya no mostraban el escudo real. Ahora les habían dado forma de luna creciente. Y ambos estaban vacíos.

Aunque no por mucho tiempo.

Detrás de los tronos, unas doncellas personales recogieron a los lados unos estandartes carmesíes y en el Gran Salón se hizo el silencio. Nadie dijo ni una sola palabra. Al instante, aparecieron unos lacayos con túnicas doradas, su agarre firme sobre unas varas de madera cuando entraron en la sala transportando una litera con barrotes, que me recordó a una jaula de oro. Arqueé las cejas

cuando vi la seda roja envuelta alrededor de cada barrote y las vaporosas capas de cortinas de la silla de manos, que ocultaban a quien estuviera en el interior.

—Joder, tienes que estar de broma —musitó Kieran cuando los lacayos bajaron la litera al suelo.

No tuve ocasión de responder antes de que las doncellas personales retiraran las cortinas y la Reina de Sangre bajara de la litera enchapada en oro. Estalló un coro de vítores y unos aplausos ensordecedores resonaron entre las paredes cubiertas de estandartes y el techo de cristal abovedado.

Hasta el último rincón de mi ser se concentró en ella mientras cruzaba el estrado vestida de blanco, un vestido blanco que cubría todo excepto sus manos y su cara. Las puntas de diamante de la corona, por encima de cada aro de rubíes y conectadas mediante ónice pulido, aturdían y tentaban. Su pelo oscuro lucía rojizo a la luz de los numerosos faroles desplegados por las docenas de columnas que sujetaban el suelo de la entreplanta y enmarcaban el estrado. Incluso desde donde estaba, vi que sus ojos estaban perfilados con gruesas líneas negras, sus labios de un reluciente tono baya.

La esencia se retorció y apretó en mi interior cuando apoyé las manos en la barandilla y ella se sentó en el trono, la cabeza ladeada mientras se *regodeaba* en la recepción. Me costó un esfuerzo supremo no echar mano del rugiente poder que llenaba mis venas y atacarla ahí mismo, en ese preciso instante. Mis dedos se enroscaron alrededor de la piedra, presionaron contra las volutas doradas que decoraban las barandillas, las columnas, los suelos y muchas de las secciones visibles de las paredes.

—Hijo de puta —gruñó Kieran a mi otro lado.

Aparté la vista de la Reina de Sangre para mirar al hombre oscuro que se había reunido con ella para situarse de pie a su izquierda. Mi aliento me abrasó los pulmones. Piel de un tono bronce tirando a dorado. Pelo castaño con mechas besadas por el sol y retirado de unos rasgos inquietantemente familiares. Pómulos altos. Boca carnosa. Una mandíbula fuerte.

—Malik —susurré.

La amargura de la ira aumentó en el fondo de mi garganta, teñida de una angustia ácida. Levanté una mano y la puse sobre la

que estaba a mi lado. Kieran agarraba la piedra con la misma fuerza que la había agarrado yo. Reprimí mi propia aflicción y furia y canalicé hacia él un poco de calor y… *felicidad*. Sentí que se estremecía y, bajo la palma de mi mano, los tendones de su mano se relajaron.

—El *príncipe* Malik —me corrigió Millicent en voz baja—. Tu cuñado.

Mi cabeza voló hacia ella, que observaba a Malik con atención. Tan cerca como estábamos ahora, vi diminutas manchitas en sus mejillas, debajo de la máscara pintada. Pecas. Le di un apretón a Kieran en la mano. Millicent observaba al príncipe de un modo muy parecido a como él la había observado a ella en Oak Ambler, la mandíbula tensa y sin mover un músculo.

Reaver pasó por detrás de ella, los músculos de sus bíceps y antebrazos tensos. No parecía molesto por el resto de los presentes en la entreplanta: los Ascendidos, con sus elegantes vestidos de seda y sus joyas centelleantes. Aunque ellos sí que nos miraban con ojos curiosos color medianoche.

No, era la inmensa estatua del Primigenio de la Vida lo que había llamado la atención del *draken*.

Se alzaba en el centro del Gran Salón, tallada en el más pálido de los mármoles. Igual que las otras estatuas del Corredor de los Dioses, no había nada más que piedra lisa donde debería haber estado la cara, pero los demás detalles eran impresionantes y no se habían difuminado en los años que habían pasado desde la última vez que la había visto, como las sandalias de gruesas suelas o las placas de armadura que protegían sus piernas y su pecho. Sujetaba una lanza en una mano y un escudo en la otra.

Los mortales preferían pasar a buena distancia de la estatua y los pétalos negros desperdigados a sus pies, procedentes de rosas de floración nocturna.

—Dudo de que Nyktos se alegrara de saber que su estatua sigue aquí —murmuré.

—Esa no es una estatua de Nyktos. —Las palabras de Reaver fueron como un retumbar sordo.

—Tiene razón —confirmó Millicent.

La multitud se acalló antes de que pudiese preguntar a qué se referían, y entonces ella empezó a hablar.

—Mi gente, me honráis con vuestra presencia.

Su voz.

Mis entrañas se quedaron heladas ante el tono suave y cálido, tan opuesto a su estilo especial de crueldad.

—Me honráis y me dais una lección de humildad —continuó, y mis dedos volvieron a apretarse contra la barandilla. ¿Humildad? Casi solté una carcajada histérica—. Incluso en tiempos de semejante incertidumbre y miedo, vuestra fe en mí jamás ha vacilado.

Kieran se giró despacio hacia mí.

—Lo sé —musité.

—Y por ello, yo no vacilaré. Como tampoco lo harán los dioses. No delante de un reino impío ni de la *Heraldo*.

Capítulo 24

Un sonido grave y sibilante se extendió por el suelo del Gran Salón y a través de la entreplanta. Procedente tanto de mortales como de Ascendidos. La parte de atrás de mi cuello se tensó al tiempo que Kieran y Reaver se ponían rígidos.

—*La Heraldo y la Portadora de Muerte y Destrucción a las tierras bendecidas por los dioses* ha despertado —anunció la Reina de Sangre, y el siseo cesó. Sus palabras fueron recibidas con silencio. Silencio y mi creciente incredulidad—. Es verdad, los rumores que habéis oído acerca de nuestras ciudades al norte y al este son ciertos. Han caído. Sus Adarves, derribados. Los inocentes, violados y masacrados, utilizados para alimentarse y *maldecidos*.

No… no podía creer lo que estaba oyendo. Alucinada, deslicé los ojos por todos los presentes, por sus caras pálidas, mientras la amargura de su miedo arañaba contra mis escudos mentales. Lo que tanto temía se había hecho realidad. La profecía ya no era un puñado de palabras que apenas conocía nadie, sino un arma.

Un arma blandida con mano experta pero que no era nada más que horribles mentiras. Mentiras que se contaban y los demás se tragaban sin dudar de ellas y sin cuestionarlas. Mentiras que ya se habían convertido en la verdad.

El *eather* ardía en el centro de mi pecho mientras apretaba la barandilla con saña. La ira bombeaba a través de mis venas.

—Y los que quedan con vida, ahora cautivos de gobernantes bárbaros que llevan siglos urdiendo planes contra nosotros. Los dioses lloran por nosotros. —Se inclinó hacia delante en el trono, la espalda bien erguida mientras más mentiras salían por sus labios color baya—. Nuestro enemigo quiere poner punto final al glorioso Rito, nuestro honorable servicio a los dioses.

Volvió a oírse ese siseo, así como gritos de rechazo.

—Lo sé, lo sé —los consoló la Reina de Sangre—. Pero no temáis. No cederemos ante ellos. No nos someteremos al horror que han despertado, ¿verdad que no?

Los gritos fueron aún más sonoros ahora, un estallido tan poderoso como cualquier trueno. Kieran negó con la cabeza despacio y mi piel empezó a vibrar.

—No viviremos con miedo a Atlantia. No viviremos con miedo a la Heraldo de Muerte y Destrucción. —La voz de la Reina de Sangre vibraba del mismo modo que lo hacía la esencia en mi interior—. Los dioses no nos han abandonado y, debido a eso, debido a vuestra fe en los Ascendidos, en mí, jamás lo harán. Vosotros no sufriréis. Eso os lo prometo. Y nos vengaremos de lo que se le ha hecho a vuestro rey. Los dioses se encargarán de ello.

Mientras la gente rugía su apoyo a una diosa falsa, el *eather* primigenio bullía en mi interior y presionaba contra mi piel. Bajo mis manos, sentí un temblor en la barandilla.

Millicent bajó la vista y luego dio un pasito atrás. Giró la cabeza hacia mí y se acercó un poco.

—Cálmate —me advirtió—. A menos que desees alertar a la gente del hecho de que la Heraldo está entre ellos.

Mis ojos volaron hacia ella.

—No soy la Heraldo.

—No lo eres. —Lanzó una mirada significativa a la barandilla. A las tenues grietas que empezaban a aparecer en el mármol.

—Poppy. —Kieran tocó mi espalda al tiempo que Reaver se acercaba más a mí—. Odio estar de acuerdo con ella, pero ahora no sería el momento de hacer nada impulsivo, por muy justificado que estuviese.

—Pues yo creo que ahora es tan buen momento como cualquier

otro —comentó Reaver.

Tenía que estar de acuerdo con Reaver, pero no sabía dónde tenían a Casteel. Ni idea de dónde estaba mi padre. Puede que la Reina de Sangre estuviese justo delante de mí, pero eso no significaba que ninguno de ellos dos estuviese en lugar seguro. Si la atacaba a ella, tal vez otra persona arremetería contra ellos.

Y esto no solo era una cuestión de ellos o de mí. Era cuestión de todos los que estaban ahí abajo y ya creían que yo era el monstruo que la reina había descrito. La Heraldo. Si hiciese algo ahora mismo, tiraría por tierra todo lo que habíamos estado haciendo para liberarlos.

Un estremecimiento sacudió todo mi cuerpo cuando reprimí la esencia. Tardé unos momentos, pero noté que Kieran se relajaba y que Millicent se giraba otra vez hacia el Gran Salón. Poco después volví a ser consciente de lo que estaba sucediendo. La Reina de Sangre estaba hablando.

—Puedes acercarte —dijo.

—¿Qué demonios es esto? —musitó Kieran.

Retiré la mano de la suya y me asomé hacia abajo para ver a una mujer joven pero débil con un vestido beige que colgaba de sus hombros esqueléticos. Una pareja mayor la ayudaba, los tres bajo las atentas miradas de los caballeros que montaban guardia a ambos lados de las anchas escaleras curvas del estrado. La joven llegó arriba y la pareja la ayudó a arrodillarse. Levantó un brazo tembloroso.

La Reina de Sangre extendió el suyo y cerró sus manos pálidas y firmes alrededor de la otra mucho más pequeña y trémula. Solo un anillo adornaba sus dedos: un diamante rosa que centelleó bajo la luz. Había cerrado mis sentidos, pero en el momento en que la Reina de Sangre agachó la cabeza, la alegría de la mujer joven estalló a través de mis escudos, dulce y suave.

Y se me revolvió el estómago.

—Es la Bendición Real. No sabía que todavía hiciera esto.

—¿Quiero saber siquiera lo que se supone que es? —preguntó Kieran.

—Los mortales creen que el contacto con un Regio tiene propiedades curativas —le expliqué. Las lágrimas caían en cascada por las mejillas de la mujer. Mi estómago siguió dando vueltas—.

Recuerdo que hacían cola durante días para tener la oportunidad de recibir la bendición.

—Todavía lo hacen —apuntó Millicent.

—Yo solía creerlo. La bendición parecía funcionar, a veces. No sabía cómo. Si era solo el poder de la mente sobre el cuerpo o… —Observé a la Reina de Sangre tomar un cáliz dorado de una doncella personal cercana y levantarlo hacia los labios de la mujer. Isbeth esbozó una sonrisa cálida y, cuando lo hizo, incluso pareció cariñosa y preocupada mientras volcaba el cáliz y dejaba que la mujer bebiera de él. Entorné los ojos—. O si es lo que hay en esa copa que les da a beber.

Kieran giró la cabeza despacio hacia mí.

—¿Sangre? ¿Sangre atlantiana? —Tenía que ser eso—. Por todos los dioses —gruñó—. No curaría a alguien que sufriera una enfermedad terminal, pero podría proporcionarle un alivio temporal. Podría funcionar el tiempo suficiente para convencer a los mortales de que los dioses habían bendecido a la Reina de Sangre. Que su contacto podía curar. Que ellos y todos los Ascendidos habían sido Elegidos.

Y eso fue justo lo que pasó.

Después de unos momentos, el tono de piel de la mujer había mejorado. Su rostro ya no parecía tan demacrado. Y entonces… se puso de pie sola. Sus movimientos eran entrecortados, pero *se puso de pie*.

Los mortales que atestaban el suelo del Gran Salón estallaron en vítores. Muchos cayeron de rodillas, las mejillas empapadas de lágrimas, las manos cruzadas para rezar y dar gracias. Y la Reina de Sangre levantó la barbilla, levantó esos ojos oscuros hacia la entreplanta.

Hacia mí.

Y sonrió.

—No me gusta cómo te miran —retumbó la voz de Reaver, apenas más que un susurro, ahogada por el murmullo de las conversaciones y las suaves notas musicales que flotaban hasta los altos techos de la

sala de audiencias adonde nos habían llevado cuando terminó la Bendición Real.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo —murmuró Kieran desde mi otro lado.

No solo había mortales adinerados presentes, de pie en grupos o cómodamente instalados en mullidos sofás carmesíes, sus dedos y cuellos cargados de joyas costosas, sus estómagos llenos de los manjares ofrecidos por sirvientes silenciosos.

También había Ascendidos a nuestro alrededor.

Lores y damas que existían entre los otros como recipientes vacíos, sus joyas aún más grandes, sus miradas más oscuras y sus estómagos supuse que llenos de un manjar de un tipo diferente.

Los mortales no hacían más que lanzar miradas de curiosidad en nuestra dirección, y sus ojos se demoraban en los dos que estaban a mi lado por razones que no tenían nada que ver con las razones por las que me miraban a mí. Eran bastante discretos al respecto. Los Ascendidos, en cambio, miraban sin disimulo.

—Nos miran porque a vosotros dos os encuentran atractivos. A mí me miran porque estoy desfigurada —precisé—. Y no logran dilucidar qué hago entre ellos.

—¿Qué demonios? —musitó Reaver, el ceño fruncido.

—Los miembros de la élite mortal de Solis imitan a los Regios, y los Ascendidos ambicionan todas las cosas bonitas. Miradlos —sugerí—, son todos perfectos de un modo u otro. Preciosos.

Reaver hizo una mueca de desagrado.

—Esa es la maldita cosa más estúpida que he oído en mucho tiempo, y he oído muchas estupideces.

Me encogí de hombros, un poco sorprendida por el hecho de no estar molesta. En el pasado, la idea de que cualquiera viese mis cicatrices había sido algo humillante solo de pensarlo, aunque siempre había estado orgullosa de ellas, de a lo que había sobrevivido. Pero entonces era una persona diferente, alguien que se preocupaba por las opiniones de los ricos y los Regios.

Ahora no podían importarme menos.

Mis ojos se deslizaron hacia donde estaban los guardias reales a la entrada. Ellos también vigilaban, como hacían las doncellas personales. Millicent había desaparecido solo los dioses sabían a dónde. El tiempo era de vital importancia, había dicho, y en verdad

lo era. El *eather* palpitaba en mi pecho. Empezaba a impacientarme. Mucho.

La Reina de Sangre sabía que estaba aquí y me estaba haciendo esperar. Era un alarde de poder tonto. Me había traído a esta sala porque creía que me comportaría entre tantos mortales.

Mortales que no tenían ni idea de que había una diosa entre ellos.

El impulso de cambiar eso fue difícil de resistir. Toqué el anillo a través de mi túnica. Si había aprendido algo en mi vida era que mis acciones podían tener consecuencias no deseadas. Unas que no solo acabarían con alguien herido, sino que podían marcarme aún más como la Heraldo. Así que esperé. *Con impaciencia*. Y mientras lo hacía, observé a los Caballeros Reales. Más o menos la mitad de ellos estaban ahí de pie con la rigidez antinatural de las doncellas personales. Sus pechos no se movían demasiado. No hacían pequeños gestos, ni voluntarios ni involuntarios. Rara vez parpadeaban.

—Creo que hay Retornados entre los guardias reales —dije en voz baja.

—Tendría sentido —convino Kieran—. Llamarían menos la atención que si anduvieran por ahí con vestiduras rojas.

Por fin, los guardias dieron un paso a un lado y abrieron unas elaboradas puertas doradas. Dos doncellas personales entraron primero, las capuchas caladas para cubrir su pelo y envolver en sombras sus caras pintadas. La Reina de Sangre entró tras ellas, aún vestida de blanco.

Bajé las manos a los lados. La ira palpitaba tan furiosa a través de mí que estaba convencida de merecer algún tipo de reconocimiento por no dar rienda suelta a toda mi furia ahí mismo. Por limitarme a quedarme quieta mientras los mortales y los Ascendidos se inclinaban ante ella. Nosotros tres no hicimos tal cosa, y eso no pasó inadvertido. Una sorpresa consternada cayó como lluvia helada de los mortales cuando se irguieron. La sala se llenó de susurros mientras la pequeña orquesta seguía tocando en su rincón.

Kieran se puso tenso a mi lado y mi atención se deslizó un instante hacia el hombre que había entrado detrás de Isbeth.

Malik.

Dejé que mis sentidos se estiraran hacia él y, como antes, me topé con escudos tan sólidos como los de su padre.

La Reina de Sangre deambuló entre los presentes, repartiendo sonrisas baladís y breves abrazos. Su corona de diamantes y rubíes centelleó bajo la brillante lámpara de araña cuando giró la cabeza hacia mí. Sus ojos se cruzaron con los míos.

Mi corazón no aporreó mi pecho.

Mi pulso no se aceleró.

Mis manos y mi cuerpo estaban serenos.

No sentí miedo ni ansiedad. Yo no era nada. Era solo ira gélida y reprimida que se había infiltrado en cada célula de mi ser mientras ella cruzaba la sala, los bajos de su vestido arrastrando por el suelo a medida que avanzaba. En otras palabras, estaba bastante tranquila.

Le sostuve la mirada, a pesar de que la seguían las doncellas personales y Malik. Los guardias se habían movido para tomar posiciones cada pocos palmos, con lo que crearon una pared escalonada entre nosotros y los demás asistentes.

Isbeth se detuvo a poco más de un palmo de mí, esa sonrisa cálida y *cariñosa* aún plantada en sus labios rojo baya. Sus ojos oscuros, pero no insondables, estudiaron mi vestimenta.

—Esto no es lo que te envié para que te pusieras.

La furia emanó de Kieran como una explosión, tan caliente e intensa que no me habría sorprendido si hubiera provocado un incendio. Pero yo… yo no era *nada* más que esa ira fría.

—Lo sé.

Vi cómo se tensaban un pelín las comisuras de su boca. Levantó los ojos hacia los míos.

—Lo que llevas puesto no es propio de una reina.

—Lo que lleve puesto será elección mía. Lo que sea o no sea propio de una reina, seré yo la que lo decida.

—Mira, *eso* lo has dicho como una reina —repuso—. A diferencia de la última vez que hablamos.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces.

—¿Ah, sí?

—Sí. Empezando por el hecho de que tú gobiernas sobre varias ciudades menos —contesté.

—¿Eso crees? —La Reina de Sangre levantó una mano. El

diamante rosa centelleó cuando chasqueó los dedos—. Lo que se perdió ayer puede recuperarse con facilidad mañana.

Mis labios se retorcieron en una sonrisa apretada.

—Nunca te había considerado tonta.

Me fulminó con la mirada.

—Espero que no.

—Pues debes serlo si crees que recuperarás con facilidad algo de lo que has perdido —le dije, consciente de que teníamos toda la atención tanto de los Ascendidos como de los mortales. Sin embargo, no podían acercarse lo suficiente para oírnos. Los guardias y las doncellas personales lo impedían.

—Hmm —caviló. Tomó una copa de lo que parecía champán de un sirviente que acababa de llegar—. ¿Quieres una copa? ¿Alguno de vosotros la quiere?

No aceptamos su oferta, aunque Malik sí, lo cual llamó la atención de Kieran.

—Tienes buen aspecto, *príncipe* Malik.

Esa media sonrisa que insinuaba un hoyuelo solitario en su mejilla izquierda salió a la superficie mientras bebía un sorbito de su champán, pero no dijo nada.

Isbeth miró a Kieran.

—Y tú tienes un aspecto igual de exquisito que la última vez que te vi.

Kieran enroscó el labio en una mueca de asco.

—Creo que ahora voy a vomitar.

—Adorable. —Impertérrita, Isbeth miró a Reaver, y sus delicadas cejas oscuras se arquearon—. A ti no te reconozco.

Reaver le devolvió la mirada sin mover ni un músculo.

—No tendrías por qué.

—Interesante. —Lo miró de arriba abajo por encima del borde de su larga copa—. Dime, hija, ¿has podido resistirte a los muchos encantos de los hombres de los que te rodeas?

—Ni siquiera me voy a dignar a responder a eso —repuse, y la sonrisa de Malik se ensanchó.

—Un movimiento astuto. —Me guiñó un ojo y se me revolvió el estómago—. Por cierto, estás equivocada.

—¿Sobre?

—Sobre ser incapaz de reclamar con facilidad lo que he perdido

—precisó, levantando la barbilla—. Te tengo a ti.

Un gélido escalofrío de ira bajó reptando por mi columna.

—Solo tienes mi presencia porque yo lo he permitido.

—Ah, sí. *Aceptaste* venir. Mis disculpas. —Se acercó más a mí y tanto Kieran como Reaver se pusieron tensos. Yo, no—. ¿De verdad creías que ibas a poder colarte aquí dentro y liberarlo? Vamos, Penellaphe. *Eso* sí que ha sido tonto.

Me ardían las entrañas de lo frías que las tenía.

—Pero estoy aquí ahora, ¿no?

—Lo estás, y me alegro. —Sus ojos buscaron los míos—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Lo único de lo que tenemos que hablar es de la liberación de Casteel.

Bebió otro sorbito.

—¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez que planteaste exigencias?

Hice caso omiso de su comentario.

—Y de la liberación de mi padre.

La Reina de Sangre bajó su copa, las despampanantes líneas de su cara se tensaron de repente.

—¿Tu padre?

—Sé quién es. Sé que está en tu poder. Los quiero a los dos.

—Vaya, alguien ha estado hablando —murmuró—. Tu padre y tu rey están bien. A salvo donde están.

¿A salvo? Casi me eché a reír.

—Quiero verlos.

—No te lo has ganado —repuso.

¿Ganado? La esencia presionó contra mi piel, amenazando mi calma gélida.

—¿La gente de esta habitación sabe quién soy?

Una expresión curiosa se asentó en su cara.

—Solo unos pocos miembros de mi corte saben que eres mi hija.

Di un paso adelante y las doncellas personales se movieron. Isbeth levantó una mano.

—No me refiero a eso. ¿Saben que soy una diosa y no esa Heraldo de la que hablas? —La reina no dijo nada—. ¿Qué crees que ocurrirá si lo revelo? —pregunté—. ¿Qué hubiese pasado si lo hubiera hecho durante tu farsa de discurso y la Bendición Real?

—Mejor aún, ¿qué crees tú que ocurrirá si lo haces? —contraatacó Isbeth—. ¿Crees que se arrodillarán y te alabarán? ¿Crees que te darán la bienvenida? ¿Que ya no te verán como a la Heraldo de la que avisaron los dioses?

—Los dioses no avisaron de tal cosa —repliqué—. Y tú lo sabes.

—¿Qué crees, querida, que es una profecía pronunciada por un dios, sino un aviso dado por un dios? —me contradijo Isbeth. Abrí las aletas de la nariz.

—Yo no soy la Heraldo.

Sonrió mientras estudiaba mi rostro.

—Mi dulce niña, veo que una cosa no ha cambiado.

—¿Mi profunda animadversión hacia ti?

Isbeth se rio con suavidad.

—Todavía no has aceptado quién y qué eres.

—Sé muy bien quién y qué soy —le dije, al tiempo que ignoraba el repentino fogonazo de temor, de inquietud—. Y pronto, todos aquellos a los que has mentido sabrán la verdad. Yo me aseguraré de ello.

—Una vez más, ¿qué esperas de la gente, alteza? —preguntó Malik—. ¿Que le den la espalda a ella? Cuando es todo lo que conocen y en lo que confían. Tú eras una Doncella que creen que está muerta o bien ha *cambiado*. Una desconocida procedente de un reino al que temen.

—Cállate —gruñó Kieran.

—Solo estoy diciendo la verdad —insistió Malik—. La temerán.

—¿En lugar de temer a la diosa falsa que tienen delante? ¿Una demis que ha robado la esencia de un Primigenio largo tiempo olvidado y la ha utilizado para matar a los guardias del Rey de los Dioses? ¿Que dio el visto bueno al asesinato de incontables niños en el supuestamente honorable Rito? —Arqueé una ceja en dirección a Isbeth. Sus ojos se entornaron un pelín—. Me pregunto cómo se sentirán cuando descubran que ni siquiera tu nombre es el de verdad. —Me reí con suavidad—. Falso, igual que la bendición. Igual que el Rito y todo lo que conforma la Corona de Sangre. Falso, igual que la diosa que crees que eres.

—Cuidado —me advirtió Isbeth.

—¿Qué pasa con los otros Ascendidos? —proseguí—. ¿Los que no tienen tu favor? ¿Qué crees que harán cuando se enteren de que

no eres una de ellos? ¿Quieres que lo averigüemos?

Me miró, su copa olvidada en la mano mientras Malik se metía en nuestro espacio personal.

—Yo sugeriría no hacer nada tan imprudente, alteza —me dijo, al tiempo que ponía su mano sobre el brazo de la Reina de Sangre —. Puede que tú salgas por tu propio pie de cualesquiera catástrofes que provoques, pero muchos de los presentes en esta habitación no lo lograrían. ¿Es eso lo que quieres?

Miré su mano, estupefacta por un instante. Una intensa repugnancia se acumuló en mi interior y se unió a la ira fría.

—¿Cómo puedes tocarla siquiera?

Malik levantó un hombro.

—¿Cómo podría no hacerlo?

—Jodido bastardo —gruñó Kieran, y dio un paso al frente.

Lo agarré del brazo para detenerlo, y de algún modo me convertí en la racional. El príncipe miró a Kieran con recelo.

—Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuvimos juntos, así que voy a hacer como si no te hubiera oído. Al parecer, has olvidado que puedo patearte el culo de aquí a Atlantia sin empezar a sudar siquiera.

Los ojos invernales de Kieran se iluminaron.

—No he olvidado una mierda.

—Bien. —Malik sonrió—. Ahora sabes que eso no ha cambiado.

Mis ojos se deslizaron hacia Malik, hacia esa aburrida sonrisa de indiferencia, y dejé que mis sentidos se estiraran hacia él otra vez. Rocé contra esos gruesos escudos, pero esta vez no me retiré. No reprimí el retorcido impulso de encontrar esos puntos vulnerables. Dejé que la esencia siguiera a mis sentidos, dejé que el poder se deslizara con suavidad por encima de esos muros, hasta descubrir las grietas.

Los ojos de Malik volaron hacia mí y esa sonrisa perezosa suya se quedó congelada. No me detuve ahí. Hundí el *eather* en esos muros mentales, hurgué con mis garras en los diminutos resquicios de debilidad. La sangre desapareció casi de golpe del rostro del príncipe cuando ensanché esas fisuras sin remedio. La copa resbaló de sus dedos cuando hice añicos sus escudos.

Las emociones salieron en tromba, crudas y sin restricciones, mientras Malik se tambaleaba hacia un lado, una mezcla salvaje que

giraba casi demasiado deprisa y demasiado caótica como para encontrarle un sentido. *Casi*. Capté un residuo azucarado de diversión fugaz e ira ácida acumulada. Malik se estremeció, se dobló por la cintura y hundió los dedos en su pelo. Las doncellas personales se movieron para bloquearlo de la vista de los otros mientras yo continuaba *extrayendo* sus emociones. Noté indicios de acidez y un intenso sabor agrio. Vergüenza y aflicción a partes iguales, pero era la amargura afilada como una daga lo que superaba a todo lo demás. Un miedo que se había ido acumulando hasta convertirse en un pánico sobrecogedor.

Me retiré entonces, abandonando los agujeros que había dejado en sus escudos. Malik levantó la cabeza. Le salía sangre por la nariz. Su dolor punzante amainó hasta convertirse en una molestia palpitante y mortecina mientras me miraba.

—Sacadlo de aquí —ordenó Isbeth con voz cortante. Dos guardias fueron hasta él. Uno de ellos lo agarró del brazo. Malik se los quitó de encima.

—Estoy bien —musitó con voz rasposa, pero no se resistió cuando le hicieron dar media vuelta. Al alejarse, sus pasos eran temblorosos.

—Y que alguien limpie todo esto —espetó la reina, y sus ojos oscuros refulgieron con un atisbo de *eather*—. Eso no ha sido muy amable por tu parte, hija. Después de todo, es tu cuñado.

—Él se lo buscó —sentenció Kieran con una sonrisilla de suficiencia.

—Tal vez. —Isbeth dio un paso a un lado mientras una sirvienta recogía a toda prisa los cristales rotos. Respiró hondo y el tenue resplandor se fue apagando en sus ojos. La tensión desapareció de su boca—. Como decía, tenemos mucho de qué hablar. De esta guerra. Los reinos. El Verdadero Rey. Esa es la razón de que *yo* permitiera que entraras en la capital.

Aún descolocada por las emociones de Malik, tardé un poco en responder.

—¿Quieres hablar? Eso no va a suceder hasta que sueltes a Casteel y a mi padre.

La risa de la Reina de Sangre sonó como un carillón.

—Querida mía, piensa en lo que estás pidiendo. ¿Quieres que renuncie a la ventaja que tengo, lo único que te impide hacer algo

increíblemente imprudente y estúpido? ¿Algo de lo que te arrepentirías? Deberías darme las gracias.

Me eché hacia atrás.

—¿*Darte las gracias*? ¿Has perdido la…?

—Eres mi hija, Penellaphe. —Su mano salió disparada y se cerró en torno a mi barbilla. Esta vez, frené a Kieran y a Reaver con una mano levantada. No me estaba haciendo daño. Su contacto no era caliente, pero tampoco era frío como el de un Ascendido—. Te llevé en mi vientre y cuidé de ti hasta que dejó de ser seguro para mí hacerlo. Por eso tolero cosas de ti que no le toleraría a nadie. —Sus ojos refulgieron una vez más—. Por eso te daré, *solo a ti*, lo que no has ni empezado a ganarte. Pero debes elegir. O ves a tu rey, o bien a tu padre. No a los dos.

—Quiero a los dos.

—Esa no es una opción, Penellaphe. —Clavó los ojos en los míos —. Y pronto, no lo será ninguna de las dos. Así que toma tu decisión y hazlo rápido.

Me puse tensa, cerré los puños.

—Casteel —me forcé a decir, y la culpabilidad bulló en mi interior, rayando en la vergüenza. Mi padre era importante, pero no podía elegir otra cosa.

Isbeth sonrió. Había sabido a quién elegiría. Soltó mi barbilla.

—Te dejaré ver a tu amado rey y después, tú y yo vamos a hablar. Y *vas* a escuchar.

—Alteza. —El hombre delante de mí se inclinó por la cintura. Tenía que ser el Retornado del que había hablado Kieran. Callum. Todo en él era dorado: su pelo, su piel, su ropa y la máscara alada pintada en su cara. Todo excepto sus ojos. Esos eran del mismo tono azul lechoso que los de Millicent, que había reaparecido cuando nos condujeron fuera de la sala, junto con un menos pálido pero no tan engreído Malik.

Por lo que pude ver, el Retornado era apuesto, las curvas de su barbilla y sus mejillas casi delicadas. Por extraño que pudiera parecer, me recordó a las muñecas de porcelana guardadas en el

armario.

—Es un honor conocerte por fin —dijo Callum al enderezarse. Dudaba de que fuese un honor, así que no dije nada. Callum sonrió de todos modos—. ¿Querías ver a tu rey?

—Sí. —Abrí mis sentidos y me topé con gruesos muros oscuros.

—Entonces, sígueme. —Callum empezó a dar media vuelta—. Pero solo tú. Ellos no pueden venir.

—No nos vamos a separar de ella —declaró Kieran.

—Dije que dejaría que tú lo vieras —apuntó la Reina de Sangre, rodeada por doncellas personales y silenciosos Caballeros Reales, que también parecían consistir en una mezcla de *vamprys* y Retornados—. No todos vosotros. Eso es pedir demasiado y al mismo tiempo tener en poca consideración mi inteligencia. Ellos se quedarán aquí para garantizar que te portes bien.

Reaver negó con la cabeza, la barbilla baja.

—Y tú insultas *nuestra* inteligencia si crees que la vamos a dejar ir sola.

Los ojos de la Reina de Sangre saltaron hacia el *draken* y se quedaron ahí durante más tiempo del que resultaba cómodo.

—Si optas por no aceptar mis condiciones, no lo verás en absoluto.

Kieran se puso tenso, igual que yo, pues sabía lo que iba a decidir incluso antes de que dijera nada.

—Acepto —dije. Miré a Kieran a los ojos—. Estaré bien.

—Claro que lo estará —confirmó Callum.

Hice caso omiso de él y miré a la Reina de Sangre. Nuestros ojos se cruzaron y le sostuve la mirada. La esencia primitiva ardía en mi pecho, se prendió y el aire se cargó a mi alrededor.

—Si les ocurre algo, derribaré todo este castillo sobre tu cabeza, piedra a piedra.

—Carne de gallina —murmuró Callum, al tiempo que levantaba los brazos—. Me has puesto la carne de gallina. *Alucinante*. —Sus ojos se posaron en mí—. No había sentido un poder semejante en… bueno… —Arrastró el borde de sus dientes por sus labios—. En mucho tiempo.

Reaver giró la cabeza en dirección a Callum.

—¿En cuánto tiempo?

—Mucho —repitió.

Vi que la cara de Isbeth se había crispado.

—Sí. Alucinante. —Inclinó la barbilla—. No les ocurrirá nada. Malik. —Chasqueó los dedos y él se acercó como un perro fiel—. Llévalos a sus habitaciones. Y quiero decir a sus habitaciones individuales.

Me estiré hacia Kieran y le di un apretoncito afectuoso en la mano mientras varios caballeros se unían a Malik.

—Estaré bien. —Me giré hacia Reaver y luego devolví la mirada a Kieran—. Ve con él.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Kieran.

—Estaré *escuchando*, pendiente de tu regreso.

Lo cual significaba que estaría en su forma de *wolven*, que me permitiría comunicarme con él. Asentí y luego eché a andar. Me detuve un momento al lado de Malik, que mantuvo la vista al frente, el cuerpo rígido. Todavía podía saborear su angustia. Esa aflicción podía provenir de muchas fuentes, pero me reprimí de meterme en un jardín que seguro terminaría en desilusión. Me forcé a seguir andando.

—¿Preparada? —preguntó Callum en tono jovial, como si me preguntara si iba a cenar con ellos.

Dejar a Kieran y a Reaver con Malik y los caballeros fue de una dificultad extraordinaria, pero no creía que Isbeth fuese a intentar algo retorcido *todavía*.

Millicent y la Reina de Sangre echaron a andar a mi lado mientras seguía a Callum a través de los enrevesados pasillos decorados con estandartes carmesíes, con las manos cruzadas, de un modo muy parecido a como solía hacerlo cuando recorría los pasillos del castillo de Teerman como la Doncella. Excepto que esta vez no era porque me hubiesen dicho que caminara así. Lo hacía para evitar hacer algo *insensato*.

Como estrangular a mi madre.

—Recuerdo la última vez que caminaste por estos pasillos —empezó la Reina de Sangre—. Eras tan silenciosa y rápida, siempre correteando por aquí…

—Con Ian —la interrumpí, y me percaté de cómo apretaba la boca mientras pasábamos por delante de las cocinas—. ¿También recuerdas la última vez que caminó por estos pasillos?

—Sí —repuso. Millicent caminaba a mi lado, de un modo muy

parecido a como lo hacía yo, las manos cruzadas y alerta—. Pienso en él todos los días.

La ira bulló dentro de mí, abrasó la parte de atrás de mi garganta, pero entonces vi a dos guardias reales más adelante. Abrieron unas pesadas puertas de madera y supe al instante que nos dirigíamos bajo tierra.

—Apuesto a que sí.

—Puede que no lo creas —dijo la Reina de Sangre, y el brillo de su corona menguó cuando entramos en una zona más vieja de Wayfair donde solo las lámparas de gas y las velas iluminaban los pasillos—, pero muy pocas cosas me duelen tanto como su pérdida.

—Tienes razón. No te creo. —Enrosqué los dedos hasta clavarlos en las palmas de mis manos mientras descendíamos las anchas escaleras de piedra—. Tú lo mataste. No tenías por qué hacerlo, pero lo hiciste. Fue decisión tuya, y él no se lo merecía. No merecía que lo Ascendieras.

—¿No merecía disfrutar de una vida larga en la que no tendría que preocuparse de las enfermedades o de las lesiones y las heridas? —contraatacó Isbeth.

Solté una risotada áspera.

—¿Una vida larga? Tú te aseguraste de que no la tuviera. —Noté la mirada de Millicent sobre mí, así que relajé los dedos—. No quiero hablar de Ian.

—Fuiste tú la que lo mencionó primero.

—Ha sido un error.

La Reina de Sangre guardó silencio justo cuando llegábamos a una especie de rellano subterráneo. Incluso bajo tierra, los techos eran altos, las aberturas a otros pasillos redondeadas e impolutas. El lugar estaba sumido en un silencio tenebroso, no se oía ni un susurro. Miré hacia delante, siguiendo la aparentemente interminable fila de columnas de piedra caliza que se alzaban hasta el techo. Mi vista llegó hasta la zona que ya no estaba tan bien iluminada y las sombras se aferraban a los bordes de las columnas. En ese momento casi pude verme a mí misma, mucho más joven, con velo, y muy muy sola mientras caminaba con sigilo por esos pasillos.

Callum se detuvo y se giró hacia nosotras.

—No podemos permitir que veas dónde vas. Te vendaremos los

ojos.

No me gustaba la idea de no poder ver lo que los demás estaban haciendo a mi alrededor, pero asentí de todos modos.

—Entonces, hacedlo.

Millicent se me acercó por detrás, tan silenciosa como un espíritu. Un segundo después, no veía nada más que oscuridad.

El trayecto fue silencioso y confuso. Millicent me sujetaba del brazo y me guio por los pasillos durante lo que pareció una eternidad. Me dio la sensación de que anduvimos un poco recto y luego empezamos a girar de manera constante y continua. Tenía que aplaudir su habilidad, porque no tenía ni una sola esperanza de poder reandar nuestros pasos.

En cualquier caso, seguía teniendo el hechizo. Y por la cantidad de tiempo que anduvimos, sabía que no podría usarlo en las salas de debajo de Wayfair. Para cuando Millicent nos hizo parar, teníamos que estar cerca o debajo del Distrito Jardín, lo cual significaba que era posible que pudiésemos entrar en los túneles por uno de los templos.

El aire se había vuelto más frío, húmedo y mohoso, y sentí una punzada de alarma cuando Millicent desató la venda de mis ojos. ¿Cómo podía nadie estar encerrado ahí abajo y seguir bien? Se me aceleró el corazón.

La tela cayó y encontré a Callum, que se alzaba imponente por encima de mí. Sorprendida, di un paso atrás y choqué con Millicent. La humedad de los túneles subterráneos debía de haber sido grande para ocultar el olor dulce de la putrefacción. Estaba tan cerca ahora que vi un lunar debajo de la pintura facial dorada, justo debajo de su ojo derecho.

Callum sonrió cuando sus ojos pálidos recorrieron mis facciones. Las cicatrices.

—Debió de doler a rabiar.

—¿Quieres averiguarlo? —me ofrecí, y esa sonrisa de labios apretados se ensanchó un pelín—. Lo vas a hacer si sigues de pie tan cerca de mí.

—Callum —dijo la Reina de Sangre desde detrás de nosotros.

El Retornado retrocedió con una leve reverencia. No perdió la sonrisa, tampoco apartó los ojos, ni parpadeó. Le sostuve la mirada un momento más, luego eché un rápido vistazo a nuestro alrededor. No vi nada más que húmedas paredes de piedra iluminadas por antorchas.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Al final del pasillo a tu izquierda —contestó Callum.

Eché a andar.

—Penellaphe —me llamó Isbeth. El sonido de mi nombre en sus labios era tan chirriante para mis nervios como cuando los Demonios arrastraban las garras por la piedra—. Prometí que tus hombres estarían a salvo. El modo como te comportes a continuación determinará si esa promesa se cumple o no.

Sus palabras…

Un escalofrío bajó por mi columna mientras me giraba despacio hacia ella. Estaba rodeada de doncellas personales y guardias. Solo Millicent se mantenía a un lado, frente a Callum. Las palabras de Isbeth eran una advertencia, no solo de lo que haría, sino también de lo que yo estaba a punto de encontrar.

La esencia primitiva zumbaba justo bajo la superficie de mi piel. Cien réplicas cortantes ardían en la punta de mi lengua, llenaban mi boca del humo de la violencia prometida. Pero una vez más, tiré de todos esos años de silencio en los que no importaba lo que me decían o me hacían. Me tragué el humo.

—Casteel nunca ha sido un… invitado agradable —añadió, y sus oscuros ojos centellearon a la luz del fuego. ¿Invitado? ¿Un invitado?—. Y, a diferencia de su hermano, nunca ha aprendido a hacer que la situación fuese más fácil para él.

Un fogonazo de ira ácida golpeó el fondo de mi garganta, procedente de la brusca reacción de Millicent. Ni por un segundo creí que la emoción tuviese su origen en lo que estaba diciendo de Casteel. Fue la mención de Malik. Su reacción fue curiosa, como lo había sido la de él cuando estábamos en Oak Ambler. Lo archivé todo en mi memoria antes de darle la espalda a la Reina de Sangre. Y no dije nada cuando eché a andar otra vez. De hacerlo, la cosa acabaría mal.

Cada paso me pareció como veinte y perdí toda posible

semblanza de calma a medida que me acercaba y veía la oscura abertura que se curvaba hacia la pared de la celda. Mis manos se abrieron y cerraron repetidas veces cuando el miedo por lo que vería, por lo que *haría*, colisionó con la anticipación y la ira en mi interior. Este lugar no era habitable ni para un Demonio, ¿y ella tenía a *Casteel* allí?

Me llegó un sonido de las profundidades de la celda. Fue rudo y grave, un gruñido que no sonaba mortal. Me apresuré a entrar por la abertura al espacio iluminado por la tenue luz de una vela.

Y entonces lo vi.

Y se me rompió el corazón.

Capítulo 25

Unas ondas flácidas y oscuras caían hacia delante y ocultaban la mayor parte del rostro de Casteel. Todo lo que podía ver era su boca: los labios retraídos, enseñando los colmillos.

Su gruñido vibró desde un pecho que no debería haber estado tan delgado. Los huesos de sus hombros sobresalían de un modo tan notable como los retorcidos que lo encadenaban a la pared. Ataduras que sabía que estaban hechas de los huesos de deidades largo tiempo muertas. No las usaban para mantenerlo encadenado. A él no le afectaban de un modo especial.

El objetivo era impedir que alguien como ya las rompiera.

Unos grilletes de piedra umbra rodeaban sus tobillos, sus muñecas… y su cuello. Su cuello. *Joder*, también su cuello. Y su piel… por todos los dioses, no había ni un centímetro de ella que no estuviese cubierto de finas líneas rojas inflamadas. Nada, desde las clavículas hasta los pantalones. La tela que cubría su pantorrilla derecha estaba desgarrada y, a través de la raja, se veía una herida irregular que se parecía demasiado a un mordisco de Demonio. La venda sucia de su mano izquierda…

Por todos los dioses.

Había pensado que me había preparado para esto, pero en

verdad no lo estaba. Ver lo que le habían hecho fue un *shock* horroroso.

—Casteel —susurré, y di un paso hacia él.

Se levantó de un salto y dio un zarpazo con los dedos enroscados. Me paré en seco y evité que me alcanzara por poco, porque la cadena de su cuello tiró de él hacia atrás. Sus pies descalzos, sucios de *sangre* seca, resbalaron sobre la piedra mojada. De algún modo, mantuvo el equilibrio. Forcejeó con sus ataduras y las cadenas chirriaron al echar la cabeza atrás.

Por todos los dioses. Sus ojos…

Solo veía una fina franja de dorado.

Mi don se avivó y escapó de mí de un modo que hacía mucho que no me ocurría. Me conecté con él y me encogí un poco cuando sus emociones me anegaron con una ola de oscura y dolorosa hambre voraz.

Sed de sangre.

Estaba perdido en su sed de sangre. Supe en ese momento que no tenía ni idea de quién era yo. Todo lo que percibía era mi sangre; quizás incluso la esencia primitiva en esa sangre. No era su reina. Ni su amiga ni su mujer. No era su corazón gemelo. No era nada más que *comida*. Pero lo que de verdad me llegó al alma era saber que no tenía ni idea de quién era él mismo.

Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad mientras trataba de recuperar la respiración. Quería gritar. Llorar.

Y sobre todo, quería quemar el mundo entero.

Esos ojos casi negros saltaron hacia la entrada, su gruñido fue más fuerte y grave.

—Yo no me acercaría demasiado a él —me aconsejó Callum—. Es como un animal rabioso.

Giré la cabeza hacia el Retornado. Millicent estaba a su lado.

—Me aseguraré de que mueras —le prometí—. Y de que duela.

—¿Sabes qué? —empezó, con voz melosa, y se apoyó contra la piedra mientras cruzaba los brazos y hacía un gesto con la barbilla en dirección a Casteel—, él dijo lo mismo.

—Entonces, me aseguraré de que tenga el placer de verlo.

—Qué generosa por tu parte —comentó Callum con una risita.

—No tienes ni idea. —Di media vuelta antes de averiguar cómo sobrevivía un Retornado a una decapitación.

Casteel seguía mirando al Retornado. Sus ojos se habían clavado en Callum, aunque yo estaba mucho más cerca de él. La forma en que se había obsesionado con el Retornado me dio esperanzas. A lo mejor no estaba perdido del todo.

Quizá siguiera ahí dentro, tal vez pudiese llegar hasta él, recordarle quién era. Detenerlo antes de que se convirtiese en una *cosa* en lugar de ser una persona.

Salté hacia delante y lo agarré del brazo. Columpió la cabeza hacia mí con un bufido. Tenía la piel caliente… demasiado caliente. Y seca. Febril. Di otro paso hacia él.

—Mierda —exclamó Millicent desde el pasillo.

Casteel era como una víbora. Fue directo a por mi cuello, pero yo había anticipado ese movimiento y lo agarré de la barbilla para mantener su cabeza atrás. Los ásperos pelillos de su mandíbula resultaban extraños contra la palma de mi mano. Había perdido parte de su masa corporal y yo era fuerte, pero su hambre le daba la fuerza de diez dioses. Me temblaba el brazo cuando eché mano de la esencia y dejé que mi don saliera a la superficie con un rugido.

Una luz blanca y plateada chisporroteó delante de mis ojos y brotó de mis manos, se extendió por una piel que no debería estar tan apagada y caliente. Canalicé todos los recuerdos felices que pude hacia mis manos. Recuerdos de nosotros en la caverna, cuando dejamos de fingir. Nosotros arrodillados delante de Jasper, los anillos sujetos en nuestras manos. La forma en que me había mirado cuando llevaba ese vestido azul en la Cala de Saion. Cómo me había tomado en ese jardín contra la pared. Canalicé la energía hacia él, rezando por que curar sus heridas físicas pudiese aliviar parte del dolor del hambre, pudiese calmarlo lo suficiente como para recordar quién era. Con un poco de suerte sería un remedio temporal, al menos. Aliviaría el filo cortante del hambre para que pudiera alimentarse sin infligir daños reales y dolorosos. Porque eso era lo que haría ahora si lo dejara. Y eso le dolería. Mataría una parte de él.

Un espasmo recorrió el cuerpo de Casteel. Se puso muy rígido durante un instante, dejó de empujar contra mi contacto. Luego se apartó tan deprisa que se soltó por completo de mi agarre. Me tambaleé hasta el punto de casi caer al suelo, al tiempo que él retrocedía contra la pared. El resplandor dorado se apagó en mis

manos, también en él mientras se quedaba ahí de pie, la cabeza gacha y el pecho resollando. Los numerosos cortes, imposibles de contar, que recorrían sus brazos, su pecho y su abdomen se habían difuminado para no dejar más que tenues marcas rosas. La luz de la vela no alcanzaba a iluminar la mitad inferior de su cuerpo y ya no podía ver la herida de su pierna, pero supuse que esa también habría empezado a curarse. Su mano, sin embargo… Mis habilidades no podían arreglar eso.

Los segundos se alargaron con solo el sonido de su respiración trabajosa y un golpeteo apagado y constante desde lo alto. ¿Ruedas de carruaje?

—¿Cas?

Se estremeció y el movimiento hizo temblar su cuerpo entero, además de las cadenas. Levantó la cabeza y vi que su cara… esa también estaba más delgada. Como la había visto en aquel primer sueño. La sombra de pelo sobre su mandíbula y su barbilla se habían oscurecido. Se habían formado oquedades más profundas bajo sus mejillas y sus ojos.

Pero sus ojos… se abrieron y seguían siendo de ese impactante tono dorado.

—*Poppy*.

Casteel

Estaba de pie delante de mí, una llama brillante que había repelido la neblina roja de la sed de sangre. Estaba aquí. Era real.

Mi reina.

Mi alma.

Mi salvadora.

Poppy.

Este no era ningún sueño. Ni una alucinación como las que me habían atormentado durante las últimas horas, los últimos días. Poppy había dicho que vendría a por mí, y ahora estaba aquí.

Me separé de la pared. Las cadenas de hueso entrechocaron y se tensaron. La banda se apretó alrededor de mi cuello, pero Poppy ya se estaba moviendo. Antes de que pudiera aspirar la siguiente

bocanada de aire, estaba en mis brazos. De algún modo, acabé sentado de culo, pero ella *seguía* en mis brazos. Caliente. Sólida. Suave. Me abrazaba con fuerza. Pegó su mejilla a la mía. Estaba mugriento. Debía apestar. El suelo de la celda estaba repugnante. Sin embargo, nada de eso impidió que plantara un beso rápido en mi mejilla, mi frente y el puente de mi nariz.

No quería que esa mugre la tocara, pero no lograba forzarme a separarme de ella. De su contacto. De la sensación de tenerla entre mis brazos. Del tenue olor a jazmín que aspiré.

Su don me había arrancado del borde de la nada y me había traído de vuelta, pero era ella, solo *ella*, la que evitaba que rodara hacia ese borde de nuevo. Hundí mis dedos en su trenza y todo mi ser se avivó al sentir su cabello contra mi piel.

Poppy era… por todos los dioses, era un consuelo de un modo que solo ella podía serlo. Su mera presencia reunía todos esos trozos rotos que se habían fragmentado y se habían alejado flotando, y los recomponía una vez más.

Temblé mientras ella deslizaba los dedos por mi pelo, luego trasladó sus manos a mis mejillas. Se detuvo al sentir las zonas de pelo áspero y la humedad que las mojaba.

—Todo irá bien —me susurró con voz pastosa. Secó la humedad con el pulgar, luego con los labios—. Todo irá bien. Estoy aquí.

Estoy aquí.

Me puse tenso, mis dedos se cerraron con más fuerza en torno a su trenza. De verdad estaba aquí. En esta celda, conmigo. Y no estábamos solos. Abrí los ojos de golpe y busqué a Kieran por la estancia.

Chico de Oro esperaba a la entrada con esa maldita sonrisita suya en la cara. La doncella personal estaba con él. Ella no sonreía. Estaba ahí de pie, los brazos cruzados, callada y quieta. Detrás de ellos, en las sombras, otros guardias vigilaban. Caballeros con las caras cubiertas de negro.

Todo mi cuerpo se puso frío. Esto no era un rescate.

Apreté el brazo en torno a la cintura de Poppy y recoloqué nuestros cuerpos lo mejor que pude con las malditas cadenas. Solo pude proteger la mitad de su cuerpo con el mío.

Giré la cabeza y apreté la boca contra el hueco de al lado de su oreja.

—¿Qué pasó? —pregunté en voz baja, sin apartar los ojos de la entrada ni un maldito segundo.

—Nos atraparon a las afueras de Tres Ríos.

El tipo de pánico que había alanceado mi alma cuando había visto ese virote sobresaliendo de su pecho se estrelló contra mí ahora y puso a mi corazón embotado al galope.

Y Poppy lo notó. Supe que lo había hecho. Besó mi mejilla con sus labios suaves y cálidos.

—Todo irá bien —repitió, mientras acariciaba mi nuca—. Kieran y Reaver están conmigo. Están a salvo.

Reaver… Tardé unos segundos en recordar al *draken*, pero el alivio que sentí al saber que no estaba sola con estas víboras no duró mucho.

—¿Te han hecho daño?

—¿Tiene aspecto de que le hayan hecho daño? —intervino Callum.

—¿Tengo yo aspecto de estar hablando contigo? —gruñí.

—En verdad, estoy sorprendido de verte hablar siquiera —repuso el Retornado dorado—. Tu reina debe estar hecha de magia, si tenemos en cuenta que la última vez que te vi, todo lo que podías hacer era echar espumarajos por la boca.

La cabeza de Poppy giró hacia el Retornado a toda velocidad.

—He cambiado de opinión. Te mataré a la primera oportunidad que tenga.

El Chico de Oro se rio entre dientes.

—No eres para nada tan generosa como creía.

—¿Qué tal si hacemos un trato? —le dije a Poppy. Aflojé los dedos sobre su trenza y los deslicé por su gruesa mata de pelo—. Quienquiera que llegue antes a él, se lleva el honor.

—Trato hecho —confirmó Poppy.

—Las amenazas son innecesarias —llegó la voz que más odiaba de todas.

La doncella personal dio un paso a un lado cuando la Reina de Sangre emergió de entre las sombras. Entorné los ojos al verla, ataviada de blanco. Tiré de Poppy para acercarla más a mí. La hubiese metido en mi maldito cuerpo si hubiese podido.

—Y también son inútiles —continuó Isbeth—. Ninguno de vosotros, ni siquiera mi querida hija, podéis matar a mis

Retornados. Vuestros *drakens* permanecen con vuestros ejércitos… bueno, lo que quede de ellos.

Poppy se encogió un poco y, verla así, consciente del golpe que había asestado la Reina de Sangre, casi me envió directo a ese borde otra vez. La ira se acumuló en mi estómago vacío.

—Que te den —escupí.

—Encantador —repuso Isbeth.

Mientras la Reina de Sangre y yo nos mirábamos a los ojos, se me ocurrió que no debían de saber que Poppy había llevado a un *draken* con ella. Isbeth conocía a Kieran. A este Reaver, sin embargo, no podía haberlo visto nunca. Solo eso debería de haberla hecho sospechar… a menos que no supiera que podían adoptar forma mortal, o que simplemente subestimara tanto a Poppy.

Eso era muy muy ingenuo por su parte.

Bajé la barbilla y oculté mi sonrisa contra la mejilla de Poppy.

Ella debió sentir la curva de mis labios porque giró su cabeza hacia mí otra vez en busca de la sonrisa. Su boca se cerró sobre la mía en un beso que no era tentativo ni inocente. Era uno de fuerza. De amor. Y el sabor de su boca sacudió hasta el último rincón de mi ser. Hasta entonces, ni siquiera había sabido que un solo beso pudiera hacer algo así.

Poppy levantó la cabeza.

—Necesita alimentarse —dijo. Puso las manos sobre mis mejillas —. Y necesita comida y agua limpia y fresca. —Hizo una pausa cuando me puse tenso. Sus ojos volaron hacia el polibán y su pecho se hinchó con una respiración brusca—. Para *beber*.

Para beber.

No para bañarse.

Lo sabía. De algún modo lo había deducido. O Kieran se lo había contado. Era probable que hubiese sido Kieran, pero aun así, se acordaba.

—Ya se le han dado todas esas cosas —contestó la Reina de Sangre—. Como puedes ver, no ha usado toda esa agua fresca que se le proporcionó.

Poppy cerró los ojos unos instantes.

—Solo se le ha dado lo suficiente para sobrevivir. Necesita comida. Comida de *verdad*. Y necesita…

—Sangre. La cual también se le ha proporcionado. De no haber

sido así, no estarías sentada en su regazo ahora mismo. Estarías ahí tirada con el cuello hecho trizas —constató Isbeth.

Lo que había dicho era duro. Cruel. Pero era la verdad. La poca sangre que me habían dado me había empujado hasta el borde mismo. Pero ¿sin ella? Ya me hubiese perdido.

Poppy bajó su mano y acercó la muñeca a mi boca. Incluso a la tenue luz, vi las venas azul pálido bajo su piel. Mis labios se entreabrieron. Mis músculos se tensaron de un modo doloroso…

—No te he dado permiso para sangrar por él. —La voz de la Reina de Sangre sonó más cerca, pero yo no podía apartar la vista de esa vena.

—No necesito tu permiso —escupió Poppy.

—Voy a tener que mostrarme en desacuerdo con eso.

Poppy se giró hacia ella.

—Intenta detenerme.

Hubo un intervalo de silencio.

—¿Y entonces qué? ¿Haces caer toda esta piedra sobre mi cabeza como prometiste? De hacerlo, caerá sobre todos nosotros.

—Que así sea —bufó Poppy.

—Lo hará —la advertí, al tiempo que cerraba mi mano derecha alrededor de su brazo y forzaba a mis ojos a apartarse de su muñeca —. Y en cierto modo me gustaría ver cómo lo hace.

Isbeth enroscó el labio en una mueca de desagrado.

—Sí, a ti te *encantaría* algo tan idiota. —Le sonreí—. Da igual. —Isbeth levantó una mano por los aires en un gesto dramático—. Aliméntalo y terminemos ya con esto. Toda esta escena es muy tediosa.

Poppy se giró otra vez hacia mí. Pasó una mano por detrás de mi cuello.

—Aliméntate.

Mis ojos se posaron en esa vena de nuevo. Vacilé un instante, aun cuando mi estómago sufrió un retortijón. Su sangre… era poderosa, y ya me había alejado del borde del precipicio alguna vez. Pero tenía que conservar sus fuerzas. No sabía si Poppy había averiguado si *ella* necesitaba alimentarse o no, y desde luego que no se lo iba a preguntar con nuestra compañía actual. No pondría en riesgo su bienestar.

Bajé la boca hacia su muñeca y planté un beso en esa vena

mientras me resistía al arrebato de necesidad y hambre que surgió. No bloqueé el dolor. Lo calmé, a sabiendas de que ella lo buscaría.

—No necesito alimentarme.

—Sí que lo necesitas. —Poppy agachó la cabeza—. Necesitas sangre.

—Tu contacto… me trajo de vuelta. Eso fue suficiente. —Bajé su muñeca. Se le cortó la respiración.

—Cas…

Hice un ruido gutural al sentir el sonido de mi nombre de un modo que Poppy seguro que encontraría muy inapropiado dada la situación.

—Es mejor que no lo haga.

La frente de Poppy se arrugó debido a la frustración.

—Entonces comida. Quiero que le traigan comida. Ahora.

—Le traerán comida —intervino Callum, y me costó un esfuerzo supremo no echarme a reír. ¿Pan rancio? Queso mohoso. Sí, comida.

—Entonces, ve a por ella —ordenó Poppy—. Ahora.

Reprimí otra sonrisa. Oh, cómo luchaba por mí.

—Mi reina —susurré. Deslicé los dedos por la curva de su mandíbula—. Siempre tan exigente.

—Sí que lo es, sí —declaró la Reina de Sangre con frialdad—. Y ahora va a abandonar tus brazos.

—No. —Poppy pasó el brazo alrededor de mis hombros—. No pienso separarme de él. Me quedaré aquí mismo con él.

—Eso no era parte del trato. Prometiste que hablarías conmigo.

—Prometí hablar contigo. No acepté hacerlo en ningún sitio en concreto —espetó Poppy de vuelta.

—Tienes que estar de broma —musitó Isbeth—. ¿Esperas que me quede aquí abajo?

—Lo que hagas no me importa lo más mínimo —replicó Poppy.

—Pues debería. Si crees que voy a permitirte, hija mía, quedarte aquí abajo, estás muy equivocada.

—Tienes retenido a un *rey* aquí abajo —exclamó Poppy. Sus ojos centellearon—. El hombre con el que está casada tu hija.

—Oh, ¿*ahora* te reconoces como mi hija? —Isbeth se rio, y el sonido fue como una lluvia de hielo—. Estás poniendo a prueba mi paciencia, Penellaphe.

Sabía lo que ocurriría. No atacaría a Poppy. La Reina de Sangre iría a por otra persona, solo para infligir el tipo de dolor que no se curaba del todo nunca. Yo no podía permitirlo y, aunque no quería que Poppy se alejase de mi vista ni de mis brazos, tampoco la quería aquí abajo en este lugar infernal. No quería que estas paredes, estos olores y este frío dejado de la mano de los dioses se unieran a las pesadillas que ya la atormentaban.

—No puedes quedarte aquí abajo —le dije, al tiempo que deslizaba el pulgar por su labio—. No quiero que lo hagas.

—Pues yo sí quiero.

—Poppy. —Le sostuve la mirada y odié la humedad que vi aumentar en sus ojos. La odié más que nada en el mundo—. No puedo tenerte aquí abajo.

Su labio de abajo tembló.

—No quiero dejarte —susurró.

—No me vas a dejar. —Besé su frente—. Nunca lo has hecho. Nunca lo harás.

—Es obvio que mi hija sigue desesperadamente preocupada por ti —dijo Isbeth, y el escarnio rezumaba como sirope de sus palabras —. Le aseguré que estabas vivo y bien…

—¿Bien? —repitió Poppy, y esa única palabra hizo que hasta el último de mis instintos se pusiera alerta. Fue su voz. Jamás la había oído sonar así. Como si estuviese hecha de sombras y humo.

La por lo general charlatana doncella personal descruzó los brazos y clavó los ojos en Poppy.

Poppy devolvió su atención a mí. Sus manos resbalaron por mis mejillas y luego hasta mis hombros. A la mortecina luz de la vela, sus ojos recorrieron mi cara y siguieron bajando, registraron los numerosos cortes ahora difuminados. Su mano se deslizó por mi brazo izquierdo, tiró hasta que sus dedos llegaron al borde de la venda. Su pecho se quedó quieto.

Una oleada de electricidad estática golpeó el aire y le provocó un bufido al Retornado dorado. Despacio, sus ojos subieron hacia los míos y lo vi: vi el resplandor detrás de sus pupilas. El poder palpitó con fuerza y luego se extendió en finas hebras de plata sobre esos preciosos iris verdes. Era fascinante de ver. Asombroso. Esa testaruda mandíbula suya se apretó. No parpadeó, y conocía bien esa mirada. Joder. Había sido el receptor de esa mirada, justo antes

de que me clavara aquella daga en el pecho.

Deseé que estuviésemos en otro sitio. Cualquiera en el que pudiera demostrarle con mis labios y mi lengua y cada parte de mí lo increíblemente *intrigante* que era ese despliegue de poder violento.

Poppy se estremeció, una vibración que impulsó otra onda de energía por toda la celda mientras ella se giraba hacia atrás.

—Lo tienes encadenado y muerto de hambre —dijo, y esa voz… el Chico de Oro se enderezó. La piel de alrededor de la boca de Isbeth se frunció. Ellos también lo oían—. Le has hecho daño y lo has tenido encerrado en un lugar que no es apto ni siquiera para un Demonio. ¿Y aun así dices que está bien?

—Tendría un alojamiento mucho mejor si supiese cómo comportarse —comentó Isbeth—. Si mostrara un solo ápice de respeto.

Eso sí que me cabreó, pero la piel de Poppy había adquirido una leve pátina. Un resplandor suave, como si estuviera iluminada por dentro. Lo había visto antes. Lo que no recordaba haber visto era lo que veía ahora serpentear y dar vueltas debajo de su mejilla. Sombras. Tenía *sombras* en la piel.

—¿Por qué habría de hacer algo así, cuando está tratando con alguien tan poco merecedora de respeto? —preguntó Poppy, y parpadeé a toda velocidad. Hubiese podido jurar que la temperatura de la celda había bajado varios grados.

—Cuidado, hija —advirtió Isbeth—. Ya te dije antes que toleraré tu falta de respeto solo hasta cierto punto. No te interesa cruzar esa línea más de lo que lo has hecho ya.

Poppy no dijo nada y las sombras cesaron su incesante espiral bajo su piel. Todo en ella volvió a quedarse quieto, pero lo sentía debajo de mis manos, sentía cómo se acumulaba y aumentaba. La cosa bajo su piel. Poder. Un poder puro y sin restricciones. Noté un dolor sordo en la mandíbula de arriba. Joder. Su esencia. Podía *sentirla*.

—Eres poderosísima, hija mía. Siento cómo ese poder presiona contra mi piel. Llama a todos y a *todo* en esta sala y más allá. —La Reina de Sangre se dobló un poco por la cintura, su rostro pálido inexpresivo—. Has crecido en el poco tiempo que pasó desde que nos vimos por última vez. Pero aún no has aprendido a acallar ese

temperamento tuyo. Si yo fuese tú, aprendería a hacerlo deprisa. Contrólalo antes de que sea demasiado tarde.

No había nadie en los dos reinos enteros a los que tenía más ganas de ver muerto que a la Reina de Sangre. Nadie. Pero Poppy tenía que hacer caso de la advertencia. Isbeth era una víbora acorralada. Atacaría cuando menos nos lo esperáramos, y lo haría de un modo que dejaría cicatrices profundas y despiadadas. Ya lo había hecho con Ian.

—Poppy —dije en voz baja, y esos ojos fracturados conectaron con los míos—. Vete.

Sacudió la cabeza como loca y un puñado de rizos sueltos voló por sus mejillas.

—No puedo…

—Sí puedes. —No soportaba ver su fortaleza agrietarse de este modo. Joder. Dolía incluso. Pero verla encajar el siguiente e impredecible golpe de la Reina de Sangre si continuaba desobedeciendo me mataría—. Te quiero, Poppy.

Temblaba de la cabeza a los pies.

—Y yo te quiero *a ti*.

Apreté el brazo a su alrededor, la acerqué más a mí y la besé. Nuestras lenguas se enredaron. Nuestros corazones. Me grabé en la memoria su contacto y su sabor para ahogarme en ellos más tarde. Poppy respiraba igual de fuerte que yo cuando nuestros labios por fin se separaron.

—Desde la primera vez que vi tu sonrisa… ¿Y cuando te oí reír? *Por todos los dioses* —murmuré con voz rasposa, y ella se estremeció, sus preciosos ojos se cerraron—. Desde la primera vez que te vi cargar una flecha y disparar sin dudar. Cuando te vi manejar una daga y luchar al lado de otro. Luchar *contra mí*. Me asombraste. *Nunca* dejas de asombrarme. Estoy siempre completamente fascinado. Jamás dejaré de estarlo. Siempre y para siempre.

Poppy

Siempre y para siempre.

Esas palabras fueron lo único que me permitió mantener a raya mi *temperamento* mientras me escoltaban de vuelta a través de la enrevesada e interminable red de túneles. Apenas. El temblor que había provocado la ira ya había cesado, pero mi enfado no había menguado. La manera en que habían tratado a Casteel atormentaría cada una de mis respiraciones, igual que lo haría su elección de no alimentarse.

Ni una sola parte de mí creía que mi don hubiese sido suficiente para satisfacer su hambre. Lo había sentido. El dolor que lo corroía era mucho peor de lo que yo había sentido o de lo que había percibido en él cuando estuvimos en New Haven.

Cas había tomado esa decisión porque no quería debilitarme.

Por todos los dioses, no me merecía a alguien así.

Nos detuvimos y retiraron la venda de mis ojos cuando llegamos a la enorme sala de debajo de Wayfair.

La Reina de Sangre estaba justo delante de mí. Aún no podía creerme que me hubiese permitido ver a Casteel de ese modo.

Pero entonces recordé que era una zorra con el corazón de hielo.

—Estás enfadada conmigo —señaló, mientras Millicent daba un paso a un lado. Callum permaneció a mi derecha, demasiado cerca como para sentirme cómoda—. Por cómo crees que hemos tratado a Casteel.

—Vi con mis propios ojos cómo lo habéis tratado.

—Podría haber sido más fácil para él —objetó, y su corona de rubíes centelleó cuando ladeó la cabeza—. Él solito se lo ha puesto más difícil, sobre todo cuando mató a una de mis doncellas personales.

Mis ojos se deslizaron hacia donde las doncellas personales esperaban en silencio. Todas tenían los pálidos ojos azules de un Retornado, pero no todas habían sido así en el dormitorio. Coralena tampoco.

—Mi madre tenía los ojos marrones, pero dijiste que era una Retornada.

—No era tu madre. Era la de Ian, pero no la tuya. —La tensión enmarcaba su boca—. Y no tenía los ojos marrones. Los suyos eran iguales que los de las otras.

—Los recuerdo…

—Los ocultaba, Penellaphe. Con magia. Magia que *yo* le presté. —Igual que le había prestado la esencia a Vessa—. Y lo hice solo porque cuando eras pequeña sus ojos te asustaban.

Sentí una oleada de sorpresa. Usar la esencia primitiva para una cosa así nunca se me había pasado por la mente.

—¿Por qué… por qué habrían de asustarme sus ojos?

—Para eso no tengo respuesta.

Había enterrado mis recuerdos de las doncellas personales tan hondo que hizo falta que Alastir hablara de ellas para despertar cualquier recuerdo. ¿Habría sido capaz de percibir de algún modo lo que eran y eso había causado mi miedo?

—No quería hacerle daño a Casteel —anunció Isbeth, sacándome de mi ensimismamiento—. Hacerlo solo sirve para ahondar la brecha entre nosotras. Pero no me dejaste otra opción. Mataste al rey, Penellaphe. No hacer nada hubiese sido un signo de debilidad ante los Regios.

El aire que espiré fue como fuego en mi garganta. Sus palabras colisionaron con mi sentimiento de culpabilidad.

—Lo que hice puede que guiara tus acciones, pero aun así fue tu mano. Eso no te absuelve de responsabilidad, *Isbeth*. Igual que lo que le ocurrió a tu hijo no justifica todo lo que has hecho desde entonces.

Las aletas de su nariz se abrieron mientras me observaba.

—Si yo matara a Casteel, tú harías cosas mucho peores que las que yo hubiese podido imaginar siquiera. Y si ese día acaba por llegar, júzgame entonces por mis acciones.

La oleada de furia que barrió a través de mí solo se vio aliviada por la certeza de que decía la verdad. Esa parte fría y vacía en mi interior se removió. No sabía lo que haría, pero sería horripilante, y eso sí lo sabía.

Por eso había obligado a Kieran a que me hiciera esa promesa.

Aparté la mirada y sacudí la cabeza.

—¿Le enviarás comida a Casteel? ¿Comida fresca? —Aspiré una bocanada de aire temblorosa—. Por favor.

—¿Crees que te lo mereces? —preguntó Callum—. Mejor aún, ¿de verdad crees que él se lo merece?

Di media vuelta y ya había agarrado la daga que el Retornado llevaba a la cadera antes de que él registrase que me había movido

siquiera. Incrusté la hoja bien profundo en su pecho, directa al corazón.

Una sorpresa repentina abrió mucho sus ojos cuando bajó la vista hacia la empuñadura de la daga.

—No hablaba contigo —gruñí, y solté el arma.

—Maldita sea —musitó, y la sangre ya resbalaba por la comisura de su boca. Se desplomó como una montaña de ladrillos y cayó al suelo. La parte de atrás de su cabeza impactó contra la piedra con un crujido muy satisfactorio.

Millicent se atragantó con lo que sonó como una carcajada.

—Acabas de apuñalar a mi Retornado. —Isbeth suspiró.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —Me giré hacia ella—. ¿Le enviarás, por favor, comida y agua *frescas* a Casteel?

—Sí, pero solo porque lo has pedido con educación. —La Reina de Sangre echó un vistazo somero a Callum—. Sacadlo de aquí.

Un Caballero Real dio un paso al frente.

—Tú, no. —La Reina de Sangre fulminó a Millicent con la mirada—. Como encuentras esto tan divertido, puedes ser tú la que se encargue de limpiar todo esto.

—Sí, mi reina —Millicent se adelantó e hizo una reverencia tan elaborada que solo podía ser una burla.

Los labios de la reina se apretaron en una línea fina, sin quitarle el ojo de encima a la doncella personal. La interacción entre las dos era… diferente.

Isbeth se volvió hacia mí de nuevo, la cabeza ladeada. La luz cortó a través de su cara y reveló una franja delgada de piel apenas más oscura en la línea del pelo. Polvos. Llevaba algún tipo de maquillaje en polvo para hacer que su piel pareciese más pálida. Para ayudarla a confundirse con los Ascendidos.

—¿Cómo has conseguido mantener tu identidad en secreto ante todos los Ascendidos? —pregunté. Arqueó una ceja.

—No olvides que los *vamprys* una vez fueron mortales, Penellaphe. Y aunque han dejado muchos de esos condicionantes atrás, siguen viendo solo lo que quieren ver. Porque mirar las cosas con demasiada atención a menudo te hace sentir incómodo. Inseguro. Ni siquiera a los *vamprys* les gusta vivir de ese modo. Así que, al igual que esos mortales del piso de arriba —continuó, e hizo un gesto con la barbilla hacia el techo— y de todo Solis, prefieren

no saber lo que está justo delante de sus narices antes que sentir dudas o miedo.

Había cierta verdad en sus palabras. Yo misma no había investigado demasiado. Era aterrador empezar a retirar las capas, pero otros sí habían tenido el valor de hacerlo.

—¿Y qué les pasa a los Ascendidos que *sí* miran con atención?

—Nos encargamos de ellos —contestó—. Igual que haríamos con cualquier otro.

En otras palabras, los mataban, como harían con cualquier Descendente. La repugnancia agrió mi respiración.

—De todos modos, ¿por qué mentir? Podrías fingir ser una diosa para la gente.

La Reina de Sangre sonrió.

—¿Por qué habría de hacerlo, cuando ya creen que soy lo más parecido a una?

—Pero no lo eres. Así que ¿por qué? ¿Temes que te vean como eres? ¿Nada más que una diosa falsa?

Su sonrisa no vaciló.

—Los mortales son muy influenciables. Casi cualquiera puede convencerlos de cualquier cosa. Quítales algo, luego dales algo o alguien a quien culpar, e incluso los más rectos caerán presa de ello. Prefiero que crean que todos los Ascendidos son como dioses. Así, habrá muchos, en lugar de unos pocos, a los que no cuestionarán. Una sola persona no puede gobernar un reino y mantener a las masas a raya —me informó—. Ya deberías saberlo, Penellaphe.

—Lo que sé es que no deberías necesitar mantener a nadie a raya o gobernar con mentiras.

Isbeth se rio con suavidad.

—Esa es una forma muy optimista de ver las cosas, hija mía.

Su tono condescendiente arañó todos los nervios de mi cuerpo.

—Tu reinado está construido solo sobre mentiras. Le dijiste a la gente del Gran Salón que las ciudades del norte y el este habían caído. ¿De verdad crees que no se enterarán de la verdad?

—La verdad no importa.

—¿Cómo puedes creer eso? —Negué con la cabeza—. La verdad importa, y se sabrá. Tomé esas ciudades sin matar a inocentes. Los que llamaban «hogar» a esos lugares todavía lo hacen. O saben que no soy esa Heraldo, o bien aprenderán pronto que…

—¿Y crees que eso ocurrirá también aquí? ¿En Masadonia? ¿En Pensdurth? —Sus ojos buscaron los míos—. ¿Que tendrás éxito en esta campaña cuando tú misma estás mintiendo?

Mis manos se cerraron y apreté los puños.

—¿En qué estoy mintiendo?

—Eres la Heraldo —afirmó—. Es solo que no quieres creerlo.

La ira palpitó a través de mí, seguida al instante por una oleada de aprensión. Miré el largo pasillo en sombras. Respiré hondo. El olor a moho y a humedad me resultaba familiar, despertó un viejo recuerdo.

Caminaba con sigilo por los pasillos silenciosos por los que solo los Ascendidos Regios transitaban cuando salía el sol. Había ido ahí atraída por lo que había visto la última vez que me había colado a hurtadillas donde la reina me había dicho que no debía ir. Sin embargo, me gustaba estar ahí abajo. A Ian, no. Ahí abajo nadie me miraba de manera extraña.

Clic. Clic. Clic.

Una luz suave se filtraba por la puerta de la sala mientras me apretaba contra una columna fría y me asomaba por el borde. Había una jaula en medio de la sala que no se parecía en nada al resto de Wayfair. El suelo, las paredes e incluso el techo eran de un material negro y brillante, igual que el del templo de Nyktos. Habían grabado extrañas letras en la piedra negra, los símbolos eran muy distintos a los que aprendía durante mis clases. Estiré una mano hacia la sala y apreté los dedos contra los ásperos grabados mientras me asomaba por el lado de la columna.

No debería estar aquí abajo. La reina se enfadaría mucho, pero no podía dejar de pensar en lo que caminaba inquieto, con ademán acechante, detrás de unos barrotes de un blanco desvaído, enjaulado e… impotente. Eso era lo que había percibido procedente del gran gato gris cuando lo vi por primera vez con Ian: impotencia. Era lo mismo que había sentido yo cuando ya no pude aferrarme más al brazo resbaladizo de mamá. Pero mi don no funcionaba con animales. La reina y la sacerdotisa Janeah lo habían dicho.

El tintineo de las garras del animal cesó. Sus orejas se pusieron

atentas cuando la enorme cabeza del gato salvaje se giró hacia donde yo me asomaba por la esquina. Unos brillantes ojos verdes conectaron con los míos, atravesaron el velo que cubría la mitad de mi cara…

—Tienes los ojos de tu padre.

Capítulo 26

Sus palabras me sacaron del recuerdo.

—¿Qué?

—Cuando se enfadaba, la esencia se hacía más visible. A veces, el *eather* giraba en sus ojos. Otras veces, eran solo verdes. Los tuyos hacen lo mismo. —Isbeth echó la cabeza atrás, su delgado cuello subió y bajó al tragar saliva. Las doncellas personales y los caballeros restantes se habían alejado de nosotras y nos habían dejado en el centro de la sala—. No sabía si eras consciente de ello.

Mis ojos eran…

La presión se cerró sobre mi pecho y mi garganta mientras retrocedía. Solo paré cuando choqué con una columna. Una mano revoloteó hacia donde el anillo descansaba bajo mi túnica. No sabía por qué me afectaba tanto esa información, pero así era.

Tardé varios segundos en hablar.

—¿Cómo lo capturaste?

Isbeth no respondió durante un rato.

—Vino él a mí, casi doscientos años después de que la guerra terminara. Buscaba a su hermano. El que venía con él podía detectar la sangre de Malec y lo condujo hasta mí.

—¿El *draken*?

Se produjo un silencio tenso y, en esos momentos, pensé en lo que había sentido procedente del gato de cueva cuando lo vi de niña. Impotencia. Desesperación. ¿Había sabido él quién era yo?

—Es interesante que sepas eso —dijo la Reina de Sangre al fin—. Muy pocos saben qué viajaba con él.

—Te sorprendería todo lo que sé.

—Eso es poco probable —repuso.

Bajé la mano para apoyarla en la columna fría a mi espalda.

—¿Dónde está el *draken*?

—Del *draken* ya nos encargamos.

Cerré los ojos un instante. Sabía lo que significaba eso. ¿Sabría ella que había matado a la hija del primer *draken*? Lo más probable era que no lo supiese, aunque dudaba mucho de que le importara.

—Sabía que Malec tenía un gemelo, pero cuando lo vi llegar… pensé, *por todos los dioses, mi Malec por fin ha vuelto conmigo*. —Se le cortó la respiración y noté un levísimo sabor a amargura. Sus emociones habían atravesado mis escudos por un breve instante, poco más que una décima de segundo—. Es obvio que estaba equivocada. En cuanto habló, supe que no era Malec, pero me permití creerlo durante un ratito más. Incluso pensé que podría enamorarme de él. Que podría simplemente fingir que *era* mi Malec.

La bilis trepó por mi garganta.

—¿Lo fingiste encerrándolo en una jaula y abusando de él?

—Yo no *abusé* de él. Él eligió quedarse. —Por todos los dioses, menuda mentirosa—. Este mundo empezó a intrigarlo —añadió—. Nunca había interactuado de verdad con mortales. Sentía curiosidad por los Ascendidos. Por lo que había estado haciendo su hermano. Creo que Ires incluso llegó a tomarme cariño.

—Si mi padre apareció en busca de Malec durante algún momento de los dos últimos siglos, tú estabas casada por aquel entonces.

—¿Y?

Mis ojos se deslizaron hacia donde esperaban de pie las doncellas personales, inmóviles. Suponía que muchos de los Regios tenían matrimonios abiertos, pero ¿se habría interesado Ires por la amante de su hermano? Parecía un poco… asqueroso, aunque eso sería lo menos inquietante de todo esto.

—Pero entonces declaró que quería regresar y yo no estaba lista para dejarlo marchar. —Una pausa—. Y luego ya no pude.

Me costó un esfuerzo supremo no empezar a gritarle. ¿No pudo? ¿Como si no hubiese tenido otra opción?

—Se enfadó. Pero cuando nos unimos para fabricarte a ti, no vino forzado. Ninguna de las dos veces.

Un temblor sutil discurrió a través de mí. No confiaba en mí misma para hablar. La esencia palpitaba con demasiada violencia.

—¿No me crees? —preguntó Isbeth.

—No.

—No puedo culparte por ello. No fue un acto de amor. Por ninguna de las dos partes. Para mí, era algo necesario. Quería un hijo. Uno fuerte. Sabía lo que serías —continuó, y creí que iba a vomitar—. Para él, fue solo lujuria y odio. Esas dos emociones no son demasiado distintas una vez que no hay nada más que piel entre dos personas. —Otra pausa—. Quizá te agrade saber que intentó matarme después.

Me estremecí, sentía náuseas.

—No —susurré—. Eso no me agrada.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa.

La parte de atrás de mi garganta ardía y tuve que cerrar los ojos ante las lágrimas que se arremolinaban en ellos. Seguía teniendo el estómago revuelto. Aunque él hubiese sido un… un participante activo, ella ya le había arrebatado su libertad. No había un consentimiento verdadero en eso. E Isbeth era lo peor en muchísimos aspectos.

—Solía preguntarme por qué había tardado Ires tanto en ir en busca de su hermano. A lo mejor porque Ires dormía muy profundo. En cualquier caso, Malec no murió hace muchísimos años como yo creía, ¿verdad? Esa zorra lo sepultó. Ahora sé que debió estar consciente hasta ese momento. Doscientos años, Penellaphe. Y después debió de perder el conocimiento, tan próximo a la muerte como podría llegar a estarlo, tanto como para despertar a Ires.

Abrí los ojos.

—Erais corazones gemelos. ¿Cómo puede ser que no supieras que no estaba muerto?

—Porque lo que fuese que hizo Eloana para sepultarlo cortó esa conexión. El vínculo. Tú sabes a qué me refiero. Esa sensación… esa

conciencia del otro —explicó. Y sí, lo sabía. Era una sensación intangible de saber—. Es como la marca del matrimonio, pero no sobre la piel. En el alma. En el corazón. Sentí la pérdida de eso, y una parte de mí murió. Por eso creí que estaba muerto y deseaba que lo estuviera. Porque tardó casi doscientos años en perder el vínculo que fuese que compartía con su gemelo. En perder el conocimiento. ¿Puedes imaginarlo siquiera?

—No. —Pensé en esas deidades de las criptas.

—Puede que Eloana no supiese que era un dios, pero sabía lo que le estaba haciendo a una deidad. Ese tipo de castigo es peor que la muerte —prosiguió—. Tu suegra no es muy distinta a tu madre.

—Tienes razón —dije—. Excepto que no es ni de lejos tan homicida como tú.

La Reina de Sangre se rio.

—No, ella solo asesina a bebés inocentes.

—¿Y tú no lo has hecho? —espeté de vuelta, sin molestarme siquiera en contarle que Eloana afirmaba no tener conocimiento de la muerte del hijo de Isbeth. De todos modos, no me creería—. ¿Dónde está Ires?

Su boca se tensó.

—No está aquí.

La miré sin pestañear. No tenía muy claro si la creía. Si había llevado a Ires con ella cuando viajó, no podía estar lejos.

—Entonces, si hubiese elegido verlo a él en lugar de a Casteel, ¿lo habrías permitido?

—Jamás hubieses elegido a *nadie* más que a Casteel —repuso.

La culpabilidad me hizo un nudo en el estómago.

—Pero ¿si lo hubiese hecho? No lo habrías permitido, ¿verdad? —Cuando no contestó, supe que estaba en lo cierto. La ira sustituyó a la vergüenza—. ¿Por qué no lo has dejado regresar a Iliseeum?

—¿Aparte de por hecho de que seguro que volvería cuando recuperara sus fuerzas? Cuando no pudiera ser dominado con tanta facilidad. —Isbeth se había acercado a mí—. Lo necesito para fabricar a mis Retornados.

Una repentina comprensión se iluminó en mi mente.

—Necesitabas a un dios para Ascender a los terceros hijos e hijas. Y ya sabías de la esencia de Kolis y cómo utilizarla, gracias a Malec.

Isbeth me miró con atención.

—Antes me he equivocado. No sabía que serías consciente de él. Eso es… curioso.

La palma de mi mano resbaló sobre la columna y me giré al sentir una mella en la piedra. Me moví un poco y bajé la vista. Había una serie de marcas poco profundas, con una separación de poco más de medio metro entre unas y otras. Un círculo con un corte a través, medio descentrado. Justo como los símbolos de hueso y cuerda en el bosque cerca del clan de los Huesos Muertos.

—¿Qué son estas marcas? —pregunté.

—Una especie de protección —respondió. Apreté el pulgar contra ellas.

—¿Más magia robada?

—Magia tomada *prestada*.

—¿Cómo protegen?

Isbeth levantó los ojos hacia los míos y sonrió.

—Mantienen cosas dentro… o cosas fuera.

Casteel

Poppy estaba aquí.

Tiré más fuerte de la cadena, pero maldije cuando el gancho se negó a moverse ni un solo centímetro. ¿Cuántas veces había tratado de aflojar estas malditas cadenas desde que estaba aquí? Incontables. En el último par de días, el hambre había incitado esos intentos frenéticos. Ahora estaba igual de desesperado, pero por razones diferentes.

Poppy estaba aquí.

El pánico cortó a través de mis entrañas. Poppy podía cuidar de sí misma. Era una jodida diosa, pero no era infalible. Nadie lo era. Excepto el Primigenio, que se pasaba la mayor parte de su tiempo dormido. No tenía ni idea de lo que era de verdad la Reina de Sangre ni de cómo Poppy estaba lidiando con la idea de quién era Isbeth para ella. Había demasiadas incógnitas y necesitaba salir de aquí. Tenía que llegar hasta ella antes de que esa neblina roja cayera sobre mí de nuevo. Y estaba de camino. Ya podía sentirla en

el dolor que volvía a mis huesos.

Hice un esfuerzo por ignorarlo. Por centrarme en la tarea que tenía entre manos y en algo que había dicho Isbeth cuando me había dado la sangre. Había sido un *shock*. Algo importante. Pero rondaba por la periferia de mis recuerdos. Existía justo fuera de mi alcance mientras enroscaba la cadena alrededor de mi antebrazo y tiraba hasta que mis pies resbalaron sobre la piedra…

El sonido de unas pisadas que se aproximaban me hizo parar. Eran ligeras. Rápidas. Aunque las oía. Dejé caer la cadena, di media vuelta y me deslicé hasta el suelo, la espalda contra la pared. Oí incluso la sangre bombear por venas antes de que una sombra cruzara la parpadeante luz de la vela. Diablos. Lo que fuese que había conseguido hacer el contacto de Poppy ya se estaba diluyendo.

La doncella personal.

Las cadenas entrechocaron cuando me incliné hacia delante; el tronar de mi pecho y de mi sangre regresó y aumentó de volumen.

Se adentró en la luz de otra vela medio quemada. La máscara alada de su cara, pintada de negro, hacía que sus ojos pareciesen aún más claros. Con menos vida.

Pero sí tenía vida en su interior.

Sangre.

Podía *oírla*.

Mis músculos hambrientos, voraces, se pusieron tensos. Mi mandíbula palpitó.

—¿Dónde está Poppy?

—Estaba con la reina. —La doncella personal se arrodilló al lado del polibán. Sus ojos no fueron lejos mientras agarraba los bordes de la bañera. Sabía bien que no debía quitarme los ojos de encima.

Gruñí.

—No te gusta la idea, ¿eh? —preguntó, al tiempo que se remangaba el vestido.

Giré la cabeza hacia el lado. Mis colmillos palpitaban. La inquietud y la anticipación colisionaron con la neblina del hambre. Se me puso la piel tensa, tiraba contra las heridas recién curadas. Las bandas de piedra umbra se cerraron sobre mis muñecas y tobillos. *Recupera la compostura. Recupera la maldita compostura*.

Me costó todo lo que tenía dentro, pero la tormenta en mi sangre se acalló y dejé caer la barbilla.

—Si… si le hacéis daño, os mataré a todos. —Las palabras se abrieron paso arañando por mi garganta—. Os arrancaré las jodidas gargantas.

—La reina no le tocará ni un pelo a tu preciada Poppy. —Retrocedió y se movió al otro lado del polibán—. Todavía no, al menos.

El sonido que salió de mí fue una promesa de muerte violenta.

—Hará daño a otros para hacerle daño a ella.

La doncella personal me miró durante unos momentos, sin moverse.

—Tienes razón.

Mis ojos volaron hacia la entrada de la celda. No quería que ese monstruo se acercase a Poppy de ninguna manera. Y Kieran también estaba aquí. Si alguno de los dos resultaba herido… De repente, mis grilletes pesaban más que nunca. El agua salpicó y volvió a arrastrar mi atención hacia la bañera. La doncella personal había sumergido las manos en el agua.

La neblina de la inminente sed de sangre esperaba en la periferia de mi ser mientras la observaba agarrar los bordes del polibán e inclinarse sobre el agua.

—¿Te vas a bañar?

Levantó la vista hacia mí.

—¿Tienes algún problema con eso?

—Me importa una mierda lo que hagas.

—Bien. —Levantó un rizo apelmazado—. Tengo sangre en el pelo.

Entonces la doncella personal se inclinó hacia delante y sumergió la cabeza entera en la bañera. El agua antes limpia se volvió negra como el carbón al instante.

¿Qué demonios? Miré a la penumbra mientras la doncella personal se frotaba el pelo con los dedos y eliminaba lo que parecía ser algún tipo de tinte, para revelar un tono de rubio tan pálido que era casi blanco.

Unas garras arañaron la piedra y me puse tenso cuando un Demonio emitió un chillido grave. La doncella personal echó su pelo atrás de golpe, lo cual hizo volar una fina llovizna por el suelo,

y al mismo tiempo agarró una daga de la caña de su bota. Giró sobre la rodilla y tiró el arma, que le dio a la criatura de lleno en lo que le quedaba de cara justo cuando entraba a la carrera en la celda. El Demonio se tambaleó hacia atrás y cayó hacia el pasillo.

—Los Demonios son una peste. —La doncella personal ladeó la cabeza. Manchurrones de tinta negra corrían por sus mejillas, cortaban a través de la máscara que llevaba pintada y por encima de sus dientes mientras sonreía de oreja a oreja—. Me siento muy guapa ahora mismo.

—¿Qué demonios? —musité. Empezaba a pensar que aquello era algún tipo de alucinación inducida por la sed de sangre.

Se rio como una niña y se giró otra vez hacia la bañera.

—Sabes que la reina no te enviará comida ni agua.

—No jodas.

Metió las manos en el agua, se mojó la cara y empezó a frotar. El tinte negro rodaba despacio por sus brazos.

—Tengo algo que decirte. Algo muy importante. —Sus manos ahogaban en parte sus palabras—. Y va a herir tu corazoncito.

Apenas prestaba atención a lo que decía porque estaba fascinado por lo que estaba haciendo.

Por lo que vi transformarse delante de mí.

La pintura facial negra casi había desaparecido ya, dejando a la vista sus rasgos. Su verdadero aspecto. Y no podía creer lo que me estaban diciendo mis ojos.

El pelo no era del color correcto y los rizos eran más apretados, pero la cara tenía la misma forma ovalada. La boca carnosa y ancha. Tenía la misma frente fuerte. Vi pecas sobre el puente de su nariz y por sus mejillas… mucho más visibles y abundantes. La forma en que me miraba ahora, con una leve inclinación de una mandíbula testaruda…

Por todos los dioses.

Todo ello me resultaba familiar. *Demasiado* familiar.

La sonrisa de la doncella personal fue lenta y tensa.

—¿Te recuerdo a alguien?

—Por todos los dioses —murmuré.

Se levantó, los hombros de la sencilla túnica negra que llevaba ahora empapados. Su pelo, de un tono blanco plateado como la luz de la luna, colgaba hasta las múltiples lazadas de cuero que ceñían

su cintura y exageraban unas caderas que no necesitaban esa ayuda. Era más delgada, con curvas no tan voluptuosas, pero estaba ahí plantada de un modo que…

La incredulidad anegó todo mi ser.

—Imposible.

El agua goteaba de las yemas de sus dedos mientras caminaba en silencio hacia mí.

—¿Por qué crees que lo que estás viendo es imposible, Casteel?

—¿*Por qué*? —Una risa ronca entreabrió mis labios resecos. No había una razón lógica, aparte del hecho de que mi mente no pudiera aceptar que esta doncella personal, esta *Retornada*, era casi una imagen especular de Poppy. Pero al mismo tiempo no podía negarlo. No había forma humana de que no estuviese emparentada con mi reina—. ¿Quién eres? —logré balbucear.

—Soy la primera hija —dijo, y joder, esa fue otra sorpresa más —. Nunca hubo intención de que existiera. Tampoco la segunda. Pero eso no viene a cuento ahora mismo. Prefiero que me llamen por mi verdadero nombre: Millicent. O Millie. Cualquiera de los dos sirve.

—Tu nombre significa *fuerza valiente* —me oí decir.

—Eso me dicen. —*Millicent* me miró desde lo alto, otra vez sin parpadear. Inquietante—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Diablos, no. Había un montón de cosas que decir. Joder. Me sentía como Poppy, porque tenía muchas preguntas.

—Eres… su hermana, ¿verdad? De padre y madre.

—Así es.

Mis pensamientos corrían a toda velocidad.

—Ires también es tu padre.

Asintió.

Y eso también significaba que…

—Eres una diosa.

Millicent soltó una risa siniestra.

—No soy ninguna diosa. Lo que soy es un fracaso.

—¿Qué? Si tu padre es…

—Si te pareces a tu hermano, entonces crees que lo sabes todo —comentó—. Pero igual que él, no sabes lo que es y no es posible. No tienes ni idea.

—Entonces, cuéntamelo.

Millicent me dedicó otra sonrisa de labios apretados mientras negaba con la cabeza y me rociaba el pecho y la cara con una fina lluvia de agua fría.

La frustración quemaba mis entrañas, casi tan potente como la sed de sangre que me invadía.

—¿Qué demonios? ¿Cómo puedes no ser una diosa?

—¿Por dónde podría empezar siquiera si respondiese a tus preguntas? ¿Y cuándo acabarían tus preguntas? Nunca. Cada respuesta que te diera conduciría a otra pregunta y, antes de que nos diésemos cuenta, te habría contado la historia entera de los mundos. —Millicent parpadeó, luego dio media vuelta y pasó por encima de mis piernas—. La historia real.

—Ya conozco la historia real.

—No, no la conoces. Como tampoco la conocía Malik.

El aire salió escopeteado de mis pulmones ante el sonido del nombre de mi hermano. Me quedé aturdido unos momentos. Mi hermano… No lo había visto desde que había vendado mi mano. Recordé lo que había dicho acerca de la doncella personal: «Ha tenido *muy pocas opciones*».

—Malik lo sabe —escupí—. Ese hijo de puta sabe quién eres.

Millicent se movió deprisa. Se acuclilló al lado de mis piernas, lo bastante cerca como para derribarla si le daba una patada. Tenía que ser consciente de ello, pero se quedó donde estaba.

—No tienes ni idea de lo que ha tenido que hacer tu hermano. No tienes… —Se interrumpió con un giro brusco del cuello—. Todo lo que hace la reina… lo hace por una razón. Por qué te capturó la primera vez. Por qué retuvo a Malik. Necesitaba a alguien de un linaje atlantiano fuerte para ayudar a Penellaphe con su Ascensión. Para asegurarse de que ella no fracasara. Tuvo suerte cuando tú volviste al juego, ¿no crees? El que había planeado utilizar desde un principio. Y después, *nuestra* madre *esperó* hasta que Penellaphe estuviera realizando su Sacrificio, lo cual está ocurriendo ahora. Y ahora está esperando otra vez a que Penellaphe complete ese Sacrificio.

—Poppy ha Ascendido a su divinidad…

—No ha completado el Sacrificio —me interrumpió Millicent—. Pero cuando lo haga, mi hermana le dará a mi madre lo que ha querido desde que se enteró de que su hijo estaba muerto.

—¿Venganza?

—Venganza contra *todo el mundo*. —Millicent se inclinó hacia mí, puso una mano en mi rodilla. Su voz bajó hasta no ser más que un susurro—. Y no quiere rehacer los reinos sino los *mundos*. Quiere restaurarlos a lo que eran antes de que se creara el primer atlantiano. Cuando los mortales estaban al servicio de los dioses y los Primigenios. Y eso… eso destruirá no solo el mundo real sino también Iliseeum.

Me atravesó una oleada de consternación.

—¿Y crees que Poppy la ayudará a hacer eso?

—No tendrá elección. Mi hermana está destinada a hacer justo eso. Es la Heraldo que fue vaticinada hace tantos años.

—Y una mierda —gruñí—. Ella…

—¿Recuerdas lo que te dije? Nuestra madre no es lo bastante fuerte para hacer tal cosa. Pero creó *algo* que sí lo fuera: Penellaphe.

El aire frío anegó mi pecho.

—No.

—Es la verdad. —Su rostro se crispó y, por un momento, la vi, justo antes de que bajara los ojos. Tristeza. Una tristeza profunda e interminable—. Desearía que no lo fuese, porque sé que sin importar lo que haga yo… o *cualquiera*… la reina logrará su objetivo. Porque tú también fracasarás.

Me incliné hacia ella hasta donde lo permitían mis cadenas.

—¿Fracasaré en qué?

Millicent levantó la vista hacia la mía.

—En matar a mi hermana.

Me retiré de golpe y choqué contra la pared, aunque apenas registré el fogonazo de dolor en mi espalda.

—Penellaphe completará su Sacrificio pronto. —Millicent se puso en pie—. Entonces, su amor por ti se convertirá en una de las poquísimas debilidades que tendrá. Tú serás lo único que podrá detenerla entonces. Si no lo haces, Penellaphe ayudará a acabar con los mundos como los conocemos. Eso provocará millones de muertes y someterá a los que sobrevivan a algo mucho peor. Sea como fuere, mi hermana no puede sobrevivir a esto. Morirá en tus brazos o ahogará a los mundos en sangre.

Capítulo 27

Poppy

A la tarde siguiente, caminaba por el dormitorio, la comida que me había traído una de las doncellas personales menos habladoras devorada ya, solo porque no podía permitirme perder fuerzas.

Me habían traído otro vestido blanco con la comida, pero como opté por ponerme lo que había usado el día anterior, había destruido el vestido con una chispa de *eather*. No debería haber utilizado la esencia para algo tan infantil, pero la alegría momentánea que me había proporcionado hacía difícil que me arrepintiera.

A cada rato, miraba ceñuda las puertas de doble hoja. No había visto a la Reina de Sangre ni había tenido noticias suyas desde que me habían devuelto a mis aposentos la noche anterior. Y me había quedado en esta maldita habitación, solo porque no quería poner en riesgo la seguridad de Kieran y de Reaver además de la de Casteel.

Había comprobado cómo estaba Kieran a través del *notam*, y le había informado que tanto Casteel como yo estábamos bien. Se mostró aliviado, pero a través de la conexión supe que tenía sus dudas acerca de Casteel.

Yo también tenía dudas.

Mi contacto solo le habría proporcionado unas horas de alivio… si acaso. Tal vez ni siquiera tanto tiempo. Todo lo que podía hacer era rezar por que le hubiesen dado sangre y comida. Que curar esas heridas le hubiese dado un respiro un poco más largo.

Había intentado por todos los medios dormir un rato, para llegar hasta Casteel, pero no había sido capaz. La habitación era demasiado silenciosa y demasiado grande. Demasiado solitaria y demasiado familiar. Demasiado…

Me interrumpí.

Nada de eso ayudaría. Lo que sí ayudaría sería centrarme en lo que venía a continuación, que era a lo que había estado dando vueltas en mi cabeza durante horas. Nuestro plan había sido entrar en la capital y liberar a Casteel y a mi padre. Ese seguía siendo el plan. Excepto por que, técnicamente, nos habían capturado y no sabía dónde tenían a mi padre si no era aquí.

Tendría que forzar a Isbeth a decirme dónde estaba cuando volviera a por él.

La odiaba, *aborrecía* la idea de dejar a Ires atrás. Pero tenía que sacar a Casteel de aquí, y pronto.

Porque no estaba bien.

Le había curado las heridas que había podido, pero estaba al borde mismo de la sed de sangre y corría el riesgo de perder partes de sí mismo. No podía permitir que ocurriera eso.

Busqué la impronta única de Kieran y encontré esa sensación similar a los cedros.

¿Liessa?

Una sonrisa irónica tironeó de mis labios. *No me llames así.*

¿Mi reina, entonces?

Suspiré. *¿Qué tal ninguna de las dos*?

Su risa cosquilleó a través de mí. *¿Qué pasa*?

Tenemos que salir de aquí.

Se produjo una pausa. *¿En qué estás pensando*?

Tenemos que llegar hasta uno de los templos. Casteel tiene que estar cerca de ahí. Bajo tierra. Fui hasta la ventana. *Tenemos el hechizo. Una vez que encontremos la entrada a los túneles, podemos utilizarlo. De lo que no estoy segura es de qué tendríamos que hacer después*.

Pasaron varios momentos de silencio durante los cuales sentí esa sensación silvestre a mi alrededor. *Podemos intentarlo por donde planeábamos entrar*.

¿Por las minas? Sí. Podemos intentar acceder a ellas. O…

Mi corazón aporreaba en mi pecho. *Eso es lo que esperarán. Debe haber una forma mejor de hacerlo*.

Salir peleando.

Me detuve delante de la ventana y contemplé la capital. *No estoy segura de que esa sea mejor opción*.

Pelear será nuestra única opción pase lo que pasare, razonó Kieran. *O bien por una de las puertas, o bien desde dentro del Adarve y hacia las minas*.

Lo debatimos, analizamos todas nuestras posibilidades, hasta que Kieran decidió. *La forma más rápida es ir directos hacia las puertas del este. Tenemos a Reaver. Te tenemos a ti. Podemos pelear*.

Me mordisqueé el labio de abajo. *Si hacemos eso… si yo hago eso… nos arriesgamos a que la gente me vea como a una demis. Nos arriesgamos a que la gente crea lo peor de nosotros y tema lo que está por venir*.

Es cierto. Se produjo otra brecha de silencio. *Pero ahora mismo, no podemos preocuparnos por eso. Ese no es nuestro problema. Cas es el problema. Salir de aquí cuanto antes. Y si eso significa derribar parte del Adarve, entonces hazlo, Poppy*.

Cerré los ojos. La esencia vibraba en mi pecho.

No podemos salvar a todo el mundo, me recordó Kieran. *Pero podemos salvar a nuestros seres queridos*.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Cuando hablé con los generales, supe que había una posibilidad de que nuestros planes se vinieran abajo. Que tuviéramos que derribar Adarves. Que se perderían incontables vidas. Que nos convertiríamos en los monstruos que la gente de Solis temía.

Y eso era justo lo que parecía que iba a pasar ahora.

Kieran debió percibir mi aceptación porque sus siguientes palabras fueron: *Solo necesitamos una distracción*.

Una distracción. Una grande, que nos diera tiempo de salir de

Wayfair y llegar hasta los templos.

Abrí los ojos y me concentré en la piedra negra del Adarve, que se alzaba imponente en la distancia. *Tengo una idea.*

Mi paciencia estaba llegando a su límite mientras esperaba sentada en la mullida butaca del reservado de la planta principal del Gran Salón. Una docena de caballeros y doncellas personales estaban apostados a lo largo de la pared detrás de mí.

El sol acababa de empezar a ponerse cuando la Reina de Sangre había solicitado mi presencia. Y aun así, seguía ahí sentada mientras ella *socializaba*.

Estudié la atestada sala. Los rostros de decenas de mortales se fusionaban ante mis ojos mientras charlaban y competían por unos momentos del tiempo de la *reina*. Isbeth se movía entre ellos, flanqueada por Millicent y otra doncella personal. Como un pajarillo vibrante, con la corona de rubíes centelleando, sonreía con elegancia mientras los mortales hacían reverencias. Esta noche no vestía de blanco. Tanto ella como Millicent iban vestidas de carmesí.

No estaba muy segura de cómo se mantenía el vestido sobre su cuerpo. Ni si la mitad superior estaba hecha de algún tipo de pintura corporal. No tenía mangas y era tan ceñido que desafiaba a la gravedad. Su generoso escote bajaba casi hasta su ombligo y revelaba mucho más de lo que jamás hubiese querido ver, teniendo en cuenta que, quisiera o no admitirlo, era mi madre. La parte inferior del vestido era más suelta, pero no me atreví a mirar durante demasiado tiempo la tela de gasa. No necesitaba ese trauma en mi vida.

—Tienes aspecto de estar divirtiéndote.

Al oír la voz de Malik, me puse aún más rígida.

—Me lo estoy pasando bomba.

Oí una breve risa áspera mientras pasaba junto a mi butaca y se sentaba en una de las dos vacías que había a un lado y a otro de mí.

—Estoy seguro de que sí.

No dije nada durante unos momentos.

—No tengo idea de por qué me ha hecho venir al Gran Salón.

—Quería que vieras lo mucho que la quieren —repuso Malik—. Por si el despliegue del Gran Salón no había sido suficiente.

Lo miré de reojo y observé cómo se llevaba un vaso de líquido rojo a los labios. No podía estar segura de que fuese vino. Había hablado en voz baja, pero los caballeros y las doncellas personales estaban lo bastante cerca como para haberlo oído. No había nadie más por ahí. Lo que había percibido en él el día anterior rondaba por mi mente cuando clavé los ojos en el suelo.

—Por supuesto que la quieren. Son la élite de Carsodonia. Los más ricos. Siempre que sus vidas sean fáciles, amarán a quien sea que esté sentado en ese trono.

—No son los únicos. Lo viste con tus propios ojos.

Cierto.

—Solo ella da bendiciones con sangre atlantiana. —Lo miré otra vez y él se encogió de hombros—. Algo que no puede tener efectos demasiado duraderos. —Bebió otro trago—. Y los tiene asustados…

—De ti —confirmó—. La Heraldo.

Me forcé a respirar despacio, con serenidad.

—Lo que le dijo a la gente ayer era mentira. Los habitantes de Oak Ambler y de las otras ciudades no han sufrido daños. Tú, más allá de lo que pienses ahora, tienes que saber que los atlantianos, que tu padre, no hubiesen hecho nunca lo que ella afirmaba. —Una vez más, Malik no respondió nada—. La gente aquí acabará por averiguar la verdad —continué en el silencio—. Y no creo que todos los mortales de Carsodonia crean que es una reina benévola. Tampoco todos apoyan el Rito.

Malik bajó su vaso.

—Tendrías razón al no creer eso.

Lo observé de cerca y abrí mis sentidos a él, que miraba el suelo con expresión ausente. Las grietas de sus escudos seguían ahí.

—Ayer vi a Casteel. —Su rostro no mostró emoción alguna, pero capté un repentino sabor amargo. Vergüenza—. No tenía buen aspecto. —Bajé la voz y agarré con fuerza los reposabrazos de la butaca—. Estaba casi perdido en la sed de sangre. Lo habían herido y…

—Lo sé. —Apretaba la mandíbula y, cuando habló, su voz fue apenas más que un susurro—. Lo limpié lo mejor que pude después

de que la reina te enviara ese regalo tan agradable.

Malik había ido a verlo.

Casteel no me lo había contado; aunque, claro, tampoco era que hubiese habido muchas oportunidades para que me diera información. Era *verdad* que alguien había vendado su mano. Eso tenía que significar algo. Eso y la cruda agonía que sentía procedente de Malik. Qué significaba exactamente, no estaba segura.

Me incliné hacia él y sus hombros se tensaron debajo de la camisa blanca.

—Entonces, tú sabes cómo llegar hasta él —susurré—. Dime…

—Cuidado, Reina de Carne y Fuego —murmuró Malik con una sonrisa frágil en los labios—. Es una aventura muy peligrosa esa en la que te estás embarcando.

—Lo sé.

Deslizó los ojos hacia los míos.

—No sabes demasiado si crees que contestaré a esa pregunta.

Reprimí la ira que empezaba a acumularse en mi interior.

—Sentí tu dolor. Lo saboreé.

Un músculo se apretó en su mandíbula.

—Eso, por cierto, fue muy maleducado por tu parte —dijo después de un instante—. Y dolió.

—Sobreviviste.

Soltó una breve carcajada ahumada.

—Sí, sobreviví. —Bebió otro sorbo—. Eso es lo que hago.

El giro sardónico en sus palabras me hizo estudiar sus facciones.

—¿Por qué? ¿Por qué estás aquí? ¿Con *ella*? No es porque haya abierto tus ojos a nada, no digamos ya a la verdad. No es tan persuasiva.

Malik no dijo nada, la vista clavada al frente, pero vi que su atención iba más allá de la Reina de Sangre, hacia la doncella personal de pelo oscuro. Fue algo breve. No me habría dado cuenta si no lo hubiese estado mirando con tanta atención.

—Es por ella.

Sus ojos volaron hacia los míos y entonces su expresión cambió a una media sonrisa.

—¿La reina?

—Millicent —dije en voz baja.

Se rio otra vez, otro breve estallido de sonido seco. Me eché hacia atrás.

—Tal vez le pregunte a la Reina de Sangre si cree que estás aquí por ella o por su doncella personal.

Despacio, Malik se inclinó hacia mí a través del escaso espacio que nos separaba.

—Pregúntale eso —apareció ese hoyuelo solitario— y te envolveré en los huesos de una deidad para luego tirarte al maldito mar Stroud.

—Esa es una amenaza un poco excesiva —repuse, mientras me invadía una sensación de satisfacción. En verdad *era* excesiva. Lo cual dejaba muy pocas dudas acerca del porqué. Tenía que quererla —. Es el tipo de reacción que tendría yo si amenazaras a Casteel. — Malik me miró y yo le sonreí—. Excepto por que la mía no implicaría huesos de deidades ni el mar. Tampoco sería una amenaza vacía.

Apuró su bebida.

—Tomo nota. —Volvió a mirar hacia la sala—. Viene para acá.

La Reina de Sangre se acercó. Malik se puso en pie. Yo, no. Los murmullos se extendieron por la sala mientras miraba a la reina desde mi butaca. Los rasgos de Isbeth se afilaron, pero pasó por delante de mí y se sentó en la butaca que había a mi otro lado. Solo entonces se sentó Malik. Docenas de ojos nos observaban mientras Millicent permanecía delante de nosotros, junto a otras doncellas personales. Sus espaldas rectas proporcionaban una pantalla de privacidad bastante impresionante.

Alguien le entregó a la Reina de Sangre una copa de vino burbujeante. Ella esperó a que el sirviente desapareciera entre las sombras antes de empezar a hablar.

—La gente nos observa y encuentra tu falta de respeto hacia una reina, tu comportamiento… lo consideran escandaloso.

—¿Y si supieran la verdad acerca de ti? ¿Acerca de las cosas que has hecho? —pregunté, observando a una pareja joven que hablaba con la vista levantada hacia lo que siempre había creído que era Nyktos pero al parecer no lo era.

—Dudo de que eso fuese a cambiar mucho para la mayoría de los presentes en esta sala —comentó—. Pero sí sabemos lo que harían si supieran quién eres tú.

—Una diosa y no una Heraldo.

—La misma cosa para muchos —murmuró. Me puse tensa.

—Quizá, pero estoy dispuesta a demostrarles que no tienen nada que temer de mí.

—¿Y cómo harás eso?

—Bueno, podría empezar por no quitarles a sus hijos para utilizarlos como ganado —repuse.

—¿A Tawny la utilizamos como ganado? —Hizo un gesto hacia la multitud con una mano enjoyada—. ¿O a cualquiera de los lores y damas en espera presentes aquí esta noche?

—No, a ellos solo los convertirás en criaturas que después acecharán a otros con pocos remordimientos.

Sus ojos oscuros se deslizaron hacia los míos.

—O purgarán a los débiles de las masas.

Hice una mueca.

—¿De verdad crees eso?

—Lo sé. —Bebió un trago.

Me costó un gran esfuerzo reprimirme de tirar la copa de su mano.

—¿Y los niños arrebatados durante el último Rito? ¿Las chicas colgadas debajo de Redrock?

—Sirviendo a los dioses.

—Mentiras —escupí—. Y estoy impaciente por ver tu cara cuando todas esas mentiras queden al descubierto.

Sonrió mientras miraba la sala.

—¿Crees que permitiré a tus ejércitos tomar la capital como he hecho en las otras ciudades? Ciudades, por cierto, que ni siquiera considero una pérdida. —Giró la cabeza hacia mí—. Porque no son una pérdida. En cualquier caso, lo que ha sucedido en esas ciudades no ocurrirá aquí. Si tus ejércitos llegan al Adarve, alinearé a todos los recién nacidos de la ciudad a lo largo de esas murallas y en las puertas. Y los *drakens* que todavía te queden, los ejércitos con los que aún cuentes, tendrán que quemar y cortar a través de ellos.

Solo pude mirarla pasmada a medida que me daba cuenta despacio de que hablaba en serio. Mis dedos se clavaron en los reposabrazos de la butaca mientras la esencia primitiva palpitaba en lo más profundo de mi ser. Un leve escalofrío me recorrió de arriba abajo, los ojos fijos en la estatua. Pero solo veía a esos mortales

clavados a las puertas de Oak Ambler y los colgados bajo Redrock. A mi lado, Malik se estiró hacia delante al tiempo que Millicent se giraba un pelín. La pareja de delante de la estatua frunció el ceño cuando miraron abajo, hacia donde los pétalos de rosas de floración nocturna recién desperdigados… vibraban.

Era yo.

Mi ira.

Yo estaba haciendo eso.

Cerré los ojos un instante y recuperé el control de mis emociones. La situación era muy parecida a todas esas veces en las que llevaba el velo y me conducían ante el duque de Teerman. Cuando solo tenía que quedarme ahí plantada y aceptar lo que fuese que me hiciera. También se parecía mucho a cuando cerraba mis emociones a los demás. Solo que ahora, me cerré a mí misma de *mis* emociones. Solo volví a abrir los ojos cuando el *eather* se había calmado en mi pecho. Los pétalos se habían asentado sobre el suelo.

—Inteligente —susurró la Reina de Sangre, y vi que Malik se relajaba—. Veo que has aprendido a controlar ese poder en cierta medida.

Forcé a mis manos a aflojarse sobre los reposabrazos de la butaca.

—¿De eso es de lo que querías hablarme? ¿De cómo vas a asesinar a más niños y personas inocentes?

—No seré yo la que asesine a esos mortales —declaró—. Serán los ejércitos bajo tus órdenes los que lo hagan. —Su mirada era intensa. Noté cómo recorría cada centímetro de mi cara—. O simplemente serás tú la que lo haga. Así que si quieres evitar eso, te asegurarás de que tus ejércitos se retiren.

Clavé los ojos en ella.

—¿Ahora vamos a discutir el futuro de los reinos? ¿Crees que negociaré contigo cuando así es como piensas proceder? —Las palabras salieron atropelladas por mi boca—. No te daré Atlantia. No ordenaré retirarse a mis ejércitos. Y no te permitiré utilizar a personas inocentes como escudo.

Su atención se deslizó hacia el príncipe.

—Malik, si no te importa, necesito hablar con mi hija en privado.

—Por supuesto. —Malik se levantó e hizo una reverencia antes de que sus ojos se cruzaran un instante con los míos. Bajó el corto y ancho tramo de escaleras y pasó junto a Millicent de camino a la sala principal, donde fue engullido de inmediato por damas y lores sonrientes.

—Los tiene a todos cautivados —comentó la Reina de Sangre—. Tendría que quitárselos de encima con un palo si quisiera hacerlo. —La doncella personal apartó la vista de Malik y deslizó los ojos más allá por el Gran Salón—. ¿Sabes lo que me ha mantenido con vida? —preguntó la reina después de unos segundos—. La venganza.

—Eso es… un cliché absoluto —señalé. Su risa fue suave y breve.

—Sea como fuere, es la verdad. Y supongo que la razón de que se haya vuelto tan cliché es porque la venganza ha mantenido con vida a muchos durante los momentos más oscuros de sus vidas. Momentos que duran años y décadas. Yo me vengaré.

—La inmensa mayoría de los atlantianos no tuvieron nada que ver con lo que te hicieron a ti o a tu hijo —le dije—. Y aun así, crees que controlar Atlantia te va a proporcionar de algún modo esa venganza. Pues no será así.

—Yo… debo admitir algo ante ti. —La Reina de Sangre giró el cuerpo hacia mí. Me llegó un olor a rosas—. Nunca tuve la intención de gobernar Atlantia. No necesito ese reino. Ni siquiera lo quiero. Solo quiero verlo arder. Terminar. Quiero ver a todos los atlantianos muertos.

Casteel

Morirá en tus brazos…

Las palabras de Millicent no paraban de dar vueltas en mi cabeza. No había dormido desde que estuvo aquí. No podía dejar de pensar en quién era, lo que compartía. No podía negar que era hermana de Poppy. Se parecían demasiado. Diablos, si el pelo fuese del mismo color y Millicent tuviera menos pecas, *casi* podrían colar como gemelas. ¿Y lo que había dicho de Poppy? ¿Lo que había dicho que

yo tendría que hacer?

Emití un gruñido en lo más profundo de mi garganta.

Y una mierda.

Aunque Poppy fuese lo bastante poderosa como para causar el tipo de destrucción del que había advertido Millicent, ella nunca haría algo así. Ese tipo de maldad no estaba en ella.

Puede que Millicent fuese hermana de Poppy, pero yo no confiaba en ella. Y no confiaba en una sola maldita cosa que saliese de su boca.

Unas pisadas resonaron en el pasillo. Levanté la cabeza de golpe y vi entrar al Chico de Oro. Solo. No llevaba comida ni agua en las manos.

—¿Qué diablos quieres tú? —gruñí, la garganta seca.

—Venía a ver cómo estabas, majestad.

—Una mierda.

Sonrió. Su pintura facial y su ropa eran tan jodidamente doradas que brillaba como una bombilla.

—Empiezas a… no tener tan buen aspecto otra vez.

No necesitaba que este imbécil destacara lo que ya sabía. El hambre me roía las entrañas y hubiese jurado que veía su pulso palpitando en su cuello.

El Retornado, sin embargo, se limitó a quedarse ahí plantado, mirándome.

—A menos que hayas venido a hablarme del tiempo —le dije con sarcasmo—, puedes sacar tu jodido culo de aquí.

Callum se rio bajito.

—Impresionante.

—¿Yo? —Sonreí con suficiencia—. Ya lo sé.

—Tu arrogancia —apuntó, y un retumbar grave brotó de mi pecho cuando dio un paso al frente. Su sonrisa se ensanchó—. Estás encadenado a una pared, muerto de hambre y mugriento, incapaz de hacer nada por ayudar a tu mujer, y aun así sigues mostrando una arrogancia inaudita.

Otro gruñido trepó por mi garganta.

—Ella no necesita mi ayuda.

—Supongo que no. —Se tocó el pecho—. Ayer me apuñaló. Con mi propia daga.

Una risa áspera escapó por mi boca.

—Esa es mi chica.

—Debes estar muy orgulloso de ella. —Se arrodilló despacio—. Veremos cómo cambia eso.

—Jamás cambiará —juré. Me palpitaba la mandíbula—. Sin importar lo que pase.

Me estudió durante unos instantes.

—El amor. Menuda emoción más extraña. He visto cómo acababa con los seres más poderosos —continuó. Las palabras de Millicent rebotaron por mi cabeza otra vez—. He visto cómo les daba a otros una fuerza increíble. Pero en los muchísimos años que he vivido, he visto al amor impedir la muerte solo una vez.

—¿Ah, sí?

Callum asintió.

—Nyktos y su consorte.

Lo miré pasmado.

—¿Tan viejo eres?

—Soy lo bastante viejo como para recordar cómo solían ser las cosas. Lo bastante viejo como para saber cuándo el amor es una fuerza o una debilidad.

—En realidad, no me importa.

—Pues debería. Porque para ti es una debilidad. —Esos ojos pálidos que nunca parpadeaban eran de lo más inquietantes—. ¿Sabes por qué?

Retraje los labios.

—Apuesto a que me lo vas a contar.

—Deberías haberte alimentado de ella cuando tuviste la oportunidad —dijo—. Te vas a arrepentir de no haberlo hecho.

—Error. —Jamás me arrepentiría de no poner en riesgo la seguridad de Poppy. Jamás.

—Eso también lo veremos. —El Retornado me sostuvo la mirada durante un buen rato y luego se movió.

Fue rápido. Giré bruscamente hacia atrás al ver el destello del acero. Pero no había ningún sitio al que ir. Mis reflejos eran una mierda…

El dolor explotó en mi pecho y se llevó con él todo el aire de mis pulmones en una oleada ardiente. Un sabor metálico llenó mi boca de inmediato. Bajé la vista para encontrar una daga clavada bien hondo en el centro de mi pecho y rojo por todas partes, resbalando

por mi estómago.

Levanté la cabeza.

—No has atinado en el corazón, imbécil —escupí.

—Lo sé. —El Retornado sonrió, al tiempo que extraía la daga de un tirón. Solté un gruñido gutural—. Dime, majestad. ¿Qué le sucede a un atlantiano cuando la sangre ya no corre por sus venas?

Notaba como si la herida estuviese en llamas, pero mis entrañas estaban cubiertas de hielo. Mi corazón dio una sacudida perezosa. Sed de sangre. Completa y absoluta. Eso era lo que sucedía.

—He oído que convierte a uno en algo tan monstruoso como un Demonio. —Se levantó, se llevó la daga a la boca y deslizó la lengua por la hoja empapada de sangre—. Buena suerte.

Capítulo 28

Poppy

Quiero ver a todos los atlantianos muertos.

Unos dedos fríos de inquietud presionaron y bajaron por mi columna mientras miraba a la Reina de Sangre a los ojos.

—¿Incluso a Malik?

—Incluso a él. —Bebió un sorbito de champán—. Eso no significa que *vaya* a matarlo. Ni a tu amado. Necesito que trabajes conmigo; no contra mí. Matar a cualquiera de ellos solo obstaculizaría lo que quiero. Él —señaló con su copa hacia el grupito que rodeaba a Malik— y su hermano sobrevivirán a mi ira. No tengo nada contra los *wolven*. Ellos también pueden vivir como les plazca, pero ¿el resto? Morirán. No porque los culpe de lo que me hicieron. Sé que no tuvieron nada que ver en que Malec fuese sepultado ni en la muerte de nuestro hijo. Ni siquiera culpo del todo a Eloana.

—¿En serio? —pregunté, con dudas.

—No me entiendas mal. Odio a esa mujer y tengo algo muy especial planeado para ella, pero ella no es la que permitió que esto ocurriera. Sé quién es el verdadero responsable.

—¿Quién?

—Nyktos.

Me eché atrás, estupefacta.

—¿Tú… culpas a *Nyktos*?

—¿A quién, si no, iba a culpar? Malec quería las pruebas para los corazones gemelos. Llamó a su padre. Incluso dormido, Nyktos lo hubiese oído. Contestó y se las negó —me dijo, y otra oleada de incredulidad me atravesó por completo—. Debido a eso, Malec me Ascendió. Y ya sabes lo que ocurrió después. No solo culpo a Eloana o a Valyn. Culpo a Nyktos. Él podría haber evitado todo esto.

Nyktos. La verdad era que podría haberlo evitado. Pero no concederle a su hijo algo así después de ver lo que había ocurrido cuando se había negado antes, y el dios había muerto, no tenía sentido.

—¿Por qué se negaría?

—No lo sé. —Miró su anillo de diamantes—. Si Malec lo sabía, nunca me lo contó, pero el porqué no importa ahora, ¿no crees? —La piel de las comisuras de su boca se tensó—. Nyktos fue el causante de todo esto.

Evitar lo que había pasado y ser la causa originaria eran cosas muy diferentes. Isbeth culpaba a otros por todo lo que hacía. Su capacidad para evitar ser responsable era impresionante.

—La verdad, no sé cómo crees que puedes vengarte del Primigenio de la Vida —dije.

Su risa fue alegre como un carillón. Retiró unos tirabuzones de su mejilla.

—Nyktos aprecia todas las formas de vida, pero tiene un apego especial por los atlantianos. Su creación fue producto de las pruebas de los corazones gemelos, el producto del *amor*. Malec me contó una vez que su padre incluso consideraba a los atlantianos sus hijos. Su pérdida conseguiría el tipo de justicia que busco.

Pensé que quizás estuviese mucho más loca de lo que había creído.

—¿Y piensas que de algún modo te ayudaré a matar a cientos de miles de personas? ¿Eso es lo que quieres de mí?

—Ya lo has hecho.

—Yo no he hecho tal cosa.

—¿Ah, no?

Agarré los reposabrazos de la butaca y me incliné hacia ella.

—Exactamente, ¿qué crees que he hecho o voy a hacer?

—Tu ira. Tu pasión. Tu sentido del bien y del mal. Tu amor. Tu poder. Todo ello. Al final del día, eres igualita a mí. Harás lo que naciste para hacer, mi querida hija. —Levantó su copa en mi dirección—. Darás muerte a mis enemigos.

Todo lo que liberarás es a la muerte.

Aspiré una bocanada de aire brusca y me aparté de ella a toda prisa. Hablaba como si no tuviese elección. Como si esto estuviese predestinado y algunas palabras pronunciadas hacía una eternidad superaran a mi libre voluntad.

La energía palpitó en mi pecho, cargó el aire a nuestro alrededor. Su sonrisa no vaciló, ni una sola vez, mientras echaba una larga mirada al Gran Salón, una estancia llena de mortales. Supe entonces que esta era la razón de que hubiese esperado hasta ahora para decirme que quería ver arder Atlantia. Ya había empezado a utilizar a la gente como escudo.

Pero, claro, ¿cuándo no lo había hecho?

Sin embargo, estaba equivocada. Mi ira. Mi sensación de justicia. Mi amor. Mi poder. Eran fortalezas. No defectos letales que provocarían la muerte de infinitos inocentes.

—Te equivocas —dije. Me temblaban las manos, así que me aferré a los reposabrazos de nuevo—. Yo no soy tú.

—Puedes convencerte de lo que quieras —repuso con una sonrisa y un guiño—. Pero si tuvieras que acabar con todos los presentes en esta sala para salvar a lo que más quieres en este mundo, lo harías sin dudar. Igual que he hecho yo.

Se me cortó la respiración. Mi corazón trastabilló. Quería negar lo que afirmaba. Necesitaba hacerlo.

Pero no pude.

Y eso tocó todas las fibras sensibles de mi cuerpo.

—Puede que me hayas parido, pero la sangre es lo único que compartimos. No nos parecemos en nada. Nunca nos pareceremos. No eres mi madre, ni mi amiga, ni mi confidente —dije, y observé cómo esa sonrisa se borraba de su cara—. Todo lo que eres es una reina cuyo reinado está a punto de llegar a su fin. Eso es todo.

El tenue resplandor del *eather* apareció en sus ojos y su mano se apretó en torno a su copa. Sus labios se afinaron.

—No quiero estar a malas contigo, hija. Ahora no —musitó, y el

repentino sabor amargo de la aflicción llenó mi garganta—. Pero ponme a prueba y yo te pondré a prueba a ti y te demostraré lo mucho que nos parecemos.

Casteel.

Estaba amenazando a Casteel.

Se me quedó la piel tan fría como ese lugar hueco y doloroso en mi interior y, cuando volví a hablar, mi voz sonó como había sonado en Massene. Ahumada. Oscura. Envuelta en sombras.

—Podría matarte ahora mismo.

Sus ojos conectaron con los míos.

—Entonces, hazlo. Da rienda suelta a ese poder, niña. Utiliza esa rabia. —El *eather* centelleó en sus ojos—. Pero antes de que lo hagas, recuerda que no estás sentada delante de una Ascendida.

Un grito corto y estridente atravesó el Gran Salón, seguido del sonido de cristales al romperse. Después, silencio. Me giré en la dirección del chillido y se me cayó el alma a los pies cuando vi a la pareja que había estado junto a la estatua caer de rodillas. La sangre manaba de sus ojos y orejas, de su boca y su nariz. Sonaron cada vez más gritos a medida que los mortales se apartaban a toda velocidad de los jóvenes, que se *encogieron* sobre sí mismos para quedar reducidos a nada más que piel y huesos sujetos por seda y satén.

Malik y Millicent giraron en redondo hacia nosotras mientras la gente gritaba y se alejaba aún más. Pero Isbeth… No me había quitado los ojos de encima. Ni una sola vez. Aunque estaba claro que aquello era obra de ella, y ese tipo de poder era…

Era horroroso.

No sabía si yo era capaz de hacer algo así. Ni siquiera quería averiguarlo.

La Reina de Sangre se echó hacia atrás, con la cabeza ladeada mientras me estudiaba.

—Creo que te vendrá bien pasar algo de tiempo sola. Mañana podremos hablar más. —Le hizo un gesto a uno de los caballeros—. Escóltala a sus aposentos y asegúrate de que se quede ahí.

Me levanté y varios de los caballeros abandonaron sus puestos para rodearme.

No habría ningún mañana.

No más charlas.

Le di la espalda y fui hasta el borde del reservado, mientras mis manos se serenaban. El instinto me decía que nos habíamos quedado sin tiempo. No importaba lo que la reina pensara que yo haría, tampoco creía que pudiera reprimir mi temperamento lo suficiente como para detenerla, para impedir que hiciera daño a otras personas sin sentido. El instinto también me decía que Isbeth no iría a por Casteel de inmediato. Tenía a otros dos a los que matar antes de recurrir a él.

Kieran.

Y Reaver.

Lo haría para demostrar que yo era tan inestable y cruel como ella.

Todo lo que liberarás es a la muerte.

Aunque quizás ella me conociera mejor de lo que me conocía a mí misma. Tal vez la profecía fuese justo como ella y otros creían que era. A lo mejor Willa estaba equivocada y a Vikter sí lo habían enviado a vigilar a algo malvado. A lo mejor yo *sí* era la Heraldo.

Porque si hacía lo que había amenazado con hacer, me ahogaría en la sangre que yo misma derramaría.

Eso significaba que era *yo* la que se había quedado sin tiempo.

Busqué la impronta de Kieran y le envié un mensaje rápido. *Tenemos que actuar esta noche.*

Su respuesta fue inmediata y llena de determinación. A la entrada del Gran Salón, me giré hacia atrás y encontré a la Reina de Sangre de pie más allá del reservado, la elegante copa aún en la mano mientras me observaba como la depredadora que creía que era.

Desvié la mirada y mi voluntad cobró forma en mi mente. El *eather* palpitó en mi pecho.

La copa que sujetaba la Reina de Sangre se hizo añicos, recordándole que no había tenido a su lado a una Doncella timorata y sumisa.

La luna había encontrado su lugar en el cielo por encima de la

ciudad, y su luz bañaba las revueltas aguas del mar Stroud. La contemplé desde la ventana. Más allá de las murallas internas de Wayfair y los templos de Nyktos, se alzaba el Adarve.

Era el Adarve más grande de todos, casi tan alto como el castillo de Wayfair. Había cientos de antorchas alineadas en tierra justo al otro lado de la muralla, sus llamas vibrantes y estables. Servían como señal de seguridad y promesa de protección. Estaban todas encendidas.

Una distracción.

Una grande.

Pensé en la neblina, en cómo giraba alrededor de los Demonios y cubría las montañas Skotos. Era magia primigenia. Una extensión de su ser y de su voluntad. Lo cual, pensé, significaba que podía ser conjurada.

No sabía si esto funcionaría. Yo no era una Primigenia, pero sí era la descendiente del Primigenio por *excelencia*. Su esencia fluía por mis venas. Los *drakens* respondían a mi voluntad. El *notam* primigenio me conectaba con los *wolven*.

Apoyé las manos sobre el alféizar de piedra de la ventana, cerré los ojos y llamé al *eather* para que saliera a la superficie. La esencia respondió en un fogonazo estimulante mientras imaginaba la neblina en mi mente, espesa como una nube, igual que estaba en las Skotos. La vi brotar del suelo, la vi crecer y expandirse. Mi piel se calentó mientras la imaginaba rodando por las colinas y los prados a las afueras de la capital, cada vez más densa, hasta que oscureció todo a su paso. No me paré ahí cuando abrí los ojos.

Unas chispas plateadas crepitaban por mi piel mientras miraba al Adarve y esperaba. Me recordó a una noche y una ciudad diferentes, a una *yo* diferente, una que creía en la protección del Adarve. En esa seguridad.

Al otro lado del Adarve, una llama empezó a parpadear como loca. El *eather* giró a través de mí, por encima de mí, mientras continuaba *instando* a la neblina a avanzar. La conjuraba. La creaba.

La llama de al lado de la primera empezó a danzar, luego otra y otra, hasta que la masa entera titilaba frenética y escupía ascuas varios metros en todas direcciones. Las dos antorchas del final de la fila fueron las primeras en apagarse y después se apagaron todas en

rápida sucesión, sumiendo la tierra más allá del Adarve en una completa oscuridad.

Brotaron llamas por toda la muralla. Se levantaron y dispararon flechas ardientes que volaron por el aire y luego cayeron en picado para clavarse en las trincheras de leña que se extendían por toda la longitud de la muralla oriental. La madera estalló en llamas y proyectó un resplandor anaranjado por encima de la tierra…

Y por encima de la densa neblina que rodaba hacia las trincheras. Neblina que se coló por debajo de la yesca y por encima de las llamas, que envolvió el fuego en su mortaja hasta que su peso y su espesor ahogaron toda su luz.

Una neblina que todos los que estuviesen en el Adarve o en la ciudad creerían que estaba llena de las retorcidas formas de los Demonios.

Resonaron cuernos en el Adarve que desgarraron la paz de la noche, pero no me detuve ahí.

Continué invocando a la niebla y… y *sentí* cómo respondía, cómo corría a toda velocidad hasta el pie del Adarve y se extendía a lo largo de la enorme estructura. Oí gritos y vi la niebla trepar en mi mente, ondular hasta alcanzar las almenas y las torres de la muralla.

Y entonces la vi delante de mí, convertida en una nebulosa cortina de un blanco lechoso contra el cielo nocturno.

Se me cortó la respiración al verla. No habría Demonios en esa neblina. No haría ningún daño. Esa no era mi *voluntad*. Solo incitaría al caos y a la confusión.

Ya había empezado cuando sonó otro cuerno.

La neblina primigenia superó el Adarve en una gran ola que se vertió por el otro lado y se abrió en ambas direcciones. Unos gritos de pánico a lo lejos desgarraron el aire cuando la neblina cayó en cascada sobre Carsodonia e invadió las calles. Los gritos de miedo sonaban más cercanos y más altos a medida que la niebla inundaba los barrios y los puentes, se extendía por las colinas y los valles, hasta engullir las murallas interiores de Wayfair.

Me aparté de la ventana y me calé la capucha según giraba. Me colgué la correa del morral cruzada delante del cuerpo y debajo de la capa, y desenvainé mi daga de hueso de *wolven*.

Era hora de abrirnos paso peleando.

Capítulo 29

Fui hacia la puerta tras cerrar mis emociones, ese sentido del bien y del mal. Tenía que hacerlo si quería tener alguna oportunidad de encontrar a Casteel y escapar.

Cerré los dedos alrededor de la manivela dorada. El *eather* inundó mis venas y chisporroteó en mis dedos. Finos hilillos de sombra cruzaron el aura plateada. Era un poco inquietante de ver. La energía se extendió por el metal y *derritió* la cerradura. Abrí la puerta y salí al pasillo.

Un Caballero Real se giró hacia mí y, estupefacto, sus ojos se abrieron como platos por encima de la bandana negra que cubría la mitad inferior de su cara. Me puse en marcha al instante. Clavé la daga por encima de la armadura y a través de la base vulnerable de su cuello. Di un giro brusco con el brazo y seccioné la columna vertebral del *vampry*. El caballero cayó al suelo justo cuando otro echaba mano de su espada.

Mi voluntad cobró forma en mi mente y se hizo realidad. La capa negra que colgaba de los hombros del caballero voló hacia delante y se levantó para enroscarse alrededor de su cara. Me colé por debajo de su espada desenvainada mientras él se tambaleaba hacia atrás. Su grito ahogado terminó de forma abrupta cuando

incrusté la daga en su costado, entre las placas de la armadura. El heliotropo cortó a través de cartílago y se hundió bien profundo en el corazón del *vampry*.

Las murallas del castillo empezaron a temblar cuando las gruesas puertas de hierro comenzaron a bajar en la planta baja. Otros dos caballeros salieron de entre los recovecos poco profundos del pasillo, las espadas ya en las manos y las bandanas bajadas para arremolinarse en la barbilla.

—Tenemos órdenes de no matarte —dijo uno que ya venía hacia mí—. Pero eso no significa que no vayamos a hacerte daño.

Ni siquiera me digné a responder. Seguí avanzando con ademán acechante, sangre de *vampry* goteando de la punta de mi daga. Mi voluntad se estiró fuera de mí. Un aura teñida de sombras se extendió a mi alrededor. Los caballeros se elevaron como si unas manos gigantes los hubiesen agarrado de los tobillos para estamparlos contra el suelo de piedra y luego contra el techo en lo alto. La piedra y los huesos crujieron, y estos últimos se hicieron añicos bajo la armadura.

Se abrieron varias puertas de golpe al final del pasillo. Media docena de caballeros llegaron en tromba desde la torre, aunque se detuvieron cuando agudos gritos de alarma resonaron desde distintas parte del castillo. Algunos miraron detrás de ellos. Otros enseñaron los colmillos y se lanzaron a por mí.

Todos ellos se interponían en mi camino.

Y el tiempo era precioso.

Mantuve mis emociones y pensamientos encerrados bajo llave. No pensé en lo que debía hacer, en lo que *iba* a hacer. Más tarde tendría tiempo de meditar sobre la carnicería que estaba a punto de provocar… que ya había empezado a provocar.

Esa telaraña plateada teñida de sombras se extendió por el suelo, trepó por las paredes y por el techo. Cayó sobre los caballeros, se filtró en su interior y encontró sus articulaciones, las fibras de sus músculos y órganos, vitales incluso para los *vamprys*. No tuvieron ni una oportunidad de hacer nada con las espadas que habían desenvainado, ni para gritar una advertencia a los demás. Ni siquiera tuvieron ocasión de chillar.

Los hice trizas desde dentro, sin permitirme pensar en lo mucho que se parecía eso a lo que había hecho Isbeth. Se colapsaron sobre

sí mismos y cayeron al suelo en montones de armaduras vacías y piel flácida.

Todos menos uno.

Había un Retornado entre ellos, de pie más allá de los cuerpos destrozados. Me dirigí hacia él al tiempo que reabsorbía el *eather*.

Su risa siniestra sonó amortiguada.

—Heraldo.

—Buenas noches.

Se abalanzó sobre mí. Me agaché bien para tomar una espada caída del suelo justo cuando una mano me agarraba del hombro a través de la capa. Giré sobre mí misma y el Retornado saltó hacia atrás anticipando una patada, pero no era lo que tenía planeado. Me levanté de un salto y giré en redondo mientras columpiaba la espada por el aire en un gran arco. La hoja fue a parar directa al cuello del Retornado, cubierto por la bandana, y le cortó la columna y la cabeza.

Cuando el Retornado cayó, deseé con toda mi alma tener tiempo de ver exactamente cómo le volvía a crecer la cabeza. Pero no lo había. Entré en la escalera, tras dejar un pasillo de muerte a mi paso.

Bajé a la carrera por las escaleras de caracol de la torreta y empecé a contar los segundos. Con suerte, mi memoria no me fallaba y esta escalera iba a parar a las cocinas y los senderos cubiertos en el exterior. Si me equivocaba, tendríamos que recorrer mucho más camino.

Y que sembrar mucha más muerte.

En el rellano del segundo piso, la puerta se abrió de par en par antes de estrellarse contra la pared. Kieran salió por ella, la cara y el cuello salpicados de sangre, pero no detecté señal alguna de dolor en él.

—¿Eso lo has hecho tú? —preguntó—. ¿Lo de la niebla?

Asentí.

—No sabía si iba a funcionar.

Me miró pasmado mientras yo bajaba unos peldaños más.

—Has invocado la neblina, Poppy.

—Lo sé.

—Conozco solo dos cosas que pueden hacer algo así. Los Demonios —dijo, los ojos como platos— y los Primigenios.

—Bueno, pues ahora conoces tres cosas que pueden hacerlo. ¿Dónde está Reaver? —pregunté, a sabiendas de que el *draken* habría respondido a mi voluntad.

—Donde sea que sonaran esos gritos —repuso, al tiempo que levantaba la capucha de su capa. Oh, santo cielo—. Luego tenemos que hablar de todo este tema de la neblina. —Kieran echó a correr escaleras abajo—. ¿De cuánto tiempo crees que disponemos antes de quedar encerrados?

—Menos de un minuto.

—Entonces, más nos vale darnos prisa —dijo Kieran, justo cuando una puerta saltaba por los aires en el piso de abajo, arrancada de sus bisagras.

Mis cejas se arquearon cuando Reaver entró en las escaleras. Su cara y su ropa no estaban salpicadas de sangre, estaban *empapadas* de ella mientras nos miraba desde el piso de abajo. Kieran suspiró.

—Bueno, me alegro de que esa no sea una de mis camisas.

El *draken* sonrió para revelar unos dientes manchados de sangre.

—Lo siento —se disculpó, mientras yo envainaba mi daga—. Soy un desastre cuando como.

Decidí que esa era otra cosa más en la que pensaría más tarde. Nos reunimos con él y Kieran lo puso al día a toda prisa de nuestros planes.

—Joder, ya era hora de que nos moviésemos —comentó Reaver —. Empezaba a preguntarme si nos íbamos a mudar aquí.

Solté una carcajada.

—Va a haber muchos guardias —nos advirtió Kieran cuando llegamos a la planta baja.

—Yo me encargo —dije, sin permitirme pensar en lo que eso significaba. Si no conseguíamos salir del castillo antes de que sus puertas de seguridad se bloquearan, tendría que reventar paredes y gente, paredes que protegían a los mortales al servicio de Wayfair. Quizá los caballeros se limitaran a hacerse a un lado. Cosas más extrañas habían pasado.

—¿Y si hay Retornados? —preguntó Kieran.

—De esos me ocuparé yo —respondió Reaver mientras yo abría las puertas de doble hoja.

Nos recibió un pasillo ancho, aún impregnado del olor de la

cena de hoy. Giré a la izquierda, aliviada de ver la oscuridad al otro lado de las puertas al exterior. El alivio duró poco. La pesada puerta de hierro se había columpiado a su sitio y empezaba a descender.

Kieran estaba en lo cierto. Dos docenas o así de caballeros atestaban el pasillo decorado con estandartes carmesíes. También había multitud de sirvientes entre los caballeros. Llevaban cestas y bandejas de platos vacíos; su miedo, evidente en sus expresiones, arañaba contra mis escudos. No estaba segura de si era por la neblina de las murallas del Adarve, por los caballeros o por… el rostro empapado de sangre de Reaver. Sin embargo, no había ni rastro de Retornados.

¿Dónde estaban?

Los caballeros supieron de inmediato quiénes éramos, incluso con mi rostro y el de Kieran ocultos por las capuchas. Toda esperanza de que pudieran dejarnos pasar se esfumó de golpe cuando uno de ellos se abalanzó hacia los sirvientes y agarró a uno de los más pequeños. Los platos apilados sobre su bandeja cayeron para hacerse añicos en el suelo mientras el caballero tiraba del chico hacia atrás y plantaba una espada curva delante de su cuello. Varios de los otros caballeros hicieron lo mismo, agarrando a los sirvientes ya no tan paralizados. Arrastraron a los aterrados mortales hacia delante, y eso me recordó a otra noche distinta, una que había tenido lugar en New Haven.

Me quedé helada.

—Dad un solo paso más hacia nosotros… —empezó un caballero que sujetaba con fuerza a un chico tembloroso. Un río de lágrimas rodaba por las mejillas del sirviente, pero no hacía ni un ruido—. Y los mataremos. A todos ellos. Después mataremos al *wolven* y lo que sea esa otra maldita cosa que está contigo.

—Me sentiría ofendido por eso —comentó Reaver—, si lo que queda de vuestras almas no estuviese a punto de ser enviado hacia el Abismo, que os espera con los brazos abiertos.

Respiré hondo y la esencia del dios Primigenio se unió a mi voluntad. La red plateada teñida de sombras atacó primero a las armas, reduciendo a polvo las hojas de dagas, cuchillos y espadas.

Seguía sin haber Retornados entre ellos.

—Han vuelto las sombras —señaló Kieran en voz baja.

—Lo sé. —Fui a por los caballeros después. Los hice trizas, hasta

que no quedó nada de ellos más que montoncitos arrugados. En cuestión de unos segundos, solo quedaban los sirvientes delante de nosotros. No se movieron, no dijeron ni una palabra mientras pasábamos por su lado, pero su miedo… se había amplificado y había crecido, atravesó mis escudos y se asentó como una piedra en mi pecho.

La idea de que los había asustado, de que me miraban convencidos de que era justo como les había advertido Isbeth que sería, la Heraldo, pesaba como una losa. Ese terror me siguió al exterior, a los senderos envueltos en neblina, al aire de intenso aroma floral. El jardín de rosas estaba cerca. Con el corazón acelerado, me giré cuando una puerta de hierro traqueteó hasta su sitio y selló las salidas para todos los que estaban dentro el castillo. Me quedé mirando las puertas. Muchos de los Ascendidos estaban ahí dentro. *Ella* estaba ahí dentro con toda la muerte que habíamos dejado atrás.

—Por aquí —dijo Kieran, y salió del sendero cubierto para adentrarse en la espesa neblina.

Se me secó la garganta cuando las luces en lo alto se apagaron y zambulleron el camino en una profunda oscuridad. Aparté mi atención de Wayfair y alejé mis pensamientos de lo que había hecho ahí dentro.

Solo Casteel importaba ahora mismo y todavía teníamos que superar la muralla interior y llegar hasta uno de los templos.

Echamos a correr hacia la verja que daba a la ciudad, por delante de los muros del jardín cubiertos de enredaderas, un lugar en el que había pasado muchos días de niña. Ahora me atraía como una pesadilla, aunque otro peligro emergió ante nosotros.

—No tengo ni idea de cuánto tardará la neblina en disiparse —los advertí.

—No hay viento, así que supongo que durará un rato —dijo Kieran—. Con suerte, el tiempo suficiente para que podamos encontrar a Cas y llegar hasta las puertas.

—No creo que tengamos tanta suerte —sentenció Reaver—. Sí la habríamos tenido si hubieses usado la neblina para algo más que solo confundir a la gente.

—No quería hacerle daño a nadie —lo informé.

—Y esa es la razón de que tengamos que depender de la suerte

—replicó.

Había guardias reales apostados en las verjas, entre el castillo de Wayfair y las casas habitadas por los más ricos de Carsodonia. Ralentizamos el paso, conscientes de que la neblina solo nos ocultaba de manera momentánea.

Habíamos logrado escapar del castillo, pero la Corona de Sangre no tardaría nada en darse cuenta de que habíamos desaparecido y que no había nada antinatural en la neblina. Entonces, la ciudad entera se llenaría de caballeros y cosas peores.

Me adelanté, pero Kieran me agarró de la mano.

—Si sigues usando la esencia, te vas a debilitar —me recordó—. Y Cas tendrá que alimentarse pronto. Tienes que ahorrar energía.

Mis músculos se bloquearon mientras pugnaba con el impulso de echar mano del *eather* y dar buena cuenta de lo que nos esperaba más adelante.

—Tienes razón.

—Lo sé. —Me dio un apretoncito en la mano—. Pero aprecio que lo reconozcas.

—Cállate —musité, al tiempo que desenvainaba la daga—. No significa que no pueda luchar.

—No. —Kieran volvió a apretar la mano sobre mí y luego soltó —. No lo hace.

La anticipación tensó mis músculos a medida que los Caballeros Reales nos percibían, unos segundos antes de salir de la oscuridad y acercarnos a las verjas iluminadas por antorchas.

Reaver brotó de la noche, un manchurrón de carmesí y sol mientras cruzaba como una exhalación el suelo iluminado por las llamas. Agarró al caballero más cercano y…

Enseguida descubrí cómo había acabado tan ensangrentado. Y casi deseé no haberlo hecho.

Agarró la parte de delante de la bandana del caballero y la bajó al tiempo que abría la boca… una boca inmensa y llena de dientes que ya no se parecía ni remotamente a la de un mortal. Bajó la cabeza y desgarró el cuello del hombre, tejidos, músculos y todo lo demás. Llegó al hueso y lo atravesó también. La sangre salía como un géiser mientras Reaver trituraba la maldita columna del caballero. Me hubiese quedado boquiabierta de no haber pensado que quizá vomitara si me lo permitía.

—Recuérdame que deje de llevarle la contraria —musitó Kieran.

—Vale.

Reaver tiró al caballero a un lado y luego saltó por los aires para aterrizar en cuclillas varios metros más allá, justo cuando otro de los caballeros se adelantaba, la cara al descubierto y una sonrisa en los labios. Noté olor a lilas rancias.

—Retornado —advertí.

—Se acabó la diversión —anunció el Retornado, un pesado sable en la mano.

—Error. —Reaver se enderezó—. La diversión acaba de empezar. —Soltó una bocanada de aire.

Me tambaleé hacia un lado y choqué con Kieran cuando un potente fogonazo de llamas plateadas brotó de la boca de Reaver. Impactó contra el Retornado, antes de que Reaver se girara y derribara a dos caballeros más, que estallaron en llamas. Empezaron a gritar y a agitar los brazos en todas direcciones, con lo que lograron prender a otro caballero en el proceso.

Con una carcajada, Reaver dio media vuelta y agarró el brazo de un caballero antes de que pudiera usar su espada. El *draken* giró con brusquedad y el hueso crujió. El aullido de dolor del hombre se cortó en seco cuando Reaver fue a por su garganta.

Dio un tirón hacia atrás con la cabeza y se giró hacia nosotros. Escupió una bocanada entera de sangre.

—¿Os vais a limitar a quedaros ahí plantados?

—Quizá —murmuró Kieran, mientras Reaver dejaba caer al caballero.

Salí del estupor aturdido en el que me había sumido justo cuando varios caballeros se lanzaban a por nosotros. Todo ocurría tan deprisa que no había tiempo para determinar quién era y quién no era un Retornado. Salí disparada hacia ellos. Agarré el brazo con el que blandía la espada uno de los caballeros, lo retorcí, giré en redondo y utilicé su propio peso e impulso contra él. La capa voló en torno a mis piernas cuando giré y lo tiré de espaldas.

Kieran estaba ahí al instante y clavó una daga de lado a lado en el brazo del desplomado caballero. Me agaché para recoger la espada de heliotropo que había dejado caer, envainé mi daga y me levanté mientras otro caballero columpiaba su espada directa hacia mi cabeza.

Bloqueé el golpe, aunque el impacto me sacudió todos los huesos. La bandana negra del caballero amortiguó su grito cuando le lancé una patada que le dio de lleno entre las piernas. El hombre aulló, perdió el equilibrio… y yo aproveché para deslizar la espada por su cuello. La sangre roció mis mejillas mientras Kieran soltaba un gemido de dolor. Con el corazón en un puño, giré en redondo.

Un caballero había perforado el hombro de Kieran con su espada. El *wolven* agarró el brazo del hombre e impidió que clavara la espada más hondo. Hice ademán de ir hacia ellos…

Un fogonazo de llamas plateadas onduló por el aire para estrellarse contra el caballero. El hombre gritó, dejó caer la espada y se alejó tambaleándose, envuelto en ese fuego antinatural.

—¿Estás bien? —pregunté. Alargué el brazo hacia Kieran, que me agarró de la mano.

—Estoy bien. Apenas es un arañazo.

Abrí mis sentidos a él y sentí el dolor punzante y ardiente. Tal vez no fuese más que una herida pequeña, pero aun así le *dolía*.

—Puedo curarla…

—Luego —insistió—. Tenemos que encontrar a Cas. Eso es lo único que importa ahora mismo. —Ladeó la cabeza en dirección a Reaver—. Gracias.

—Lo que sea —repuso el *draken*, avanzando de nuevo—. No quiero que la *Liessa* se disguste.

La tensión de alrededor de la boca de Kieran se aflojó para esbozar una media sonrisa mientras seguía al *draken*, su mano aún cerrada con fuerza en torno a la mía.

—Casteel no es el único que importa —le dije mientras corríamos por debajo de la cubierta vegetal de los jacarandás—. Tú también importas, Kieran.

Las ramas cargadas de flores y la neblina eran demasiado espesas para que penetrara la luna, pero sentí la mirada de Kieran sobre mí mientras canalizaba energía hacia él. Y mientras los tres pasábamos por delante de las casas señoriales que se habían quedado a oscuras por completo y silenciosas como tumbas, curé su herida. Solo solté su mano cuando ya no pude sentir su dolor. Él se aferró a mí un momento más y luego me soltó.

Llegamos a la última muralla interior y a su puerta, la sección vigilada por guardias del Adarve. Había solo media docena en

tierra, pues la mayoría patrullaba por la muralla del Adarve exterior que rodeaba la ciudad.

Una flecha silbó entre la neblina, disparada desde el suelo. La mano de Reaver salió eyectada para cerrarse en torno al astil de la saeta. Giró la cabeza hacia los guardias; sus ojos azules eran luminosos mientras sus pupilas se convertían en finas ranuras negras.

—¿En serio? —Reaver sujetó la flecha delante de él y resopló… un resoplido ahumado que chisporroteó y enseguida se prendió. Una delgada estela de llamas plateadas dividió la neblina e hizo desaparecer el proyectil—. ¿Quién es el siguiente?

Los guardias echaron a correr hacia la neblina, tras soltar sus armas y dejar a sus caballos atrás.

—Muy listos estos mortales —comentó Reaver.

—¿Por qué no han podido hacer eso mismo los caballeros? —pregunté.

—Porque no somos una amenaza para la fuente de comida de los mortales. —El *draken* siguió adelante, un ojo puesto en los guardias que se habían refugiado contra la muralla como si trataran de fundirse con ella—. Os estoy observando. A todos vosotros. Seguid siendo listos y sobreviviréis a esta noche.

Ninguno de ellos se movió mientras Kieran y yo mirábamos los caballos.

—Deberíamos seguir a pie —recomendé, justo cuando llegábamos a la calle que bordeaba el fuerte amurallado conocido como Eastfall—. Todo el mundo se dirigirá hacia el interior. Los caballos llamarán más la atención a medida que la neblina se vaya disipando.

—Bien visto. —Kieran mantenía un ojo puesto en el fuerte amurallado—. ¿Dónde vamos ahora?

Escudriñé la calle envuelta en neblina delante de nosotros.

—Si Carsodonia se parece en algo a Oak Ambler, tiene que haber una entrada al sistema de túneles.

—Estoy de acuerdo —convino Kieran—. ¿Sabes cuál de los templos está más cerca?

—Creo que el templo de Nyktos. Deberíamos empezar por ahí.

—El Templo Sombrío —dijo Reaver al levantar la vista. Lo miré de reojo.

—¿El qué?

—Así es como se conocía el templo al principio, cuando este reino se llamaba Lasania. El sol representaba al Primigenio de la Vida y las sombras simbolizaban al Primigenio de la Muerte —explicó.

No tenía ni idea de que esos templos fuesen *tan* viejos. Aunque, claro, tampoco recordaba si mis padres nos habían llevado ahí alguna vez a Ian y a mí antes de partir de Carsodonia. Y cuando estaba bajo la tutela de la Reina de Sangre, no se me había permitido entrar en ninguno de los dos lugares de culto.

Nunca se me había permitido salir del recinto del castillo.

—El que llamas Templo Sombrío —pregunté—, ¿está en la zona del Distrito Jardín cer…?

—Está al borde de un barrio conocido como El Luxe —terminó Reaver por mí.

Lo miré ceñuda.

—Sí.

Reaver se limpió un poco de sangre de la cara con una pasada del antebrazo.

—Creo que me acuerdo de cómo llegar.

—¿Cuán familiarizado estás con Carsodonia? —Yo había vivido aquí durante años y hacía mucho menos tiempo que Reaver. Cuando él había hablado de Lasania y de Iliseeum, lo había hecho sonar como si no hubiese pasado demasiado tiempo en ninguno de los dos sitios.

—Lo suficiente como para recordar el camino —repuso, y eso fue todo lo que dijo, con lo que *cuán* familiarizado estaba seguía siendo un misterio. Aceleramos el paso y empezamos a alejarnos de Eastfall. Los barracones estaban en silencio. A los que hubiesen estado entrenando ahí debían de haberlos enviado a la muralla o más allá para lidiar con lo que creían que era un ataque de Demonios.

Tiré la espada a un lado cuando llegamos a las afueras de El Luxe, un barrio que recordaba que era conocido por sus fastuosas reuniones en las azoteas y los tugurios ocultos de los que se suponía que yo no sabía nada. Reaver nos condujo directos hacia uno de los pasadizos cubiertos de enredaderas de los que solía hablar Ian. A él sí le habían permitido salir de Wayfair y explorar la ciudad cuando

éramos jóvenes, así que yo solo conocía de oídas los túneles con enrejados que serpenteaban por todo el Distrito Jardín y conducían a cualquier sitio que quisieras ir.

El sonido lejano de un chillido agudo hizo añicos el tenebroso silencio de la ciudad. Del tipo que solo una criatura podía hacer.

Un *Demonio*.

—Por todos los dioses —susurré—. La neblina. Debe haber atraído a los Demonios del Bosque de Sangre. No pretendía…

No había pensado en eso.

—Entonces, la suerte está de nuestro lado —sentenció Kieran desde detrás de mí mientras seguíamos a Reaver a través de un túnel cargado de flores de alverjillas—. Eso los mantendrá ocupados.

—Exacto —comentó Reaver.

Tenían razón, pero donde había Demonios, aguardaba la muerte. Apreté la mandíbula. No había querido eso, pero la muerte…

Era una vieja amiga, como había dicho una vez Casteel.

—No pienses en ello. —La mano de Kieran se cerró en torno a mi hombro—. Estamos haciendo lo que tenemos que hacer.

Era casi imposible no pensar en las consecuencias. ¿Y si los Demonios conseguían superar el Adarve aquí como habían intentado hacer en Masadonia? El Adarve no había fallado nunca, pero por lo que sabía, una neblina primigenia tampoco había invadido Carsodonia nunca.

Los pasos de Reaver se ralentizaron cuando salimos del túnel de olor dulzón, y vi que ni siquiera la neblina primigenia se atrevía a cubrir el templo de Nyktos. Era lo único visible.

El templo estaba asentado al pie de las laderas de los Acantilados de la Tristeza, detrás de un grueso muro de piedra que rodeaba la estructura entera. La calle estaba desierta cuando la cruzamos y pasamos por la verja abierta. Nos encontramos en un patio construido en piedra umbra. No pude reprimir un escalofrío cuando levanté la vista hacia los delgados pináculos y las lustrosas paredes negras como el carbón. De noche, la piedra umbra pulida parecía atraer a las estrellas del cielo y capturarlas en la piedra de obsidiana. El templo entero centelleaba como si hubiesen encendido un centenar de velas y las hubiesen dispuesto por todo el recinto.

Subimos las anchas escaleras y cruzamos entre dos gruesas

columnas. Las puertas estaban abiertas de par en par y conducían a un pasillo largo y estrecho.

—Si este templo se parece en algo al de Oak Ambler, la entrada a los subterráneos estará detrás de la sala principal —dijo Kieran.

—Podría haber sacerdotes y sacerdotisas —les recordé mientras echábamos a andar.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Kieran.

—¿Los quemamos?

Le lancé a Reaver una mirada ceñuda.

—Si no se interponen en nuestro camino, dejadlos tranquilos.

—Qué aburrido —comentó.

—Podrían advertir a otros de que estamos aquí —señaló Kieran —. No tenemos por qué matarlos, pero deberíamos evitar que hablaran.

Asentí mientras caminábamos hacia la cella, la sala principal del templo. La luz de la luna entraba por el techo de cristal y bañaba los suelos negros con suavidad. No había sacerdotes o sacerdotisas a la vista y solo unas cuantas docenas de los cientos de candelabros dispuestos por las paredes estaban encendidas. No había bancos ni reclinatorios para que los fieles se congregaran. Solo estaba el estrado y lo que había sobre la plataforma elevada.

Jamás había visto un trono semejante.

Tallado en piedra umbra, era más grande que los tronos tanto de Evaemon como de aquí. Enorme. La luz de la luna acariciaba la silla y centelleaba sobre el respaldo tallado con forma de luna creciente, igual que el trono de Wayfair.

—¿Nyktos se sentó alguna vez sobre este trono? —susurré.

—Solo por un tiempo breve. —Reaver se adelantó. Yo entré en la cella detrás de él.

—¿Por qué hay solo un…?

Las velas apagadas se prendieron de pronto y proyectaron una brillante luz blanca y plateada por toda la cella. Se me puso de punta el pelo de la nuca debajo de la capucha mientras miraba a mi alrededor.

Kieran se detuvo detrás de mí.

—Eso ha sido… raro.

—Es por ella. —Reaver continuó, directo hacia el lado derecho del estrado.

—¿Por mí?

—Llevas la sangre del Primigenio en tu interior —dijo—. Y estás en el templo del Primigenio. Está reaccionando a tu presencia. La esencia que queda aquí.

Todo eso sonaba un poco tonto, excepto por que sí que había una energía distinta en la cella, una que impregnaba el mismísimo aire que respiraba y crepitaba por encima de mi piel. El *eather* vibraba en mi pecho.

—Eres muy especial. —Kieran me dedicó una media sonrisa mientras bordeábamos el estrado.

—Mucho —dijo Reaver con sequedad. Miré ceñuda la espalda del *draken*.

—Ninguno de los dos sonáis como si lo pensarais en absoluto.

—*Tan* especial… —añadió Kieran.

Puse los ojos en blanco mientras pasábamos por una columnata. Vi varias puertas, todas cerradas. Diez en total. La frustración quemaba a través de mí mientras escudriñaba la zona.

—No sabrás por casualidad qué puerta debemos probar, ¿verdad?

—No. —Reaver se detuvo—. Ese hechizo. ¿Crees que funcionará desde aquí?

No estaba segura. Había querido usarlo una vez que estuviésemos bajo tierra, pero lord Sven había dicho que el hechizo seguiría operativo hasta encontrar el objeto, o a la persona, perdidos. Además, lo último que necesitábamos era tener que empezar a abrir puertas de manera aleatoria y toparnos sin querer con los sacerdotes y las sacerdotisas que tenían que estar por aquí en alguna parte. Tendríamos que probar el hechizo y cruzar los dedos.

—Puedo hacerlo aquí. —Alargué la mano hacia el morral, con la esperanza de tener razón en lo de que hubiera un acceso a los túneles de debajo de los templos—. Solo necesito…

Reaver giró en redondo de repente, en el mismo momento que lo hacía Kieran. Habían oído las pisadas silenciosas antes que yo. Me volví al tiempo que buscaba la daga, justo cuando una figura encapuchada aparecía en medio de las sombras entre las columnas. Se fundía tan bien con ellas que al principio casi no la vi.

Kieran levantó su espada y mi corazón empezó a martillear en

mi pecho. Esa figura, la altura y la forma y la voz…

—No hay necesidad de utilizar esa espada —nos aconsejó la figura encapuchada. Reconocí la voz de inmediato. *Malik*. Pero había algo más…

—Vamos a tener que estar en desacuerdo con eso —gruñó Kieran.

—No puedo culparte por creer eso. —Unas manos se levantaron para retirar la capucha. Sus brillantes ojos ambarinos nos miraron a los tres por turnos—. Os vi a todos salir con bastantes prisas de Wayfair y adentraros en la neblina a la carrera… dejando un buen desaguisado a vuestro paso.

Kieran había bajado la barbilla, su agarre era firme sobre la espada.

—¿Ah, sí?

Malik asintió, las manos siempre visibles a sus lados.

—Pensé que debía seguiros. Soy el único. De momento. No pasará mucho tiempo antes de que se percaten de vuestra ausencia. —Hizo una pausa—. Sé por qué estáis aquí.

—Enhorabuena —espetó Kieran—. Lo único que significa eso es que eres un obstáculo que solo tengo unos leves reparos en solventar.

Los ojos del príncipe se deslizaron hacia mí.

—Me has preguntado antes si sé cómo llegar hasta Cas. Sí sé —dijo. Estiré mis sentidos hacia él. No había escudos. Una determinación con sabor a nuez se arremolinó en mi garganta—. Por eso estoy aquí. Os llevaré hasta él y después tendréis que sacar el culo de la ciudad a toda velocidad.

—Sí, claro —musitó Reaver mientras Kieran me miraba de reojo —. Qué conveniente por tu parte aparecer justo ahora y mostrarte tan cooperativo.

—No es por conveniencia. Es un riesgo enorme. —Malik no apartó los ojos de los míos—. Puedes percibir mis emociones. Así sabrás que no estoy aquí para engañaros.

—Lo que siento no determina si mientes o no. Sobre todo si ocultas a propósito tus emociones y las sustituyes por otras.

—No lo estoy haciendo. —Dio un paso al frente, aunque se detuvo cuando Kieran levantó más su espada y le apuntó al pecho. Un músculo palpitó en su sien—. Ayudé a Cas después de que ella

te enviara ese *regalo*. Hice todo lo que pude por terminar con la infección que su cuerpo no podía combatir. Lo creáis o no, yo no quiero a mi hermano aquí. No lo quiero en ningún sitio cerca de aquí. Tenéis que confiar en mí con respecto a eso.

—¿Confiar en ti? —La carcajada de Kieran fue áspera.

—No tenemos tiempo para esto —intervino Reaver—. Matadlo, o aseguraos de que no pueda traicionarnos.

Los ojos de Malik refulgieron con intensidad.

—Es por ella. Tienes razón. Estoy aquí por ella.

Noté el sabor agrio, casi amargo, de la angustia otra vez. Era potente, pero lo que cortó a través era dulce, me recordaba a chocolate y bayas.

Contuve el aliento de pronto.

—¿Millicent?

—¿La doncella personal? —preguntó Kieran, el ceño fruncido.

Malik asintió.

—Casi todo… —La voz de Malik se volvió más ruda—. Casi todo lo que he hecho ha sido por ella. Es mi corazón gemelo.

Me quedé boquiabierta. *Eso* sí que no me lo había esperado.

—¿Qué demonios? —musitó Kieran, y su espada bajó un par de centímetros—. ¿La doncella personal? ¿La *Retornada*? ¿Esa mujer tan rara y posiblemente desquiciada que…?

—Cuidado. —La cabeza de Malik giró con brusquedad hacia Kieran mientras la ira palpitaba a través de él—. ¿Recuerdas cuando te dije que no debías enredarte con Elashya? ¿Que hacerlo solo te rompería el corazón?

—Sí, lo recuerdo. —La piel de Kieran dio la impresión de afinarse—. Te dije que si volvías a sacar el tema, te arrancaría el jodido cuello.

—Exacto. —La sonrisa de Malik era relajada, pero el ardor ácido que sentí prometía violencia—. Todavía te quiero como a un hermano. Es probable que no lo creas, pero no te equivoques, si dices una sola cosa negativa más sobre Millicent, seré yo el que te arranqué *a ti* el jodido cuello.

Arqueé las cejas.

—Todo esto es muy conmovedor y demás —bufó Reaver—, pero de verdad que no tenemos tiempo para ello.

—Te quedaste por ella —murmuré. Malik se estremeció.

—He hecho muchas cosas inimaginables por ella. Cosas que ella *nunca* sabrá.

En ese instante tomé una decisión. Di un paso al frente.

—Te creo, aunque eso no significa que confíe en ti. Muéstranos dónde está Casteel. Pero si nos traicionas, te mataré yo misma.

Capítulo 30

Malik nos condujo por delante de la hilera de puertas y hacia las profundidades del templo. El punto de entrada era una puerta que jamás se nos hubiese ocurrido abrir, una que llevaba a una despensa que ocultaba una pared falsa.

La entrada a la cámara subterránea era estrecha y parecía tan vieja como el templo. De hecho, los escalones se desmigajaban bajo nuestro peso. Daban a un pasillo que se bifurcaba en numerosos ramales y no recorríamos más de tres o cuatro metros antes de girar a izquierda o a derecha.

No tenía ni idea de cómo nadie podía recordar ese camino, pero de una cosa estaba segura: puede que el hechizo hubiera funcionado aquí abajo, pero jamás hubiéramos encontrado el camino de vuelta sin haber atravesado el techo y solo los dioses sabían qué más. Porque no había forma de que siguiésemos debajo del templo.

Ninguno de nosotros le quitábamos el ojo de encima a Malik. La desconfianza de Kieran en su antiguo amigo era tan fuerte como su necesidad reticente de creer que Malik no había abandonado a su familia y a su reino en pro de la Corona de Sangre. Se estaba resistiendo a ella. Lo saboreaba y lo veía cada vez que mi atención volvía con el príncipe desde donde fuese que nos estuviera guiando.

Había ira en la expresión de su mandíbula. Esperanza en la forma en que se hinchaba su pecho de golpe. Desilusión en cómo entornaba los ojos. Incertidumbre en las miradas que me lanzaba, miradas que reflejaban las mías. ¿Nos habríamos equivocado? Y si no lo habíamos hecho, ¿justificaba la razón de Malik para permanecer con la Corona de Sangre todas y cada una de las cosas que había hecho?

—¿Por qué no has ayudado a Casteel a escapar? —pregunté—. Podrías haberlo hecho en cualquier momento.

—Ya has visto cómo está. No hubiera llegado lejos —respondió Malik con los dientes apretados—. Además, habrían descubierto su desaparición enseguida. Lo habrían atrapado y la cosa no hubiera acabado bien para Cas.

—Podrías haberlo sacado de la ciudad y haberlo llevado con nosotros —lo desafió Kieran.

—No la dejaré aquí —dijo Malik sin dudar ni un instante—. Ni siquiera por Cas.

El conflicto de Kieran aumentó, pero el mío se redujo. Porque eso era algo que podía entender. Yo había elegido salvar a Casteel por encima de mi padre antes de partir hacia Carsodonia.

—¿Cuánto queda? —preguntó Reaver.

—No mucho —le aseguró Malik—. Pero tenemos que darnos prisa. Me crucé con Callum unos minutos antes de que sonaran los cuernos y él salió pitando en busca de Isbeth. Nos enzarzamos —explicó, y fue entonces cuando me fijé en sus nudillos. Estaban rojos, la piel magullada y desgarrada, aunque ya se estaba curando. Estaba claro que había tenido una pelea—. Callum estaba…

—¿Estaba qué? —pregunté. Malik me miró de reojo.

—Solo estaba diciendo no sé qué tonterías sobre Cas. Siempre está diciendo tonterías. Aun así, me dio mala espina. Iba a ir a ver cómo estaba Cas yo mismo cuando la neblina llegó a la ciudad y os vi a vosotros.

—¿Crees que le hizo algo? —Un viento frío de preocupación sopló a través de mí.

—Cualquier cosa es posible con ese cabrón.

Mi inquietud aumentó. Todo parecía igual que diez pasos más atrás. Empecé a temer que nos la hubiese jugado y que tendría que matar a Malik en este laberinto subterráneo.

Doblamos una esquina y nos llegó un olor a moho y descomposición. Unas paredes húmedas iluminadas por antorchas aparecieron ante nosotros, así como un pasillo largo y recto con solo una celda a la izquierda. Un gruñido profundo y espantoso retumbó desde el interior.

Se me escapó una especie de sonido deshilachado. Aceleré el paso y luego eché a correr. Adelanté a Malik…

—Poppy —gritó Kieran cuando entré a la carrera por la abertura que daba a la celda…

Frené en seco y me atraganté con mi propio grito cuando la *criatura* encadenada a la pared se abalanzó hacia mí, los brazos estirados. La sorpresa se apoderó de mí. Mis pies resbalaron de debajo de mi cuerpo y caí de culo, fuerte, pero no siquiera sentí el impacto de la caída.

Apenas *lo* reconocía.

Tenía la piel de una palidez cadavérica, casi como la de un Demonio. Los despampanantes planos y ángulos de su rostro estaban contorsionados, los labios retraídos y los colmillos más gruesos y largos que había visto en la vida. Sus ojos… Por todos los dioses, estaban negros como el carbón. No se veía ni rastro de ámbar. Y su pecho…

Un agujero irregular desgarraba el centro de su pecho, justo por debajo del corazón. La sangre empapaba su estómago. El suelo. Me di cuenta de que eso era lo que me había hecho resbalar.

—Oh, por todos los dioses —exclamé, el corazón partido.

Casteel lanzaba tarascadas al aire, las cadenas chirriaron cuando tiró de ellas hasta tensarlas. La banda de piedra umbra se clavaba en su cuello, pero eso no le impedía lanzarme zarpazos y gruñir.

—No. —Kieran me agarró de los hombros y me arrastró hacia atrás mientras su agonía apaleaba mis sentidos. Miró al hombre que era más que un amigo para él—. *No*.

Abrí mis sentidos y los estiré hacia Casteel mientras Kieran me ponía en pie. No me topé con ninguna pared. Con ninguna ira o dolor. Ni siquiera con un indicio de angustia. No había nada más que un enorme vacío carmesí de hambre infinita e insidiosa.

No quedaba ni rastro de Casteel en la densa neblina roja de la sed de sangre.

—Ayer no estaba así. —Me estremecí—. Esa herida…

—Callum —gruñó Malik. Entró en la celda, pero se mantuvo cerca de la pared mientras Casteel se giraba hacia el lado para seguir todos los movimientos de su hermano. Su pecho ensangrentado vibraba de un modo sonoro—. Ha sido él.

La furia explotó en mi interior, removió la esencia primitiva.

—Lo quiero muerto.

—Tomo nota —dijo Reaver desde la entrada.

—Tenemos que calmarlo. —Empecé a acercarme—. Después…

El brazo de Kieran se cerró en torno a mi cintura y me apretó contra su pecho.

—No hay forma humana de que te vayas a acercar a él. —Los ojos de Casteel saltaron hacia nosotros, la cabeza ladeada mientras gruñía—. Es… está demasiado perdido —murmuró Kieran, la voz ronca.

Mi corazón trastabilló hasta pararse. Dolía.

—No. No lo está. No puede estarlo. —Me froté la sangre de la palma de la mano. La espiral dorada lucía tenue a la apagada luz de las velas—. Sigue vivo.

—Pero está perdido en la sed de sangre, Poppy. —La voz de Kieran estaba cargada de esquirlas de dolor—. No te reconoce. —Casteel trató de atacar de nuevo. La cadena lo frenó en seco. Lancé un grito cuando se tambaleó y cayó sobre una rodilla.

—Ese no es Cas —susurró Kieran, que había empezado a temblar.

Esas cuatro palabras amenazaban con destruirme.

—Pero podemos traerlo de vuelta. Solo necesita alimentarse. Estaré bien. No puede matarme. —Tiré del brazo de Kieran. Cuando no me soltó, me giré hacia él, nuestras caras a meros centímetros—. Kieran…

—Lo sé. —Kieran plantó una mano detrás de mi cuello y tiró de mi frente hacia la suya—. Necesita alimentarse, pero no te reconoce, Poppy —repitió—. Te hará *daño*. No puedo quedarme aquí de brazos cruzados y permitirlo. No quiero ver cómo te pasa eso. No quiero verlo a él destrozado cuando salga de la sed de sangre y se dé cuenta de lo que ha hecho.

Me recorrió otro escalofrío.

—Pero tengo que ayudarlo…

—Lo que necesita mi hermano es alimentarse y disponer de

tiempo para que eso lo saque de su sed de sangre. Es posible que tenga que alimentarse varias veces. Algo para lo que ahora no tenemos tiempo —dijo Malik, mientras apartaba unos mechones de pelo más cortos de su cara—. Tenemos que sacarlo de aquí. Llevarlo a algún lugar seguro donde tengamos tiempo. —Un músculo palpitó en su sien mientras miraba a su hermano—. Sé de un sitio. Si conseguimos llevarlo hasta ahí, estaremos a salvo al menos un día o dos.

—¿Hablas en serio? —explotó Kieran. La cabeza de Casteel voló hacia nosotros—. ¿Esperas que confiemos en ti?

Malik apretó los labios.

—No tenéis demasiadas opciones, ¿no crees?

—Literalmente, salir de aquí directos a los brazos de esa zorra de reina sería mejor opción —escupió Kieran.

—Vamos, hombre. Sabes que no podemos alimentarlo aquí. Sabes que necesita tiempo. —Los ojos de Malik brillaban igual que joyas de cuarzo mientras se encaraba con Kieran—. Si intentamos hacerlo aquí, nos van a atrapar, y todos nosotros… sí, *todos* nosotros, vamos a desear estar muertos.

Eso no podía suceder.

—¿Cómo lo sacamos de aquí?

—¿De verdad quieres arriesgarte a hacer esto? —inquirió Kieran —. ¿Con él?

—¿Cuánto tiempo tarda uno en recuperarse de la sed de sangre? —pregunté en lugar de responder—. ¿Cuánto tiempo hasta que la persona vuelve a parecerse siquiera a sí misma? —Kieran tomó aire, pero no le salieron las palabras. Apartó la mirada y se pasó una mano por la cara—. No tenemos elección —dije, suavizando la voz —. Malik lo sabe. Yo lo sé. Tú también lo sabes. Así que ¿cómo lo sacamos de aquí?

La mano de Kieran cayó a su lado.

—Tendremos que dejarlo inconsciente.

Se me secó la garganta.

—¿Tenemos que hacerle daño?

—Es la única manera. —Kieran negó con la cabeza—. Y luego habrá que cruzar los dedos para que permanezca inconsciente el tiempo suficiente.

Con el corazón apesadumbrado, me giré hacia Casteel, que se

debatía como loco, empeñado en llegar hasta mí. No vi nada de él en su cara. En sus ojos.

—Yo… no sé si puedo hacerlo sin causarle aún más daño. Nunca he utilizado la esencia para algo así y…

—Puedo hacerlo yo —aportó Malik—. Kieran, voy a necesitar que lo distraigas lo suficiente como para poder acercarme a él por detrás.

Kieran asintió con sequedad y pasó a la acción. Giró en torno a mí y un segundo después, Malik se coló por debajo de la cadena. Casteel dio media vuelta como una exhalación, pero Malik ya estaba detrás de él. Cerró un brazo alrededor del cuello de su hermano y apretó su tráquea con lo que sabía que estaba a un centímetro de aplastarle el cartílago.

Casteel se lanzó hacia atrás y estampó a Malik contra la pared, pero este no lo soltó. Apretó y apretó mientras Casteel arañaba sus brazos, el aire…

Quería apartar la vista. Quería cerrar los ojos y gritar, pero me forcé a mirar. A observar mientras los movimientos de Casteel se volvían más torpes y lentos y por fin se quedaba flácido entre los brazos de Malik.

Tardó minutos.

Minutos que supe que me atormentarían.

—Por todos los dioses —gruñó Malik. Tumbó a Casteel con suavidad en el suelo. Se giró hacia la pared—. ¿Las cadenas? Están muy bien agarradas.

—¿Reaver? —dije con voz rasposa—. ¿Puedes romperlas?

El *draken* se acercó y se arrodilló cerca de la pared. Nos miró.

—Sugeriría dejarle las cadenas puestas hasta que sepamos que está tranquilo.

—No. —Di un paso adelante—. Quiero las cadenas fuera.

—Yo también —dijo Kieran—. Aunque es posible que las necesitemos cuando se despierte.

—Sí —convino Malik—. Lo último que necesitamos es que se nos escape.

Odiaba esto. Odiaba todo este asunto.

—¿Podemos al menos quitarle los grilletes de los tobillos y del cuello?

Malik asintió. Miró a su hermano desde lo alto.

—Sí, eso podemos hacerlo —dijo, la voz pastosa.

Reaver se inclinó hacia delante y abrió la boca mientras Kieran me hacía girar en dirección contraria.

—Por todos los dioses —oí a Malik exclamar cuando unas llamas plateadas iluminaron las paredes oscuras—. Eres un jodido *draken*. —Hubo un momento de silencio—. Por eso estaban chamuscados esos caballeros.

Los ojos de Kieran conectaron con los míos cuando oí caer una pesada cadena que repiqueteó contra la piedra. En silencio, levantó las manos hacia mis mejillas. Otra cadena golpeó el suelo. Me encogí un poco. Kieran deslizó los pulgares por mis mejillas para secar mis lágrimas. Una tercera cadena cayó con estrépito y Kieran deslizó los ojos detrás de mí. Unos momentos después, asintió y me soltó. Me volví para ver a Reaver dejar con cuidado las cadenas de hueso todavía enganchadas a los grilletes de las muñecas de Casteel sobre su pecho demasiado quieto.

Me miré la palma de la mano. La marca dorada brillaba con suavidad en la celda oscura. *Está vivo*. No hacía más que decirme eso. *Está vivo*.

Kieran fue hasta Casteel.

—Yo lo llevaré.

—No —escupió Malik—. Es mi hermano. Y si lo quieres, vas a tener que arrancarlo de mis dedos muertos. Lo llevo yo.

Kieran tenía aspecto de querer hacer justo eso, pero cedió.

—Bueno, ¿a dónde vamos?

Malik echó a andar.

—A casa de un amigo.

Lo seguí fuera de la celda, pero me detuve el tiempo suficiente para poner una mano sobre la piedra. La esencia rugió a través de mí para derribar el techo de la celda.

No volverían a retener a nadie más ahí.

Seguimos a Malik a través de un enrevesado laberinto de pasillos y túneles hasta que giró por un pasadizo estrecho y agobiante que olía a tierra mojada y aguas residuales. Supe que estábamos cerca

del nivel del suelo.

La abertura que vimos más adelante parecía ser lo que quedaba de una pared de ladrillo. Se había medio derrumbado y había dejado una abertura lo bastante grande para que pudiéramos colarnos por ella. Le pisaba los talones a Malik, sin apartar casi los ojos de Casteel. No se había removido ni una sola vez bajo la capa de Kieran, que le habían echado por encima para ocultar su cuerpo y las cadenas.

No había tiempo para pararse a curar la herida de Casteel, algo que me dolía en el alma a cada paso que dábamos. Pero ese tipo de herida no llevaría solo unos segundos cerrarla, y corríamos el riesgo de despertarlo en el proceso.

—¿Qué planeabais hacer cuando encontraseis a Cas? —preguntó Malik mientras me colaba por la abertura y los bordes cortantes de los ladrillos se enganchaban en mi capa—. ¿Abriros paso luchando por las puertas principales? —Recibió solo silencio como respuesta, mientras me enderezaba y miraba a mi alrededor. La neblina seguía siendo espesa ahí, pero no tanto—. Eso es justo lo que pensabais hacer. —Malik maldijo en voz baja—. ¿De verdad creéis que lo hubieseis logrado? ¿Aunque los Demonios no se hubiesen unido a la juerga?

—¿Tú qué crees? —Kieran se reunió con nosotros en el exterior, seguido por Reaver.

—Lo que creo es que os hubiesen atrapado a todos ahí abajo. Y aunque Cas no hubiera estado como estaba, Isbeth habría hecho justo lo que amenazó con hacer una vez que se diera cuenta de que no estabais.

—Amenazó con alinear a niños en las murallas y las puertas del Adarve —contesté. Sentí la mirada de Kieran sobre mí cuando di la vuelta y miré arriba. En lo alto, la neblina ahogaba la luz de las farolas, pero logré ver lo suficiente como para saber dónde estábamos—. El Puente Dorado.

—Sí. —Malik empezó a trepar por la pendiente de la orilla, su figura encapuchada casi desaparecida en la neblina. El suelo estaba embarrado y lleno de una porquería en la que no quería pensar—. Esta entrada a los túneles se hundió hace unos años. Los Demonios han estado saliendo por ahí, pero nadie la ha arreglado.

—¿Saliendo? —preguntó Kieran después de que varias

andanadas de flechas en llamas iluminaran el cielo más allá del Adarve. Aparté mi vista de la zona.

—¿Qué crees que les pasa a los mortales con los que los *vamprys* se ponen un poco demasiado glotones? No pueden dejar que se transformen en sus casas —explicó Malik cuando coronábamos la pendiente. Continuamos adelante por la densa y turbulenta neblina—. Los dejan tirados en los subterráneos, donde se transforman. A veces, salen; ya sabéis, cuando los dioses están enfadados. Aunque, claro, una porción importante de los diezmos entregados a los templos ayuda a aliviar la ira lo suficiente como para lidiar con los Demonios.

Entorné los ojos sobre la espalda de Malik.

—¿Y a ti eso te parece bien? ¿Que a gente inocente la conviertan en monstruos? ¿Que le quiten el dinero a personas que no se lo pueden permitir?

—Nunca he dicho que nada de eso me pareciese bien —repuso Malik.

—Pero aquí estás. —Reaver escudriñó la neblina y la calle desierta—. ¿Aceptándolo todo por una hembra?

—Tampoco he dicho en ningún momento que lo aceptara.

Después de eso, nadie dijo nada durante un buen rato, aunque Kieran parecía vigilar a Malik con mayor atención aún. Caminamos por lo que sabía que eran las afueras del claustrofóbico barrio de Croft's Cross, aunque no lograba ver ninguno de los edificios amontonados unos sobre otros en filas escalonadas y apelotonadas. Fueron el aroma del mar y el olor de demasiadas personas forzadas a vivir en un sitio demasiado pequeño lo que me dio la pista.

La neblina se estaba difuminando por los bordes del barrio cercano al mar. Vi una porción mayor de las aguas besadas por la luz de la luna, pero seguían gritando órdenes desde el Adarve, seguían disparando flechas. Y no habían hecho sonar ningún cuerno para alertar a los ciudadanos de que todo era seguro.

La neblina era más húmeda aquí, más cerca del océano, y una fina película de sudor perlaba mi frente bajo la capucha. Las estrechas calles de lo que parecían ser tiendas y casas estaban vacías y silenciosas en la niebla. Ni siquiera se oían nuestras pisadas cuando cortamos entre dos edificios de un solo piso y empezamos a subir por el empinado camino, un sendero de tierra entre abedules.

—¿Quién es este amigo? —preguntó Kieran, rompiendo el silencio—. ¿Y hasta dónde demonios vamos a caminar? ¿Hasta Atlantia?

—Hasta Stonehill —repuse yo mientras Malik soltaba una carcajada breve—. ¿Verdad?

—Verdad.

Stonehill era un barrio entre Croft's Cross y el mar Stroud, al que los que tenían un poco de dinero pero no mucho llamaban «hogar». Por lo general, había una familia por edificio y poco espacio entre las casas, casi todas de una planta con azoteas de terracota utilizadas como patios.

—¿Y este amigo? —insistió Kieran mientras encontrábamos el camino a otra acera irregular más.

—Alguien en quien se puede confiar —repuso Malik cuando llegamos a una casa de estuco sin patio y con una puerta que daba directa a la acera. Vi que estaba a oscuras detrás de las dos ventanas de cuarterones a ambos lados de la puerta—. Él se llama Blaz. Su mujer, Clariza.

—¿Y de qué los conoces? —pregunté, al tiempo que él le daba un golpe a la parte baja de la puerta con la punta de su bota—. ¿Por qué habríamos de confiar en ellos?

—Conocí a Clariza un día en la Ciudad Baja, cuando ella y sus amigos sacaban barriles a escondidas de un barco que provenía de las islas Vodina. Barriles que tenían un sospechoso olor a polvo negro —precisó. Le dio otra patadita a la puerta, lo cual revolvió la neblina—. Y deberíais confiar en ellos porque, de hecho, esos barriles sí que llevaban polvo negro que planean utilizar para hacer volar por los aires las murallas interiores de Wayfair.

Reaver se giró despacio hacia él.

—¿Qué demonios?

Descendentes. Tenían que ser Descendentes. Pero ¿cómo estaba implicado Malik?

—También deberías saber —continuó Malik— que no creen que seas una Heraldo de muerte.

Bueno, eso estaba bien.

—¿Y tú? ¿Tú lo crees?

Malik no dijo nada.

Justo entonces, la puerta se abrió una rendija para revelar una

franja de una mejilla morena y un ojo marrón. El ojo se levantó hacia las oscuras profundidades de la capucha de Malik, bajó luego hacia el cuerpo tapado en sus brazos y por fin saltó hacia donde esperábamos los demás. El ojo se entornó.

—¿Quiero saberlo siquiera?

—Es probable que al principio no —admitió Malik, con una voz apenas más alta que un susurro—. Pero sí querrás, una vez que sepas a quién tengo en brazos y quién viene conmigo.

Kieran irradiaba recelo con sabor a vinagre, casi pegado a la espalda de Malik.

—¿A quién tienes en brazos? —exigió saber el hombre que solo podía suponer que era Blaz, en voz igual de baja.

No creí que Malik fuese a contestar.

Pero lo hizo.

—Al rey de Atlantia.

Me quedé boquiabierta.

—Una mierda —balbuceó Blaz.

—Y conmigo viene su mujer —continuó Malik. Por un instante, pensé que Reaver se lo comería—. Ya sabes, *la* reina.

—Repito: una mierda —repuso Blaz.

Con un suspiro, Malik se giró hacia donde estaba yo.

—Demuéstraselo.

—Sí. —El ojo se entornó aún más—. Demuéstramelo y luego dime qué ha fumado este tipo para que aparezca a la puerta de mi casa en una noche como esta contando historias tan locas.

El hecho de que el hombre no hubiese empezado a dar gritos al oír mencionar a Atlantia era algo reconfortante.

Decidí que ya estábamos hasta el cuello en lo que fuese esto, así que pasé junto a Kieran y me detuve al lado de Malik. Retiré la capucha de mi capa.

Ese ojo escudriñó mi cara y luego saltó de vuelta a la cicatriz de mi frente. Se abrió de par en par.

—Santo cielo —exclamó, al tiempo que Kieran estiraba el brazo y volvía a calarme la capucha—. Eres tú. De verdad eres tú. Santo cielo.

—¿Tan bien conocidas son mis cicatrices? —pregunté.

—¿Cicatrices? —farfulló Blaz mientras abría la puerta de par en par—. Santo cielo sobre un bocadillo de sardinas. Pasad, pasad.

—Estoy un poco preocupado por este mortal —musitó Reaver.

Yo estaba más que un poco preocupada por todo aquello, pero cuando Malik entró, lo seguí sin vacilar porque llevaba a Casteel en brazos. Kieran me pisaba los talones cuando entramos en el pequeño vestíbulo. El espacio no tenía ninguna luz, así que todo lo que pude distinguir fue el contorno de lo que parecían sillas bajas.

—No son las cicatrices —dijo Kieran en voz baja mientras Blaz cerraba la puerta detrás de Reaver—. Son tus ojos. Están veteados de plata. Llevan así desde que entraste en la escalera de Wayfair.

Parpadeé deprisa, aunque no tenía ni idea de si eso ayudaría, ni si lo hizo. Quizás la adrenalina fuese la causante…

—¿Blaz? —llegó una voz dulce desde el estrecho pasillo, iluminado por un único aplique de pared—. ¿Qué pasa?

—Deberías venir aquí. —Blaz retrocedió despacio hacia el pasillo. El pelo del hombre era llamativo. Unos ardientes mechones rojos rozaban la piel a la altura de su sien, una piel que seguro que se quemaba tras unos pocos minutos al sol. Una barba de un color un poco más oscuro cubría su mandíbula—. Tenemos invitados. Elian y unos invitados especiales.

—¿Elian? —repetí en voz baja, pues me parecía reconocer el nombre.

—Es su segundo nombre. —Kieran asintió en dirección a la espalda de Malik—. En honor de su antepasado.

Elian Da'Neer. El que había invocado a los dioses después de la guerra con las deidades para suavizar las relaciones con los *wolven*. El primer vínculo entre un *wolven* y un atlantiano fue resultado de aquella reunión. ¿Sería por eso que Tawny no había conocido a Malik cuando había estado en Wayfair? ¿Porque lo había conocido como Elian?

Un momento después, una figura bajita salió de una de las habitaciones del pasillo a la luz de la lámpara. Una melena de pelo oscuro hasta los hombros enmarcaba unas mejillas beige oliva y una barbilla redondeada. La mujer parecía tener más o menos la misma edad que Blaz, en algún punto de su tercera década de vida. Llevaba una bata oscura, ceñida con un cinturón.

Sus manos no estaban vacías.

Clariza llevaba una delgada daga de hierro mientras avanzaba con cautela.

—¿Qué tipo de invitados especiales nos has traído, Elian? —preguntó. Sus ojos oscuros e inteligentes saltaron hacia el grupo y se demoraron en Reaver, cuyo rostro era el único visible. Sus pupilas estaban normales, pero aun así la mortal tragó saliva.

—Al rey de Atlantia —repuso Blaz, reuniéndose con su mujer—. Y a la reina.

—Y una mierda. —Clariza expresó el mismo sentimiento que su marido—. ¿Has estado bebiendo Ruina Roja?

Casteel podía despertar en cualquier momento. Me adelanté para evitar cualquier esfuerzo prolongado para demostrar nuestras identidades cuando podía limitarme a enseñárselo. Retiré la capucha y dejé que cayera sobre mis hombros.

Clariza abrió los ojos como platos.

—Santo cielo.

—Lo que dice es verdad. Me llamo Penellaphe. Puede que en el pasado me conocierais como la Doncella. El que está en brazos de Malik es mi marido, que ha estado cautivo de la Corona de Sangre —los informé, y me fijé en cómo Clariza apretaba la mandíbula—. Lo han herido y necesita un refugio para que yo pueda ayudarlo. Nos han traído aquí porque nos han dicho que podíamos confiar en vosotros.

Sin apartar la vista de mí, Clariza hincó una rodilla en tierra. Se llevó una mano al corazón y la otra, que sujetaba la daga, la apretó contra el suelo. Su marido hizo otro tanto.

—De sangre y cenizas —dijo, e inclinó la cabeza.

—Resurgiremos —terminó Blaz.

Me estremecí. Esas palabras reverberaron en mi interior, el significado muy diferente a la primera vez que las oí.

—Eso no es necesario. No soy vuestra reina —dije, y miré la figura amortajada de Casteel—. Solo necesitamos algo de espacio. Un lugar privado donde pueda ayudar a mi marido.

La cabeza de Malik voló en mi dirección, pero no dijo nada.

—Puede que no seas nuestra reina ahora —dijo Clariza, levantando la cabeza—, pero eres una diosa.

—Lo soy. —Tragué saliva con esfuerzo, agobiada por la preocupación—. Pero aun así, no hay necesidad de que os inclinéis ante mí.

—No era lo que esperaba oír de una verdadera diosa —farfulló

Blaz—. Pero tampoco voy a quejarme. —Alargó el brazo hacia su mujer y la tomó de la mano para ponerse en pie a la vez—. Lo que necesitéis.

—¿Una habitación? —sugirió Malik—. Con una puerta sólida. —Hizo una pausa—. También las paredes. Solo por si acaso.

Clariza frunció el ceño.

—Tenemos una habitación que solía utilizar la madre de Riza. —Blaz giró en redondo y echó a andar—. No estoy seguro de cuán sólidas sean las paredes y la puerta, pero están en pie.

Lo seguimos. Pasamos por delante de lo que parecía la entrada a una zona de estar y hasta otra puerta cerrada. Blaz abrió la puerta redondeada de la izquierda en el otro extremo del pasillo.

—Le han negado el alimento, ¿verdad? —preguntó Clariza mientras su marido entraba en la habitación a toda prisa y encendía una lámpara de gas en una mesita auxiliar.

Mis ojos volaron hacia la mujer mientras Malik llevaba a Casteel hasta la estrecha cama. Las cadenas entrechocaron cuando lo tumbó en el colchón. Eso llamó la atención de Blaz.

—Mi bisabuela era atlantiana —explicó Clariza—. Mi abuela solía contarme lo que sucedía cuando su madre no podía encontrar con facilidad a otro atlantiano del que alimentarse. Por lo que recuerdo, sonaba como si muchas paredes y puertas no fuesen lo bastante fuertes.

Tenía muchas preguntas acerca de por qué su familia había elegido quedarse y no volver a Atlantia, pero esas preguntas tendrían que esperar. Fui hacia el otro lado de la cama. Malik retiró la capa.

—Jodidos dioses. —La exclamación de Blaz acabó en un sonido atragantado—. Perdón. Es probable que eso haya sido ofensivo. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada. —Se me volvió a romper el corazón al ver la piel demasiado pálida de Casteel y la espeluznante herida.

—Mierda —maldijo Malik, y mis ojos volaron hacia el rostro de Casteel. La oscura franja de sus cejas se había fruncido. Vi cómo la tensión se filtraba en las líneas angulosas de su cara.

—Deberíais salir todos de aquí —advirtió Kieran, mientras Malik agarraba las cadenas. Las levantó del pecho de Casteel—. Está a punto de despertar.

Capítulo 31

Clariza agarró el brazo de su marido y ya había empezado a retroceder hacia la puerta.

—Prepararé algo de comida y calentaré algo de agua limpia. Necesitará ambas cosas.

—Gracias. —Forcé una sonrisa y le lancé una mirada a Reaver. El *draken* percibió mi voluntad y se giró hacia los mortales.

—Os ayudaré.

En otras palabras, mantendría un ojo puesto en ellos. Puede que fuesen Descendentes y ahora mismo planearan lanzar algún tipo de ataque sobre Wayfair, pero eso no significaba que les confiara la vida de Casteel.

—Claro. Puedes contarnos de dónde eres mientras ayudas —oí que Clariza decía mientras salía al pasillo—. ¿Tu lugar de origen está muy al este?

Por lo general, esa hubiese sido una cosa rara de decir, excepto por el hecho de que Reaver procedía del lugar más al este posible.

—Tú vas a tener que contarnos muchas cosas después de que acabéis aquí. —Blaz señaló con el dedo a Malik tras pararse en el umbral de la puerta—. Muchas cosas.

Con eso, la puerta se cerró. Miré a Malik.

—¿Saben quién eres?

—No —admitió—. No lo saben.

En ese momento, se abrieron los ojos de Casteel, sus iris negros como el carbón. No estaba preparada para ver eso otra vez. Mi corazón se rompió aún más, pero no había tiempo para darle vueltas a la cuestión.

Saltó de la cama y atacó como una víbora arrinconada. Me eché hacia atrás a toda velocidad. Choqué contra la pared y sus dedos arañaron la pechera de mi camisa mientras Malik enroscaba las cadenas alrededor de sus antebrazos y tiraba de Casteel hacia atrás con un ruido gutural. Con una maldición, Malik trató de arrastrar a su hermano de vuelta a la cama, pero Casteel tenía una fuerza increíble en este estado.

—Malik puede alimentarlo —masculló Kieran al tiempo que Casteel emitía un sonoro aullido—. Yo sujetaré las cadenas.

—No. —Me aparté de la pared. Los ojos de Kieran volaron hacia mí—. Yo tengo muchísimo más *eather* en mi interior. Mi sangre lo sacará de este estado mucho más deprisa, ¿no?

Kieran no respondió. Malik, sí.

—Es poco probable que mi sangre pueda hacer mucho por él a estas alturas —dijo. Apretó los dientes y clavó los pies en el suelo para intentar contenerlo—. Los dos lo sabemos. Ella es una diosa. Su sangre es la mejor opción.

La preocupación de Kieran llenó mi garganta como crema demasiado espesa. Su preocupación por mí y por Casteel.

—Puedo curarlo primero. Solo tengo que tocarlo. Eso debería calmarlo un poco.

Las cejas de Malik se arquearon con escepticismo justo cuando Casteel se volvía hacia él y lo obligaba a saltar sobre la cama y ponerse al otro lado.

—Solo necesito que uno de vosotros lo distraiga. —Agarré las mejillas de Kieran—. Lo calmaré primero, ¿vale? No dejaré que me haga daño. Ninguno de nosotros se lo permitiremos.

Un músculo se abultó contra la palma de mi mano. Los ojos de Kieran brillaban de un azul luminoso.

—Joder. Odio todo esto.

—Yo también. —Me puse de puntillas y le planté un beso en la frente. Un escalofrío sutil lo recorrió de arriba abajo, y luego me

soltó.

—Por favor…

Kieran no terminó la frase. No necesitó hacerlo. Me giré hacia Casteel, que estaba muy cerca de mí ahora. Gruñía y lanzaba dentelladas al aire.

—Yo me pondré detrás esta vez. —Kieran miró a Malik—. Necesito que consigas acercarlo a ti.

Malik asintió. Kieran respiró hondo.

—Una vez que logre inmovilizarlo, tienes que hacer lo tuyo. ¿Entendido?

Casteel aulló, el sonido era tan espeluznantemente parecido al de un Demonio que se me helaron las entrañas.

Pero no tenía miedo.

Nunca tenía miedo de Casteel. Ni siquiera en este estado.

—¿Lista? —preguntó Kieran.

—Sí.

Malik dio un tirón de las cadenas hacia él e intentó enroscarlas alrededor de uno de los postes de la cama. Casteel se retorció hacia su hermano y apartó los ojos de Kieran, momento en el cual el *wolven* corrió a ponerse detrás de él. Cerró un brazo alrededor de su pecho e inmovilizó sus brazos contra sus costados mientras metía una mano debajo de la mandíbula de Casteel.

Cas se volvió *loco*. Lanzaba golpes a diestra y siniestra, gruñía, escupía… Se tiró hacia atrás con todo su peso y estampó a Kieran contra la pared. El yeso se agrietó. La cadena resbaló del poste de la cama.

—*Ahora* —gruñó Kieran.

Eché mano del *eather* y empecé a conjurar pensamientos felices. Recuerdos de él y yo debajo del sauce en Masadonia. Recuerdos de él jugando con mi pelo y enseñándome a montar a caballo. Todos esos y más llenaron mi cabeza mientras cerraba la mano sobre su piel. Su piel fría, *helada*. Una luz blanca y plateada emanó de las yemas de mis dedos.

—No hagas esto —boqueó Kieran mientras Casteel se debatía con él e intentaba alcanzarme a mí. La aterradora intensidad de la sed de sangre de Casteel arrancó a Kieran de la pared—. Vamos, Cas. —Casteel se deshizo del agarre de Kieran alrededor de su cuello—. Mierda —gruñó Kieran. Sus botas resbalaron por el suelo

de madera, pero Malik estaba ahí para relevarlo. Tras soltar las cadenas, agarró a su hermano de la barbilla.

—Lo tengo.

—Por favor, Cas —dijo Kieran… suplicó, en realidad—. Tienes que dejar que Poppy te ayude a calmarte.

El gruñido con el que respondió Casteel me puso de punta todos los pelos del cuerpo, pero aun así el calor salió por mis dedos. Supe justo cuándo le golpeó la energía curadora porque Casteel se puso rígido. Esa red rutilante se extendió sobre él y llenó la habitación de luz durante un brevísimo segundo antes de filtrarse en su piel. La herida irregular de su pecho se inundó de *eather* y Casteel se tambaleó hacia atrás. Chocó con Kieran y los dos cayeron al suelo. Malik y yo los seguimos en su caída.

—Por todos los dioses —musitó Malik mientras observaba atónito cómo se curaba el pecho de su hermano a toda velocidad. El resplandor se había difuminado para revelar una brillante zona rosa de piel recién formada. Los ojos de Malik volaron hacia la cara de Casteel—. ¿Cas?

Tenía los párpados cerrados, los labios entreabiertos mientras jadeaba para recuperar la respiración. Temblaba tanto que sacudía a Kieran.

Deslicé la mano por su brazo. Su piel seguía demasiado fría.

—¿Casteel? —susurré.

Abrió los ojos como platos y vi un fino halo dorado cuando conectaron con los míos. Estaba ahí. Un pedazo de él recuperado, al menos.

Levanté mi muñeca hacia su boca.

—Tienes que alimentarte.

—N… no puedo —consiguió mascullar con voz gutural. Apartó la cabeza a un lado.

—Tienes que hacerlo. —Le puse la otra mano en la mejilla.

—Ap… apenas estoy *aquí*… ahora mismo. —Sus ojos volaron de vuelta hacia los míos y entonces lo vi: el brillo rojo en la oscuridad —. Tienes que alejarte de mí.

—Cas…

—Aléjate de mí. —El brillo rojo se intensificó.

—Jodido idiota —gruñó su hermano. Apretó la mano en torno a la barbilla de Casteel—. No tenemos tiempo para que te pongas

todo heroico y preocupado por tomar demasiada sangre de una maldita *diosa*.

La cabeza de Casteel dio un latigazo hacia atrás para estrellarse contra un lado de la de Kieran. Los tendones sobresalían de manera marcada en su cuello y retrajo los labios para mostrar sus colmillos.

—¡Alejadla de mí!

La fuerza de sus palabras me hizo tambalearme hacia atrás. Malik se giró hacia mí.

—No va a hacerlo sin una motivación muy fuerte. Como, por ejemplo, el olor de tu sangre.

—No —rugió Casteel, pataleando contra el suelo mientras empujaba a Kieran y a sí mismo hacia atrás. Malik perdió el agarre sobre la barbilla de su hermano.

—Hazlo. —Los músculos de los brazos de Kieran se abultaron en su esfuerzo por mantener a Casteel controlado—. Hazlo antes de que lo oiga el barrio entero.

Actué deprisa. Desenvainé la daga de hueso de *wolven* y apreté los labios para silenciar el bufido de dolor al deslizar el filo de la hoja por mi muñeca.

En cuanto el olor de mi sangre golpeó el aire, la cabeza de Casteel giró hacia mí a toda velocidad. Dejó de forcejear para liberarse y todo su ser pareció concentrarse en la sangre que resbalaba ya por mi piel.

—Aliméntate —le rogué—. *Por favor*.

Entonces agachó la cabeza de golpe.

Sus colmillos rozaron mi piel cuando su boca se cerró sobre la herida. Podría haber gritado de alegría cuando sentí su boca succionar mi piel. Bebió un trago profundo.

—Eso es —dijo Kieran en voz baja mientras retiraba mechones de pelo apelmazado de la cara de Casteel—. Eso está bien.

Me arrastré más cerca de él, mis piernas se enredaron con las suyas y acaricié su mejilla con cuidado. Mis sentidos rozaron contra la turbulenta oscuridad teñida de carmesí que parecía llenar cada rincón de su ser. Busqué su hambre voraz y encontré hilillos de angustia ácida mientras deslizaba los dedos por la áspera pelusilla de sus mejillas. Saboreé su pánico, gélido y profundísimo, pero no dejé de acariciar su mejilla. Su mandíbula. Era el tipo de daño mental que cortaba mucho más hondo que cualquier daño físico.

Cerré los ojos, canalicé algo de alivio hacia él como había hecho antes…

Casteel se movió sin previo aviso. Arrancó la boca de mi brazo, más deprisa de lo que ninguno de nosotros lo creyó capaz. Ninguno de nosotros tuvo oportunidad de reaccionar. Las cadenas arrastraron por el suelo cuando vino a por mí. Me agarró por la cadera, me arrastró debajo de él y su cuerpo cayó sobre el mío.

—¡Cas! —gritó Kieran.

La superficie fría e irregular del suelo de madera se clavó en mi espalda. Mi corazón dio un respingo sobresaltado cuando agarró la capa por donde estaba cerrada. Los botones volaron por los aires y tintinearon por el suelo. Su cabeza bajó a toda velocidad. El dolor ardiente de sus colmillos al perforar la piel de mi cuello fue intenso y repentino, hasta el punto de dejarme sin respiración unos instantes. Me mordí el labio mientras él succionaba con fuerza y movía la boca con ansia sobre mi cuello.

—Nop. —Kieran se alzó sobre nosotros y consiguió meter el antebrazo debajo de la barbilla de Casteel—. No vas a hacer eso.

Un violento gruñido retumbó a través de Casteel. Su mano derecha se hundió en mi pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás mientras colaba un brazo por debajo de mí. Atrapó mis brazos entre nosotros y tiró de mí hasta pegarme a él todo lo que pudo.

—Sé que no te gusta, pero te va a gustar mucho menos si le haces daño —le advirtió Kieran, al tiempo que cerraba la mano en torno al pelo de Casteel.

El retumbante gruñido de Casteel procedía de las mismísimas profundidades de su ser. Podía saborear su intensa sensación de desesperación. Era tan potente que casi oía sus palabras. *No es suficiente, no es suficiente*. Si lo parábamos ahora…

Lo perderíamos otra vez.

Busqué los ojos de Kieran con mi mirada, los encontré y forcé una sonrisa.

—No pasa nada.

—Y una mierda —gruñó Kieran.

—En serio —insistí. Y era verdad. La punzada de dolor era más como una quemazón ahora, pero se *estaba* difuminando. Esto no era un mordisco limpio como las veces anteriores, pero tampoco tenía nada que ver con cuando los Ascendidos se alimentaban. No

me sentía como si me estuvieran desgarrando desde el interior, y eso podía significar que quedaba más que solo un pedazo fragmentado de Casteel. Había varios más. Solo necesitábamos darle tiempo para recomponerlos—. Necesita más. Puedo *sentirlo*.

Conseguí liberar uno de mis brazos. Casteel hizo una especie de sonido desesperado y me llegó el tenue sabor amargo del miedo. ¿Creía que lo iba a apartar de mí? ¿Que iba a detenerlo?

Nunca.

Deslicé la mano por su mejilla pinchuda, sentí los músculos de su mandíbula trabajar al tragar. Enterré los dedos en su pelo, los enrosqué alrededor de la parte de atrás de su cabeza y lo sujeté en el sitio.

—Esto no me gusta —protestó Kieran.

—Si Cas para antes de que tome lo suficiente, será peor —advirtió Malik desde algún sitio en la habitación—. Lo sabes.

Kieran me sostuvo la mirada, pero luego maldijo y agachó la cabeza. Sacó el brazo de debajo del cuello de Casteel, aunque no fue lejos. Se acuclilló a nuestro lado.

A Casteel no le gustó nada la idea. Giró el cuerpo en dirección contraria a Kieran y metió el mío casi por completo debajo del suyo, contra la madera sólida al pie de la cama.

Su boca ni siquiera se separó de mi cuello, no dejó de succionar. Sentí cada tirón. Cada trago. Las fuertes succiones contra mi piel eran casi demasiado intensas, me cortaban la respiración una y otra vez.

Pero la neblina de nubes rojas dentro de él ya no parecía tan espesa. Empezaba a dispersarse. La angustia y la sensación de desesperación aún giraban en su interior, pero ahora había algo *más*. Succionó más fuerte, más profundo, sacó una exclamación ahogada de mis labios bien apretados.

Kieran se acercó a mí, pero el mordisco de Casteel ya no dolía. Solo ardía con un calor de un tipo diferente, uno que era muy inapropiado dada la situación.

Apreté los ojos con fuerza, me concentré en sus emociones y en el sabor que detectaba en él. Había un toque de tristeza, pero el dolor gélido se estaba difuminando. Y debajo de todo ello, debajo de la tormenta, había algo dulce y cálido…

Chocolate.

Bayas.

Amor.

El retumbar que hacía Casteel era más suave, más ronco. Su boca se ralentizó, las succiones se volvieron lánguidas aunque aún profundas. La mano se aflojó en torno a mi pelo, lo suficiente como para que la tensión se esfumara de mi cuello, aunque no me moví. El sabor ahumado y especiado que llenaba mi garganta invadió mi sangre. Casteel hizo ese sonido otra vez, ese retumbar grave y vibrante, y todo mi cuerpo se estremeció. Se giró sobre mí, su cuerpo se caldeó contra el mío. Traté de ignorar la tormenta que se acumulaba en mi interior, pero esos labios en mi cuello, la succión profunda y regular de mi sangre, que fluía de mí hacia él, hacían que me costara concentrarme en nada que no fuese en la sensación de su cuerpo contra el mío. Una presión dolorosa se instaló en mis pechos y más abajo, entre mis muslos, donde noté que él se engrosaba y se endurecía.

—Vaya, joder… —Oí musitar a Kieran un momento antes de que la cálida y mojada lengua de Casteel resbalara contra el lado de mi cuello y me provocara un intenso escalofrío palpitante por todo el cuerpo.

Abrí los ojos al instante.

—No estoy seguro de que este sea el momento correcto para nada de eso. —Kieran pasó un brazo alrededor de los hombros de Casteel y tiró de él hacia atrás un par de centímetros.

Casteel emitió un gruñido ahumado, pero no se parecía en nada a los sonidos salvajes y primitivos que había hecho antes. Este provenía de un tipo de hambre diferente. Una a la que mi cuerpo respondió con una oleada de calor húmedo. Pero el alivio… por los dioses, el alivio que rodaba por mi interior era igual de potente que la excitación.

Tras liberar mi otro brazo, puse ambas manos sobre sus mejillas y levanté la cabeza de Casteel. Unos brillantes ojos de oro bruñido conectaron con los míos.

—Cas —susurré.

Esos preciosos ojos centellearon húmedos. Con *lágrimas*.

—*Mi reina* —dijo, con una voz pastosa y cruda.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo mientras sujetaba los lados de su cara y veía por fin que el rico tono bronce dorado

había empezado a regresar a su piel. Levanté mis labios hacia los suyos…

Casteel giró la cabeza para apretar la mejilla contra la mía.

—No puedo sentir tu boca sobre la mía. —Sus palabras fueron un susurro crudo en mi oído—. Si lo hago, te voy a follar. Voy a entrar tan hondo dentro de ti que no habrá ni una parte a la que no llegue. Aquí mismo. Ahora mismo. No me importa quién esté en la habitación. Ya me está costando un esfuerzo supremo no estar dentro de ti.

Oh.

Oh, madre mía.

Alguien se aclaró la garganta. Podría haber sido su hermano y… bueno, en realidad no quería pensar en eso.

Con el pulso acelerado por el rico sabor ahumado que me inundaba, entreabrí unos labios repentinamente secos cuando él levantó la cabeza.

—Vale. Bueno, ¿cómo te sientes? Aparte de *eso*.

Unas espesas pestañas bajaron para entrecerrar sus ojos.

—Estoy… aquí. —Su garganta subió y bajó al tragar—. De una pieza.

Me estremecí otra vez. Esas no eran demasiadas palabras, pero sabía lo que quería decir. Kieran también. Su alivio fue potente, emanaba de él en oleadas refrescantes y terrosas.

Casteel sacó los dedos de mi pelo y deslizó las yemas por mi mejilla. En alguna parte del suelo, una cadena arrastró por la madera. Se quedó paralizado y sus ojos salieron disparados hacia ellas.

—Necesito quitarme esto. Ahora.

Mis ojos encontraron a Kieran.

—Trae a Reaver.

Malik no vaciló ni un instante antes de salir por la puerta. Poco a poco, los ojos de Casteel se separaron de las cadenas y volvieron con los míos.

—No pasa nada —le dije, sin dejar de deslizar los dedos por su pelo una y otra vez—. Te las quitaremos.

Casteel no dijo nada, esos ojos brillantes como diamantes fijos en los míos, su mirada intensa y absorbente. La vaciedad de sus rasgos se estaba rellenando, aunque aún veía claras sombras de

necesidad ahí.

Reaver entró en la habitación como una exhalación, seguido de Malik. Una puerta se cerró con un *clic*.

—Las cadenas —dije—. ¿Puedes romperlas en torno a sus muñecas?

—Puedo hacerlo. —Reaver fue hacia Casteel.

—Gracias a los dioses —musitó Kieran—. Pero yo me lo tomaría…

La cabeza de Casteel giró entre mis manos y todo su cuerpo vibró cuando le lanzó un gruñido profundo y grave a Reaver.

—Con calma —terminó Kieran.

El *draken* se volvió hacia Casteel, la piel de su cara se afinó. Aparecieron crestas por su mejilla, su cuello.

—¿En serio?

—Eh. Eh. —Pugné por llamar la atención de Casteel de vuelta a mí—. Este es Reaver —le dije, y abrió las aletas de la nariz—. ¿Recuerdas? Te hablé de él. Es un amigo. También es un *draken*. Así que no vas a ganar esa batalla.

—Creo que le gustaría intentarlo de todos modos —comentó Malik.

La forma en que Casteel seguía todos los movimientos de Reaver me indicó que Malik no iba demasiado desencaminado.

Reaver se arrodilló a nuestro lado.

—Voy a necesitar que levantes un brazo cada vez —le indicó—. Y voy a necesitar que lo hagas sin tratar de morderme, porque te morderé de vuelta.

Casteel guardó silencio, pero separó la mano de mi mejilla. Observó a Reaver bajar la cabeza, pendiente de cuánto se acercaba el *draken* a mí. Su labio superior empezó a retraerse.

Giré su cabeza hacia mí y el frío desapareció de inmediato de sus ojos dorados. No había nada más que calor cuando me miró. ¿Y no había sido siempre así? Desde el primer momento en la Perla Roja hasta ahora. Sí, lo había sido. Había tantas cosas que quería decirle… Tantas cosas… Pero…

—Te he echado de menos —fue todo lo que me salió.

Un fogonazo blanco plateado iluminó el perfil de Casteel, que ni parpadeó, aunque su mandíbula se apretó cuando el grillete de piedra umbra cayó al suelo.

—Jamás te abandoné.

—Lo sé. —Las lágrimas me comprimieron la garganta.

—La otra mano —ordenó Reaver.

Casteel cambió su peso al brazo izquierdo y la parte baja de su cuerpo se apoyó del todo contra mí. No había manera de malinterpretas la gruesa dureza de su miembro. Unas brillantes motas de oro daban vueltas por sus ojos.

—¿Estás a salvo aquí?

—*Estamos* a salvo aquí. —Seguí peinando su pelo hacia atrás mientras ese fogonazo de fuego blanco plateado llenaba el espacio entre nuestros cuerpos y la cama—. De momento.

Sus ojos bajaron hacia mi boca. Había una intensidad lujuriosa en su mirada que me provocó una temblorosa oleada de anticipación.

—Poppy —susurró. Los grilletes de piedra umbra golpearon el suelo y Kieran se apresuró a agarrarlos mientras la cabeza de Casteel bajaba hacia la mía. Su aliento danzó sobre mis labios—. Necesito que salgáis todos de la habitación. Ahora.

Unas pisadas se alejaron de nosotros, pero Kieran vaciló y se quedó donde estaba, en el suelo a nuestro lado. Un cosquilleo de preocupación cortaba a través de su alivio.

—Cas…

Solo entonces apartó Casteel la vista de mí. Se volvió hacia Kieran. Levantó la mano vendada y agarró al *wolven* por detrás del cuello. Se inclinaron el uno hacia el otro y juntaron sus frentes. Una creciente emoción azucarada y dulce borró la preocupación e incluso el alivio.

—Gracias —murmuró Casteel, la palabra casi atragantada.

—¿Por qué demonios me estás dando las gracias?

—Por todo.

Kieran se estremeció y se quedaron así durante un ratito antes de que Kieran se apartara de Casteel. A diferencia de con Reaver, Casteel no hizo ni un gesto para evitar que el *wolven* me tocara. La mano de Kieran retiró unos mechones de pelo de mi cara, luego se inclinó sobre mí y apretó los labios contra mi frente. La emoción atoró mi garganta, aunque no sabía si el sentimiento era mío o de ellos, o si era una combinación de todos nosotros.

Kieran no dijo nada al apartarse, y sentí el más extraño impulso

de estirar la mano e impedir que se marchara. No comprendía de dónde venía esa necesidad. Ni si era mía o de Casteel. Y tampoco sabía por qué me parecía mal *no* actuar.

Pero entonces Casteel y yo estábamos solos y esos preciosos ojos dorados, tan llenos de fuego y amor, estaba fijos en los míos. Éramos solo nosotros, y nada *más, absolutamente nada más*, importaba. Ni las manchas de tierra y sangre seca que cubrían casi cada centímetro de su piel. Ni la neblina en el exterior, ni los Demonios a los que había invocado sin querer. Ni lo que pasaría a partir de ahora… la Reina de Sangre o la guerra.

Nada más que *nosotros* y nuestro amor y nuestra necesidad de estar juntos.

—Cas —susurré.

Se quedó tan quieto que no creía que respirara siquiera mientras me miraba. Sin embargo, lo que rugía en su interior era una locura de movimiento. Lo *sentí* dentro de mí, su deseo y su necesidad se fundieron con los míos. La excitación afloró de nuevo. Latía y palpitaba y calentaba mi sangre y mi piel.

Abrió las aletas de la nariz y el dorado de sus ojos ardió aún más brillante. Ni una sola parte de mí sentía vergüenza alguna por lo mucho que él percibía mi excitación.

—*Poppy* —repitió, y entonces su boca estaba sobre la mía.

Y el beso…

No hubo nada suave en él. Nos unimos en un choque de dientes y labios y emociones crudas y abrumadoras. Su mano se hundió en mi cadera mientras la mía agarraba su pelo. El beso fue enloquecedor. Salvaje. Posesivo. Fue el tipo de beso en el que uno se ahoga, y nunca había estado más contenta de hacerlo. Su lengua se deslizó dentro de mi boca, contra la mía, y saboreé mi propia sangre, rica y caliente. Había algo salvaje en ello. Algo inexplorado.

Su boca se movía sobre la mía, sus colmillos me daban mordisquitos en el labio de abajo. Empecé a enroscar las piernas en torno a su cintura, pero la mano de mi cadera me lo impidió. Levantó la cabeza, su pecho subía y bajaba de manera entrecortada. Un poco de sangre relucía en su labio.

Estiré la cabeza para atrapar esa gota de sangre y su labio entre los míos. Gimió y cerró los ojos unos instantes. Cuando los volvió a abrir, eran fuegos gemelos de oro fundido.

Casteel se puso de rodillas, levantó el cuerpo del mío. Antes de que pudiese adivinar siquiera lo que iba a hacer, agarró mi cadera una vez más. Me volteó sobre la tripa y luego me puso también de rodillas.

—Necesito sentir tu piel contra la mía —masculló en una voz apenas reconocible.

Mi trenza suelta cayó hacia delante cuando una mano agarró el faldón de mi túnica y levantó la camisa por encima de mi cabeza. Casteel tiró de ella hacia abajo de modo que se arremolinara en mis muñecas.

La brusquedad con que tiró de la fina tela, el lugar en donde se atascó debajo de mis pechos, me provocaron una oleada perversa por la sangre. Su mano, sin embargo… La ternura con la que deslizó la palma de su mano por el centro de mi espalda hizo que mi corazón se hinchiera.

Bajó la mano por mi culo y luego entre mis muslos, donde enroscó un dedo y rozó esa parte tan caliente de mí. Me estremecí.

Todo mi cuerpo dio un respingo cuando rasgó mis pantalones y dejó al descubierto mi culo y mis partes más sensibles. Giré la cabeza hacia el lado a toda velocidad, sorprendida. Yo misma empecé a girarme…

Un sonido retumbante de advertencia llenó la habitación. El instinto me hizo detenerme, todos mis sentidos a flor de piel. Mis ojos volaron hacia los suyos, pero él tenía la vista clavada en la raja que había creado en los pantalones. Parecía tan hambriento como antes, pero sabía que no era sangre lo que ansiaba ahora.

Levantó mis caderas y apenas lo vi moverse. Todo lo que supe fue que su boca estaba sobre mí. El aire escapó de mis pulmones. Su lengua hurgó dentro de mi calor húmedo y giró la cabeza; eso me arrancó un grito de placer cuando un colmillo rozó mi sensible haz de nervios. Las pasadas de su lengua eran firmes y decididas. Lamía y succionaba. Se dio un *festín*, alimentándose de mí con la misma desesperación que antes en mi cuello. Estaba perdida. Mi cuerpo trató de seguirlo, pero las manos de mis caderas me sujetaban en el sitio.

Casteel me *devoró*.

Yo me sacudí y temblé, el calor se acumuló en mi interior y bulló fiero e intenso… casi demasiado intenso. Mis dedos se

enroscaron, los clavé en el suelo cuando arrastró un colmillo por el haz de nervios una vez más. Di una sacudida y solté un gritito por una aguda punzada de dolor. Su boca se cerró en torno a la piel palpitante y esa sensación reverberó en la marca del mordisco de mi cuello. Y eso… *eso*… fue demasiado.

Me atraganté con un grito cuando me rompí en mil pedazos envueltos en seda, apenas capaz de sostenerme erguida mientras unos intensos espasmos sacudían todo mi cuerpo. Todavía temblaba cuando su boca me abandonó. Sentí la presión de sus labios mojados contra el centro de mi espalda.

—Miel —gruñó—. Sabes a miel y tu piel huele a jazmín. Joder.

Con la cabeza flácida, le devolví la mirada. Observé cómo su mano iba hacia la solapa de sus pantalones. Tiró de ella con fuerza y los pequeños discos de metal se desperdigaron por el suelo. Mi cuerpo entero se sonrojó cuando bajó los pantalones sucios y andrajosos por sus estrechas caderas y liberó la gruesa y dura longitud de su erección.

Se tumbó sobre mí, su boca rozó mi mandíbula y luego la línea de mi cuello, lo cual me provocó un intenso escalofrío ardiente por la columna. La sensación de su piel, ahora al rojo vivo contra mi espalda, me dejó impactada.

Deslizó los labios por mi piel y luego sentí sus colmillos sobre esas marcas ultrasensibles de los mordiscos mientras la cabeza de su pene empujaba contra mi centro mojado. No perforó la piel. Sus colmillos se limitaron a estar ahí, a sujetarme en el sitio mientras una mano se cerraba en torno a mi cadera otra vez y la otra se cerraba alrededor de mi barbilla. Inclinó mi cabeza más hacia atrás y hacia el lado. Otro escalofrío ilícito me sacudió de arriba abajo y me sacó todo el aire de los pulmones. Todos esos músculos que se habían relajado unos instantes se tensaron de nuevo. Jadeé cuando una intensa espiral de anticipación cortó a través de mí.

—No estoy… —Su cuerpo se sacudió contra el mío, sus dedos temblaban contra mis mejillas, mi cuello, mis brazos. Los deslizó hacia abajo, por la curva de mi cintura. Me agarró las caderas, hincó los dedos en la piel de la zona y, cuando habló, su voz sonó gruesa y ansiosa, un susurro ronco y entrecortado—. No estoy… No estoy en control de nada.

Un palpitante pulso de deseo siguió a esas palabras hasta

convertirse en un rugido en mi sangre. Fue una oleada de sensación tan intensa que dejó las puntas de mis pezones cosquillosas y mi mismísimo centro palpitando de nuevo.

—Yo tampoco.

—Gracias, joder —gruñó, y su boca se cerró sobre la mía.

Después de terminar el beso, Casteel pasó a la acción: clavó los colmillos en mi cuello al tiempo que me penetraba hasta lo más profundo de mi ser. Solté un grito, la espalda arqueada. La ardiente espiral de placer teñida de dolor se abrió paso por mi cuerpo, avivó cada nervio y prendió una llamarada de sensaciones salvajes y crudas que se convirtieron en un puro éxtasis. La sensación de él llenándome, estirándome, no dejó espacio para nada más. Su presencia lo dominaba todo.

Casteel me sujetó ahí, a cuatro patas, la espalda arqueada, sus colmillos aún clavados en un lado de mi cuello. No hubo ninguna vacilación, ningún momento de alivio. Se movió detrás de mí, deprisa y duro, y bebió de mí, profundo y largo. Sentí cada succión de mi cuello y cada embestida de su palpitante miembro por todo mi cuerpo. Su peso, la fuerza con que entraba y salía, me llevaron al suelo y me atraparon ahí. La presión fría de la madera contra mis pechos y el calor de su cuerpo contra mi espalda mientras mantenía mi cabeza levantada, el cuello expuesto, fue un *shock* pecaminoso.

De repente, me puso de rodillas otra vez y tiró de mí hacia atrás de modo que quedara pegada a su pecho. La túnica por fin cayó de mis muñecas, pero sus brazos agarraron los míos y los inmovilizaron debajo de mis pechos. Sus embestidas eran una tormenta violenta y los sonidos que hacía mientras se alimentaba, los sonidos que yo hacía mientras me tomaba… eran *escandalosos*. Y me *deleité* en ellos.

Se levantó sin previo aviso de un poderoso impulso. Una brusca exclamación de sorpresa entreabrió mis labios cuando mis pies abandonaron el suelo. Por todos los dioses, su fuerza era…

Casteel giró deprisa y me apretó contra el poste de la cama.

—Agárrate, mi reina.

Casi me corrí otra vez, ahí mismo, solo de oír su cruda exigencia. Me agarré a la viga, pero no tuve forma alguna de prepararme. No cuando me levantó sobre las puntas de los pies, sus caderas incrustadas contra mi culo. Su mano se cerró en torno a mi

pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás.

La sensación de su boca al cerrarse sobre la marca del mordisco me provocó un aluvión de deseo palpitante por todo el cuerpo. Se movió, me separó de la viga y luego me empujó hacia abajo de modo que mis caderas quedaron contra la dura tabla al pie de la cama. Su boca seguía fusionada a mi cuello y él seguía muy hondo en mi interior, dando una embestida tras otra. Clavé los dedos en la manta mientras jadeaba en busca de aire. Uno de sus brazos se enganchó debajo de mi rodilla. Levantó mi pierna, cambió el ángulo, profundizó aún más sus embestidas e intensificó cómo lo sentía. Y entonces se volvió *loco*.

No había ningún sitio al que ir, ninguna forma de escapar del fuego que la fuerza de sus caderas avivaba, ni la salvaje crudeza de cómo se movía su boca sobre mi cuello. Y no quería huir. No sabía lo que eso decía de mí, saber que no había ningún control, ninguna limitación. Que me estaba reclamando y que yo me metía de manera voluntaria en esas llamas, mientras el cabecero de la cama se estrellaba contra la pared con un golpeteo rápido y errático. Los sonidos. Sentirlo resbaladizo dentro de mí. Su completo dominio…

Mi cuerpo se puso rígido, se tensó. La liberación fue repentina y aguda, explotó a través de mí en ondas palpitantes. Y aun así, él no paró. Entraba y salía, sus caderas empujaban y apretaban mientras yo volvía a girar en espiral y caía…

Casteel apartó la boca de mi cuello y salió de mí. Me tumbó de espaldas y me agarró de las caderas. Tiró de mí hasta el borde de la cama. Y entonces estaba embistiendo dentro de mí otra vez. Eché la cabeza hacia atrás y gemí de placer.

De pronto, se quedó paralizado, mirándome…

Seguí la dirección de su mirada. Bajaba por la delicada cadena de oro hasta donde su anillo descansaba entre mis senos.

—Lo he llevado cerca del corazón desde el momento en que lo recibí.

Casteel se estremeció y su boca cayó sobre la mía silenciando un grito cuando empujó sus caderas contra mí. Me besó y besó y entonces su boca dejó la mía, levantó la cabeza. Sus labios rojo rubí se entreabrieron.

—Nunca más —gruñó, las palabras recalcadas con embestidas profundas e impactantes—. Nunca más volverán a separarnos.

—Nunca —susurré, y me estremecí al notar su sabor, el sabor de mi sangre y de mí, que ahora perduraba en mis labios.

Bajó la cabeza, esta vez a mi pecho. Los bordes de sus colmillos se deslizaron por encima del pezón y luego se hundieron en la piel. Todo mi cuerpo se combó cuando su boca se cerró sobre la piel turgente.

Pasé los brazos a su alrededor y acuné su cabeza contra mí mientras envolvía las piernas alrededor de sus insistentes caderas. Avivó el fuego una vez más, me incendió hasta que los músculos más bajos y profundos de mi interior se agarrotaron, se tensaron y se enroscaron. Casteel gimió, gruñó, sus movimientos se volvieron entrecortados, frenéticos. Mis sentidos se abrieron de par en par, me conectaron con él, y todo lo que saboreé fue su lujuria, su amor. Eran iguales que los míos, nos rodeaban tanto a él como a mí. Jamás en mi vida había sentido nada igual a esto. Nada igual a él.

—Te quiero —boqueé, cuando esa espiral de tensión empezó a desenroscarse.

Su boca abandonó mi pecho y encontró la mía.

—Siempre —murmuró, al tiempo que embestía con fuerza hasta lo más profundo y se ponía rígido. Nada hubiese podido impedir que cayésemos juntos por el precipicio. Nos estremecimos, temblamos y nos sumergimos en la dicha más absoluta.

Juntos.

Siempre.

Y para siempre.

Capítulo 32

Casteel

Observé a Poppy pasar el paño por mi brazo para eliminar todo residuo jabonoso, mi atención fascinada. Obsesionada.

La camisa que le habían dado resbaló una vez más, para dejar al descubierto un hombro cremoso. Estaba peleando con esa manga desde que se había puesto la túnica y, por una vez, me alegraba de que estuviese perdiendo una guerra.

Había una peca en ese hombro en la que nunca me había fijado, justo por debajo del delicado hueso. Jugaba al escondite entre la mata de pelo, que ahora estaba libre de su trenza y caía en un revoltijo de ondas y rizos a medio formar.

Poppy había cambiado.

Las pecas salpicadas por el puente de su nariz y por sus mejillas se habían oscurecido a causa del tiempo pasado al sol. Le había crecido el pelo y las puntas, aún mojadas por el baño rápido que se había dado, llegaban ahora hasta la curva de su trasero. Su cara estaba un poco más delgada. No creí que nadie más fuese a darse cuanta, pero yo sí, y me hizo pensar que no había estado comiendo bien. Y que…

No podía pensar en ello sin que me entrasen ganas de derribar

todas las paredes a nuestro alrededor. Los amables mortales que nos habían dado cobijo no se merecían eso, así que me concentré en sus ojos.

Cada vez que sus espesas pestañas se levantaban, parecía que toda la maldita casa se movía.

Sus ojos eran como habían sido cuando soñábamos el uno con el otro: de un verde primaveral veteado de hebras de plata luminosa. Y se habían quedado así desde que me había reencontrado a mí mismo.

Pero el cambio en ella era más que físico. Había una *quietud* ahora que nunca antes había estado ahí. No era exactamente una calma, puesto que todavía había algo de energía frenética a su alrededor, como si su mera presencia influyera en el aire que la rodeaba, sino algo en ella que ahora estaba profundo y asentado. ¿Una confianza? ¿Un despertar? No lo sabía. Fuera lo que fuere, era el ser más precioso que había visto en la vida.

No le había quitado los ojos de encima durante más tiempo del que se tarda en parpadear. Pasaban cosas horribles cuando lo hacía. Una sensación de surrealismo, o un miedo aterrador de que esto fuese algún tipo de alucinación. Me había ocurrido al entrar en la sala de baño adyacente para hacer mis necesidades y utilizar la navaja de afeitar y la crema que habían llevado con el agua. Había estado oscuro. No había electricidad. La tenue luz procedente del dormitorio no hacía nada por aligerar la oscuridad Por un instante, había creído que estaba de vuelta en esa celda. Había sentido los grilletes en las muñecas y los tobillos. En mi cuello. Me había quedado bloqueado, una mano sobre el lavabo, la otra aferrada al mango de la daga.

Así era como me haba encontrado Poppy.

Había llevado la lámpara a la sala y la había dejado sobre el tocador sin decir nada. Se había limitado a pasar los brazos alrededor de mi cintura, se había apretado contra mi espalda y había permanecido así hasta que el miedo aterrador había amainado. Hasta que había terminado de afeitarme la barba que picaba en mis mejillas.

No podía creer que ella estuviera aquí.

No podía creer que *yo* estuviera aquí. Recompuesto. Casi de una pieza. Mis recuerdos tenían agujeros, oscuros vacíos causados por la

sed de sangre. En cualquier caso, ahora estaba dándome un baño de asiento en el rincón de una habitación, debajo de lo que hubiese podido jurar que era un cuadro de las montañas Skotos.

Tras convencerme con ternura para meterme en el agua caliente y limpia, insistiendo en ser ella la que me lavara la porquería, Poppy me había contado todo lo que había ocurrido. Los acontecimientos de Massene. Lo de la anciana con la esencia primitiva robada. Lo que había sucedido en Oak Ambler. La extraña recuperación de Tawny y la verdad acerca de quién era Vikter. Lo que había visto debajo del castillo de Redrock y en el templo de Theon. Lo que Isbeth le había contado acerca de su padre. La razón por la que Malik se había quedado. Yo ya sabía parte de todo eso; de otra parte no había tenido ni idea. Gran parte de ello dejó mi maldito pecho dolorido y la ira bullendo en mi estómago, lo cual agrió el espeso estofado aderezado con hierbas que me habían llevado.

Odiaba la sensación de culpabilidad que vi deslizarse por su cara. El dolor que aún perduraba. Sabía que mi reina podía defenderse por sí sola. Yo estaba aquí gracias a su fortaleza. A su valor. Pero debí estar ahí con ella para cargar con parte del peso que sabía que llevaba encima.

Aunque no había estado sola.

Tenía que recordarme eso una y otra vez. Era lo único que me impedía caer en una sed de sangre diferente. Poppy había contado con apoyo. Kieran había estado a su lado. Así como otros, pero Kieran… sí, saber que había estado con él era lo que mantenía a raya esta ira creciente.

Qué orgulloso estaba de ella, de todo lo que había logrado y en lo que había ayudado. Poppy era jodidamente extraordinaria.

Y yo no había sido más que un monstruo encadenado a una pared cuando había venido a por mí, incapaz de hacer ni una maldita cosa por ayudar en nuestra huida. La presión se instaló sobre mi pecho. Había sido una carga. El eslabón débil y peligroso.

Joder. Esa era una verdad dura de asimilar.

—¿Sabes? —dijo Poppy, sacándome de mi ensimismamiento mientras sumergía mi mano derecha en el agua—. ¿Esos pantalones que has destrozado? —Sus ojos sorprendentes y preciosos se cruzaron con los míos al tiempo que agarraba mi brazo izquierdo y

empezaba a retirar el jabón—. Era el único par de pantalones que tenía.

Parte de la tensión se alivió en mi pecho. Estaba claro que había percibido la maraña de emociones en la que estaban sumidos mis pensamientos.

—Te pediría perdón, pero estaría mintiendo.

Esbozó una sonrisa irónica mientras frotaba con el paño la parte de arriba de mi brazo.

—Aprecio tu sinceridad.

Observé cómo ladeaba la cabeza. Sus ondas de tono vino resbalaron hacia el lado y dejaron al descubierto las heridas punzantes, rojas y un poco hinchadas, en su cuello. Verlas me provocó una reacción dual que hizo que mi cabeza y mi pene se llevaran la contraria en todo.

Algo a lo que no estaba muy acostumbrado, pues solían estar en la misma onda en lo que a Poppy se refería.

—¿Habías oído hablar de los *viktors* alguna vez? —preguntó.

—No, pero dada la forma en que Vikter actuaba contigo, tiene sentido. —El hombre se había comportado como si Poppy fuese su hija y yo no lo impresionara lo más mínimo. Eso me hacía preguntarme exactamente cuánto sabían y veían los *viktors*.

—Tawny dijo que estaba orgulloso de mí —susurró. Me quedé quieto.

—¿Creías que no lo estaba?

—No lo sé —admitió con voz ronca—. Esperaba que lo estuviera.

—Tenía que estar orgulloso, supiera o no cuál era su propósito como *viktor* —insistí en voz baja—. Es del todo imposible que no lo estuviera. —Poppy asintió. Me incliné hacia ella para darle un beso en la frente—. Ese hombre, o lo que fuese, te quería como si hubieses sido de su propia sangre. Estaba orgulloso de ti.

Poppy parpadeó varias veces y me regaló una sonrisa dulce.

—Échate hacia atrás. Todavía no he terminado contigo.

—Sí, mi reina. —Hice lo que me ordenaba y se acercó más a mí. Vi que fruncía el ceño en una mueca rápida. Se me hizo un nudo en el estómago—. ¿Te hice daño?

Sus ojos se levantaron hacia los míos otra vez.

—Ya me has preguntado eso cinco veces.

—Siete, en realidad. —Solo tenía recuerdos vagos de haberme alimentado de ella. De su muñeca y después del cuello. Recordaba lo suficiente como para saber que no había sido suave. Las heridas más grandes de lo normal en el cuello eran prueba de ello—. ¿Lo hice?

Poppy se dio cuenta de a dónde miraba.

—Tu mordisco apenas dolió.

Ya había dicho eso antes, y sabía que estaba mintiendo. También sabía que no había tenido exactamente cuidado con todo lo que había venido después.

—Has hecho una mueca.

—No ha sido por eso. Solo una punzada de dolor en mi sien o en mi mandíbula. Nada que ver contigo. Y ya se me ha pasado.

No estaba seguro de creerla.

—Fui rudo contigo. Entonces y después.

El paño se detuvo justo por encima de mi muñeca.

—Disfruté de cada momento. Mucho.

Me invadió una sensación de satisfacción, pero no por ninguna vanidad alimentada por el ego. Otra preocupación creciente cobró forma mientras mi mente continuaba recomponiéndose. Poppy había compartido mucha información conmigo, pero había una cosa que no había mencionado.

—¿En algún momento has averiguado si necesitas alimentarte?

Poppy se echó hacia atrás sin soltar mi brazo y asintió.

—Al parecer, todos los dioses tienen que alimentarse. En teoría no tanto como los atlantianos, y un dios no tiene por qué alimentarse de otro dios o de un atlantiano. Cualquier sangre funciona, siempre que no sea de un *draken*. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. No está del todo clara la frecuencia con la que tendré que alimentarme. Utilizar mis habilidades acelerará la necesidad, igual que harán las heridas.

—Entonces tienes que alimentarte. —Hice ademán de llevarme la muñeca a la boca… Pero Poppy me detuvo con una mano cálida sobre el brazo—. Necesitas cada gota de sangre que tengas. De hecho, necesitas aún más sangre.

—Bebí mucho, Poppy.

—Ahora mismo, me siento bien —dijo, y se inclinó hacia delante una vez más, la mirada serena fija en mí—. Y tuve que alimentarme

hace un par de días, justo antes de llegar a la carretera entre Tres Ríos y Whitebridge. Había empezado a sentir hambre. Y… tuve que hacerlo.

—Kieran —dije, y estudié sus ojos—. Te alimentaste de Kieran.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué no me sorprende que, de algún modo, supieras eso?

Saber que Kieran le había dado esto y no le había traído más que alivio… Seguro que él se había asegurado de que estuviese cómoda y contenida, de que no hubiese ni un resquicio de vergüenza que sentir. Por todos los dioses, le debía muchísimo.

—No te imaginaba acudiendo a nadie más. Tienes muy buena relación con Delano y Vonetta… y con los otros… pero Kieran es… con él es diferente.

—Lo es —susurró, se inclinó sobre mí y besó la piel mojada de mi brazo—. También pensé que era la única persona de la que no te importaría que me alimentara.

—No me importaría a quién emplearas si tenías esa necesidad.

Arqueó una ceja.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces, ¿si hubiese decidido alimentarme de Emil? —sugirió, y mi mandíbula se apretó—. O de Naill…

—Vale. Tienes razón —admití. Jamás le hubiese echado en cara que buscara ayuda, fuese de quien fuere. Pero ¿a la otra persona? Que los dioses los pescaran confesados—. Kieran es el único.

Poppy se rio con suavidad.

—Esperé todo lo que pude porque no quería hacerlo con nadie que no fueses tú.

—Debido a mi naturaleza del todo egoísta, aprecio el sentimiento. Pero Poppy, no querría que esperaras. Lo sabes, ¿verdad? —Busqué sus ojos—. Tu bienestar es superior a mis celos ilógicos.

—Lo sé. De verdad. —Arrastró los dientes por su labio de abajo —. Fue diferente a cuando me alimento de ti. Quiero decir, pude meterme en los recuerdos de Kieran, pero no fue como es entre nosotros.

—No siempre es como es entre nosotros. —Estiré el brazo derecho y remetí un mechón de pelo despistado detrás de su oreja

—. No siempre es tan intenso. En cierta medida, podemos controlar las emociones que rodean al momento de alimentarse, igual que podemos hacer que el mordisco sea algo que uno deba temer o ansiar.

—Sí, me preguntaba eso —admitió con una sonrisa—. Si tú te sentías así cuando te alimentabas de otras personas. Ya sabes, en… aras del conocimiento.

—Sí, claro, por conocimiento. —Con una sonrisa, deslicé los dedos por su mejilla. Levantó la barbilla.

—¿Por qué lo iba a preguntar, si no fuese por motivos educativos, Cas?

Me estremecí. No había forma de evitar esa reacción.

—No deberías llamarme así.

Su nariz se arrugó.

—¿Por qué? Te gusta cuando lo hago.

—Ese es el problema. Que me gusta demasiado —le dije, y ella sonrió. Una sonrisa ancha y radiante. Y, por todos los dioses, podría vivir de esas sonrisas. Crecer y prosperar—. Todavía tenemos muchas cosas de las que hablar.

Un montonazo de cosas.

La sonrisa de Poppy se borró solo un pelín cuando dejé caer mi mano derecha de vuelta al borde de la bañera.

—Lo sé. Supongo que podemos hablar de cómo vamos a salir de Carsodonia cuando regresen Kieran y tu hermano.

Mi hermano.

Apreté la mano sobre el borde de la bañera. Kieran y él estuvieron fuera mientras la neblina todavía cubría la ciudad, para asegurarse de que ninguno de los vecinos hubiese alertado a la Corona de algún acontecimiento sospechoso.

Poppy miró de reojo a la puerta.

—Espero que no se hagan daño el uno al otro. —Frunció el ceño —. Demasiado, al menos.

—¿Te preocupas por Malik? —Arqueé una ceja—. ¿Crees lo que dice?

—Creo que dijo la verdad sobre por qué se quedó. Saboreé sus emociones. La quiere. Pero también había un gran sentimiento de culpa y de agonía debajo de eso. No sé si es por lo que ha hecho al quedarse aquí o por otro motivo.

Un poco de empatía se filtró en mi interior. No mucha. No podía sentir lástima por él ni nada hasta no estar seguro de que no nos la estuviera jugando.

Hasta que supiera si tendría que matarlo o no.

Aparte de eso, no sabía qué pensar. Quería creer que el amor era el que había impulsado las decisiones de Malik, pero saber que había elegido a la Retornada por encima de su familia y su reino no me había sentado demasiado bien.

Tampoco la idea de que yo hubiese hecho lo mismo por Poppy.

Pero esta Retornada…

La *hermana* de Poppy.

¿Cómo encajaba ella en todo esto?

¿Y cómo demonios le iba a hablar a Poppy de ella?

Poppy retomó la limpieza de mi mano con el paño, a lo largo de la marca de matrimonio. Sus movimientos se detuvieron una vez más.

—¿Todavía te duele? —susurró.

Bajé la vista para ver que estaba mirando lo que quedaba de mi dedo. La infección había desaparecido. Gracias a la sangre de Poppy, piel nueva, de un reluciente tono rosáceo, se extendía por encima del tejido y del hueso antes a la vista.

Y quizá también gracias a Malik.

Qué diablos.

—Lo que duele es saber que supiste que había ocurrido.

Poppy apretó los labios y sacudió la cabeza mientras sus ojos se cerraban un instante.

—Yo debía ser lo último que te preocupara.

—Tú siempre serás lo primero que me preocupe.

Un temblor visible la sacudió cuando se inclinó hacia delante y plantó un suave beso en el nudillo. Devolvió mi mano al agua y colgó el paño del borde de la bañera. Pasó las manos por detrás de su cuello para retirar la cadena de oro y el anillo.

—Esto es tuyo. Debes llevarlo tú. —Levantó los ojos hacia los míos, brillantes y cautivadores—. ¿Puedes llevarlo en la mano derecha?

Me aclaré la garganta, pero aún estaba rasposa.

—Puedo llevarlo donde tú quieras.

—¿Donde quiera? —se burló, aun cuando sus dedos temblaban

mientras trataba de abrir el cierre de la cadena.

—Donde quieras —confirmé—. En el dedo de la mano o del pie que tú elijas. También podría llevarlo como un *piercing* en el pezón. O hacer que lo fundieran para convertirlo en un bulón y que me lo implantaran en el pene. En realidad, puede que eso te gustase.

Los ojos de Poppy volaron hacia los míos.

—¿En el… *pene*?

Dicho pene se endureció al oírla decir la palabra y ver cómo sus labios se entreabrían. Asentí.

Sus mejillas se sonrojaron y se inclinó hacia delante.

—¿Eso es posible?

—Lo es.

—¿No sería doloroso que te hicieran un *piercing* así?

—Es probable que duela más que los fuegos del Abismo.

Echó un vistazo al anillo. Pasaron unos segundos.

—¿Y… y por qué disfrutaría yo de ello?

Por todos los dioses.

Me *encantaba* su curiosidad.

—He oído que muchas encuentran muy placentero el roce de la bola que sujeta el bulón en su sitio.

—Oh. —Respiró hondo—. ¿Y el que lleva dicho *piercing* también lo encuentra placentero?

—Oh, sí. —Sonreí mientras el color de sus mejillas se extendía por su cuello.

—Interesante —murmuró, y su frente se frunció de nuevo. Hubiese dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando. Sin embargo, ella levantó el anillo—. Creo que el dedo índice de tu mano derecha servirá. —Esbozó una sonrisita pícara—. Por el momento.

Solté una carcajada.

—Por el momento.

Se puso de rodillas cuando yo le tendí mi mano derecha. Se me comprimió el pecho. Jamás hubiese pensado que podría pasar de hablar de *piercings* en el pene a emocionarme en menos de un minuto, pero ahí estaba. Con la garganta cerrada, observé cómo deslizaba el anillo en el índice de mi mano derecha, el oro caliente por haber estado tan cerca de su cuerpo. Me invadió una sensación de completitud al ver el anillo ahí.

Como de renovación.

Sus preciosos ojos centellearon mientras me sostenía la mirada.

—No… no dejas de preguntarme si yo estoy bien, pero ¿lo estás tú?

Mi pecho se comprimió de nuevo, pero la sensación fue más fría y más brutal. En un segundo, saboreé el pánico amargo de estar atrapado, encadenado e incapaz de hacer nada por defenderme con alguna eficacia.

Por servirle de ayuda a Poppy.

—Cas —susurró.

Se me escapó un suspiro tembloroso mientras entrelazaba los dedos con los suyos.

—Creo que tengo que trabajar en reconstruir esos escudos mentales cuando esté contigo.

—No estoy intentando leer tus emociones. —Poppy frunció los labios—. Vale. Eso es mentira. Sí lo hago. Sé que no debería, pero es que… No sé por lo que has tenido que pasar y vi las marcas en tu cuerpo. Los *cortes*. Había muchísimos.

—Me sacaban sangre —le expliqué. Mis ojos siguieron la dirección de los suyos hasta nuestras manos unidas—. A diario durante un tiempo. La metían en viales que suponía que luego utilizarían para los Retornados. Dejaron de hacerlo un par de días antes de que llegaras.

—Puede que Isbeth la utilizara para los Retornados, pero creo que también podría haberla utilizado para las Bendiciones Reales. —Poppy también miró nuestras manos unidas durante un momento largo—. ¿Ella… ellos te trataron como habían hecho antes?

Me ardía el pecho cuando levanté la mirada hacia su cara.

—Esta vez no me tocó nadie. No de ese modo.

Soltó un suspiro tembloroso.

—Me alegro de oírlo, aunque eso no hace que nada de lo que te hicieron estuviese mejor. No cuando la reina te tenía encerrado en ese sitio. Tenías marcas de mordeduras en la pierna. Te habían negado la comida y el alimento… —Se interrumpió y respiró hondo. Cuando levantó la vista, vi que las hebras plateadas de *eather* se habían vuelto luminosas en sus ojos—. Sé que me vas a decir que estás bien. Que no te pasa nada. Y sé que eres fuerte. Eres la persona más fuerte que conozco, pero te hicieron daño.

Se agachó para besar el nudillo por debajo del anillo. El contacto con sus labios repelió el frío que amenazaba con invadirme.

—Una vez me dijiste que no siempre tenía que ser fuerte cuando estaba contigo. Que era seguro para mí *no* estar bien —me dijo, y los músculos de mi cuello se agarrotaron—. Me dijiste que era tu deber como mi marido asegurarte de que supiese que no necesitaba fingir. Bueno, pues es mi deber como tu mujer asegurarme de que tú también lo sepas. Eres mi refugio, Cas. Mi tejado y mis paredes… mis cimientos. Y soy tuya.

Un nudo enmarañado llenó mi garganta y me encontré con la vista clavada en el cuadro de las montañas envueltas en niebla. La tentación de decirle que estaba bien seguía ahí. Era lo que había hecho siempre, cuando mis padres o cualquiera me preguntaban. Incluso Kieran. Incluso cuando mentirle a él era inútil. No quería que ninguno de ellos se preocupara. Ya habían pasado bastante tiempo preocupados por mí. Y no quería cargar eso sobre los hombros de Poppy. Ella ya llevaba peso suficiente.

Pero con ella no tenía por qué fingir.

Ya no.

Estaba seguro con ella.

—Hubo un tiempo en el que temí que jamás te oiría decir mi nombre fuera de un sueño. —Las palabras sonaron duras y hoscas, pero logré pronunciarlas—. No era que temiese que no fueras a venir por mí. Siempre supe que lo harías. Esa certeza también me tenía muerto de miedo, pero lo peor era la oscuridad de la celda. El hambre. La idea de que, al final, se apoderarían de mí y me romperían. Me haría añicos de nuevo. Y ni siquiera reconocería mi nombre para saber que eras tú la que lo decías. Así que, sí, no estoy… —Tragué saliva—. No estoy del todo bien, pero lo estaré.

—Sí —susurró—. Lo estarás.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Cuando por fin levanté la vista hacia ella, todo lo que vi fue *devoción* en sus ojos.

¿Estar del lado receptor de eso? Hizo que mi maldito corazón diera un brinco.

—No te merezco.

—Deja de decir eso. Sí que lo haces.

—De verdad que no. —Levanté nuestras manos y las besé—.

Pero me aseguraré de ser digno de ti de ahora en adelante.

—Bueno, pues yo me aseguraré de que sepas que ya lo eres.

Una leve sonrisa tironeó de mis labios.

—Creo que debería salir de esta bañera. Kieran tiene que haber vuelto ya. —Y había cosas que tenía que decirle a Poppy. Cosas que necesitaba recordar.

—Sí, ha vuelto. —Soltó su mano y se estiró a por una toalla que había dejado ahí cerca—. Me lo dijo a través del *notam* hace solo un par de minutos. Creo que nos están dando un poco de intimidad.

—He de admitir —dije, mientras agarraba los bordes de la bañera y me levantaba— que estoy un poco celoso de eso del *notam*. —El agua resbaló por mi cuerpo en finos riachuelos.

—Sí, bueno, yo tengo eso, pero tú tienes los colmillos y el oído, la vista y el olfato aumentados. —Poppy también se levantó y mi atención enseguida se quedó atrapada en el faldón de esa camisa, en cómo aleteaba en torno a sus muslos y apenas cubría la generosa curva de su culo—. Así que creo que es justo que yo tenga esto.

Arrastré mi mirada hacia su cara.

—Apuesto a que todavía estás desilusionada por no poder transformarte en nada.

—Pues sí que lo estoy, sí.

Deslizó la toalla por mis brazos y luego la bajó por mi pecho.

—Puedo secarme solo.

—Lo sé —dijo, pero al mismo tiempo me hizo un gesto para que saliese de la bañera—. Solo que ahora mismo me siento bastante servicial.

—Ya —musité. Observé cómo deslizaba la toalla por mis caderas y por mi bajo vientre, donde mis músculos se marcaban más de lo que deberían.

Necesitaba más de ese estofado y muchas proteínas. La sangre de Poppy me ayudaría a rellenar, pero parte del peso tendría que ganarlo a la vieja usanza.

La toalla raspó contra mi espalda y luego más abajo cuando Poppy giró en torno a mí. Y entonces dejé de pensar en todas las calorías que necesitaba consumir.

De repente, Poppy estaba de rodillas delante de mí, deslizaba la toalla un poco áspera por mi pierna izquierda. Su cabeza… *joder*, estaba *ahí mismo*. A meros centímetros de mi pene y no había

manera de que pudiese ignorarlo. Se me secó la garganta. Arrastró la toalla de vuelta hacia arriba por la cara interna de mi pierna, despacio. Subió y subió. Un tenso escalofrío de anticipación cruzó mi cuerpo. El dorso de su mano rozó mi escroto y todo mi cuerpo se puso en tensión.

Pasó a la otra pierna, su expresión la viva imagen de la serenidad. De la *inocencia*. Como si no tuviera ni idea de lo que me había hecho ese roce. Y una mierda. Lo sabía muy bien. La pequeña curvatura en las comisuras de sus labios me lo indicó mientras empezaba el lento y tortuoso ascenso de vuelta por mi pierna.

—Poppy —la avisé, muy consciente de que si continuaba, hablar sería lo último que se me pasaría por la cabeza. Diablos, se estaba convirtiendo en eso a toda velocidad.

—¿Hmm? —Pasó la toalla por la parte de atrás de mi muslo.

—Estoy seguro de que no se te escapa que… —Cerré la boca de golpe cuando su mano rozó entre mis piernas una vez más.

—¿Que no se me escapa qué? —preguntó, y su aliento acarició la piel de mi muslo.

—Lo que estás haciendo —murmuré con voz ronca.

Dejó caer la toalla, puso las manos a ambos lados de mis piernas y levantó la vista hacia mí. Bueno, no del todo. Los ojos de Poppy no pasaron más allá de mi miembro rígido. Su mirada. La manera en que se entreabrieron sus labios. Sus mejillas arreboladas. Nada de eso ayudaba a mantener mis pensamientos ordenados.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo —dijo, al tiempo que deslizaba las manos por los lados de mis piernas.

—¿Y exactamente qué es lo que *estás* haciendo?

—Enseñarte lo muy digno que eres.

Abrí la boca, pero ella se estiró más arriba y apretó los labios sobre la vieja cicatriz justo por dentro de mi cadera. La marca hecha con un hierro candente que nunca se borraba del todo.

Ese beso.

Me destrozó.

Y no se detuvo ahí. Sus labios suaves trazaron un camino por mi muslo. Estaba duro como una piedra y todavía no me había ni tocado. En realidad, no. La reacción no tenía nada que ver con la ausencia de sexo durante las últimas semanas. Había pasado muchísimo más tiempo de abstinencia que eso. Esta lujuria como un

puñetazo en la tripa tenía todo que ver con ella.

Poppy se echó atrás justo lo suficiente como para que pudiera apreciar el rubor de su nariz y sus mejillas cuando cerró los dedos alrededor de la base de mi pene. Me atraganté con su nombre y casi me corrí ahí mismo.

Unos ojos verdes veteados de plata se cruzaron con los míos mientras deslizaba la mano por todo mi miembro.

—Te quiero, Cas.

—¿Siempre? —mascullé.

—Y para siempre. —Su voz sonó más pastosa ahora, mientras deslizaba la palma de la mano a lo largo de mí, despacio—. Porque eres digno.

Temblé, abriendo y cerrando las manos a los lados. Una leve pátina perló mi frente cuando Poppy movió la palma de la mano hacia abajo otra vez. Sus caricias eran lentas y tentativas. Y su boca… maldita sea. Sus pequeños jadeos calientes me hacían cosquillas sobre la punta del pene. Y todavía no me había acogido en su boca, pero ya sentía la familiar espiral apretada en la base de mi columna, esa profunda tensión.

—Ahora mismo, creeré cualquier cosa que digas.

Su risa fue ligera y volvió a acariciar la cabeza de mi pene.

—Créelo, porque ¿si no lo fueras? —Esa mano siguió moviéndose, lenta y constante y *caliente*—. No estaría de rodillas delante de ti.

—No, no lo estarías —convine. Incapaz de mantener las manos a los lados más tiempo. Toqué su mejilla. Enredé mis dedos en su pelo sedoso—. Pero es curioso.

—¿El qué?

—Puede que sea yo el que está de pie, pero también soy yo el que se inclina ante ti.

Sonrió de oreja a oreja, lo cual arrugó la piel de las esquinas de los ojos. Y, santo cielo, esas sonrisas… eran demasiado escasas. Demasiado exquisitas.

—Digno —susurró.

Y entonces me recibió en su boca.

Mi grito fue rudo y resonó por la pequeña habitación, seguramente por todo el maldito edificio. No me importaba lo más mínimo. El mundo entero se centró en la sensación de su boca, el

deslizar de su lengua mientras seguía moviendo su mano, estimulándome con una maestría perfecta.

Pero me mantuve muy quieto. No tiré de su pelo. No empujé contra su boca. No…

Poppy me recibió bien hondo, más hondo de lo que pensé que lo haría, y succionó. Mis caderas dieron una sacudida. Mi mano se apretó en su pelo y casi me puse de puntillas incluso.

—¿En qué maldito capítulo del diario de la señorita Willa estaba eso?

Su risa fue una vibración que casi me hizo pedazos, y pude sentir el rápido aumento en su pulso y su respiración. Disfrutaba de esto, encontraba placer en darme placer a mí. Y eso era un potente afrodisiaco en sí mismo. Entonces empecé a mover las caderas y no podía parar. Mi mano se aplanó sobre la parte de atrás de su cabeza. Mi cabeza cayó hacia atrás, empecé a temblar. Nada. Nada en ningún mundo era comparable a ella. Ya estaba cerca de alcanzar el clímax, la tensión cada vez más apretada. Mis movimientos eran menos superficiales, menos suaves.

Con un gemido, salí de su boca. Su mano se apretó sobre mi cadera, pero no le di opción. La puse de pie y apreté mi boca contra la suya. Sabía a la bebida afrutada que habían servido con el estofado. La empujé hacia atrás al tiempo que levantaba la túnica prestada.

—Deberías estar orgullosa de mí —dije, cuando nos separamos el tiempo suficiente como para quitarle la camisa por encima de la cabeza—. No te he arrancado esto.

Su risa era mi sol personal.

—Muy orgullosa.

La guie hasta la cama mientras imágenes de mí colándome entre esos muslos regordetes y hundiéndome en lo más profundo de ella danzaban por mi cabeza. Sin embargo, Poppy plantó las manos sobre mis hombros y me hizo girar.

Me empujó para que me sentara y luego me tumbara de espaldas. Trepó a la cama, una rodilla a cada lado de mi cadera, y se sentó a horcajadas sobre mí.

—Joder —exclamé, el corazón como un martillo pilón.

Su pelo cayó hacia delante y resbaló sobre mi pecho mientras Poppy estiraba el brazo entre nosotros y cerraba la mano en torno a

mi pene. Ni siquiera supe lo que dije cuando sentí su calor mojado contra la cabeza de mi pene. Pudo haber sido una plegaria. Puse las manos en sus caderas para ayudarla a mantener el equilibrio mientras empezaba a descender centímetro a dulce y caliente centímetro. Mucho me temía que esto acabaría antes de que terminara de bajar siquiera.

—Por todos los dioses —murmuró. Se puso tensa cuando nuestras pelvis se juntaron. Clavó los dedos en mi pecho y se le escapó un suave sonido femenino al tiempo que se retiraba despacio hasta donde solo quedaba la punta dentro de ella. Luego volvió a deslizarse hacia abajo.

Poppy continuó con ese subir y bajar que quitaba el sentido. Buscó su ritmo, su ángulo, y su espalda se arqueó mientras se mecía encima de mí.

Me gustaba tener el control. Siempre había sido así. Pero con Poppy… ¿observar cómo encontraba su camino, observar cómo *vivía* y amaba sin vergüenza? Nada era más poderoso que eso. Más explosivo. Renunciaría al control encantado una y otra vez a cambio de esto… de ella.

Entonces empezó a moverse de verdad.

Más deprisa. Más fuerte. Imité sus movimientos, hundí los dedos en la carne de sus caderas. La notaba mojada y tensa mientras apretaba mi pene. Y esa imagen de ella: sus pechos turgentes, la curva de su cintura, los pliegues de sus muslos y toda esa piel congestionada… Esa fue mi perdición.

Poppy agarró mi muñeca izquierda y movió la mano que antes llevaba el anillo de su cadera a su pecho. A su corazón. Entrelazó los dedos con los míos.

Era todo suyo.

Mi corazón y mi alma.

Mientras me cabalgaba más fuerte, deslicé una mano hacia donde estábamos unidos. Encontré ese haz de nervios y lo apreté con el pulgar.

—Oh, por todos los dioses —gritó, y noté cómo sufría espasmos alrededor de mí mientras se sacudía.

—Creo que eso te gusta. —Gemí mientras ella se apretaba contra mí.

—Sí —jadeó—. Mucho.

Sus gemidos ahogados y mis ruidos guturales llenaron la habitación en penumbra, se unieron a los sonidos mojados de nuestros cuerpos unidos. Me palpitaban los colmillos. Quería su vena, pero ya había bebido demasiado. Así que me concentré a cambio en cómo encajábamos juntos, como si yo estuviese hecho para ella. En cómo se movía encima de mí con un abandono salvaje y en todo el amor y la confianza que me daba. Que siempre me estaba dando.

Quería quedarme muy hondo dentro de ella durante horas, perderme en ella. Pero ella estaba dentro de mí, debajo de mi piel y enroscada alrededor de mi corazón con la misma fuerza que alrededor de mi pene.

Poppy se apoyó bien, se inclinó hacia delante y pasó una mano por debajo de mi cabeza. Llevó mi boca a su pecho. Al duro pezón y a las dos heridas punzantes que le había hecho antes. Cerré la boca sobre el botón endurecido.

—Aliméntate —susurró contra la parte de arriba de mi cabeza, sin dejar de mover las caderas—. Muerde. Por favor.

No supe cuál de sus palabras hizo añicos mi control. Probablemente fuese el *por favor*. Retraje los labios y hundí los colmillos en las marcas que había dejado antes. Se contoneó entre mis brazos y dio un grito mientras su cuerpo se contraía alrededor del mío. Su sangre llegó a mi lengua. Caliente. Espesa. Antigua. Tragué con voracidad y succioné con fuerza para absorberla a mi interior. Su sangre era como relámpagos en mis venas. Poder puro envuelto en jazmín y cachemira. La forma en que se apretó alrededor de mi pene fue mi perdición. El ahumado «Cas» que escapó por sus labios. Su sangre al llegar a mi garganta y a mi estómago. Todo ello me hizo caer por el precipicio.

El potente clímax bajó rodando por mi columna. Cerré los brazos a su alrededor y la apreté contra mi pecho mientras embestía hacia arriba, levantando nuestros cuerpos de la cama. Retiré mis colmillos de su piel y encontré su boca. La besé mientras me hacía añicos de placer. Esa liberación me destruyó de la mejor manera posible. Ola tras ola, parecía interminable y me dejó aturdido por su intensidad.

Por todo lo que sentía por ella.

Mi pulso tardó un buen rato en ralentizarse. La mantuve donde

la quería: encima de mí. En los momentos silenciosos que siguieron, me di cuenta de algo. Mis dedos se paralizaron en su pelo y abrí los ojos de golpe.

—¿Poppy?

—¿Sí? —murmuró, la mejilla pegada a mi pecho.

—No he estado tomando esa hierba —le dije, y un jodido batiburrillo de emociones encontradas estalló en mi interior—. La que evita los embarazos.

—Ya lo suponía —dijo con un bostezo—. Empecé a tomar mis propias precauciones.

Mis cejas salieron volando hacia arriba.

—¿Eso también estaba en el diario?

Poppy se echó a reír.

—No. Le pregunté a Vonetta —explicó, y levantó un poco la cabeza. Decidí que tenía que darle mil veces las gracias a Netta—. Me dijo qué tomar, puesto que un bebé Casteel sería lo último que necesitaríamos. Al menos, por el momento.

Unas emociones de lo más confusas se estrellaron contra mí: una mezcla de terror frío y duro y de anticipación dulce.

—¿Y una bebé Poppy? —Retiré el pelo de su cara—. Con el pelo rojo oscuro, pecas y ojos verdes veteados de plata.

—¿Mis ojos siguen así?

—Sip.

Poppy suspiró.

—No sé por qué están así. En cuanto a tu pregunta, ¿hablas en serio?

—Siempre.

—No siempre hablas en serio.

—Ahora lo hago.

—No lo sé. Quiero decir… ¿sí? —Arrugó la nariz—. Algún día, dentro de mucho mucho mucho mucho tiempo. Sí.

—Cuando no estemos en medio de una guerra, por ejemplo. —Le sonreí—. Y cuando yo esté listo para no ser tu centro de atención.

—Más bien cuando yo esté convencida de que no dejaré al bebé sin querer en algún sitio donde no debiera.

Me reí y levanté la cara para besarla.

—Más adelante.

—Más adelante —convino ella.

Bajé la cabeza y remetí un mechón de pelo detrás de su oreja.

—Quiero que te alimentes.

—Es probable que tú tengas que alimentarte de nuevo.

—Sí, eso es cierto, pero no es la razón por la que quiero que te alimentes. No quiero que te debilites —le dije—. Nunca, pero sobre todo no mientras estemos en medio de Carsodonia.

Después de un momento, asintió.

—Veré si Kieran quiere…

—Querrá.

Poppy frunció el ceño.

—Suenas un poco confiado para no ser tu sangre.

—Querrá —repetí, al tiempo que pensaba que Poppy no tenía ni idea de cómo era Kieran y lo que estaría o no estaría dispuesto a hacer por ella.

—Lo que tú digas —musitó. Apoyó la barbilla en mi pecho—. Deberíamos levantarnos. Tenemos que trazar un plan. Lidiar con Malik. Averiguar cómo salir de aquí. Con un poco de suerte, averiguar algo acerca del estado actual de Tawny. Volver. Matar a esa zorra —enumeró, y arqueé las cejas—. Y después tengo que liberar a mi padre. Le prometí a Nektas, más o menos, que lo haría. Lo conociste brevemente en su forma de *draken* —continuó con otro bostezo, y mis cejas subieron aún más—. Mi padre tiene que estar en Carsodonia…

—Está en Wayfair. —Las sombras que rodeaban uno de los oscuros vacíos de mi mente se hicieron añicos—. Lo dijo Isbeth.

Abrió los ojos como platos.

—¿Cómo conseguiste…?

—Después de que me dijeses que era el gato de cueva, logré engatusarla para que hablara de él. También la apuñalé en el pecho. —Sonreí al recordarlo—. No la maté, pero apuesto a que dolió.

Poppy parpadeó.

—¿La apuñalaste?

—Sí, con un hueso de Demonio.

—Ojalá lo hubiese visto. —Poppy tenía los ojos muy abiertos otra vez—. Te quiero muchísimo.

Me reí por la absoluta incorrección de esas palabras.

—En cuanto a tu padre. Isbeth dijo que el gato de cueva estaba

donde lo habían tenido siempre.

—Donde lo habían tenido siempre —murmuró. Deslicé el pulgar por su mandíbula—. Las cámaras de debajo de Wayfair, bajando por el pasillo principal. —Agachó la cabeza de repente para besarme—. A mí me dijo que no estaba en Wayfair.

—Mintió.

Poppy se estremeció.

—Gracias.

—No hay necesidad de darme las gracias. —La besé—. ¿Crees que podrás encontrarlo de nuevo?

Levantó la cabeza y asintió.

—Creo que sí, pero colarnos en Wayfair otra vez…

—Ya veremos cómo lo hacemos —le aseguré—. Y nos encargaremos de esa impresionante lista que acabas de soltar. Juntos. Excepto lo de matar a Isbeth. ¿Lo quieres hacer tú? Toda tuya —terminé, y ella sonrió de un modo que debió de preocuparme pero que solo me puso rígido de nuevo.

—Por cierto, mi lista no había terminado —me informó—. Hay más cosas. Los Ascendidos. La gente. Los *reinos*. Tus padres.

La ira afloró en mi interior. Me había contado lo que habían dicho mi madre y mi padre acerca de todo esto.

—En verdad, no tengo ningunas ganas de pensar en ellos ahora mismo.

Levantó la vista hacia mí.

—Sigo súper enfadada con ellos, pero… te quieren. Os quieren a los dos. Y creo que ese amor se convirtió en una de las razones de que nunca dijesen la verdad.

—La fastidiaron.

—Sí, eso es cierto.

—A más no poder.

—Lo sé, pero no hay nada que podamos hacer ya al respecto.

—No seas lógica —le dije.

—Alguien tiene que serlo.

Estiré el brazo, apreté su trasero regordete y me quedé fascinado de inmediato por cómo se avivaron las hebras plateadas en sus ojos a modo de respuesta.

—Eso ha sido un poco maleducado.

—Lo superarás.

—Es posible —musité, y me encantó la pequeña sonrisa que apareció mientras nos tomábamos el pelo el uno al otro. Me encantó lo normal que parecía. Por todos los dioses, jamás lo daría por sentado. Odiaba estropear el momento, pero tenía que hacerlo—. Tengo que contarte algo.

—Si tiene que ver con que tu *pene* es un cambiaformas, ya lo sé —dijo con tono seco—. Puedo sentirlo.

Solté una carcajada sorprendida.

—Me creas o no, no se trata de eso.

—Estoy estupefacta. —Bostezó de nuevo y se acurrucó contra mi pecho—. ¿Qué tienes que decirme?

Abrí la boca, pendiente de sus gestos. Cuando parpadeó, sus ojos tardaron en abrirse pero no tardaron nada en cerrarse de nuevo. Estaba cansada y dudaba de que hubiese dormido mucho más que yo a lo largo de las últimas semanas. No solo eso, yo había tomado mucha de su sangre. Tenía que estar exhausta.

Eché un vistazo a la pequeña ventana. Al otro lado, estaba oscuro. Aunque la neblina aún fuese densa, esta noche no íbamos a ir a ninguna parte. No con los Demonios en el Adarve. Ya habría tiempo.

Tenía que haberlo.

Poppy necesitaba dormir y luego alimentarse. Esas eran las dos cosas más importantes. Incluso más importantes que hablarle de Millicent. Y no era que quisiese evitar tener que contarle lo de la doncella personal. Nunca más tendría secretos con ella, por mucho que quisiera. Pero sabía que esto la alteraría y por eso necesitaba estar descansada y alimentada. Fuerte. Nadie debía enterarse de este tipo de cosas medio dormida y débil.

—¿Qué? —insistió Poppy, su voz apenas más que un susurro—. ¿Qué querías decirme?

Deslicé mi mano por su espalda y entre su espesa melena. Cerré la mano sobre la parte de atrás de su cabeza y mantuve su mejilla apretada contra mi pecho.

—Solo que te quiero —dije, y me incorporé lo suficiente para darle un beso en la coronilla—. Con todo mi corazón y toda mi alma, hoy y mañana. Jamás tendré suficiente de ti.

—Eso lo dices ahora…

—Ni en cien años. —Bajé la vista hacia ella y vi el asomo de una

sonrisa suave. Una sonrisa preciosa. Podía vivir de sus sonrisas. Así de preciadas me parecían. Cada una era un maldito regalo. Podía existir solo con su risa. Así de importante era ese sonido. Un sonido que te cambiaba la vida—. Ni en mil años. *Nunca. Suficiente*.

Me dio un apretoncito e hizo ademán de levantar la cabeza. Yo se lo impedí.

—Lo sé. Tenemos que levantarnos, pero solo… deja que te abrace un poco. ¿Vale? Solo unos momentos más.

Poppy se relajó de inmediato, justo como sabía que haría cuando le pidiera eso. Y justo como había sospechado, la siguiente vez que sus ojos se cerraron, ya no volvieron a abrirse. Se quedó dormida y yo… contemplé el puente de su nariz, sus labios entreabiertos. Pasaba la mano por su pelo justo cuando las palabras de Millicent escaparon del vacío.

Morirá en tus brazos.

Capítulo 33

No pude dormir.

No cuando la advertencia de Millicent acechaba en mi mente. Pero me quedé con Poppy, deslizando los dedos por su pelo. Me empapé de su calor. Conté los firmes y regulares latidos de su corazón. Escuché cada una de sus respiraciones hasta que unas pisadas se acercaron a la puerta y después se pararon.

Solo entonces la levanté de encima de mí y la dejé con sumo cuidado sobre el costado. No se despertó. No hizo ni un ruido cuando la tapé con la fina manta. Así de agotada estaba.

Me levanté, aunque aún me detuve a retirar un mechón de pelo de su cara y darle un beso en la mejilla. Tan cerca como estaba, vi tenues sombras grises bajo sus ojos. Me costó casi hasta el último ápice de control que tenía separarme de esa cama, pero lo hice. Me merecía una jodida medalla por ello.

Fui hasta donde habían dejado un montoncito ordenado de ropa sobre una butaquita. Me puse unos pantalones negros, abroché la solapa y giré la cabeza hacia Poppy. Dormía de lado, justo como la había dejado, un hombro desnudo por encima de la manta y el pelo era una estela de llamas desplegada por la cama detrás de ella. Se me hizo un nudo en el pecho, un puñado de recuerdos. De la

primera vez que la había abrazado mientras dormía en el suelo duro y frío del Bosque de Sangre. De la última vez antes de que me capturaran, en el barco sobre esa cama que se mecía con suavidad. Siempre tenía un aspecto tan pacífico. Preciosa. Fuerte. Valiente incluso mientras descansaba.

Y yo era suyo.

Di media vuelta antes de ceder al impulso de meterme otra vez en la cama con ella. Mi piel ya echaba de menos la sensación de la suya mientras iba hacia la puerta y la abría.

Kieran estaba apoyado contra la pared, la cabeza inclinada hacia atrás. Abrió los ojos, conectaron con los míos. Se quedó muy quieto mientras cerraba la puerta. Su boca se movió, pero no oí ni una palabra cuando vi que se lanzaba hacia mí. Nos encontramos a medio camino. Uno de nosotros, o los dos, se tambaleó un poco cuando chocamos. Su mano temblaba cuando la plantó en la parte de atrás de mi cuello. El nudo de emoción creció en mi pecho mientras lo abrazaba con la misma fuerza que había abrazado a Poppy y, en ese silencio, di gracias a los dioses (dormidos, muertos o lo que fuera) y dejé caer la frente sobre su hombro. Porque hubiese estado ahí para Poppy. Simplemente, porque estuviese ahí. Por un vínculo más fuerte que la sangre o la tradición.

—¿Estás entero? —preguntó Kieran, con una voz que parecía tan rasposa como mi garganta. Cerré los ojos.

—Lo estaré.

—Bien. —La mano de mi nuca se apretó más—. Te he echado de menos, Cas. Una barbaridad.

—Lo mismo digo.

—También quería darte un puñetazo en las pelotas por haber hecho lo que hiciste —dijo, y solté una risa un poco enclenque—. Aún quiero hacerlo, para ser sincero.

—Ya sabes por qué lo hice.

—Lo sé. —Kieran me dio un apretón en el cuello—. Esa es la única razón por la que no te estoy dando ese puñetazo ahora mismo.

Me reí otra vez, la cabeza levantada ahora.

—Esa y el hecho de que tienes miedo de que Poppy te patee el culo por ello.

Soltó una risa ronca.

—Cierto.

Lo agarré del hombro y lo miré a los ojos.

—Sí sabes por qué me entregué, ¿verdad? Tenía que detener a Isbeth. Estaba haciéndole daño a Poppy.

—Lo sé. En serio. No hubiese esperado menos de ti —dijo—. Eso no significa que me gustara. No significa que a Poppy le haya gustado tampoco.

Asentí. Noté ese temblor en su mano otra vez y, como lo conocía de toda la vida, vi las sombras de inquietud en sus ojos. Las preguntas sin hacer. Las maldades que temía que me hubiesen hecho, las pesadillas que le preocupaba que pudieran resurgir.

Le puse la mano izquierda en la mejilla y apreté la cabeza contra la suya.

—No fue como la última vez. Lo único que me quitaron fue mi sangre.

Algunas de las sombras se despejaron, pero no todas.

—¿Eso fue todo? ¿De verdad?

Un músculo se apretó en mi mandíbula. El silencio de esa celda, su frialdad, las horas y días y semanas de eso… la desesperación y todo lo demás. No, eso no fue todo.

Kieran me puso una mano en la mejilla.

—Me tienes a mí. Tienes a Poppy. No estás solo. Los dos estamos aquí. Siempre y para siempre.

Joder.

El nudo llegó a mi garganta y humedeció mis ojos.

—Sí —dije, con una voz llena de gravilla—. Lo sé. —Su pecho se hinchó con una respiración profunda, luego sus ojos saltaron hacia la puerta cerrada. No preguntó. No necesitaba hacerlo—. Está dormida.

Noté un alivio visible en él. Sus ojos se cerraron un instante y luego volvieron a abrirse, los iris brillantes.

—Tendrá que alimentarse. No puedes hacerlo tú. Lo haré yo en cuanto despierte.

—Gracias.

—No hay necesidad de darme las gracias por eso.

—Pero quiero hacerlo.

Se encogió de hombros.

—Tampoco es como si me importara alimentarla.

—Apuesto a que no —repuse con tono seco.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba al tiempo que dejaba caer las manos.

—Ven. Queda estofado en la chimenea. Tienes que comer más.

—Sí, mamá.

Kieran soltó una carcajada mientras me conducía por el pasillo corto y estrecho, por delante de otras dos puertas cerradas. Miré detrás de mí al no oír movimiento alguno.

—¿Cómo están las cosas en el exterior? —pregunté.

—La neblina se está disipando, aquí y en puntos más altos de la ciudad, pero todavía es densa en las zonas bajas. —Kieran entró en una cocina iluminada con velas y agarró un bol de una de las estanterías de la pared—. Sonaba como si todavía estuviesen lidiando con los Demonios. Si se han percatado de que alguno de nosotros hemos desaparecido, aún no han salido con todos sus efectivos.

—Eso cambiará pronto —dije. Miré a nuestro alrededor por la amplia sala. Unas persianas cerraban una ventana grande detrás de una mesa y unas cuantas sillas. Había varias dagas desperdigadas por la superficie de la mesa—. ¿De cuánto tiempo crees que disponemos?

—Es probable que del resto de la noche y quizá de todo el día. —Se acercó a la olla colgada sobre la chimenea—. Tenemos que actuar antes de que caiga la noche.

Tenía sentido. Entonces no tendríamos que vérnoslas con caballeros, pero ¿y los Retornados? Esa sería otra historia. Isbeth puede que no estuviese atada a la luna como los Ascendidos, pero no se atrevería a salir durante el día y arriesgarse a ser vista.

Eché un vistazo a la entrada desierta otra vez.

—¿Dónde está todo el mundo? —A saber, ¿dónde estaba mi maldito hermano?

—Los mortales, Blaz y Clariza, están dormidos. —Kieran sirvió casi un lago de estofado en un bol—. Son buenas personas. ¿Te contó Poppy que la mujer es una Descendente?

—Lo mencionó, sí. —Tomé el bol y la cuchara, y mi estómago gruñó ante el intenso aroma a hierbas. Sentía el cuenco un poco extraño en mi agarre de cuatro dedos, pero era algo a lo que tendría que acostumbrarme.

Kieran fue hasta la pequeña mesa y tomó asiento. Yo me quedé de pie, puesto que ya había pasado demasiado tiempo sentado.

—El *draken* está husmeando por ahí fuera. Con un poco de suerte no dejará que lo vean y no quemará nada.

Arqueé las cejas mientras masticaba los pedazos de verduras y pollo. Entonces recordé algo que me había dicho Poppy.

—¿De verdad intentó morderte?

—Joder, sí que lo intentó. —La mandíbula de Kieran se apretó —. No es demasiado diestro en las artes sociales. Es probable que tú lo encuentres divertido.

Sonreí y tragué el espeso estofado. Sin embargo, la sonrisa se borró mientras Kieran me observaba. No quería preguntarlo, porque si la respuesta era una que no quería oír (es decir, que mi hermano no estaba aquí), perdería la cabeza. Pero tenía que saberlo.

—¿Malik?

—Dormido en el salón. Se ha quedado inconsciente en el sofá.

Sentí algo, aunque no supe si era sorpresa o alivio.

Kieran se inclinó hacia delante.

—¿Te ayudó cuando estabas en esa celda?

—Lo vi una vez. Eliminó la infección. —Levanté los dedos que me quedaban en la mano izquierda.

—¿Solo una vez?

—Hizo que sonara como que era un riesgo para mí que lo hiciera —le dije entre bocado y bocado.

—¿Lo crees?

—No lo sé —reconocí. Se me agrió un poco el estómago, aunque aun así, seguí comiendo—. ¿Tú?

Kieran se frotó la barbilla.

—Dice que puede conseguirnos un barco. Que puede ayudarnos a subir a bordo de tapadillo y escapar de ese modo.

—¿Ah, sí? —Fui hasta la chimenea y rellené el cuenco solo porque cuanto antes volviera a la normalidad, antes podría ocuparme de las necesidades de Poppy—. ¿Y confías tanto en él? ¿Le confiarías la seguridad de Poppy?

—Hay solo un puñado de personas a las que le confiaría su seguridad, y desde luego que él no es una de ellas —repuso Kieran —. Pero nos ayudó a sacarte de ahí. No ha intentado marcharse y podría haber alertado a los guardias cuando salimos a investigar.

No lo hizo. Está arriesgando mucho y sabe lo que pasará si lo descubren.

Lo pensé un poco.

—No creo que vaya a traicionarnos. —Kieran asintió—. Pero es un enorme condicionante —dije, al tiempo que me llevaba la cuchara llena de estofado a la boca.

—La doncella personal.

—Si de verdad es su corazón gemelo, es un elemento que pueden usar para controlarlo. Es probable que ya lo hayan hecho.

—Solo si Isbeth lo sabe —rebatió Kieran—. ¿De verdad crees que ella aún estaría vivita y coleando si Isbeth lo supiera?

—Sí.

—¿Por qué crees eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Estoy a punto de romperte todos los esquemas. —Apuré el resto del estofado y dejé el bol a mi lado—. Millicent es hija de Isbeth. Su padre es Ires. Es la hermana de Poppy.

Kieran se quedó boquiabierto y pasaron unos segundos largos.

—¿Qué demonios?

—Sí. —Crucé un brazo por delante de mi estómago y me pasé una mano por la cara—. Si no hubiese visto a Millicent sin la pintura sobre la cara, no me lo creería. Pero es verdad. Es prácticamente la viva imagen de Poppy.

—¿Qué coj…? —susurró Kieran. Se enderezó y me hubiese reído, excepto que nada de aquello tenía gracia.

—Y no me cabe ni una sola duda de que Malik lo sabe.

Kieran negó despacio con la cabeza mientras su mano caía sobre la mesa entre las dagas.

—Pero… es una Retornada —protestó, y luego me hizo un breve resumen de cómo y por qué los terceros hijos e hijas podían convertirse en Retornados.

Todo ello tenía sentido, más o menos, visto cómo habían sido creados los mortales.

—Es algo *parecido* a una Retornada —dije, y le conté lo que me había dicho Millicent. Eso no hacía nada por aclarar ninguna confusión, puesto que lo que había dicho la doncella personal estaba más o menos tan claro como la sopa de esa olla.

—Por todos los dioses —musitó—. ¿Se lo has contado a Poppy?

—No quería cargarla con ese peso cuando estaba tan exhausta.

Cuando se despierte y se alimente…

—Mierda.

—Sí.

—Esto la va a impactar.

Los músculos de mis hombros se agarrotaron.

—Eso creo.

Se pasó una mano por la cabeza, donde había crecido el pelo desde la última vez que lo vi.

—Espera. ¿Te ha contado Poppy que había más en esa profecía? ¿Te ha contado lo que le dijo Tawny?

—Me ha contado partes de ella… Joder. ¿Lo de la primera y segunda hijas? Ni siquiera lo relacioné cuando lo dijo Poppy. ¿Destinada al rey una vez prometido? —Miré hacia el pasillo—. Si Malik dice la verdad acerca de que es su corazón gemelo, tiene sentido.

—Y al mismo tiempo no lo tiene porque Poppy no va a rehacer ningún mundo.

Asentí.

—¿Sabes? Millicent incluso se describió como la primera hija. También se refirió a sí misma como el fracaso de su madre.

—¿Fracaso en qué?

—No lo sé, pero me da la impresión de que tiene que ver con los planes de Isbeth. —Me separé de la encimera a medida que más de lo que me había contado Millicent se despejaba en mi mente—. Me dijo que planeaba rehacer los mundos. —Fui hasta la ventana y retiré un poco las persianas para ver finas franjas de la noche envuelta en neblina.

Kieran se giró en su silla.

—Sí, eso ya lo habíamos oído. Uno de los sacerdotes de Oak Ambler dijo que ese era el propósito de Poppy.

Cerré los ojos y dejé que la persiana volviera a su sitio. Recordaba palabras embarulladas dichas por Millicent y la Reina de Sangre. Algunas se me escapaban antes de que pudiera encontrarles un sentido.

—Millicent dijo que para rehacer los mundos había que destruirlos primero. Y creo que en eso es en lo que fracasó Isbeth con Millicent. Hubiese tenido que pasar por su Sacrificio, Ascender hacia su divinidad. Creo que Millicent no sobrevivió a eso.

—¿Y crees que Isbeth la convirtió en una de esas cosas como forma de salvarla? —Kieran sonaba incrédulo—. ¿Crees que le importa tanto?

—Creo que quiere a Poppy a su propia manera retorcida y siniestra. Creo que esa es también la razón de que no me haya tocado esta vez. —Me giré hacia Kieran—. Y creo que es probable que también quiera a Millicent de esa misma manera demente suya. Después de todo, la muerte de un hijo puso todo esto en marcha, ¿no es así?

—Mierda. —Kieran levantó la vista hacia las vigas expuestas del techo—. Entonces, ¿qué? ¿Crees que Millicent fue su primer intento y Poppy fue el segundo de crear algo que supone que destruirá los mundos?

—Sí.

—Poppy jamás hará algo así. Jamás —sentenció Kieran con los dientes apretados y con un gesto amplio de la mano. Por todos los dioses, no podía querer más a este *wolven*. Su lealtad hacia nuestra reina lo era todo—. Sí, ha tenido sus momentos… unos que no has visto, en los que… se convierte en algo distinto. Como cuando vio lo que te había hecho Isbeth.

Tuve que hacer un esfuerzo para controlar mi ira. Tuve que resistirme a agarrar una de las dagas e incrustarla en la pared de la casa de un mortal. Uno que no había hecho nada más que ayudarnos. Tuve que superar la sensación de culpa.

—Pero sigue siendo Poppy —dijo Kieran y, aunque unas sombras se extendieron por su rostro, desaparecieron pronto—. Puede que Isbeth haya conseguido crear a una diosa poderosa, pero al final fracasó.

—Exacto. —Fui hasta la mesa, mis movimientos rígidos—. Hay más cosas. Lo sé, pero mi cabeza… tiene como parches vacíos. Se están rellenando, pero despacio. —Apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia delante—. Sé que Millicent dijo que yo debía detener a Poppy. Que, pronto, sería el único que podría hacerlo.

—¿Detenerla…? —Kieran se puso todo tenso, y su cambio fue enorme y rápido. Su piel se afinó. Sus ojos se volvieron luminosos —. ¿… matándola?

—No va a suceder —le recordé.

—Joder, te puedo asegurar que no —gruñó—. Porque voy a ir

en busca de Reaver y voy a dejar que queme a esa aspirante a Retornada.

—¿De verdad crees que Poppy permitirá eso cuando se entere de quién es Millicent? —pregunté, y Kieran gruñó bajito—. No creo que Millicent quiera ver muerta a Poppy. Es casi como si creyera que no hay otra opción.

—¿Porque cree que Poppy es la Heraldo? —Asentí—. Pues no lo es. Y me importa una mierda la diferencia entre querer ver a Poppy muerta y creer que no hay otra opción —espetó, cortante—. ¿Me estás diciendo que sí la hay?

Lo miré a los ojos.

—Sabes muy bien que si Millicent demuestra ser una amenaza para Poppy, yo mismo se la entregaré en bandeja a Reaver. Prefiero que Poppy me odie a ver que le hagan daño.

Kieran se echó hacia atrás, sus dedos tensos sobre la mesa.

—Poppy jamás te odiará.

Solté un resoplido desdeñoso.

—Subestimas su capacidad para sentir emociones fuertes.

—En realidad, no lo hago. —Sus ojos saltaron hacia los míos—. Lo único que la llevó cerca de destruir Solis fue su amor hacia ti.

Amor.

La pulla de Isbeth salió a la superficie desde la oscuridad. *Yo nunca quise esa debilidad.*

Me puse derecho.

El amor se puede convertir en un arma, debilita a…

Mi corazón empezó a latir con más fuerza.

—¿Qué? —preguntó Kieran—. ¿Qué pasa?

—Poppy me contó que el *draken* le había dicho que todavía no había completado su Sacrificio —dije con voz ahogada. Millicent había dicho lo mismo. Esa era la razón de que Isbeth hubiese hecho todo lo que había hecho. La razón de que me hubiese capturado en primer lugar. La razón de que estuviese esperando.

—Sí. ¿Y?

—Un dios no es lo bastante poderoso como para destruir los mundos, Kieran. Isbeth tiene que saberlo.

Un dios tampoco era lo bastante poderoso para hacer lo que decía Millicent, para entregarle a Isbeth su venganza contra Nyktos.

Kieran abrió la boca, pero entonces su vista se deslizó hacia la

ventana oscura. Sus ojos se abrieron y supe que acababa de darse cuenta de lo mismo que yo. Era imposible, pero…

La cabeza de Kieran giró de vuelta a mí.

—La neblina. No la invocó, Cas. *Creó* la neblina primigenia.

Unas horas más tarde, mientras el sol trepaba por encima de la ciudad, estaba sentado en la cama al lado de Poppy, los tobillos cruzados y la espalda contra el cabecero. No se había despertado cuando volví con ella, pero sí se había acurrucado más cerca, la mejilla apoyada contra mi pecho.

Yo no había dormido más de una hora. Si acaso. Claro que por razones muy diferentes. Me quedé ahí sentado, jugueteando con los suaves mechones de pelo de Poppy mientras ella dormía. Simplemente alucinado con ella. Maravillado.

La puerta se abrió con sigilo y entró Kieran; sus pisadas eran silenciosas, cautas mientras se acercaba a la cama.

—Odio hacer esto…

—Lo sé —dije. Bajé la vista hacia Poppy. Kieran no quería despertarla. Yo tampoco, pero era necesario. El tiempo no estaba de nuestra parte.

Retiré un mechón de pelo de su mejilla, me incliné sobre ella y le di un beso en la frente.

—Reina —la llamé con suavidad, y deslicé el pulgar por su mandíbula inferior. Poppy frunció el ceño y reptó más cerca de mí. Sonreí mientras Kieran se sentaba a su otro lado—. Abre esos preciosos ojos para mí.

Sus pestañas aletearon y luego se entreabrieron. Tenía la mirada soñolienta. Esas sombras grises bajo sus ojos seguían ahí, pero las hebras plateadas brillaban con fuerza y alanceaban el verde primaveral.

—Cas.

Un gemido ronco retumbó en mi pecho.

—Eres mi tipo de tortura favorito —le dije. La besé en la frente —. Ha venido Kieran.

Giró la cabeza un poco para mirar hacia el otro lado.

—Hola.

Kieran le sonrió mientras se asomaba por encima de la cadera de Poppy y apoyaba la mano en la cama para sujetar su peso. Su expresión se suavizó de un modo que no había visto en él desde hacía mucho.

—Buenos días.

—¿Buenos días? —repitió, parpadeando—. ¿Tanto he dormido?

—No pasa nada. Tenías que descansar y de todos modos no podíamos marcharnos —la tranquilicé, y le di un apretoncito en el hombro.

—¿Has descansado? —Poppy miró a Kieran otra vez—. ¿Alguno de los dos habéis descansado?

—Por supuesto —Kieran mintió con tal naturalidad que casi lo creí.

Poppy observó a Kieran durante un momento y luego levantó la vista hacia mí.

—¿Cómo te encuentras?

—Genial —le dije. Deslicé el pulgar por la curva de su clavícula.

Me miró con atención y luego se incorporó. La fina manta se apelotonó en torno a sus caderas, el caos de ondas y rizos desperdigado en todas direcciones.

—¿Malik sigue aquí?

Hice caso omiso del repentino retortijón en mi pecho y pasé un brazo alrededor de su cintura, pues me dio la impresión de que estaba a punto de levantarse de la cama.

—Sí.

—Acabo de verlo. —Los ojos de Kieran saltaron hacia mí—. Aún duerme.

—¿Y Reaver? —preguntó, mientras tiraba de ella entre mis piernas de modo que quedara apoyada contra mi pecho. Se dejó hacer y se relajó contra mí de un modo que me hacía casi imposible creer que antes soliera sentarse tan tiesa cuando estaba cerca de mí —. ¿Está…?

—Está muy bien —aportó Kieran—. No ha quemado a nadie vivo. —Hizo una pausa—. Recientemente.

Arqueé una ceja.

—Reaver —murmuró Poppy con un suspiro, mientras apoyaba una mano en mi brazo— tiene una obsesión con quemar a la gente

viva. Supongo que es algo propio de los *drakens*.

—Yo creo que solo es propio de Reaver —señaló Kieran en tono seco.

—También es verdad. —Apareció una leve sonrisa en la cara de Poppy, que levantó mi mano izquierda hacia su boca para plantar un beso sobre ella—. ¿Qué pasó con la neblina? ¿Consiguió entrar algún Demonio en la ciudad? ¿Cómo vamos a…?

—Tantas preguntas… —se rio Kieran, y alargó una mano para retirar ese mechón de pelo especialmente rebelde de la cara de Poppy, el que no hacía más que caer hacia delante—. Que tendrán que esperar.

Poppy lo miró con los ojos entornados.

—No creo que ninguna de ellas tenga que esperar.

—Pues tendrán que hacerlo —comenté, y esa mirada ceñuda voló hacia mí. Le sonreí.

—No me sonrías —espetó, cortante. Mi sonrisa se ensanchó.

—Qué peleona.

Su mirada se suavizó aunque levantó la barbilla en un mohín indignado.

—Estúpidos hoyuelos —masculló.

Con una risa, acerqué la boca a la suya y la besé.

—Te encantan mis hoyuelos —le dije, al tiempo que me enderezaba—. Pero tienes que alimentarte.

Abrió la boca y luego la cerró.

—Me he presentado voluntario sin que me lo pidieran siquiera —le aseguró Kieran—. Con todo el *eather* que has utilizado y la sangre que le has dado a Cas, es una necesidad.

Poppy se quedó callada unos instantes.

—Ya lo sé, pero…

Apoyé los dedos debajo de su barbilla e hice que su cabeza girara hacia mí.

—No estarás dudando por mí, ¿verdad?

—No. —Bajó la cabeza y besó las yemas de mis dedos. Fijó los ojos en Kieran—. Es solo que no me gusta usarte como… como merienda.

Las cejas de Kieran volaron hacia arriba.

—Bueno, en primer lugar, no me gusta pensar en mí mismo como una merienda. Más como una maldita comida entera.

Hundí la cara en el pelo de Poppy y me costó un esfuerzo supremo no echarme a reír.

—Vale, Sr. Maldita Comida Entera, no me gusta utilizarte en general, y lo sabes. —Luego Poppy hizo un movimiento brusco y me dio un codazo en el estómago que me hizo gruñir—. Y tú. No tiene gracia.

—Por supuesto que no, mi reina —repuse, sonriendo contra su pelo. Se movió para darme otro codazo, pero enrosqué un brazo a su alrededor y se lo impedí mientras me reía. Ladeé la cabeza y la besé en la mejilla—. No lo estás utilizando. Es un acto mutuamente beneficioso.

Poppy retorció el cuello para mirarme.

—¿En qué es mutuamente beneficioso?

Kieran abrió la boca, pero la cerró con sensatez cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

—En que —expliqué, al tiempo que la soltaba un poco— así se siente útil.

Poppy puso los ojos en blanco.

—Poppy. —Kieran se inclinó hacia delante y puso los dedos debajo de su barbilla para llamar su atención—. Sabes que estoy encantado de poder ayudarte de este modo. No me estás utilizando. Me estás permitiendo ayudarte. Hay un mundo de diferencia entre una cosa y la otra.

Poppy lo miró en silencio y me dio la sensación de que estaba leyendo sus emociones. Fuera lo que fuere lo que haya percibido, tendría que agradecérselo a Kieran más tarde, porque Poppy asintió con un suspiro.

—Vale.

Sentí una oleada de alivio. Le di otro beso rápido en la comisura de los labios y luego levanté una mano. No tuve que decir nada. Kieran ofreció la suya y Poppy se puso tensa contra mí mientras yo bajaba la boca hacia la muñeca de él. La mano de Poppy volvió a mi brazo cuando se giró un poco para darme más espacio. Vacilé un instante sobre la piel de Kieran, levanté los ojos hacia ella. Unas uñas pequeñas se clavaron en la piel de mi brazo mientras me observaba perforar la piel de Kieran. Un sabor terroso tocó mi lengua. No bebí y no clavé los colmillos demasiado profundo. Kieran ni siquiera se movió, pero los ojos preocupados de Poppy

volaron hacia el *wolven*.

—Estoy bien —le aseguró él.

Levanté la cabeza. Mi mano seguía alrededor de la de Kieran cuando llevó su muñeca sangrante hacia la boca de Poppy. Hubo un momento durante el cual Poppy no se movió, pero entonces bajó la cabeza y cerró la boca en torno a las marcas.

En ese momento, Kieran se movió.

Solo fue un pequeño respingo. Uno que no creí que Poppy hubiese notado mientras yo recogía las ondas de su pelo que habían caído hacia delante y las echaba por encima de un hombro.

Mi mano soltó entonces la de Kieran, enrosqué el brazo alrededor de la cintura de Poppy y apoyé mi mano en su cadera. Dio un pequeño respingo al sentir el contacto y luego dobló la pierna debajo de la manta y la apretó contra la mía mientras yo deslizaba una mano arriba y abajo por su espalda.

La observé. La espesa franja de pestañas que aleteaban contra sus mejillas, la forma en que su garganta se movía con cada trago mientras yo pasaba mis dedos por su cadera en círculos lentos y regulares. No le quité los ojos de encima. Vi el momento en que las sombras de debajo de sus ojos se aclararon. Respiré hondo y detecté un olor familiar. Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba. Besé la parte de arriba de su cabeza y luego su sien.

Esas uñitas afiladas se clavaron en mi piel al tiempo que un rubor rosáceo se extendía por sus mejillas. Abrió los ojos de golpe y los entornó en dirección a Kieran. El muy bastardo estaba sonriendo, con aspecto de estar muy orgulloso de sí mismo, y me dio la sensación de que Poppy se había colado en los recuerdos de él y Kieran le estaba enseñando algo que ella parecía encontrar muy inapropiado.

E intrigante.

Porque ese olor se intensificó, se unió a otro, y mi sangre se espesó en respuesta. Poppy se removió inquieta, lo cual hizo que su cadera rozara contra mi muy intrigado pene. Le di un apretoncito en la cadera y tiré de ella hacia mí.

Poppy tragó una última vez y luego levantó la boca.

—Gracias —susurró, y cerró ambas manos alrededor del antebrazo de Kieran, justo por debajo de mi mordisco. Un resplandor plateado emanó de sus manos y, daba igual cuántas

veces la viera hacerlo, siempre era alucinante. Las dos marcas de mis colmillos desaparecieron en cuestión de unos segundos. Soltó su brazo—. Pero sigues siendo un imbécil.

La risa de Kieran arrugó la piel de los bordes de sus ojos.

—¿Has tomado suficiente?

Poppy se recostó contra mi pecho.

—Sí.

—Bien. —Kieran me miró con los ojos brillantes, unos ojos en los que palpitaba el *eather* detrás de las pupilas, mientras pasaba una mano por detrás de la cabeza de Poppy y se inclinaba hacia delante para darle un beso en la frente. Se levantó de la cama—. Estaré esperando.

En el mismo instante en que la puerta se cerró detrás de Kieran, agarré las mejillas de Poppy y le hice girar la vista hacia mí. El rubor rosa de su piel se había intensificado.

—¿Mi reina?

La punta de su lengua humedeció sus labios.

—¿Sí?

—Te necesito sobre mi pene. —Agaché la cabeza y deslicé mi lengua sobre la punta de la suya—. Ahora.

Poppy se estremeció.

Deslicé las manos por sus costados, levanté sus caderas y la puse de rodillas. Su boca encontró la mía y su beso… joder, sabía dulce y a algo cálido. Terroso. Sus manos se posaron en mis hombros, en el pelo de mi nuca. Teníamos un montón de cosas de las que hablar y que hacer, pero yo necesitaba lo mismo que ella. Estar dentro de ella. Bajé las manos hacia los botones de mi pantalón y apenas logré desabrocharlos sin arrancarlos de cuajo. Agarré mi pene mientras enroscaba un brazo alrededor de su cintura y tiraba de ella hacia abajo.

El primer contacto con ella, caliente y mojada, casi me hizo añicos. Lo mismo que el sonido jadeante que hizo contra mis labios cuando la guie hacia abajo hasta que no quedó nada de espacio entre nosotros. Nada. Enterré mis dedos en su pelo mientras deslizaba la mano debajo del faldón de su camisa para cerrarla en torno a su trasero.

—Como dije antes… —La mecí contra mí—. Eres mi tipo de tortura favorito.

Poppy gimió, temblando.

—Tú eres solo mi favorito. —Se le cortó la respiración mientras le apretaba el trasero y la incrustaba sobre mi pene—. Eres mi favorito en todo.

Le mordisqueé el labio inferior.

—Lo sé.

—Arrogante.

—Solo estoy diciendo la verdad. —La besé con pasión y succioné el sabor único de su beso—. Noto el sabor de su sangre en tu lengua.

Sus caderas dieron un respingo delicioso, pero hizo ademán de echarse atrás, cosa que le impedí.

—No es nada malo —le dije, y mantuve sus caderas en movimiento, trabajando—. ¿A qué te sabe a ti su sangre?

—¿No dices que… la has probado? —Sus palabras salían en jadeos cortos.

—A mí me ha sabido terrosa.

—Es… su sangre sabe a una mañana de otoño —dijo.

—Eso me da un poco de envidia. —Deslicé la mano por la piel suave de su trasero, metí un dedo entre los cachetes y lo introduje en la carne apretada entre ellos. Todo su cuerpo se puso tenso y contuvo el aliento de pronto—. ¿Te duele?

—No —susurró. Su pecho subió y bajó deprisa contra el mío—. Solo es… diferente.

—Pero ¿bueno? —La observé con atención, en busca de alguna señal de molestia, muy quieto debajo de ella.

Poppy se mordió el labio.

—Sí.

Le sonreí y empecé a mover sus caderas otra vez.

—¿Has leído sobre algo de esto en el diario de la señorita Willa?

Su cara estaba aún más rosa.

—Tal vez.

Solté una risita ronca y pesqué el labio que se había mordido con el mío. Sus manos temblaron en mis hombros.

—¿Sentiste curiosidad cuando leíste acerca de ello? Apuesto a que sí.

—Quizás un poco —admitió.

—Por todos los dioses. —Le di un mordisquito en el cuello, con

cuidado de evitar las marcas casi curadas del mordisco—. Me encanta ese jodido libro.

—No me sorprende nada saberlo… —Dio una sacudida y la noté más caliente, más mojada—. No creí que fuese a ser tan… —Su gemido fue un estremecimiento de cuerpo entero cuando introduje más el dedo—. No creí que fuese a ser como…

—¿Como qué?

—Así. —Su frente cayó contra la mía—. Caliente. Perverso. Pleno.

Su respiración llegaba en bucle, se cortaba y luego continuaba, y no creía que ella se diera cuenta de que yo ya no estaba guiando sus movimientos. Ella me cabalgaba a mí, su aliento caliente contra mis labios, su cuerpo moviéndose en espirales sinuosas y embestidas. Poppy disfrutaba de la perversidad. A fondo. Lo oía en sus jadeos. Lo notaba en cómo se tensaba en torno a mi pene y a mi dedo. Cuando alcanzó el clímax, me arrastró directamente con ella. La liberación nos sacudió a ambos y me dejó con la sensación de haber perdido el control de todos los músculos del cuerpo.

Me costó un gran esfuerzo de voluntad salir de ella y dejarla tumbada en la cama, hecha un ovillo sobre el costado una vez más, con aspecto de haber sido follada de la manera más indecente. No me demoré demasiado en la sala de baño. Me aseé deprisa antes de volver con ella y sentarme al lado de su cadera.

Poppy estaba despierta, aunque tenía los ojos solo medio abiertos. Había una paz en su sonrisa que odiaba molestar.

Pero tenía que hacerlo.

Estaba descansada, alimentada y satisfecha.

Lo único que podía hacer era cruzar los dedos por que esas tres cosas la ayudasen a procesar lo que tenía que contarle.

—Tengo que contarte algo. Va a ser difícil de creer y te va a dejar impactada.

El cambio en Poppy fue inmediato. La sonrisa se esfumó y se quedó quieta del todo para mirarme.

—¿Qué?

Respiré hondo mientras le bajaba la camisa.

—¿Esa doncella personal de la que crees que está enamorado mi hermano? ¿La que afirma que es su corazón gemelo?

Su ceño se frunció al instante.

—¿Millicent?

—Sí. Ella. —Tragué saliva—. Vino a mi celda unas cuantas veces. Sé que fue ella la que le dijo a Malik que la herida de mi mano estaba infectada. Y después vino otra vez, después de que tú y yo nos viéramos. Me enseñó algo. Por eso sé que lo que me dijo es verdad. Lo vi con mis propios ojos. No hay manera de negarlo. Ella es… es tu hermana, Poppy. Tu hermana de padre y madre.

Capítulo 34

Poppy

—¿Mi hermana? —Era imposible que lo hubiese oído bien. Me senté, como si de alguna manera eso pudiera cambiar lo que había dicho—. No puede ser mi hermana, Casteel.

Un cálido sabor a vainilla se arremolinó en mi garganta mientras él deslizaba el pulgar justo por debajo de la cicatriz de mi mejilla izquierda.

—Lo es, Poppy.

Había una especie de barrera que repelía de plano la idea entera.

—Y esto lo piensas ¿solo porque ella te lo ha dicho?

—Porque me lo ha *enseñado* —me corrigió con suavidad—. ¿La has visto alguna vez sin esa máscara pintada en la cara?

—No —repuse, con el ceño fruncido.

—Pues yo sí. —Deslizó el dedo por la curva de mi mandíbula—. He visto el aspecto que tiene cuando se quita toda esa pintura y el tinte.

—Espera. ¿Se ha *bañado* delante de ti?

—Más o menos. —Un lado de sus labios se curvó hacia arriba y vi un indicio de hoyuelo en su mejilla derecha—. Sin previo aviso,

sumergió la cabeza en la bañera que habían llevado a mi celda.

Eso sonaba como algo extraño de hacer.

Pero entonces recordé cómo se había contorsionado en esa silla para tumbarse en ella bocabajo sin ninguna razón aparente.

—Su pelo no es negro —continuó y pensé en el tono mate de su pelo y cómo había parecido moteado en algunas partes—. Es de un rubio palidísimo, casi blanco.

Me eché un poco atrás cuando una imagen se apareció en mi mente: la de la mujer que había visto en esos extraños sueños o recuerdos. La que había creído que era la consorte. Tenía el pelo tan pálido que me recordaba a la luz de la luna. Se me empezó a acelerar el corazón.

—¿Y su cara? —Casteel se inclinó hacia mí, deslizó una mano por mi cuello—. Tiene tus ojos, solo que el color es distinto. La nariz. La estructura de su rostro. Incluso el ángulo de su mandíbula. —Buscó mis ojos con la mirada—. Tiene muchas más pecas que tú, pero casi podría pasar por tu gemela, Poppy.

Lo miraba pasmada otra vez, atrapada en una tormenta de incredulidad. ¿Casi pasar por mi *gemela*? Si eso fuese verdad, ¿cómo podría *no* haberme dado cuenta? Aunque la máscara, la pintura facial, era densa y extensa, y costaba distinguir incluso la estructura de sus huesos.

Pero tenía que estar equivocado. De algún modo, lo habían convencido. Engañado.

Me eché hacia atrás y negué con la cabeza.

—Esto no tiene ningún sentido. Los Retornados son los terceros hijos e hijas. Si ella fuese mi hermana, eso significaría que tengo al menos dos hermanos *más*. Y ella tendría que ser una diosa.

—Al principio, yo pensé lo mismo: que tenía que ser una diosa. Pero ella dijo que no lo era. Lo único que se me ocurre es que no sobreviviera al Sacrificio y que Isbeth emplease sus conocimientos sobre los Retornados para salvarla —me dijo.

Se me escapó una risa nerviosa y la preocupación de Casteel se arremolinó en mi garganta, rica y espesa como la nata.

—No puede… si es mi hermana… —Dejé la frase en el aire, la garganta atorada cuando recordé su desesperación, la impotencia que tanto se parecía a lo que había percibido en Ires de niña. Tragué saliva con esfuerzo—. Dijo que me había visto de niña. Si lo

que dices fuese cierto, ¿por qué no me dijo nunca nada?

—Tal vez no podía. No lo sé. —Casteel retiró unos mechones de pelo de mi cara—. Pero es tu hermana.

¿De verdad podría ser cierto? ¿Lo habría sabido Ian? Recordaba la consternación de Millicent cuando lo mataron. Su tristeza. No había habido más niños en ese castillo aparte de Ian y yo cuando éramos pequeños, pero la doncella personal también había dicho que era casi tan mayor como Casteel.

¿Una hermana?

Por todos los dioses, simplemente no podía ser cierto…

Entonces recordé lo que me había dicho Isbeth. *Se enfadó. Pero cuando nos unimos para fabricarte a ti, no vino forzado. Ninguna de las dos veces.*

Ninguna de las dos veces.

No había prestado atención a esas palabras entonces. O tal vez había dado por sentado que habían estado juntos solo dos veces.

—Si es hija de Isbeth, ¿cómo es que no le importa que su padre esté enjaulado? —pregunté, el corazón aún desbocado. Sabía que Cas no tenía la respuesta a eso, pero no pude callarme—. Tiene que saber que Isbeth lo tiene en alguna parte. ¿Acaso no le importa? ¿Es igual que su madre o qué?

—No creo que sea como Isbeth. Si no hubiese acudido a Malik…

—*Malik*. —Salí de la cama a toda prisa y miré a mi alrededor en busca de mi ropa—. Malik debe saberlo.

—Es posible. —Casteel se puso de pie y encontró mi camisa medio perdida debajo de la cama. Parecía a punto de hablar otra vez, pero se calló mientras se ponía una camisa de lino negra que no debería de haberle quedado tan holgada. Tuve que impedir que mi preocupación se convirtiera en algo más grande. Recuperaría el peso perdido, junto con su fuerza… seguramente más deprisa de lo que esperaba.

Los pantalones que me habían dejado eran ceñidos. Me quedaban más o menos bien, un pelín apretados, pero no quería ir por ahí sin pantalones, así que no iba a quejarme. Alguien también me había dejado un chaleco, que tenía setecientos ganchitos por la parte delantera. Me lo puse sobre la camisa y empecé la engorrosa tarea de abrochar los ganchos sin saltarme ninguno.

—Deja que te ayude. —Casteel vino hasta mí, sus manos

reemplazaron a mis dedos temblorosos. Tardó un momento en acostumbrarse a no poder usar el índice de la mano izquierda, pero aun así él fue mucho más rápido que yo.

La intimidad de su ayuda tuvo un efecto apaciguador sobre mi mente. Mis pensamientos se aquietaron mientras lo observaba acoplar los brochecitos en los ganchos. No había setecientos, pero sí unos treinta. Deseé que hubiera setecientos, porque este momento parecía tan normal, a pesar de todo. Algo que las parejas hacían todos los días.

Algo que había echado muchísimo de menos.

El dorso de su mano rozó la curva de mi pecho cuando terminó con el último par de broches.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta cómo te queda esta prenda de ropa en particular?

—Creo que sí. —Enderecé el faldón donde se ceñía a mi cintura y luego se abría un poco por encima de mis caderas—. Cada vez que me he puesto una prenda como esta, he pensado en lo mucho que te gustaba.

Ese hoyuelo apareció de nuevo, y entonces no me pareció tan estúpido. Deslizó un dedo por el borde curvo del corpiño del chaleco, donde había una estrecha franja de encaje cosida, del mismo gris oscuro que el resto de la prenda.

—Creo que me gustaría aún más sin la camisa.

—Apuesto a que sí —repuse con ironía. Mis pechos y mi estómago ya estaban poniendo a prueba los límites de los broches, que hacían muy poco por ocultar el profundo canalillo que asomaba por el escote en V de la camisa. Sin ella, el reino entero vería todo lo que había para ver.

Su otro hoyuelo hizo acto de aparición mientras enrollaba la manga que se había soltado.

—Sé que lo que acabo de decirte es un gran *shock* y que es solo uno de los muchos sufridos en los últimos meses —dijo, mientras daba una última vuelta a la manga alrededor de mi codo—. Sé que te va a afectar a la cabeza cuando lo aceptes como verdad. —Ya estaba afectando a mi cabeza—. Y eso es algo que no necesitas ahora mismo. —Pasó a la otra manga e hizo lo mismo con ella—. Pero no podía ocultarte algo así.

Levanté los ojos hacia él. Unos bucles oscuros y brillantes habían

caído sobre su frente y casi se le metían en los ojos. La suave línea de su mandíbula era familiar y las oquedades de sus mejillas ya eran menos notables. Durante cuarenta y cinco días había soñado con estar con él. No había deseado nada más que eso, y ahora aquí estaba.

Una vez que terminó con la manga, me estiré hacia arriba y lo besé con suavidad. Sus rasgos despampanantes se suavizaron bajo la palma de mi mano.

—No sé siquiera qué debo pensar o qué creer, pero decírmelo ha sido lo correcto. Yo hubiese hecho lo mismo si tú tuvieses un hermano o una hermana desconocidos deambulando por ahí fuera.

Sonrió.

—Creo que mis antepasados no son ni de lejos tan interesantes como los tuyos.

Le lancé una mirada dubitativa y me paré un momento para recoger la daga envainada y fijarla a mi muslo.

Casteel esperó a la puerta, sus ojos como oro fundido mientras me observaba. Despacio, levantó la mirada hacia la mía.

—Sigo encontrando superexcitante esa daga pegada a tu muslo.

Sonreí al llegar hasta él.

—Y yo sigo encontrando eso un poco retorcido.

—¿Solo un poco? Veo que mis disfunciones se te empiezan a contagiar.

—Eso es porque eres una mala influencia.

—Ya te lo dije una vez, mi reina. —Acarició mi barbilla con el pulgar y luego puso la mano sobre mis riñones mientras abría la puerta, lo cual hizo revolotear mi corazón. Por todos los dioses, cómo había echado de menos estas pequeñas muestras de cariño—. Solo se puede influir sobre los ya encantadoramente pervertidos.

Me reí y salí a un pasillo con aroma a café para toparme de inmediato con Kieran.

Había estado apoyado contra la pared, pero se enderezó de golpe en cuanto nos vio.

—No llevo aquí demasiado tiempo —comentó, y nos miró por encima con esos pálidos ojos suyos—. Solo venía a deciros que tenéis que dejar de daros el lote durante cinco segundos.

—Mentiroso —murmuró Casteel con una sonrisa—. Seguro que llevas aquí fuera todo el rato.

Kieran no respondió. Casteel fue hacia él y yo abrí mis sentidos y dejé que se estiraran hacia el *wolven*. La pesadez de la preocupación había sustituido a la diversión juguetona de cuando me había alimentado de él. Seguía preocupado por Casteel, pero no creí que esa fuese la única razón de que se hubiese quedado ahí fuera. Me dio la impresión de que a lo mejor solo necesitaba estar cerca de Casteel.

También me dio la impresión de que Casteel lo percibía de algún modo porque cuando se acercó a Kieran, le dio un fuerte abrazo.

Verlos a los dos juntos, dándose un abrazo tan fuerte, me transmitió una gran calidez. No existía un vínculo entre Casteel y Kieran, puesto que yo lo había roto cuando Ascendí a mi divinidad, pero el amor que sentían el uno por el otro iba más allá de cualquier tipo de vínculo. Aun así, también había cierto pesar, porque dudaba de que Casteel hubiese compartido ninguno de esos gestos con su hermano.

No dijeron nada pero, como siempre, daba la sensación de haber algún tipo de comunicación silenciosa entre ellos, una que debía provenir de conocerse desde hacía tantísimo tiempo.

Casteel extendió el brazo hacia mí. Fui hasta él y puse mi mano en la suya. Tiró de mí contra su costado y, un segundo después, la otra mano de Kieran se cerró en torno a mi pelo. El aire se me escapó, tembloroso, mientras apretaba los ojos con fuerza contra al aluvión de lágrimas, el aluvión de… emoción dulce. El simple gesto fue un recordatorio poderoso de que este momento no tenía que ver solo con ellos. Tenía que ver con todos nosotros.

Respiré hondo, con la sensación de que era la primera vez que respiraba de verdad en varias semanas. Cerré los ojos a medida que el cariño de Casteel y Kieran me envolvía y se colaba en mi interior. En ese sitio frío en el centro de mi ser en el que me obligaba a no pensar. Se había caldeado en esos momentos en los que éramos solo Casteel y yo y nada más entre nuestros cuerpos. Nada en mi mente aparte de la sensación de su piel contra la mía. Sin embargo, esa vaciedad fría había regresado mientras lo bañaba, amainada solo un ratito cuando me había alimentado y con lo que había venido después. Pero había vuelto una vez más mientras me vestía.

Ahora, sin embargo, ahí de pie entre ellos, no había más que calor.

Kieran se movió un poco para apoyar la frente contra la mía.

—¿No estás cansada ni nada? —preguntó en voz baja—. ¿Crees que tomaste la sangre suficiente?

Asentí y di un paso atrás, aunque no llegué muy lejos porque el brazo de Casteel se había apretado alrededor de mi cintura.

—Tengo que hablar con Malik.

Casteel bajó la vista hacia mí.

—Se lo conté a Kieran mientras dormías.

—¿Tú te lo crees? —le pregunté.

—Al principio no, pero no veo por qué mentiría ni cómo puede parecerse tanto a ti. —Kieran se giró—. Malik está en la cocina.

—Aún me sorprende que siga aquí —masculló Casteel, y me puse tensa ante el recelo en su voz. Kieran asintió.

—Sí, te entiendo.

La mano de Casteel volvió al centro de mi espalda y se quedó ahí mientras seguíamos a Kieran pasillo abajo hacia la zona de la cocina. Solo había dado unos pocos pasos antes de que una palabra se colara en mis pensamientos.

Hermana.

Solté el aire con fuerza justo cuando pasábamos por una entrada en arco. La sala era luminosa, pero habían echado las persianas sobre las ventanas alineadas por la pared, para bloquear así el sol matutino. Blaz y Clariza estaban ante una mesa vieja, la superficie mate y llena de marcas de varios tamaños. Marcas que debían proceder de las varias dagas y demás armas desplegadas sobre ella.

Malik estaba sentado con ellos, con los ojos fijos en la taza de café entre sus manos. No levantó la vista cuando entramos, pero sus hombros se tensaron del mismo modo que los de Casteel a mi lado. No hubo ningún abrazo entrañable, pendiente desde hacía muchísimo tiempo. Ningún reconocimiento de la presencia del otro.

Las sillas chirriaron sobre la madera cuando Blaz y Clariza se levantaron. Sospeché que estaban a punto de arrodillarse.

—No es necesario.

Intercambiaron una mirada. Blaz me dedicó una sonrisa llena de dientes mientras tomaba asiento de nuevo.

—Gracias por abrirnos vuestra casa. —Casteel se dirigió a ellos sin dejar de mover la mano arriba y abajo por mi espalda—. Sé que esto ha sido un gran riesgo para los dos.

—Es un honor para nosotros y es un riesgo que merece la pena correr —aseguró Clariza, los ojos muy abiertos mientras cruzaba las manos—. Tienes mucho mejor aspecto.

Casteel hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza.

—Me encuentro mucho mejor.

—¿Quieres una taza de café, majestad? —preguntó Blaz.

—Un café sería genial. —Casteel me miró de reojo y yo asentí—. Y no tenéis por qué utilizar ningún título. No somos vuestros gobernantes.

Clariza esbozó una leve sonrisa al tiempo que se levantaba.

—Os haré un poco de café. Blaz tiende a hacerlo más crema y azúcar que café de verdad.

—No veo nada malo en eso —se defendió el mortal, echándose hacia atrás.

Yo tampoco, pero Clariza se apresuró de todos modos hacia la chimenea. Había muchas cosas sobre las que ponerse al día, pero Malik seguía sentado a la mesa, la cabeza gacha y el cuerpo rígido. Miré a Casteel de reojo. Él miraba a Malik. De hecho, no le había quitado el ojo de encima desde que entramos en la cocina. Miré a mi alrededor y fruncí el ceño.

—¿Dónde está Reaver?

—Aseándose —respondió Malik. Bebió un sorbo de café.

—Por fin —musitó Kieran. Casteel lo miró inquisitivo.

Abrí la boca y la cerré, pero entonces Malik por fin levantó la cabeza. La pregunta brotó por mi boca casi sin querer.

—¿Es Millicent mi hermana?

Varios pares de ojos se posaron en mí y la curiosidad cítrica de los mortales se arremolinó en mi garganta, pero Malik… Entornó los ojos y enderezó la espalda.

—¿Blaz? ¿Riza? Odio tener que pedíroslo, pero ¿podéis dejarnos un momento a solas?

Blaz puso los ojos en blanco.

—No lo sé. A mí me gustaría conocer la respuesta a esa pregunta. También me gustaría saber quién es Millicent.

—Apuesto a que sí —repuso Malik en tono ácido.

En ese momento llegó Clariza con dos tazas en las manos.

—Hay unas cuantas galletas, si tenéis hambre —dijo. Tomé una de las tazas color crema—. Blaz y yo iremos a ver a Reaver.

—Gracias —susurré.

La mujer me sostuvo la mirada un momento, luego asintió. Se volvió hacia su marido.

—Arriba.

—¿En serio? —exclamó Blaz—. Sabes lo cotilla que soy y ¿me estás pidiendo que me vaya?

—En serio.

Clariza le lanzó una mirada severa que impresionaba bastante mientras yo bebía un buen trago del rico café caliente. Blaz suspiró, refunfuñando mientras se ponía en pie.

—Voy a escuchar detrás de la puerta, solo para que lo sepáis.

—No va a hacer tal cosa. —Clariza entrelazó el brazo con el de su marido—. Se limitará a gemir y protestar en nuestro dormitorio.

—Podría solo gemir sin protestar, ¿sabes? —repuso Blaz con un meneo sugerente de las cejas.

—Sigue hablando —dijo ella de camino a la puerta de la cocina —, y eso es cada vez más improbable.

Los labios de Casteel se curvaron con disimulo alrededor del borde de su taza.

—Me gustan —comentó cuando desaparecieron pasillo abajo.

—Son buenas personas —confirmó Malik. Levantó la vista hacia mí—. ¿Te lo dijo Millicent?

—Me lo dijo a mí —intervino Casteel—. Y me lo *enseñó*.

—¿No crees a Cas? —me preguntó Malik.

—Creo que eso es lo que le han dicho, pero no sé cómo es posible —expliqué—. Aunque se parezca a mí…

—Sí que se parece —me interrumpió Malik, y se me hizo un nudo en el estómago. Un músculo se tensó en su sien—. Es inquietante lo mucho que os parecéis.

—No solo en lo físico —comentó Casteel, sin dejar de mover la mano arriba y abajo por mi espalda. Un gesto tranquilizador, calmante—. También en la personalidad.

Mi cabeza voló hacia él.

—¿Perdona? Estamos hablando de la misma persona, ¿verdad? —Miré a Kieran—. ¿La que salió contoneándose, literalmente *contoneándose*, de la habitación y se sentó cabeza abajo en una silla sin ninguna razón en absoluto?

—Hacéis gestos parecidos. La forma en que os… movéis —dijo

Casteel, y noté cómo la arruga se tallaba de manera permanente en mi cara, porque yo no iba *contoneándome* a ninguna parte—. Ella también tiene una tendencia a…

—¿Divagar? —terminó Malik por él, una media sonrisa dibujada en la cara. Entorné los ojos.

—Yo no divago. —Casteel se atragantó con su bebida mientras Kieran se encaramaba en silencio sobre la encimera, las cejas arqueadas—. No lo hago —insistí.

—Sí que lo haces —aportó Reaver según entraba en la cocina. Echó un vistazo a Casteel—. Soy Reaver. Es un placer conocerte. Me alegro de que no me mordieras y no me viese obligado a quemarte vivo.

No se me ocurrió nada que decir a eso.

—Es un placer también para mí —repuso Casteel con educación, y sus ojos centellearon con un toque de diversión perpleja mientras miraba al *draken*—. Gracias por tu ayuda.

—No fue nada. —Reaver pasó por nuestro lado, directo hacia el plato tapado cerca del fuego.

—En cualquier caso —dije, mirando a Malik mientras Casteel observaba a Reaver, y me di cuenta entonces de que era probable que esa fuese la primera vez que veía a un *draken aquí*—. Si es mi hermana, ¿cómo es que es una Retornada y no una diosa? ¿Es lo que sospecha Casteel? ¿Tuvo problemas al Ascender?

Malik no dijo nada.

La mano de Casteel se quedó quieta sobre mi espalda mientras Reaver se metía media galleta en la boca.

—Hermano, si fuese tú, empezaría a compartir lo que sea que sepas.

—¿O qué? —Malik ladeó la cabeza en un gesto que se parecía tantísimo al que hacía Casteel que pensé que quizá de verdad hubiese algo en la forma de moverse de los hermanos—. ¿Me vas a obligar a hacerlo?

La risa de Casteel fue seca.

—No creo que tengas que preocuparte de que *yo* vaya a obligarte a hacer nada.

—Cierto —murmuró Malik con una sonrisita irónica. Se giró hacia mí y pasaron unos segundos—. Cas tiene razón. Millie… hubiese sido una diosa de haber sobrevivido al Sacrificio. No lo

hizo.

—Esperad un momento —intervino Reaver, al tiempo que se limpiaba las migas de la boca con el dorso de la mano—. ¿Esa doncella personal es hermana de Poppy?

Kieran suspiró.

—¿Dónde has estado tú?

—No en la cocina —espetó Reaver, cortante—. Como es obvio. —El *wolven* puso los ojos en blanco, pero Reaver estaba concentrado en Malik—. ¿Ires es el padre? —Cuando Malik asintió, las cejas del *draken* volaron hacia arriba—. Oh, mierda. *Ella* se va a… —Sacudió la cabeza y dio otro mordisco—. Si eso es verdad, la doncella personal hubiese necesitado sangre…

—Tiene nombre —lo interrumpió Malik en tono neutro—. Es Millicent.

Reaver ladeó la cabeza y, por un momento, temí que pudiera haber fuego.

—*Millicent* hubiese necesitado una sangre poderosa para completar la Ascensión a su divinidad. Lo cual significa que hubiese necesitado la sangre de un dios. O de un descendiente de los dioses. —Hizo un gesto hacia Malik—. Un atlantiano, por ejemplo. Elemental. La sangre es más fuerte en ellos, pero no hay ninguna garantía de que fuese a ser suficiente. Nunca hay garantía de eso. —Me miró—. Tú podrías haber muerto incluso.

Casteel se puso tenso.

—No lo hice —le recordé, cosa que pareció un poco tonta, porque era obvio que no había muerto.

—No fue suficiente para Millie —confirmó Malik—. *Tu* sangre no fue lo bastante fuerte.

Noté un vacío en el estómago cuando me volví hacia Casteel.

—¿Qué demonios? —susurró.

—Isbeth te sacó sangre mientras te tenía cautivo y se la dio a Millie con la esperanza de que fuese suficiente. Pero para entonces ya estabas demasiado débil. Isbeth no había tenido en cuenta lo que te haría estar cautivo.

Casteel miraba a Malik sin parpadear, los rasgos más afilados y severos. Me acerqué un poco a él, que estaba igual de sorprendido que yo.

—Pero Isbeth tiene a Ires —dijo Kieran—. ¿Por qué no pudo

utilizar su sangre?

—La jaula en la que lo tiene encerrado anula el *eather* de su sangre, lo cual le roba todo su poder y hace que su sangre sea inútil —explicó Malik—. Otra cosa que Isbeth no había tenido precisamente en cuenta. Por eso te mantuvo a ti con vida cuando ordenaba matar a otros atlantianos. Necesitaba tu sangre.

Apreté los dedos contra mis sienes y Casteel empezó a mover la mano otra vez arriba y abajo por mi espalda.

—Entonces, ¿cómo se convirtió en una Retornada?

—Callum —repuso Malik—. Él le enseñó a Isbeth qué hacer.

—¿El cabrón dorado? —gruñó Casteel.

—¿Cuántos años tiene ese… Callum? —Reaver entornó los ojos.

—Es viejo. No lo sé con exactitud. Ni siquiera sé de dónde salió, pero es muy viejo. Callum sabía cómo fabricar Retornados. Es magia. Hechicería antigua, primigenia. —Malik apretó la mandíbula —. Tan retorcida como Isbeth… y ninguno de vosotros sabe de verdad lo retorcido que es eso… Isbeth quiere a sus hijas. A su propia manera siniestra.

Se me cayó el alma a los pies.

—No podía dejar que Millie muriera, así que utilizó esa magia vieja. Y como Millie tenía *eather* en la sangre, funcionó —dijo Malik después de un momento—. La salvó y se convirtió en la primera hija. E Isbeth empezó a maquinar para tener una segunda oportunidad. Una segunda hija.

Primera hija.

La profecía completa que me había contado Tawny hablaba de una primera hija con la sangre llena de fuego y destinada al rey una vez prometido. Por todos los dioses, incluso habíamos conjeturado que eso se refería a Malik.

Esta doncella personal era mi hermana, la primera hija mencionada en la profecía de Penellaphe, y…

—Somos realmente el producto de la sed de venganza de una mujer loca.

—No. —Casteel se giró hacia mí, bajó su taza—. Eres más que eso. Siempre lo has sido.

Lo era. Me lo repetí una y otra vez hasta que pareció verdad.

Malik esbozó una sonrisa tensa.

—Millie debería haber mantenido la boca cerrada acerca de

quién es en realidad. Solo lo sabe un puñado de gente, y la mayoría están muertos ya. —Deslizó la mirada hacia su hermano—. Sabía lo que ocurriría si le contaba a cualquiera ese secretito. Esa persona moriría y Millie soportaría el peso del disgusto de Isbeth.

Me puse tensa.

—Así que me pregunto por qué te contaría eso. Tiene que haber una razón para que corriese semejante riesgo. —Malik miró a su hermano sin inmutarse—. ¿Verdad, Cas?

Casteel había dejado su taza a un lado.

—Dijo unas cuantas cosas, sí.

Su hermano apretó los labios.

—Apuesto a que sí.

La mano de Casteel resbaló de mi espalda cuando dio un paso al frente. Kieran se puso tenso donde estaba sentado, sus ojos ardían de un azul pálido y luminoso.

—Deja que te lo aclare —masculló Casteel, que había bajado la voz de ese modo suave y engañoso que solía brotar cuando alguien estaba a punto de quedarse sin un órgano vital—. Dijo algunas cosas que podían ser verdad y otras que seguro que eran patrañas.

Malik se rio entre dientes.

—Me suena como que dijo algo que no querías oír.

—¿Sabes qué es lo que quiero oír? —Casteel bajó la cabeza—. Por qué estás aquí. Por qué nos estás ayudando ahora.

—A lo mejor deberías decirle a tu mujer por qué su hermana correría semejante riesgo —contraatacó Malik.

—¿Se van a pelear? —murmuró Reaver.

—Eso parece —repuso Kieran con una mirada de soslayo en su dirección—. De hacerlo, no sería del todo inusual.

Mi corazón había empezado a acelerarse de nuevo.

—¿Qué dijo?

—Iba a contártelo —gruñó Casteel, y su ira acarició mi piel—. Pero no dijo nada que mereciese la pena repetir.

Malik arqueó las cejas.

—A lo mejor eres tú el que vive en un estado de negación. No puedo culparte por ello. Yo tampoco querría creer algo así.

—¿Creer qué? —Agarré el brazo de Casteel para detenerlo cuando daba otro paso al frente—. ¿Qué te dijo?

Sus ojos se deslizaron hacia mí, pero no dijo nada. Mis sentidos

se estiraron hacia él, pero chocaron contra un muro. Se me quedó el aire atascado en la garganta. Me estaba bloqueando, y eso solo podía significar…

—Fuiste creada por la misma razón que Millie. Con un propósito —explicó Malik—. Tu hermana fracasó en su Ascensión. Tú, no. Y ya has dicho cuál es ese propósito. Solo que te estás centrando solo en Atlantia, y esto es muchísimo más grande que eso. Tu propósito es…

—Rehacer los reinos —lo interrumpí—. Los mundos. Ya lo sé. Lo he oído.

Malik negó con la cabeza.

—Tu propósito es *destruir* los mundos. El mortal *e* Iliseeum. Así es como planea rehacerlos Isbeth.

—Eso suena un poco excesivo —musitó Reaver.

Me eché atrás. Isbeth había dicho que quería ver arder Atlantia. Pero esto… esto no era lo mismo. Era algo completamente distinto. Sonaba muy parecido a…

Cuidado, pues el final vendrá del oeste para destruir el este y arrasar todo lo que haya entre medias.

Con el estómago revuelto, se me cortó la respiración.

La profecía… ¿qué había dicho? Que la primera hija y la segunda reharían los mundos y marcarían el comienzo del fin. No. Solo porque había sido escrito no significaba que fuese a suceder. Lo que quería Isbeth no importaba por multitud de razones.

—En primer lugar, ni siquiera soy lo bastante poderosa como para hacer algo así.

Malik se inclinó hacia delante.

—En *primer lugar*, no eres lo bastante poderosa *todavía* para hacer algo así. No has completado tu Sacrificio. Entonces sí lo serás.

—¿Lo bastante poderosa para destruir los mundos? —Me reí—. Una diosa no es tan poderosa.

—No creo que seas una diosa —dijo Casteel.

Me giré despacio hacia él.

—Repite eso.

—Es algo que deduje hace poco —me informó—. No lo entiendo del todo ni sé cómo es posible, pero no creo que seas una diosa.

—Entonces, ¿qué demonios soy? —Levanté las manos por los aires.

—Una Primigenia —anunció Malik. Puse los ojos en blanco.

—Oh, venga ya.

—Dice la verdad —aportó Reaver, y nos volvimos todos hacia él —. Los dos la dicen. Eres una Primigenia… nacida de carne mortal.

Capítulo 35

Un rugido sordo llenó mis oídos. Mi mano cayó del brazo de Casteel. *Nacido de carne mortal, un gran poder primigenio…*

—Al principio, creí que lo sabías —continuó Reaver, sacándome de mi ensimismamiento—. Fuiste capaz de invocarnos a nosotros, utilizabas el *notam* primigenio… pero luego me di cuenta de que sabías muy poco sobre, bueno, sobre todo.

Cerré la boca de golpe.

—¿Y no se te ocurrió decírselo? —preguntó Casteel—. Cuando te diste cuenta de que no lo sabía.

El *draken* se encogió de hombros.

Casteel se irguió en toda su altura. Mientras que mis emociones daban tumbos de acá para allá, su ira estaba al rojo vivo.

—¿Acabas de *encogerte de hombros* sin más?

—Sí, eso ha hecho. —Kieran miraba al *draken* con ojos asesinos —. Si hubieses pasado más tiempo con él, no te habría sorprendido lo más mínimo.

—Veréis, pensé que Poppy ya tenía demasiadas cosas con las que lidiar —razonó el *draken*—. Saberlo o no saberlo no hubiese cambiado nada. Ya había sobrevivido al principio del Sacrificio. A

estas alturas, no hay ningún peligro ni ningún riesgo para ella en completar la Ascensión.

—Ni siquiera sé qué decir. —Parpadeé varias veces deprisa—. Podrías habérmelo dicho para que estuviese preparada. Para que no tuviese que enterarme de esto el mismo día que me he enterado de que tengo una hermana. O cuando…

—Suena como que sí sabes qué decir —me interrumpió Reaver en tono seco—. Y aún no has terminado tu Sacrificio. Así que enhorabuena. Estarás preparada.

—Eres lo peor —susurré, al recordar de repente algo que había dicho acerca de que los *draken* conocían cuál era mi voluntad. *Como ha sido siempre con los Primigenios*. Y cuando yo le había dicho que no era una Primigenia, él no me había dado la razón. Ahora que lo pensaba, no creía que Reaver se hubiese referido a mí nunca como una diosa.

—Espera un momento. ¿Por qué habría sido el *notam* un indicador de que era una Primigenia? —preguntó Kieran—. Los dioses tienen el *notam*.

—¿Por qué creerías eso? —Reaver frunció el ceño—. Es un *notam* primigenio, no divino. Solo un Primigenio puede formar algún tipo de *notam*, un vínculo como ese.

—Porque eso es… —Kieran maldijo entre dientes—. No creo que nadie lo supiese de verdad. Solo supusimos que estaba conectado con los dioses.

—Pues supusisteis mal —constató Reaver en tono neutro.

Entre el caos que era mi mente, algo cobró sentido de repente.

—Por eso Malec nunca tuvo el *notam*. —Me giré hacia Casteel y luego hacia Kieran—. Creía que era porque sus poderes se habían debilitado, pero es que no era un Primigenio. —Mi cabeza voló de vuelta hacia Reaver—. Por eso dijiste que sería más poderosa que mi padre. Que no tendría que alimentarme tan a menudo. ¿Y la neblina? No la invoqué, ¿verdad?

—Solo un Primigenio puede *crear* la neblina. —Reaver ladeó la cabeza, y una cortina de pelo rubio cayó por su mejilla cuando agarró otra galleta—. Lo cual es señal de que es probable que estés cerca de completar el Sacrificio. Eso y tus ojos.

—¿Las hebras de *eather*? —pregunté—. ¿Se van a quedar así?

—Puede que se vuelvan plateados del todo, como los de Nyktos —contestó—. *O* podrían quedarse como están.

Me sentía mareada y empecé a dar un paso atrás. La mano de Casteel se deslizó por detrás de mi cuello. Se giró y dio un paso hacia mí.

—¿Una Primigenia? —Una sonrisa lenta se desplegó por sus labios mientras buscaba mis ojos con los suyos. Me sostuvo la mirada—. No sé cómo debería llamarte. ¿Reina? ¿Alteza? Ninguna de las dos parece adecuada.

—Poppy —susurré—. Llámame Poppy.

Inclinó la cabeza hacia mí y rozó el puente de mi nariz con los labios mientras su boca se acercaba a mi oreja.

—Te llamaré como quieras, siempre y cuando tú me llames «tuyo».

Solté una risa breve y noté la sonrisa de Casteel contra mi mejilla. Me había alejado con éxito del borde de una espiral de pánico.

Reaver hizo un ruido seco, como si le hubiese dado una arcada.

—¿De verdad acaba de decir eso?

—Por desgracia —musitó Kieran.

Los ignoré y cerré los puños en torno a la camisa de Casteel.

—¿Tú lo sabías?

—Acababa de deducirlo. Algunas cosas que tanto Isbeth como Millicent dijeron… no tenían sentido. O no pude recordarlas de inmediato.

Me eché atrás y levanté la vista hacia él.

—¿Como cuáles?

Sus ojos buscaron los míos.

—Como cuando las dos hablaban de los planes de Isbeth para rehacer los mundos. Y cuando me dieron sangre, ella dijo… —Unas sombras velaron sus ojos dorados. Los cerró un instante y miró a Reaver—. Una cosa que no entiendo: ¿cómo es que ella es una Primigenia y ni Malec ni Ires lo son? —preguntó, al tiempo que deslizaba una mano debajo de mi pelo y la cerraba en torno a mi nuca—. ¿Y cómo puede ser una Primigenia nacida de carne mortal?

Reaver se quedó callado y dejó a un lado su galleta medio comida.

—Eso es algo que no puedo responder.

—¿Que no puedes o que no quieres? —insistió Casteel, sus ojos duros como joyas doradas.

Reaver se limitó a mirar a Casteel, y luego deslizó los ojos hacia mí.

—No puedo. Eres la primera Primigenia nacida desde que nació el Primigenio de la Vida. No sé por qué. Solo el Primigenio de la Vida puede responder a eso.

Bueno, era harto improbable que fuésemos a hacer un viaje a Iliseeum pronto para tratar de comprenderlo.

—Sin embargo, lo que es aún más importante es por qué la Reina de Sangre cree que Poppy destruirá los mundos. —Reaver miró a Malik.

—No lo hará —declaró Casteel sin dudarlo ni un segundo—. La Reina de Sangre está tan obsesionada con la venganza que se ha autoconvencido de que puede utilizar a Poppy.

—Sí, eso también es lo que yo pensé. Al principio —añadió Malik—. Pero entonces me enteré de que Isbeth no era la única que creía que la última Elegida despertaría como la Heraldo y la Portadora de Muerte y Destrucción.

—Patrañas —gruñó Casteel, sin dejar de acariciarme con suavidad con el pulgar—. La profecía no es más que patrañas.

—No cuando la pronuncia una diosa —espetó Reaver—. No cuando le da voz la diosa Penellaphe, que guarda una estrecha relación con los Hados.

Malik me miró.

—Que Isbeth te bautizara con el nombre de la diosa que advirtió de tu llegada no fue ninguna coincidencia. Lo hizo con el convencimiento de que eso le daría buena suerte con los Arae.

Por un momento, un breve segundo, un fogonazo de pánico puro me atravesó de arriba abajo y removió el *eather* en mi pecho. Si iba a convertirme en una Primigenia, sería lo bastante poderosa para hacer justo lo que afirmaba la profecía. Mis ojos volaron hacia Kieran, que supo de inmediato a dónde había ido mi mente. Él también estaba pensando en lo que le había pedido. Kieran negó con la cabeza de un modo casi imperceptible.

Empecé a dar un paso atrás… ¿para ir a dónde? No lo sabía. Pero entonces me recordé que era más que un producto secundario de la venganza de Isbeth.

Yo… *no era* la herramienta de Isbeth. Su arma. Era la mía propia.

Mis pensamientos, mis ideales, mis elecciones y creencias no estaban predestinados ni gobernados por nadie más que por mí misma. El pánico se alivió, respiración a respiración.

—Más allá de lo que diga la profecía, tengo voluntad propia. Solo *yo* controlo mis acciones. Jamás haría algo como eso —le dije, y un susurro brotó de ese lugar frío en lo más profundo de mi pecho. Uno que ignoré a la desesperada—. No pienso tomar parte en lo que sea que Isbeth crea que voy a hacer.

—Pero ya lo has hecho —me contradijo Malik, y un escalofrío recorrió mi piel cuando oí esas mismas palabras con la voz de Isbeth—. Naciste. Tu sangre se derramó y Ascendiste. Con esa Ascensión, renaciste… nacida de la carne y el fuego de los Primigenios. Despertaste. —Sacudió la cabeza—. Tal vez tengas razón. Quizá tu elección, tu libre voluntad, sea mayor que una profecía. Que los Hados y lo que pueda creer Isbeth. Demonios, eso era lo que creía Coralena. Estaba segura de que traerías el cambio, pero no del modo que quería Isbeth.

Mi cuerpo se calentó de golpe y luego se enfrió.

—¿Conociste a mi madre? —Según lo decía, me di cuenta de que por supuesto que la había conocido. Él debía estar ya en Wayfair cuando ella trabajaba como doncella personal.

—Sí. —Bajó la vista y la tensión enmarcó su boca—. Estaba convencida de que, si tenías la oportunidad… es decir, si te criabas lejos de Isbeth y de los Ascendidos, no te convertirías en la Heraldo que destruiría los mundos.

Me recorrió un escalofrío cuando emergió un recuerdo de esa noche.

—Tiene que hacerse —dijo el hombre—. Ya sabes lo que ocurrirá.

—No es más que una niña…

—Y será el final de todo.

—O es solo el final de ellos. Un principio…

Di un paso atrás, con el corazón acelerado.

—Un principio de una nueva era —susurré, terminando lo que Coralena le había dicho a…

Malik me observaba y se me revolvió el estómago con náuseas.

El brazo de Casteel rodeó mi cintura y él se pegó a mí desde atrás.

—¿Poppy? —Bajó la cabeza hacia la mía—. ¿Qué pasa?

Mi piel no paraba de pasar del calor al frío, los ojos clavados en el hermano de Casteel. Aunque no lo veía a él. Veía al hombre con sombras por cara. A la figura encapuchada.

Al Señor Oscuro.

—*Poppy*. —Casteel irradiaba preocupación en oleadas. Se movió un poco para colocarse a mi lado.

La amargura de la vergüenza llenó la parte de atrás de mi garganta cuando Malik volvió a hablar, su voz baja y ronca.

—Lo recuerdas.

Esa voz.

Su voz.

—No —susurré. Me invadió una profunda incredulidad.

Malik no dijo nada.

—¿Qué diablos está pasando? —exigió saber Casteel. El brazo que tenía a mi alrededor se apretó mientras mi estómago se rebelaba. Empecé a inclinarme hacia delante, pero me forcé a tragarme la bilis que había trepado por mi garganta.

—Estaba roto —le dijo Malik a Casteel—. Tenías razón. Lo que le hicieron a Preela me rompió. Pero jamás fui leal a esa zorra. *Jamás*.

Casteel se tensó al oír el nombre.

—¿Preela? —susurré.

—La *wolven* vinculada a Malik —gruñó Kieran.

Oh, por todos los dioses…

—No después de lo que te hizo a ti. No después de lo que Jalara le hizo a Preela. No después de lo que Isbeth me obligó a hacerle a Mil… —Aspiró una bocanada de aire brusca y se puso tenso, al tiempo que una angustia cruda y asfixiante azotaba mi piel. El tipo de aflicción que llegaba más profundo que los huesos y dolía más de lo que podía doler cualquier herida. Y era tan potente que apenas sentí la sorpresa de Casteel y de Kieran. Se perdió en la gélida agonía—. Quería matar a Isbeth. Los dioses saben que lo intenté antes de percatarme de lo que era. Lo hubiese seguido intentando, Cas, pero esa profecía… —Abrió las aletas de la nariz mientras sacudía la cabeza—. Ya no se trataba solo de ella. De ti. De mí. De

Millie. Ninguno de nosotros importábamos. Importaba Atlantia. Importaba Solis. Toda la gente que pagaría el precio de algo con lo que no tenían nada que ver. Tenía que detenerla.

El brazo de Casteel resbaló de mi cintura y se volvió hacia su hermano. Malik cerró los ojos con fuerza.

—No podía dejar que Isbeth destruyera Atlantia ni el mundo mortal. No podía dejar que destruyera a Millie en el proceso. Y la *estaba* destruyendo. —La ira y la culpa giraron en espiral a través de él, removieron el *eather* en lo más profundo de mi pecho. Abrió unos ojos inexpresivos que conectaron con los míos—. Tenía que hacer algo.

El suelo dio la impresión de ondular bajo mis pies. No sentía las piernas. Una taza se volcó detrás de mí, rodó por la encimera. Reaver la atrapó, los ojos entornados cuando los deslizó hacia las persianas temblorosas sobre la ventana. Las dagas que entrechocaban en la mesa.

—¿Qué es lo que tuviste que hacer, exactamente? —preguntó Kieran, pero Casteel se había quedado muy callado porque… por todos los dioses, lo estaba procesando todo. Pugnaba consigo mismo para creerlo.

Malik no había apartado los ojos de mí.

—Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de detener a Isbeth —confesó con voz ronca—, y Coralena lo sabía. Porque Leopold lo sabía.

Pero ella había…

Él es su *viktor*.

Los recuerdos de aquella noche en Lockswood se estrellaron contra mí con toda su fuerza, nítidos y sin la sombra del trauma. Me apoyé contra la encimera a medida que llegaban, uno después de otro. Todos ellos en rápida sucesión, en cuestión de pocos segundos, impactantes en su nitidez.

Estremecedores en lo que los recuerdos revelaban.

La ira me atravesó de lado a lado y quemó la incredulidad. Pero esa no fue la única emoción. Había una tormenta de ellas, pero la tristeza era igual de potente porque recordaba. *Por fin*. Y parte de mí, algo que no estaba afectado por esa furia, o bien surgía de ese mismo lugar frío en mi interior, también lo *entendía*.

—Lo recuerdo todo —dije, y la habitación se estabilizó. *Yo* me

estabilicé. Miré a Malik—. ¿Por qué? ¿Por qué no lo hiciste, entonces? ¿Por qué no terminaste?

La cabeza de Casteel giró hacia mí y vi que su piel había palidecido, casi tanto como cuando había sufrido sed de sangre.

—He hecho muchas cosas terribles, he cometido actos que me atormentarán hasta mi último aliento y más allá, pero no pude llegar al final de esto. Aun creyendo lo que creía, no pude hacerlo —musitó, con una risa oscura medio atragantada—. Al parecer, matar a una niña era una línea roja que no era capaz de cruzar.

—Hijo de puta —escupió Kieran.

—No —dijo Casteel, y esa única palabra sonó ruda. No dejaba lugar a la discusión. Era una proclamación. Una súplica—. Dime que no es así.

No quería nada más que poder decirle eso.

—Y tuve mi oportunidad. Cuando salí de ese armario. Lo iba a hacer entonces. Justo entonces. Iba a terminar con todo. Pero no pude. Y lo intenté otra vez. —La cabeza de Malik cayó hacia atrás mientras miraba el techo. Mi mano revoloteó hasta mi cuello, donde sentí la presión fantasma de una hoja fría—. Lo intenté otra vez, pero entonces, lo vi… Vi lo que hizo Coralena.

Lo veo. La veo mirándome.

Esos recuerdos inconexos tenían sentido ahora que se habían recompuesto.

—¿Qué viste? ¿A quién?

Los ojos de Malik se cerraron entonces y, durante todo ese tiempo, Casteel no se había movido.

—A *ella*. A la consorte. La vi en tus ojos. Mirándome.

Se me cortó la respiración. Reaver soltó una maldición.

—No sé cómo es posible. Está dormida, ¿no? —dijo Malik—. Pero la vi.

—La consorte tiene un sueño inquieto —comentó Reaver—. A veces, pasan cosas que llegan hasta ella incluso mientras duerme, y la despiertan en parte.

—Eres el Señor Oscuro —murmuró Casteel, con esa voz suya engañosamente suave. Me giré hacia él a toda velocidad. Debería haberle prestado atención antes. Si no hubiese estado atrapada en mis propios descubrimientos, habría sentido el vacío de rabia gélida que se estaba formando a mi lado—. Tú condujiste a los Demonios

hasta la posada de Lockswood. Fuiste ahí a matarla.

—Los Demonios siguieron el rastro de sangre que dejé tras de mí —admitió—. Era la única forma que conocía de superar a Coralena y a Leo.

Kieran dijo algo que hizo que Malik se encogiera un poco, pero Casteel era una palpitante masa de furia que avivó la esencia en mi pecho. Tuve que cerrar mis sentidos. Todo aquello era demasiado.

Los ojos dorados de Casteel lucían brillantes y su voz… por todos los dioses, su voz sonaba suavísima y cargada de poder. Un susurro que fue como un estallido hizo que sus palabras cayeran sobre mi piel y llenaran la habitación entera.

—Agarra una daga, Malik.

Y Malik, el hermano de Casteel, agarró una daga con mano temblorosa. Una larga y gruesa con una hoja de filo malvado. Los tendones eran muy visibles en su cuello.

—De rodillas —ordenó Casteel. Todo el cuerpo de Malik temblaba al obedecer. Cayó de rodillas—. Póntela al cuello —lo instó el rey, su voz terciopelo y hierro.

Una coacción.

Estaba utilizando la coacción.

Malik hizo justo lo que le estaban forzando a hacer.

—Solo para que lo sepáis todos —intervino Reaver—. Yo no pienso limpiar esto.

Tenía sentimientos encontrados. Por una parte, me alegraba ver que Casteel había recuperado gran parte de su fuerza. Por otra, iba a obligar a su hermano a cortarse su propio cuello.

No sabía cómo me sentía sobre aquello. Sobre el hecho de que el hombre de negro hubiese sido Malik. Mi propio cuñado. No sabía cómo sentirme sobre el hecho de que en realidad comprendía por qué Malik había sentido que tenía que hacer lo que había hecho.

Sin embargo, lo que sí sabía era que no podía dejar a Casteel hacer esto. No mataría a Malik, pero causaría daños graves, y Casteel no necesitaba ese peso sobre sus hombros. Esa era una marca que no le permitiría soportar.

Di un paso al frente y miré de reojo a Kieran, que miraba a Malik con ojos asesinos, su pecho subiendo y bajando a toda velocidad, la piel cada vez más fina. El *wolven* no sería de ninguna ayuda en este caso.

—No lo hagas, Casteel.

—Quédate al margen —ladró, los ojos fijos en los de su hermano. Casteel levantó la barbilla. Un fino hilillo de sangre apareció y empezó a rodar por el cuello de Malik.

—Eso no va a suceder. Malik no me hizo daño —razoné—. Paró antes de poder hacérmelo.

—¿Paró antes de poder hacértelo? ¿Tú te oyes? —espetó Casteel, furioso—. Te *hirieron* por su culpa.

—Así fue —susurró Malik. Fulminé al príncipe con la mirada.

—Deberías estarte calladito.

—¡Te dejó ahí para que te hiciesen pedazos los Demonios! —rugió Casteel.

—Pero al final, no. Me sacó de ahí —le dije—. Ahora lo recuerdo.

—Los Demonios ya habían llegado hasta ella —le contó Malik—. La habían mordido. La habían arañado…

—Cállate —le bufé a Malik. Sentí que Casteel se estremecía. Me estiré hacia él y lo agarré del brazo—. Pensó que hacía lo correcto. No era así. Se equivocó. Pero paró a tiempo. No me hizo daño…

—¡Deja de decir eso! —Casteel giró la cabeza hacia mí a toda velocidad, sus ojos como violentas lanzas doradas. Con su atención en otra parte, su coacción sobre Malik se vino abajo. La daga cayó al suelo cuando el hombro de Malik cedió—. Sí te hizo daño, Poppy. Quizá no con sus manos, pero esos Demonios nunca habrían estado ahí de no haber sido por él.

—Tienes razón. —Apreté la palma de una mano contra su mejilla, canalicé…

—No lo hagas. —Casteel apartó la cara de mi mano—. Ni se te ocurra utilizar tus poderes. Necesito sentir esto.

—Vale. No lo haré —le prometí. Volví a poner la mano sobre su mejilla y esta vez no se apartó, pero sentí cómo se abultaban los músculos bajo la palma de mi mano—. Tienes razón. Los Demonios nunca habrían estado ahí de no haber sido por Malik, pero actuó según las creencias de Isbeth. La culpa es de ella.

—Eso no cambia nada. —Me miró ceñudo mientras Malik se ponía en pie—. No es inocente en esto. No fue manipulado. Tomó una decisión…

—La decisión de proteger a su reino. De protegerte *a ti*. A los

mundos. Por eso tomó esa decisión. Ninguno de nosotros tiene por qué estar de acuerdo con ella, ni tiene por qué gustarnos, pero *sí podemos* comprenderla.

—¿Comprenderla? ¿Estar dispuesto a matar a una niña? ¿A planteárselo siquiera? —exclamó, incrédulo—. ¿A ponerte en peligro? ¿A ti? ¿A mi jodido corazón gemelo?

—Él no podía saber eso entonces. —Agarré la pechera de su camisa.

—Aunque lo hubiese sabido, habría hecho lo mismo —admitió Malik—. Aún habría…

—¡Cállate! —grité. Malik negó con la cabeza.

—Es la verdad.

Casteel se movió tan deprisa que me dio la sensación de que ni siquiera Reaver hubiese podido detenerlo… de haber querido hacerlo. Cruzó la cocina en un abrir y cerrar de ojos y estrelló el puño contra la mandíbula de su hermano. El puñetazo sentó a Malik de vuelta en la silla. No tuvo ocasión de recuperarse. Casteel lo arrastró al suelo. Su brazo se movía tan deprisa que no era más que un manchurrón. El ruido viscoso de su puño al contactar con carne resonó por toda la cocina.

—¡Casteel! —grité.

Agarró a Malik de la camisa y lo levantó del suelo sin dejar de darle puñetazos.

Me giré hacia Kieran.

—¿No vas a detenerlo?

—Nop. —Kieran cruzó los brazos—. El muy cabrón se lo merece.

Al parecer, Malik ya había tenido suficiente, porque agarró la muñeca de Casteel y lo volteó. Luego se incorporó, la nariz y la boca sangrando. El breve respiro duró un segundo entero, el tiempo que tardó Casteel en ponerse en pie de un salto y estampar la rodilla contra la barbilla de Malik. Su cabeza dio un latigazo hacia atrás.

Y entonces cayeron al suelo de nuevo y rodaron entre las patas de la mesa.

Me giré hacia Reaver…

—A mí no me mires. —Reaver recuperó su galleta—. Esto es superdivertido.

Entorné los ojos.

—No servís para nada —espeté. Me volví hacia los hermanos. Estaba a *un pelo* de darles una paliza a los dos yo misma. Recurrí al *eather* y levanté la mano. Un resplandor plateado se extendió por mis dedos—. Dejadlo ya —dije por encima de los gruñidos. No me oyeron, o bien eligieron no escuchar—. Oh, por todos los dioses. Debería ser yo la que estuviera furiosa, y sin embargo tengo que ser la racional y calmada.

En mi mente, deseé que se separaran, y mi voluntad… bueno, se unió con la esencia. Y funcionó. Quizás un poco demasiado bien, puesto que en ese momento no estaba muy preocupada por no hacer daño a ninguno de los dos.

En un segundo, se estaban revolcando por el suelo como dos niños demasiado grandes. Al siguiente, resbalaban por el suelo en direcciones contrarias. Malik se estrelló contra la pared de debajo de la ventana con la fuerza suficiente como para sacudir la casa entera. Hice una mueca. Kieran, por su parte, atrapó a Casteel antes de que le quitara las piernas de debajo del cuerpo.

La cabeza de Casteel giró de golpe hacia mí. La sangre resbalaba por su labio partido mientras se apoyaba contra las piernas de Kieran.

—¿Qué demonios?

—*Exacto*. —Reabsorbí el *eather*.

—Mierda. —Malik se inclinó hacia un lado tosiendo mientras apoyaba su peso en un brazo—. Eso ha dolido más que cualquiera de sus puñetazos. Creo que me has partido unas cuantas costillas.

—Estoy a punto de partirte la cara como digas una sola palabra más —repliqué.

—¿Partirle la cara? —repitió Casteel, y sus cejas volaron hacia arriba.

—La tuya también —lo advertí.

Una sonrisa lenta y ensangrentada se desplegó por sus labios y apareció ese condenado hoyuelo estúpido. Sabía que estaba a punto de decir algo que me daría ganas de darle un puñetazo.

—Uhm, odio interrumpir —dijo Clariza desde el umbral de la puerta, después de entrar sin que nos diéramos cuenta. Me giré hacia ella al tiempo que me sonrojaba. La mujer tenía los ojos muy abiertos—. Pero hay un pequeño ejército de guardias del Adarve en la calle, yendo de casa en casa.

En el tiempo que tardó en caérseme el alma a los pies, todos mis descubrimientos impactantes quedaron relegados a segundo plano. Casteel se levantó de un salto y se reunió conmigo. Se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Están muy cerca?

—A dos casas de distancia —contestó Blaz. Pasó por al lado de Clariza con varias capas en las manos. Nos entregó una a cada uno y fue directo a la mesa. Agarró dos dagas, una de las cuales la guardó en su bota.

Malik maldijo.

—Tenemos que salir de aquí. Ahora.

—Iré a por nuestras armas. —Kieran pasó como una exhalación por nuestro lado y desapareció por el pasillo.

—Salid por atrás. —Blaz le tiró a Clariza una daga delgada, que ella deslizó bajo su manga—. Los mantendremos ocupados todo el tiempo que podamos.

La preocupación por ellos afloró al instante.

—¿No podéis venir con nosotros?

Clariza me lanzó una sonrisa breve mientras ocultaba otra daga.

—Nada me gustaría más que ver el hogar de mis antepasados, y pienso hacerlo algún día, pero ahora nuestro lugar está aquí. Hay gente que depende de nosotros.

—¿Descendentes? —preguntó Casteel, justo cuando volvía Kieran. Le entregó una espada y vi que tenía mi morral.

Blaz asintió.

—Elian podrá contaros que hay bastante gente opuesta a la Corona de Sangre. Una red entera que trabaja desde dentro para deponer a los Ascendidos. Puede que aceleréis el proceso cuando lleguen vuestros ejércitos, pero hasta entonces, nos necesitan aquí.

Al oír el nombre de su antepasado, Casteel le lanzó una mirada a Malik y luego dio un paso al frente. Plantó una mano sobre el hombro de Blaz.

—Gracias. Gracias a los dos por vuestra ayuda.

Clariza hizo una reverencia mientras yo me ponía la capa.

—Ha sido un honor para nosotros.

Nos llegó el ruido de alguien que llamaba a la puerta de la casa y Casteel se giró para agarrarme de las mejillas. Su contacto calmó mis nervios.

—¿Mi reina?

—¿Sí?

—Creo que te alegrará saber —comentó, al tiempo que deslizaba las manos hasta los bordes de la capucha y la levantaba—, que estás a punto de partir unas cuantas caras.

Se me escapó una risa áspera y temblorosa, y mi corazón se apaciguó. Me giré hacia Clariza y Blaz mientras Reaver y Malik iban hacia la parte de atrás de la casa.

—Tened cuidado.

—Debemos irnos —nos instó Malik. Levantó la capucha de la capa que se había puesto, justo cuando sonó otra llamada a la puerta delantera.

Clariza levantó la barbilla y se llevó el puño cerrado al corazón.

—De sangre y cenizas —dijo, mientras Blaz hacía lo mismo.

—Resurgiremos —terminó Casteel, la mano también sobre el corazón. Y entonces él, el rey, se inclinó ante ellos.

Me puse detrás de Kieran y levanté la vista hacia Malik mientras Blaz se dirigía a la puerta.

—¿Estarán a salvo cuando lleguen los guardias?

—Es posible —repuso.

Eso no era precisamente tranquilizador.

—Tú y yo no hemos terminado de hablar. —Casteel se puso delante de mí, la capucha de su capa ocultando su rostro.

Eso tampoco era tranquilizador.

—Eso tendrá que esperar —dijo Kieran, su mano sobre mis riñones.

—¿Hacia dónde? —Reaver estiró la mano hacia la puerta de atrás.

—Al puerto —respondió Malik—. Ciudad Baja.

El *draken* asintió, abrió…

Y nos dimos de bruces con cuatro guardias reales, sus capas blancas ondeando al viento.

—¿A dónde creéis que vais todos vosotros? —preguntó un guardia mayor.

Solo Reaver iba sin capa, pero el guardia nos echó un solo vistazo a los demás, encapuchados, nuestras identidades ocultas, y desenvainó su espada.

—Atrás —ordenó.

No tuve oportunidad de invocar el *eather* siquiera.

Reaver se puso en acción al instante. Agarró el brazo con el que el guardia blandía la espada al tiempo que estiraba el cuello. Su mandíbula dio la impresión de descoyuntarse, su boca se abrió de par en par, y un retumbar grave brotó de su pecho cuando una estela de fuego plateado surgió de su boca.

Abrí los ojos como platos.

—Joder —murmuró Casteel, que se puso todo tenso delante de mí cuando una oleada de llamas plateadas onduló por encima del guardia.

—Sí —comentó Kieran.

Reaver empujó al guardia hacia atrás. Chocó contra otro sin dejar de chillar y ese fuego antinatural se extendió al otro hombre. Reaver dio media vuelta y escupió otra potente ráfaga de llamas para deshacerse en un santiamén del resto de guardias apostados ante la puerta trasera.

El olor a carne quemada llenó el aire, arrastrado por el viento. Se me revolvió el estómago mientras Reaver se enderezaba.

—Camino despejado.

Casteel se volvió hacia el *draken*.

—Sí, eso está claro.

Un repentino gritito de dolor sonó dentro de la casa y me giré hacia ahí a toda velocidad. Clariza chilló, alarmada.

—Tenemos que irnos —insistió Malik, apartando con el pie los restos calcinados.

Teníamos que hacerlo, pero…

—Ellos nos han ayudado —dije.

—Y conocían el precio —señaló Malik, mientras resonaban unos gritos rudos en el interior de la casa.

—Igual que nosotros cuando llegamos a su puerta. —Di un paso al frente. La mano de Kieran se apretó un instante sobre mi capa, luego se relajó.

—Es verdad —dijo Casteel. Apretó la mano sobre su espada.

—Por todos los dioses —musitó Malik—. Este no es el momento de ser héroes. Si os atrapan…

—No lo harán. —La cabeza encapuchada de Casteel se giró hacia mí.

Asentí y dejé que la esencia saliera a la superficie mientras unas

sonoras pisadas corrían por el pasillo. Vimos llegar a varios guardias reales a la carrera. El palpitante *eather* se iluminó por mi piel cuando mi voluntad se fusionó con la esencia. Una tenue telaraña plateada brotó de mi interior y se encendió en torno a mi mano; las sombras que se entrelazaban con el resplandor se volvieron más espesas.

—Eso es nuevo —comentó Casteel.

—Empezó hace un par de semanas —lo informó Kieran. Los guardias se detuvieron en seco.

Las espadas cayeron de las manos de los guardias y repiquetearon contra el suelo mientras sus cuellos se retorcían hacia los lados y se partían.

—Es probable que lo que voy a decir te preocupe, pero tampoco creo que te sorprenda —dijo Casteel, y el sabor especiado y ahumado de mi boca eliminó el sabor a sangre—. He encontrado eso de lo más… *sensual*.

—Hay algo mal en él —musitó Reaver desde detrás de nosotros —. ¿Verdad?

Desde luego que lo había, pero lo quería por eso.

Kieran soltó una carcajada justo cuando llegaba otro guardia real. La esencia salió de mí al bajar la barbilla. La red de luz palpitó y luego retrocedió.

—Retornado —escupí.

El guardia, que iba a cara descubierta y sin máscara, sonrió con suficiencia. Fue entonces cuando vi sus ojos. Azul pálido.

Casteel giró a toda velocidad, agarró una daga de la mesa y la lanzó, todo en un solo movimiento fluido. La hoja dio en el blanco, justo entre los ojos del Retornado.

—Veamos cuánto tardas en recuperarte de eso.

—Lo que tarde en extraer esa daga —nos llegó una voz. El Retornado dorado salió con calma de las sombras del pasillo. Callum.

—Tú —bufó Casteel.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi —repuso Callum, y una intensa furia inundó todo mi ser. No estaba solo. Un rápido vistazo reveló al menos media docena de guardias más con él. Todos de ojos pálidos.

—Reaver —dije—. Hay algo que me gustaría que hicieras por

mí, y te va a *encantar* hacerlo.

El *draken* esbozó una sonrisa sedienta de sangre. Pasó entre Casteel y yo.

Callum echó un vistazo a Reaver y un ala pintada subió en un lado de su cara.

—Creo que sé lo que eres.

—Y yo creo que estás a punto de confirmarlo. —Una nubecilla de humo brotó de los ollares de Reaver.

—Tal vez más tarde. —Callum levantó una mano.

Clariza apareció en el pasillo, la nariz ensangrentada y una daga al cuello. Un guardia la empujó en dirección a Callum, que la agarró al tiempo que Blaz entraba arrastrando los pies, sujeto por otro guardia.

—¿Tan cobarde eres para usarlos como escudo? —lo increpé, furiosa.

—Dices «cobarde» —se defendió Callum, mientras la ira de Clariza se arremolinaba en mi garganta—. Yo digo «listo».

Kieran vino a ponerse a mi otro lado.

—Este cabrón sabe contar chistes.

—Infinitos. —Callum echó un vistazo al *wolven*—. Cuando todo esto termine, me quedaré contigo. Siempre he querido un lobo como mascota.

—Que te den —gruñó Kieran.

La ira no fue lo único que percibí procedente de la pareja a medida que la violencia espesaba el aire. También estaban llenos de una determinación salada. Estaban preparados para morir.

Pero no podía permitirlo.

—No hagas nada —le dije a Reaver.

El *draken* refunfuñó, pero el humo se esfumó. Callum sonrió.

—Hay quien diría que la humanidad es una debilidad.

—Porque lo es —intervino otra voz, y todos los músculos de mi cuerpo se pusieron en tensión.

Callum y los otros Retornados dieron un paso a un lado y yo me planté de inmediato delante de Casteel. Una figura se adelantó, envuelta en una capa carmesí, pero supe al instante que no era ninguna doncella personal.

Unas manos delgadas se levantaron para retirar la capucha y revelar lo que ya sabía.

Isbeth estaba ahí delante de nosotros. No llevaba la corona de rubíes, tampoco los polvos que aclaraban su piel. Me di cuenta entonces de que ya la había visto así en sus aposentos privados, con la piel más cálida y rosa. Aquella vez, justo al anochecer, cuando me había enseñado la joya Estrella, un diamante codiciado en todo el reino y conocido por su resplandor plateado.

Las cosas más bonitas de todo el reino a menudo tienen líneas serradas e irregulares, cicatrices que intensifican la belleza de formas intrincadas que ni nuestros ojos ni nuestras mentes pueden detectar o ni siquiera empezar a comprender, había dicho.

Era verdad. Igual que los que eran como ella, con líneas suaves, piel impecable y una belleza sin fin podían ser malvados y feos. Y mi madre era la más monstruosa de todos ellos. ¿Y mi hermana? Puede que no quisiera ver los mundos destruidos, pero ¿qué había hecho para detener a nuestra madre?

—Tu compasión por los mortales es admirable, pero no es uno de tus puntos fuertes —comentó Isbeth. Echó un vistazo a Reaver antes de posar sus ojos oscuros en mí—. Una verdadera reina sabe cuándo sacrificar a sus peones.

—Una verdadera reina no haría tal cosa —escupí, al tiempo que retiraba la capucha de un tirón, pues ya no tenía ningún sentido llevarla puesta—. Solo una tirana pensaría en la gente como peones que pueden ser sacrificados.

Esbozó una sonrisa de labios apretados.

—Tendremos que estar de acuerdo en no estar de acuerdo en eso. —Su cabeza se ladeó en dirección a Casteel—. Uno de vosotros ha destruido mi celda. Una disculpa sería bienvenida.

—¿Alguno de nosotros tenemos aspecto de estar a punto de ofrecerte una disculpa? —Casteel cambió de postura para bloquear a la figura encapuchada de Malik. Kieran hizo lo mismo.

—Cosas más extrañas han pasado —comentó la reina—. Incluso más extrañas que una neblina primigenia desprovista de Demonios hasta que los atrajo del Bosque de Sangre hasta nuestras murallas. *Eso* sí que fue astuto. Impresionante, incluso.

—No me importa lo que pienses —mascullé.

Isbeth arqueó una ceja mientras miraba a su alrededor por la cocina, el labio retorcido en una mueca de asco.

—¿De verdad creías que ibais a escapar? ¿Que saldríais tan

panchos de la capital, y con algo que me pertenece, nada menos?

Gruñí cuando el *eather* palpitó en mi pecho.

—No hablaba de ti. —Sus ojos se deslizaron detrás de mí y su sonrisa se retorció con frialdad—. Sino de *él*.

Casteel se puso tenso cuando la Reina de Sangre clavó los ojos donde Malik esperaba en silencio.

—Él tampoco te pertenece.

—Estaba tan orgullosa de ti —ronroneó Isbeth—. Pero aun así, otro Da'Neer que me traiciona. Terrible.

—¿Traiciona? —Malik sonaba tan incrédulo como me sentía yo —. Secuestraste y torturaste a mi hermano. Me has tenido cautivo y me has utilizado para lo que te ha venido en gana. ¿Y me acusas *a mí* de traición?

—Allá vamos otra vez. —Isbeth puso los ojos en blanco—. Por todos los dioses, déjalo ya.

—Que te jodan —escupió Malik.

—Ninguno de nosotros ha estado interesado en eso durante muchos años —replicó—. Así que no, gracias.

Las náuseas se apoderaron de mí mientras miraba a esta mujer, esta bestia, que era mi madre.

Sus ojos se posaron otra vez en mí.

—Si te hubieses quedado donde debías, podrías haber evitado esto. Habríamos hablado hoy y te habría dado una elección. Una que hubiese propiciado su libertad. —Hizo un gesto con la barbilla en dirección a Casteel—. Y mucho menos caos. Pero ¿así? Es mucho más dramático. Es algo que sé apreciar, pues a mí también me encanta montar numeritos.

Cerré los puños con fuerza.

—¿De qué estás hablando?

—De una elección —repitió—. Una que todavía estoy dispuesta a ofrecer, porque así de cortés e indulgente soy.

—Deliras —dije, impactada por la idea de que de verdad creyera esas palabras. Isbeth entornó los ojos.

—Tú sabes dónde está Malec. Lo dijiste tú misma. Si quieres salir de esta ciudad con tu amado, lo encontrarás y me lo traerás.

Capítulo 36

—¿Qué demonios? —exclamó Malik, su confusión ácida era un fiel reflejo de la mía, aunque nuestra confusión no fue la única emoción que sentí. Una traza más leve provenía de…

Callum miraba pasmado a la Reina de Sangre, su agarre sobre Clariza aún firme pero las cejas arqueadas bajo la máscara alada.

—¿Qué tiene él que ver con nada de esto? —preguntó Casteel.

—Todo —repuso ella, jugueteando con su anillo de diamantes—. Traédmelo y él me dará lo que quiero.

—¿Crees que él te ayudará a destruir los mundos? ¿A castigar a Nyktos? —Casteel arqueó las cejas—. Sabes cuánto tiempo lleva sepultado. No será capaz siquiera de mantener una conversación contigo, no digamos ya de ayudarte a destruir nada.

La mirada de Isbeth se afiló.

—Pero lo hará.

—Majestad —empezó Callum—. Esto no es…

—Silencio —ordenó Isbeth, los ojos clavados en mí.

El Retornado se puso rígido, entornó los ojos. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que Isbeth planeaba o quería.

Y yo estaba, bueno, estupefacta. ¿*Así* era como creía que la ayudaría a destruir Atlantia y quizá los mundos? ¿Liberando a

Malec? Casteel tenía razón. Malec no estaría en condiciones mentales de tomar parte en lo que fuese que pensara que podía conseguir.

—Solo para asegurarme de que he entendido esto bien. ¿Crees que voy a ir en busca de Malec, lo voy a encontrar y luego voy a regresar con él para que puedas utilizarlo para destruir mi reino? ¿Los mundos?

—Eso es exactamente lo que creo.

Miré de reojo a Reaver, que se había quedado muy quieto y muy callado mientras observaba a la Reina de Sangre.

—¿Por qué no me pides sin más que te diga dónde está? —pregunté.

—Porque no te creería.

—¿Y sin embargo crees que haré lo que me pides cuando me vaya de aquí?

Me miró a los ojos.

—Como he dicho, te habría ofrecido su libertad a cambio. Aún lo hago.

—¿Te da la impresión de que estoy encadenado? —gruñó Casteel.

—Puede que no tengas cadenas alrededor del cuello, pero siguen ahí. Excepto que ahora están alrededor del cuello de todo el mundo, solo que de maneras diferentes. Los Retornados rodean este lamentable ejemplo de casa. El barrio entero está lleno de ellos. Demasiados para que vuestro interesante compañero de viaje se encargue de ellos sin dañar a esas personas inocentes de las que tanto os preocupáis. Debí imaginar que traerías a un *draken* contigo. —Lanzó una rápida mirada disgustada en dirección a Callum. Le había entregado a Clariza a otro guardia pero seguía medio protegido detrás de ella—. Sea como fuere, debéis saber que vuestras encantadoras, aunque destructivas, escapadas han llegado a su fin. Y aunque puede que pienses lo peor de mí, soy una reina de lo más generosa. —Casi me atraganté—. Encuentra a Malec, tráemelo y te dejaré marchar. También dejaré que Casteel se vaya. —Me observó con atención, a la espera de mi respuesta—. Tu respuesta debe ser inmediata, Penellaphe. Sé que harás cualquier cosa por él.

Era *verdad* que haría cualquier cosa por Casteel, pero Malec era

un dios, uno que llevaba cientos de años sepultado. Era el hijo del Primigenio de la Muerte y su consorte. No podía ni empezar a imaginar lo que significaría o provocaría su liberación.

Eché otro vistazo rápido a Reaver. Su expresión era indescifrable. ¿Qué demonios harían Nyktos y su consorte si Malec fuese liberado? Aunque, claro, por lo que sabía, tampoco habían intervenido cuando fue sepultado.

Pero ¿esto era todo? ¿Así era como pretendía utilizarme Isbeth? ¿Esto era lo que había nacido para hacer? Entonces, ¿por qué había esperado hasta ahora para pedírmelo? Podría haberme hecho esta petición en el mismo momento en que hablamos aquí por primera vez. Podría haber enviado su oferta con su *regalo*.

Algo no cuadraba. En realidad había muchas cosas que no cuadraban. Empezando con por qué creía que Malec podría darle lo que quería y terminando con qué pensaba que ocurriría después.

—Si acepto, ¿qué pasará después? ¿Malec y tú destruís Atlantia, rehacéis los mundos y ya está? ¿Y si me niego?

Sus ojos se endurecieron.

—Si te niegas, me aseguraré de que te arrepientas de ello hasta tu último aliento.

La esencia primitiva cobró vida con un rugido, presionó contra mi piel. Supe de inmediato que se refería a Casteel.

—¿Y qué crees que te ocurrirá a ti si haces eso?

—Sé lo que harás —dijo, con una sonrisa—. Pero también sé que no dejarás que llegue a ese punto. Al final, entrarás en razón y harás lo que te pido. Y lo sé porque, quieras reconocerlo o no, somos parecidas. Él te importa más de lo que te importa cualquier reino.

—Cállate —gruñó Casteel, que dio un paso al frente. Varios de los Retornados reaccionaron acercándose más.

—Pero es verdad —continuó Isbeth—. Es igualita a mí. En lo que nos diferenciamos es en que yo tengo el valor de reconocerlo. —Sus ojos volvieron a mí—. Bueno, ¿qué decides?

Mis pensamientos iban muy por delante de mí, mucho más allá de este momento. Estaba casi segura de que podría matar a la reina. Ella era poderosa, pero no me contendría. Como muy poco, la heriría de gravedad.

Pero ¿y si lo que afirmaba era cierto? ¿Y si de verdad estábamos

rodeados de Retornados? Reaver solo podría ocuparse de unos cuantos. Era *verdad* que la gente resultaría herida. Podía haber personas que me importaban mucho entre ellas.

Y esa parte fría en mi interior…

La parte que tenía sabor a muerte…

No era como mi madre.

Era peor.

Miré de reojo a Casteel. Sus ojos se cruzaron con los míos y asintió con la cabeza de manera casi imperceptible. Odiaba plantearme siquiera la idea de hacer lo que pedía Isbeth, pero ella tenía que saber que no había manera de que Malec pudiese ayudarla a buscar venganza. No creía que él tuviera nada que ver con sus planes. Su oferta surgía del deseo desesperado de reunirse con su corazón gemelo, independientemente de las condiciones en las que estuviese, y del hecho de que él era la debilidad de Isbeth.

Una que podíamos explotar. Podía empezar por aceptar sus exigencias sin ninguna intención de cumplirlas.

—Muy bien, te traeré a Malec —decidí.

No hubo ningún estallido de júbilo. Isbeth se quedó callada durante un momento largo.

—Me has preguntado cómo podía confiar en que regresaras. Antes tenía a tu rey para garantizar tu cooperación. Ahora, ¿qué tengo para asegurarme de que no intentarás traicionarme?

—Supongo que solo puedes esperar a ver qué pasa —repliqué.

Isbeth soltó una carcajada con los labios apretados mientras sus ojos se deslizaban hacia Callum. Ese fue el único preaviso. El Retornado vaciló solo un instante, pero era rápido. Desenvainó una estilizada daga negra justo antes de pasar a la acción. *Piedra umbra*. Reaver se giró hacia él al tiempo que Casteel columpiaba su espada.

Pero los Retornados eran de una velocidad increíble.

Callum deslizó la piedra umbra por el brazo de Kieran mientras susurraba algo, palabras en un idioma que no entendí pero a las que la esencia de mi pecho palpitó en respuesta. Un humo oscuro, negro con reflejos rojizos, levitó por encima del corte poco profundo, de un modo muy parecido a como había girado por la sala de Massene cuando lo controlaba Vessa.

—¿Qué demonios? —explotó Kieran mientras Malik lo agarraba

por detrás y tiraba de él. El humo onduló por encima de todo el cuerpo de Kieran y lanzó a Malik hacia atrás mientras Casteel clavaba su espada en el pecho de Callum.

Un fino hilillo de sangre apareció en el brazo de Kieran, que trataba de quitarse de encima la sombra. Lo agarré del brazo al tiempo que ese humo sombrío se filtraba en su piel y desaparecía.

—¿Qué has hecho? —grité. El pánico estalló en mi pecho y giré la cabeza a toda velocidad hacia Isbeth. Todo lo que vi fue el cuerpo de Tawny, inmóvil después de haber sido herida con piedra umbra.

Callum se tambaleó hacia atrás mientras extraía la hoja de su pecho.

—Por todos los dioses. —La sangre empezó a hacer espumarajos en su boca. El Retornado se desplomó sobre la mesa—. Eso ha dolido como… —masculló, mientras caía al suelo, muerto por ahora.

Con el corazón desbocado, cerré la mano sobre la herida de Kieran y conjuré mi calor sanador.

—No te asustes —dijo Isbeth con tono suave—. Se pondrá bien. La piedra umbra tendrá poco efecto sobre un *wolven*. Es la maldición que le ha pasado Callum lo que debería preocuparte.

—¿Qué? —Los ojos de Casteel eran una tormenta de motas doradas que giraban a toda velocidad.

—Una con un tiempo límite. Una que solo yo puedo retirar —continuó Isbeth—. Vuelve con Malec, o tu preciado *wolven* morirá.

Los labios de Kieran se entreabrieron y mi ira bulló una vez más.

Casteel quiso abalanzarse sobre ella, pero Malik giró y lo agarró mientras Kieran pasaba a la acción…

—Déjalo estar. —Reaver estiró un brazo para bloquearle el paso a Kieran. Miró al *wolven* desde lo alto—. Déjalo estar.

Kieran gruñó y apartó el brazo de Reaver de malos modos. Pero retrocedió, resollando. El corte seguía siendo visible sobre su brazo. Con lo superficial que era, solo el más breve de los contactos debería haberlo curado.

Isbeth estaba impertérrita, aburrida incluso. La odiaba. Por todos los dioses, cómo la *odiaba*.

—Necesito tiempo —logré farfullar—. Por lo tanto, Kieran necesita tiempo.

Los ojos de Isbeth se iluminaron con un resplandor tenue.

—Te doy una semana.

—Necesito más tiempo que eso. El reino es inmenso. Tres semanas.

—Dos. Tu *wolven* estará bien durante ese tiempo. No más.

—Muy bien —espeté, cortante, aunque percibía la preocupación de Kieran. Dos semanas sonaban como mucho tiempo, pero no cuando no teníamos ni idea de por dónde empezar a buscar en el Bosque de Sangre. Si pudiéramos estrechar la localización de Malec…—. Necesito algo más. Algo que haya pertenecido a Malec.

Isbeth frunció el ceño.

—¿Por qué?

—¿Acaso importa? —pregunté.

—Depende. ¿Lo recuperaré?

—No lo sé. Quizá. Con ello, debería ser capaz de llegar a su sepulcro antes.

Isbeth entornó los ojos en dirección a Callum, que ya estaba regresando a la vida. Frunció los labios al bajar la vista hacia el anillo de diamantes que llevaba.

—Tengo esto. Era de Malec. Él me lo dio.

—Sabía que era oro atlantiano —murmuró Casteel.

—Debería servir —dije. Igual que mi sangre debería servir, al menos según lord Sven.

Empezó a quitarse el anillo, vaciló un instante, y luego lo retiró de su dedo mientras Callum se levantaba despacio.

—Es todo lo que tengo de él. —Levantó la vista, los ojos brillantes de lágrimas sin derramar—. Eso es todo.

No dije nada.

No sentí nada mientras tendía la mano hacia ella, la palma hacia arriba.

—Lo necesito si quieres que encuentre a Malec.

Apretó los labios, estiró el brazo y dejó caer el anillo en mi mano. Lo tomé y lo deslicé dentro de la bolsa con el caballito de madera. La recorrió un escalofrío y, por un segundo, saboreé su amarga aflicción.

No me importó.

—Nos encontraremos en el Templo de Huesos, fuera del Adarve, dentro de dos semanas —dijo Isbeth, que tuvo que hacer un

esfuerzo por apartar los ojos de la bolsa en la que había guardado el anillo—. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Por supuesto. —El antiguo templo estaba entre la punta más septentrional de Carsodonia y Pensdurth, construido antes de que se erigieran las murallas que rodeaban ambas ciudades. Era donde se suponía que enterraban los restos de los sacerdotes y las sacerdotisas.

—Entonces, trato hecho. —Isbeth dio un paso atrás y se detuvo —. Permitiré que Casteel, el *draken* y el *wolven* se marchen. Pero Malik, no.

—Como ya he dicho antes —los ojos de Casteel refulgían de un brillante tono dorado—, él ya no te pertenece. Se marcha con nosotros.

—No pasa nada. —Malik pasó junto a Kieran—. Id a buscar a Malec.

—No. —Casteel giró en redondo y supe al instante que Malik *quería* volver con Isbeth. No por ella, sino por Millicent. Y el brillo ansioso y cruel en los ojos de Isbeth me indicó que Malik pagaría caro sus acciones, seguramente con su vida. Malik también tenía que saberlo.

—No puedes quedártelo —le dije a Isbeth—. ¿Quieres a Malec? Nos dejarás marchar a todos, incluido Malik… —Me interrumpí antes de poder decir *su* nombre. El de mi *hermana*. Antes de exigir que la dejara marchar. No estaba entre los Retornados ahí presentes. Si dijera su nombre, la pondría en peligro.

—Déjame pasar —gruñó Malik. Su pánico subió como la espuma y se asentó pesado en mi pecho.

—Eso no va a suceder —advirtió Casteel.

—No te lo estaba pidiendo.

Casteel lo empujó hacia atrás.

—Ya lo sé.

Agarré a Malik del brazo.

—Muerto no le sirves de nada *a nadie*.

Soltó el brazo de mi agarre, fuera de sí, y pensé en Casteel cuando habíamos estado en Oak Ambler. En cómo se había entregado a Isbeth. De manera voluntaria. Por mí. Nadie pudo detenerlo. Nadie detendría tampoco a Malik, y Casteel se dio cuenta. Sus ojos saltaron hacia Kieran.

El *wolven* atacó, estampando la empuñadura de su espada contra la parte de atrás de la cabeza de Malik. El fuerte crujido me revolvió el estómago. Me volví hacia Kieran.

—¿Qué? —Con la ayuda de Casteel, agarró el peso muerto de Malik—. Se pondrá bien.

—Vaya —murmuró Callum mientras se secaba la sangre de la boca con el dorso de la mano—. Eso ha sido inesperado.

—Pues sí —reconoció Isbeth pensativa, las cejas arqueadas.

—Él o Malec —le ofrecí—. Tú eliges.

Entornó los ojos una vez más y luego suspiró.

—Haz lo que quieras. Lleváoslo. De todos modos, ya me había cansado de él. Sois libres de salir a través del Adarve como un grupo civilizado. Confío en que no montaréis ningún numerito en el trayecto de salida. —Dio media vuelta, levantó su capucha, pero hizo una parada más—. Oh, y una cosa más —dijo. Hubo solo un movimiento rápido de sus ojos.

Eso fue todo.

Clariza y Blaz se quedaron rígidos entre las manos de sus captores, los ojos tan abiertos que se veía casi todo el blanco. La sangre desapareció de sus rostros a toda velocidad. Aparecieron fisuras diminutas por sus mejillas, sus cuellos y toda piel visible. Me tambaleé hacia atrás contra Casteel cuando su piel se encogió y se desmoronó mientras caían, mientras se marchitaban sobre sí mismos para quedar reducidos nada más que a unas carcasas huecas y secas.

Un guardia les dio un empujoncito con la bota y ellos… pedacitos de ellos… se hicieron añicos.

—Ni te molestes en intentar devolverles la vida —dijo Callum—. Nadie regresa de algo así.

Me quedé paralizada por la consternación mientras contemplaba las tiras de piel seca y descompuesta que flotaban hasta el suelo. Me temblaban las manos cuando levanté la mirada.

—Ya sabes lo que dicen —comentó Isbeth, al tiempo que cerraba la capucha de la capa carmesí en torno a su cuello—. El único Descendente bueno es uno muerto.

El rugido volvió a mis oídos, golpeó mi pecho, y la esencia subió a la superficie en un abrir y cerrar de ojos. No había quién la parara. Ni siquiera lo intenté, y ese sabor familiar se arremolinó en

mi garganta, oscuro y lleno de sombras y fuego.

Muerte.

El poder antiguo palpitó en mis huesos, llenó mis músculos y corrió por mis venas, se filtró en mi piel. Y grité, dándole voz a la muerte.

Una luz plateada ribeteada de espesas sombras agitadas brotó de mi interior. Alguien gritó cuando di un paso al frente. El suelo se *agrietó*, la madera se astilló bajo mis pies. La temperatura de la habitación cayó en picado hasta que mi respiración entrecortada formaba nubecillas de vaho. Una ira fría emanó de mí en ráfagas de energía y una onda expansiva de esencia llenó el aire. La mesa y las sillas se convirtieron en polvo cuando la ira se estrelló contra las paredes, que se combaron bajo su peso. El yeso y la piedra gimieron. El tejado se estremeció y entonces las paredes se *hicieron añicos*, mientras esa sensación oscura y oleosa se extendía dentro de mí. Antigua. Fría. Una Heraldo.

Parte de la piedra se convirtió en polvo a la luz del sol. Grandes pedazos saltaron por los aires, arrasaron a los Retornados que habían estado esperando en el exterior, se estrellaron contra los edificios cercanos, los *atravesaron* por la mitad, a medida que la sombra y la luz se extendían a mi alrededor y formaban gruesos zarcillos crepitantes. Mi piel se enfrió de golpe y luego se puso al rojo vivo con una serie de intensos cosquilleos. Había habido guardias mortales entre los Retornados. La violenta masa de luz de luna y medianoche los encontró, los detuvo en plena carrera hacia mí, y los reduje a la nada más absoluta.

Estaba harta de todo esto.

Un viento salado hizo acto de aparición, junto con sonidos estridentes. Chillidos que iban acompañados de un sabor amargo. Miedo. El viento y los chillidos me pusieron los pelos de punta mientras conjuraba la esencia. Las nubes se oscurecieron por encima de nuestras cabezas y sobre el mar, empezaron a amontonarse, a espesarse, un siniestro gruñido se unió al rugido. Los tablones del suelo se astillaron mientras avanzaba, directa hacia los Retornados que *la* protegían. Isbeth estaba en el centro, la cara oculta, pero percibí su sonrisa. Su placer. Su *entusiasmo*. Burbujeó en mi garganta, se mezcló con la muerte y el terror a medida que los mortales llenaban las calles, huyendo de las casas cercanas

cuando las paredes empezaron a agrietarse y a temblar. Los tejados se arrancaron de cuajo y volaron por los aires al tiempo que un relámpago impactaba contra los acantilados.

—*Hazlo. Deja salir toda esa ira* —me decía una voz persuasiva. Sonaba como la que había susurrado en la oscuridad hacía tantos años—. *Hazlo, Heraldo*.

Quería hacerlo.

Mi *voluntad* empezó a aumentar más allá de mí misma, llamaba a…

Un brazo se cerró en torno a mi cintura, perforó la revuelta y violenta masa a mi alrededor. El contacto me sobresaltó. Una mano se enroscó debajo de mi barbilla y tiró de mí hacia atrás.

—Para —me urgió una voz distinta, una que caldeó los puntos fríos en mi interior y enfrió el calor de mi piel. Casteel. Tan valiente y leal como siempre. Tiró de mí hacia atrás contra su pecho, sin miedo del poder que lamía su piel, que chisporroteaba sobre él. Aunque él no tenía ninguna razón para tener miedo. Yo nunca le haría daño—. Tienes que *parar* —repitió.

—No —objeté, la palabra suave y llena de sombras y fuego. Otro tejado se arrancó y salió volando hacia el mar—. He terminado con todo esto. Estoy harta. —Hice ademán de apartarme. Casteel no me soltó.

—Así no. Esto es lo que quiere ella. Los Retornados no están atacando, Poppy —dijo, su voz baja en mi oído—. Mira, Poppy. Mira a tu alrededor. —Giró mi cabeza y vi…

Vi los gruesos zarcillos de *eather* que escupían ascuas, vi las casas destrozadas alrededor de la que ocupábamos en esos momentos. Vi las nubes oscuras y los mortales arrodillados, las manos sobre las cabezas mientras se escondían debajo de árboles y se apretaban contra los laterales de paredes temblorosas. Los vi en las calles de Stonehill, protegiendo a los niños de las ramas que se partían y caían de los árboles. Estaban aterrados, acurrucados los unos con los otros, llorando y rezando.

Pero yo no les haría daño.

—No eres ella —me dijo Casteel. Apretó el brazo a mi alrededor —. Eso es lo que ella quiere, pero tú no eres como ella.

Entonces vi a Kieran, los tendones de su cuello muy marcados, como si estuviera resistiéndose a la necesidad de transformarse…

Como si pugnara con la idea de que tendría que hacer lo que le había pedido en Oak Ambler.

Mi cuerpo entero se estremeció. Cerré los ojos. Yo no era… no era ella. No era la muerte. No quería esto. No quería asustar a los mortales. Hacerles daño. No era ella. *No lo era. No lo era. No lo era*. Aterrada, cerré mis sentidos y recuperé la esencia primitiva. El *eather* teñido de sombras se retiró y se retrajo para volver conmigo. El peso del poder no gastado se asentó en mi pecho y sobre mis hombros cuando abrí los ojos.

Las nubes oscuras se dispersaron y volvió la luz el sol, que centelleó sobre las flechas de piedra umbra sin disparar que sujetaban los Retornados que aún quedaban en pie. Apuntadas hacia nosotros. Hacia mí. Los mortales se habían puesto en pie, pero se habían quedado todos callados y quietos, su miedo arañaba mis escudos.

Y entonces oí sus susurros.

Mis ojos volaron hacia donde antes estaba la puerta de la cocina, donde yacían los restos de Clariza y Blaz. Sentí otro intenso escalofrío al levantar la mirada. No vi a Isbeth entre la masa de Retornados, pero vi a Callum.

Estaba a tan solo unos metros de mí, su camisa dorada manchada de sangre y su pelo rubio revuelto por el viento. *Sonreía*.

Di un respingo y forcejeé contra el agarre de Casteel.

—Más adelante —susurró mientras acariciaba mi mejilla—. Más adelante bailaremos sobre lo que quede de sus huesos. Te lo prometo.

La cabeza de Callum se ladeó. La única indicación de que quizás hubiese oído a Casteel. Su sonrisa se amplió y supe que ninguno de ellos había estado seguro de que reaccionaría de este modo, pero habían tenido la esperanza de que lo hiciera. Porque esos susurros…

Había hecho lo que les había exigido a los generales atlantianos que no hicieran al tomar las ciudades. Había destruido hogares. Era probable que hubiese herido a mortales inocentes. Y en mi ira, me había convertido en lo que Isbeth había dicho de mí.

La Heraldo.

Capítulo 37

Casteel

Poppy se puso rígida contra mí mientras pasábamos, montados en los caballos que nos habían proporcionado en el límite de Stonehill, junto a unas ovejas que pastaban. Había estado callada la mayor parte del tiempo desde que salimos de lo que quedaba de las casas, pero esto era diferente.

El batiburrillo que era mi mente desde que partimos de Carsodonia se ralentizó un poco cuando miré de reojo su cabeza desde lo alto, su pelo de un oscuro color cobrizo a la luz del sol.

Una sonrisa se desplegó por su cara girada hacia arriba, la primera que le había visto desde que salimos de los escombros de esa casa.

—*Padonia*.

Mi corazón dio un *brinco* incluso al ver esa sonrisa.

—¿Qué?

Con los ojos cerrados, levantó una mano. Entonces lo entendí. Poppy llevaba un par de horas empleando el *notam* primigenio para contactar con los *wolven*; es decir, para contactar con Delano.

El *notam* primigenio había adquirido un sentido completamente

nuevo ahora.

Me invadió una abrumadora sensación de asombro una vez más, junto con un resquicio de incredulidad que aún perduraba. Su frente se frunció un poco en gesto de concentración. Mi mujer era una *diosa Primigenia*.

Madre mía, si antes ya pensaba que no era digno de ella…

Casi me reí, excepto por que la muerte de la pareja de mortales que nos habían ayudado era una presencia que me atormentaba.

Igual que la forma en que los mortales habían respondido a Poppy, huyendo más al fondo de Carsodonia, aterrados.

Mis ojos volaron hacia las ondulantes colinas verdes. Todo lo que vi fueron ovejas, granjeros nerviosos y guardias del Adarve. En realidad, no podía culpar a los mortales por mostrarse ansiosos. Nuestro grupo llamaba la atención y no tenía nada que ver con que viajásemos fuera del Adarve sin guardias ni cazadores.

Se debía en parte a Kieran, que caminaba a nuestro lado en su forma de *wolven* y era más grande que cualquier lobo que hubiesen visto en la vida los granjeros o los guardias. También era por Malik, amarrado con un tramo de las cadenas que había llevado alrededor de mis muñecas y montado en un caballo guiado por el *draken*. Ninguno de nosotros confiábamos en que no fuese a correr de vuelta a Carsodonia a la primera oportunidad que tuviera.

Esa preciosa curva de los labios de Poppy se difuminó cuando sus espesas pestañas se levantaron.

—He contactado con Delano —me informó, como si no fuese nada. Como si acabase de hablar con él ahí, a nuestro lado—. Se suponía que debían esperarnos en Tres Ríos, pero dijo que tenían que ir primero a Padonia. Está cerca de Lockswood.

Mi brazo se apretó alrededor de su cintura.

—Sé dónde está. —No sabía gran cosa de la comunidad en su mayor parte granjera. No tenía ni idea de qué Ascendido gobernaba el lugar ni cuánta gente llamaba «hogar» a esa ciudad aislada. Pero sí sabía que sufrían frecuentes ataques de Demonios debido a su proximidad con el Bosque de Sangre—. ¿Te ha dicho por qué iban ahí?

Poppy negó con la cabeza.

—Delano ha dicho que nos lo explicaría cuando llegáramos, pero que lo entenderíamos. El grueso de los ejércitos está con ellos,

excepto unos cuantos batallones que dejaron para asegurar las otras ciudades que hemos tomado. —Su mano volvió a mi brazo, sus dedos se movían distraídos—. No sé qué puede haberlos llevado hasta ahí. No planeábamos tomar Padonia, pues nos habíamos centrado en las ciudades grandes primero. Pero me… me dio la sensación de que no era nada bueno.

Solo los dioses sabían qué nivel de jodienda los había llevado ahí. Me moví detrás de ella y deslicé la mano hacia su cadera, la vista perdida más allá de las colinas en el lejano resplandor carmesí del horizonte donde se alzaba el Bosque de Sangre.

—Padonia está más cerca del Bosque de Sangre que Tres Ríos. Nos reuniremos ahí con todo el mundo, veremos qué diablos está pasando y luego iremos al Bosque de Sangre desde ahí.

Poppy giró la cabeza hacia mí.

—He informado a Delano acerca de Malik —me dijo en voz baja —. No pude decirle gran cosa, aparte de que es complicado. —Hizo una pausa—. He creído que tu padre merecía estar sobre aviso.

Aunque yo no estaba tan seguro de que mi padre se lo mereciera, nuestros amigos sí. Agaché la cabeza y la besé en la mejilla.

—Gracias.

Una sonrisa empezó a asomar, pero giró la cabeza de pronto e inspiró con brusquedad. Se llevó la mano a la otra mejilla y frotó justo debajo del hueso.

—¿Estás bien? —pregunté lo más bajo que pude. Aun así, el *draken* y Kieran se giraron hacia nosotros.

—Solo un dolorcillo. Creo que he estado apretando demasiado los dientes —dijo. Se volvió otra vez hacia los mortales y bajó la mano a mi muñeca. Solo ese contacto… por todos los dioses, lo adoraba. Pasaron unos segundos antes de que hablara de nuevo—. Debí haber sabido que ella haría algo terrible.

Sabía exactamente a dónde no solo había ido su mente sino dónde se había quedado desde que salimos a caballo de la capital, cabalgando por delante de casas aquí y allá, decoradas con estandartes blancos por encima de las puertas. Estandartes que, según Malik, significaban que eran un refugio para Descendentes.

—El hecho de que tú no lo hicieras es la razón de que no te parezcas nada a ella. —Agaché la cabeza y volví a tocar su sien con

mis labios—. Hay cosas para las que uno no puede prepararse, aunque las veas venir. Ella es una de esas cosas.

Poppy desvió su atención hacia delante, hacia donde el horizonte brillaba como si lo hubiesen bañado en sangre.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar a Padonia?

—Como un día a caballo; menos si apretamos el paso. Pero no creo que estos caballos puedan aguantarlo.

—Yo tampoco. —Acarició a la yegua—. Tendrán que descansar.

Viajamos unas horas más. Según avanzábamos, Kieran husmeaba por las granjas abandonadas y nos alertaba cuando encontraba algo de utilidad en las que parecían deshabitadas desde hacía poco. Unas pocas mantas aquí. Unos paquetes de carne curada allá. El *draken* vio unos cerezos cerca de la antigua carretera. No eran gran cosa, pero serviría.

El cielo se estaba tornando azul oscuro y violeta cuando Poppy salió de su ensimismamiento.

—Después de encontrar a Malec y asegurarnos de que el hechizo se rompa… —Poppy se apoyó contra mí, pero su cuerpo estaba poco a poco, cada vez más tenso—. Tenemos que terminar esto.

Terminar esto.

Me había pasado la mayor parte de mi vida trabajando para destruir a la Corona de Sangre. Tanto tiempo que casi me parecía surrealista que estuviésemos a punto de lograrlo.

Que hubiéramos llegado a un punto en el que el final estaba a la vista.

—Cierto. —Moví el pulgar en un círculo lento y constante por su cadera, a sabiendas de que a ella le gustaba tanto como a mí. El antiguo templo que Isbeth había designado como punto de encuentro se formó en mi mente, un recuerdo borroso de hacía muchos años—. El Templo de Huesos está fuera de los Adarves tanto de Carsodonia como de Pensdurth, situado a la sombra de la capital. Nuestros ejércitos deberían ser capaces de entrar en Carsodonia por las puertas del norte.

—No es un punto de entrada ideal —señaló Poppy—. Eso nos llevaría a entrar por Stonehill y Croft's Cross y no seríamos capaces de advertir de antemano a la gente.

—No, no podríamos. —Esa idea se asentó como una piedra en mi estómago—. Pero las puertas no estarán tan reforzadas como las

principales.

Poppy asintió y soltó el aire despacio.

—Esas telas blancas en las puertas de las casas. O en las ventanas… En Masadonia, significaba que había un maldecido, alguien infectado por un Demonio. No tenía ni idea de que pudiesen tener otro significado, sobre todo no que designaran un refugio para Descendentes.

Yo tampoco.

—¿Cuántos? —le preguntó Reaver a Malik, y yo me puse tenso —. ¿Sabes cuántos hay?

Malik levantó la cabeza.

—Miles, si no más. Y todos ayudarían en cuanto se dieran cuenta de que los ejércitos atlantianos estaban en el Adarve.

—Miles —murmuró Poppy—. Eso… son muchos.

—Pero hay cientos de miles que creen que eres la Heraldo — añadió Malik—. Y lo sucedido en Stonehill no hará gran cosa por cambiar sus opiniones ni sus lealtades.

Poppy se puso rígida.

—Cállate —lo advertí.

—No es nada personal —dijo, los ojos puestos en Poppy—. Solo estoy constatando una verdad.

—Lo sé —repuso ella con voz queda—. Lo que hice no ayudará a nuestra causa.

Por pura fuerza de voluntad, conseguí reprimirme de saltar del caballo y hacer algo peor que ensangrentar otra vez la nariz de mi hermano. Había mucha mierda pendiente entre nosotros. Con el tiempo, podría haber aceptado por qué había elegido permanecer bajo el yugo de la Reina de Sangre. Joder, yo haría lo mismo si tuviese a Poppy. No era tan imbécil como para no admitirlo. Pero era él. El Señor Oscuro que atormentaba las pesadillas de Poppy. Y la estaba mirando durante mucho más tiempo del que se merecía.

Poppy me dio un apretoncito en la muñeca y relajé la mandíbula. Aparté la vista de él con esfuerzo.

—No puedo creer que de verdad planeéis entregarle a Malec. — Malik miraba hacia delante cuando añadió su propio jodido granito de arena que ninguno de nosotros le había pedido—. Que vayáis a hacer nada de lo que ella quiera.

—A lo mejor te he pegado en la cabeza un poco demasiado

fuerte, puesto que parece que has olvidado que no tenemos otra opción. —Entorné los ojos en su dirección—. No permitiremos que le pase nada a Kieran.

Los ojos de Malik saltaron hacia el *wolven*, que lo observaba como si quisiera arrancarle un bocado de la pierna. Malik se estremeció y estiró los dedos donde los tenía atados a la espalda.

—No quiero que os pase nada malo. No es como si no me importase.

—¿Sabes lo que no me importa a mí? —Esbocé una sonrisa tensa —. Tu opinión sobre esto.

—Qué maduro —escupió Malik.

—Que te jodan.

La mano de Poppy se apretó sobre mi muñeca una vez más.

—No se lo va a poder quedar, porque ella morirá poco después —le dijo—. Y no es como si Malec fuese un riesgo. No puede estar en condiciones de ser una amenaza para nosotros ni para nadie. Al menos, no en el corto periodo de tiempo que estará en presencia de Isbeth. Pero aunque liberar a Malec sea un riesgo, vamos a correrlo de todos modos.

El *draken* frunció el ceño.

—¿De verdad estáis todos tan preocupados por esa maldición? —Esa tenía que ser la pregunta más idiota que se le podía ocurrir a nadie.

—Sí —declaró Poppy sin rodeos—. De verdad estamos tan preocupados.

Reaver ladeó la cabeza.

—Es probable que la maldición no funcione con tu *wolven*… —Se interrumpió—. Aunque, claro, también *puede* que sí. La esencia que utilizó el Retornado apestaba a Kolis. Fue una maldición primigenia. Así que a lo mejor sí que tenéis razones para preocuparos.

Miré al *draken*.

—¿Te importa explicar un poco más este proceso mental?

—No puedo creer que tenga que explicar esto en voz alta —musitó el *draken*—. Estáis Unidos, ¿no? Tu vida y la de él están atadas a la de Poppy. A su larguísima y casi inacabable vida. A menos que ella caiga, ninguno de vosotros dos debería caer.

Oí la brusca inspiración de Poppy.

—Aunque, una vez más —continuó el *draken*—, esa fue una maldición primigenia, así que…

El *draken* siguió hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Las uñas de Poppy se clavaron en mi muñeca mientras miraba a Kieran desde lo alto. Él había ralentizado el paso, pero solo porque nuestro caballo había hecho otro tanto. Bajo el grueso pelaje pardo, vi que los músculos de sus hombros estaban tensos.

—Diablos —musitó Malik, luego soltó una carcajada ronca. Las líneas de su cara se relajaron—. Ni siquiera había pensado en ello.

Apreté el brazo alrededor de la cintura de Poppy. Su mano se aflojó sobre mi muñeca y sus dedos empezaron a moverse, trazando los mismos círculos que yo hacía en su cadera. Se relajó.

Y lo mismo hice yo.

Poppy

Cuando paramos para pasar la noche, mi mente divagaba por todo lo que había averiguado y todo lo que había sucedido. Cenamos carne curada y cerezas entre los nogales negros.

Costaba asimilarlo todo.

Pero Casteel estaba aquí.

Era libre. Como también lo era su hermano, le gustara o no. Los dos eran libres. Eso era casi todo lo que importaba ahora mismo.

Casi.

Por desgracia, la maldición que Callum había echado sobre Kieran frenaba en seco todos los demás pensamientos. Eso también importaba ahora. Mi pecho se comprimió cuando vi, en el ojo de mi mente, cómo ese humo envuelto en sombras se filtraba en su piel. Cuando oí lo que había dicho Reaver; su sugerencia podría ser una respuesta si no lográsemos encontrar a Malec, o si Isbeth intentara traicionarnos igual que nosotros planeábamos hacerle a ella.

Tampoco era la primera vez que pensaba en la Unión como…

Una punzada de dolor mortecino se extendió por mi mandíbula de arriba y se me cortó la respiración de golpe. Hice una mueca y me froté la mejilla. El dolor se filtró hasta las mismísimas raíces de mis dientes y luego se esfumó, tan deprisa como había llegado.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Kieran, sentado a mi lado después de haber cambiado a su forma mortal hacía un rato.

—Solo un poco, pero ya no. —Bajé la vista hacia su brazo. El corte superficial seguía ahí. Mi don no había hecho nada por él—. ¿Cómo te encuentras?

—Igual que la última vez que me lo preguntaste. Me encuentro bien. —Kieran me estudió con atención—. Has estado muy callada hoy.

Encogí un hombro.

—Hay muchas cosas en las que pensar.

—Así es —convino él—. Pero sé cuál es una de esas cosas: lo que hiciste en Stonehill.

Abrí la boca, luego la cerré. Mi mente no hacía más que atascarse en muchas cosas, pero esa… no podía dejar de pensar en ese punto frío que se había extendido por todo mi cuerpo cuando Isbeth había ordenado el asesinato de la pareja de mortales.

—Perdí el control —susurré.

—No es verdad.

—Solo porque Casteel me detuvo.

Kieran se inclinó hacia mí, con la cabeza gacha.

—¿De verdad crees eso? ¿Que Cas o cualquiera de nosotros podíamos pararte? —Cuando no dije nada, cerró los dedos en torno a mi barbilla y levantó mis ojos hacia los suyos—. *Tú* te detuviste a ti misma. No lo olvides.

Quería creer que era cierto. Lo mismo que él. Pero eso no hacía que lo fuera.

—No olvides lo que prometiste.

—Ojalá pudiera, Poppy. —Dejó caer la mano—. Pero no puedo.

Me quemaba la garganta.

—Lo siento.

—Lo sé. —Levantó la barbilla—. Viene Cas.

Me giré para ver a Casteel salir como un depredador de la masa de árboles. Había ido a explorar los alrededores para comprobar si había alguna señal de Demonios por ahí cerca.

—¿Estamos bien aquí? —pregunté.

—Tan bien como podemos estar en cualquier sitio —respondió. Kieran se levantó, aunque se paró el tiempo suficiente para darme un tironcito cariñoso de un rizo. No quería ni pensar el desastre que

debía de ser mi pelo. Casteel me tendió la mano—. Ven. Quiero enseñarte algo.

Arqueé una ceja pero acepté su mano. Cuando me puse de pie, vi que Kieran se había detenido al lado de Malik, al que vigilaba Reaver.

—Cuidado —me avisó Casteel mientras me guiaba entre los árboles—. No había ni rastro de actividad de Demonios, pero hay muchas nueces verdes tiradas por ahí.

Miré abajo y me pregunté cómo, exactamente, se suponía que debía evitarlas cuando el suelo del bosque no era nada más que sombras de hierba y rocas.

—¿Qué me vas a enseñar?

—Es una sorpresa.

Nos adentramos más en el bosque, donde los últimos rayos de sol apenas penetraban entre las gruesas ramas. Casteel retiró una rama baja de mi camino.

—Ven. —Tiró de mí hacia delante—. Mira.

Me deslicé por su lado para colarme entre los tupidos árboles, luego pasé por debajo de una rama y lo que vi me dejó sin palabras. Me enderecé y abrí los ojos como platos. Casteel me había llevado al borde del huerto de nogales, donde la tierra bajaba de repente en picado hacia un valle lleno de asombrosos tonos azules y morados que absorbían los últimos rayos del sol. Un río serpenteaba entre los vívidos árboles, su agua clarísima. Supe de inmediato que era el rio de Rhain.

—El Bosque de Glicinas —dijo Casteel. Deslizó un brazo a mi alrededor desde atrás—. Discurre a lo largo de toda la carretera hasta Padonia y todo el camino hasta el Bosque de Sangre.

—Las había olvidado. —Mis ojos se levantaron hacia donde veía el carmesí que teñía el horizonte—. Es precioso.

—Magnífico —murmuró, pero cuando giré la cabeza hacia él vi que su atención estaba fija en mí. Me atrajo contra su pecho y, por todos los dioses, había echado esto de menos. El contacto con él. Su cuerpo apretado contra el mío. La confianza con que su mano se deslizaba por el lado de mi cuerpo y la facilidad con que me perdía en sus abrazos—. Es verdad que creía que te gustaría la vista, pero tenía otro motivo para alejarte del grupo.

Mi mente fue de inmediato a sitios muy muy inapropiados

cuando pensé en ese posible motivo oculto. Supuse que tenía que alimentarse de nuevo para recuperar del todo sus fuerzas. Algo a lo que mi cuerpo dio su aprobación instantánea con una oleada de calor.

—¿Motivos ocultos? ¿Tú? Nunca.

Su risa rozó mi mejilla.

—Quería comprobar cómo estabas aguantando. Te acaban de soltar un montón de información inesperada.

Arqueé las cejas.

—¿Tu motivo oculto era que querías *hablar*?

—Por supuesto. —La palma de su mano rozó la curva de mi pecho y solté una exclamación ahogada—. ¿Qué más podría ser?

Me mordí el labio.

—Estoy bien.

Su mano dio otra pasada lenta y sensual por mi costado.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en Stonehill? Yo te lo dije primero, Poppy. Está bien no estar bien cuando estás conmigo.

—No lo he olvidado. —Mi corazón se hinchió mientras observaba cómo una brisa removía los pesados tallos de las glicinas en lo bajo—. En realidad, los secretos y nuevos descubrimientos sobre mí misma ya no me dejan tan descolocada como antes.

—No sé si eso es bueno o malo.

Yo tampoco.

—Solo es. Pero… lo estoy procesando todo. —Giré la cabeza hacia el lado—. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—Estoy procesando lo que todos esos diminutos ganchitos de tu chaleco me están ocultando —dijo, y deslizó una mano por mi estómago—. Y el hecho de que fui yo quien los abrochó.

Me eché a reír.

—Eso no es lo que estás procesando.

—Es una de las cosas. —Su aliento rozó mis labios—. También estoy procesando mi necesidad de arrancarle la garganta a mi hermano. Soy multitarea, ya sabes.

Mi corazón trastabilló.

—Cas…

Su boca se apoderó de la mía al tiempo que su pecho retumbaba contra mi espalda y su mano… resbalaba por mi pecho hasta que esos dedos habilidosos, el pulgar y el dedo corazón, encontraban el

pezón endurecido a través del fino chaleco y la blusa de debajo. Lo pellizcó. No fuerte, solo lo suficiente para que mis caderas dieran una sacudida cuando una ráfaga de placer perverso brotó de mis senos.

—No quiero hablar de él. Podremos hacerlo más tarde. No ahora.

Quería saber en qué estaba pensando, pero podía saborear la acidez del conflicto y la confusión que sentía. Así que dejé el tema. Por ahora. Opté por besarlo a cambio, y recibí otro tironcito juguetón de mi piel hormigueante y sensible.

—También estoy pensando en lo asombrosa que eres —dijo cuando nuestras bocas se separaron—. Eres una verdadera fuerza de la naturaleza, Poppy.

El creciente calor se enfrió cuando ese lugar helado en mi interior se removió y el *eather* palpitó. Giré la cabeza de vuelta al valle.

—Es verdad que soy algo.

Sus dedos resbalaron de mi pecho.

—¿Qué se supone que significa eso?

Abrí la boca pero no pude encontrar las palabras para describir lo que significaba. No era como si me faltaran las palabras. Era más bien que tenía demasiadas.

—Yo… destrocé esa casa.

—Así fue. —La mano de mi cadera se movió entonces para deslizarse hacia mi ombligo.

—Provoqué daños en otras casas. —Mis ojos se cerraron cuando esos dedos empezaron a moverse por encima de mi pecho—. Pude matar a gente inocente.

—En efecto. —Mi corazón dio un vuelco—. Pero no lo hiciste —dijo con suavidad, y deslizó la mano derecha más allá de mi ombligo—. Ya lo sabes.

Todo lo que sabía era que no había sentido ningún dolor mientras abandonábamos Stonehill, pero eso no significaba que no hubiese acabado con la vida de alguien inocente. Esa seguía siendo una posibilidad.

—¿Estás seguro? —susurré.

—Sí —me aseguró—. No hiciste daño a ningún inocente, Poppy.

—Porque tú me detuviste —musité. Mis labios se entreabrieron

cuando abrió con habilidad los cierres de mis pantalones. La solapa se separó y la tela se aflojó—. *Casteel*.

—¿Qué?

El aire que respiré se cortó cuando sus dedos se deslizaron dentro de la fina y escueta ropa interior que llevaba.

—Ya sabes *qué*.

—Sé que no tuve nada que ver con que no dañaras a gente inocente —dijo, como si no supiera de qué le hablaba y al tiempo que hundía esos dedos entre mis muslos. Mi cuerpo entero dio una sacudida y mis pestañas aletearon antes de abrir los ojos.

Era extraño… la seriedad de la conversación y cómo mi cuerpo respondía de todos modos a esas caricias juguetonas. Separé las piernas para facilitarle las cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si hubieses querido eso… —Arrastró un dedo por encima de la piel palpitante—. Si esa hubiese sido tu voluntad, habrías hecho daño a esos mortales antes de que yo pudiese hacer nada por detenerte. —Hundió un dedo en mi calor y tuve que reprimir otra exclamación—. Hiciste un esfuerzo consciente por parar. Lo sé porque sé cómo funciona la esencia, Poppy.

Contemplé las glicinas mientras su dedo se movía despacio adentro y afuera, nunca demasiado hondo. Mis caderas perseguían esas penetraciones poco profundas. El calor fluyó por mis venas, empezó a aflojar el nudo de frialdad que palpitaba cerca de la esencia. Tal vez tuviera razón. Cuando invoqué la neblina, mi intención no había sido causar ningún daño. Tampoco había sido esa mi intención cuando la oleada de ira brotó de mí.

Pero ¿era verdad también cuando de la explosión de ira se trataba?

En realidad, no había estado pensando en absoluto. Solo había estado furiosa. ¿Había tenido suerte, entonces?

—Lo entiendes, ¿verdad? —Noté el aliento de Casteel contra mi cuello—. Tu voluntad, como has dicho, es tuya. —Mi corazón se aceleró cuando su dedo se hundió más hondo, los tonos pastel de las glicinas se volvieron más oscuros—. Tu voluntad no está controlada por una profecía —continuó. El borde afilado de sus colmillos rozó mi cuello y mi pulso echó a correr—. Tu voluntad no está controlada por una reina ni por nadie más que por ti. —

Introdujo otro dedo y mis rodillas se pusieron rígidas cuando me puse de puntillas—. No eres una heraldo de muerte y destrucción, Poppy. Eres una heraldo del cambio y los nuevos comienzos. Dime que lo crees.

—Sí —jadeé—. Lo creo.

La cabeza de Casteel se ladeó y el pinchazo de sus colmillos en la herida que había creado antes me dejó aturdida. Mis músculos se agarrotaron y mis muslos se apretaron alrededor de su mano cuando el dolor ardiente me recorrió de arriba abajo, seguido de inmediato por un rugido de agudo placer cuando su boca se cerró sobre las marcas reabiertas y bebió.

Me estremecí y cerré los ojos mientras bebía de mí, mientras tomaba mi sangre y me tomaba a mí con sus dedos, al tiempo que esa voz insidiosa en el fondo de mi mente me regañaba. Tenía unas ganas inmensas de decirle que creía lo que había dicho con la misma convicción que él y Kieran. Así que eso era lo que había hecho. Había mentido. Le había mentido, y eso no me gustaba. No me gustaba cómo me hacía sentir. Y no me gustaba haber obligado a Kieran a prometer algo que nunca podría compartir con Casteel. Pero sus caricias… esos dedos y su boca… espantaron más que solo la frialdad. También relegaron a segundo plano la culpa. Me concentré en cabalgar sobre los dedos de Cas, restregándome contra la palma de su mano y la dureza que presionaba contra mis riñones. Con mis sentidos abiertos, el sabor ahumado de su deseo y la dulzura de su amor me condujeron a un clímax intenso y repentino que él silenció, prudente, con la mano.

Aún temblaba cuando sacó los dedos de mí y bebió un último sorbo lánguido de mi cuello. Su brazo se aflojó en torno a mi cintura cuando levantó la mano. Me giré un poco hacia él, pero paré al ver que sus ardientes ojos dorados conectaban con los míos. Se me cortó la respiración cuando sus labios manchados de sangre se cerraron en torno a sus dedos húmedos.

—No sé qué parte de ti sabe mejor —murmuró. Me puse roja como un tomate.

—Eres… eres malísimo.

Me sonrió desde lo alto, pero el gesto se perdió en un pulso de deseo crudo cuando alargué las manos hacia sus pantalones. Cas no dijo nada. Se limitó a observarme con intensidad mientras desataba

la solapa y bajaba los pantalones por sus delgadas caderas. Su cuerpo dio una sacudida cuando cerré los dedos alrededor de su miembro, y gimió cuando caí de rodillas.

—¿Quién es el malo? —preguntó, la voz pastosa y maravillosamente ronca.

—Tú. —Deslicé la mano por toda su longitud—. Y eres una mala influencia.

Su mano se cerró por detrás de mi cabeza y me acercó a él hasta que mis labios rozaron la punta.

—Ya te he dicho, Poppy, que solo los malos pueden ser influenciados.

Le sonreí, disfrutando de estos momentos robados en los que no existía nada más que nosotros.

—Leí una cosa en el diario de Willa.

—Apuesto a que has leído todo tipo de cosas en su diario —repuso, y enredó los dedos en mi pelo—. Pero ¿en qué estás pensando ahora?

—Decía que la vena… esta vena —precisé, y aproveché para deslizar el pulgar por ella. Cas gimió—. Puede ser de una sensibilidad extraordinaria. ¿Es verdad?

—Puede serlo. —Su pecho se hinchó de pronto.

—También decía que era aún más sensible a la lengua —musité, al tiempo que me sonrojaba.

—¿Por qué no satisfaces esa curiosidad tuya y lo averiguas? —Hizo una pausa—. Solo como investigación.

Me eché a reír y luego decidí averiguarlo. Deslicé la lengua por la gruesa vena y descubrí que Willa había estado en lo cierto. Era un punto sensible. Unas gotas de líquido ya habían empezado a perlar la cabeza de su pene cuando cerré la boca sobre él. Lo introduje en mi boca lo más profundo que pude, y no me preocupé sobre lo que estaba haciendo porque sabía que a él le encantaba. La forma en que su mano se apretó sobre la parte de atrás de mi cabeza me lo indicó. Igual que las embestidas de sus caderas y el sabor especiado que se unió al sabor terroso de su piel.

—¿Sabes qué? Creo… —Se estremeció mientras retiraba el pelo de mi cara con la mano libre—. Creo que te encanta tenerme dentro de la boca —dijo, y chupé más fuerte. Él gimió de placer—. También creo que te gusta que diga cosas inapropiadas como esa.

—Mi cara se sonrojó aún más, porque era verdad—. Mi reina es muy… —Su maldición fue repentina y el ritmo de sus caderas se aceleró—. Joder.

Casteel no intentó apartarse. Esta vez, me sujetó ahí cuando alcanzó el clímax, y todo su cuerpo tembló con la intensa liberación. Cuando sus temblores amainaron, besé la cara inferior de su pene y luego la cicatriz marcada a fuego en su cadera antes de volver a abrochar su pantalones. Sus manos resbalaron hacia mis hombros, pero no me puso en pie. En vez de eso, se reunió conmigo en el suelo, me sentó en su regazo y me abrazó contra su pecho. Los dos todavía teníamos la respiración un poco acelerada mientras él reabrochaba el cierre de mis pantalones.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar —dijo mientras recolocaba el borde de mi chaleco.

Mi cabeza estaba acurrucada debajo de su barbilla mientras observaba la luna salir. Era probable que tuviésemos una larga lista de cosas de las que teníamos que hablar, pero sospechaba que sabía cuál era la más acuciante.

—¿La Unión?

Cas cerró los brazos a mi alrededor.

—¿En qué estás pensando?

En un montón de cosas. En los momentos de silencio siguientes, mientras la luna continuaba su ascenso nocturno, pensaba en muchas cosas.

—No puedo traer a los *wolven* de vuelta —dije por fin, sin saber si le había contado eso cuando lo ayudé a bañarse en Stonehill—. Ni a los *drakens*. No puedo traer de vuelta a ningún ser de dos mundos. —Casteel no dijo nada—. Y Kieran… no se mostró preocupado en absoluto, aunque a mí me aterre la idea. La de perderlo. —Me estremecí, cerré los ojos y aspiré una bocanada de aire temblorosa y demasiado escasa—. Apenas puedo pensar en ello siquiera.

—No lo hagas. —Las yemas de los dedos de Casteel rozaron mi mejilla e inclinó mi cabeza hacia arriba y hacia atrás. Abrí los ojos —. No vas a perder a Kieran.

—Quiero creerlo. —Giré la cabeza y besé la palma de su mano herida—. Quiero creer que encontraremos a Malec y que Isbeth no nos traicionará. Que tomaremos Carsodonia y no sufriremos

ninguna pérdida. Que sobreviviremos a esto y que todos nuestros seres queridos también lo harán. Pero ese es un final de cuento de hadas. Uno perfecto que lo más probable es que no se haga realidad.

Casteel recorrió con los dedos el contorno de mi cara y, por un momento, me empapé de la sensación de sus caricias y no dejé que hubiese nada aparte de eso.

—Podemos hacer que sea lo más parecido a la realidad.

—Con la Unión —susurré. Sus ojos volvieron a mí y asintió.

—No protegerá a todo el mundo.

Me dolía el pecho solo de pensarlo.

—Si pudiera Unirme con todas las personas que me importan, por raro que fuese —dije, y Casteel me regaló una media sonrisa—, lo haría. Pero creo que no funciona así, ¿verdad?

—Creo que no.

Suspiré.

—Pero sí os ofrecerá a Kieran y a ti un mayor nivel de protección, ¿verdad? Podría romper esta maldición.

—Verdad. —Deslizó el pulgar por mi labio de abajo—. Viviríamos tanto tiempo como tú. La forma en que envejezcas, sea cual fuere, también sería la forma en que envejeceríamos nosotros. —Inclinó la cabeza para besarme—. Pero es una decisión muy gorda, Poppy. Ya no cargarías solo el peso de tu propia vida. También con el de la mía y la de Kieran.

—Pero como reina, ¿no cargo ya con el peso de las vidas de toda nuestra gente? —pregunté—. ¿No lo haces tú también?

Apareció una leve sonrisa al mismo tiempo que me llegaba el aroma dulce y rico, como a clavo y canela. Amor. Orgullo. Besé su pulgar.

—Sí lo haces. Los dos lo hacemos. Pero esto es diferente. —Con su otra mano, remetió varios mechones de pelo detrás de mi oreja —. La Unión puede ser intensa.

Un rubor caliente trepó por mi cuello.

—Ya lo sé.

—Aunque no se convierta en algo sexual, la pura intimidad del acto va más allá de eso.

Tragué saliva.

—¿En qué consiste, exactamente? —pregunté, sin estar muy

segura de si lo poco que había dicho Alastir era verdad.

—Tiene que hacerse bajo la luna, en la naturaleza. No sé por qué, pero es parte de lo que se desconoce con respecto a cómo funciona. Tiene una… cualidad mágica que va más allá de la sangre. Ha habido rumores de que no ha funcionado en el pasado… como si las intenciones para hacerlo no fuesen genuinas o algo —añadió—. Pero aparte de esa parte desconocida, no puede haber nada entre nosotros. Y sí, por *nada* me refiero a ropa.

Se me caldeó aún más la cara.

—Oh.

—Todos nosotros tendríamos que estar desnudos y abiertos los unos a los otros. A los elementos y a los Hados —explicó, y me resistí al impulso de poner los ojos en blanco al oír mencionar a los Arae—. Debemos permanecer en contacto unos con otros durante el ritual entero.

—¿Y beberíamos unos de otros?

—Tú te alimentarías de nosotros primero. —Sus dedos se posaron sobre la piel bajo el mordisco sensible en el lado de mi cuello a medida que aportaba más detalles. Eran un montón de cosas para asimilar y ya notaba el cuerpo como si estuviera tan rojo como el Bosque de Sangre—. Supongo que entiendes cómo las cosas pueden… ponerse intensas.

Oh, sí que lo entendía, sí.

—Lo que no sé es cómo no podrían —admití.

—No lo hacen si no quieres —me tranquilizó—. Pero si se convierte en algo que necesitas, entonces sí. Jamás se sabrá nada que tú no quieras que se sepa. Yo no lo permitiría. Kieran tampoco. Es tan simple como eso.

¿De verdad lo era? Me retorcí en su regazo para mirarlo a los ojos.

—¿Y si al final… se convirtiera en más? ¿Qué pasaría después? Entre nosotros.

Su cabeza se ladeó y me miró con intensidad.

—Tú me quieres, ¿verdad?

—Sí.

—Yo te quiero a ti —dijo, y apoyó toda la palma de la mano contra mi mejilla—. Y quieres a Kieran.

Di un respingo.

—Yo… —No sabía cómo contestar a eso.

—Yo lo quiero —afirmó Casteel en el silencio—. Aunque no del mismo modo. No es igual que lo que siento por ti. Porque lo que siento por ti… nadie ha tenido eso nunca. Nadie lo tendrá jamás.

Se me secó la garganta. No necesitaba decirme eso. Yo ya lo sabía.

—Kieran… significa mucho para mí.

—Y tú significas mucho para él.

Una especie de ardor llenó mis ojos por alguna estúpida razón mientras miraba el cuello de Casteel.

—No sé cómo explicar lo que siento. Porque no lo entiendo.

—Lo comprendo —dijo, y de veras me pareció que así era—. Hay más.

Parpadeé para eliminar las lágrimas y levanté la vista hacia él.

—Hay más cosas a tener en cuenta. ¿De verdad?

Cas asintió.

—Los dos tenemos que estar preparados para el hecho de que esta podría no ser la única Unión. Si Kieran encontrara a alguien, quizá querría unir también la vida de esa persona a la tuya. Tendrías que volver a pasar por la Unión.

—Para que él no tuviera que sobrevivirla. —Solté el aire despacio—. No querría que Kieran tuviese que enfrentarse a eso. Volvería a pasar por la Unión, si eso fuese lo que él quisiera.

—No. No permitirías que él tuviese que pasar por eso. —Casteel pasó la mano por mi pelo y apretó los labios contra mi sien.

—¿Y qué crees que quiere Kieran? —pregunté—. ¿Crees que querrá hacer esto?

Casteel me miró durante lo que pareció un minuto entero.

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

—Antes de que tú entraras en escena, Kieran hubiese aceptado solo por ser algo que yo solicitaba. No porque hubiera un vínculo, sino porque haría cualquier cosa por mí. Igual que yo haría cualquier cosa por él. Pero ¿ahora? Lo haría por ti.

Fruncí el ceño.

—Pero nosotros lo estaríamos haciendo por él.

—Y por mí de un modo un poco enrevesado, pero él lo haría si eso fuese lo que tú quisieras —insistió.

Mi estómago y mi pecho revolotearon como si una docena de pájaros hubiesen levantado el vuelo al mismo tiempo.

—Y si decidiéramos hacerlo, ¿cuándo sería?

—Conociéndote, es probable que quieras hacerlo lo antes posible. —Me besó en la frente—. Pero creo que deberíamos esperar hasta después de ir al Bosque de Sangre y regresar a Padonia.

—Pero…

—Esta es una gran decisión, Poppy. Una que no puede deshacerse. Puede que creas que no necesitas el tiempo para asegurarte, y puede que no lo necesites, pero aun así quiero que dispongas de ese tiempo.

—Tú, sin embargo, no lo necesitas. Sabes lo que quieres.

Retiró unos mechones de pelo sueltos de mi cara.

—Así es, pero eso es porque crecí sabiendo lo que es la Unión y todo lo que conlleva. Esto es algo nuevo para ti.

Apreciaba que fuese tan considerado como para asegurarse de que no cambiara de opinión. Era *verdad* que esto era algo muy gordo, y también existía la posibilidad de que si realizábamos la Unión, esta no protegiera a Kieran de la maldición primigenia. Aun a sabiendas de eso, la posibilidad de que *sí* lo hiciera era más importante. La Unión también podría proteger a Kieran y a Casteel en las batallas por venir.

Por otra parte, significaba que jamás tendría que decirle adiós a ninguno de los dos.

Pero era algo más que todo eso. También era la certeza de que si Kieran tenía que hacer honor en algún momento a la promesa que me había hecho y si yo había previsto mal lo que haría Casteel, no podría hacerle verdadero daño a Kieran. Los dos estarían a salvo si yo fuese sepultada.

Miré a Casteel a los ojos y respiré hondo.

—Me tomaré ese tiempo, pero sé que mi respuesta no cambiará. Quiero completar la Unión.

Capítulo 38

Casteel

Estaba sentado en silencio al lado de Poppy mientras ella dormía debajo del nogal. Se había quedado dormida en cuestión de segundos tras apoyar la mejilla en mi capa enrollada. No quería molestarla, pero no podía reprimirme de tocarla. Era como si estuviese bajo algún tipo de hechizo de coacción. Había recolocado la capa que la tapaba media docena de veces. Había jugueteado con su pelo, había retirado los finos mechones que habían caído por su mejilla, y luego había atendido esperanzado a que la brisa deshiciera mi trabajo a fin de tener una buena razón para tocarla de nuevo.

Todo ello era ridículo. Quizás incluso un poco obsesivo, pero el contacto me resultaba tranquilizador, sobre todo en la oscuridad y el silencio. Me temblaba un poco la mano al subir la capa hasta su hombro. El contacto bloqueaba el intenso miedo acechante que arrastraba a mi mente de vuelta a esa celda.

Aparté los ojos de ella para mirar hacia donde Malik estaba encadenado a uno de los árboles. Tenía la barbilla apoyada en el pecho, pero sabía que estaba despierto.

Y estaba dispuesto a apostar que estaba tramando una manera

de escapar.

No sabía qué pensar con respecto a Malik, aunque una cosa estaba clara: no era leal a Isbeth. No era con la Reina de Sangre con quien quería volver.

Era con su corazón gemelo.

Aun así, no creía que fuese a poder perdonarlo nunca.

Ni siquiera estaba seguro de poder perdonar a nuestros padres por sus mentiras.

Kieran surgió con sigilo de la noche para acuclillarse a mi lado.

—Yo la vigilaré un rato —dijo en voz baja.

El puño de la emoción se apretó a mi alrededor.

—No sé si quiero hablar con él.

Kieran miró a Malik, la mandíbula apretada.

—No quieres, pero necesitas hacerlo y deberías.

—¿Eso pretendía ser un consejo sabio?

—Alguien tiene que impartir sabiduría por estos lares.

Esbocé una sonrisa irónica y separé la mano de mi boca.

—Con un poco de suerte, encontraremos a alguien que pueda encargarse de eso.

Kieran rio entre dientes y miró a Poppy de reojo.

—¿Sabes?, jamás durmió así cuando no estabas. De hecho, apenas dormía. Y cuando lo hacía, eran casi todo pesadillas. Creo que por eso duerme tan profundo ahora. Su cuerpo intenta recuperar el tiempo perdido.

Cerré los ojos.

Oír todo eso… Joder, era como una patada al corazón. Estiré un brazo y rocé su mejilla con los dedos, solo para poder *sentirla*.

—Si pudiera quitarle todo el dolor que sufrió, lo haría.

—Pero no cambiarías ni una cosa de las que hiciste.

—No.

Soltó un gran suspiro.

—Lo que ha dicho Reaver antes…

Giré la cabeza hacia él. Una fina franja de luz de luna plateada cortaba a través de su mejilla y de un ojo.

—¿Lo de la Unión?

Kieran asintió.

—Reaver ni siquiera estaba seguro de si bloquearía un hechizo primigenio.

—Sin embargo, podría hacerlo.

Pasó un momento largo mientras miraba a Poppy.

—No quiero que ninguno de los dos sintáis que tenéis que hacer eso por mí. Encontraremos a Malec y después mataremos a esa zorra.

Lo miré con atención. La línea de su mandíbula lucía dura. Decidida. Había visto esa expresión mil veces. Como cuando partimos hacia Solis para encontrar a la Doncella. Él no había apoyado la idea, pero había estado a mi lado todo el tiempo. Tan decidido entonces como lo estuvo cuando le ordené que se quedara en Atlantia mientras yo me embarcaba en mi estúpida aventura de matar a la Reina y al Rey de Sangre hacía tantos años. Sabía que la ligera curva ascendente de sus labios significaba que, aun a regañadientes, la situación lo divertía, una expresión que había visto muchas veces en sus primeros intercambios con Poppy. Sabía el aspecto que tenía cuando estaba furioso y cuando estaba desgarrado por la tristeza. Lo había visto quedarse frío del todo. Vacío. Conocía su cara lo bastante bien como para saber cuándo miraba a alguien que le importaba mucho. Esas finísimas arrugas de tensión alrededor de la boca, apenas visibles, desaparecían. Kieran se ablandaba. Lo había hecho cuando miraba a Elashya; también siempre que hablaba de ella. Se ablandó casi del mismo modo ahora mientras miraba a Poppy.

Alargué la mano y la planté sobre su hombro.

—No somos hermanos de sangre. No somos amigos debido a no sé sabe qué vínculo —le dije, y sus ojos conectaron con los míos—. No somos leales el uno al otro por cortesía o por tradición o por título. Siempre hemos estado por encima de todo eso. Y, en muchos aspectos, somos dos mitades del mismo todo. Es algo diferente a lo que tenemos Poppy y yo, pero no *tan* diferente. Ya lo sabes. —Kieran cerró los ojos—. Poppy y yo lo hemos hablado.

—Ya imaginaba que eso era lo que estaríais haciendo cuando os fuisteis por ahí. —Hizo una pausa—. Bueno, *una* de las cosas que imaginaba que estaríais haciendo.

Sonreí mientras lo observaba.

—En cuanto a la Unión, no es que sintamos que tenemos que hacerlo. Es que queremos hacerlo —le dije—. Es por ti tanto como por nosotros.

Kieran tragó saliva otra vez.

—Solo quería que lo supieras, que lo supiera *ella*, que no lo espero de vosotros.

—Los dos lo sabemos.

Se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿sí que hablasteis de ello?

—Sí. —Le di un apretoncito en el hombro—. Y ya sabes cuál es nuestra respuesta. Lo que ella decidió.

—Lo sé. —Kieran abrió los ojos—. ¿Y cómo te sientes tú al respecto?

—Ya sabes cómo me siento al respecto.

Apareció una sonrisa.

—¿Intrigado?

—Estoy en un estado de intriga constante cuando de ella se trata —admití.

—Sí —murmuró. Bajó la vista hacia ella—. Apuesto a que tenía muchísimas preguntas.

Sonreí.

—Todas ellas preguntas válidas que es probable que desearas en secreto que te hubiese hecho a ti para poder sentirte útil.

Kieran se rio en voz baja.

—Seguro que sí.

—Quería que se tomara el tiempo de asegurarse de que esto es lo que quiere —continué, y él asintió—. Si todavía quiere realizar la Unión, lo haremos cuando volvamos del Bosque de Sangre.

—Eso está bien. Quiero que esté segura. —Deslizó los ojos hacia mí—. Ve a hablar con tu hermano. Poppy estará bien conmigo.

—Ya lo sé. —Le di un último apretón a su hombro, me levanté y me alejé de ahí. Cuando miré atrás, Kieran había ocupado mi puesto al lado de Poppy, vigilante y alerta, y eso me caldeó el pecho.

Crucé hacia el otro lado del pequeño claro. Malik no movió ni un músculo, pero estaba *claro* que sabía que me había acercado. Todas esas feas emociones llenaron mi pecho cuando me arrodillé delante de él. No dije nada. Él tampoco durante unos instantes. Cuando por fin habló, deseé que no lo hubiese hecho, joder.

—Me odias. —Con la mandíbula apretada, roté el cuello de lado a lado. ¿Lo odiaba? Sí. No—. No te culparía si lo hicieras. —Estiró una pierna—. Sé que me has estado buscando todo este tiempo. Oí

cómo te llamaban los Descendentes: el Señor Oscuro…

—Excepto que tú eras el único Señor Oscuro que importó nunca.

Sus hombros se tensaron, pero continuó hablando.

—No quería que me buscaras. Quería que te dieses por vencido. Recé por que lo hicieses. Y no hacía más que pensar que oirías hablar de mí. De un hombre llamado Elian al que se veía a menudo por Wayfair. Que sabrías, darías por sentado, que os había traicionado y que entonces renunciarías a la búsqueda. Pero no fue así. Debí haberlo sabido. Siempre fuiste un niñato testarudo…

—Me importa una mierda todo eso. No quieres ni saber lo que estaría dispuesto a hacer por Poppy, así que lo capto. Lo hiciste por tu corazón gemelo. —En cuanto pronuncié las palabras, *me di cuenta* de lo jodidamente verdaderas que eran—. Lo que me importa es lo que le hice a Poppy para liberarte. Le mentí. La traicioné. Y sí, eso fue cosa mía. Algo que tendré que ir asimilando. Pero también es lo que le hiciste tú lo que no logro ni imaginar, sin importar lo que creyeses que iba a hacer de adulta. Era una niña. Y tú… que aborrecías la violencia de cualquier tipo… *jamás* te hubieses ni planteado hacerle daño a un niño.

Malik no dijo nada.

Ese feo puño de emoción apretó aún más.

—No importa que no fueses capaz de llegar al final. Resultó herida por tu culpa, Malik. Malherida.

—Lo sé —dijo de un modo entrecortado, como si le doliera admitirlo. Me entraron ganas de hacerle daño por reconocerlo siquiera.

—¿Ah, sí? ¿Sabes cómo son las cicatrices que nadie puede ver? ¿Lo profundas que discurren por su interior? Tus acciones la atormentaron durante años. —Me apoyé sobre una rodilla y planté una mano en la hierba fresca para reprimirme de plantarla contra su cara—. La dejaste ahí para que muriera.

La cabeza de Malik se levantó entonces. Unos ojos idénticos a los míos me miraron.

—No lo hice. Ella intentó decírtelo en Stonehill. ¿Cómo crees que sobrevivió a aquella noche? Diosa Primigenia o no, aún no había realizado su Sacrificio. —Se inclinó hacia delante todo lo que se lo permitió la cadena—. Sabes que eso significa que hubiera muerto de haberla dejado ahí. Ninguno de los otros que

sobrevivieron a esa noche hubiese sido capaz de sacarla de ahí. Yo lo hice. La llevé de vuelta a Carsodonia y a esa jodida… —Un escalofrío recorrió su cuerpo entero. Soltó una sonrisa grave. Ronca —. No la dejé ahí.

Lo miré estupefacto. Poppy había dicho que él la había sacado de Lockswood. Malik decía la verdad. Pero ¿importaba?

—¿Se supone que eso te redime de alguna manera?

—Joder, no. Porque tienes razón. Yo fui la causa de esas cicatrices, ocultas o no. —Malik se dejó caer contra el árbol—. Veía a Penellaphe. No a menudo. Isbeth la mantenía alejada de la mayoría, pero la vi antes de que le pusieran ese velo. Vi lo que habían hecho mis acciones. Y créeme cuando te digo que debería proporcionarte algo de paz no haber visto las consecuencias cuando eran tan recientes.

Me levanté de un salto y di un paso hacia él. Me detuve en seco cuando vi a Kieran hacer lo mismo al otro lado del claro. Le di la espalda a mi hermano e inspiré algo de frío aire nocturno hasta que empapó parte de la ira.

—¿Le contó Alastir alguna vez a alguien que me vio? —Me volví hacia él—. Porque lo hizo.

Por todos los dioses.

—No.

Malik cerró los ojos.

—Me vio y me reconoció. No sé si debería sentirme aliviado o no de que se guardara eso para sí mismo.

¿Lo habría hecho de verdad? ¿O sería eso algo más sobre lo que habían mentido nuestros padres? ¿Sería por eso que habían dado a Malik por perdido para ellos? ¿Para Atlantia? ¿Sería esa la razón de que hubiesen insistido tanto en que yo ascendiera al trono?

—Aquella noche, cuando miré a los ojos de Penellaphe y vi a la consorte, creí a Cora. Ya sabes, que tenía razón —dijo después de un momento—. Que Penellaphe terminaría con la Corona de Sangre. Sin embargo, con los años, me di cuenta de que no importaba quién fuera Penellaphe en su corazón. Lo único que importaba era si Isbeth encontraría una manera de explotar su poder. —Abrió los ojos—. Y sabes que lo hará. Lo viste en Stonehill. En Oak Ambler. Isbeth alimenta su ira y Poppy responde con violencia.

—Cállate.

—Y cuando complete su Sacrificio, no será con violencia con lo que responda. Será con muerte. Será justo con lo que está contando Isbeth. Algo…

Salí disparado y cerré una mano alrededor del cuello de Malik.

—Poppy nunca destruirá un reino, no digamos ya un mundo. Da igual lo que haga Isbeth —mascullé, consciente de que Kieran se había levantado otra vez pero permanecía al lado de Poppy—. Ella, a diferencia de su madre y de mí, es capaz de controlar su ira.

—No te haces una idea de lo mucho que quiero creer eso. —Se le quebró la voz.

Me quedé frío mientras le sostenía la mirada.

—Si ahora se te pasa por la imaginación siquiera hacerle daño, juro ante los dioses que te haré pedazos, trocito a trocito.

—Si hubiese querido hacer algo contra ella, lo habría hecho cuando era más joven y regresó a Wayfair —escupió—. No lo he hecho. Millicent tampoco.

—Sí, es verdad. Millicent dijo que tendría que ser yo una vez que Poppy finalizara su Sacrificio.

—Y no le resultó fácil decírtelo.

—Pues no dio la impresión de que las palabras le costaran demasiado.

—Millie no conoce a su hermana, pero nunca elegiría este tipo de final para ella. Solo intenta proteger a la gente. —Me sostuvo la mirada—. Y odio que tuvieras que oír eso siquiera. En serio. Saber algo así… que pronto serás el único capaz de detenerla.

—No te sientas demasiado mal por mí, hermano. —Clavé los dedos en su tráquea, justo lo suficiente para hacer que se encogiera un poco—. Porque yo no pienso perder ni un segundo de sueño al respecto puesto que jamás haría tal cosa, y ella tampoco me daría una razón para ello.

—¿Y si estás equivocado? —se forzó a decir.

—No lo estoy. —Solté su cuello y retrocedí antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirme después—. Vamos a encontrar a Malec. Vamos a llevárselo a Isbeth.

—Pero lo que el *draken* dijo acerca de la Unión…

—No la hemos realizado. —Levanté la vista hacia el cielo sin tener muy claro por qué había reconocido eso siquiera.

—Joder. ¿De verdad? Estás casado con tu corazón gemelo ¿y no os habéis Unido? ¿Tú? ¿Kieran? Diablos… —Un poco del viejo Malik asomó entonces—. Simplemente había dado por sentado que lo habíais hecho. Al parecer, lo mismo había hecho el *draken*. —Hizo una pausa—. ¿Lo vais a hacer? Podría no funcionar contra una maldición primigenia, pero…

—Eso no es asunto tuyo en absoluto. En cualquier caso, Unidos o no, no correré el riesgo. —Me giré hacia él—. Poppy tampoco.

Malik miró de reojo a donde estaba Kieran. Había vuelto al lado de Poppy, sentado de tal modo que estaba inclinado sobre la mitad de su cuerpo como si la protegiese.

—¿Estás seguro de que no estáis Unidos?

—Sí —dije con cierta retranca—. Muy seguro.

—Ah —murmuró.

Pasaron varios momentos largos mientras lo miraba desde lo alto.

—¿Por qué no intentaste quitarle la vida otra vez cuando era joven y vulnerable? —pregunté, aunque no estaba seguro de si debería saberlo. Porque, como había dicho, a Poppy se le daba mucho mejor controlar su ira que a mí—. ¿Por qué no lo hizo Millicent si ella también creía en la profecía?

Malik sacudió la cabeza otra vez.

—Es su hermana. Millie no podía hacerlo. No importaba si Penellaphe no estaba destinada a saber de ella nunca.

—¿Y tú? Dejaste de creer en lo que decía Cora.

—Yo… simplemente no pude hacerlo. Y para cuando era lo bastante mayor como para no verla ya como a una niña, la enviaron a Masadonia —dijo, sus ojos tan solo finas ranuras—. Y al final, oí hablar del Señor Oscuro. Tú. Y pensé que…

Me puse tenso.

—¿Qué pensaste?

—Que la matarías tú para vengarte de la Reina de Sangre.

Di media vuelta, maldiciendo en voz baja. Hubo un tiempo breve en el que hubiese hecho justo eso. Antes de conocer a Poppy. Cuando la conocía solo como a la Doncella. Sin embargo, esos breves momentos me atormentaban, incluso ahora.

Me pasé una mano por la cara. Todavía no sabía si el hecho de que Malik hubiese cambiado de opinión importaba o no. O si

alguna vez lo haría. Me volví a arrodillar.

—¿Quieres o no quieres derrocar a Isbeth y a la Corona de Sangre?

Los ojos de Malik se endurecieron hasta no ser más que esquirlas de ámbar.

—Quiero verlos arder.

—¿Qué pasa con Millicent? —pregunté.

—Ella quiere lo mismo. —Sus ojos se posaron en donde Poppy dormía, luego volvieron a los míos—. Quiere librarse de su madre. Quiere poder vivir por fin.

—Si eso es lo que quieres de verdad, no volverás corriendo a la capital para conseguir que te maten. Lucharás a nuestro lado. Nos ayudarás a encontrar a Malec y luego a matar a Isbeth. Nos ayudarás a terminar esto.

—Os ayudaré —afirmó Malik—. No intentaré escapar.

Tomé nota mental de eso. Quería creer lo que decía tanto como él quería creer lo que yo decía acerca de Poppy. El problema era que la fe no se ganaba con palabras. La fe se ganaba con acciones.

—Hay algo más que necesito saber sobre esa noche en Lockswood. ¿De qué diablos va esa rima?

—¿Qué? —Frunció el ceño—. ¿Qué rima?

—La de la amapola bonita. Córtala y mira cómo sangra. —Estudié su reacción.

—Si eso es una rima, suena como algo de lo más retorcido —masculló Malik—. Pero no tengo ni idea de qué estás hablando. Jamás había oído ni siquiera nada parecido.

Las almenas del Adarve que rodeaba Padonia surgieron ante nosotros cuando coronamos la rocosa colina a la mañana siguiente. La anticipación y la determinación saltaron a primer plano, así como un poco de asombro. El Bosque de Glicinas que había visto la noche anterior se cernía sobre el camino de tierra y la ciudad de Padonia misma, y sus largas ramas de variados tonos de azul y morado daban paso al oscuro carmesí de la periferia del Bosque de Sangre.

Estaba claro que a Poppy le fascinaba su belleza, y deslizaba los ojos por cada centímetro del paisaje. Esperaba que la ayudara a olvidar que habíamos pasado por la carretera que llevaba a Lockswood hacía no más de una hora. Sus hombros no se habían relajado hasta que las glicinas fueron más visibles. Aun así, había estado callada la mayor parte de la mañana.

Me moví un poco en la montura para mirar hacia Malik. Entre nuestra conversación de la noche anterior y la inminente reunión con nuestro padre, estaba absorto en mis propios pensamientos y rezaba a los dioses por no estar cometiendo un gran error al retirar la cadena de huesos de sus muñecas y dejar que cabalgara libre.

El tema era que no había querido que la primera imagen que tuviesen nuestros ejércitos de su príncipe fuese una imagen de él encadenado.

Poppy me puso una mano sobre el brazo que había pasado por su cintura mientras se giraba hacia el lado y levantaba la vista.

—¿Estás bien?

—No estoy seguro —admití. La miré desde lo alto—. He estado pensando en lo que le voy a decir a mi padre.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A ninguna adecuada para repetir —dije con una risa seca.

Miró al frente justo cuando el puente sobre el río de Rhain se hacía visible entre las ramas entrelazadas de un morado azulado.

—Podemos retrasar este encuentro si necesitas más tiempo.

—No, no te preocupes. —Le di un beso en la coronilla—. Es mejor que me quite esto de encima cuanto antes.

De pronto fueron visibles las cúspides de muchos pabellones y tiendas de campaña. Daba la impresión de que el grueso de los ejércitos había acampado fuera del Adarve. Un movimiento arriesgado, pero que debía de haberse decidido con el objetivo de no destrozar los campos del interior.

Desde la ciudad, un rugido grave y retumbante captó nuestra atención. Ralenticé al caballo y Kieran vino a pararse a nuestro lado cuando el sonido de cascos y patas llegó hasta nuestros oídos.

—Estamos a punto de tener compañía. —Le di a Poppy un apretoncito en las caderas y luego eché pie a tierra. Le tendí los brazos y ella puso su mano en la mía sin preguntas ni vacilación alguna. El caballo que montábamos empezaba ahora a

acostumbrarse a Kieran en su forma de *wolven*, y me daba la impresión de que estábamos cerca de que nos rodearan muchos más. No quería que tirara a Poppy.

—No puedo creer que no tenga mejor oído o vista —refunfuñó, los labios fruncidos—. Es ridículo.

—Y que no puedas transformarte en nada —le recordé a medida que el ruido subía de volumen y se acercaba.

—Eso también.

—Eres perfecta tal y como eres. —Me agaché y besé la comisura de su boca—. Con tu oído medio y todo.

—Eso ha sido muy cursi —dijo con una sonrisa, mientras me miraba de reojo a través de sus espesas pestañas con esos ojos fracturados verdes y plateados—. Pero mono.

Un lobo blanco fue el primero en emerger de entre las glicinas. Venía hacia nosotros a la carrera. Nada podría haber borrado mi sonrisa cuando Delano prácticamente se abalanzó sobre mí.

—Oh, madre mía —murmuró Poppy, calmando al caballo que empezaba a estar de los nervios.

Recibí al maldito lobuno con los brazos abiertos y me eché a reír al tambalearme hacia atrás. Delano no era en absoluto el *wolven* más grande de todos, pero aun así pesaba como un buey y también era tan fuerte como uno. Acabé medio arrodillado y traté de… bueno, de calmar a la masa peluda e inquieta que era Delano mientras él apretaba la cabeza contra la mía.

—Te he echado de menos. —Agarré los lados de su cabeza y lo abracé con fuerza hasta que una *wolven* parda idéntica a Kieran pero de menor peso y altura lo empujó con suavidad para quitarlo de en medio.

Mi pecho se caldeó cuando abracé a Netta. Era un poco más sosegada en su entusiasmo y estuvo a punto de hacerme caer de culo solo una vez.

—A ti también te he echado de menos.

—¿Y qué pasa conmigo? —nos llegó una voz quejosa.

—En ti no he pensado ni una sola vez, Emil —le dije mientras acariciaba la cabeza de Netta con una mano.

—Auch —fingió ofenderse el atlantiano con una risa—. Sabía que lo traeríais de vuelta —añadió en voz más dulce.

Al levantar la vista, vi a ese bastardo de pelo castaño rojizo

tomar la mano de Poppy en la suya y llevarla a la armadura de oro y acero que adornaba su pecho. Por una vez, no sentí ganas de incrustarle la garganta en la columna de un puñetazo. Solo porque la adoración que brillaba en su mirada era de respeto.

Y porque le soltó la mano enseguida.

Me rodearon otros *wolven* y renuncié a mantener solo una rodilla en tierra cuando llegaron para rozarse contra mí, o bien para empujar su cabeza contra la mía. Esperé encantado. Que un *wolven* hiciese algo así era una señal de respeto, y me sentía honrado de ser el receptor de semejante bienvenida.

Cuando por fin pude levantarme, me golpeó otra emoción: fue ver a Poppy recibida del mismo modo. Fue verla enterrar la cara en el pelo del cuello de Delano y luego abrazar a Netta con fuerza contra ella. Fue oír su risa cuando los *wolven* se cerraron sobre ella. Su manera de aceptarlos, con ese intenso amor patente en sus ojos brillantes, y la clara adoración que estos sentían por ella afectaron de algún modo a mi pecho y a mis malditos ojos.

Esa era *mi mujer*.

Mi corazón gemelo.

Maldita sea.

Me aclaré la garganta y miré al alto atlantiano que estaba de pie delante de mí.

—Me he rezagado un poco —dijo Naill con voz grave—. No quería que me atropellasen.

Con una risa, crucé la distancia que nos separaba y lo abracé.

—Me alegro de verte.

—Y yo de verte a ti. —Dejó el brazo sobre mis hombros—. Las cosas no estaban bien sin ti.

Solté un suspiro entrecortado.

—Bueno, pero ya estoy de vuelta.

—Ya veo que lo estás. Pero no vuelvas a dejarnos.

—No pensaba hacerlo.

Naill me dio un último apretoncito antes de dar un paso atrás. Me agarró de la muñeca izquierda. La mirada fue breve pero sus ojos ambarinos se endurecieron.

—Les haremos pagar por esto.

—Desde luego. —Agarré nuestras manos con la otra mía.

Cuando Naill se hizo a un lado, Perry lo sustituyó enseguida y

me atrajo hacia él para darme un abrazo con un solo brazo. La armadura que llevaba se me clavó en el pecho, pero no me importó. Ninguno de los dos hablamos durante un rato.

—Tienes buen aspecto —dijo él al fin con voz ruda.

—Sí, me siento bien —le dije—. ¿Le has estado echando un ojo a Delano?

—Siempre. Es como un trabajo a tiempo completo. —Perry se rio, sus ojos ambarinos brillantes—. Ninguno de nosotros dudamos ni por un instante de que Kieran y nuestra reina fuesen a encontrarte. Ni por un maldito instante.

—Yo tampoco —dije, con la garganta comprimida.

Perry soltó el aire despacio, dio un paso atrás y por fin miró hacia donde estaba Malik. El brazo que aún tenía alrededor de mis hombros se tensó.

—Por todos los dioses, de veras es él.

—Sí. —Observé a Delano acercarse a Malik. Los otros *wolven* los contemplaban con atención, con recelo. Su incertidumbre con respecto al príncipe flotaba pesada en el ambiente.

—Está… —Naill se reunió con nosotros y me fijé en que un músculo se apretaba en la mandíbula de Perry.

—Está como nunca hubiese imaginado —terminó Emil.

En otras palabras, no era el mismo montón desaliñado de piel y huesos que era yo cuando regresé de varias décadas de cautividad.

Emil me dio la mano y atraje al muy cabrón hacia mí para darle un fuerte abrazo.

—¿Delano dijo que Malik no quería volver? —preguntó en voz baja.

Perry nos miró de reojo.

—Y que Poppy le había dicho que era complicado.

—Lo es. —Me giré y deslicé un brazo alrededor de Poppy cuando vino a ponerse a mi lado, pero no le quité los ojos de encima a mi hermano.

Malik se arrodilló delante de Delano mientras Kieran se acercaba con disimulo, pendiente de ambos. Mi hermano dijo algo, pero ni siquiera yo logré distinguir lo que decía. No obstante, fuera lo que fuere, Delano respondió con un leve empujoncito de la cabeza contra la mano de Malik.

El acto le provocó a Malik un pequeño estremecimiento que no

les pasó inadvertido a los otros *wolven*. La tensión que cargaba el ambiente se alivió un poco. Poppy se apretó contra mi costado, la palma de su mano apoyada justo debajo de mi pecho mientras Malik ponía una mano temblorosa sobre la cabeza inclinada de Delano. Los ojos de Malik se cerraron al tiempo que los dedos de Poppy se enroscaban en mi camisa. Mi hermano tenía el rostro desolado cuando giró la cabeza y arrastró el hombro por su mejilla. Sabía lo que Poppy tenía que estar sintiendo. La emoción estaba claramente grabada en la cara de Malik: aflicción.

Preela, la *wolven* vinculada a Malik, había sido la hermana de Delano.

Capítulo 39

Descendimos la colina hacia Padonia, flanqueados por las docenas de *wolven* que nos seguían de cerca por la estrecha carretera e incluso se habían dispersado más allá, por el Bosque de Glicinas. Netta y varios de los otros ya habían vuelto a la ciudad. Cuando salimos del grueso de los árboles, sonaron unos cuernos y el valle en el que descansaba Padonia se abrió ante nosotros.

Un mar de tiendas de campaña blancas descansaba a la orilla del río de Rhain y al pie del Adarve donde… Mi maldita respiración se me quedó atascada en el pecho.

Estandartes.

Estandartes dorados y blancos ondeaban desde las almenas del Adarve, todos ellos con el escudo atlantiano, el que había elegido Poppy con la espada y la flecha fijas en el centro del sol a la misma longitud.

Por todos los dioses.

Poppy lo había conseguido.

Había cambiado un escudo de varios siglos de antigüedad y le había mostrado al reino y al mundo que había un equilibrio de poder entre el rey y la reina, sin importar que ella fuese muchísimo más poderosa que yo.

Verlo fue un puñetazo de emoción inesperada, directo al pecho. Apreté el brazo alrededor de Poppy e incliné la cabeza hacia ella.

—Eres jodidamente perfecta —le susurré al oído.

Giró la cabeza un poco, con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Por todo —le dije, y parpadeé para eliminar la humedad de mis ojos—. Por *todo*.

Poppy contempló el Adarve.

—Los estandartes —susurró—. ¿Te gustan?

—Joder, no veo el momento de demostrarte lo mucho que me gustan. —Le di un mordisquito en la oreja que le provocó una exclamación ahogada.

Se sonrojó, pero la repentina e intensa oleada de excitación que percibí en ella me indicó que tampoco veía el momento de que se lo demostrara.

Me enderecé y volví a concentrarme en el Adarve. Multitud de ramas de las glicinas cercanas habían trepado por la estructura, presionaban contra la piedra y ahogaban el Adarve en tonos lavanda.

—Vaya, esto es un problema —murmuré—. Las glicinas.

—Son preciosas —susurró Poppy—. Es el Adarve más bonito que he visto en la vida.

—Lo es, pero no te va a gustar lo que estoy a punto de decir —repuse. Poppy suspiró.

—Creo que sé lo que vas a decir. Hay que podar gran parte de los árboles.

Esbocé una leve sonrisa.

—Hay que arrancarlos. Habría que haberlo hecho mucho antes de que llegaran a este punto. Lo más probable es que ya hayan debilitado el Adarve.

—Así es —confirmó Emil desde donde cabalgaba un poco más adelante. Kieran caminaba entre nosotros y Naill iba a caballo a nuestra izquierda—. Los árboles han abierto una brecha en algunas partes de la muralla del este.

—Bueno, los Ascendidos nunca han sido conocidos por su conservación de las infraestructuras —murmuró Poppy—. Hablando de los Ascendidos, ¿qué ha sido de los Regios que gobernaban Padonia?

—Abandonaron la ciudad antes de nuestra llegada —respondió Emil con un bufido despectivo—. Igual que hicieron en Whitebridge…

—Y en Tres Ríos —apuntó Malik, rompiendo así su silencio autoimpuesto—. La mayoría de los Regios habían huido a Carsodonia. Han estado llegando desde que Poppy desposeyó a Jalara de su cabeza.

Naill deslizó la mirada hacia él.

—Sí, bueno, los Ascendidos no se limitaron a huir de Whitebridge y de Padonia.

La inquietud arraigó en mi interior.

—¿Qué hicieron?

—No fue como en Oak Ambler. En Whitebridge dejaron un cementerio a su espalda. —Naill apartó la mirada—. Lo mismo que hicieron en las tierras norteñas de Pompay.

—Oh, por todos los dioses —musitó Poppy, muy tiesa de pronto —. ¿Hubo…?

—En Whitebridge, no dejaron ni un solo mortal, ni adulto ni niño, con vida —confirmó Perry. Tragó saliva mientras mi inquietud quedaba reducida a cenizas en una ardiente oleada de furia—. Cuando entramos había miles de muertos y muchos ya se habían transformado. Perdimos algunos *wolven* y soldados. Simplemente había demasiados Demonios.

Poppy agachó la cabeza y se apoyó contra mí. Deseé que hubiera algo que decir, aunque para algo así, no podía decirse nada. Absolutamente nada.

—Hicieron lo mismo en Padonia, pero aquí la gente se defendió —continuó Naill, y Poppy levantó la cabeza—. Murieron muchos mortales, pero no fue tan terrible como en Whitebridge. Y ellos acabaron con unos cuantos Ascendidos en el proceso.

—¿Y en Tres Ríos? —pregunté, tratando de contener mi ira.

—Allí los Ascendidos huyeron pero dejaron a los mortales con vida —dijo Emil—. No estoy seguro de por qué. Quizá los que gobernaban Tres Ríos fuesen distintos de los otros. No lo sé.

—¿Lo sabes tú? —le pregunté a Malik, que se había quedado muy pálido, la vista fija al frente.

—No sabía lo que había sucedido en Whitebridge, ni aquí —musitó con voz ronca—. Pero he visto a Dravan en la corte. Es el

duque de Tres Ríos. Un tipo reservado. No sé demasiado sobre él.

—¿Pero sí lo conoces? —preguntó Naill. Cuando Malik asintió, entornó los ojos—. Exactamente, ¿cuán complicadas han sido las cosas para ti, *príncipe* Malik?

—Esa es una historia bastante larga —los interrumpí, justo cuando una sombra oscura cruzaba la carretera y removía las copas de las glicinas mientras doblábamos una curva del camino—. Una que tendrá que esperar.

Las puertas del Adarve se alzaban ya ante nuestros ojos, pero era lo que volaba por encima de nuestras cabezas lo que había llamado mi atención.

Todo lo que vi a través de la cubierta de nubes fue un destello de gris humo antes de que la sombra cayera sobre el puente y las tiendas. Me quedé boquiabierto cuando una criatura tan grande como Setti pasó planeando para posarse sobre sus patas traseras en el Adarve, sus cuernos curvos centelleando bajo los rayos de luz que se habían colado entre las nubes.

El *draken* emitió un suave trino que me puso la carne de gallina por todo el cuerpo.

—¿*Meyaah Liessa*? —dijo Reaver, después de frenar a su caballo—. Si no tienes más necesidad inmediata de mí…

—No. —Poppy esbozó una leve sonrisa—. Puedes hacer lo que quieras.

El *draken* inclinó la cabeza, echó pie a tierra y le entregó las riendas a Perry, antes de desaparecer a toda velocidad en el bosque.

—Ese es Nithe —dijo Poppy, señalando hacia el *draken* gris del Adarve.

Todo lo que pude hacer fue asentir. Porque, santo cielo, no podía creer que de veras estuviese viendo a un *draken* de nuevo.

Dos sombras más cayeron sobre nuestras cabezas cuando nos acercamos al puente. Uno verde que era un poco más grande que Nithe y un tercero un pelín más pequeño.

—La verdosa es Aurelia —explicó Poppy—. El negro amarronado es Thad.

Asentí otra vez cuando desplegaron unas alas tan anchas como largos eran sus cuerpos para ralentizar su descenso. Aterrizaron a ambos lados de las puertas. Sus gruesas garras se clavaron en la parte superior del Adarve y sacudieron las ramas de las glicinas al

tiempo que estiraban sus largos cuellos. Levantaron la cabeza hacia el cielo y la hilera de cuernos y la gorguera en torno a su cuello vibraron cuando su abrumadora llamada resonó por todo el valle.

La llamada recibió respuesta desde el bosque. Nuestros ojos volaron hacia el cielo cuando una sombra aún mayor cayó sobre nosotros. Abrí los ojos como platos al ver a un *draken* negro con reflejos morados planear por encima de las tiendas y del Adarve.

—Y ese es Reaver —aportó Poppy.

—Sí —musité. Parpadeé despacio. Reaver era casi el doble de grande que un caballo de batalla, pero planeaba sin hacer ni un ruido.

Los otros tres *drakens* emprendieron el vuelo y se alejaron del Adarve en un poderoso torbellino de alas que hizo ondular el aire por todo el valle. Se reunieron con Reaver en su vuelo sobre Padonia. Era una imagen que jamás pensé que vería. Contemplé cómo desaparecían por el horizonte mientras cruzábamos el puente, junto con los *wolven* que habían hecho el trayecto por el bosque. Inundaron el camino hacia las puertas a medida que los soldados salían de entre las tiendas.

Acerqué nuestro caballo al de Malik, que iba con la vista al frente, tan rígido como un muerto. Cuando Emil y los otros pasaron por nuestro lado, los soldados alcanzaron a ver a Malik… a Poppy y a mí, y entonces llegó el *sonido*.

Surgieron gritos por doquier. Centenares de espadas doradas atlantianas se alzaron por los aires y se estrellaron contra escudos. Escudos con el nuevo emblema atlantiano grabado sobre la superficie. Se inclinaron como una ola a nuestro paso, a medida que los soldados caían de rodillas y estampaban manos y empuñaduras contra el suelo.

Poppy se pegó más a mí mientras los vítores continuaban y las puertas se abrían. No estaba acostumbrada a la respuesta. Diablos, yo nunca me había acostumbrado del todo, pero esto era diferente.

Así era como se recibía a una reina y a un rey.

Encontré su mano y cerré la mía a su alrededor mientras avanzábamos entre dos ramales del río de Rhain y a través de las puertas. Los gritos continuaron dentro del Adarve, donde los soldados estaban acampados cerca de la entrada.

El sonido nos siguió, aun cuando llegamos a los campos de

cultivo y los mortales empezaron a salir de entre los tallos de maíz, las guadañas levantadas por los aires y vitoreando. Los mortales *vitoreaban*.

Me acerqué más a Poppy.

—¿Fue así en Oak Ambler y en Massene?

Poppy se aferraba a mí como si le fuera la vida en ello.

—No. —Aspiró una bocanada de aire temblorosa. Su sonrisa seguía igual de vacilante cuando Kieran se acercó a nosotros, las orejas atentas—. Esto es… mucho.

Mi brazo se apretó en torno a ella mientras cabalgábamos calle abajo, por delante del grupo de casas y negocios de los que salía un flujo constante de mortales y donde otros se paraban en las aceras para hacer reverencias con una mano sobre el corazón y la palma de la otra pegada al suelo.

Emil giró la cabeza hacia Poppy.

—Tu plan funcionó, por cierto. Habían oído lo que hicimos en Massene y en Oak Ambler incluso antes de que llegáramos a Tres Ríos. Sabían que no veníamos a conquistar. Aquí fue igual.

La sonrisa de la cara de Poppy lucía más resuelta ahora.

—Fue *nuestro* plan —le corrigió—. Y de todos los que lo siguieron. Tuyo. De Vonetta. De todos vosotros.

Emil sonrió y agachó la barbilla al girarse hacia delante. El reconocimiento sonrojó sus mejillas.

El orgullo levantó mi barbilla aún más alta. Poppy había tenido muchísimo miedo de aceptar la corona. De no ser buena reina porque creía que no estaba preparada, formada, que no tenía la experiencia suficiente. Y aun así, ella sabía que había desempeñado un papel en esto, uno importantísimo, pero no todos los papeles.

Volvieron a surgir las glicinas a ambos lados de la calle, y el sonido del agua fluyendo nos siguió hasta la fortaleza en el centro de la ciudad. Aquí, el bosque se había cerrado aún más, lo cual dejaba el Adarve interior apenas visible.

Había grandes pabellones alrededor del muro de la fortaleza y dentro del patio. Miré hacia delante y se me hizo un nudo en el corazón cuando vi a varios generales de pie a la entrada de la casona.

Un puñado de atlantianos jóvenes corrieron hacia nosotros con los ojos muy abiertos. Hicieron reverencias apresuradas mientras

desmontábamos y empezaron a reunir a los caballos justo cuando volvía Netta. Pasó por delante de los generales y vi que no estaba sola. Una mortal a la que no había visto desde Oak Ambler la seguía de cerca, una que parecía muy diferente, con el pelo blanco retirado del rostro. Una sensación extraña se asentó en mi pecho mientras miraba a Tawny con suspicacia.

Poppy pasó por mi lado y fue hasta Netta y Tawny. La mortal fue la primera en llegar hasta Poppy, la abrazó y yo me puse tenso sin razón, aparte de…

Los ojos de Kieran conectaron con los míos. Arqueó las cejas. Me había advertido de que la mortal estaba extraña. No era necesariamente algo malo. Solo diferente. Una sensación que no lograba identificar del todo.

—¿Cómo has estado? —preguntó Poppy, al tiempo que agarraba las manos de Tawny—. Te noto más caliente.

—Un poco. —Tawny sonrió—. Supongo que porque Vonetta me hace estar activa y demás.

Poppy arqueó una ceja en dirección a Netta, que sonrió.

—Gianna y yo la hemos estado enseñando a luchar. Aprende deprisa.

—Solo gracias a lo que Poppy me había enseñado ya —dijo Tawny.

—Yo solo te enseñé a clavar el extremo afilado en cosas —la corrigió Poppy.

Tawny sonrió de oreja a oreja y soltó la mano de Poppy.

—Eh, si esa es más de la mitad del conocimiento requerido, he aprendido.

Me relajé cuando Poppy se volvió hacia Netta.

—Quiero otro abrazo, uno en el que las dos estemos sobre dos piernas.

Con una carcajada, Netta le dio ese gusto. Delano permaneció cerca de Poppy.

—Te he echado de menos —dijo Poppy. Se apartó un poco—. ¿Estás bien? ¿Sin heridas? ¿Estás…?

—Estoy bien. —Netta puso las manos sobre sus hombros—. Estamos todos bien.

—Gracias a ti —insistió Poppy—. Has dirigido a los ejércitos de manera espectacular.

—He tenido ayuda.

—Es decir, yo. —Emil reunió a los caballos. Sacudí la cabeza y le entregué las riendas a un mozo de cuadra.

—¿Y Setti? ¿Está aquí?

—Sí, majestad —dijo el joven—. Ha comido siempre el pienso y el heno más fresco mientras aguardaba vuestro regreso.

—Gracias.

Me giré para encontrar a Tawny no muy lejos de mí. Maldita sea. Sus ojos… estaban desprovistos de todo color.

—Me alegro de verte en marcha y activa.

Me miró con el mismo descaro que la había mirado yo a ella.

—Y yo me alegro de ver que, según todo el mundo al que he preguntado, amas a Poppy con la misma pasión que ella a ti y no tengo que darte un puñetazo por mentirle.

Poppy dio media vuelta a toda velocidad.

—Tawny.

—Y por secuestrarla —continuó, impertérrita.

—*Tawny*. —Poppy se acercó a toda prisa a nosotros mientras Netta se reía.

—¿Qué? —La mortal que parecía *algo distinto* cruzó los brazos —. Solo digo que todo el mundo…

—Y es verdad que le preguntó a *todo el mundo* —apuntó Emil.

—Dijo que estabas loco por Poppy —terminó Tawny.

—Eso no es lo que estás diciendo —la contradijo Poppy. Reprimí una sonrisa e incliné la cabeza.

—Si sientes que todavía tienes que darme un puñetazo, no te lo impediré.

Poppy me lanzó una mirada ceñuda.

Su amiga se limitó a mirarme de arriba abajo como si tratara de determinar si era merecedor de semejante esfuerzo.

—Lo tendré en cuenta para más adelante.

—No harás tal cosa —dijo Poppy—. No puedes ir por ahí dando puñetazos al rey.

—Alguien olvidó decirte eso a ti —repuso Kieran, pasando junto a Poppy.

—¿Le das puñetazos? —preguntó Tawny, parpadeando.

—No. En realidad, no. —Poppy se puso roja.

—Aunque sí que me ha apuñalado. —Tomé la mano de Poppy—.

En el pecho.

—Oh, por todos los dioses —espetó Poppy. Tawny abrió los ojos como platos—. En serio, tienes que dejar de decirle esas cosas a la gente.

—Pero me lo merecía —añadí, aunque mi sonrisa se esfumó cuando me giré hacia la entrada y vi que Hisa se había unido a los generales. Era la persona que caminaba a su lado la que había llamado mi atención. Mi padre. La tensión se coló en mis hombros y giré la cabeza hacia Malik, que estaba desmontando a pocos metros de mí. Me volví hacia Naill.

—Quiero que Emil y tú mantengáis un ojo puesto en Malik —le pedí en voz baja. Naill asintió.

—Hecho.

Sin soltar la mano de Poppy y con Kieran a mi lado, además de Netta con Delano a su lado, me encaminé hacia mi padre. Consciente de que Malik venía detrás de mí, me preparé para varias rondas de encuentros incómodos.

Reconocí a los generales que tenía delante. Lizeth Damron estaba al lado del padre de Perry, que llevaba una barba bastante impresionante. Clavé los ojos en Aylard, el general sobre el que me había advertido Poppy, mientras todos ellos hincaban una rodilla en tierra.

—La'Sere se quedó en Tres Ríos —nos informó Netta—. Murin, en Whitebridge.

—¿Has tenido algún problema con ellos? —preguntó Poppy. Tawny iba pegada a los talones de Netta—. ¿Con Aylard?

—Nada que no hayamos podido solucionar —repuso, mientras los generales se ponían en pie y daban un paso a un lado.

Mis ojos conectaron con los de mi padre y, así sin más, me quedé paralizado, incapaz de dar un solo paso más. Bajó un escalón. Parecía mayor de lo que lo recordaba, las arrugas de los bordes de sus ojos más profundas, las líneas de alrededor de su boca casi surcos ahora. Su armadura chirrió cuando se arrodilló para inclinarse ante nosotros.

—Puedes levantarte. —Fue Poppy la que dio la orden suave que yo le había enseñado hacía tiempo, puesto que yo, al parecer, había olvidado cómo hablar.

Seguía sin moverme cuando mi padre se levantó, sin apartar sus

ojos dorados de mí ni un instante.

—*Cas*.

De inmediato, volví a ser un niño pequeño, años antes del Sacrificio, impaciente por echar a correr y tomar su mano estirada. Pero parecía haber echado raíces donde estaba.

Poppy me dio un apretoncito en la mano para recordarme que no estábamos solos. Había muchos pares de ojos puestos en nosotros, la mayoría pertenecientes a personas que no tenían ni idea de que su exrey y su exreina habían sabido siempre quién era en realidad la Reina de Sangre.

Me recorrió un escalofrío cuando solté la mano de Poppy y estreché la de mi padre. Él agarró mi brazo, los ojos brillantes al tirar de mí para darme un fuerte abrazo. Noté cómo mi padre, que siempre había sido más grande que la vida y más fuerte que cualquiera que conociese, temblaba. Cerré los ojos y yo también temblé. La ira se estrelló contra el amor, y todo lo que supe en ese momento era que este no era el lugar para exigir respuestas de él. Ya llegaría el momento de pedir responsabilidades, pero no era algo que requiriera público. No era algo imperioso cuando estábamos a punto de poner punto y final a esta guerra con la Corona de Sangre.

—No quería que Poppy fuera —dijo mi padre, sus palabras amortiguadas—. Exigí que se quedara, pero me puso en mi lugar al instante.

Se me escapó una risotada.

—Apuesto a que lo hizo.

—Y me alegro de que lo hiciera. —Apretó más su abrazo, luego siguió hablando, en voz aún más baja—. Sé que tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Así es. —Tragué saliva, di un paso atrás y la mano de Poppy estaba ahí cuando la busqué—. Pero tendrá que esperar.

Asintió y por fin levantó la vista hacia Poppy. Empezó a decirle algo, pero su atención se desvió más allá de nosotros hacia su hijo mayor. Palideció como si hubiese visto un espectro, y Malik… ni siquiera miraba a nuestro padre, que tragó saliva con esfuerzo y dio un paso adelante.

—Malik —dijo con voz ronca, y ese sonido rompió un poco de la dureza que se había acumulado en mi pecho. Nuestro padre sonaba como un hombre que miraba a un niño muerto.

Malik no apartó los ojos de las glicinas que crecían por las paredes de la fortaleza, su rostro impasible.

—Me alegro de verte, padre —dijo en tono inexpresivo. Su voz vacía—. Tienes buen aspecto.

Nuestro padre se puso rígido durante unos segundos y luego se convirtió en un hombre en un campo de batalla, mirando al rival que acababa de derribarlo.

—Tú también, hijo —repuso en un tono igual de neutro que el de Malik. El músculo habitual se tensó en su sien, la única señal de que sentía algo. El mismo músculo se marcó en Malik. Nuestro padre se aclaró la garganta—. Están preparando comida y bebida. —Se giró muy tieso hacia nosotros—. Supongo que hay mucho de lo que hablar.

—Lo hay —confirmé, y miré a nuestra reina, que entrelazó el brazo con el mío y se pegó bien a mí—. Hay una guerra que terminar.

Mi padre miraba mi mano izquierda mientras informábamos a los generales y a él mismo de lo ocurrido en Carsodonia y de las exigencias de Isbeth mientras comíamos carne asada y bebíamos cerveza fuerte.

Intentó ocultar el hecho de que había visto lo que le habían hecho a mi mano. Lo mismo hicieron los demás. Pensé que quizá sería más cómodo para ellos si mantuviese la mano escondida, pero mi dedo ausente ya era parte de mí. Tenían que acostumbrarse a ello. Así que mantuve la mano en la mesa, visible para todo el mundo.

—¿Qué demonios podría querer la Reina de Sangre con Malec? —preguntó Sven.

Poppy se retorció un poco en mi regazo, los ojos clavados en la mesa, su dedo quieto de repente sobre la grieta en la madera que había estado trazando distraída. La había agarrado por la cintura cuando volvía de hacer uso de un cuarto de baño cercano y la había sentado en mi regazo. Era probable que no fuese la manera más adecuada de sentarse para este tipo de conversación, pero no podía

importarme menos lo que pensaran los demás. Quería tenerla ahí. La necesitaba lo más cerca posible de mí. Tocarla me tranquilizaba y me daba fuerza.

Además, me encantaba tener la curva de su trasero en mi regazo.

Sentado a mi izquierda, Kieran bebió un sorbo de su cerveza y abrió un poco más los ojos por encima del borde de su vaso. Mi mirada se deslizó un instante hacia donde Malik estaba sentado entre Emil y Naill. Saber que los generales presentes conocían a la Reina de Sangre solo como Ileana limitaba mucho lo que podíamos decir. Malik no había dicho ni una palabra. Ni siquiera había levantado los ojos de la jarra de cerveza que no hacía más que rellenar. No hasta que Sven había hecho esa pregunta. Ahora, miraba a nuestro padre.

Nuestro padre también estaba absorto en la superficie de la mesa. Se llevó la jarra a los labios y bebió un trago largo. Soltó el aire con brusquedad y después levantó la vista hacia Malik y luego hacia mí.

—El verdadero nombre de la Reina de Sangre es Isbeth.

La sorpresa me atravesó de arriba abajo y Poppy levantó la cabeza de golpe. Los generales se quedaron callados por la sorpresa. No había esperado que mi padre lo admitiera. Una sola mirada a mi hermano me indicó que él tampoco. Esa misma mirada también me dijo que estaba disfrutando de lo lindo con la incomodidad de nuestro padre. Malik esbozó una sonrisilla.

Lord Sven fue el primero en recuperarse. Se echó atrás en su silla.

—No puedes estar hablando de la Isbeth que todos conocemos.

—Sí, es la Isbeth con la que estáis familiarizados —continuó mi padre con un gran suspiro—. La amante de Malec.

—Y la primera *vampry* —apuntó Aylard.

—No lo era. —Padre miró a los generales atlantianos—. Nunca fue una *vampry*. Malec la Ascendió, pero un dios no puede crear a un *vampry*. Un dios crea algo completamente distinto.

—Isbeth es una *demis* —explicó Poppy, levantando la vista—. Una diosa falsa, pero una diosa en todos los aspectos que cuentan. Se ha hecho pasar por una Ascendida durante todo este tiempo y muchos de los Ascendidos ni siquiera saben qué es en realidad.

Aylard se volvió hacia Poppy.

—¿Pero vos lo sabíais durante todo este tiempo? ¿Lo sabíais y no nos dijisteis nada? —La incredulidad se coló en su voz cuando Poppy asintió. Sus mejillas hundidas se arrebolaron de ira—. ¿Cómo pudisteis ocultarnos semejante información?

No me gustó su tono en lo más mínimo.

—No necesitabais conocer esa información hasta que de verdad fuese necesario —dije yo, antes de que Poppy tuviese ocasión de responder—. Pero tu sorpresa y tu ira están mal orientadas. No es a *tu reina* a quién deberías estar exigiendo respuestas.

Aylard se puso rígido, más rojo aún.

—Mi hijo tiene razón. Los únicos responsables somos Eloana y yo. Nosotros mantuvimos la verdad sobre su identidad oculta de la mayoría —repuso mi padre—. Nuestra reina podría haber revelado quién era la Reina de Sangre en cualquier momento, pero creo que no lo hizo por respeto a nosotros. —Me miró a los ojos—. Un respeto que ni Eloana ni yo creemos habernos ganado.

Aparté la mirada y respiré hondo.

Sven sacudió la cabeza, incrédulo.

—Habéis mantenido esto en secreto durante años. *Cientos* de años.

Padre asintió.

—Este tipo de información es imperativo —prosiguió Aylard después de aclararse la garganta—. Cambia todo lo que sabemos acerca de la Corona de Sangre. No quieren solo poder.

Sven asintió.

—Es venganza.

Emil emitió un silbido bajito y medio amortiguado desde el otro lado de Kieran.

—Esto es un poco incómodo —murmuró.

Tuve que estar de acuerdo con él.

—Y si nuestra reina nos ocultó esta información por respeto o no es irrelevante. Sin ofender, majestades —insistió Aylard. Despacio, deslicé los ojos de vuelta a él. La mano que tenía apoyada en la cadera de Poppy se quedó muy quieta—. Sabíais que era virtualmente una diosa y ¿elegisteis mantenernos en la inopia mientras planeabais enviar a nuestros ejércitos a lidiar con ella? Esto era algo que todos necesitábamos saber.

Poppy se enderezó.

—Con Isbeth lidiaré yo sola. Ninguno de nuestros ejércitos lo hará.

—¡Eso no viene al caso! —exclamó Aylard—. No tenéis ningún derecho a…

—Cuidado —lo advertí.

Kieran dejó su vaso en la mesa y clavó los ojos en el general atlantiano.

—Me da la sensación de que las cosas están a punto de ponerse más incómodas —le dijo en voz baja a Emil, que resopló con desdén.

—Te sugeriría que pensaras largo y tendido lo que crees que tienes derecho a decirle a mi reina. —Le sostuve la mirada al atlantiano—. Antes de que vuelvas a hablar. O descubrirás bastante deprisa cómo responde tu rey cuando ofendes a tu reina. Te lo advierto, es muy probable que sea lo último que hagas durante un buen tiempo.

La tez de Aylard se moteó, pero apartó la mirada; su postura era de una rigidez antinatural.

—Todos vosotros tenéis razón. Y también estáis equivocados —dije, después de asegurarme de que Aylard había recibido mi mensaje—. Sí cambia lo que sabemos. Cambia la historia de nuestro reino. Pero no cambia el futuro. Aún hay que destruir a la Corona de Sangre y terminar con esta guerra. En eso es en lo que debemos concentrarnos ahora. Eso es todo.

Enfrente de nosotros, la generala *wolven* se inclinó hacia Hisa, le susurró algo y luego miró a mi padre.

—De acuerdo —dijo Damron—. Bueno, creo que todos sabemos por qué quiere la reina a Malec.

—Lo sabemos y no lo sabemos —dijo Poppy, mientras yo le daba un apretoncito suave en la cadera—. Es obvio que hay razones personales. Ella aún lo quiere, pero también cree que él podrá darle lo que quiere.

—¿Atlantia? —conjeturó Damron.

—La destrucción de Atlantia —la corrigió Poppy con suavidad. Un murmullo de maldiciones suaves siguieron a sus palabras—. Isbeth cree que él podrá rehacer los mundos como uno solo. Ese es su plan final.

Las cejas de mi padre volaron hacia arriba.

—Es imposible que Malec pueda ayudarla. —Miró a Poppy—. Sabemos que no puede estar en buen estado.

—Así es. —Poppy retiró un mechón de pelo despistado de su cara—. Esa es la parte que no tiene sentido. Pero ¿recordáis lo que dijo Framont, el sacerdote de Oak Ambler? Teníamos razón sobre quién creía que era el Verdadero Rey. Es Malec. Pero lo que no sabemos es cómo ni por qué cree Isbeth que podrá hacer nada por ella.

Mientras Poppy hablaba, observé a Malik en busca de algún indicio de que fuese a sacar el tema de la profecía o cualquiera de las partes que decían que Poppy era la Heraldo. No lo hizo. Aún.

—Pero al final sí se recuperaría —dijo Vonetta desde donde estaba sentada, al otro lado de la silla en la que había estado sentada Poppy al principio—. ¿No es así?

Padre asintió.

—Necesitaría alimentarse mucho y supongo que tardaría un tiempo. Llegado a ese punto, incluso una vez recuperado, no hay quién sepa en qué estado mental estaría ni lo que podría hacer.

Le hice un gesto sutil con la cabeza a Naill, que se levantó junto con Emil. Instaron en silencio a Malik a levantarse de su asiento y lo escoltaron fuera de la estancia. Puede que Malik hubiese aceptado ayudarnos a derrocar a la Corona de Sangre, y puede que ya supiese lo que planeábamos hacer cuando regresásemos con Malec, pero no necesitaba conocer los detalles. Confiaba en él hasta cierto punto, pero no era tonto.

—No dejaremos que pase ese tiempo —los informé, una vez que Malik se hubo ido. La mandíbula de nuestro padre se apretó con la partida de Malik, pero no dijo nada—. Haremos lo que pide Isbeth y le llevaremos a Malec, pero solo para levantar la maldición que ha echado sobre Kieran y para lograr que salga de Carsodonia. No tendrá la oportunidad de utilizar a Malec de ninguna manera. Cuando nos reunamos con ella dentro de dos semanas, pondremos punto final a esta guerra de una vez por todas.

Todos los generales escuchaban con atención.

—Me gusta cómo suena eso —dijo Damron.

La discusión sobre cómo tomaríamos Carsodonia discurrió con bastante fluidez, teniendo en cuenta cómo había empezado, en

especial porque Aylard estaba practicando su regla vital de «cierra la maldita boca». Se hicieron planes para hacer venir a Murin y a La'Sere desde las ciudades cercanas. Cyr estaba demasiado lejos, en Oak Ambler. No teníamos tiempo suficiente para hacerlo llamar y que el general se uniera a nosotros, pero le mandaríamos un mensaje informativo de todos modos. Analizamos en la medida de lo posible cómo planeábamos tomar Carsodonia, a sabiendas de que teníamos que ser flexibles con esos planes, y en los que también tendríamos que incluir a los *drakens* cuando volvieran de su vuelo.

—¿Has tenido noticias de Eloana? —le preguntó Poppy a mi padre—. ¿Pudo decirte algo acerca de dónde sepultó a Malec?

Padre se aclaró la garganta.

—Sí. Justo antes de que llegáramos a Padonia. Eloana me hizo llegar algunos detalles —explicó. Poppy se echó hacia delante y su larga trenza resbaló por encima de un hombro—. El sepulcro de Malec está en la zona más nororiental del Bosque de Sangre.

—Eso sería… —Poppy levantó el final de su trenza.

—Cerca de Masadonia —aportó Delano, mientras yo deslizaba el pulgar por la curva de su cadera—. A pocos días a caballo de aquí, si acaso.

Poppy empezó a retorcer su trenza.

—¿Algo más?

—Tú has estado ahí dentro —dijo mi padre, al tiempo que señalaba con la barbilla hacia una ventana estrecha—. Sabes que es casi todo igual, pero sí dijo que había ruinas en esa parte del Bosque de Sangre. Malec estaría por ahí cerca.

—Podría haber habido varios pueblos por la zona hace años. —Sven se rascó la barba—. Aunque durante la Guerra de los Dos Reyes, ya no había nada más que campos.

Así que cualquier cosa que hubiese existido ahí sería vieja. Quizá tan vieja como la época en que los dioses estaban despiertos.

—De todos modos, eso ayuda. —Poppy se giró hacia mí y luego hacia Kieran, que asintió—. Puedo utilizar el hechizo del que me hablaste —le dijo a Sven—. Tengo algo que le pertenecía. Un anillo.

Sven le dedicó una sonrisa cálida.

—Muy lista.

Un rubor rosa bastante adorable tiñó las mejillas de Poppy. Me incliné hacia ella y le di un beso rápido en la nuca.

—Cuando lo encontremos —empezó—, no creo que debamos intentar despertarlo. ¿Alguno de vosotros sabe si eso sería posible?

Mi padre negó con la cabeza, luego miró a Sven.

—Bueno… —empezó el lord, y Perry llenó de whisky un vaso que luego deslizó hacia él—. En realidad, depende. ¿Se le sepultó en algún tipo de féretro?

—Sí —confirmó mi padre—. Un féretro cubierto de huesos de deidades.

—Qué divertido de transportar —comentó Kieran.

—Supongo que si no lo abrís, debería permanecer como esté cuando lo encontréis —caviló Sven.

—Está inconsciente —dijo Poppy, y la mirada de Sven se volvió curiosa—. Así es como supo mi padre que le había ocurrido algo. Cuando Malec perdió el conocimiento, eso despertó a Ires.

—Interesante —murmuró Sven, y volvió a rascarse la barba—. Así que es el hijo del Primigenio de la Vida y de la consorte —empezó Sven—, y su sepultura tuvo que tener algún efecto sobre el entorno.

—¿Aparte del Bosque de Sangre? —pregunté, y Poppy se enderezó. Diablos. No podía creer que se me acabase de ocurrir—. Por eso está ahí el Bosque de Sangre. Los árboles crecieron porque estaba sepultado ahí.

—Igual que los árboles crecen por ti —dijo Kieran mirando a Poppy.

—Pensé que todos sabríais eso —comentó Sven, las cejas arqueadas.

—Al parecer, no lo sabían —señaló su hijo, y Delano sonrió porque en efecto, no lo habíamos sabido.

Poppy ladeó la cabeza mientras estudiaba a mi padre.

—Exactamente, ¿quién ayudó a Eloana con el hechizo primigenio? ¿Sabemos de quién era la esencia primitiva que utilizó?

—Yo no fui —apuntó Sven.

—Tengo entendido que la ayudó Wilhelmina —repuso mi padre, y eso era algo que no nos habíamos esperado ninguno de nosotros —. Qué esencia empleó… no lo sé.

—¿Y sabemos lo que pasará con Malec una vez que derroquemos a la Corona de Sangre? —preguntó Hisa—. ¿Lo devolveremos bajo tierra?

Todos los ojos, incluidos los de Aylard, se volvieron hacia nosotros. No contesté, pues tenía el suficiente sentido común para saber que no me correspondía a mí hacerlo. Le correspondía a Poppy.

—No —dijo, y luego cuadró los hombros—. Nos aseguraremos de que vuelva a casa con su hermano, de que vuelva con Nyktos y la consorte.

Capítulo 40

Poppy

Cuando terminamos de hablar de nuestros planes para partir hacia el Bosque de Sangre, ya había llegado la tarde y pude pasar algo de tiempo con Tawny. Entré en la habitación y me alivió encontrar dos profundas bañeras lado a lado, ambas llenas de agua humeante.

Mientras Casteel se quedaba atrás (ojalá que para hablar con su padre), inspeccioné las habitaciones al tiempo que me desvestía. Las vigas vistas del techo y las paredes de piedra encalada me recordaban a los aposentos de New Haven. Sin embargo, estos eran mucho más grandiosos, equipados con una zona de estar y un comedor separados por un biombo. Las puertas del armario estaban abiertas y encontré colgada la ropa que había traído Vonetta. No obstante, fueron las prendas colgadas al lado de esta las que trajeron una sonrisa a mi cara.

Ropa para Casteel.

Estaba claro que no habían tenido ninguna duda de que regresaríamos. Juntos.

Había una caja en el fondo del armario, la que contenía la corona del rey Jalara. Pronto, habría otra allí. Todavía no sabía lo que iba a hacer con ellas.

Fui hasta la mesa de al lado de la cama y puse la mano sobre la caja de puros, consciente de lo que había en el interior.

Nuestras coronas.

Respiré hondo, dejé la caja cerrada y me acerqué a la bañera. Mientras me bañaba, noté otra vez un leve dolor en la mandíbula pero aun así froté lo que parecía como una semana entera de mugre, antes de secarme y encontrar una bata que ponerme. Llamaron a la puerta justo cuando terminaba de atar el cinturón.

—Adelante —dije en voz alta, y salí de detrás del biombo.

Entró Kieran, que cerró la puerta a su espalda.

—¿Estás sola? Pensé que estaba Tawny contigo.

—Lo estaba, pero se cansó.

Miró a nuestro alrededor.

—Quería venir a ver qué tal estabas soportando todo esto.

Arqueé una ceja.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Perfecto.

Lo miré.

Kieran me miró.

—¿Estás aquí también porque Casteel está hablando con su padre? —pregunté.

Soltó una risa áspera.

—¿Tan obvio es?

—Un poco. —Fui descalza hasta una de las butacas delante de una chimenea apagada. Había una especie de decantador con líquido ámbar en una mesita, al lado de un par de vasos—. ¿Quieres tomar algo?

—Claro —respondió, así que serví dos copas—. Pensé que si me quedaba por ahí un ratín, Cas me utilizaría como excusa para no hablar con su padre.

Se me comprimió el pecho mientras le entregaba su vaso.

—Pues yo espero que hable con su padre y con Malik, aunque…

—Aunque tiene que tener muchas cosas en la cabeza ahora mismo. —Kieran se apoyó contra la repisa de la chimenea mientras yo me sentaba en la butaca—. Y puede que no tenga la cabeza en la mejor de las condiciones para oír lo que sea que tenga que decirle su padre.

Bebí un sorbo de ese whisky ahumado, pensando en lo que me

había dicho Valyn.

—No creo que vaya a gustarle lo que su padre tiene que decir.

—Yo tampoco. —Kieran bebió otro trago, la vista perdida al otro lado de la estrecha ventana mientras mis ojos se posaban en la fina cicatriz de su antebrazo.

Encogí las piernas y me arrellané en la mullida butaca sin quitarle el ojo de encima a Kieran. Estaba claro que Casteel hubiese acabado por encontrar el camino hasta mí más pronto que tarde, sobre todo si creía que estaba sola. Kieran, sin embargo, podría haber visitado a su hermana o a cualquiera de los amigos que no había visto desde hacía semanas. Podría estar pasando tiempo con Malik, aunque era probable que él tampoco estuviese preparado para sentarse a hablar con el hermano de Cas. Fuera como fuere, Kieran estaba aquí por otras razones, y me daba la impresión de que sabía bien cuáles eran.

—¿Te dijo Casteel que hemos hablado de la Unión?

Kieran me miró de reojo.

—Sí, me lo dijo. —Pasó un momento—. Dijo que querías hacerlo.

Deseé con todas mis fuerzas no ponerme de cien tonos de rojo diferentes y bebí otro sorbo.

—Quiere que me tome el próximo par de días para pensarlo bien, pero ya conozco la respuesta. No va a cambiar.

Sus ojos invernales me sostuvieron la mirada.

—En cualquier caso, deberías tomarte esos días y pensarlo bien.

—Lo haré, pero no va a cambiar. Casteel me lo explicó todo. Sé lo que conlleva. Lo que podría y no podría pasar. —Sabía en qué consistía la Unión. Casteel me lo había explicado todo en detalle cuando estuvimos sentados con el Bosque de Glicinas a nuestros pies. Más allá de en qué se convirtiese cuando unieran sus esencias a la mía, sería un momento íntimo. Intenso. Uno de esos que te cambian la vida. Ninguno de los tres seríamos los mismos después de ninguna manera—. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? ¿De verdad?

—Debería ser yo el que hiciera esa pregunta, Poppy.

Bajé el vaso hacia mi rodilla doblada y observé cómo se dirigía a la butaca enfrente de mí y se sentaba.

—No estaríamos teniendo esta conversación si no estuviese

segura.

—Cierto. —Se inclinó hacia delante, vaso en mano—. Pasa lo mismo conmigo, Poppy. Estoy aquí porque quiero. —El tono de sus ojos azules lucía vívido, el resplandor detrás de sus pupilas más brillante—. No creo que muchos *wolven* rechazaran la posibilidad de Unirse a un rey y a una Primigenia.

Me sonrojé. Todavía no podía creer que fuese una Primigenia, aunque no importaba en este momento.

—Tú no eres cualquier *wolven*. Esto no lo haríamos con nadie más que contigo.

Kieran bajó la barbilla al tiempo que un sabor dulce se arremolinaba en mi boca, muy distinto al ardor del whisky.

—No me hagas sentir emocionado al respecto. Si lo haces, vas a hacer que esto sea muy raro.

Me reí.

—Bueno, ya me tocaba a mí ser la que hiciese que algo fuera raro.

Kieran sacudió la cabeza y plantó su mano libre detrás de su cuello. Pasaron unos segundos largos.

—Sabes que quiero a Cas, ¿verdad?

—Sí —susurré—. Y sé que él te quiere a ti.

—Haría cualquier cosa por él. Haría cualquier cosa por ti —declaró, repitiendo casi palabra por palabra lo que había dicho Casteel. Levantó la vista hacia mí—. Y saber que haríais esto por mí significa… —Tragó saliva—. En realidad, no hay palabras aparte de que mis razones para aceptar realizar la Unión tienen muy poco que ver con que Cas sea rey o tú seas una diosa Primigenia, y todo que ver con el amor que os profeso a ambos.

Se me cortó la respiración cuando un nudo de emoción se instaló en mi pecho.

—Ahora eres tú el que se ha puesto todo emotivo.

—Lo siento.

—No es verdad.

Kieran sonrió y bajó la mano mientras yo reprimía el impulso de preguntarle qué tipo de amor sentía por Casteel. Por mí. Sabía que no era un amor familiar y que iba más allá de lo que uno sentía por los amigos. También creía que no era igual que lo que había sentido por Elashya ni lo que sentíamos Casteel y yo el uno por el otro. Pero

también sabía que lo que yo sentía por Kieran no era lo mismo que lo que sentía por Delano o Vonetta o Tawny. Era… *más*.

Se echó hacia atrás y me miró al tiempo que apoyaba un tobillo en su rodilla.

—Tienes ese aspecto.

—¿Qué aspecto?

—El que sugiere que tienes una pregunta que estás haciendo un esfuerzo por no hacer.

—No es verdad.

Kieran arqueó una ceja.

Suspiré, pensando que era bastante irritante que me conociera tan bien. Como necesitaba el valor para preguntar lo que quería saber, bebí un sorbo más largo. Hizo muy poco por ayudarme.

—¿Qué… qué tipo de amor sientes?

Me miró hasta que casi empecé a retorcerme en la butaca.

—Hay muchos tipos de amor, pero cuando de ti se trata, es el tipo que me permitió hacer esa… —Respiró hondo y apretó la mandíbula—. Es el tipo de amor que me permitió hacerte *esa* promesa, Poppy. Es el mismo tipo de amor que te permitió a ti pedirme que la hiciera.

Casteel

La alcoba estaba en penumbra cuando entré. El olor de Kieran aún perduraba al lado de la chimenea, donde dos vasos vacíos descansaban sobre una mesita. Me quité todas las armas que llevaba encima y las correas que las sujetaban en su sitio, y lo dejé todo excepto una daga sobre el baúl de al lado del biombo.

Mi corazón trastabilló cuando miré hacia la cama y vi a Poppy ahí tumbada, hecha un ovillo sobre el costado, la manta hecha un gurruño en su cintura y la bata medio abierta para revelar un hombro color crema. Mientras me quitaba la ropa y me daba un baño rápido en el agua ya fría, pensé que mi corazón jamás dejaría de dar saltitos cada vez que la mirara. Que jamás me acostumbraría a mirarla y saber que yo era suyo y ella era mía.

Me aseguré de estar seco del todo antes de ir hacia la cama. No

quería despertarla. Bueno, eso era mentira. Quería ver esos ojos preciosos. Quería que me regalara una de sus sonrisas. Oír su voz. Su risa. Así que sí, quería que se despertara, pero la mañana llegaría pronto. Todos necesitábamos descansar, pues nuestra búsqueda por el Bosque de Sangre no sería fácil. Retiré con cuidado la manta, me metí en la cama, y me guardé mis malditos brazos y manos para mí mismo. Si la tocaba, entonces sí, me pasaría la noche entera mirando al techo con una erección.

Me obligué a cerrar los ojos y a respirar despacio y, por algún milagro, conseguí dormir. No sabía cuánto tiempo había descansado antes de encontrarme en esa celda oscura y húmeda, con el arañar de unas garras de Demonio y el repiqueteo metálico de las cadenas como únicos sonidos. La banda de mi cuello estaba casi demasiado apretada para tragar o respirar hondo, y el dolor de mi mano y mi…

Me desperté sobresaltado y abrí los ojos de golpe para ver sombras oscilar por las vigas vistas del techo. *No estoy ahí.* Mi corazón latía como un martillo pilón. *Estoy aquí.* El aire entraba y salía sibilante de mis pulmones mientras repetía esas palabras como una jodida oración.

La cama se movió un poco mientras me pasaba las manos por la cara. Sentí la aspereza de los callos… el vacío de lo que faltaba ahí.

Poppy rodó hacia mí y apretó su cuerpo medio tapado contra el mío.

—Te he echado de menos —murmuró.

Joder.

Mi corazón.

Su voz.

Me calmó.

Bajé las manos y enrosqué un brazo alrededor de su espalda para empaparme de su calor y su suavidad.

—Y yo te he echado de menos a ti.

Se contoneó para acercarse más y deslizó una pierna entre las mías.

—¿Hablaste con tu padre?

—El tiempo suficiente para decirle que fuera lo que fuere lo que sentía que tenía que decir, tendría que esperar. —Enredé los dedos en su pelo—. No estaba contento de oírlo, pero cedió.

—Así que en realidad es como si no hubieses hablado con él para nada.

—Ahora mismo, no quiero tener en la cabeza lo que sea que tenga que decirme —reconocí. Nada de lo que pudiera decirme ahora me haría comprender por qué él y mi madre nos ocultaron la identidad de la Reina de Sangre—. No cuando tenemos entre manos todo lo demás: encontrar a Malec, reunirnos con Isbeth, terminar con esta guerra.

Su mano se deslizó por mi pecho.

—Eso lo entiendo. —Bostezó con suavidad—. Es la razón de que no le hiciese más preguntas a Malik sobre la noche de Lockswood ni sobre Coralena y Leo.

Bajé la vista hacia su coronilla. No estaba preparada para oír lo que fuese que pudiera contarle Malik. Igual que no lo estaba yo cuando se trataba de mi hermano y nuestro padre.

—Deberías dormirte otra vez.

—Lo haré. —Pero esa mano suya bajó por mi estómago.

—No me da la sensación de que te estés durmiendo.

Poppy no dijo nada durante unos instantes.

—¿Estás bien?

¿Había notado mi pesadilla? ¿O se había despertado y simplemente había percibido la maraña de emociones que aún perduraba en mi interior? Cerré los ojos y respiré hondo. Cuando no respondí, porque no podía, giró la cabeza y me dio un beso en el pecho.

—Lo estarás —susurró.

—Sí, lo estaré.

—Lo sé. —Su mano se deslizó debajo de la manta.

Todo mi cuerpo dio un respingo cuando sus dedos rozaron la cabeza de mi pene ya semierecto. Poppy se incorporó un poco.

No me dio la oportunidad de decir ni una palabra más. Tampoco pensaba quejarme. Sus labios encontraron los míos y su beso fue una caricia dulce. Mi brazo se apretó alrededor de ella y su lengua separó mis labios. El beso se prolongó hasta que todo mi ser palpitaba por ella.

Por todos los dioses, la deseaba en *todo momento*.

—Cas —susurró, y cerró los dedos en torno a mi pene—. Te necesito.

Me estremecí al oír sus palabras, la verdad que había en ellas. Era yo el que la necesitaba, y ella lo sabía… sabía que su contacto, que su cercanía, me calmaban y devolvían mis pies al suelo. Me recordaban que estaba *aquí*.

—Ahora —exigió.

Su orden cruda me provocó una risa grave. Puse la mano sobre su mejilla.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya lo sabes —susurró contra mis labios.

—Tal vez. —Deslicé la mano por su cuello, más allá de esas marcas sensibles dejadas por mis colmillos, por encima de su pecho, donde el pezón se endureció debajo del algodón de la bata. Seguí avanzando, por la suave curva de su tripa y luego entre sus piernas —. Pero deberías decírmelo. —Rocé con el dorso de mis dedos su calor húmedo y sonreí cuando gimió de placer—. Solo por si acaso.

Su mano se apretó sobre mi pene.

—Quiero que me toques. —Apoyó la frente contra la mía—. Por favor.

—Sabes que no necesitas pedirlo por favor. —Deslicé un dedo por el mismísimo centro de ella—. Aunque suena precioso en tus labios.

Se le cortó la respiración cuando introduje un dedo en su interior. Me dio un mordisquito en la barbilla que hizo que mi cuerpo entero diera otra sacudida. Metí el dedo más profundo.

—¿Así?

—Sí.

La besé y empecé a meter y sacar el dedo.

—¿Y así? —Mi voz sonaba espesa, ahumada.

Su espalda se arqueó y su mano empezó a moverse al mismo ritmo que mis movimientos poco profundos. Sus caderas también reaccionaron.

—Mm-hmm.

Deslicé el pulgar por encima de su clítoris y me maravillé por la forma en que se tensó su cuerpo, cómo su mano dejó de moverse. Sonreí.

—¿Y qué tal esto?

Poppy gimió y era un sonido que podría escuchar durante toda la eternidad.

—Eso me gusta mucho —murmuró, pero su mano abandonó mi pene y se cerró en torno a mi muñeca para retirar mi mano de ella —. Pero quiero más.

Poppy se movió entonces. Soltó mi mano y se apoyó sobre los codos. La bata, medio desatada, resbaló por sus brazos. Nunca en toda mi vida había estado más agradecido por la vista aumentada que ella tanto envidiaba.

Sus pechos rosados empujaron hacia arriba, los pezones erectos. Tenía las mejillas arreboladas, las piernas abiertas, relajadas y tentadoras. Mi maldita boca se me hizo agua solo de verla. Me incorporé un poco.

—Eres preciosa. —Me empapé de cada centímetro de carne a la vista—. ¿Sabes qué no entiendo?

—¿Qué?

—¿Cómo puedes no pasar el día entero con esos bonitos dedos entre esos bonitos muslos? —Deslicé una mano debajo de la bata y agarré su cadera—. Eso es lo que haría yo si fuese tú.

Poppy se echó a reír.

—Entonces conseguirías hacer muy pocas cosas.

—Merecería la pena. —Mis ojos aterrizaron donde su mano descansaba sobre su bajo vientre, a meros centímetros de ese maravilloso calor suyo—. Acabo de darme cuenta de algo. —Se me secó la garganta—. ¿Alguna vez te has tocado?

Un intenso rubor se extendió por sus mejillas y, después de un momento, asintió. Y joder, sentí una oleada de deseo casi dolorosa por todo el cuerpo.

—No hay nada que pudiera gustarme más… —murmuré, y llevé su mano a mi boca. Cerré los labios en torno al dedo en el que llevaba nuestro anillo— que verte enseñarme exactamente cómo te tocas.

Su exclamación ahogada fue audible cuando bajé la mano hacia ese espacio oscuro entre sus muslos. La solté y, por un momento, pensé que no lo haría.

Pero nunca debí dudar de ella.

Mi reina no se amilanaba ante nada.

Los delicados tendones del dorso de su mano se movieron como las cuerdas de un piano cuando deslizó ese dedo dentro de ella y empezó a moverlo con pequeñas embestidas.

—Joder —gruñí—. No pares.

Sus respiraciones llegaban en jadeos cortos y breves mientras continuaba jugando consigo misma y el olor de su excitación llenó cada uno de mis sentidos. Estaba obsesionado, no le quitaba el ojo de encima. Ni siquiera parpadeé. Ni una sola vez, mientras su respiración continuó aumentando de velocidad y sus caderas se movían en respuesta al juego de su dedo.

—Cas —gimió.

Podría correrme solo con mirarla. Había muchas posibilidades de que lo hiciera.

—Quiero adorarte.

Poppy se estremeció.

Y entonces lo hice. Empecé por los dedos de sus pies y fui subiendo por sus pantorrillas hasta sus muslos. Su dedo se movía más deprisa a medida que me acercaba, y paré el tiempo suficiente para deslizar la lengua por la humedad ahí acumulada. Poppy gritó de placer, arqueó la espalda, y yo retomé mi adoración una vez más. Tracé un camino por su estómago y las curvas de sus caderas. Me tomé mi tiempo, como si no partiésemos de viaje una vez más en pocas horas. Presté una atención especial a esos pechos, los chupé y succioné hasta que toda ella tembló, hasta que cada parte de mí estuvo dura, pesada e hinchada. Solo entonces metí la mano entre nosotros y retiré su mano para llevármela a la boca y deleitarme en su sabor.

—Creo que voy a necesitar verte hacer eso a diario.

—Por todos los dioses —dijo, medio asfixiada—. Qué malo eres.

—Sí, lo soy. —Cerré la mano alrededor de la suya, la apreté contra el colchón al lado de su cabeza y deslicé una pierna entre sus muslos suaves y regordetes. Apoyé todo mi peso sobre ella, me hundí en su suavidad cálida y ella lo aceptó todo con una sonrisa dulce—. Pero puedo ser bueno. También puedo ser más malo. Puedo ser lo que quieras.

—Solo te quiero a ti. —Apretó la palma de la mano contra mi mejilla—. Tal y como eres.

Diablos.

Temblé como un arbolillo frágil en un vendaval cuando su calor tocó la cabeza de mi pene. Me hundí en su calor mojado, alanceado por esquirlas de placer.

—Te quiero. Estoy loco por ti.

Sus brazos se envolvieron a mi alrededor y me abrazó con fuerza mientras levantaba las piernas, las enroscaba en torno a mis caderas y me urgía a empujar.

—Te quiero siempre y para siempre.

Hice caso omiso del palpitar de mis colmillos. No me alimentaría. Esta noche no le quitaría nada. Solo daría.

Mi corazón martilleaba en mi pecho cuando empecé a moverme. Pretendía ir despacio y constante, hacer que durara, pero los sonidos suaves que hacía Poppy, la sorprendente fricción de nuestros cuerpos y todo lo anterior hicieron que eso fuese imposible. No había nada como ella. Absolutamente nada comparable a cómo me hacía sentir y cómo su mera presencia invadía cada célula de mi cuerpo. No había ningún «yo». No había ningún «ella». Solo había un «nosotros», nuestras bocas pegadas la una a la otra, nuestras manos y nuestras caderas selladas entre sí. Estábamos tan cerca, tan apretados mientras embestía contra ella, que noté cuando Poppy alcanzó el clímax. Los espasmos fulminaron mi control. Mi propio orgasmo me atravesó como un tsunami, en intensas oleadas sucesivas que dejaron mi cuerpo tembloroso durante varios segundos.

La boca de Poppy buscó la mía y me besó con suavidad. Era, por todos los dioses, lo era todo. Odiaba separarnos, pero sabía que estaba a segundos de desplomarme sobre ella. Solté un gemido entrecortado y salí de ella para caer sobre el costado. La envolví en mis brazos y la estreché con fuerza; ella me abrazó aún más fuerte. Esta vez, cuando cerré los ojos, sabía que no habría ninguna pesadilla.

Mi reina simplemente no lo permitiría.

Capítulo 41

Poppy

El Demonio se tambaleaba a través de la densa neblina, sus ojos rojos como brasas desquiciados por el hambre, y su piel macilenta y a ronchas pegada al cráneo de milagro.

—Ese… —Casteel rotó sobre sí mismo, sus movimientos tan elegantes como los de cualquier bailarín de las fiestas que se celebraban en Masadonia. Su espada de heliotropo cortó a través del aire con un silbido y seccionó la cabeza de un Demonio—. Es uno viejo.

Viejo era quedarse muy corto.

No tenía ni idea de cuándo se habría transformado este Demonio. Su piel estaba en tan mal estado como su ropa. Su boca se abrió para revelar varias hileras irregulares de colmillos. Aullando, el Demonio corrió hacia mí. Apreté bien la mano sobre mi daga de hueso de *wolven* y…

Un veloz lobuno de pelaje castaño rojizo explotó de entre la neblina, aterrizó sobre la espalda del Demonio y lo derribó.

—Oh, venga ya —refunfuñé—. Ese ya era mío.

Una impronta con sabor a cedro y vainilla me llegó a través del

notam. La risa de Vonetta flotó a través de mis pensamientos.

Entorné los ojos en su dirección. *Ni siquiera deberías estar aquí, regente.*

Su risa sonó más fuerte, más alegre, mientras desgarraba el pecho del Demonio con sus garras, directa a su corazón.

Hice una mueca.

—Eso es asqueroso.

—No te preocupes, hay muchos más para que apuñales. —Emil agarró a un Demonio y lo empujó hacia atrás contra la corteza húmeda y grisácea de un árbol de sangre—. Porque están… por todas partes. Elige el que más te guste.

Giré en redondo cuando un chillido perforó el aire. Distinguí las figuras de al menos una docena de Demonios más en la neblina.

Tres días en la región más nororiental del Bosque de Sangre y esta era la primera vez que nos cruzábamos con una horda de este tamaño. Habíamos visto a unos pocos Demonios aquí y allá; media docena juntos, como mucho. Pero el día de hoy… ¿o era la noche? Era difícil de decir tan profundos en el bosque, donde el sol era incapaz de penetrar y la nevisca era una compañera constante, pero daba la impresión de que habíamos dado con una de sus guaridas.

Salté a un lado mientras Naill acababa con uno que pareció brotar del suelo.

—No puedo ser la única que crea que esta cantidad de Demonios es extraña —mascullé, al tiempo que me preparaba para recibir a los que fluían de la neblina, sus aullidos graves cada vez más sonoros… e irritantes.

—No lo eres —convino Casteel, desenvainando su segunda espada corta de heliotropo al llegar a mi lado.

Kieran, en su forma mortal, lanzó una daga que empaló a un Demonio a un árbol cercano mientras nosotros, junto con Naill y Perry y media docena de *wolven*, formábamos un círculo.

—A lo mejor nos estamos acercando a las ruinas o incluso a donde está sepultado Malec.

Eso era lo que había pensado yo. Lancé una patada para empujar a un Demonio en dirección a Delano, que incrustó su espada en el pecho de la criatura mientras yo clavaba mi daga en el corazón de otra. No había querido utilizar el hechizo localizador hasta llegar a las ruinas, así que esperaba que esto significara que nos estábamos

acercando al lugar.

Di un paso adelante y evité por poco a Sage y a otro *wolven* que pasaban a toda velocidad por mi lado para acorralar a los Demonios en un círculo más apretado. Agarré a uno que era más esqueleto que carne y tuve que aguantar la respiración mientras clavaba la daga en su pecho.

—Yo podría ayudaros. Lo sabéis, ¿verdad? —dijo Malik con voz melosa desde el centro de nuestro círculo, donde estaba apoyado contra un carro, las riendas de nuestros caballos en una mano. No le habíamos dado mucha opción en cuanto a lo de acompañarnos al Bosque de Sangre. Aunque confiaba en que no volvería a Carsodonia, esa confianza solo llegaba hasta cierto punto. Tenía que permanecer con nosotros.

Casteel se abalanzó hacia delante y giró en redondo mientras arremetía con ambas espadas cortas y segaba el cuello de dos Demonios. Unos centelleantes ojos dorados se cruzaron con los míos.

—¿Has oído algo?

—Nop. —Lo seguí, tras atrapar al vuelo una de las espadas cortas que Casteel tiró hacia mí.

Sage forzó a otro grupo de Demonios a avanzar. Giré en redondo para cortar el cuello de uno y clavar mi daga en el pecho de otro. Kieran pasó como una exhalación a mi lado y derribó a otro más.

—Solo necesitaría un arma —continuó Malik, mientras yo daba media vuelta y alcanzaba a ver a Perry cortar a un Demonio en dos con un hacha de heliotropo (¡un *hacha*!). Salté por encima de un puñado de rocas—. Cualquier arma. A estas alturas, aceptaría incluso un palo afilado.

—Qué curioso, me parece oír algo todo el rato. —Casteel saltó por encima de Rune, un gran *wolven* negro y marrón que se había unido a nosotros. El lobuno agarró a uno de los Demonios para que Casteel aterrizara sobre él y lo atravesara con su espada—. Una voz de lo más irritante que no hace más que repetir lo mismo.

—*¿Podéis darme una espada*? —Kieran tiró a un Demonio inerte a un lado—. *¿Podéis darme una daga? ¿Un palo…?*

—Jodidamente maduros —gruñó Malik.

—No te vamos a dar un arma. —Casteel se dio impulso contra una roca cubierta de musgo y cayó sobre la espalda de un Demonio

mientras yo salía disparada para clavar la espada en el cuello de otro. Uno pequeño. Demasiado pequeño—. No te vamos a dar un arma. Ni siquiera un objeto romo como una piedra.

Noté cómo Malik ponía los ojos en blanco.

—Pensaba que me habíais creído cuando dije que quería luchar contra la Corona de Sangre.

Arqueé una ceja en dirección a Casteel mientras Vonetta arrastraba a un Demonio hacia delante agarrado del tobillo.

—Creer que quieres destruir a la Corona de Sangre es una cosa —dijo Casteel mientras yo despachaba al Demonio que arrastraba Vonetta.

—¿Cómo se supone que voy a ayudaros a luchar contra la Corona de Sangre sin armas? —preguntó Malik.

—¿Con tu encantadora personalidad? —apuntó Naill.

Los bordes de mi gruesa capa volaron a mi alrededor cuando giré en redondo y me agaché bien para dejar pasar la espada de Casteel silbando por encima de mi cabeza.

—Cada cosa a su debido tiempo —dijo Casteel. Me agarró del brazo para ayudarme a ponerme en pie y me atrajo para darme un beso rápido. Mi estómago dio un brinco de lo más agradable antes de que Casteel se volviera e incrustase su espada en el pecho de un Demonio. Me soltó y miró hacia atrás en dirección a donde estaba su hermano—. Así que, hasta entonces, trata de mantener tu bocaza cerrada.

Kieran me lanzó una sonrisa mientras yo me retiraba el pelo de delante de la cara.

—Dudo de que eso vaya a suceder —comentó.

—Nop. —Salté hacia delante cuando un Demonio agarró la cola de Sage e incrusté mi daga de *wolven* en la base del cráneo del pobre diablo, seccionando su columna vertebral.

—¿Qué demonios? —exclamó Emil. Bajó la vista hacia su mano —. ¿De verdad están rezumando estos árboles? ¿Qué es esto?

—Te daré una pista. —Perry empujó a Malik hacia atrás cuando un Demonio rompió filas y se abalanzó a por ellos—. Está en el nombre.

—Qué asco, joder —musitó Emil, al tiempo que se secaba en el muslo la sustancia color óxido de la palma de su mano.

No estaba segura de si de verdad los árboles estaban rezumando

sangre, pero desde luego que no era savia normal. En cualquier caso, decidí que no le iba a dar muchas vueltas al tema.

—Atentos —chilló Naill—. A nuestra derecha.

Casteel y yo dimos media vuelta al unísono. A través de la espesa neblina, vi varias formas oscuras más.

—Tiene que haber docenas de ellos —masculló Casteel mientras los *wolven* emitían gruñidos graves.

Solté un bufido exasperado y miré a Casteel.

—Sé que hemos hablado de reprimirme de utilizar el *eather*, pero esto se está poniendo muy…

Las hojas se sacudieron por encima de nuestras cabezas cuando un viento feroz sopló por el pequeño claro, desperdigó la neblina y revolvió el olor a podredumbre y putrefacción. Eché la cabeza atrás justo cuando Kieran saltaba hacia delante, agarraba la pechera de la túnica de un Demonio e incrustaba la espada en su pecho. Una sombra aún más oscura cayó sobre nosotros y bloqueó la poca luz que se colaba entre los árboles.

—Ya era hora, joder —musitó Kieran, que luego se agachó para darle un golpecito en la espalda a su hermana, que estaba a punto de abalanzarse sobre un nuevo grupo de Demonios.

Estiré mis sentidos a través del *notam* y llamé a los *wolven* de vuelta con nosotros. Varios aullidos respondieron antes de surgir de entre la neblina y correr por nuestro lado hacia el centro del círculo. Casteel pasó un brazo en torno a mi cintura, me levantó en volandas y me pegó a su pecho.

—Cuidado —murmuró en mi oído.

Varias ramas se partieron de cuajo y cayeron como flechas a nuestro alrededor cuando Reaver descendió entre los árboles de sangre, las alas desplegadas en toda su envergadura antes de replegarlas hacia atrás.

Kieran se tambaleó hacia un lado.

—Joder, por todos los *dioses*, siempre igual. —Sus ojos azul invernal centellearon—. Dime que no lo hace a propósito.

Puesto que decirle eso sería mentira, opté por no decir nada, mientras Reaver extendía su largo cuello y rugía. Una luz plateada brotó de su boca y nos cegó durante unos momentos, al tiempo que las llamas cortaban a través de la neblina y rodaban por encima de los Demonios. El fuego los eliminó a todos de una sola tacada,

docenas de ellos desaparecidas en cuestión de segundos. No dejaron más que cenizas y neblina deshilachada a su espalda.

—Es todo un detalle que por fin se una a nosotros —comentó Emil, lo cual le ganó una sonrisilla de Kieran y una mirada de ojos entornados por parte de Reaver, cuya cabeza con cuernos giró a toda velocidad hacia el atlantiano. Este levantó las manos en ademán apaciguador—. Lo que quería decir es que estoy contento de verte.

—¿Crees que puede haber encontrado algo? —preguntó Casteel, retirando un mechón de pelo desgreñado de su cara.

—Eso espero —dije. Envainé mi daga y le devolví a Casteel su espada. Reaver había emprendido el vuelo el día anterior en busca de alguna señal de las ruinas que había mencionado Eloana—. Ya han pasado tres días, lo cual significa que necesitaremos otros tres días para salir de aquí. Y otro día más para llegar a Padonia.

—Estaremos bien —me aseguró Casteel. Aprovechó el momento para abrochar dos hebillas de mi capa que se habían soltado—. Saldremos de aquí y llegaremos al Templo de Huesos a tiempo.

Asentí, pero tardaríamos en torno a tres días en llegar al Templo de Huesos. Me mordisqueé el labio de abajo cuando un fogonazo de dolor sordo alanceó mi mandíbula. Teníamos que encontrar a Malec y volver a Padonia con algo de tiempo para descansar. Para prepararnos.

—No te preocupes. —Kieran se acercó a nosotros y buscó mis ojos, luego agarró mi trenza y la pasó por encima de un hombro—. Sé que es más fácil de decir que de hacer —continuó, justo cuando una luz rutilante se deslizaba sobre el cuerpo de Reaver—. Pero somos buenos. Tenemos esto controlado.

Casteel me dio un beso en la sien y miró hacia el lugar en el que había un mortal de pie donde había habido un *draken* hacía tan solo unos segundos.

—Hora de Reaver desnudo —murmuró.

Todo el mundo estaba bastante acostumbrado a ello. Aunque la mayoría de nosotros hacíamos un esfuerzo por no mirar más abajo de la cara, Sage solía sentarse prácticamente en primera fila y no disimulaba en absoluto mientras lo miraba de arriba abajo, estuviera ella en una forma o en otra.

—Como a un día a caballo hacia el norte —anunció Reaver,

mientras Naill le tiraba su ropa—. Hay unas ruinas de lo que parecía ser un pueblo.

Tardamos un poco menos de un día en llegar hasta las ruinas. Cómo las había visto Reaver desde el cielo era algo que no podía entender. No quedaba nada más que cimientos de piedra y paredes medio derruidas.

—Tiene que ser aquí, ¿verdad? —preguntó Vonetta, justo cuando Casteel me agarraba de la cintura y me ayudaba a bajar de Setti. Un acto tierno, dado que ya no necesitaba ese tipo de ayuda.

—Tiene que serlo. —Me giré hacia Reaver—. ¿No viste nada más?

—Volé hasta los límites del bosque —repuso, antes de saltar sobre un muro en el que se acuclilló—. No había nada más que esto. Las ruinas son extensas. El bosque es más tupido a partir de aquí, pero este no era un pueblo pequeño.

—¿Más tupido que esto? —preguntó Emil, señalando hacia la densa masa de árboles.

Reaver asintió y un remolino de nieve revoloteó por encima de las estructuras medio derruidas.

Kieran desenganchó el morral y me lo trajo, mientras Delano, ahora en su forma de *wolven*, y los otros se dispersaban por las ruinas para montar guardia.

—¿Crees que este es un buen sitio?

—¿Sinceramente? —Dejé el morral sobre un murete y lo abrí—. Eso espero.

Se rio entre dientes mientras Perry se acercaba y Malik echaba pie a tierra despacio, bajo la vigilancia constante de Naill.

—Me pregunto qué solía haber aquí.

—Ni idea. —Casteel escudriñaba las ruinas, las cejas fruncidas —. Podría haber caído mientras él dormía y haber quedado olvidado en el tiempo.

Un escalofrío danzó por mi piel, pero saqué el pergamino y un pedazo delgado de carboncillo. Pensar que un pueblo lleno de personas, quizá cientos, si no más, podía haber desaparecido por

completo de la historia era inquietante.

Casteel buscó una roca pequeña y la colocó sobre el pergamino para sujetarlo en el sitio.

—Gracias —murmuré. Empecé a escribir el nombre de Malec cuando se me ocurrió algo—. ¿Cómo se apellidaba Malec?

—O'Meer —respondió Casteel. Miré a Reaver.

—Ese no puede ser su verdadero apellido, ¿verdad?

Reaver giró la cabeza despacio hacia mí. Pasó un momento largo.

—No, no lo es.

—¿Tiene apellido siquiera?

—Nyktos no lo tenía, pero… —El viento revolvió su pelo pálido —. Si tuviese que ser conocido por su apellido, sería Mierel.

—Mierel —repetí, y apreté tanto el carboncillo contra el pergamino que dejó un manchurrón—. ¿Ese es el apellido de la consorte?

Una pausa.

—Hubo un tiempo en que lo fue.

Los ojos de Casteel se cruzaron con los míos. Luego lo escribí entero: Malec Mierel. El *eather* vibró en mi pecho.

—¿Y ahora qué? —preguntó Casteel, y su pecho rozó mi brazo.

Metí la mano en la bolsita que llevaba a la cadera. Dejé dentro el caballito de juguete que debería haberle devuelto ya a Casteel y saqué el anillo de diamantes. Lo coloqué sobre el nombre.

—Ahora solo necesito mi sangre.

—Esto me recuerda —murmuró Casteel, al tiempo que desenvainaba su daga— que te debo un diamante muy grande.

Sonreí y estiré la mano hacia la daga.

—Cierto.

Casteel retuvo la daga.

—No quiero ver cómo te cortas.

—¿Preferirías hacerme sangre tú o qué? —pregunté.

—No de este modo. —Me lanzó una mirada tan sensual que me puse roja como un tomate—. Pero preferiría hacerlo yo que observar cómo te infliges daño a ti misma.

—Eso es dulce de un modo extraño.

—Con un énfasis especial en *extraño* —apuntó Kieran, que se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos. Vonetta y Emil se acercaron

un poco más.

—¿Lista? —preguntó Casteel. Cuando levanté la mano y asentí, él agachó la cabeza y me besó. Me dio un mordisquito en el labio justo cuando el rápido pinchazo de dolor recorría mi dedo—. Ya está.

Noté que me ponía aún más roja, pero sujeté de todos modos el dedo sobre el anillo y el pergamino. Lo apreté hasta que la sangre brotó y cayó, salpicando primero el anillo y manchando después el papel.

—De verdad que espero que haya más en esto —murmuró Vonetta.

—Siempre lo hay —le dijo Emil.

—¿Recuerdas lo que te dijo mi padre? —preguntó Perry.

Asentí y me aclaré la garganta.

—Invoco la esencia de la diosa Bele, la gran cazadora y buscadora de todas las cosas necesitadas. Te pido que me guíes hasta lo que deseo encontrar, conectado por sangre, nombre y pertenencia.

Nadie dijo nada. No creía que nadie se atreviera a respirar demasiado hondo siquiera mientras mi sangre se filtraba en el nombre de Malec. Y justo cuando empezaba a pensar que quizá me había equivocado en alguna palabra o algo, el pergamino que había empapado con mi sangre se *prendió*.

Vonetta soltó una exclamación, dio un paso atrás y chocó con Emil cuando una llama solitaria salió disparada hacia el cielo, casi tan alta como los árboles. La llama era fría. *Gélida*. La esencia de mi sangre se removió mientras la llama titilaba con violencia y luego se encogía hasta donde el pergamino estaba negro y chamuscado. Empezó a quemarse, hasta que sobre el muro de piedra no quedó nada más que el anillo que Malec le había dado a Isbeth.

La mano de Casteel se posó sobre el centro de mi espalda. Kieran descruzó los brazos. Una ráfaga de viento nos llegó desde lo alto y desde atrás, revolvió las cenizas y las levantó por los aires. El pánico explotó por un momento, pero las cenizas se unieron a la ventisca y miles de pequeñas motas se iluminaron para brillar como luciérnagas.

—Guau —murmuró Naill cuando la reluciente columna de

ceniza giró en espiral y empezó a avanzar para formar un ciclón que salió disparado entre Malik y él y se adentró entre los árboles.

—Va demasiado deprisa. —Kieran se retiró del muro a toda velocidad cuando Reaver bajó de un salto. Una rutilante luz plateada zigzagueó entre los árboles, cada vez más larga—. Es imposible ir tan deprisa.

Todos echamos a correr, los *wolven* saltando por encima de las ruinas para ir en pos de las centelleantes luces…

La ceniza chispeante cayó de repente al suelo como nieve luminosa. Los *wolven* pararon en seco, pero la luz permaneció. Formaba un camino centelleante a través el Bosque de Sangre. Me quedé boquiabierta.

—En cierto modo, es precioso —susurró Vonetta. Emil deslizó los ojos hacia ella y negó con la cabeza.

—Bueno —dijo Malik arrastrando la palabra. Dio un paso al frente—. Creo que ha funcionado, por si alguien se lo preguntaba.

Casteel sonrió, pero la curva de sus labios se congeló cuando se dio cuenta de lo que hacía. Su expresión se suavizó y volvió a apretar la mandíbula.

Por todos los dioses, cómo me entristecía eso.

Me incliné hacia él y le toqué el brazo. Casteel sonrió para mí, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Deberíamos seguir la estela y hacerlo deprisa —dijo—. No tenemos ni idea de cuánto durará.

Recuperé el anillo y lo devolví a la bolsita mientras Casteel iba en busca de Setti.

—Tiempo —me dijo Kieran en voz baja—. Dales tiempo. A los dos.

—Lo sé. —Y era verdad que lo sabía, pero cuando empezamos a seguir el rutilante y sinuoso camino, una extraña inquietud se instaló en esa parte fría y hueca de mí. Surgió en mi interior una sensación de miedo que no lograba identificar del todo, pero parecía una advertencia. Un recordatorio.

De que no siempre había tiempo.

El serpenteante sendero tapizaba el suelo del bosque, centelleando en zigzag entre los árboles. Casteel iba montado en Setti mientras yo caminaba con Delano cerca de mí a la derecha porque me sentía demasiado nerviosa para estarme sentada. No era la única. Reaver iba delante de nosotros, los *wolven* aún más lejos. Kieran cabalgaba al lado de Casteel, pero de algún modo, Malik acabó andando a mi lado.

Era probable que esa fuese la razón de que Delano caminase tan cerca que de vez en cuando rozaba contra mis piernas.

—Empiezo a pensar que este camino nos va a llevar directos al mar Stroud —comentó, y sus palabras dejaron nubecillas de vaho a nuestro paso.

—Empiezo a pensar lo mismo. —Llevábamos andando al menos una hora y el brillante sendero iba desapareciendo al paso de Emil y Vonetta, que cerraban la marcha a caballo.

Pasaron varios minutos de silencio entre nosotros y supe, sin mirar, que Malik no hacía más que observarme de reojo. También supe sin necesidad de comprobarlo que esas miraditas rápidas habían empezado a cabrear mucho a Casteel.

Habíamos esquivado ya varias ramas bajas cuando Malik habló por fin.

—¿Por qué no me has preguntado sobre esa noche? —inquirió. Noté un saborcillo ácido en la garganta, aunque no tenía ni idea de si provenía de Casteel, de Kieran o de ambos—. Debes tener preguntas —continuó Malik en voz baja, la vista fija al frente—. Supongo que tendrás cosas que quieras decir.

Me reí, pero el sonido fue seco.

—Hay muchas cosas que quiero decir, pero ninguna de ellas cambiará el pasado. —Y no creía que las respuestas que él pudiera tener para cualesquiera preguntas que yo pudiese hacer fuesen a hacer gran cosa por mi bienestar mental, ni por el de Casteel. Sin embargo, sí que había una cosa que quería saber. Tragué saliva—. ¿Cómo murió Coralena?

—¿Estás segura de querer saber eso? —Malik soltó el aire despacio mientras sujetaba una rama hacia atrás—. La obligaron a beber la sangre de un *draken*. —El horror y la tristeza colisionaron mientras Reaver se ponía tenso más adelante. Me arrepentí de inmediato de haber hecho esa pregunta—. Fue rápido —añadió

Malik con voz queda. Delano se había acercado para arroparme y su cabeza rozó mis dedos enguantados—. No lo digo para restarle gravedad a lo que se le hizo. Es la verdad. Cora era… Isbeth tenía predilección por ella. Fue una de las pocas veces que no prolongó un castigo o una muerte.

Apreté los labios y sacudí la cabeza. No sabía qué decir a eso. No sabía cómo sentirme al respecto.

—Cas, men… —Malik se giró hacia atrás y luego me miró a mí, mientras unos remolinos de nieve caían flotando del cielo—. Mencionó una rima que dijiste haber oído esa noche. Pero no fui yo.

Mis ojos volaron hacia él y se me secó la garganta. De algún modo, con todo lo que había pasado, se me había olvidado.

—Lo sé —susurré, y se me enfrió aún más la piel cuando la esencia palpitó en mi pecho—. Eso sucedió después. No era tu voz. Era como…

Era como la voz que había oído en Stonehill, la que me animaba a dar rienda suelta a mi furia. A provocar la muerte. No había sido la voz de Isbeth.

—¿Poppy? —Casteel irradiaba preocupación.

Me había parado. Delano se apretó contra mis piernas mientras mi corazón aporreaba en mi pecho…

Una impronta rozó mis pensamientos, una que me recordaba a lluvia recién caída. ¿Sage?

Hemos llegado al final del camino, me llegó su respuesta. *Está claro que aquí hay algo. Transmite malas vibraciones*.

Arqueé las cejas y levanté la vista cuando Casteel frenó a Setti a mi lado.

—Los *wolven* han encontrado el final del camino. Sage dice que el sitio en el que están le transmite malas vibraciones.

La expresión de Casteel era dura cuando asintió. Solo tardamos unos minutos en reunirnos con los *wolven*. Caminaban inquietos adelante y atrás entre columnas rotas, por delante de un muro de piedra que se alzaba tan alto como un Adarve y estaba cubierto de árboles de sangre casi apilados los unos sobre los otros. La inquietud de los lobunos era una entidad tangible que impregnó mi piel.

El camino terminaba justo al borde de los árboles, delante de una colina rocosa que era más una montaña que cualquier otra

cosa. Miré abajo y vi que el sendero ya empezaba a difuminarse.

—¿Qué demonios? —murmuró Casteel antes de echar pie a tierra—. Es una maldita montaña de roca y árboles de sangre.

—No vi nada de esto desde el cielo —comentó Reaver levantando la vista—. Debe de ser la zona más densa del bosque.

Casteel pasó por mi lado y se adentró en las apretadas hileras de árboles.

—Aquí hay una entrada. En la roca.

Delano me siguió cuando fui hasta Casteel y me asomé por uno de los lados para ver… un enorme vacío.

—¿Ves algo?

—Un poco. Parece un túnel —contestó, los ojos guiñados—. ¿Kieran? ¿Vonetta? ¿Qué veis vosotros?

Kieran fue el primero en reunirse con nosotros. Se asomó por mi lado para echar un vistazo al interior.

—Está claro que es un túnel. Uno natural. Parecido a lo que tenemos en las montañas allá en casa. Lo bastante ancho como para que un grupo camine por él en fila de a uno.

Respiré hondo.

—Vamos a tener que entrar ahí, ¿verdad?

Sage me dio un empujoncito en la mano con la nariz y sus palabras llegaron a mis pensamientos. *Nosotros vamos primero*.

—No —dije en voz alta, por si acaso a alguien más se le ocurría la misma idea—. No tenemos ni idea de lo que hay ahí abajo.

Por eso vamos nosotros primero. Esa fue la impronta primaveral de Delano.

—Poppy —empezó Casteel.

—No quiero que entren donde solo los dioses saben qué hay.

—Yo tampoco —convino, tras dar un paso hacia mí.

—Pero nosotros tenemos unos sentidos muchos mejores que cualquiera de los atlantianos presentes. Incluso mejores que los tuyos —dijo Vonetta. Kieran asintió.

—Tiene razón. Nosotros sabremos antes que nadie si ahí abajo hay algo con lo que debamos tener cuidado.

—Podéis discutir todo lo que queráis —intervino Malik—. Pero es inútil, porque algo viene hacia aquí.

Todas nuestras cabezas volaron hacia la roca. No vi nada más que oscuridad…

Una repentina ráfaga de viento golpeó los árboles y sacudió las ramas. El aire olía extraño y se oyó un aullido grave que me puso de punta todos los pelos del cuerpo.

—Me gustaría mucho tener un arma —anunció Malik.

Reaver levantó la cabeza. Las frondosas ramas se aquietaron en lo alto y por todas partes a nuestro alrededor, pero ese sonido… aún se acercaba. Un gemido procedente del interior del túnel llegó hasta nosotros desde la oscuridad.

—En el nombre de los dioses, ¿qué es eso? —preguntó Kieran, su espada de heliotropo en mano—. ¿Demonios?

En la oscuridad, cobraron forma unas sombras más densas y sólidas. Unas formas que avanzaban hacia nosotros.

Estaba claro que no eran Demonios.

Salieron como flotando de entre los árboles, envueltas en negrura. Su finísima capa de piel tenía la espantosa palidez cadavérica de la muerte. Aunque esas *cosas* tenían algo parecido a una cara (ojos oscuros, dos agujeros por nariz y una boca), estaban equivocadas en todos los sentidos, la piel tan estirada por las mejillas que era como si les hubiesen tallado una sonrisa permanente en la cara y luego la hubiesen *cosido* para cerrarla. La boca entera. En cualquier caso, eran más esqueleto que carne.

—Oh, mierda —musitó Casteel.

Yo sabía lo que eran. Él también.

Gyrms.

Capítulo 42

—Genial —masculló Emil mientras Vonetta refunfuñaba—. Esos cabrones otra vez.

Pero esas bocas cosidas…

Seguro que iba a tener pesadillas con esto más tarde.

—No —le advirtió Reaver a Rune, que se acercaba acechante a la boca del túnel—. No los mordáis. Lo que tienen dentro no es sangre. Es veneno.

Los ojos de Casteel volaron hacia el *draken*.

—Ya se han enfrentado a *gyrms* antes.

—No de este tipo. —Reaver levantó su espada—. Estos son Centinelas. Son como los Cazadores. No os habréis topado con ninguno de los dos tipos antes.

Las comisuras de los labios de Casteel se curvaron hacia abajo.

—Voy a tener que confiar en lo que dices.

—Más te vale —repuso Reaver—. O la porquería que hay en su interior se comerá las entrañas de los *wolven*.

Abrí los ojos como platos.

—No os enzarcéis con ellos —les ordené a los *wolven*—. Vigilad a Malik.

Ninguno de ellos parecía demasiado contento al respecto, en

especial Delano, pero retrocedieron de todos modos para rodear a un príncipe atlantiano aún menos emocionado.

—Tal vez deberías usar tu fuego, entonces —sugirió Kieran—. Sobre todo visto que estás obsesionado con quemar todo tipo de mierdas.

—El fuego no funcionará contra ellos —explicó Reaver—. Ya están muertos.

—¿*Qué*? —preguntó Casteel solo con los labios. Yo tenía un millón de preguntas, todas las cuales tendrían que esperar. El *eather* palpitó en mi pecho y cerré la mano en torno al mango de hueso de *wolven*. Estos seres parecían una combinación siniestra de los conjurados por los Arcanos en la Cala de Saion y lo que había estado protegiendo Iliseeum. Me estremecí. La esencia primitiva había funcionado contra los *gyrms* y los esqueletos en otra ocasión, pero ¿significaba eso que funcionaría contra *gyrms* de este tipo?

—Hacemos esto a la vieja usanza. —Casteel se cambió la espada de mano.

Los *gyrms* habían salido del túnel y habían dejado de moverse, los brazos a los lados. Todos ellos. Bastantes más que una docena.

—¿Crees que tienen manos? —preguntó Casteel.

Mis ojos se deslizaron hacia abajo. Las mangas de sus vestiduras eran demasiado largas como para saberlo.

—No puedo creer que sea eso lo que estás mirando.

—¿Qué miras *tú*? —Kieran me miró de reojo.

—¿Has visto sus bocas?

—Por supuesto —murmuró Casteel.

—No puedo dejar de mirarlas.

Kieran me lanzó una mirada penetrante.

—¿De verdad?

—Tienen la boca cosida. Es siniestro, aunque supongo que es buena cosa —dije. Ahora fue Casteel el que me miró.

—¿Y por qué habrías de creer que es buena cosa?

—Porque eso significa que no puede haber… —Me callé cuando uno de los *gyrms* ladeó la cabeza. Un gemido grave y susurrante brotó de su boca sellada.

—Eso es… bueno, inquietante —apuntó Emil. Vonetta sacudió la cabeza mientras cerraba las manos sobre sus armas.

—Eres el rey…

—¿De la belleza y el encanto? —sugirió.

—Del quedarse corto.

Mi sonrisa se congeló cuando los *gyrms* se movieron al unísono. Y eran rápidos. Unas espadas largas y delgadas descendieron de ambas mangas, espadas que centelleaban como ónice pulido bajo los estrechos rayos de sol que se filtraban entre el follaje.

—Piedra umbra —musité, al tiempo que Naill giraba con sigilo alrededor de un árbol de sangre.

La cabeza de uno de los *gyrms* voló hacia él. La cabeza sin pelo se ladeó y la criatura se movió. Sus vestiduras ondearon detrás de ella como una estela de humo. Perry giró en redondo y su espada impactó contra la del *gyrm* con un estallido de carmesí y noche.

Los *gyrms* restantes se lanzaron al ataque. Se movían en una V precisa y yo salí disparada hacia ellos cuando vi la espada de Casteel zumbar por el aire en un gran arco para cortarle a un *gyrm* la cabeza de los hombros cuando hizo ademán de agarrarme.

—Vale, estos no son como los esqueletos de Iliseeum —anunció Casteel—. Id a por la cabeza o el cuello. Eso parece funcionar.

—Gracias a los dioses. —Emil giró sobre sí mismo y cortó otra cabeza de *gyrm*.

Me colé por debajo del brazo estirado de otro de ellos. En un rincón de mi mente, me di cuenta de que el *gyrm* no me había atacado, cosa que era rara. Emergí detrás de la criatura justo cuando se daba la vuelta, y le incrusté la daga en el pecho. El *gyrm* se estremeció y luego *colapsó* sobre sí mismo, lo cual me recordó a lo que les pasaba a los Ascendidos cuando los herías con heliotropo. Esta criatura, sin embargo, no se resquebrajó. En lugar de eso, se marchitó como si su cuerpo hubiese perdido toda su humedad de un plumazo y luego se esfumó como si no hubiese existido nunca. Toda ella, incluida su espada de piedra umbra. No dejó atrás más que un olor a lilas. A lilas podridas.

Una mano se cerró sobre mi hombro, sus dedos huesudos presionaron a través de mi capa y tiraron de mí hacia atrás. Me giré por la cintura y bajé mi brazo contra el del *gyrm* con un golpe lo bastante fuerte como para que me soltara. Casteel saltó por el aire, se estrelló contra el *gyrm* y lo hizo girar sobre sí mismo. Yo hice otro tanto y clavé la daga en su pecho. Casteel aprovechó para

lanzarme una sonrisa salvaje antes de dar media vuelta para deshacerse de otro.

Los pensamientos de Delano rozaron los míos en una oleada de fresco aire primaveral cuando di un paso atrás. *Estos* gyrms *no te están atacando*.

Seguí su impronta de vuelta hasta él mientras uno de los *gyrms* columpiaba su espada en dirección a Perry. *Ya me había dado cuenta*.

Quizá te reconozcan.

Tal vez fuese así, pero eso no los impedía atacar a los otros… ni venir a por mí. Dos *gyrms* echaron a correr hacia mí, las espadas a los lados. El *eather* vibró, presionaba contra mi piel. Abrí mis sentidos, pero igual que con los otros *gyrms*, no percibí nada más que hueco. Un vacío frío.

Kieran empujó a un *gyrm* hacia atrás contra un árbol.

—Vienen más. —Clavó su espada a través del pecho de una criatura con un gruñido—. Como otra docena.

—Por supuesto. —Avancé con cautela.

—Al menos esta vez no salen del suelo —señaló Vonetta, mientras atravesaba un pecho con su espada.

—Sí, al menos tenemos eso —convino Naill, al tiempo que columpiaba su espada por el aire.

Un *gyrm* a la izquierda se movió como si tratara de ponerse detrás de mí.

—No lo creo.

Giré en redondo y le di una patada a la criatura en el pecho. Se tambaleó hacia atrás. Me retorcí y estampé la daga de hueso de *wolven* sobre el antebrazo de otro *gyrm*. La hoja de heliotropo, siempre afiladísima, cortó a través de la piel fina como el papel y el hueso hueco para cortarle el brazo. Los dedos pálidos se abrieron con un espasmo y soltaron la espada de piedra umbra que sujetaban. La atrapé por la empuñadura para columpiarla en un gran círculo y cortar a través del cuello de otro *gyrm* sin apenas encontrar resistencia. La espada se desintegró en mi mano y desapareció cuando Casteel derribó a su propietario.

Hice un mohín.

—Esa espada me gustaba.

Kieran me lanzó una mirada mientras empujaba a otro *gyrm* hacia atrás.

—Mala suerte.

—No eres nada divertido. —Agarré mejor mi daga—. Lo sabes, ¿verdad? Nada divertido.

—Joder —exclamó Emil, y se tambaleó hacia atrás—. Sus bocas. Joder. Sus bocas.

—¿Acaba de darse cuenta de que las tienen cosidas? —Casteel incrustó su espada por la espalda de un *gyrm*, directa a su corazón.

—Te dije que era inquietante. —Aparté la mano de un *gyrm* a un lado—. Tocar sin permiso no es aceptable.

El *gyrm* ladeó la cabeza y luego sonrió. O al menos lo intentó. Los puntos se estiraron y luego se saltaron. La boca se abrió de golpe y algo negro y brillante salió serpenteando por ella.

—¿Por qué tienen que ser serpientes? —Di un salto atrás, el estómago revuelto del horror cuando el reptil se deslizó hacia delante y se fundió al instante con el suelo oscuro—. Serpientes. Odio las serpientes.

—Ya os había avisado. —Emil estrelló la espada contra el suelo y el sonido que hizo la serpiente cuando la golpeó no fue correcto. De hecho, fue muy equivocado. Un alarido estridente.

—¿Qué demonios? —Malik subió de un salto a un murete bajo.

—¡Pero no habías dado detalles! —gritó Vonetta, que retrocedía a toda prisa mientras Sage manoteaba contra el suelo y lanzaba a otra serpiente por los aires—. Una vez más, ¡no has dado detalles!

—Todo lo que has dicho ha sido «sus bocas» —exclamé, los ojos clavados en el suelo tras haber perdido de vista a esa pequeña bastarda resbaladiza—. ¿Por qué? ¿Por qué hay serpientes?

—La mayoría de los *gyrms* las tienen dentro —aclaró Reaver, al tiempo que estampaba su espada sobre una de ellas.

No podía ni empezar a procesar esa absoluta… *jodienda*. Un *gyrm* avanzó acechante y otra repugnante criatura brotó por su boca. Retrocedí hasta chocar con una roca. Trepé a toda prisa y me puse de rodillas sobre ella.

—No. No. No. ¿Funcionará el *eather* contra estas cosas? —le pregunté a Reaver.

—¿Procedente de ti? —Hizo una mueca de asco al apuñalar a otra serpiente—. Sí, solo porque eres una Primigenia a punto de

culminar tu Sacrificio.

Casteel se giró hacia mí y una sonrisa tironeó de sus labios.

—¿Te has refugiado sobre una roca?

—Sip.

—Eres adorable.

—Cállate. —El *eather* palpitó con violencia en mi pecho mientras Casteel se reía. Dejé que la energía saliera a la superficie. Un resplandor plateado se extendió por el suelo. Oh, por todos los dioses, había más de una serpiente. Tres. Siete…

Kieran dio un paso enérgico y estampó la bota sobre una. El sonido. La mancha. La bilis me atoró la garganta.

Seis. Vi seis serpientes. Era probable que hubiese más. No iba a poder dormir en los siguientes diez años. La esencia primitiva respondió a mi voluntad mientras emanaba de mí y se extendía como una red de centelleante luz blanca y plateada con sombras ondulantes. Avanzó por el suelo, chisporroteando cuando golpeaba a una serpiente que luego estallaba en llamas. Esas pesadillas sibilantes chillaban, estridentes en mis oídos al quedar reducidas a humo.

Los *gyrms* restantes se giraron hacia mí. Igual que con esos soldados esqueleto de Iliseeum, la esencia los atraía como un Demonio hacia la sangre derramada. Los puntos se saltaron, las bocas se abrieron y decenas de serpientes cayeron al suelo, directas hacia la roca.

—A lo mejor ha llegado el momento de que te pongas toda Primigenia contra estos bichos —me dijo Malik desde su murete.

Me hormigueaban la piel y las manos, se calentaron a medida que la periferia de mi visión se volvía blanca y plata. El poder corrió por mis venas. La esencia brotó de mis manos en llamas plateadas desde donde estaba arrodillada.

El *eather* chisporroteó y escupió, cortó entre Perry y Delano e impactó contra el *gyrm* que quedaba detrás de ellos al tiempo que la esencia ardiente lamía y se deslizaba por el suelo y quemaba a través de la más reciente remesa de serpientes. Me giré, los ojos entornados mientras veía al *gyrm* restante acechar a los *wolven*. Y desapareció en un fogonazo plateado.

Y entonces no quedó nada entre los árboles de sangre que pudiera escupir serpientes por la boca.

—¿Viene alguno más?

Kieran se acercó más a la boca del túnel.

—No lo creo.

—Echaos atrás —dije. Acababa de tener una idea. Reuní el *eather*, me giré hacia la abertura en la roca y lancé un fogonazo de energía hacia el interior del túnel. La luz salpicó contra las paredes mientras discurría hacia lo que estaba claro que era una cueva.

Cuando no reveló más *gyrms*, retiré el *eather*. El resplandor plateado se difuminó.

—¿Alguna de esas serpientes ha mordido a alguien? —preguntó Reaver—. Responded ahora. Su mordisco es tóxico.

Todo el mundo respondió que no y Delano apoyó las patas en la roca, luego se estiró hacia mí y me dio un empujoncito en el brazo. Alargué la mano hacia él y hundí los dedos en su pelo al tiempo que envainaba la daga.

Resollando, miré hacia donde estaba Reaver, al lado del carro.

—Necesito saberlo —dije, tratando de convencer a mi corazón de que se apaciguara—, ¿por qué tienen serpientes dentro?

—No tienen entrañas. Ni órganos —repuso Reaver—. Las serpientes son todo lo que los rellena.

Nos volvimos todos hacia Reaver. Perry tragó saliva como si estuviese a punto de vomitar. Dejé caer la mano del cuello de Delano.

—Bueno, eso… eso es aún más siniestro. Desearía no haberlo preguntado. —Casteel se detuvo delante de mí y me tendió la mano —. Estoy bien. —Me senté—. Aunque me voy a quedar aquí mismo.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó. Delano saltó sobre la roca y se tumbó sobre la barriga a mi lado.

—No estoy segura. —Sus labios se movieron de un modo casi imperceptible—. Ni se te ocurra sonreír —lo advertí.

—No estoy sonriendo —juró, y esa era una mentira muy gorda —. No hay más serpientes, Poppy.

—No me importa.

Casteel meneó los dedos por el aire.

—No puedes quedarte ahí arriba, mi reina. Tenemos que encontrar a Malec y puede que necesitemos tu temeridad primigenia extraespecial para hacerlo.

Entorné los ojos en su dirección.

—Me irrita cuando tienes razón.

—Entonces, debes estar irritada muy a menudo —repuso Casteel. Kieran soltó una carcajada.

—Por favor, bájate de ahí antes de que mi hermana se una a ti y tengamos que convencer a tres de vosotros para bajar de una roca.

—Estoy a *un pelo* de unirme a ti —admitió Vonetta, que no había quitado los ojos del suelo.

Delano me dio otro empujoncito en el brazo y yo suspiré. Acepté la mano de Casteel para bajar de la roca. Cuando Delano bajó de un salto a mi lado, eché la cabeza hacia atrás.

—Como vea una serpiente, es culpa tuya.

Cas se rio en voz baja y apretó los labios sobre mi cabeza.

—Adorable.

—Bueno, no he podido ser el único que se ha dado cuenta de que esas cosas no la atacaban —comentó Perry, mientras Malik bajaba también al suelo.

—Oh, sí. —Me giré hacia Reaver—. ¿Me reconocían como la… sobrina de Malec o algo así?

—Es probable que hayan reconocido la esencia primitiva —dijo Reaver.

—Pero los *gyrms* conjurados por los Arcanos *sí* fueron a por ella —masculló Casteel.

—No sé lo que son esos Arcanos, ni cómo ni por qué invocarían a *gyrms* —dijo Reaver—. Contádmelo.

Le hice un resumen breve.

—Supongo que todo el tema de los Arcanos surgió cuando estabais todos dormidos.

—Supongo que sí —musitó Kieran.

—Tres cosas. —Reaver mostró tres dedos—. Primero: necesito descansar. Si no descanso lo suficiente, me pongo cascarrabias.

—¿Quién suena sensiblero ahora? —replicó Kieran.

—Y cuando me pongo cascarrabias, me gusta prender fuego a cosas y luego comérmelas —continuó Reaver. Cerré los ojos un instante—. Segundo, esos no eran solo unos *gyrms* cualesquiera que puedan ser conjurados para cumplir los deseos de uno. Como dije, eran Centinelas.

Abrí los ojos.

—¿Qué diferencia hay entre ellos?

Reaver aún tenía un dedo levantado.

—La mayoría fueron mortales en algún momento, personas que invocaron a un dios y le juraron servidumbre tras su muerte a cambio del favor que fuese que les hubiera concedido el dios. Los Cazadores cazan cosas. Los Centinelas, sí, lo habéis adivinado, guardan cosas. Artículos. Muchas veces, personas. Pero los Centinelas, igual que los Cazadores y los Buscadores, son capaces de percibir lo que buscan. O encuentran la cosa en cuestión y la traen de vuelta, o bien mueren en el proceso de defenderla.

Mis ojos volvieron al suelo. ¿Esas cosas habían sido mortales? Por todos los dioses…

Ahora me sentía un poco mal por haberlas matado.

Casteel deslizó un brazo alrededor de mi cintura y apretó.

—¿O sea que esos *gyrms* han estado ahí abajo durante cientos de años?

Reaver asintió.

—Eso debe de haber sido superaburrido —comentó Emil.

—Una vez más. —Vonetta lo miró—. Te quedas muy corto.

—Y lo que fuese que hiciera vuestra madre no fue lo que envió a estos Centinelas aquí —añadió Reaver.

—¿A qué te refieres? —Casteel entornó los ojos—. ¿Y puedes por favor dejar de sacarle el dedo a Kieran?

—En realidad, se lo estaba sacando a todo el mundo, pero lo que tú digas. —Despacio, Reaver bajó el dedo corazón—. Me da la impresión de que esta montaña se formó como manera de proteger el sepulcro de Malec, pero este tipo de *gyrms* no puede invocarse con magia primigenia. Solo puede *enviarlos* un Primigenio.

Despacio, me giré hacia la boca de la cueva.

—¿Crees que los envió Nyktos? ¿Que él y la consorte sabían dónde estaba su hijo?

Reaver se quedó callado durante un rato.

—Cuando Malec partió de Iliseeum, lo hizo justo antes de que los otros se fuesen a dormir. No se marchó de manera amistosa, pero el… Primigenio de la Vida, incluso dormido, hubiera percibido su vulnerabilidad. Los huesos de las deidades es probable que bloquearan la capacidad de ambos para saber dónde estaba su hijo —prosiguió, y me di cuenta de que lo que estuviera utilizando Isbeth para retener a Ires debía de ser igual—. Mientras dormía, el

Primigenio de la Vida debió de invocar a los Centinelas para protegerlo.

Al final, no tuvimos necesidad de mi temeridad primigenia a partir de ahí. No aparecieron más *gyrms* cuando entramos en la cueva, tampoco al llegar al féretro rodeado de huesos al final del túnel. Descansaba medio enterrado en el centro de una cámara que apenas era lo bastante grande para que hubiesen esperado en ella todos los *gyrms*.

No quería pensar en eso. En cómo Nyktos había intentado proteger a su hijo. Reaver destruyó las raíces de los árboles de sangre que se habían enroscado alrededor de las cadenas. No quería imaginar cómo la incapacidad del Primigenio para encontrar a Ires y hacer lo mismo por él debía atormentarlo a cada segundo, tanto despierto como dormido. Esa tenía que ser la razón de que la consorte durmiera de un modo tan inquieto.

Dejamos las cadenas de huesos alrededor del féretro por si los movimientos despertaban al que había dentro. Íbamos todos en silencio, escuchando cualquier signo de vida mientras transportábamos con cuidado el anodino féretro de madera al exterior de la cueva y lo colocábamos en el carro. Reaver se quedó a su lado cuando emprendimos el regreso a Padonia.

Al principio, pensé que era porque estaba preocupado por que Malec pudiera despertarse y tratar de escapar, pero luego vi a Reaver unas cuantas veces sentado al lado del féretro, una mano apoyada en él y los ojos cerrados. Y eso… eso me dejó con un enmarañado nudo de emociones en el pecho.

Cuando nos acercábamos al final del Bosque de Sangre y Casteel y yo cabalgábamos al lado del féretro, por fin le pregunté a Reaver lo que rondaba por mi mente.

—¿Eras amigo de Malec?

El *draken* contempló el féretro durante un rato antes de contestar.

—Lo éramos, de jóvenes, antes de que empezara a visitar el mundo mortal.

—¿Vuestra relación cambió después de eso? —preguntó Casteel mientras guiaba a Setti alrededor de varios montones de rocas. Reaver asintió.

—Perdió interés en Iliseeum, y esa pérdida de interés se convirtió en una… una pérdida de afecto por todos los que residían ahí.

—Siento oírlo —dijo Casteel. Sus ojos volaron por encima de mi cabeza hacia donde Malik cabalgaba al lado de Naill. Reaver siguió la dirección de su mirada.

—Es extraño, ¿verdad?, que le hayan puesto un nombre tan parecido al de Malec.

No dije ni una palabra. Casteel, sí.

—Mi madre amaba a Malec. Creo que una parte de ella siempre lo hará. Ponerle ese nombre a Malik fue una manera de…

—¿De honrar lo que hubiera podido ser?

—Sí. —Casteel se quedó callado un momento—. He estado pensando en lo que dijiste. Si Nyktos pudo enviar Centinelas a proteger a Malec, ¿no se enteraría cuando sepultaron a Malec? ¿No podría haberlo evitado?

Reaver no respondió de inmediato.

—El Primigenio de la Vida podría haberlo hecho. A Malec debieron de debilitarlo muchísimo para poder sepultarlo. Debieron de hacerle daño. Tanto Nyktos como la consorte debieron sentirlo. Ninguno de los dos intervino.

Miré el féretro y me volvió a invadir una sensación general de inquietud. Querían protegerlo, pero no liberarlo.

—¿Sabes por qué no lo hicieron? —preguntó Casteel. Reaver negó con la cabeza.

—No, pero supongo que tendrían sus razones.

Ninguno de nosotros durmió demasiado bien cuando paramos a descansar las siguientes noches. Me dio la impresión de que estábamos más nerviosos por *quién* iba dentro de ese féretro que por las criaturas que llamaban «hogar» al Bosque de Sangre. Esa sensación no se alivió hasta que por fin salimos de debajo de las hojas carmesíes al noveno día.

—¿Creéis que llegaremos a Padonia al anochecer? —pregunté mientras continuábamos adelante.

—Creo que sí —respondió Kieran desde el caballo que caminaba

a nuestro lado.

—Nos tomaremos un día de descanso antes de partir hacia el Templo de Huesos —añadió Casteel.

—Ojalá tuviésemos más tiempo… auch. —Me incliné hacia atrás y apreté la palma de una mano contra mi mandíbula de repente dolorida.

—¿Qué pasa? —Casteel frunció el ceño mientras me miraba desde lo alto.

—No lo sé. —Un sabor peculiar se arremolinó en mi boca, rico en hierro—. Me duele la boca. —Me palpé la mandíbula de arriba.

—Si te duele —dijo Casteel, al tiempo que cerraba los dedos alrededor de mi muñeca—, a lo mejor no deberías toquetearla de ese modo.

—No recuerdo haberte pedido tu opinión —repliqué, cortante.

Kieran sonrió. Pero la sonrisa se le borró enseguida.

—Poppy. —Casteel irradiaba preocupación al levantar la vista de mi mano—. Te sangra la boca.

—¿Qué? —Deslicé la lengua por mis encías—. Bueno, supongo que eso explica el sabor a sangre. Qué asco.

—Cas… —Kieran le lanzó una mirada significativa.

Fruncí el ceño y abrí mis sentidos a ellos. La preocupación había desaparecido.

—¿Qué?

—¿Es la boca o la mandíbula lo que te ha estado doliendo? —preguntó Casteel, aún sujeto a mi muñeca como si esperase que siguiera toqueteando mi cara.

Lo cual era posible.

—Es más bien la mandíbula… la de arriba. Y el dolor en ocasiones se extiende hasta la sien —expliqué.

—¿Y va y viene? —Casteel cambió su agarre sobre las riendas. Asentí.

—Sí. Ya ni siquiera me duele. Y creo que ha dejado de sangrar. —Giré la cabeza hacia él—. ¿Por qué lo preguntas?

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Porque creo que sé por qué te ha estado doliendo. —La sonrisa se ensanchó y apareció ese hoyuelo suyo—. O al menos, eso espero.

Con una sonrisa, Kieran sacudió la cabeza cuando Casteel llevó a

Setti hacia un lado del camino y lo frenó para que Emil y Vonetta nos adelantaran. Los *wolven* que caminaban a nuestro lado hicieron otro tanto, mientras Casteel se dirigía hacia donde Reaver permanecía detrás del carro. Malik y Naill cabalgaban al otro lado.

—¿Qué? —preguntó Reaver.

—No tengo ni idea —dije yo.

—Tengo una pregunta para ti —empezó Casteel. Soltó mi muñeca.

—Genial —masculló Reaver. Casteel ni se inmutó por esa respuesta tan poco entusiasta.

—¿Los Primigenios tienen colmillos?

Abrí los ojos como platos. Reaver, en cambio, frunció el ceño.

—Como respuesta a esa pregunta de lo más aleatoria, te diré que sí. ¿Cómo crees que se alimentan?

El otro hoyuelo nos concedió el honor de aparecer al tiempo que Casteel bajaba la barbilla.

—Creo que esa es la razón de que te haya estado doliendo la mandíbula.

No fui capaz de decir nada durante un minuto entero.

—¿Crees… crees que me están saliendo colmillos? —pregunté. Casteel asintió.

—A nosotros no nos salen hasta que estamos a punto de completar el Sacrificio. Nos duele la boca a ratos y sangramos. Es como cuando le salen los dientes a un bebé.

—¿Por qué será que no me sorprende que todavía no os hubieseis dado cuenta de esto? —musitó Reaver, de espaldas a nosotros.

¿Iba a tener… colmillos?

Santo cielo.

Levanté la mano de inmediato, pero Casteel me volvió a agarrar de la muñeca con una risa entre dientes.

—No te toquetees la boca, Poppy.

¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Me estaban saliendo colmillos! Deslicé la lengua por encima de mis encías, pero no noté nada raro en ellas. Me llegó una diversión azucarada procedente de Casteel, aunque no fue lo único que percibí mientras volvía a guiar a Setti hasta Kieran. En mi garganta, también se arremolinó un sabor especiado y ahumado.

Retorcí el cuello para mirarlo a los ojos.

—Esto te ha *excitado*, ¿verdad?

—Diablos, claro que sí. —Bajó la cabeza hacia la mía para hablarme con voz sensual—. Estoy impaciente por sentir tus colmillos sobre mi piel.

El calor invadió mi cara.

—Cas…

—En muchos sitios —añadió.

—Por todos los dioses —musitó Kieran.

Casteel se rio y rozó mis labios con los suyos. A continuación, explicó lo que creía que me ocurriría, cambiando así el tema a algo un poco más apropiado. Me saldrían los colmillos y harían caer los dientes que tenía ahora en ese lugar, lo cual parecía algo muy desagradable. Además, dijo que descenderían una vez que consiguieran romper la encía. Nada de aquello sonaba divertido en absoluto.

—Es que no lo es —comentó Kieran cuando dije justo eso—. Cas se portó como un jodido bebé llorón aquel día.

—Sí, bueno, cuando te pase a ti, me cuentas qué tal te sientes —replicó Casteel.

Los pensamientos de mis dientes ocuparon mi mente durante el resto del camino, y había muchas posibilidades de que esos pensamientos también atormentaran mis sueños. No era que me molestara la idea de tener colmillos. De hecho, facilitarían el momento de alimentarme, pero sería diferente.

Otra prueba de lo mucho que había cambiado.

Y aún estaba cambiando.

Capítulo 43

Al llegar de vuelta a Padonia, dejamos a Malec en los establos, lo cual era… bueno, parecía incorrecto, en cierto modo, pero ¿dónde podíamos dejarlo, si no? Nadie querría un féretro con un dios dentro en el Gran Salón.

Había devuelto el anillo a la bolsita, junto con el caballito de madera. De verdad que tenía que devolvérselo a Casteel. Sin embargo, mientras estaba sentada en el borde de la cama después de bañarme, sin más ropa que una camisola de gasa hasta la rodilla que había encontrado en el armario, no estaba pensando ni en Malec, ni en el anillo ni en el caballo. Había decidido que no tenía ningún sentido vestirme más, puesto que… Bueno, puesto que pronto tendría que *desvestirme*.

Se me hizo un pequeño nudo en el estómago. El leve dolor había vuelto a mi mandíbula y a mi sien durante el tiempo que había pasado con Tawny, pero había desaparecido en su mayor parte mientras me bañaba. No sabía si el dolor de cabeza tenía que ver con el Sacrificio y que me estuvieran saliendo colmillos, como había dicho Reaver, o con lo que se avecinaba.

La Unión.

No podía dejar que mi mente le diera demasiadas vueltas al

tema. No porque dudara ni porque me diese miedo, sino porque sabía que si pensaba *demasiado* en ello, solo conseguiría ponerme más nerviosa.

Nadie necesitaba eso.

Había conseguido dormir un rato mientras Casteel se bañaba, y había sido extraño despertarme sin Kieran ahí, hecho un ovillo contra mi cadera.

Casteel salió de la sala de baño con unos pantalones ceñidos puestos.

—Tú y esos absurdos tirantitos otra vez —comentó, y apareció un hoyuelo cuando tiró de uno de los finos breteles—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien. —Casteel arqueó una ceja y yo me reí con suavidad—. De verdad que estoy bien. Solo porque estoy tratando de no pensar en el hecho de que tenemos un féretro con un dios dentro en nuestros establos.

—Sí, creo que todo el mundo está tratando de no pensar en eso.

Se sentó a mi lado y el aire que aspiré no fue a ninguna parte.

—¿Dónde está Kieran?

Volvió a esbozar una leve sonrisa.

—Nos está esperando.

Se me apretó un poquito más el nudo del estómago.

—Vale.

Unas espesas pestañas se levantaron y sus ojos dorados conectaron con los míos.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

—Sí —dije, sin un ápice de duda—. Sí quiero. ¿Y tú?

—Por supuesto. —Recolocó bien el tirante en mi hombro.

—¿Y Kieran? —pregunté—. ¿Todavía quiere hacerlo?

—Sí. —Una sonrisa jugueteó en sus labios—. Por eso nos está esperando.

El nudo se apretó aún más.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Casteel se rio.

—A ti.

Hice ademán de levantarme, pero puso las manos sobre mis mejillas.

—¿Qué?

—Nada. —La palma de su mano izquierda encontró la mía para juntar nuestras marcas de matrimonio—. Nada excepto que estoy enamorado de ti. Que siempre estaré enamorado de ti, desde ahora hasta nuestro último aliento.

Me incliné hacia él, mi corazón henchido de una emoción tan potente y profunda que las palabras no podían ni captar lo que sentía.

—Te quiero.

Casteel me besó con gran ternura. Era uno de sus besos dulces. Los suaves que caldeaban hasta el último rincón de mi ser, incluso las partes frías y huecas.

—¿Preparada, mi reina? —susurró contra mis labios.

—Preparada.

Envueltos en capas y la poca ropa que llevábamos debajo, Casteel me condujo fuera de la habitación por un pasillo lateral. Abandonamos la fortaleza sin ser vistos por unas puertas de doble hoja que daban a un jardín lleno de maleza en el que Kirha hubiese disfrutado de lo lindo.

Me hizo pensar en Jasper.

—¿Dónde está Jasper?

—Con mi padre y con Hisa.

—¿No con Vonetta?

—Creo que ella está con Emil. —Arqueó una ceja mientras me conducía por el sendero—. Esos dos tienen algo, ¿verdad?

—¿Acabas de darte cuenta?

Soltó una carcajada.

—La verdadera pregunta es: ¿se ha dado cuenta Kieran?

—Creo que justo empezaba a deducirlo cuando partimos de Oak Ambler.

Su sonrisa se ensanchó un poco.

—Recemos por Emil.

—Reza más bien por Kieran si intenta intervenir. A Vonetta le gusta Emil. No creo que se tome demasiado bien que Kieran se meta en sus asuntos.

—Cierto.

Con la mano de Cas cerrada con fuerza en torno a la mía, entramos en el Bosque de Glicinas y cruzamos la muralla interior de la fortaleza para adentrarnos más entre los árboles. El sonido de una corriente de agua se oía cada vez más fuerte a medida que caminábamos entre la maraña de maleza que lucía de un morado plateado a la luz de la luna. Mientras caminábamos, Casteel habló de cómo Kieran y él se habían asegurado de no perderse en los túneles que habían explorado cuando eran jóvenes. Solían marcar las paredes de piedra con sus iniciales, y me pregunté si habrían hecho lo mismo ahora. Si Kieran habría grabado su nombre en los troncos para que Casteel supiera exactamente dónde encontrarlo en el denso laberinto de árboles.

Para cuando Casteel echó a un lado la enésima cortina de ramas, sus palabras, su voz, todo él, habían calmado mis nervios. Delante de él, vi que habíamos llegado a la orilla del río de Rhain. Y entonces vi a Kieran.

Sentado al borde del río, se levantó para girarse hacia nosotros cuando entramos en el escueto claro. Llevaba solo pantalones debajo de la capa, igual que Casteel. Lo había visto sin camisa cien veces, algunas incluso sin ropa alguna, pero ahora parecía diferente.

—Empezaba a preguntarme si ibais a dormir la noche entera.

—Me da la sensación de que Poppy me apuñalaría si lo permitiera —comentó Casteel mientras las ramas de las glicinas volvían a su sitio detrás de nosotros.

Le lancé una mirada ceñuda.

—No pretendía quedarme dormida.

—No pasa nada. —Kieran sonrió y levantó la vista hacia el cielo cubierto de estrellas cuando nos detuvimos ante él—. No me ha importado esperar. Esto es precioso. Pacífico.

Lo era, con el agua del río tan clara que parecía un flujo constante de plata fundida, los pájaros que trinaban entre los árboles y el aroma denso y dulzón de las glicinas. Cuando los ojos de Kieran volvieron a mí, sentí cómo mi corazón daba un brinco. No había espacio para pensar en nada más que en lo que estaba pasando aquí. Abrí mis sentidos una rendija. Lo que sentí procedente de Kieran fue el sabor salado, como a nueces, de la determinación. También había algo dulce y suave, un poco

burbujeante y ahumado. No percibí duda alguna. Sentí lo mismo por parte de Casteel. Bueno, *casi* lo mismo. Había también una diversión azucarada, y lo noté caliente, con una suavidad diferente, más densa… especiada y dulce. Miré a mi alrededor.

—¿Estamos solos aquí fuera?

Kieran asintió.

—No se acercará nadie.

Lo dijo con tal certeza que me dio la sensación de saber por qué. Me volví hacia Casteel.

—¿Nos protege alguien?

—Los *wolven* —confirmó—. No están cerca. No oirán ni verán nada, pero se asegurarán de que nadie se acerque demasiado a nosotros.

Asentí.

—¿Saben… lo que estamos haciendo?

—¿Te molestaría si lo supieran? —preguntó Kieran.

Lo pensé un poco y me di cuenta de que no. Bueno, si Vonetta no estaba con Emil y sí aquí con los otros, lo sentí un poco por ella. Porque esto sería muy incómodo para ella.

—No, la verdad es que no.

La aprobación de Kieran fue como una oleada de tarta mantecosa.

—Lo ven como un gran honor que protejas una tradición semejante.

—Oh —susurré, sonrojándome—. Me alegro de que lo aprueben.

Los labios de Casteel se curvaron en una sonrisa y me dio un beso en la frente. Aspiré una bocanada de aire demasiado escasa y el rico olor a pino y especias exuberantes me rodeó. Su aliento danzó por mis labios y luego por la curva de mi mejilla cuando agachó la cabeza para hablarme con suavidad al oído.

—Pensé que te gustaría esto, con el río y las glicinas.

—Me gusta.

—Bien. —Besó el espacio debajo de mi oreja—. Voy a preguntártelo una vez más. Voy a preguntártelo muchas veces. ¿Seguro que quieres hacer esto?

Con la garganta seca, asentí.

Sus labios rozaron mi oreja y me provocaron un escalofrío.

—Tenemos que oírtelo decir, mi reina.

—Sí —dije, tras aclararme la garganta—. Estoy segura.

Plantó un beso sobre el punto sensible debajo de mi oreja mientras acariciaba la piel de mi cuello con los dedos. Desabrochó los ganchos de la capa y su peso cayó de mis hombros.

—Podemos detener esto en cualquier momento.

—Lo sé. —El contacto de sus dedos sobre mis hombros desnudos, cómo se deslizaron bajo los finos tirantes de la combinación, me provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Cerró los dedos en torno a los tirantes.

—No sucederá nada, absolutamente *nada*, en lo que no quieras participar —dijo, al tiempo que besaba mi mandíbula por abajo—. Sin importar lo que creas que podamos desear ni lo que percibas procedente de nosotros.

—No esperamos nada —añadió Kieran, su voz muy cerca.

—Lo sé. —Mi corazón latía tan acelerado que era como el revoloteo de las alas de un pájaro salvaje al emprender el vuelo—. Estoy a salvo con los dos.

—Siempre —confirmó Kieran. Los labios de Casteel rozaron mi barbilla.

—Y para siempre.

Una ridícula oleada de emoción trepó por mi garganta y, con mis sentidos cerrados a cal y canto, supe que ese intenso sabor dulce era todo mío. Se me anegaron los ojos de lágrimas. Los quería. A los dos. De maneras diferentes y por razones diferentes que no comprendía, pero era verdad. Y esa certeza me dejó un poco descolocada.

Las manos de Casteel bajaron y el aire frío siguió a la combinación. Se deslizó por encima de mi pecho y mi abdomen y aún más allá, hasta que solo la luz de la luna vestía mi piel. Estaba tiritando, pero no creí que tuviese nada que ver con el aire fresco. La boca de Casteel tocó la mía, y fue otro de esos besos dulces y suaves.

—Puedes abrir los ojos cuando estés preparada —susurró, cuando su boca se separó de la mía.

Dio un paso atrás y ese salvaje revoloteo en mi pecho se trasladó a mi estómago. Sentí el impulso de taparme, pero me resistí. Aunque había cierta cualidad de desconocido en cómo funcionaba la Unión, algo de magia que no tenía nada que ver con la sangre o

las palabras, no quería hacer nada que pudiese poner en riesgo su éxito.

Sentí los ojos de ambos sobre mí casi como si fuesen caricias físicas, suaves y cálidos y… *adoradores*.

En esos momentos, no oía nada más que el burbujeo del río cercano y luego las llamadas que intercambiaban los pájaros nocturnos desde los árboles en un coro que parecía antiguo, primitivo, un poco mágico y del todo tempestuoso.

Abrí los ojos.

Al primero que vi fue a Casteel, envuelto en luz de luna plateada. Tenía el mismo aspecto que siempre pensé que tendría un dios. Una rugiente tormenta de carne y hueso, todo ángulos y curvas exquisitas. Sus ojos eran como charcos de oro meloso cuando conectaron con los míos y sentí que se colaba por mis escudos. Un sabor dulce se arremolinó en mi garganta y me recordó a bayas recubiertas de chocolate con un toque de canela. Su amor y su orgullo me llenaron por dentro y un aluvión de emociones bulló una vez más en mi interior.

Entonces vi a Kieran de pie al lado de Casteel, hombro con hombro. Como habían estado antes de que yo entrara en sus vidas. Como estarían siempre. Contemplé los orgullosos ángulos salvajes de su rostro y la fuerte curva de su mandíbula ancha. Su piel lucía de un hipnotizador tono marrón plateado a la luz de la luna y me recordaba a algún ser de otro mundo que había conjurado en mi imaginación. Cautivador e impresionante en ambas formas, sus ojos del azul del invierno, el resplandor de detrás de sus pupilas vibrante. Mis escudos flaquearon de nuevo y lo que sentí en él fue igual que lo que había sentido antes: dulce y suave. No tan intenso como lo que percibía en Casteel, pero no menos significativo. Nada en Kieran era menos.

Los dos se habían quitado la ropa durante esos momentos silenciosos en que había tenido los ojos cerrados. Sus cuerpos mostraban años de entrenamiento y lucha en las líneas de sus músculos y las marcas de su piel. Casteel llevaba más recordatorios en las incontables cicatrices que siempre tironeaban de mi corazón al verlas, aunque Kieran lucía también bastantes. No me había fijado en ellas antes, las marcas de garras difuminadas en su pecho, las hendiduras curadas hace mucho tiempo en su cintura. Kieran era

más delgado, su cuerpo más cincelado a pesar de que Casteel solo empezaba a recuperar el peso perdido. Me pregunté si tendría que ver con todo el entrenamiento que hacía cuando estaba en su forma de *wolven*. Casi lo pregunté, pero me reprimí antes de abrir la boca.

Era probable que Kieran apreciara mi autocontrol.

Entonces miré más abajo. En el fondo de mi mente, sabía que esa no podía ser una decisión demasiado sensata. No porque no quisieran que lo hiciera, y estaba claro que no era porque yo no quisiera, sino porque estaba *mirándolos* de verdad. No era como si no los hubiese visto desnudos antes a los dos, pero trataba de ser apropiada al respecto cuando de Kieran se trataba.

Ahora estaba siendo muy inapropiada. Bajé la vista por sus caderas hasta donde los dos estaban… bueno, no menos escandalosos que yo.

Sabía que Casteel estaba contento con cada centímetro de mi cuerpo: las caderas que algunos podrían considerar demasiado rellenas, los muslos que tal vez fuesen demasiado regordetes, la tripa demasiado blanda y las cicatrices que me marcaban. Pero estaba claro que ninguno de los dos encontraba desagradable lo que veía. O quizá no tuviera nada que ver con lo que veían o con el aspecto que yo tenía. A lo mejor solo tenía que ver con lo que sentían. Con lo que compartíamos. Fuera lo que fuere, estaban…

Oh, por todos los dioses.

—Siempre tan curiosa —murmuró Casteel.

Mi mirada subió a toda prisa, la cara roja como un tomate.

Un lado de los labios de Casteel se curvó hacia arriba y vi el asomo de un hoyuelo aparecer en su mejilla derecha.

—Cállate —espeté con voz áspera.

Se rio, pero cuando sus ojos se posaron en los míos de nuevo, llevaban una pregunta implícita.

Tragué saliva con la esperanza de calmar mi corazón mientras una brisa ondulaba por el claro. No lo hizo, pero encontré mi voz.

—Estoy preparada.

Los dos parecieron aspirar la misma bocanada de aire y entonces, al unísono, vinieron hacia mí.

Capítulo 44

Noté las piernas un poco flojas cuando un ciclón de sensaciones me atravesó de arriba abajo, tan rápidas y tan trascendentales que solo logré distinguir unas pocas. El nerviosismo explotó en curiosidad que dio paso a incertidumbre, con una intensa oleada de anticipación que no tenía nada que ver, y lo tenía todo, con lo que podría o no podría ocurrir después. Era el ritual entero. Todo el acto de unir nuestras esencias. ¿Nos sentiríamos diferentes después? ¿Cambiarían las cosas entre nosotros? ¿Sería distinto si terminásemos el acto con el intercambio de sangre o si fuésemos más allá?

Daga en mano, Casteel se detuvo justo delante de mí, Kieran a mi espalda. Ninguno de los dos me tocó, pero su proximidad ya calentaba mi sangre besada por la noche.

Mientras estaba ahí de pie, recordé New Haven, cuando Kieran había estado presente aquella vez que Casteel necesitaba alimentarse. Esta situación era muy parecida.

Excepto por que estábamos todos desnudos como el día que vinimos al mundo.

Si había creído que sería más fácil de ignorar nuestra desnudez cuando no fuese capaz de ver todas las partes interesantes, había

estado equivocada. Me sentía aún más consciente de ellas ahora.

Casteel deslizó los ojos hacia arriba y detrás de mí. Asintió y noté que el pecho de Kieran tocaba mi espalda. Se me cortó la respiración al sentir su contacto, la piel que siempre estaba caliente… la sensación de él contra mis riñones cuando se recolocó un poco.

—Lo siento —dijo Kieran con voz ruda y espesa que me hizo cosquillas en la parte de atrás del hombro—. Es solo que eres preciosa y yo, bueno… —Dejó la frase a medio terminar y nunca lo había oído tan alterado—. Estoy tratando de comportarme… de manera apropiada.

—No pasa nada —lo tranquilicé, y tuve que tragar saliva para aliviar la sequedad de mi garganta mientras me aseguraba de que mis sentidos estuvieran cerrados a cal y canto. Lo último que necesitaba era conectarme con lo que sea que pudiera estar sintiendo Kieran. Eso no ayudaría a que nadie se comportara—. Tu… ehm, respuesta física es natural —añadí, la cara roja como un tomate.

Igual que solo era una reacción natural la percepción temblorosa de la presencia de Kieran, concentrada en todas las partes de nuestros cuerpos que estaban en contacto.

La sonrisa de Casteel se ensanchó hasta que ese irritante hoyuelo de la mejilla izquierda fue bien visible y su mirada se volvió claramente perversa.

Kieran y yo estábamos intentando comportarnos de manera apropiada. Al parecer Casteel, no. Se mordió el labio de abajo para revelar un indicio de colmillo.

Su falta de propiedad no era una sorpresa.

En absoluto.

Kieran soltó un gran suspiro.

—No ayudas para nada, hombre.

Con una risa suave, los ojos de Casteel encontraron los míos y me sostuvo la mirada.

—Tú beberás primero —me recordó con voz tierna sin apartar la mirada—. De mi pecho primero y luego del cuello de Kieran. Después, nosotros beberemos el uno del otro. A continuación, los dos beberemos de *tu* cuello. Una vez que empieces a beber y luego durante todo el acto, tendremos que estar en contacto constante los

unos con los otros.

Sentí que me sonrojaba aún más y asentí mientras trataba de que mi imaginación no se desbocara. Ya me había explicado todo eso. Puesto que un *wolven* no podía ingerir sangre como un atlantiano, se utilizaba una daga para extraer la esencia del atlantiano, y la marca se hacía cerca del corazón, en el centro del pecho, más o menos donde notaba el *eather* palpitar inquieto en el mío. La sangre se extraía del cuello del *wolven* porque en cierto modo era un conducto, el puente diseñado para unir la vida del atlantiano con el de su pareja. En nuestro caso, para unir la de Kieran a la nuestra. La de ambos a la mía. Por último, extraían la sangre al mismo tiempo del más fuerte, el que albergaría ambas fuerzas vitales.

De mí.

Casteel no había apartado los ojos de los míos y ahora deslizaba sus dedos por la curva de mi mejilla.

—Tienes que decir las palabras que te enseñé —me indicó con suavidad.

Aspiré una bocanada de aire superficial mientras pensaba en ellas y en lo que tenía que hacer.

—¿Participas tú, Casteel Da'Neer, en esta Unión de manera libre y por voluntad propia, solo tuya? —pregunté, la mano izquierda en alto, un pelín temblorosa.

—Participo en esta Unión de manera libre y por voluntad solo propia —confirmó, al tiempo que tomaba mi mano izquierda en la suya.

Los pájaros nocturnos se callaron.

Levanté la mano derecha.

—¿Participas tú, Kieran Contou, en esta Unión de manera libre y por voluntad propia, solo tuya?

—Participo en esta Unión de manera libre y por voluntad solo propia. —La mano derecha caliente de Kieran se cerró en torno a la mía y llevó nuestras manos unidas al centro de mi pecho, donde el anillo de Casteel había descansado durante un tiempo entre mis pechos.

El aire se aquietó a nuestro alrededor.

Y con las últimas palabras que había que pronunciar (eran solo un puñado, pero el mundo entero pareció oírlas), la esencia

primitiva se removió aún más, como si se estuviese despertando y escuchara.

—Te quiero, Penellaphe Da'Neer —susurró Casteel. Inclinó la cabeza para deslizar los labios por los míos—. Desde este momento hasta tu último momento.

Me estremecí al oír lo que decía. Esas palabras no tenían nada que ver con la Unión. Eran solo un recordatorio.

—Te quiero, Casteel Da'Neer —susurré con voz ronca—. Desde este momento hasta *nuestro* último momento.

El mismo estremecimiento recorrió su cuerpo. Levantó la daga y, sin apartar la mirada, sin inmutarse, deslizó la afilada hoja por su pecho hasta rajar su piel. La sangre se arremolinó al instante. Casteel tiró la daga a un lado y dio el último paso hacia mí. El contacto de su cuerpo contra el mío, con Kieran plantado tan firme detrás de mí y la sensación de Casteel rígido contra mi tripa, fue otro impacto abrumador para mi organismo.

Mi corazón empezó a acelerarse de nuevo; latía tan deprisa que me pregunté cómo podía soportar tal velocidad. Casteel puso su mano derecha sobre Kieran. ¿Sentía Kieran mi corazón debajo de nuestras manos? ¿Lo oía latir Casteel?

La mano izquierda de Kieran pasó por detrás del cuello de Casteel y entonces los tres estábamos conectados.

Los dos esperaban a que yo actuara. No tuvieron que esperar demasiado. Me estiré hacia arriba y mi pulso trastabilló cuando sus cuerpos dieron la sensación de acoplarse al mío de un modo que casi parecía como si me apuntalaran, como si se convirtieran en dos pilares de sujeción. Algo que encontraba irónico, puesto que era yo la que se iba a convertir en la que los soportara a ellos.

Mi boca rozó el pecho de Casteel, que dio un pequeño respingo que sentí por todo mi cuerpo. Mis labios hormiguearon al primero roce. Cerré la boca sobre el corte y succioné la sangre hacia mi interior.

Parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que lo había saboreado. Mis recuerdos no le hacían ninguna justicia. Su sangre sabía a cítricos en la nieve. Bebí, succionando de su piel y absorbiendo su esencia.

El gruñido de Casteel retumbó a través de él, vibró contra mis pechos y llegó hasta Kieran. Sentí que su cabeza caía hacia atrás. Su

sabor, su esencia… eran como un despertar, una sensación de caída libre sin parangón. Su sangre era caliente y espesa, y caldeó mi piel ya de por sí en llamas. En algún lugar recóndito de mi mente, me di cuenta de que ni siquiera me había planteado el efecto de la sangre de Casteel. Era probable que fuese una ventaja que no lo hubiese pensado hasta ahora, hasta que su sangre estuviese despertando cada célula de mi cuerpo y el *eather* de mi pecho hubiese empezado a palpitar.

—Poppy —gimió Casteel, y su barbilla rozó la parte de arriba de mi cabeza—. Ya basta.

Lo oí, pero seguí bebiendo y bebiendo hasta que ese lugar oculto en mi interior, ese sitio frío, empezó a caldearse.

—Si no paras —murmuró Casteel, su cuerpo en tensión contra el mío—, esto acabará ahora mismo y terminará con una unión de un tipo muy diferente.

Esas palabras sí me llegaron. Me sonrojé ante esa advertencia sensual, me forcé a apartar la boca de su pecho y levanté los ojos hacia los suyos.

Mirarlo entonces, la necesidad bien patente en cada línea de su rostro, no ayudó a mantener mis pensamientos centrados en el objetivo que tenía entre manos. Bajé los ojos y pasé la lengua por mi labio de abajo para atrapar la última gota de sangre que se había arremolinado ahí.

Casteel gruñó de nuevo y su mano se apretó en torno a la mía.

—*Compórtate* —me ordenó con voz ronca—. O vas a hacer que Kieran se sonroje.

—Sí —me llegó la respuesta no tan seca—. Eso es justo lo que va a pasar.

Me dio la sensación de que yo era la única que se estaba sonrojando. Me aparté solo un pelín, lo suficiente para que Kieran llegase hasta Casteel. La posición hizo que *partes* de él entraran en contacto con *partes* de mí, y tuve que hacer un esfuerzo supremo por ignorar la sensación cuando su boca sustituyó a la mía.

Casteel dio otra sacudida y sus ardientes ojos dorados conectaron con los míos. Apenas podía respirar mientras Kieran bebía de él y Casteel me observaba a mí. Su pecho empezó a subir y bajar más deprisa. Al principio, me preocupó que no estuviese listo para perder tanta sangre, pero cuando abrí mis sentidos justo lo

suficiente, supe de inmediato que ese no era el caso.

Su lujuria era como un torbellino, e incluso solo una parte pequeña de ella era un peso tremendo de soportar. Sus labios se retrajeron para revelar más de sus colmillos mientras Kieran bebía de él. Un deseo doloroso atravesó mis pechos y se concentró entre mis muslos. Casteel abrió mucho las aletas de la nariz y soltó un gruñido grave de excitación.

Me sentía un poco mareada cuando Kieran paró y ambos me hicieron girar con cuidado, de modo que Casteel quedara a mi espalda. Aún me hormigueaban los labios, lo mismo que la garganta, y sentí que esa sensación empezaba a extenderse por todo mi cuerpo cuando levanté la vista despacio hacia Kieran.

Su mirada atrapó la mía. Mi corazón dio un traspié al ver las vetas de *eather* en sus ojos. Giró la cabeza hacia un lado para dejar el cuello al descubierto. Casteel se inclinó por encima de mí de tal modo que pudiera llegar hasta Kieran. No dejó ni un centímetro entre nosotros y cada una de mis terminaciones nerviosas dio la impresión de avivarse al mismo tiempo al sentirlos a ambos apretados contra mí de un modo tan *inapropiado*. Tenían que estar sintiendo los brincos que daba mi corazón cuando Casteel se movió e hincó los colmillos en el cuello de Kieran. Tuvieron que sentir el temblor más bien indecente que me sacudió al ver a Casteel morder a Kieran.

Al verle sorber su sangre.

No podía ni pestañear.

Apenas podía respirar mientras observaba el cuello de Casteel subir y bajar a cada trago prolongado. Cuando vi la tensión desaparecer del rostro de Kieran, cuando entreabrió los labios. Cuando el grueso y duro miembro de Casteel palpitaba contra mis riñones.

En algún lugar de mi mente, me pregunté cómo era posible que alguien no se viese afectado por esto.

Casteel levantó la cabeza y me llegó el olor de la sangre de Kieran. La esencia giraba como loca en mi pecho. Casteel me sujetaba aún con firmeza. Me estiré hacia arriba una vez más, mi mano unida a la de Kieran encajada con firmeza entre nuestros cuerpos, y la fina pelusilla de su pecho que hubiese jurado que no estaba ahí antes terminó de desperdigar mis pensamientos. Su

piel… parecía aún más caliente, más dura. Quizás incluso un poco más fina. Oscilé un poco sobre mis pies. No estaba segura de la razón. No me sentía débil, pero *sí* que estaba inestable, como si fuese una flecha disparada sin pensar ni apuntar.

Temblé cuando mi boca se cerró sobre el cuello de Kieran. Su sangre, ese sabor silvestre y salvaje, complementaba la de Casteel de un modo sorprendente, y esa idea me produjo una risita ahogada. Las manos de ambos se apretaron en torno a las mías. Debían de estar pensando que estaba perdiendo la cabeza, pero no era de mi mente de la que estaba perdiendo el control.

Era de mi cuerpo, mientras seguía bebiendo de Kieran. La sensación de su pecho al moverse en respiraciones rápidas y profundas contra mis senos. Su peso retumbante mientras succionaba su esencia hacia mi interior. La presión caliente y dura de Casteel contra mi espalda, su aliento sobre mi hombro. Su boca ahí al lado. Sus *colmillos* ahí al lado mientras bebía. No perforaban mi piel, solo estaban ahí. Me estremecí. Empecé a perder el control de mis habilidades. El rico sabor de la sangre, terroso y extravagante, se perdió en el aluvión de especias ahumadas que se arremolinaba en mi garganta. No tenía ni idea de si provenía de uno o de otro, o si provenía de los dos. O de mí.

La noche todavía parecía estar escuchando cuando Casteel consiguió detenerme con un tironcito de sus colmillos. No quedaba ni una sola parte fría dentro de mí, aunque temblaba cuando alguien me giró de vuelta hacia Casteel, que dejó caer la frente contra la mía.

—¿Estás bien? —me preguntó, su voz deshilachada y sin aliento.

Asentí y capté el aroma de la sangre de Kieran en su respiración.

—Necesito oírte decirlo —dijo Kieran, y sonaba igual de crudo que Casteel.

—Sí —susurré, la piel hormigueante con el calor de Casteel y la sangre de Kieran. Mi cuerpo entero palpitaba con el calor de los suyos—. Estoy bien.

—Tendré que morderte dos veces —me indicó Casteel y lo recordé. Los dedos de mis pies empezaron a enroscarse contra la hierba mojada y fría—. Será… intenso.

La mano de Kieran, aún cerrada en torno a la mía y pegada a mi pecho, se apretó.

Casteel me besó deprisa y luego esperó a que le diera permiso, como si no lo tuviese ya. Con los ojos cerrados, eché la cabeza atrás contra el pecho de Kieran y dejé mi cuello al descubierto para Casteel.

Por un momento, ninguno de nosotros se movió, y la espera casi fue demasiado.

Entonces Casteel pasó a la acción. Deprisa. Di una sacudida cuando sus colmillos perforaron mi piel, tomada por sorpresa a pesar de lo mucho que lo esperaba. Que lo *deseaba*. No era algo para lo que uno pudiera prepararse. La mezcla de placer abrumador y dolor atroz era alucinante. Sin embargo, no bebió. Levantó la cabeza y mordió de nuevo, hundiendo sus colmillos al otro lado de mi cuello. Mi cuerpo entero se arqueó y presionó contra ambos. Mis ojos se abrieron de par en par cuando Casteel se enganchó al lado izquierdo de mi cuello.

Al tiempo que Kieran hacía lo mismo y cerraba la boca sobre el lado derecho.

Esta vez grité, no de dolor, sino de la intensidad dual de sus bocas moviéndose sobre mi cuello. Era demasiado. Mis brazos sufrieron un espasmo involuntario, pero ellos sujetaron mis manos y nos mantuvieron unidos. Un caos de sensaciones me golpeó como un chaparrón intenso. Cada rincón de mi cuerpo se tensó hasta puntos casi dolorosos. El rugido de la sangre en mis oídos amainó y lo único que oía ya era a ellos, sus sonidos rudos y voraces mientras bebían.

Mis ojos permanecieron abiertos de par en par, fijos en el cielo y en las estrellas que parecían hacer piruetas por la noche, cada vez más y más brillantes.

Igual que yo.

El *eather* subió a la superficie, plata ribeteada de sombras que emanaba en olas desde el centro de mi pecho. Se envolvió alrededor de Casteel y de Kieran y formó hebras de luz chisporroteante que serpenteaban y se retorcían para cerrarse en torno a nuestros cuerpos.

Solo sus bocas, sus lenguas, se movían en mi cuello, y no estaba segura de si ellos podían ver lo que hice, la combinación de nuestras esencias. No creía que se dieran cuenta siquiera mientras bebían y bebían, y las hebras plateadas ardían con mayor

intensidad. Había muchísimo calor apretado contra mi pecho y contra mi espalda, quemando en mi interior; llenaba mi cuello, mi pecho, y se arremolinaba en el centro de mi ser. El control de mis habilidades titiló y luego se volatilizó, y lo que ellos sentían se unió al chaparrón y me arrastró con él.

Sus bocas no eran lo único que se movía. Yo también lo hacía. Mis caderas. Mi cuerpo. Me contoneaba entre ellos y unos ruidos más suaves se unieron a los suyos amortiguados, mientras las puntas de mis pezones rozaban contra el pecho de Casteel y la curva de mi trasero contra los muslos de Kieran. Mis pies resbalaron en la hierba y un muslo áspero y duro se encajó entre los míos. El cambio de posición fue sorprendente. Sentí a Kieran ahora acurrucado contra mí, justo donde Casteel había tocado de manera escandalosa y perversa hacía tan solo unos días. Me estremecí al sentirlo ahí, y al sentir el muslo fuerte apretado contra la dolorida e hinchada piel entre los míos.

Actué sin pensar. Sin asomo de vergüenza. Solo instinto, mientras las hebras continuaban entretejiéndose alrededor de los tres. Me restregué contra el muslo mientras apretaba sus manos cada vez más fuerte. Todo aquello era demasiado y, aun así, no lo suficiente. Gemí mientras sus bocas se movían sobre la piel de mi cuello. La presión se fue acumulando y cerré las piernas con fuerza alrededor de la que había entre mis muslos…

Solté una exclamación ahogada cuando uno de ellos, o los dos, me levantó hasta que las puntas de mis pies apenas tocaban el suelo. De repente, no era solo el muslo contra lo que me mecía, sino la caliente dureza de un miembro contra lo que me deslizaba y me restregaba. Poco a poco, fui consciente de que sus labios se detenían en mi cuello y de que sus bocas ya no estaban ahí, aunque aún sentía sus succiones perezosas tanto ahí como en el centro de mi ser.

Parpadeé varias veces antes de abrir los ojos. Vi que las crepitantes hebras de esencia aún vibraban a nuestro alrededor.

El pecho de Casteel y el de Kieran se movían en jadeos poco profundos. Aparte de eso, estaban muy quietos, aunque percibía su deseo. Unas especias oscuras envolvieron mi piel, sazonaron mi sangre. Era casi doloroso, la combinación de todo ello, y aun así, ninguno de los dos se movió. Estaban muy quietos, aun mientras yo

me balanceaba contra el muslo, contra el pene, cada vez más mojada. Sabía que podían ver el capullo plateado que se había formado a nuestro alrededor. Sabía que me observaban, mis pechos, mis caderas, mi cara. Kieran acunó mi cabeza desde atrás y mis ojos conectaron con otros dorados. Me contemplaban con la misma ansia con que los había mirado yo mientras se alimentaban el uno del otro, y una nueva parte oculta dentro de mí, una que acababa de descubrir, se deleitó en ello. En la sensualidad, la libertad y el poder primitivo.

Se limitaron a sujetarme, sus manos firmes en las mías mientras cabalgaba el muslo ahora mojado y la erección. No hicieron ni un movimiento porque habíamos… habíamos llegado. A la punta afilada como una daga. Una línea. El borde del precipicio. Estábamos ahí y yo bailaba por ella. Se quedaron ahí conmigo. Sus corazones latían en tándem y supe que sería fácil retirarse, ponerle punto final a aquello. Sabía que ellos se quedarían donde estaban, que me permitirían buscar de manera desvergonzada el placer que estaba tan cerca de alcanzar. Sabía que seguirían mis indicaciones allá donde los llevaran.

Esperaron.

Las vibrantes hebras de esencia que crepitaban y chisporroteaban a nuestro alrededor esperaron, y unos ojos dorados me sostuvieron la mirada. Mi actividad incesante cesó y supe que éramos chispas alocadas, vivas y a punto de estallar en llamas hasta que no fuésemos nada más que carne y fuego.

Y *quería* ser el fuego.

Quería arder.

—*Sí* —susurré, y las hebras palpitaron.

Casteel tembló. Los dos lo hicieron. Y ninguno de ellos se movió durante un momento largo. Entonces, Cas se llevó nuestras manos unidas a la boca para besarlas. Mi mano derecha también se levantó cuando Kieran hizo lo mismo. Temblé.

—Jodidamente indigna por tu parte —gruñó Casteel y, antes de que pudiera decirle otra cosa, su boca estaba sobre la mía.

Oh, por todos los dioses.

Ese beso fue distinto de cualquier cosa que hubiese experimentado jamás. Saboreé mi sangre en sus labios. Saboreé la de Kieran cuando su lengua se deslizó dentro de mi boca. Bebió de

mí como lo había hecho de mi cuello, mientras una mano áspera rozaba la curva de mi cadera y luego subía por mi cintura. Mis manos seguían atrapadas en las suyas y no tenía ni idea de quién era la mano que me tocaba, pero las hebras seguían ahí. Las oía sisear y girar mientras esa mano subía por mi estómago y se cerraba sobre un pecho dolorido. Gemí dentro de la boca de Casteel. Sus labios atraparon mi grito cuando unos dedos encontraron el hormigueante pezón de mi otro seno. La boca de Casteel abandonó la mía solo cuando pensé que estaba a punto de desmayarme, y esa boca suya trazó un camino ardiente por mi cuello, más allá de las marcas de los mordiscos y más abajo aún. Su lengua lamió mi pecho, por encima de los dedos que había ahí. Mi gemido de placer se perdió en el sonido gutural que sentí a lo largo de mi espalda.

Sus manos se soltaron de las mías, pero las hebras permanecieron, centelleando en el espacio a nuestro alrededor, entre nosotros y dentro de nosotros. Cerré una mano en torno a la nuca de Casteel. Entrelacé mi brazo con el de Kieran y apreté los dedos contra la piel de su bíceps. Casteel se llevó a la boca el botón de piel sensible y ese dedo que había estado atormentando la zona. Succionó, fuerte y profundo, lo cual me hizo soltar una exclamación ahogada.

—*Cabrón* —gruñó Kieran.

La risa de Casteel dio paso a un gruñido grave cuando mi cuerpo se arqueó una vez más. Cuando una mano se posó en mi cadera y me instó a moverme. Jadeé al sentir el pelo que rozaba la piel hipersensible de la zona, el deslizar perverso a lo largo de esa erección caliente. Unos dedos rozaron mi abdomen, danzaron por debajo de mi ombligo y aún más abajo. Se me cortaba la respiración una y otra vez, y entonces la áspera yema de un dedo se deslizó por el haz de nervios en la unión entre mis piernas. El dedo jugueteó mientras la boca de Casteel se trasladaba hacia mi otro pecho.

—No querría que este se sintiera solo —dijo. Cerró la mano en torno al seno y lo levantó hacia su boca.

La mano de Kieran se quedó sobre el otro, mojado por el tratamiento de Casteel, y no supe de quién era la mano que estaba sobre mi cadera ni el dedo de quién jugueteaba más abajo, de quién era…

Solté un grito ahogado cuando el dedo se coló entre el creciente

calor y luego se deslizó dentro de mí. Me ardía el cuerpo entero mientras el dedo se movía al unísono con la boca en mi pecho; a cada succión, el dedo se hundía en mí. Apreté los dedos alrededor de la mano de Casteel. Hinqué las uñas en el brazo de Kieran.

—Oh, por todos los dioses —jadeé.

—¿Vas a empezar a rezar? —preguntó Kieran, su aliento caliente contra las marcas de mordiscos de mi cuello, lo cual me provocó un intenso pulso de placer.

—Quizá —admití, y el dedo se hundió más adentro, más deprisa.

Casteel se rio al levantar la cabeza. Su lengua se movió sobre mis labios.

—¿Por qué rezarías? —insistió Kieran, la mejilla pegada a la mía.

—¿Qué…? —Casteel me robó las palabras al besarme—. ¿Qué?

—Te ha preguntado por qué rezarías —dijo Casteel, y se unió otro dedo al que tenía dentro—. Creo que yo lo sé.

La risa de Kieran fue ahumada y sensual. Unos dientes tironearon de mi oreja.

—Apuesto a que sí, pero quiero oírle a ella decirlo.

—No… no puedo creer que estés haciendo preguntas. —Gemí cuando unos dedos tiraron de mi pezón, cuando otros dedos se hundieron aún más hondo en mi interior—. Precisamente tú.

—Este es el único momento en que cualquier otro tiene la oportunidad de hacer preguntas —repuso Kieran, y sentí un mordisquito sorprendentemente intenso en el hombro que estaba convencida de que era cosa suya—. ¿Por qué rezarías?

—¿Por algo que pudiera proporcionarte más placer que un dedo? —La boca de Casteel tiró de la mía—. ¿O dos? ¿O quieres una lengua entre esos bonitos muslos tuyos?

Mi sangre bullía ya.

Un lametón caliente apaciguó el picor de mi hombro. A lo mejor era Kieran el que estaba ahí. Quizás había sido él el que estaba en mi boca. Cuando abrí los ojos, ninguno de los dos estaba en mi hombro ni en mi boca. Empecé a mirar hacia abajo, pero Casteel apareció al instante, cerró los dedos alrededor de mi barbilla y levantó mi boca hacia la suya.

Unos dedos envolvieron mi trasero y me guiaron más hacia atrás sobre ese muslo, sobre ese pene. Ambos se estremecieron.

—¿O rezarías por correrte? —me susurró una voz seductora al oído.

—Estoy seguro de que es eso.

—Creo que no me gustáis tanto ninguno de los dos ahora mismo —mascullé.

—Mientes fatal, *meyaah Liessa* —se burló Kieran—. Sé que eso no es verdad. Casi puedo saborear lo mucho que te gustamos en este momento.

—Eso es solo tu ego demasiado inflado —respondí. Antes de que pudiera decir nada más, alguien echó mi cabeza atrás y mi boca se perdió en otro profundo beso.

—Creo que solo quiere oírte decir una palabra inapropiada —insinuó Casteel, y estaba claro que era su boca la que estaba sobre la mía ahora—. Pene. Excitada. Clímax. Lo harías feliz.

—Creo que eres tú el que quieres oír eso —musité, resollando cuando sus labios abandonaron los míos.

—Eso no sería mentira —confirmó con una risita—. Dinos lo que quieres, mi reina.

Toda actividad había cesado. Los dedos. Los besos. Las manos. Mis caderas. Solté un gruñido de frustración muy maduro.

—¿Qué quieres? —repitió Kieran.

Clavé las uñas aún más fuerte en su piel, lo cual me ganó una risa.

—Qui… quiero correrme —espeté, cortante—. Ya está. ¿Contentos?

—Joder, encantados —dijo Casteel.

—Y tanto —añadió Kieran.

Inclinaron mi cabeza otra vez y una lengua se coló en mi boca. No me di cuenta siquiera de que me estaban haciendo bajar hasta que mis rodillas tocaron la hierba húmeda. Abrí los ojos al tiempo que liberaban mi boca y las hebras… seguían a nuestro alrededor, tan cegadoras en su intensidad ahora que no éramos más que sombras.

Y todo era ávido. Manos. Bocas. Lenguas. Dientes. *Colmillos*. Estábamos hambrientos, y ese ardor en mi sangre por fin se prendió. Yo misma era un fuego que se había propagado hacia ellos y ardía con fuerza.

No tenía ni idea de quién eran las manos que agarraron mis

caderas ni de quién era la boca que cayó sobre la mía. Solo supe que me estaban guiando contra un pecho, que otro presionaba contra mi espalda. Solo supe que había una boca sobre la mía, una que atrapó mi casi grito de alivio cuando sentí el grueso y duro calor que me penetró a la misma velocidad que se me habían clavado los colmillos de Casteel antes. Solo supe que alguien guio la palma de mi mano a otro miembro rígido para unirse a la mano que ya había ahí. Lo que había pedido me encontró enseguida y me golpeó en oleadas sísmicas sucesivas. El rudo gruñido contra mi cuello, la manera en que esas manos se aferraron a mí y me sujetaron en el sitio me indicaron que no había llegado al clímax sola. Tampoco estaba sola cuando me tumbaron sobre el costado, mi boca reclamada por el que me sujetaba desde atrás, manteniendo mi pierna por encima de su cadera mientras el que estaba apretado contra mi pecho me tomaba con embestidas rítmicas e incesantes. Caí por el precipicio otra vez. Podía haber tenido a los dos dentro de mí esta noche, no al mismo tiempo, sino en momentos diferentes. Podía haber sido solo uno el que me penetrara, pero sí supe quién fue el que me hizo rodar sobre la espalda, el que me sujetó en su regazo mientras una cabeza oscura y una boca perversa encontraban el camino entre mis piernas para lamer y atormentar, para saborear y juguetear hasta que me rompí en mil pedazos. Hasta que noté una salpicadura caliente contra mi espalda, una liberación incitada por mis movimientos frenéticos mientras me devoraban.

—Miel —murmuró Casteel, levantando la cabeza ahora que me había quedado completamente inerte.

Ni siquiera recordaba que Casteel me hubiera tomado entre sus brazos ni cómo los tres acabamos enredados, relajados y exhaustos debajo de las hebras rutilantes. Pero nos quedamos ahí tumbados hasta que esas hebras se difuminaron a nuestro alrededor y se filtraron en nuestra piel, unidas por nuestras esencias, nuestras respiraciones y nuestros cuerpos… desde ese momento hasta nuestro último aliento.

Capítulo 45

Nuestra piel tardó en enfriarse tumbados sobre la orilla herbosa, nuestros cuerpos bañados en luz de luna. Seguíamos enredados los unos con los otros, piernas y brazos entrelazados, aunque yo me veía atraída por Casteel, como siempre. Tenía la mejilla apoyada en su pecho y Kieran estaba tumbado sobre su hombro.

Supe en mi corazón y en mi pecho, donde el *eather* vibraba con suavidad, que la Unión había funcionado. En eso consistían todas esas rutilantes hebras plateadas, hebras que nos conectaban desde ahora hasta el *final*.

Ninguno de nosotros dijo nada mientras los pájaros gorjeaban con suavidad muy altos por encima de nuestras cabezas, entre el follaje de las glicinas. No era un silencio incómodo sino más bien agradable, un silencio satisfecho en el que el corazón de Casteel latía rítmico contra mi mejilla y el de Kieran contra la parte alta de mi espalda.

Y mientras estaba ahí tumbada, rodeada por el calor de Casteel y de Kieran, con cada respiración cargada de sus aromas terrosos y exuberantes, busqué algún indicio de vergüenza o de arrepentimiento por haber sido la que nos había conducido a todos hasta esa línea y luego había danzado con descaro sobre ella para

después cruzarla y permitir que la Unión se convirtiese en algo infinitamente *más*. En esos momentos de calma y de silencio en los que empecé a darme cuenta de que nuestros corazones latían al unísono y nuestras respiraciones estaban acompasadas, no sentí vergüenza alguna. Tampoco percibí sabor a arrepentimiento o confusión en ninguno de ellos. Todo lo que saboreé fueron cosas suaves y esponjosas.

Paz.

Sentí su paz.

Sentí la mía.

Y no sabía si debería tener sentimientos encontrados sobre lo que habíamos compartido… Pero de hecho, sí lo sabía. Me di cuenta entonces de que no había nada que *debiese* sentir. No importaba lo que hubiese pensado o sentido hacía un año. Todo lo que contaba era lo que sentía ahora. Lo que sentíamos los tres. Y ese sentimiento era algo bueno. *Correcto*. Pacífico.

Precioso.

Casteel se movió un poco y giró la cabeza hacia mí. Una sonrisa tironeó de mis labios cuando sentí su boca rozar mi coronilla. Su única mano visible estaba entrelazada con la mía, apoyada justo debajo de su pecho. Una partecita absurda de mí incluso deseó que pudiéramos quedarnos aquí en la orilla del río, debajo de las glicinas, en esta rendija de mundo que habíamos cortado de algún modo para nosotros mismos y que ahora nos pertenecía.

Pero no podíamos. El mundo aguardaba a pocos metros de distancia, y en él me esperaban todas las cosas en las que no me permití pensar antes.

Kieran se movió, sacó el brazo de debajo de Casteel y de mí, y entonces lo recordé. Me giré por la cintura.

—¿La marca de tu brazo?

Kieran hizo una pausa para mirarse.

—Ha desaparecido —susurró. Giró el brazo a un lado y otro mientras un asombro burbujeante y azucarado se arremolinó en el fondo de mi garganta.

El alivio fue una sensación tentativa que me atravesó de arriba abajo mientras contemplaba su piel intacta.

—¿Crees que eso significa que la Unión ha roto la maldición?

—No lo sé —intervino Casteel, la voz pastosa—. No creo que lo

sepamos a menos que Isbeth intente renegar del trato y se niegue a retirar la maldición.

—Lo cual significa que aún tenemos que llevarle a Malec. —Levanté los ojos hacia Kieran, que asintió.

—Sé que no quieres esperar a ver qué pasa —dijo, y tenía razón —. Pero creo que significa que tenemos que continuar como habíamos planeado.

—Solo para tenerlo claro. —Me mordí el labio de abajo y volví a apoyar la cabeza en el pecho de Casteel. Sabía que la Unión había funcionado. Todos habíamos visto las hebras plateadas. La marca había desaparecido de la piel de Kieran, pero nadie sabía si una Unión podía contrarrestar el poder de una maldición primigenia—. ¿Alguno de los dos os sentís diferentes?

Casteel se aclaró la garganta.

—Yo sí que me sentía… cosquilloso.

Fruncí el ceño.

—No estoy segura de que esa sea una respuesta seria o si solo estás siendo indecente.

—¿Cuándo *no* soy indecente? —preguntó Casteel con una risita.

—Ahí tienes razón —confirmó Kieran, y apoyó una mano en mi hombro—. Pero creo que esta ha sido una de las pocas ocasiones en que solo estaba siendo un poco indecente. Porque sé de lo que habla. Yo también me sentí… cosquilloso. Por todas partes.

—Cuando las hebras estaban envueltas a nuestro alrededor —añadió Casteel. Giró la cabeza hacia mí—. Es algo que sentí dentro de mí. Caliente. —Hizo una pausa—. *Cosquilloso*.

Sonreí.

—¿Y ahora qué tal?

—Normal —respondió Kieran. Casteel deslizó el pulgar por el dorso de mi mano.

—Indecente.

—Así que ¿no muy distinto? —sugerí.

—Nop.

La mano de Kieran resbaló de mi hombro cuando se incorporó más, luego hizo una pausa para depositar un beso donde había tenido la mano antes. La dulzura del gesto tironeó de mi corazón. Levanté la mejilla justo lo suficiente para verlo caminar hacia el río.

—¿Qué hace?

El brazo de Casteel se levantó para pasar alrededor de mis hombros y sustituir a la falta de calor que sentía debido a la ausencia de Kieran.

—Creo que va a darse un chapuzón.

Abrí los ojos como platos cuando Kieran hizo justo eso. Entró directo en el agua turbulenta y se zambulló en ella para salir a la superficie unos segundos después.

—Esa agua tiene que estar helada.

—No está tan mal. —Kieran giró la cabeza hacia atrás para mirarnos mientras la centelleante agua resbalaba por su cuello y su columna—. Deberíais probarla.

Negué con la cabeza.

—Gracias, pero no necesito que todas mis partes divertidas se congelen y se caigan —repuso Casteel, sin dejar de dibujar circulitos sobre mi hombro y la parte superior de mi brazo.

—Cobardes —nos picó Kieran, y se adentró en aguas más profundas. Casteel se rio.

—Poppy se enfadaría si su parte favorita de mí resultase dañada.

Puse los ojos en blanco y Kieran se rio.

—Eres ridículo —musité.

—Pero me quieres. —Casteel rodó hacia mí, me tumbó de espaldas y la mitad de su cuerpo cayó sobre mí—. En especial toda mi ridiculez.

Apoyé la mano contra el centro de su pecho.

—Cierto.

El hoyuelo de su mejilla derecha apareció, al tiempo que pescaba uno de mis rizos y lo retiraba de mi cara.

—¿Cómo te encuentras *tú*? Y no estoy preguntando si te sientes cosquillosa por dentro.

—Me siento… normal. —Levanté la mano y enrosqué los dedos en los suaves mechones de su pelo.

—Me vendría bien un poco más de detalle, mi reina. ¿Qué significa *normal* para ti?

—Significa que estoy bien. Que no me arrepiento. —Deslicé los dedos por su cara hasta la pequeña hendidura en su mejilla derecha —. No me siento avergonzada. Estoy aliviada por haber hecho la Unión. Rezo por que haya funcionado y… y disfruté de todo ello.

Los ojos de Casteel buscaron los míos, su mirada intensa.

—Joder, qué contento estoy de oír eso.

—¿Creías que me arrepentiría?

—No, no creía que fueras a hacerlo, o al menos eso esperaba —me dijo, su voz bajita mientras deslizaba un dedo por el contorno de mi mandíbula—. Pero pensar algo y luego hacerlo, y *sentir* lo que sea después son tres cosas muy diferentes.

Tenía razón.

—¿Y tú?

—¿Cómo me siento al respecto? —Agachó la cabeza y plantó un beso en el puente de mi nariz—. ¿Me lo estás preguntando cuando ya lo sabes? —Apreté los labios. Casteel se rio entre dientes—. Me siento honrado, *meyaah Liessa*. Conmovido. —Sus labios rozaron el borde de los míos—. Asombrado. Aliviado. Elegido. Sí, me siento elegido. Amado. —Me dio un mordisquito en el labio de abajo y me recorrió un fogonazo de calor—. *Intrigado*. —Cuando levantó la cabeza, vi que el otro hoyuelo había cobrado forma—. Pero volvamos a eso de sentirse cosquilloso. —Deslizó la mano por mi brazo, rozó la curva de mi pecho con las yemas de los dedos…—. ¿Sientes eso?

—Siempre siento eso cuando de ti se trata.

—Lo sabía —murmuró, y me besó de nuevo. Este fue un beso más largo, más profundo y lánguido—. Estoy pensando en tentar a la suerte con lo de congelar mis partes interesantes y reunirme con Kieran. ¿Vienes conmigo?

Negué con la cabeza.

—Creo que me quedaré aquí mismo.

—¿Estás segura?

—Sí. —Cuando dudó, le di un empujoncito—. Ve.

Agachó la cabeza y me abrí a él. Me perdí tanto en su beso de despedida que darme un bañito en esas aguas gélidas no sonaba como tan mala idea después de todo. Casteel se puso de pie y recogió una de las capas que habíamos dejado tiradas. Se arrodilló, me hizo un gesto para que me sentara y, cuando lo hice, la pasó por encima de mis hombros y tiró de ella para juntar ambas partes.

—Por cierto —dijo, al tiempo que apoyaba los dedos debajo de mi barbilla—, estás preciosa cuando estás así, envuelta solo con una capa. Tan preciosa como cuando estás envuelta en sedas elegantes o vestida con pantalones y una túnica. Y esta noche, cuando te

moviste entre nosotros… Cuando te abriste a nosotros… —murmuró, y se me cortó la respiración—. Cuando tu esencia brotó de ti y nos rodeó… Cuando se filtró en nuestro interior, en *mi* interior… Me sentí *digno* de un regalo tan precioso como tú.

Se me anegaron los ojos de lágrimas mientras me besaba con ternura. No podía hablar cuando se enderezó. Observé cómo iba hacia el río para reunirse con Kieran. Parpadeé para eliminar la humedad, enrosqué los dedos en los bordes de la capa y la llevé hasta mi barbilla. Observé a Casteel y a Kieran de pie en medio del río, con el agua hasta la cintura, y recé por que ambos supieran cuán dignos eran.

La suerte que yo tenía.

Y mientras me ceñía mejor la capa, haciendo un esfuerzo desesperado por ignorar el vacío que regresaba poco a poco como un invitado indeseado, recé a los dioses que dormían por ser digna de ellos.

Me desperté al amanecer del día siguiente, envuelta en los brazos de Casteel. No pasó mucho tiempo antes de que él me depositara en el suelo bocarriba y nos juntáramos despacio, besándonos y explorando como si tuviésemos todo el tiempo del mundo.

No lo teníamos.

Había un reloj con una cuenta atrás sobre nuestras cabezas, descontaba los minutos y los segundos, pero mientras los rayos fríos y grises del amanecer se filtraban en la habitación, aprovechamos cada segundo a fondo.

—¿Cuándo vas a hablar con tu padre? —pregunté, sentada sobre la cama con los ojos cerrados mientras Casteel deslizaba el cepillo por mi pelo.

—Pronto —contestó. Arqueé una ceja.

—Partimos hacia el Templo de Huesos en unas pocas horas, así que espero que *pronto* de verdad sea pronto.

—Lo será. —Pasó el cepillo con sumo cuidado por un nudo para deshacerlo—. ¿Cómo demonios se te ha enredado tanto el pelo con solo andar unos cuantos metros?

Solté una carcajada.

—Esa es una pregunta que me he hecho mil veces.

Su risa fue suave y dulce. Sonreí, pues amaba ese sonido tanto como lo amaba a él. Se quedó callado mientras se afanaba en deshacer el nudo en cuestión. Después pasó a otra sección.

—A mi padre no le va a gustar lo que hemos decidido.

No, no le iba a gustar.

Cuando volvimos de las orillas del río de Rhain, nos habíamos pasado la mayor parte de la mañana en la cama, durmiendo y… *no* durmiendo en absoluto. Después, por fin logramos hacer algo responsable y nos reunimos con los generales para hablar de nuestros planes con mayor detalle. Casteel y yo habíamos decidido algunas cosas que teníamos que compartir con los demás.

Ninguno de nosotros sabía lo que planeaba Isbeth de verdad ni lo que era capaz de hacer como demis, y como yo estaba aún a días o tal vez semanas de completar el Sacrificio, no era (por mucho que le molestara a Casteel tener que admitirlo) infalible. Podían herirme de gravedad. O algo peor. Lo cual también significaba que Casteel y Kieran…

La mera idea me daba ganas de vomitar, pero era una realidad. Y debido a ello, también significaba que tenía que haber un liderazgo alternativo. Por suerte, ya lo había.

Vonetta *ya era* la Regente de la Corona.

En el caso de que ni Casteel ni yo pudiésemos gobernar, Vonetta ascendería al trono. Para que eso pudiera suceder, tenía que estar sana y salva. Así que Casteel y yo habíamos… hecho valer nuestra autoridad y le habíamos ordenado a Vonetta que se quedara en Padonia con una fuerza considerable de unos cincuenta mil soldados. Como era de esperar, no había estado contenta en absoluto al enterarse, pero cuando la realidad de lo que significaba la golpeó, había dado la impresión de necesitar sentarse.

No fue la conmoción de saber que tendría que gobernar Atlantia lo que la tenía con la respiración entrecortada. Fue darse cuenta de pronto de lo que tendría que suceder para que llegara el caso.

Y como había dicho Kieran cuando hablamos con él acerca de lo que habíamos decidido, Casteel tiraría de rango cuando de hablar con su padre se tratara.

—Terminado. —Casteel depositó mi pesada melena por encima

de mi hombro y se inclinó para besar mi nuca.

—Gracias.

—Ha sido un placer. —Se levantó de la cama con una elegancia que yo jamás dominaría, ni siquiera como Primigenia.

Mis ojos se deslizaron por las líneas perfiladas de su pecho y de su estómago mientras se ponía la túnica negra que llevaría debajo de la armadura, aliviada de constatar que había recuperado algo más de peso. En un día o dos, suponía que estaría de vuelta en su peso normal. Lo que mi sangre hacía por él era un auténtico milagro.

Volvió a donde estaba sentada para ponerse las botas.

—Voy a hablar con él ahora.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunté.

Casteel negó con la cabeza.

—Es probable que sea mejor si no vienes. —Me miró de reojo mientras apretaba las hebillas de sus botas—. Supongo que querrá sacar toda la mierda que mi madre y él debieron decir hace una eternidad. Entonces, te miraré a ti y pensaré en lo distintas que podrían haber sido las cosas para nosotros si hubiésemos sabido la verdad, y me entrarán ganas de darle un puñetazo.

—No le des un puñetazo a tu padre, Casteel.

Esbozó una pequeña sonrisa y pasó a la otra bota.

—¿Es una orden, mi reina?

—No debería tener que serlo.

—¿Pero?

—Sí.

Se inclinó hacia mí y me robó un beso rápido.

—Kieran estará conmigo. Él no me dejará darle un puñetazo. —Dado que Kieran había dejado a Casteel dar múltiples puñetazos a su hermano, no estaba tan segura de ello—. ¿Te veo luego en la sala de audiencias? —Casteel acarició mi mejilla. Asentí y ese beso… fue lo bastante largo como para dejarme lamentando que no tuviésemos más tiempo.

Después de que Casteel se hubiese marchado, trencé mi pelo y me levanté para vestirme con un atuendo similar al suyo. Las mallas eran casi tan gruesas como unos pantalones; remetí la camisa negra en ellas y opté por un chaleco bordado en oro para llevar por encima. Amarré la daga de hueso de *wolven* a mi muslo y sonreí al

pensar en cómo desaprobaría Isbeth mi ropa como atuendo para una reina. No me puse armadura alguna ni saqué las coronas de su caja. Eso lo haría más tarde. Salí de la habitación, hice una parada rápida en las cocinas para agarrar una magdalena, y luego salí, dispuesta a darle a Casteel tiempo de sobra para hablar con su padre.

Vi a Thad posado sobre el Adarve que daba a los establos, sus alas replegadas contra su estrecho cuerpo negro amarronado. Seguí la dirección de su mirada vigilante y mi corazón trastabilló.

Me terminé la magdalena, crucé el patio lleno de malas hierbas y entré en los establos. Solo quedaban unos pocos caballos dentro, pues la mayoría estaban con los soldados o les estaban colocando la armadura. Me detuve para darle a Setti un azucarillo y demostrarle todo mi afecto antes de caminar hasta el fondo de la estructura. La paja crujió bajo mis pies cuando estiré la mano para agarrarme de un poste al doblar la esquina.

El féretro de madera de Malec permanecía en el carro, listo para sacarlo por las puertas cerradas del establo detrás de él. Tenía por encima varias cadenas de huesos de un apagado tono gris blancuzco, y me di cuenta de que varios espolones de hueso se habían incrustado en la madera.

Crucé un brazo por delante de mi cintura y reprimí un escalofrío. El féretro. La presencia de Malec. Tenían un impacto que era difícil de pasar por alto. El aire se notaba frío y se me puso toda la carne de gallina. Me acerqué un pelín más y contuve la respiración como una niña tonta cuando alargué el brazo y apoyé la palma de mi mano sobre el féretro.

La madera estaba *caliente*.

Retiré la mano al instante y la apreté contra mi pecho, donde el *eather* vibraba y el lugar frío en mi interior dolía.

¿La madera que me sepultara a mí estaría fría?

Contuve la respiración unos instantes, incómoda por mis pensamientos oscuros. El destino de Malec no era el mío…

Desenvainé la daga al oír el crujido suave de la paja y giré en redondo a toda velocidad.

Malik estaba en el pasillo fuera de la cuadra, los ojos muy abiertos detrás de un mechón de pelo castaño claro que había caído hacia delante.

—¿Asustada?

—Preferiría decir «cauta» —lo corregí. Bajé la daga pero no la guardé. No había nadie más con él—. ¿Estás aquí fuera tú solo?

—Se supone que no debo. —Esbozó una media sonrisa. Tan parecida a la de Casteel que fue un poco extraño—. Pero se me da genial estar donde se supone que no debo estar.

—Ya.

—Estoy seguro de que Naill se dará cuenta enseguida de que no estoy en mi celda… eeh, quiero decir, en mis *aposentos* —se corrigió. Contemplé cómo se acercaba.

—¿Por qué estás aquí fuera?

—Te vi venir hacia aquí por la ventana. —Se detuvo en la parte de atrás del carro e hizo lo mismo que yo: puso una mano sobre el féretro. No mostró reacción alguna a la temperatura, cosa que me hizo preguntarme cosas.

—¿Notas la madera caliente?

Negó con la cabeza.

—¿Tú, sí?

Empecé a contestar, pero me encogí de hombros.

—Espero que no estés aquí fuera porque quieras hacerle algo a Malec en un intento por detenernos.

Malik soltó una risa áspera.

—No puedo decir que no se me haya pasado por la cabeza.

—¿Arriesgarías la vida de Kieran de ese modo? —exigí saber. Se me hizo un nudo en el estómago porque odiaba, *odiaba* a muerte, todo esto de esperar a ver qué pasaba con respecto a si la Unión había roto la maldición o no, o si Isbeth la retiraría.

—Se me han pasado por la cabeza todo tipo de cosas —respondió—. Pero preferiría que un *draken* no me quemara vivo.

—Esa no debería ser la única cosa que te lo impidiera.

—No, no debería. Y no lo hubiese sido antes —afirmó, y supe que se refería a antes de que la Reina de Sangre lo capturara—. Pero no soy la misma persona que era entonces —musitó, y un leve sabor a tristeza se acumuló en mi garganta.

—¿Ahora eres una persona que sacrificaría a aquellos que se preocupan por ti?

Retorció los labios en una parodia de sonrisa.

—¿A quién hubieses sacrificado tú para liberar a Casteel?

—No sacrifiqué a nadie —le dije. Malik me miró.

—¿Ah, no?

Me puse tensa.

—Liberaré a mi padre.

Se produjo un largo momento de silencio.

—Pero tanto tú como yo sabemos que, si tuvieses que elegir, no habría elección alguna. —Sus ojos se posaron en el féretro—. Para ser sincero, me alivia saberlo. Casteel se merece a alguien que esté dispuesto a quemar el mundo por él.

—¿Y tú, no?

Soltó una risa seca.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Estudié sus rasgos apuestos aunque fríos.

—Has aguantado décadas de solo los dioses saben qué por Millicent. ¿No haría ella lo mismo por ti?

Malik se rio de nuevo, y esta vez fue real.

—No. Es más probable que me prenda fuego a mí que a un mundo.

Mis cejas volaron hacia arriba.

—Dijisteis que erais corazones gemelos…

—Lo somos. —Giró el cuerpo hacia mí—. Pero ella no lo sabe.

La confusión creció en mi interior, pero entonces recordé que Malik había afirmado haber hecho cosas inimaginables que ella nunca sabría.

—¿Cómo puede no saberlo?

—Simplemente no lo sabe.

—Entonces, ¿cómo lo sabes *tú*?

Ladeó la cabeza.

—Haces muchas preguntas.

—Eso me dicen, sí.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que hacer preguntas es una señal de inteligencia?

—No he necesitado que me dijeran eso —dije—. Porque ya lo sé.

Malik sonrió entonces.

—Simplemente lo sé.

Me dio la sensación de que no le iba a sacar nada más sobre el tema, así que pasé a cosas por las que sentía más curiosidad.

—¿Crees que Millicent estará ahí con Isbeth cuando nos

reunamos con ella?

Sus hombros se tensaron.

—Por los dioses, espero que no. Aunque es probable que sí. Isbeth seguramente exigirá su presencia.

Me mordisqueé el labio de abajo mientras miraba la cadena de huesos.

—¿Por qué no ha intentado detenerla Millicent?

—¿Qué te hace pensar que no lo ha hecho? —la defendió Malik —. Ya has visto de lo que es capaz Isbeth. Millie es fuerte, es fiera, pero no es una demis.

Ahí tenía razón, pero…

—Entonces, ¿por qué no intentó matarme? Cree que soy la Heraldo, ¿no? Ha tenido la oportunidad de hacerlo, lo mismo que tú, sobre todo cuando era más joven.

—Millie nunca ha intentado convencerse de que podía matar a una niña, mucho menos a su *hermana*. —Malik me fulminó con la mirada—. No es malvada solo porque sea la hija de Isbeth.

Pero al parecer pensaban que *yo* sí.

—¿Y tú? Tú sí eras lo bastante malvado para pensar que podías hacerlo.

—Estaba lo bastante desesperado. —Malik hizo una pausa—. Y lo bastante roto como para agarrarme a cualquier cosa.

Recodé lo que le había dicho Casteel.

—La *wolven* que estaba vinculada a ti… Preela… ¿Cómo te rompió lo que le pasó?

—Jalara la mató delante de mí —respondió, en tono tan neutro que casi pensé que la oleada de aflicción era mía—. Lo que él y los otros le hicieron no fue rápido ni honorable. —Se giró hacia mí—. Y no tienes que preguntar lo que fue. Llevas parte de ella contigo. Lo sujetas en tu mano incluso ahora.

Despacio, bajé la vista hacia la daga de heliotropo que sujetaba, el mango de hueso de *wolven* que nunca se calentaba en mi mano.

—No. —Malik no dijo nada. Mis ojos volaron hacia los suyos—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Vi cómo forjaban cada daga a partir de sus huesos. Jamás olvidaré el aspecto que tienen. —Un escalofrío recorrió mi mano—. Y se la regalaron a Coralena que, a su vez, se la dio a Leopold —continuó, y un músculo se abultó en su sien—. Cómo acabó después

en tus manos es algo que siento gran curiosidad por saber.

—Me la regaló Vikter —susurré—. Él también era un *viktor*.

Malik esbozó una sonrisa tensa.

—Vaya, suena como que los *Hados* debieron tener algo que ver, ¿no crees?

Capítulo 46

Casteel

Desde la ventana de la sala de audiencias, observé a varios soldados cabalgar hacia el Adarve para reunirse con el resto de los ejércitos a las afueras de Padonia.

Doscientos mil hombres y mujeres preparados para poner fin a esta guerra. Listos para luchar. Listos para morir. El peso de su lealtad y su determinación presionaba más sobre mis hombros y mi pecho que la armadura que llevaba.

Kieran se reunió conmigo en silencio ante la ventana. Su hombro rozó el mío y lo miré de reojo. Iba vestido de negro con ribetes dorados, pero sin la armadura. Se había cortado el pelo en algún momento desde la última vez que lo había visto, pero mis ojos se posaron más bien en su brazo, donde había estado el corte. La Unión había funcionado. Aunque Kieran y yo siempre habíamos tenido una relación muy cercana, nuestros corazones nunca habían compartido el mismo ritmo, ni siquiera cuando estábamos vinculados. Pero ¿habría roto la maldición?

Cuando mi corazón se aceleró, lo mismo le pasó al suyo. Me miró.

—¿Quiero saber lo que estás pensando?

No necesitaba saberlo, pues estaba seguro de que ya atormentaba su mente lo suficiente. Me giré hacia la ventana.

—Estaba pensando en cómo deseo que todos y cada uno de estos soldados vivan para ver el mundo en paz. —No era mentira—. Pero sé que no todos lo harán.

Asintió.

—Te diría lo mismo que le he dicho a Poppy, pero ya sabes lo que es, puesto que tú fuiste el que me lo dijo a mí cuando partimos de Atlantia por primera vez.

Sabía a qué se refería.

—No puedes salvar a todo el mundo, pero puedes salvar a tus seres queridos —dije—. ¿Y cómo respondió Poppy a eso?

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Estás aquí, ¿verdad?

—Lo mismo que tú.

—Exacto. —Hubo una pausa—. He mandado llamar a tu padre como me pediste. Viene ahora. ¿Todavía piensas tirar de rango? —Asentí—. No le va a gustar.

—Lo sé, pero tendrá que apañarse. —Respiré hondo y me giré cuando mi padre entró en la sala de audiencias junto a lord Sven, el yelmo que no necesitaría remetido debajo del brazo.

—¿Me has llamado? —preguntó mi padre, y las arrugas de preocupación en sus ojos parecían más profundas de lo que habían sido incluso el día anterior.

Era una sensación surrealista que fuera yo el que mandara llamar a mi padre.

Kieran se giró para ponerse hombro con hombro a mi lado.

—Hay algo que no hablé contigo ayer.

Mi padre inclinó la cabeza, pero cuando Sven entornó los ojos de repente me di cuenta de que el maldito hombre se hacía una buena idea de lo que estaba a punto de decir. Su mandíbula se apretó, pero me dedicó un rápido asentimiento seco que mi padre no vio.

—La reina y yo… —empecé, y mi padre se puso tenso de inmediato ante el uso de nuestros títulos formales. Después de haber sido rey durante tanto tiempo, sabía que lo que estaba a punto de decir dejaba poco espacio a la discusión—. Hemos decidido que, puesto que Netta se va a quedar en Padonia como regente, necesitará un liderazgo fuerte a su lado.

Dos manchurrones rojos aparecieron al instante en sus mejillas.

—Cas…

—Alguien en quien confíen los restantes ejércitos y la gente de Atlantia —continué, mi voz más dura mientras le sostenía la mirada —. Y en quien pueda apoyarse la regente si ni la reina ni yo somos capaces de gobernar.

Mi padre contuvo el aliento de repente y esos manchurrones desaparecieron de un plumazo.

—Sabes que puede suceder —dije. Algo que odiaba reconocer siquiera, aunque era la pura realidad de todos modos. Poppy no había completado su Sacrificio. Técnicamente, seguía siendo una diosa, y los dioses eran más fáciles de matar que los Primigenios. Si ella caía, Kieran y yo caeríamos con ella.

Diablos, yo caería aunque no estuviésemos Unidos.

—Por supuesto que puede suceder —dijo mi padre—. Pero está Jasper.

—Jasper nunca ha encabezado a ninguno de los ejércitos —intervino Sven—. Sí, tiene la confianza de la gente de Atlantia, pero no está en situación de liderar a los ejércitos que quedan.

Un músculo se abultó en la sien de mi padre.

—¿Y crees que yo soy digno de esa confianza? —me preguntó. Me puse tenso.

—Creo que guiarías a la regente hacia lo que fuera mejor para el reino y no serías tan tonto como para caer en los mismos errores.

Miró a Kieran.

—Vuestro consejero debería quedarse…

—Si fracasamos en el campo de batalla, Kieran no sería capaz de ayudar a la regente —lo interrumpí.

La comprensión se iluminó en sus ojos, como también lo hizo un poco de alivio. Sabía lo que había querido decir, y también sabía que yo, junto con Kieran, tendríamos más protección que nadie en ese campo de batalla.

—¿He de quedarme aquí mientras mis dos hijos parten a la batalla?

—Sí —dije—. Como debe ser.

Se quedó callado durante un buen rato, y luego soltó un suspiro de resignación.

—Si es una orden, la obedeceré.

Ladeé la cabeza.

—En realidad, no tienes opción.

Sus hombros se tensaron.

—Respóndeme a una cosa, de hijo a padre. ¿Esta decisión la ha guiado solo la confianza de la gente y mi experiencia?

Mi padre y yo teníamos muchas cosas de las que hablar cuando pusiéramos fin a esta guerra. Y aunque estos planes los habíamos trazado ante la posibilidad de fracasar, lo hacíamos solo porque eso era lo que hacían un rey y una reina responsables. Sin embargo, ninguna parte de mí pensaba que no habría un después. Aun así, dije lo que necesitaba decir.

—Tú eres el que me enseñó que no puedo salvar a todo el mundo —empecé—. Pero puedo salvar a mis seres queridos.

Poppy entró con Tawny y Vonetta poco después de la reunión con mi padre, pero solo fui consciente de su llegada porque mi corazón trastabilló. No estaba seguro de si era a causa de Kieran o de mí, porque él la miraba con la misma intensidad que yo.

Su gruesa trenza del color del vino caía sobre la armadura entallada desde los hombros hasta las caderas. Llevaba grebas para protegerse los muslos y las espinillas. La empuñadura de una espada asomaba por encima de su cadera izquierda. No había nada diferente en su armadura ni en la capa blanca que colgaba a su espalda. Ningún adorno ni marca especial aparte del escudo atlantiano dorado pintado sobre la coraza de todas nuestras armaduras. Sin embargo, nadie parecía tan regio como ella. Ni tan fuerte.

Poppy parecía una diosa de la guerra. No, una *Primigenia* de la Guerra.

Un fogonazo de deseo sin adulterar, puro y al rojo vivo, se agarró a mi estómago al verla cruzar por delante de las ventanas que bordeaban la sala. La sensación fue casi tan poderosa como la oleada de respeto. Cada paso que daba estaba impregnado no de la confianza de una reina sino de la de una soldado; una que, como *sus* soldados, estaba preparada para luchar hasta la muerte.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba un pelín cuando sus ojos se cruzaron con los míos y un tenue rubor se extendió por la cicatriz de su mejilla. Ni siquiera traté de disimular lo que sentía. Quería que supiera lo magnífica que creía que era mientras cruzaba el espacio que nos separaba.

Tomé sus manos en las mías y me incliné hacia ella de modo que mi boca estuviese al lado de su oído.

—Quiero follarte con esta armadura —susurré—. ¿Crees que podemos hacerlo?

Su exclamación ahogada llevó una sonrisa a mi cara.

—Puede que te resulte bastante incómodo.

—Valdrá la pena. —Besé la cicatriz que discurría por su sien y me enderecé—. He hablado con mi padre.

El rosa empezó a difuminarse de sus mejillas, pero su corazón aún aporreaba en su pecho. Igual que el mío. Y el de Kieran.

—¿Cómo se lo tomó?

—Más o menos tan bien como era de esperar —le dije, y miré de reojo la caja de puros que sujetaba Netta.

—Mejor de lo que yo creía —aportó Kieran al llegar a nuestro lado. Alargó un brazo hacia Poppy y le dio un tironcito de la trenza. Ella le regaló una sonrisa.

—Espero que sea verdad —comentó Netta—. Porque yo soy la que se queda atascada con él en el futuro próximo.

—¿Qué llevas en esa caja? —pregunté. Tawny arqueó una ceja.

—Yo me estaba preguntando lo mismo.

—Las coronas —repuso Netta, y me tendió la caja—. Poppy se fue sin ellas. No estoy segura de si de verdad se olvidó o si fue intencionado.

Poppy se medio encogió de hombros.

—Oh. —Tawny abrió mucho los ojos y me di cuenta de que habían empezado a recuperar un poco de color—. Ni siquiera las he visto.

Levanté la tapa, gesto que vino seguido de la suave exclamación de Tawny. Los huesos dorados descansaban lado a lado, centelleando a la luz del sol que entraba a raudales por la ventana.

—Son preciosas. —Tawny levantó la vista hacia Poppy—. Yo me la pondría todos los días y todas las noches. Incluso en la cama.

Mis cejas se arquearon y pensé que todavía no le había hecho el

amor a Poppy con la corona puesta. Una sonrisa perezosa empezó a reptar por mi cara. Los ojos de Poppy volaron hacia los míos. Kieran suspiró.

—Le acabas de dar, supongo que sin querer, ideas a Cas.

—Siento curiosidad por esas ideas —comentó Tawny mientras yo sacaba una corona.

—No la tienes —se apresuró a decir Poppy.

—Estate quieta un momento —le murmuré a Poppy mientras depositaba la corona sobre su cabeza—. Perfecta.

Tawny observó a Poppy levantar la corona restante.

—¿Están hechas de huesos de verdad?

—Así es —repuse.

—¿En serio? —Tawny ya no parecía tan enamorada de las coronas como hacía tan solo unos instantes.

Poppy hizo una mueca cuando agaché la cabeza.

—Intento no pensar en ello.

—¿De quién son los huesos? —preguntó.

—No creo que nadie conozca la respuesta a esa pregunta —dijo Kieran—. Todo lo que sabemos es que no son huesos de deidades. Hay quien cree que son los huesos de un dios.

—O de un Primigenio —añadió Netta—. Pero solo revelan su verdadero aspecto cuando una deidad o un dios se sientan en el trono. —Hizo una pausa—. O un Primigenio.

Poppy puso la corona sobre mi cabeza.

—Ya está —susurró, los ojos centelleantes. Sus manos se demoraron un instante de más y nuestros ojos se cruzaron, y el maldito mundo entero pasó a segundo plano—. Ahora está perfecta.

La emoción atoró mi garganta y comprimió mi pecho. No era la corona sobre mi cabeza lo que me había emocionado sino las manos que la habían colocado ahí.

Un cuerno resonó desde fuera del Adarve. Toqué la mejilla de Poppy y luego me aparté un poco. Le di unos momentos a solas con Netta y Tawny antes de que fuese hora de partir. Mi padre reapareció para unirse a Netta y a Tawny mientras nos dirigíamos afuera, hacia donde tenían a nuestros caballos preparados y donde Naill y Emil esperaban con los *wolven*. El corcel tordo que aguardaba junto a Setti tenía su mismo origen. A Phobas lo habían bautizado en honor del caballo de batalla de la diosa de la paz y la

venganza. Me había sorprendido verlo aquí, pero sería un caballo fantástico para Poppy.

Resonó otro cuerno y se izaron estandartes blancos y dorados a lo largo de la carretera que llevaba a las puertas de Padonia y más allá. Los tres nos detuvimos en la cima de las escaleras. Los *wolven* inclinaron la cabeza mientras un retumbar grave reverberó desde el Bosque de Glicinas. Incapaz de reprimirme, levanté la vista. Cuatro sombras cayeron sobre las filas de soldados. Poppy estiró los brazos y tomó mi mano y la de Kieran.

—De sangre y cenizas —grité, levantando la mano unida a la de Poppy. La gente repitió las palabras por todo el pueblo y el valle.

Poppy levantó la vista hacia mí y luego se giró hacia la multitud al tiempo que levantaba la mano que sujetaba la de Kieran.

—¡Hemos resurgido!

Poppy

El trayecto de dos días hasta el Templo de Huesos, que nos llevó a través de una sección estrecha del Bosque de Sangre, discurrió sin incidentes en su mayor parte. Hubo ataques de Demonios, pero fueron solventados enseguida. El general Murin y sus fuerzas se unieron a nosotros por el camino, junto con la división de La'Sere, procedentes de Whitebridge y de Tres Ríos.

Nuestros ejércitos habían acampado justo a las afueras del Bosque de Sangre para pasar la noche, y cuando la luz de la luna iluminó el techo de la tienda de campaña, Casteel bebió de la vena de mi cuello, y yo, tras asegurarme de que él se hubiera recuperado lo suficiente, tomé sangre del corte que se hizo en el pecho. El acto íntimo se había convertido en algo tan natural como respirar y no había habido vacilación alguna cuando guio mis labios hacia donde se arremolinaba su sangre.

Y su sabor…

Fue tan intenso como siempre. Un sabor como a cítricos en la nieve que calentó mis venas junto con ese lugar vacío en mi interior cuando se movió encima de mí y luego dentro de mí, su sangre en mi lengua y mi nombre un susurro en sus labios. Me quedé dormida

envuelta en sus brazos, solo para despertarme en medio de la noche, desorientada por el sueño que había tenido. Solo recordaba retazos inconexos. La espalda de una mujer que llevaba una corona de diamantes negros sobre el pelo plateado. Estaba sentada sobre un trono muy parecido al que había visto en el templo de Nyktos, *llorando*. También había un hombre de pelo rubio pajizo de pie a su izquierda. Había algo en él que me resultaba muy familiar. Había empezado a darse la vuelta y dijo una sola palabra, pero desperté antes de poder ver su cara.

Aun así, la tristeza del sueño se acumuló como cerveza agria en mi garganta. La mujer… Había sido la consorte, estaba segura de ello. Y el hombre…

Me había dado la *impresión* de que era Vikter.

No obstante, aunque de verdad hubiese sido un *viktor*, ¿por qué lo habría visto con la consorte? No tenía sentido. Poco a poco, fui consciente de las mantas enrolladas debajo de la mitad de mi cuerpo y del agradable calor que presionaba contra mi pecho y contra mi espalda. Todo pensamiento sobre el extraño sueño desapareció de un plumazo.

Tenía la mejilla acurrucada en el hueco del hombro de Casteel y estaba enredada con él como si yo fuese una especie de oso de árbol, mi pierna cruzada por encima de él y su brazo enroscado alrededor de mi cintura. Me abrazaba con fuerza, como si, aun dormido, temiera que pudiera escabullirme de algún modo de su lado.

Pero él no era la única fuente de calor.

Aspiré una bocanada de aire profunda y embriagadora que llevaba olor a especias y pino exuberante, y a cedro terroso, y pensé al instante en la noche envuelta en niebla de las montañas Skotos.

Kieran estaba dormido detrás de mí.

No sabía cuándo se había unido a nosotros, pero tenía una pierna metida entre las mías, su brazo justo por debajo del de Casteel sobre mi cadera. Mis pestañas aletearon y abrí los ojos. A la tenue luz de la luna que se filtraba a través de la lona de la tienda, vi mi mano y la de Kieran sobre el estómago de Casteel, la suya apoyada por debajo de la mía.

No había nada de espacio entre los tres. Ni un centímetro. Notaba cada una de sus respiraciones, regulares y profundas, y

estaba segura de que si me concentraba lo suficiente, descubriría que, igual que nuestros corazones, nuestra respiración también estaba acompasada.

Supe entonces que, igual que aquella noche en las montañas, me había girado hacia Casteel, y Kieran había hecho lo mismo. Casteel tenía su propia atracción gravitatoria a la que ambos respondíamos en sueños. Además, igual que aquella noche, nada parecía pecaminoso en la forma que estábamos… acurrucados juntos. Lo único diferente ahora era que parecía natural. Bueno, eso y el hecho de que estábamos Unidos.

Esperé a que me invadiera la vergüenza. Había un montón de soldados y *wolven* a nuestro alrededor. Muchos tenían que saber que Kieran había entrado en la tienda, pero no sentí vergüenza alguna. En lugar de eso, sentí como si las cosas estuviesen destinadas a ser así. Y pensar eso era señal segura de que debería estar tratando de volver a dormirme.

O debería darme un puñetazo.

Porque sonaba muy tonto.

¿Podría dejarme inconsciente a mí misma?

Por todos los dioses, casi me daban ganas de averiguarlo.

Cerré los ojos, pero el sueño no llegó, por muy calentita que estuviera. Por muy segura que me sintiese acurrucada entre ambos. Era fácil olvidar lo que nos aguardaba.

Kieran se movió detrás de mí y se me atascó el aire en el pecho. Las pieles que Casteel había remetido a mi alrededor estaban entre Kieran y yo, pero el cambio de posición de su cuerpo había hecho que su pierna se deslizara más adentro entre las mías. Su movimiento alteró a Casteel lo suficiente como para que su brazo se apretara a mi alrededor y tensara los dedos sobre mi cadera durante unos segundos. Me mordí el labio cuando mi pulso trastabilló al sentir la presión del muslo de Kieran y la sensación del cuerpo de Casteel contra el mío. Una ráfaga de percepción temblorosa me recorrió de arriba abajo. Mantuve los ojos cerrados mientras…

No sabía lo que estaba haciendo, pero mi mente había divagado de un modo desvergonzado de vuelta a las orillas del río de Rhain. Mis dedos se enroscaron contra el abdomen de Casteel. Kieran se asentó después de unos segundos y su pecho volvió a subir y bajar con regularidad mientras me quedaba ahí tumbada, sin mover ni un

músculo.

Los segundos se convirtieron en minutos y mi mente empezó a divagar con el sonido del frufrú de las hojas y los ronquidos amortiguados de los que tenían la suerte suficiente de poder dormir. Entonces se me ocurrió algo. De todas las veces que Kieran había dormido a mi lado mientras Casteel no estaba, solo había estado en su forma mortal una vez, y esa fue la noche que le había pedido que me sepultara si llegaba a convertirme en algo temible. No sabía lo que significaba o si significaba algo siquiera. Pero entre nosotros tres no había cambiado nada y había cambiado todo desde la Unión. Nuestra relación seguía siendo igual que siempre, pero ahora había una intimidad que no había estado ahí antes. Una cercanía. Un vínculo que recordábamos cada vez que sentíamos nuestros corazones latir al unísono. Deseaba de todo corazón estar dormida y no pensando…

Unos dedos tocaron mi barbilla. Me sobresalté y mis ojos se abrieron de golpe cuando inclinaron mi cabeza hacia atrás. El tenue ardor del oro perforó las sombras de la noche. Se me aceleró el corazón al sentir el pulgar de Casteel deslizarse por mi labio de abajo. Empecé a disculparme por haberlo despertado, pero él agachó la cabeza para rozar mis labios con los suyos. El beso fue suave, dulcísimo. Jamás podría elegir un beso favorito con él, pero estos… *estos* eran especiales. Sabían a amor y devoción.

Aunque también lo eran los besos más profundos y oscuros, llenos de necesidad y deseo. Y eso fue en lo que se convirtió su beso. Su lengua se deslizó entre mis labios y se movió contra los míos, silenciando todo sonido que hubiese podido hacer. Su brazo se apretó en torno a mi cintura, sus dedos sobre mi cadera presionaron más fuerte y me atrajo aún más hacia él. Sentí un arrebato de deseo y placer muy poco aconsejable por todo el cuerpo.

Los labios de Casteel abandonaron los míos, aunque no fueron lejos.

—Duerme, mi reina.

—Los dos deberíais dormir —retumbó la voz grave de Kieran detrás de mi espalda.

Abrí los ojos como platos, aun cuando sentí que los labios de Casteel se curvaban en una sonrisa contra los míos.

—Duerme —repitió, y me dio un beso más antes de guiar mi mejilla de vuelta a su hombro. Su mano soltó mi barbilla y se deslizó por su pecho hasta mi mano. Hasta la de Kieran debajo de la mía. Hasta las dos. Casteel no había empleado coacción, pero mis ojos se cerraron y volví a dormirme con nuestras tres manos unidas.

Capítulo 47

Coronamos las últimas laderas del valle de Niel justo cuando el sol empezaba a ponerse, tiñendo el cielo de un intenso azul violeta. Kieran cabalgaba a la derecha de Casteel, y Delano y los *wolven* iban a mi lado cuando la parte norte del Adarve que rodeaba Carsodonia apareció ante nuestros ojos. La zona del Templo de Huesos y de Pensdurth estaba mucho más alta que Carsodonia, de un modo muy parecido a Masadonia, por lo que el aire era un poco más fresco y menos húmedo. Con las manos firmes en torno a las riendas de Phobas, miré a Sage.

La *wolven* se separó de la manada, seguida por las divisiones de los generales Sven y Murin, y se encaminó hacia las puertas de Carsodonia como habíamos planeado. Los *drakens* se quedaron en la densa zona boscosa a nuestra espalda, puesto que no estábamos seguros de si la Corona de Sangre habría averiguado ya cuántos *drakens* habían sobrevivido al ataque. De no haberlo hecho, queríamos que ese detalle siguiera sin conocerse. Con la velocidad de los *drakens* en el aire, tardarían tan solo unos minutos en alcanzarnos cuando los necesitáramos.

Miré hacia atrás, donde Hisa y varios guardias de la corona iban

a caballo al lado del carro. Me había pasado el camino entero comprobando el carro, casi como si esperara que el féretro con el cuerpo de Malec desapareciera de alguna manera.

Cosa que era tan tonta como la mayoría de los pensamientos que había tenido en medio de la noche.

Nuestros corazones estaban tranquilos mientras continuábamos adelante, observados de cerca por los guardias apostados por el Adarve. Tenían los arcos a punto, pero nadie nos había disparado mientras seguíamos adelante, nuestros estandartes atlantianos ondeando a la brisa con ligero sabor salado. El silencio era inquietante, roto solo por los cuernos que bramaban desde todos los rincones del Adarve. Los mismos que resonaban cuando veían la neblina. Me pregunté si la gente estaría buscando refugio en sus casas, no para esconderse de los Demonios esta vez, sino de la que los habían llevado a creer que era la Heraldo de Muerte y Destrucción.

Levanté la vista hacia los arqueros del Adarve y mis sentidos se abrieron a ellos. Un miedo amargo se arremolinó en mi garganta y rozó contra el *eather* que giraba incesante en mi interior.

—Tienen miedo.

—Como debe ser —comentó Casteel, y aparté la mirada de ellos para centrarme en mi rey. Él también los estaba mirando—. Los ejércitos atlantianos nunca habían venido tan al oeste.

—Ni siquiera durante la Guerra de los Dos Reyes —añadió Kieran—. Es probable que la mayoría de los guardias de ahí arriba jamás hayan *visto* a un atlantiano o a un *wolven*, al menos de manera consciente.

—Seguro que les sorprende que nos parezcamos a ellos —dijo Emil desde detrás de nosotros, donde cabalgaba con Naill y Malik —. Y no a los Demonios.

—Es muy probable que todo eso sea verdad —dije—. Y significa que cuando esto termine, cuando hayamos acabado con la Corona de Sangre, tenemos que demostrarle a la gente de Carsodonia y al resto de Solis que no somos los monstruos que les han contado que somos. No será tan fácil como fue en Padonia o en las otras ciudades más al este —razoné, aunque no diría que ninguna excepto Padonia hubiese sido especialmente *fácil*.

—Lo haremos. —Los ojos de Casteel encontraron los míos—.

Hará falta tiempo, pero el tiempo es lo que tendremos de nuestro lado.

Asentí. Teníamos tiempo, pero también lo tenían todos los Ascendidos que habían huido de sus ciudades, ya fuese solo abandonándolas o sin dejar nada más que muerte a su espalda. Ahora estaban detrás de esas murallas. Tendríamos que encargarnos también de ellos.

En cualquier caso, era lo que nos aguardaba ahora lo que requería toda nuestra atención.

El Templo de Huesos se alzaba en el horizonte, una estructura inmensa construida sobre miles de pesados bloques de piedra que contenían los cuerpos de los sacerdotes y sacerdotisas sepultados. El templo era tan alto como el Adarve en sí, con columnas de mármol y piedra caliza que se estiraban aún más altas, y unas empinadas escaleras que subían por los lados norte y sur. Una maraña de plantas trepadoras habían colonizado las del este y el oeste e incluso habían empezado a subir por las columnas.

—Bueno —dijo Naill alargando la palabra cuando alcanzamos a ver los terrenos de detrás del templo—. Parece que la Reina de Sangre se ha traído a unos cuantos amiguitos con ella.

—Desde luego que sí —murmuró Casteel—. Tampoco es inesperado.

Y no lo era. Era imposible que Isbeth fuese a reunirse con nosotros en campo abierto de este modo sin unas fuerzas considerables a su espalda. Igual que no lo hacíamos nosotros.

A la creciente luz de la luna, las tierras parecían rojas detrás del templo. El rojo bloqueaba las puertas del norte y se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Miles de soldados con armadura negra y carmesí estaban formados escudo con escudo, sus rostros cubiertos por yelmos o bandanas.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó Casteel a medida que nos acercábamos.

Dejé que mis sentidos se abrieran al exterior y recibí en respuesta una mezcla de emociones en grados variados. Determinación salada. Vaciedad insondable. Miedo. Un vacío menos profundo procedente de los que protegían sus emociones.

—Mortales, caballeros y Retornados —les dije.

—Cuán increíble diversidad por parte de la Reina de Sangre —

murmuró Kieran.

Mis ojos barrieron el suelo del templo. No lograba ver quién estaba ahí. ¿Estaría Millicent con nuestra madre? ¿Intervendría en su favor cuando fuera patente lo que planeábamos? ¿O nos ayudaría a nosotros?

Casteel dio la señal y los caballos ralentizaron el paso antes de parar cuando nos acercamos al pie del templo. Me miró. Yo aspiré una bocanada de aire superficial y asentí.

Aflojé los dedos sobre las riendas y eché pie a tierra. Casteel hizo lo mismo. Los que irían con nosotros al templo siguieron nuestro ejemplo mientras Casteel se acercaba a donde esperaban los generales.

—Recordad el plan —les indicó—. Los *wolven* os alertarán cuando sea el momento.

Los generales Aylard y Sven asintieron mientras Naill y Emil descargaban con cuidado el féretro de Malec del carro.

—Tened cuidado —nos dijo Sven.

—Pero sed valientes —repuse, recordando las palabras que había oído hacía unos días.

Mis ojos se cruzaron con los de Hisa, que sonrió mientras ayudaba a Naill y a Emil. Yo sonreí a mi vez cuando Casteel agarró a Malik del brazo, pero la curva de mis labios se borró pronto.

—Quédate cerca de mí —dijo Casteel, su voz grave mientras miraba a su hermano a los ojos—. No hagas nada que pueda poner en peligro lo que estamos haciendo aquí ni tu vida.

La expresión de Malik era estoica, pero asintió.

—Por lo menos podrías sonreír —le dijo Kieran a Malik cuando Casteel le soltó el brazo—. Al menos esta vez tienes una espada.

—Guau, gracias —musitó Malik. Casteel le lanzó una mirada que hubiese silenciado a cualquier persona sensata—. Ya sabes, por permitirme disfrutar de la más mínima de las protecciones.

—¿Qué tal si dejas de quejarte y nos ayudas? —resolló Naill—. Para ser un dios muerto, el muy cabrón pesa un quintal.

Con una maldición en voz baja, Malik se acercó a la parte de delante del féretro.

—A lo mejor no es que pese, sino que sois unos debiluchos.

—Repite eso —advirtió Hisa, y sus ojos centellearon de un ámbar intenso por encima de la visera de su yelmo—, y te patearé

el culo.

Malik no dijo nada mientras ayudaba a depositar el féretro en el suelo, aunque sus labios hicieron ademán de curvarse y un sabor azucarado se arremolinó en mi boca.

—¿Qué les pasa a los hombres Da'Neer para que les divierta tanto que las mujeres los amenacen? —pregunté.

Kieran soltó una carcajada, luego tomó mi mano y me hizo girar hacia él.

—Es probable que tenga una respuesta complicada —explicó, al tiempo que agarraba con cuidado mi corona y la levantaba de modo que no se enganchara con mi pelo. Ni Casteel ni yo llevaríamos nuestras coronas. Ya seríamos blanco suficiente en el campo; no necesitábamos facilitarle a nadie nuestra identificación—. Enterrada en traumas muy profundos procedentes de hace muchas generaciones.

—Encuentro que eso es *profundamente* ofensivo —comentó Casteel, que se acercó a nosotros. Sonreí.

—Claro que sí. —Kieran tomó mi corona y la colocó en la caja que sujetaba un guardia de la corona, una de madera mucho más elaborada y con el escudo atlantiano tallado en ella. Supuse que la gente se había cansado de ver las coronas en una caja de puros. A continuación, Kieran se volvió hacia Casteel, retiró su corona con la misma delicadeza y la depositó al lado de la mía. Nos miró a uno y otro mientras el guardia se montaba en su caballo y se alejaba con la misión de mantener las coronas a salvo—. ¿Estamos listos?

Casteel bajó la vista hacia mí.

—¿Mi reina?

Mi pulso se aceleró un pelín y un aleteo de anticipación nerviosa brotó en mi pecho. La esencia empezó a vibrar.

—Sí.

—Entonces, ha llegado la hora. —La boca de Casteel rozó la mía. Sus labios sabían a brisa salada. Tomó mi mano izquierda y deslizó el pulgar por la centelleante espiral dorada—. Vamos a terminar esto esta noche, de un modo u otro. Y después, voy a ir en busca de ese diamante del que te hablé. —Me besó otra vez—. Pero antes de eso, voy a tener lo que quiero. A ti. En esa armadura.

—Por todos los dioses —medio suspiró, medio rio Kieran. Los labios de Casteel se curvaron en una sonrisa contra los míos.

—No me digas que no estás pensando en lo mismo.

Abrí los ojos como platos y Kieran sonó como si se estuviese atragantando con su propia respiración. Lo que percibí en él de repente, mientras Casteel se reía entre dientes, no fue vergüenza. Fue algo afilado y pesado, demasiado efímero como para agarrarme a ello. Entorné los ojos en dirección a Kieran mientras Casteel tomaba mi mano.

—¿Estás ocultando tus emociones?

—Yo jamás haría tal cosa —repuso Kieran, con una expresión de pura inocencia.

—Ya —musité, y Casteel nos guio alrededor del carro hacia el templo.

En el mismo momento en que empezamos a subir las empinadas escaleras, seguidos de Delano y los otros *wolven*, lo que estuviese o no estuviese sintiendo Kieran pasó a segundo plano. Lo que estaba a punto de suceder era más grande que yo. Que Casteel y yo. Incluso más grande que Kieran. El futuro de los reinos dependía de lo que sucediera esta noche. No había forma humana de prepararse mentalmente para esto. No cuando había llevado ese velo hasta hacía no tanto tiempo y solo se me había conocido como la Doncella. Mi corazón latía tan deprisa como lo había hecho cuando nos acercamos al Adarve de Oak Ambler, y me recorrió un escalofrío delicado.

A medida que nos acercábamos a la cima de las escaleras y justo cuando empezaba a sentir que mis piernas se convertirían en líquido, Casteel se detuvo. Se volvió hacia mí y me apretó la mano.

—¿Recuerdas lo que te dijimos en Evaemon?

Negué con la cabeza, mis pensamientos demasiado acelerados como para empezar siquiera a recordar a qué podría referirse.

Sus ojos captaron los míos, y el dorado centelleó a la luz de las estrellas.

—Te has enfrentado a Demonios y a *vamprys*, a hombres con máscaras de piel humana. Has amilanado a atlantianos que querían hacerte daño, te has apoderado de ciudades enteras y me has liberado a mí —enumeró. Acarició mi mejilla—. Eres más que una reina. Más que una diosa a punto de convertirse en una Primigenia. Eres Penellaphe Da'Neer, y no tienes miedo a nada.

Se me atascó el aire en el pecho.

Kieran acarició mi otra mejilla, lo cual hizo que deslizara los ojos hacia él. Sonrió.

—Y no huyes de nada ni de nadie.

La emoción atoró mi garganta, igual que había pasado en Evaemon, sus palabras tan poderosas como el *eather* que vibraba en mi pecho.

Tenían razón.

Era valiente.

Fuerte.

Y no tenía miedo.

Asentí y me giré hacia delante justo cuando Delano rozó mis piernas y varios de los *wolven* nos adelantaron en ademán acechante. Levanté la barbilla y cuadré los hombros. Mi corazón se asentó cuando coronamos las escaleras.

Delano se quedó a mi lado cuando los demás *wolven* se abrieron en abanico, sus cuerpos lustrosos a la luz de la luna mientras serpenteaban entre las estatuas de piedra pálida que representaban a dioses arrodillados y bordeaban el camino que llevaba hasta *ella*.

Enfundada en un medio abrigo, medio vestido ceñido color carmesí, la Reina de Sangre estaba de pie delante de un altar utilizado antaño para exhibir los cuerpos de los sacerdotes y las sacerdotisas. La corona de rubíes y diamantes centelleaba sobre su cabeza como las estrellas que inundaban el cielo, lo mismo que el rubí que perforaba su nariz y el ancho cinturón enjoyado que ceñía su talle, visible debajo de ambos lados de su abrigo. Sus labios eran tan rojos como su ropa y, mientras estaba ahí de pie, era tan preciosa como horripilante.

Mi madre.

Mi enemiga.

No estaba sola. Callum estaba a su derecha, tan dorado como el mismísimo sol. Docenas de caballeros y guardias reales la flanqueaban y una fila de doncellas personales esperaba detrás del altar, pero una en particular llamó mi atención.

Millicent iba vestida como las otras doncellas personales: con una túnica carmesí sin mangas ceñida a las caderas. Unas ranuras a ambos lados revelaban pantalones del mismo color, con dagas envainadas en ambos muslos. Volvía a llevar las marcas negras pintadas por los brazos, y la oscura máscara negra y rojiza sobre su

cara ocultaba lo que había visto Casteel: nuestros rasgos compartidos. Los laterales de su pelo estaban trenzados como el mío y retirados para caer por su espalda; el color era un negro mate y anodino.

Con una sola mirada supe que no estaba ocultando sus emociones. La inquietud de Millicent era fuerte y agria, mezclada con la pesadumbre de su preocupación cuando sus ojos se deslizaron sobre nosotros tres y luego siguieron camino más allá, hacia donde suponía que estaría buscando a Malik. No tenía ni idea de lo que estaba pasando entre ellos… de cómo o por qué sentía animadversión hacia Malik, como él decía, pero al mismo tiempo era obvio que se preocupaba por él. No tenía claro cuáles eran sus verdaderas lealtades, pero nada de eso importaba.

Lo único que importaba era nuestra madre.

—Has traído a un ejército contigo y vas vestida para la batalla —comentó la Reina de Sangre—. ¿Debería preocuparme?

La miré a los ojos y no me permití buscar ningún tipo de sentimiento en ella.

—Deberías estar preocupada siempre.

Isbeth esbozó una sonrisa tensa mientras daba un paso al frente, con las manos cruzadas a la cintura.

—Espero que no hayas recorrido todo este camino solo para hacerte la listilla. ¿Dónde está Malec?

—Lo tenemos, pero tienes que retirar la maldición antes —le dije.

—¿O qué? —preguntó Callum.

Delano agachó la cabeza al tiempo que retraía el labio y un gruñido grave retumbaba dentro de él. Utilicé el *notam* para calmarlo, para apaciguar a los otros mientras caminaban por el templo, sus instintos a flor de piel a causa de la presencia de tantos *vamprys* y Retornados.

—O prenderemos fuego a su féretro —repuso Casteel con frialdad—. Y luego te mataremos.

—No haces más que decir eso —se burló el Retornado—, pero aquí sigo.

Casteel giró la cabeza hacia Callum y sus labios se curvaron en un esbozo de sonrisa.

—Y aquí estoy yo.

—Retiraré la maldición cuando vea que tenéis a Malec con vosotros y que aún vive —intervino Isbeth antes de que pudiera hacerlo Callum—. Necesito pruebas de que habéis cumplido vuestra parte del trato antes de cumplir la mía.

Miré de reojo a Casteel, que hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza, y a través del *notam*, me puse en contacto con Rune, que esperaba con los demás. La respuesta del *wolven* fue rápida.

—Va para allá.

Los ojos de Isbeth abandonaron los míos para dirigirse hacia las escaleras.

—Todavía está dormido —apuntó Casteel.

—Por supuesto —respondió ella con una mirada rápida. Giré la cabeza hacia la izquierda cuando noté que Millicent avanzaba en silencio—. Lo estará hasta que reciba sangre. —Observé cómo Millicent avanzaba aún más, y me puse tensa—. Permanecerá en un sueño profundo hasta entonces —continuó Isbeth—. Nada en ninguno de los dos mundos podría despertarlo a estas alturas.

—Y aun así, ¿piensas que cuando sea alimentado despertará y te dará lo que buscas? —inquirió Casteel, mientras yo me movía con disimulo hacia delante y los bloqueaba en parte a Kieran y a él.

—Sé que lo hará —sentenció Isbeth.

Noté de inmediato el momento en que Malik y los otros coronaban las escaleras del templo. Isbeth descruzó las manos. Una aleteó hasta su pecho mientras los otros avanzaban entre los dioses arrodillados sin rostro. Los pasos de Millicent vacilaron y su preocupación aumentó, presionando sobre mis hombros.

Malik y los otros depositaron el féretro delante de donde estábamos nosotros y luego retrocedieron. Yo avancé, metí la mano en la bolsita de mi cadera. Mis dedos rozaron el caballito cuando extraje el anillo. Lo dejé sobre la superficie plana del féretro, al lado de las cadenas de hueso. Isbeth levantó una mano y se adelantaron varios caballeros, sus oscuros ojos desalmados eran las únicas partes visibles de ellos. Levantaron el féretro y lo trasladaron hasta el altar. Millicent, mientras tanto, se estaba acercando a mí.

Delano la miró con desconfianza cuando sus ojos pálidos saltaron un instante hacia Malik y luego hacia mí.

—¿Dónde está el rubio? —preguntó con voz queda—. Al que llamáis Reaver. Vuestro *draken*.

—¿Estás preocupada por dónde pueda estar acechando? —respondió Casteel con otra pregunta. Isbeth nos dio la espalda. Millicent no lo miró.

—No. —No apartó los ojos de mí y, tan cerca como estábamos, era difícil no darse cuenta de que éramos igual de altas—. Pero vosotros sí deberíais estarlo.

Arqueé las cejas mientras los caballeros empezaban a retirar las cadenas de hueso del féretro.

—¿Y eso por qué?

Giró la cabeza hacia el estrépito de huesos que cayeron al suelo del templo.

—Porque *ella* no ha preguntado dónde estaba —contestó, y la cabeza de Kieran voló hacia ella—. Sería de suponer que estaría preocupada por la única cosa que podría borrar del mapa una parte importante de los terrenos de este templo.

Eché una ojeada hacia el altar. Isbeth se estaba poniendo otra vez el anillo atlantiano de diamantes en el dedo; ni siquiera sabía por qué me había molestado en devolvérselo. Un caballero encajó la punta de su espada en la junta del féretro y la madera gimió. Era poco probable que Isbeth fuese consciente en esos momentos de dónde estaba Millicent. Tenía toda su concentración puesta en el féretro, después de haberse trasladado al otro lado del altar. Callum, sin embargo, sí nos observaba.

—Tampoco ha mencionado el hecho de que os faltan unos cincuenta mil efectivos de los que cruzaron el valle de Niel con vosotros —prosiguió Millicent, mirando al suelo. Otro caballero se afanaba en el centro de la tapa y oí otro crujido acompañado del sonido de algo que se soltaba—. Es muy consciente de que ya no están con vosotros, lo cual solo puede significar que los habéis enviado a alguna otra parte.

Me concentré en Millicent y noté cien cosas diferentes en la punta de la lengua.

—Lo sé —me limité a decir, aunque había mil cosas que quería saber.

Los ojos de Millicent volaron hacia los míos y supe que había entendido a qué me refería: que sabía quién era.

Un lado de sus labios dio un respingo y se levantó, luego se aplanó de nuevo.

—Entonces, también deberías saber que hay algo muy equivocado en todo esto.

Se me puso toda la carne de gallina cuando los caballeros soltaron por fin la tapa del féretro y la levantaron. Millicent se giró hacia ahí mientras la dejaban en el suelo. Todos los caballeros retrocedieron. Solo Isbeth avanzó, aunque lo hizo despacio, casi con temor.

Malik se había deslizado poco a poco al lado de Kieran. No miró a Millicent, pero supe que le hablaba a ella cuando lo oí susurrar.

—¿Estás bien?

No me di cuenta de lo que respondió Millicent. Estaba totalmente centrada en Isbeth, en cómo agarró el borde del féretro, cómo miró dentro. Una flecha de agonía cruda y palpitante me atravesó de lado a lado. Eso me sorprendió, pues la emoción pertenecía a Isbeth. La Reina de Sangre se estremeció.

Lo que podía ver de Malec desde ahí era… no era bueno. Unos mechones de apagado pelo castaño rojizo descansaban contra sus mejillas hundidas. Tenía los labios demasiado secos entreabiertos, retraídos sobre los colmillos, como si hubiese perdido el conocimiento mientras gritaba. Estaba esquelético, más piel ajada que hombre. Un caparazón de quienquiera que hubiese sido alguna vez. Y su aspecto, sin importar lo que sus acciones hubiesen podido provocar, era una imagen patética.

—Oh, mi amor —susurró Isbeth y luego adoptó un idioma gutural que no entendía.

—Atlantiano antiguo —explicó Kieran.

Puede que no entendiera lo que decía, pero entendía la agonía mezclada con la dulzura del amor. La aflicción. No había alivio alguno. Ni felicidad ni anticipación. Solo una angustia gélida que llegaba hasta la médula y dolía más que cualquier dolor físico.

—Como puedes ver, hemos cumplido nuestra parte del trato —dijo Casteel, silenciando a Isbeth—. Retira la maldición.

Isbeth no se movió ni respondió durante lo que pareció una eternidad. Se me comprimió el corazón. Si no cumplía lo prometido y la Unión no había roto la maldición…

Estiré el brazo para agarrar la mano de Kieran. Se mostraba estoico, sus emociones ocultas, mientras que Casteel era una creciente tormenta de ira.

Entonces Isbeth asintió.

Callum vino hasta nosotros, lo cual hizo retroceder a Millicent y alejarse. Su reacción ante él fue inquietante. La había visto manejar a Delano en su forma mortal como si no fuese más que un niño. Pero este Retornado se suponía que era viejo, muy viejo. La esencia se removió cuando se acercó. A través del *notam*, insté a Delano a acercarse de nuevo.

—Levanta el brazo herido —solicitó Callum con una sonrisa agradable. El Retornado se mostraba impertérrito ante las miradas furibundas del *wolven* y los Elementales.

Solté la mano de Kieran y él hizo lo que le pedía Callum. El Retornado ladeó la cabeza.

—¿La marca de la maldición? —Un ala se levantó y bajó la vista hacia mí. La sonrisa se ensanchó—. Ha desaparecido.

—Así es —confirmó Casteel.

—No debería.

—¿Y? —La voz de Casteel sonó suave, del modo que siempre era una advertencia.

—Nada. Solo es… interesante. —Callum cerró los dedos en torno al brazo de Kieran y sacó una daga, una hecha de algún tipo de piedra blanca que no había visto nunca—. Puede que esto duela.

—Hazle daño y te arrepentirás —lo advertí.

—Solo tengo que hacer un corte poco profundo como la otra vez —dijo Callum—. Aunque sospecho que no hay mucho que pueda hacer para dañarlo de gravedad. —Su mano fue rápida. Hizo un corte poco profundo en la misma zona del antebrazo de Kieran que la otra vez—. ¿Verdad?

Ni siquiera me molesté en responder cuando una tenue sombra negra se elevó del corte superficial. Mi corazón dio un traspié. ¿Significaba eso que la Unión no habría funcionado contra la maldición? No lo sabía y no estaba segura de que fuésemos a saberlo nunca. Lo que sí sabía era que no importaba.

—Por todos los dioses —musitó Naill cuando la neblina negruzca emanó de la sangre de Kieran y se alzó hasta desaparecer en la noche.

—Ya está. —Callum soltó el brazo de Kieran y envainó la extraña daga con una sonrisa radiante.

—¿Eso es todo? —preguntó Casteel.

El Retornado asintió.

El brazo de Kieran salió disparado. Vi un destello de heliotropo y luego la empuñadura de una daga pegada al pecho de Callum.

—Gracias —gruñó Kieran, y cortó hacia arriba con la daga antes de extraerla—. Cabrón.

Callum se tambaleó hacia atrás, un hilillo de sangre resbalaba ya por la comisura de su boca.

—Maldita sea…

Se oyó una risotada de Millicent cuando Callum golpeó el suelo.

—No envejece nunca —dijo al pasar por encima de su cuerpo—. Aunque se recupera pronto. La próxima vez, ve a por su estúpida cabeza.

—Acepto tu consejo y tomo nota de él —musitó Kieran. Me miró cuando cerré la mano en torno a su brazo—. Estoy bien… —Suspiró cuando el calor sanador lo golpeó. Sus ojos saltaron hacia Casteel.

—Déjala que haga lo suyo —le indicó Casteel, toda su atención puesta ahora en Isbeth—. La hace sentir bien.

Kieran cedió en silencio y, cuando levanté la mano, ya no quedaba ni una marca.

—¿De verdad te sientes bien? —pregunté, pues no confiaba en el Retornado para nada.

Kieran asintió.

—Está perfecto —espetó Millicent—. A diferencia de la reina, que parece a punto de trepar dentro del féretro.

—¿Eso sería malo? —preguntó Emil.

Se me escapó una carcajada atragantada, aunque el sonido se diluyó enseguida cuando vi a Isbeth inclinarse sobre el cuerpo de Malec.

—Es mi corazón gemelo, una parte de mí. Mi corazón. Mi alma. Él es mi todo. Si Nyktos nos hubiese concedido las pruebas, estaríamos juntos.

—¿Gobernando Atlantia? —conjeturó Casteel.

—No lo creo. Él estaba harto de ese reino dejado de la mano de los dioses —dijo—. Hubiésemos viajado por el mundo, encontrado un lugar que nos transmitiera paz. Ahí es donde nos hubiésemos quedado. Juntos. Con nuestro hijo. Nuestros hijos.

Quién sabía si lo que decía era verdad para alguien más aparte de ella, pero en cualquier caso, era algo doloroso de ver.

Isbeth acarició la mejilla de Malec, la mano temblorosa cuando se inclinó más sobre él, su boca a meros centímetros de sus labios secos y pálidos.

—Te quiero ahora tanto como te quería entonces, cuando nuestros ojos se cruzaron por primera vez en esos jardines de rosas. Siempre te querré, Malec. Siempre.

Me moví bajo el peso de la oleada de emoción cruda que Isbeth no hizo nada por ocultar. Un río de lágrimas rodaba por sus mejillas, dejando tenues surcos en el polvo pálido que llevaba en la cara.

—Lo sabes, ¿verdad? —Había bajado la voz mientras se llevaba una mano al cinturón enjoyado que le ceñía el atuendo—. Tienes que saberlo, incluso ahora que duermes de un modo tan profundo. Tienes que saber lo mucho que te quiero. —Isbeth deslizó los dedos por el lado de su cuello y le dio un beso en esos labios inmóviles.

—Eso es realmente asqueroso —musitó Emil.

Lo era.

También era triste. Por terrible y malvada hasta la médula que fuera Isbeth, todavía amaba de manera profunda y dolorosa. Le dolería aún más cuando se diera cuenta de que no teníamos ninguna intención de permitirle quedárselo.

—El jodido chico de oro está despierto —musitó Kieran, mientras Callum se ponía en pie despacio—. Aviso.

Casteel estiró un brazo entre nosotros, cerró la mano alrededor de la mía. Me guiñó un ojo y, aparte de demostrar que podía hacer algo así sin parecer ridículo, era una señal. Había llegado el momento. Aparté la vista de la triste escena que se desarrollaba delante de nosotros, estreché el alcance de mis sentidos hasta que solo pude sentir el *notam*. Busqué la impronta de Sage, como lluvia recién caída.

—Y esa es la razón… Por eso debes entender —le dijo Isbeth al cuerpo dormido de Malec—. Sabes cuánto quería a nuestro hijo. Entiendes por qué tiene que ser así. Por qué no puede ser de ningún otro modo.

Perdí la concentración y mi cabeza voló en dirección a Isbeth al mismo tiempo que la de Millicent. La reina levantó un brazo por los aires. Casteel tiró de mí contra su costado al primer destello de piedra umbra. El cinturón enjoyado de Isbeth había ocultado una

daga de piedra umbra. Eché mano del *eather*, preocupada por que pudiera volver esa daga contra cualquiera de las personas que tenía cerca…

Isbeth gritó y… por todos los dioses, fue un sonido de pura angustia. Bajó la daga a toda velocidad. Directa al pecho de Malec. A su corazón.

Me quedé boquiabierta.

Isbeth había…

Había apuñalado a Malec en el corazón con piedra umbra.

La piedra umbra podía matar a un dios. Recordaba que lo había dicho Reaver.

Lo que acabábamos de ver no tenía sentido. En ningún mundo. Pero la reina acababa de… de matar a Malec. A su corazón gemelo.

—¿Qué *diablos*? —exclamó Casteel, al tiempo que soltaba mi mano y Millicent se tambaleaba hacia atrás, los ojos como platos.

Kieran maldijo mientras Isbeth soltaba la daga como si quemara. Su cuerpo se dobló sobre el de Malec.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —sollozó—. Lo siento muchísimo.

Mis brazos cayeron a mis lados. La conmoción de ver la centelleante empuñadura de rubíes sobresaliendo del pecho de Malec me tenía clavada al sitio. Y esa sorpresa emanaba en olas sucesivas de todos los que lo habían visto. Todos excepto uno.

El Retornado dorado, ahora ensangrentado.

Callum estaba *sonriendo*.

Una sensación casi abrumadora de inquietud explotó en mi pecho cuando Callum giró la cabeza despacio hacia mí. Juntó las manos y se inclinó ante mí.

—Gracias. —La esencia se sacudió con violencia. Alargué la mano y agarré el brazo de Casteel—. Gracias por haber hecho lo que se profetizó que harías hace mucho tiempo. Gracias por haber cumplido con tu propósito, Heraldo. —Los ojos pálidos de Callum se iluminaron detrás de la máscara dorada y el *eather* vibró a través de mis venas—. No ha sido exactamente como se predijo ni como lo habíamos entendido muchos de nosotros, pero las profecías… bueno, los detalles no siempre son exactos y las interpretaciones varían.

—No lo entiendo —dijo Millicent, y sus ojos como platos

saltaban de Callum a nuestra madre.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Nada —bufó—. Nada de lo que acaba de pasar.

—¿Te refieres a lo que podría haberte ocurrido de no haber sido un fracaso? —inquirió Callum, y Malik salió disparado hacia delante, bloqueado solo por Casteel, que simplemente fue más rápido—. Hubieses sangrado por él, y él te hubiese recompensado grandemente por ello.

Millicent se echó atrás, su piel palideció debajo de la máscara y sus ojos se cruzaron con los míos. Y de repente, lo entendí. Con la boca seca, mis ojos se posaron en Malec.

—Esa tenía que haber sido yo, ¿verdad?

—Tú has triunfado donde ella no —confirmó Callum—. Y llevo esperándote desde hace mucho tiempo. Él ha estado esperando el sacrificio. El equilibrio en el que insisten los Arae. Esperando a la nacida de carne mortal, a punto de convertirse en un gran poder primigenio. Llegaste como fue prometido, pero… —Extendió el brazo—. Pero no eras la única. Siempre que las dos compartierais la sangre del Primigenio de la Vida y fueseis amadas, eso *lo* restauraría. Ella solo te necesitaba para encontrar a Malec, necesitaba a alguien de su linaje. Todos sabemos que Ires no lo hubiera hecho. Hubiésemos tenido que liberarlo y… bueno, es un poco cascarrabias, por decirlo con suavidad.

—¿Qué demonios? —masculló Naill. Callum ladeó la cabeza.

—Ahora bien, nunca pensé que ella haría *eso*. No hasta que pidió que se lo trajerais. E incluso entonces, para ser sincero, en realidad no creía que fuese a llegar hasta el final. —Se rio—. Pensaba que había las mismas posibilidades de que eligiera a uno o a otro. A ti. O a Malec.

Con el corazón desbocado, me llevé la mano al pecho. Unas nubes aparecieron sobre el mar y empezaron a oscurecer el cielo nocturno. Estaba a punto de convertirme en una Primigenia, y me di cuenta, por fin, del *por qué ahora* de todo ello. Por qué Isbeth había esperado hasta *este* momento para llevar a cabo sus planes de varios siglos. Había tenido que esperar a que yo iniciara el Sacrificio para poder… miré el altar aturdida. Para poder *matarme*. Pero había…

Pero no era yo la que estaba sobre ese altar.

Malec no era el Verdadero Rey de los Mundos como creíamos. En realidad, todo esto no tenía nada que ver con él, ni siquiera conmigo. Éramos solo peones.

De repente, pensé en la profecía.

—*La Portadora de Muerte y Destrucción* —murmuré, y los ojos de Casteel volaron hacia mí—. No la Muerte y Destrucción, sino la *portadora* de ellas. —Me llevé la mano a la boca. Esa maldita profecía…—. Y he hecho justo eso.

—Joder —gruñó Malik.

—Este no es el momento más oportuno —dijo Casteel en voz baja—, pero solo quiero recalcar que yo siempre dije que no eras muerte y destrucción.

Kieran lo fulminó con la mirada porque de verdad que no era el momento y porque, aunque las reticencias de Malik a entregarle Malec a Isbeth puede que no estuviesen fundadas en el conocimiento de lo que estaba por venir, si le hubiésemos hecho caso…

No. De haberlo sabido, eso no nos hubiera detenido. No hubiésemos arriesgado a Kieran. Estuviese bien o estuviese mal, era tan sencillo como eso.

—Entonces, ¿qué es todo esto? —exigió saber Millicent—. ¿Quién es el Heraldo?

—Ella es el Heraldo. —Callum giró la cabeza hacia ella—. La advertencia. —Abrió más los ojos—. ¿Qué pensabas, querida, que sería *ella* la que destruiría los mundos? —Me miró de reojo—. ¿Una Primigenia nacida de carne mortal? ¿Ella? —Su risa resonó por todo el valle—. ¿En serio?

Me puse tensa.

—En cualquier otro momento, hubiese encontrado eso bastante maleducado.

—Sin ofender, alteza —dijo, con una parodia de reverencia—. Es solo que tardarías una eternidad en hacerte *tan* poderosa, y eso si el poder no te volvía loca antes.

El pelo liso y lacio voló en torno a la cara de Millicent cuando sacudió la cabeza. Isbeth no paraba de llorar y la inquietud crecía y crecía en mi interior. La última parte del comentario de Callum era algo de lo que tendríamos que preocuparnos más tarde.

—*No*.

—Sí. —Callum echó la cabeza atrás para mirarme—. Deberías haber sido tú la que estuviese sobre el altar. Ese *era* el plan. De eso es de lo que trataba todo esto. De ti. —Señaló a Millicent y luego a mí—. Y de *ti*. Sí, tendremos que encargarnos de *ti* más tarde. —Callum guiñó un ojo—. Pero ahora, ha llegado el momento.

—¿El momento de qué, imbécil? —gruñó Kieran, y agarró la empuñadura de su espada.

El Retornado cerró los ojos.

—El momento de inclinarse ante el único Rey Verdadero de los Mundos.

Casteel dio un paso hacia él.

—¿Y quién se supone que es?

La presión se asentó sobre mis hombros. Una sensación agobiante que me provocó un escalofrío por la nuca. Esa sensación pesada y opresiva, la misma que había sentido la noche que Vessa había masacrado a los *drakens*, envolvió mi piel. Ya la había sentido antes, cuando estuvimos en Stonehill y oí *esa* voz que me instaba a perder el control.

La misma que había oído aquella noche en Lockswood cuando había estado flotando en la nada.

—Ha estado esperando. —Callum hizo caso omiso a Kieran, la barbilla baja, los ojos anhelantes y la voz suave, llena de adoración… muy parecida a la de los sacerdotes y las sacerdotisas de Oak Ambler—. Durante todo este tiempo, él también ha tenido un sueño inquieto. Siempre bien alimentado bajo el templo de Theon.

La piel de Kieran perdió todo su color mientras un escalofrío me sacudía de arriba abajo.

—Los niños —musité—. El Rito extra.

—Tenía que estar lo bastante fuerte para despertar, y lo estuvo. —Callum arrastró los dientes por su labio de abajo—. Cuando te deshiciste de tu carne mortal e iniciaste tu Ascensión, eso lo liberó. Y pronto, cuando Malec respire su último aliento, estará en plenitud de facultades, toda su fuerza recuperada. Durante todos estos años, todos estos siglos y siglos… ha estado esperando. Su sueño ha sido aún más inquieto desde tu nacimiento. Te sentía, te *percibía*. Ha estado esperando y esperando a la llave proverbial para su candado, para que su… florecilla bonita fuese cortada y observar cómo

sangraba.

Una ira al rojo vivo bulló a través de Casteel y se arremolinó en mi garganta como un charco de ácido. Se movió tan deprisa, que ni siquiera vi su mano hasta que estaba desgarrando el pecho de Callum y tenía el corazón del Retornado en su palma, goteando sangre y tejidos más densos.

Malik y Millicent se giraron hacia él.

—¿Qué? —espetó Casteel, y tiró el corazón a un lado—. No podía seguir escuchando ni una palabra más. Ni siquiera voy a decir que lo siento. Que se joda.

La impronta de Delano rozó contra mis pensamientos. *Viene algo…*

No, alguien ya estaba aquí.

Muerte.

Destrucción.

Lilas podridas.

Oh, por todos los dioses.

La inquietud y el miedo explotaron para convertirse en pánico. Giré bruscamente hacia un lado.

—*Kolis*.

Capítulo 48

Un fogonazo de energía brotó del interior de Malec, invisible pero sentido. Oscuro. Aceitoso. Sofocante cuando se estrelló contra nosotros. No hubo advertencia, ningún tiempo para prepararse. Las estatuas de los dioses arrodillados explotaron por todo el templo. Casteel y yo resbalamos hacia atrás varios pasos hasta chocar con Kieran, que nos atrapó a los dos mientras Malik perdía el equilibrio y caía sobre una rodilla. Millicent cayó hacia atrás contra las columnas. Me giré por la cintura y vi a Delano y a varios de los *wolven* pegados al suelo, las orejas gachas, enseñando los dientes. Y esa energía que aún perduraba me puso la carne de gallina. Olía a lilas podridas.

Casteel me agarró del brazo mientras se enderezaba y se giraba hacia Kieran.

—¿Estás bien?

Kieran asintió. Unas piedrecitas rodaron por el suelo y miré abajo cuando las siguió otro sonido, un retumbar grave como un trueno que provenía de abajo y se fue haciendo más y más sonoro hasta que la tierra tembló y el Templo de Huesos se sacudió. Los cimientos sobre los que se había erigido el altar de Malec se hicieron añicos y se hundieron como palmo y medio. Unas grietas

profundas salieron disparadas desde la losa de piedra y forzaron a los *wolven* a retroceder. Una neblina gris brotó de las fisuras, cargada del olor a lilas marchitas.

A muerte.

—¡Esto puede pararse! —gritó Millicent—. Si requiere sacrificio… muerte… Malec no ha muerto todavía. Aún respira. No podemos…

Las grietas saltaron por los aires y lanzaron piedras en todas direcciones. Grité cuando un cascote grande golpeó a Millicent en un lado de la cabeza. Su barbilla dio un latigazo hacia atrás y ella se tambaleó. Sus piernas cedieron debajo de su cuerpo, pero Malik giró a toda velocidad y la atrapó antes de que golpeara el suelo. La sangre corría por el lado de su cara y Malik puso la palma de una mano contra la parte de atrás de su cabeza.

—Estará bien —dijo, la voz quebrada—. Estará bien. Solo tiene que despertarse.

Recé por que fuese pronto. Los temblores hacían que costara mantenerse en pie, y las fisuras se extendían y ensanchaban a medida que avanzaban por el suelo. Una iba directa hacia Casteel, que dio un salto para evitar con agilidad la grieta, aunque varios de los guardias reales no tuvieron tanta suerte. Desaparecieron por las fisuras y sus gritos resonaron desde las profundidades hasta que cayeron más allá de donde ningún sonido podía viajar. Las columnas temblaron cuando las grietas se propagaron por las escaleras a ambos lados del Templo de Huesos, hasta donde los ejércitos atlantianos esperaban a nuestra espalda y los Retornados se alzaban ante nosotros. Ambos lados se desperdigaron para evitar las grietas cada vez más anchas.

El temblor cesó, pero la niebla gris continuaba manando. Los *wolven* avanzaron con cautela para olisquear la neblina.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó un guardia.

Naill se giró hacia donde el guardia estaba aferrado a una fisura, los dedos blancos por el esfuerzo.

—Maldita sea —refunfuñó, y empezó a dirigirse hacia él.

—Espera —le ordenó Casteel, una mano en alto. Naill se detuvo —. ¿Oís eso?

—Por favor. ¡Por los dioses, ayuda! —gritó el guardia.

—Yo no… —Me callé en cuanto me llegó el sonido. El sonido de

algo que… *arañaba* contra la piedra.

Por todas partes a nuestro alrededor, los soldados miraban abajo, mientras Delano y Rune avanzaban con cautela, seguidos de varios de los otros *wolven*. Olisquearon la neblina, las profundas grietas ahora lo bastante anchas como para desaparecer por ellas.

Naill se inclinó hacia delante, un brazo estirado hacia el hombre que chillaba. Un fogonazo de dolor abrasador alanceó mis sentidos cuando el atlantiano se echó atrás con brusquedad y el hombre desapareció.

—¿Qué demon…? —Naill se levantó, su mano aún suspendida en el aire.

Un miedo amargo se extendió de repente e impregnó mi boca por dentro. Me giré en redondo hacia donde los *wolven* que esperaban al pie del templo empezaban a retroceder para alejarse de las grietas. Dieron media vuelta y huyeron en estampida, derrapando de lado, sus patas resbalando sobre la hierba mojada mientras se afanaban en huir unos por encima de otros.

—Jamás había visto a los *wolven* huir. —Emil desenvainó su espada—. De nada.

—Yo tampoco. —Casteel también sacó su espada.

El chillido aterrorizado de un soldado atlantiano desgarró el aire cuando algo lo *succionó* hacia la grieta.

—Hay algo en el suelo —anunció Emil.

—No es algo. —Callum rodó sobre el costado, la herida… por todos los dioses, el agujero irregular de su pecho seguía ahí, aunque ya no rezumaba sangre—. Son los guardias del Verdadero Rey. Los *dakkais*.

—¿Los qué? —Kieran sujetaba ambas espadas en sus manos.

—No importa lo que sean —escupí, al tiempo que cerraba los puños y recurría a la esencia—. Muy pronto no serán nada. —Callum esbozó una sonrisilla de suficiencia—. Y vosotros tampoco —lo advertí, y dejé que mi voluntad se estirara para llamar a los *drakens*.

—¡Sean lo que fueren, ya llegan! —gritó Casteel, justo cuando el sonido que me recordaba a *barrats* correteando por encima de piedra se intensificaba. Sus ojos volaron hacia mí—. Cuida de nuestros hombres y mujeres. Nosotros nos encargaremos de esto

aquí arriba.

La periferia de mi visión se volvió de un blanco plateado y asentí.

Apareció un hoyuelo antes de que se preparase para lo que se avecinaba. Una décima de segundo después, brotaron de la fisura unas criaturas casi del tamaño de Setti, su piel como una carcasa dura, resbaladiza y del color de la medianoche. Tenían forma de *wolven*, pero más grandes, y… y no tenían rasgos aparte de dos ranuras donde debería haber habido una nariz y una enorme boca llena de afilados dientes irregulares.

Bueno, eran un cubo entero lleno de pesadillas.

Uno de los *dakkais* saltó hacia Emil, pero este tenía buenos reflejos y clavó su espada en el pecho de la criatura. Una ola de *eather* plateado rodó por mis brazos mientras Casteel giraba sobre sí mismo y le cortaba la cabeza a otro, al tiempo que Delano saltaba por encima de una fisura, colisionaba con un *dakkai* que se había lanzado a por Malik que justo entonces ayudaba a Millicent a sentarse.

Me giré hacia los soldados en lo bajo, aliviada de ver que habían desatado a Setti y a muchos de los caballos y que habían podido escapar mientras más de esas criaturas brotaban del suelo. Un fogonazo de esencia salió disparado de mi interior para golpear a una fila de *dakkais*. Se me revolvió el estómago ante el sonido de huesos rotos. Cayeron al suelo, pero más criaturas ocuparon su lugar de inmediato. Fui hacia las escaleras a medida que el *eather* aumentaba en mi pecho. Otro pulso, este más fuerte, engulló a las criaturas.

—¡Ya llegan! —gritó Naill, y agarró a Rune por el pellejo del cuello para arrastrarlo hacia atrás cuando una sombra emergió de entre las nubes en lo alto y cayó sobre nosotros.

Una llamarada de fuego plateado cortó a través del suelo del templo e iluminó todo el mundo de plata mientras Aurelia bajaba en picado e incineraba a las criaturas. Unas columnas gemelas de llamas luminosas impactaron contra el suelo cuando llegaron Nithe y Thad.

—¡Proteged a vuestro rey! —gritó Isbeth desde el altar, la cabeza alta y las mejillas con chorretones de lápiz de ojos negro.

Un grito brotó de donde esperaba el ejército de Retornados. Se

lanzaron a la carga y un mar carmesí inundó los lados del templo. Nithe aterrizó cerca de los soldados, después Thad, justo cuando alcancé a ver a Malik peleando con Callum.

—¡Mierda! —Casteel giró en redondo para empujar a un *dakkai* hacia atrás de una patada. Saltó por encima de la grieta, me agarró de la cintura y me arrastró detrás de una columna.

El cuerpo de Casteel apretó el mío contra la columna cuando una andanada de flechas llovió sobre el suelo y el recinto del templo. Durante un brevísimo instante, no hubo más que él y su olor, luego ese instante terminó. Di un respingo cuando un dolor ardiente escaldó mis sentidos, seguido de gritos.

—Disparan desde el Adarve. —El aliento de Casteel golpeó mi mejilla—. ¿Puedes derribarlos? —Me asomé por un lado de la columna para hacerme una idea de cuántos había, pero entonces llegó una nueva andanada. Di otro respingo—. Ciérralo. —Casteel me puso una mano en la mejilla—. Ciérralo, mi reina. —Respiré hondo y asentí. Cerré mis sentidos lo mejor que pude—. ¿Lo tienes controlado?

Lo miré a los ojos.

—Sí.

Casteel dio un paso atrás, se giró para clavar la espada en un *dakkai* y yo salí de detrás de la columna. Me concentré en el Adarve y la esencia respondió de inmediato. Las armas de los arqueros resbalaron de sus manos al tiempo que sus cuellos se partían. Cayeron y, aunque sabía que llegarían más, tuvimos un respiro momentáneo.

Me di la vuelta y maldije cuando una horda de *dakkais* inundó el templo. El *eather* brotó de mí en una ola de fuego para reducirlos a cenizas. Enfrente de mí, varios *dakkais* giraron en redondo aullando para abandonar su ataque sobre Naill y Emil. Levantaron la cabeza y se lanzaron a la carga justo cuando Kieran se reunía con Casteel. La esencia zumbó a través de mí. Levanté las manos hacia los que corrían escaleras arriba y hacia los otros que saltaban a través del templo. En las palmas de mis manos, se manifestó un fuego no muy diferente del que producían los *drakens*, y se estrelló contra las criaturas, que cayeron retorciéndose y humeando. No teníamos tiempo de enredarnos con ellas.

—Id a por Malec —les dije a Kieran y a Casteel—. Y sacadle esa

daga.

—Vamos a ello. —Casteel puso la palma de la mano bajo mi barbilla y me dio un beso en la mejilla antes de echar a correr.

En mi mente, vi la esencia extenderse a mi alrededor, extenderse en torno al templo, donde rehuía a los Retornados pero fluía por encima de los *dakkais*. Toda mi visión se volvió plateada mientras ese *sabor* se arremolinaba en el fondo de mi garganta. El lugar frío en mi interior palpitó. Respiré hondo para soportarlo mientras docenas y docenas de rayos de luz salían disparados de mi interior, corrían a través del templo y se filtraban en el suelo debajo de él.

Cuando reabsorbí el *eather*, no vi ni una criatura viva y sin rostro entre los que luchaban al pie del templo. Con una sonrisa tensa, di media vuelta y me estiré hacia Sage a través del *notam* y…

No sentí *nada*.

Se me cortó la respiración y clavé los ojos en Isbeth. Sus manos estaban planas sobre el pecho de Malec, que se movía arriba y abajo con respiraciones superficiales.

—¡Vienen más! —gritó Emil.

Di media vuelta y se me atascó el corazón en la garganta cuando vi a los *dakkais*. Procedían de las fisuras, pero esta vez había cientos de ellos que trepaban los unos por encima de los otros, sus garras como navajas cortando a través de tierra y piedra y…

Por todos los dioses, se abalanzaron sobre los ejércitos y los *wolven* en una oleada de gritos y gemidos. El aire se llenó de sangre. Aurelia emprendió el vuelo, pero no fue lo bastante rápida. Las criaturas saltaron sobre su lomo y sus alas, la arañaron, la mordieron…

—¡No! —grité, e invoqué al *eather* mientras instaba con mi voluntad a los *drakens* a que emprendieran el vuelo. Thad despegó al tiempo que se sacudía a los *dakkais* de encima y mientras varios soldados atlantianos disparaban flechas a los que trepaban por Aurelia. La esencia siguió emanando de mí, pero los *dakkais* inundaron las escaleras, gruñendo y lanzando tarascadas.

Una sombra oscura cayó sobre mí con una ráfaga de viento que hizo volar mi trenza por delante de mi cara. El aterrizaje de Reaver sacudió el templo entero mientras replegaba las alas y estiraba el cuello. Escupió una columna de fuego en dirección a los *dakkais* del

templo y luego hacia los que estaban en las escaleras. Las llamas eran tan brillantes que me cegaron unos momentos, así que no vi a Reaver hasta que se transformó para adoptar su forma mortal.

—No emplees la esencia. Está atrayendo a las *dakkais* hacia ti. No podrás repelerlos a todos —me dijo Reaver desde donde estaba acuclillado, desnudo, a mi lado—. Debes parar lo que sea que hayan hecho para liberarlos. Eso es todo lo que debes hacer.

Se me cortó la respiración cuando mis ojos volaron hacia Callum. Esa maldita sonrisilla de suficiencia. Él lo sabía.

—Perfecto —mascullé, al tiempo que desenvainaba mis espadas. No había tiempo suficiente para explicarlo todo—. Es Malec. Se está muriendo. Eso es lo que está causando todo esto. Si él muere, Kolis habrá recuperado toda su fuerza.

—Si ocurre eso, todos rezaremos por estar muertos. Ve con él. *Ahora* —me ordenó Reaver, luego se incorporó. Una rutilante luz plateada brotó por todo su cuerpo mientras se estiraba y crecía. Las escamas sustituyeron a la piel y le salieron alas a la espalda.

Reaver salió disparado hacia el aire y rugió una llamarada de fuego que cortó a través del espacio por encima de mi cabeza mientras yo derribaba a un *dakkai* que me atacaba. Se me quedó el corazón atascado en la garganta cuando me giré hacia el recinto del templo y vi a Reaver prenderle fuego y… supe que no podía hacer nada por ayudar a los soldados allá abajo. Malec no podía morir. Esa era la prioridad. Me giré, y desenvainé la daga de hueso de *wolven* al tiempo que incrustaba mi espada en el estómago de un *dakkai*. Luego di media vuelta y me topé de frente con un guardia real. No me permití pensar ni sentir al deslizar la daga por su cuello.

Retrocedí de golpe cuando unas brillantes llamas plateadas brotaron a centímetros de mi cara y Nithe pasó volando por encima de mi cabeza. Salté hacia donde las grietas del templo no eran tan anchas. Por todos los dioses, aquello era un caos: gruñidos y gemidos procedentes del fuego, la neblina y el humo, multitud de cuerpos que se retorcían y caían. Vi a Hisa, su yelmo desaparecido y la cara salpicada de sangre mientras clavaba su espada a través de un *dakkai*. Giró hacia mí y sus ojos se cruzaron con los míos.

—Podemos…

Me quedé espantada cuando sus palabras se cortaron en seco

para terminar con un burbujeo. Las dos bajamos la vista hacia su pecho, de donde sobresalía una hoja de piedra umbra.

El soldado liberó su espada e Hisa se dobló sobre sí misma para desplomarse al suelo, su cuerpo inerte, los ojos abiertos. Sabía que si una daga de piedra umbra al corazón podía matar a un dios, seguro que mataría a un atlantiano más deprisa. Clavé los ojos en el Retornado que la había matado y me abalancé sobre él. Mis espadas cortaron a través de cuero y hueso. Corté a través de los hombros del Retornado, seccioné sus brazos, mientras el fondo de mi garganta ardía y el *eather* presionaba contra mi piel. Me eché hacia atrás y empujé al Retornado de una patada directo al fuego de Reaver. Después me giré hacia Hisa, empecé a dirigirme hacia ella…

—¡La daga! —Millicent clavó su espada en el pecho de un Retornado—. ¡Tenemos que sacar esa daga de Malec!

Mi atención voló hacia Isbeth, hacia donde su mano estaba sobre la empuñadura de la daga, los ojos cerrados. *Hisa*. Oh, por todos los dioses, no había tiempo. La furia me inundó mientras maldecía y me forzaba a alejarme de Hisa.

Agarré a un *dakkai* a medio salto y bajé la espada contra la parte de atrás de su cuello, aunque no pude evitar que sus garras arañaran mi brazo. El dolor quemaba a rabiar, pero lo ignoré mientras giraba en redondo y clavaba la daga de heliotropo en el pecho de un guardia. En medio del caos de muerte, humo y neblina, vi a Casteel girar en el sitio y derribar a *dakkais* y guardias por igual. Tenía sangre en el cuello. En el brazo. Vi a Kieran cerca de él, su cuerpo en no mucho mejor estado mientras daba una patada a un *dakkai* para quitárselo de encima a un soldado. Un gemido agudo me hizo dar la vuelta. Una miríada de *dakkais* se había abalanzado sobre Rune y había derribado al *wolven* negro y marrón. Hice ademán de ir hacia él, pero una Retornada surgió de la niebla y el humo para cortarme el paso.

—Mierda. —Bloqueé su golpe con el antebrazo mientras buscaba a Rune con el *notam*. La garganta me ardía cada vez más cuando no sentí nada. El *eather* palpitaba con violencia en mi pecho cuando me giré para darle una patada a la Retornada en el torso. Hice caso omiso de la llamada a usar la esencia y opté mejor por deslizar la

espada por su cuello para cortarle la cabeza.

Un manchurrón blanco emergió del humo. Aspiré una bocanada de aire cargada de sangre justo cuando las patas de Delano aterrizaban sobre mi pecho y me tiraban hacia atrás, fuera de la trayectoria de una llamarada.

—Gracias —boqueé, y agarré un instante la parte de atrás de su cuello para darle un beso en la frente—. Tenemos que llegar hasta Malec.

Estoy contigo, llegó su respuesta.

Nos levantamos y nos abrimos paso luchando hacia el altar. Delano dio un salto y derribó a un guardia que corría por los muretes bajos de la estructura. Yo salí disparada hacia delante y clavé mi espada en otro justo cuando un *dakkai* acababa con un guardia tras hincar sus dientes de sierra en el cuello del desdichado. Se hizo patente que aunque los *dakkais* evitaban a los Retornados, no hacían ninguna excepción con los guardias mortales.

—¡Naill! —gritó Emil, al tiempo que se quitaba de encima el cuerpo de un *dakkai* para levantarse, la pechera de su armadura rajada de arriba abajo. Tenía la tripa empapada de carmesí—. ¡Joder! —gruñó, y arremetió con su espada hacia atrás cuando otro *dakkai* saltó hacia él.

Y Naill… había caído de espaldas, las manos abiertas y la armadura rajada. Se me rompió el corazón.

—*No*. —Casteel giró en redondo, sus ojos dorados centelleantes cuando una bestia se dio impulso contra la pared y derribó a un *wolven*. Cas ganó velocidad, se deslizó por debajo de la criatura y arrastró su espada por su barriga. Se levantó de un salto y echó a correr en dirección a Naill.

—¡Tenéis que llegar hasta ella! —gritó Millicent, agarrando a Malik del brazo para apartarlo a un lado. Su armadura también había sido objeto de las garras de los *dakkais*. Se me cortó la respiración cuando Millicent salió volando hacia atrás, un *dakkai* encima de ella. No había tiempo.

Cerré mis sentidos a cal y canto y me giré de nuevo hacia el altar. Isbeth se había adueñado de una espada.

Unos gritos brotaron a nuestra espalda. Me detuve en seco y miré hacia atrás para ver a los guardias del Adarve de Carsodonia

correr hacia las almenas, las flechas envueltas en llamas mientras apuntaban. En lugar de a nosotros, dispararon contra los *dakkais* que trepaban por la muralla. Mi corazón trastabilló. Si los *dakkais* entraban en la ciudad…

Dejé que mi voluntad se estirara hacia los *drakens* y vi las alas color medianoche de Nithe virar de pronto para apuntar hacia el Adarve. No busqué a Aurelia. No podía. No podía permitirme hacer eso. Eché a correr, saltando por encima de cuerpos. Apreté la mano sobre mi daga. Hasta el último centímetro de mi ser estaba concentrado en Isbeth, que acababa de levantar la espada, sus manos y sus brazos temblorosos mientras la hoja levitaba por encima del cuello de Malec. Mi corazón se comprimió cuando me di cuenta de lo que planeaba. Eché el brazo atrás y lancé la daga.

Contuve la respiración mientras volaba a través del aire, directa hacia Isbeth. Pero la reina levantó la cabeza de golpe y la daga dio media vuelta.

—Mierda. —Me detuve en seco, pero resbalé cuando Delano se estrelló contra mí y me tiró hacia un lado.

Todo el aire salió de mis pulmones al chocar con el suelo, fuerte. Delano aterrizó medio encima de mí. Se me escapó un ruido gutural, planté las manos sobre sus hombros y levanté la cabeza para mirar a sus brillantes ojos azules.

—Eso ha sido innecesario. Hubiese… —Algo caliente y mojado goteó sobre mi mano. Bajé la vista hacia los manchurrones rojos en su pelo. Con un horror creciente, vi mi daga sobresalir de su pecho. La espada resbaló en mi mano—. *No*.

Delano se estremeció.

Recurrí al *eather* para canalizar toda la energía sanadora posible. No me importaban los *dakkais*. No me importaba Malec, ni Kolis, porque no podía perder a Delano. No lo haría. No lo perdería…

El pelo se afinó bajo mis manos, sustituido por piel. Apareció pálido pelo rubio que cayó sobre unos ojos que no parpadeaban. No se enfocaban. No veían.

—¡No! —Rodé a Delano con cuidado sobre el costado, agarré sus hombros, lo sacudí. No había nada. Alargué la mano hacia la daga, pero me paré—. Por favor. Por favor, no te vayas. Levántate, Delano. Por favor. *Por favor*.

No había nada.

Las lágrimas me cegaron cuando un fuego plateado brotó por encima de mi cabeza, ondulando por sobre los *dakkais* que corrían hacia nosotros. La aflicción bulló en mi interior y ahogó todo lo demás. Agarré a Delano y lo alejé del borde justo cuando alguien gritaba. Emil se tambaleó hacia atrás, su espada resbaló de sus manos y cayó sobre una rodilla delante del Retornado que le había clavado una lanza en el pecho. Kieran llegó de repente, su boca abierta en un rugido mientras columpiaba su espada a través del cuello del Retornado.

Casteel dio media vuelta entonces, enseñando los colmillos mientras ensartaba a un Retornado con su espada. La sangre empapaba su cara, su armadura, y bajo mis manos, la piel de Delano ya empezaba a enfriarse.

—Ya te lo dije, hija mía. —La voz de Isbeth sonó suave pero clara entre tanta locura—. Te dije que me darías lo que quería.

Esa fisura que se había abierto en mi interior con la muerte de Vikter, se abrió ahora de lado a lado, procedente de ese lugar vacío dentro de mí. Mi cuerpo entero dio una sacudida cuando la furia ribeteada de aflicción salió de mí en tromba, gélida e interminable. La espada terminó de caer de mi mano mientras mi otra mano resbalaba de Delano. La ira se unió a la esencia de los Primigenios y presionó contra mi piel mientras me daba la vuelta despacio.

Miré a Isbeth, que levantó la espada por encima de Malec una vez más, y grité.

La energía salió a borbotones de mi interior, crepitante y chisporroteante al extenderse por el suelo para estrellarse contra Isbeth e impulsarla hacia atrás. Perdió la espada mientras intentaba recuperar el equilibrio. El templo se estremeció cuando el *eather* me abandonó en oleadas y golpeó a los *dakkais* atraídos por mí.

Isbeth se levantó y dio unos pasos atrás mientras se preparaba para asestar el golpe final. Alzó una mano.

—No me obligues a hacer esto, Penellaphe.

—Te voy a matar —mascullé mientras caminaba hacia ella. Y era *esa* voz, la que estaba llena de humo y sombras—. Te voy a hacer pedazos.

Sus ojos se abrieron como platos y retrocedió varios pasos más. Un fogonazo de *eather* brotó de ella.

Y me *reí*.

La energía me golpeó y la absorbí, toda ella, su dolor ardiente, su quemazón, dejé que se filtrara en mi piel y se convirtiera en parte de mí. Y después se la envié de vuelta.

Isbeth salió volando hacia atrás contra la columna. El impacto agrietó el mármol y ella cayó hacia delante de rodillas.

—Auch —gruñó. Luego levantó la cabeza.

Sonreí, aun cuando la sangre goteaba de mí, de los impactos que había recibido de ella. Allá donde mi sangre tocaba el suelo, brotaban raíces de las nuevas fisuras en la piedra, pero seguí andando, los ojos entornados fijos en ella.

Su piel se rajó en la línea del pelo mientras avanzaba y, a mi paso, brotó otro árbol de sangre, y otro y otro más. La sangre perló el corte que se curvaba hacia su sien, casi a través de su ojo izquierdo. Otro corte profundo se formó en su frente y cruzó su ceja.

Otro pulso de *eather* me golpeó cuando logró ponerse en pie a duras penas. Lo absorbí hacia mi interior, a pesar de lo que me ardía la garganta. A pesar de que un dolor se instaló bien profundo en el centro de mi espalda y mi mandíbula palpitaba. Levanté las manos y todas las armas caídas se elevaron del suelo del templo y volaron hacia delante.

Isbeth agitó el brazo y las desperdigó todas.

—Bonito truco de salón.

Cerré la distancia que nos separaba, la cabeza ladeada cuando un pedazo de roca se estrelló contra una de sus sienes. Empezó a manar sangre por la nariz y por la boca.

—¿Qué te parece eso como bonito truco de salón, *madre*?

Isbeth se tambaleó, pero logró no caer al suelo. Giró la cabeza hacia mí a toda velocidad.

—¿Quieres matarme? Eso no traerá de vuelta a ninguno de ellos. No detendrá lo que viene…

Una oleada de *eather* brotó de mí e impactó contra Isbeth, que cayó hacia atrás riendo.

El aire se cargó a mi alrededor y un relámpago estalló en lo alto. Absorbí esa energía mientras veía a Millicent pugnar por llegar hasta Malec. Isbeth arremetió contra nosotras. Un pulso de luz golpeó mi pierna y rebotó para golpear también a Millicent justo

cuando agarraba la daga que sobresalía del pecho de Malec. Salió disparada hacia atrás para aterrizar en un charco de sangre cerca de una columna caída, el arma floja en su mano.

—Traicionada por mis dos hijas. —Isbeth se limpió la sangre de la cara—. Qué orgullosa estoy.

Me abalancé sobre ella y agarré la corona. Isbeth aulló cuando las joyas se engancharon, arrancando mechones enteros de pelo al quitarla de su cabeza de un tirón. La ira me impulsaba cuando eché la mano atrás y le di un revés con su propia corona que la hizo caer al suelo.

—Por todos los dioses —gruñó, después de escupir una bocanada de sangre y dientes—. No había ninguna necesidad de hacer eso.

La energía aumentó aún más e hice añicos la corona. Trocitos de rubíes y diamantes todavía rodaban por el suelo cuando me arrodillé y agarré la parte de atrás de su pelo. Sombras y luces giraban bajo mi piel cuando me miró a los ojos.

—Tu reinado ha llegado a su fin.

—Elegí a Malec —dijo Isbeth. Agarró mi brazo y su mano quemaba—. Tenía que ser él porque no podía matarte a ti. *No lo haría* jamás, porque te quiero —susurró, y aprovechó para estampar la mano contra mi pecho.

El *eather* quemó directamente a través de mí, sobrepasó mi control y me levantó por los aires para hacerme volar hacia atrás. Cada una de mis terminaciones nerviosas aulló de dolor a medida que el *eather* me atravesaba de arriba abajo. Fue como recibir el impacto de un relámpago. Me dejó sin respiración y me arrebató el control de mis músculos. Sabía que estaba cayendo, pero no pude hacer nada por suavizar el impacto.

—¡Poppy! —gritó Casteel.

Todos los huesos de mi cuerpo se sacudieron cuando choqué contra el suelo. Unas luces brillantes centellearon detrás de mis ojos mientras rodaba sobre el costado. El aire que respiré abrasó mis pulmones. Mis costillas se quejaron del movimiento mientras trataba de sentarme. El dolor de mi espalda se extendió a mis hombros y, durante todo el rato, esas luces seguían centelleando, por lo que solo lograba captar atisbos del caos a mi alrededor. Reaver estaba posado y unas luces rutilantes chisporroteaban por su

piel en su esfuerzo por sacudirse de encima a los *dakkais*. Malik yacía con un brazo por encima de Millicent, como si tratara de protegerla con su último aliento. No quedaba ni un solo centímetro de sus cuerpos sin quemar o desgarrar. No había más *drakens* en el aire, y Kieran, él también gritó mi nombre mientras las luces centelleaban…

De repente, dejó de haber luz. Tampoco hubo color. Ni sonido.

Y entonces, una mota de plata palpitó y se expandió, cada vez más brillante, y en esa luz estaba *ella*. Su pelo, del color de la luz de la luna, caía sobre sus hombros en una espesa cascada de rizos y ondas. Una pátina luminosa casi ocultaba las pecas de su nariz y sus mejillas y le daba a la piel un resplandor plateado y nacarado. Pero la reconocí de los sueños que no eran sueños. Abrió los ojos y vi que eran del color de la hierba primaveral, verdes veteados de brillante y luminoso *eather*.

—No debía ser de este modo —susurró, pero ahora no había lágrimas de sangre. Una ira ácida, gélida y ardiente al mismo tiempo, cayó sobre mí. Una furia interminable que no había sentido nunca porque había crecido durante décadas. Siglos.

Todo mi cuerpo sufrió un espasmo cuando recordé lo que había dicho Reaver, lo que Vikter le había dicho a Tawny. El primer verso de la profecía. *Nacido de carne mortal, un gran poder primigenio surge como heredero de las tierras y los mares, de los cielos y todos los mundos. Una sombra en la brasa, una luz en la llama, para convertirse en un fuego en la carne…*

Pronunciar su nombre es hacer caer las estrellas de los cielos y derribar las montañas hacia el mar…

Su nombre era poder, pero solo cuando lo pronunciaba alguien nacida como ella y de gran poder primigenio.

Me dijo que ya conocías su nombre, había dicho Tawny.

Me miraba como yo la miraba a ella, y nos vi cuando estuve flotando en esa vaciedad, flotando hasta que se me apareció. Hasta que había dicho: «No debía ser de este modo». Cuando me dijo que yo siempre había tenido el poder en mí.

Pero esas no fueron las únicas palabras que me había dicho. Ahora lo recordaba. Me había dicho su nombre. Me había suplicado que la despertara.

¿Cómo podía ser tan poderosa la consorte?

Porque no era ninguna consorte.

Me sostuvo la mirada y sonrió, y yo… lo *entendí*. Ella también había estado esperando.

Abrí los ojos y, entre el humo y la neblina, vi a Casteel y a Kieran rodeados de *dakkais*. De Retornados. Se cernieron sobre ellos mientras yo plantaba las palmas de las manos en la piedra. Mis manos se hundieron en la roca, eché la cabeza atrás y grité el nombre. No el del Rey de los Dioses, sino el de la Reina de los Dioses.

La *verdadera* Primigenia de la Vida.

Capítulo 49

Los ojos oscuros de Isbeth se abrieron como platos al mirarme. Sus labios se movían, pero no lograba oír lo que decía. Casteel giró a toda velocidad y su sangre roció el aire justo cuando un relámpago impactaba contra el templo. Contra *mí*.

El dolor de Casteel y el miedo de Kieran se estrellaron contra mí cuando mi armadura y mis botas salieron volando por los aires. Mi ropa se desgarró y todas las células de mi cuerpo se incendiaron y el dolor… era atroz. Me mataría. Los mataría a ellos.

Se me cerraron los pulmones.

Mi corazón tartamudeó.

Se me llenó la boca de sangre. Se me aflojaron los dientes y dos cayeron de mi boca abierta. No era el templo el que temblaba. Era el mundo entero el que se sacudía con violencia. Un gran peso se asentó entre mis escápulas, se arraigó bien profundo y excavó hasta donde el *eather* palpitaba y daba vueltas. Mi sangre se enfrió y luego se calentó. Un zumbido golpeó mis huesos y se extendió a mis músculos. Mi piel vibró. El estallido ensordecedor de un relámpago resonó por encima de nuestras cabezas. El aire se cargó y mi cuerpo… *cambió*. Empezó con un retumbar en mi interior que luego se convirtió en un rugido, como el sonido de miles de caballos

galopando hacia mí, pero no había ni un caballo ni un soldado en pie. Creció y creció mientras me levantaba sobre mis pies ahora descalzos. Por mis manos y mis brazos, parches de sombras y luces giraban sin parar debajo de la piel. Levanté los ojos al ver una sombra extraña delante de mí: el contorno de mi cabeza y mis hombros y dos… *alas*. Iguales que las de las estatuas que vigilaban la ciudad de Dalos y antaño habían protegido a los Primigenios en su interior. Excepto que estas estaban hechas de *eather*, una masa giratoria de luz y oscuridad. De repente, toda mi figura no era más que llameante y crepitante luz plateada y sombras interminables.

Vagamente, empecé a ser consciente de Casteel y de Kieran, sus ojos como platos y su asombro bullendo en mi garganta y contra mi piel.

Aparecieron unas gruesas nubes llenas de sombras. El viento arreció, revolvió mi pelo y tironeó de mi ropa desgarrada. Y el viento… olía a lilas *frescas*.

Y entonces el mismísimo aire se desgarró, empezó a escupir luz chisporroteante mientras una espesa niebla blanca manaba del desgarro, rodaba por encima de mí y por encima del suelo hecho añicos para cubrir los cuerpos.

Una gran forma negra y gris varias veces más grande que Setti salió volando de la fisura del aire, sus alas tan inmensas que bloquearon por un momento la luna creciente. Otro rugido ensordecedor atravesó el aire cuando el *draken* planeó por encima del templo y abrió sus poderosas mandíbulas. Un fogonazo de intenso fuego plateado brotó por su boca y giró a toda velocidad para crear una columna que se estrelló contra las criaturas que trepaban por el Adarve.

—*Nektas* —murmuró Casteel, alucinado.

Todo mi ser se concentró en Isbeth. Estaba de pie detrás del altar, casi paralizada. Y la furia sin fin que percibía en *ella* se unió a la mía.

Ella.

Seraphena.

La verdadera Primigenia de la Vida.

De quien había obtenido mi don de la vida y la curación. No de Nyktos. Su don eran las sombras de mi piel, la muerte en mis manos y la frialdad en mi pecho.

Mi *voluntad* brotó de mi interior, se extendió por el Templo de Huesos y las tierras a sus pies y a su alrededor. Di un paso y lo hice como algo infinito. Algo *Primigenio*.

El poder empapó el aire mientras el aura se difuminaba justo lo suficiente para ver que la pátina luminosa se había asentado y se había convertido en un resplandor plateado, nacarado y con sombras. A cada paso que daba, la piedra temblaba y se agrietaba. La neblina me siguió, cubrió los cuerpos y los acunó.

Seguí caminando, los pies desnudos sobre la sangre, los escudos destrozados y las espadas rotas. Y entonces… empecé a *levitar*, a deslizarme a varios palmos del suelo. Los cuerpos maltratados de los soldados, los *wolven* y los *drakens*… de mis amigos y mis seres queridos… se elevaron conmigo. Delano. Naill. Emil. Hisa…

—Es demasiado pronto —aulló Isbeth, y su miedo, su terror, era igual de fuerte que había sido su aflicción, como una lluvia glacial y amarga sobre mí. Se tropezó con el cuerpo de un *dakkai* y presionó contra el altar sobre el que yacía Malec—. ¿Qué has hecho?

Sentí que me elevaba mientras los cuerpos de Reaver y de Malik levitaban sobre los charcos de sangre. Eché la cabeza atrás. Y entonces, todo *cesó*. El viento. Los gemidos. Mi corazón. El único movimiento era el de Nektas que volaba a lo largo del Adarve, dejando una ola de fuego alimentado por esencia a su paso. Abrí los dedos a los lados.

Di voz a mi ira. A la de *ella*. El grito que surgió por mi garganta no era solo mío. Era *nuestro*.

El sonido golpeó el aire como una onda expansiva que hizo añicos la piedra y derribó los recién arraigados árboles de sangre. Casteel se giró, en un intento por proteger a Kieran, pero no había ninguna necesidad. Ellos no resultarían heridos por mi furia, que ondulaba por encima de nosotros y abría el cielo en canal. Llegó la lluvia, roja como la sangre y torrencial.

Y definitiva.

Millicent se sentó despacio, sus pálidos ojos muy abiertos al ver a un *dakkai* huir del humo. Luego fueron dos, después cuatro y cinco, sus garras levantando pedazos de piedra. Giré la cabeza en su dirección y eso fue todo. Los *dakkais* simplemente *desaparecieron* a medio salto o a media carrera, aniquilados con solo una mirada. No

quedó nada de ellos, ni siquiera ceniza, mientras la onda de energía se extendía para alcanzar a los *dakkais* y a los Retornados restantes y reducirlos a polvo.

La lluvia de sangre cesó y vi que no me había tocado ni una gota. Me volví hacia Isbeth de nuevo.

—Tú. —Esa única palabra rezumaba tanto poder, tanta violencia reprimida a duras penas, que un escalofrío gélido rodó incluso por mi columna. Porque era yo… y también era Seraphena. Su esencia, su conciencia, se movían en mi interior.

—Es demasiado tarde —dijo Isbeth, y yo *percibí* que lo era y al mismo tiempo no lo era. Se pasó un brazo por la cara ensangrentada—. Ya se ha hecho.

—*Ella* sabía lo que planeabas —la informé—. Lo *vio* mientras dormía. Lo vio *todo*.

El terror de Isbeth me asfixió mientras ella negaba con la cabeza.

—Entonces, tiene que saber que lo hice por Malec. ¡Todo ha sido por su hijo y su nieto que ellos me arrebataron!

—Todo ha sido para *nada*. —Levanté la mano y el cuerpo de Isbeth se quedó rígido, la boca abierta pero sin hacer ni un ruido. Ninguna palabra. Nada. Las nubes se condensaron aún más cuando se elevó para quedar suspendida a varios palmos del suelo—. El amor fue lo que te creó. Ella hubiese perdonado a Malec por lo que había hecho al crearte. Pero ¿tu odio? ¿Tu aflicción? ¿Tu sed de venganza? Ha podrido tu mente más de lo que podría haberlo hecho jamás la sangre de un dios. La cosa en la que te has convertido, lo que le has hecho a los mundos, no te salvará.

El brazo derecho de Isbeth se retorció hacia atrás. El crujido del hueso fue sonoro y el fogonazo de dolor que sentí fue como un hierro candente.

—Lo que le has hecho y causado a estos mundos no te curará ni te quitará el dolor —le dije, y su otro brazo crujió igual que el primero—. No te traerá gloria, ni paz ni amor.

Las piernas de Isbeth se rompieron por las rodillas, una después de otra, y absorbí el dolor, dejé que se convirtiera en parte de mí.

—Y por lo que les has hecho a aquellos que llevan la sangre de ella, serás erradicada —proclamé. La sangre empezó a manar de los ojos de Isbeth. De su nariz. De su boca—. Nada de ti será registrado

en las historias que todavía están por escribirse. No serás conocida, ni por las acciones que has protagonizado como mortal ni por tu infamia como reina. No eres digna de recuerdo.

La columna vertebral de Isbeth se *partió*. Su tronco se combó hacia atrás y el dolor… fue absoluto.

Una repentina sensación de conciencia presionó sobre mí. Un despertar. Uno que resonó no solo en este mundo, sino en Iliseeum y en lo más profundo de la Ciudad de los Dioses cuando Nektas aterrizó detrás de mí. Una presencia me llenó y, cuando hablé, fue con la voz de la verdadera Primigenia de la Vida.

—Una vez me enseñaron que todos los seres son merecedores de una muerte rápida y honorable. Ya no lo creo. Pues tu muerte será interminable y deshonrosa. Nyktos aguarda el comienzo de tu eternidad en el Abismo.

La presencia salió de mí cuando Nektas desplegó las alas y dispersó las cenizas de aquellos que habían sido destruidos. En los siguientes segundos, todo lo que sentí fueron sentimientos opuestos. Apatía y aflicción. Odio y amor. Alivio e inquietud. Me apiadé de la mujer destrozada delante de mí, una a la que habían roto hacía mucho. Odié el ser en el que se había convertido, el ser que ella misma había permitido que existiera.

Isbeth nunca había sido una madre, pero yo… hubo un tiempo en que la quería, y ella me había querido a mí a su propio modo retorcido. Eso significaba algo.

Pero algo no era suficiente.

Bajé la mano y aparecieron gotitas de sangre por toda la piel de Isbeth. Sus poros sangraban. Temblé mientras su piel se agrietaba y despellejaba, mientras sus músculos y ligamentos se desgarraban, mientras sus huesos se astillaban y su pelo se caía, sin piel ya a la que aferrarse.

—No mires —oí decir a Casteel, que trataba de llegar hasta mí —. Cierra los ojos. *No*…

Pero miré.

Me obligué a mirar mientras mi madre, la Reina de Sangre, respiraba su último aliento. Me obligué a mirar hasta que Isbeth dejó de existir, hasta que el mundo se alejó de mí.

Capítulo 50

Despacio, empecé a ser consciente de un contacto suave contra mi mejilla. El roce de unos dedos por la curva de mi mandíbula y debajo de mis labios. Una mano que acariciaba mi pelo. Una voz. Varias voces. Dos destacaban por encima de las demás.

—Poppy —me llamaba una.

—Abre los ojos, mi reina —decía otra (suplicaba, en realidad), y al propietario de esa voz nunca podía negarle nada.

Mis párpados aletearon antes de abrirse y mis ojos conectaron con unos del color de la miel, enmarcados por una densa fila de pestañas. Él. Mi marido y mi rey. Mi corazón gemelo. Mi todo. La sangre manchaba su cara, apelmazaba su pelo, pero tenía la piel intacta debajo de ella, rica y cálida. Noté sus dedos templados contra la piel de debajo de mis labios.

—Cas.

Casteel hizo un sonido áspero que parecía un híbrido entre una risa y un gruñido, y procedía de algún lugar profundo en su interior. Apretó los labios contra mi frente.

—*Reina*.

Levanté la mano y toqué el lado de su mandíbula. Se estremeció, los labios aún presionados contra mi frente. Poco a poco, me fui

percatando de que tenía la cabeza acunada en su regazo, pero no era su brazo el que sujetaba mi cuello, ni era su mano la que estaba sobre mi mejilla. Casteel levantó la cabeza y mi mirada se deslizó hacia unos ojos del color del invierno.

Kieran me sonrió desde lo alto mientras deslizaba el pulgar por el lado de mi mejilla.

—Es un detalle por tu parte decidir volver con nosotros.

—Yo no… —Tragué saliva. Notaba la boca extraña. Levanté una mano, pero Kieran me agarró por la muñeca.

—Antes de que lo preguntes siquiera: *sí*.

Se me cortó la respiración mientras deslizaba con cautela la lengua por la línea de mis dientes superiores. Parecían normales, hasta que llegué a una punta pequeña y afilada y me hice sangre. Hice una mueca.

—Cuidado —murmuró Casteel—. Tardarás un poco en acostumbrarte a ellos.

Oh, por todos los dioses.

—Tengo colmillos.

Kieran asintió.

—Cas tendrá que enseñarte un poco hasta que te acostumbres a ellos. Eso escapa a mi ámbito.

Mis ojos volaron hacia Casteel.

—¿Qué aspecto tienen?

Sus labios hicieron ademán de sonreír.

—Aspecto de… colmillos.

—Eso no me aporta nada.

—Son adorables.

—¿Cómo pueden unos colmillos ser adorables? *Espera*. —Los colmillos no eran el tema más urgente en este momento, ni siquiera el hecho de que había completado mi Sacrificio. Me incorporé tan deprisa que tanto Casteel como Kieran tuvieron que echarse atrás a toda prisa para evitar que chocara con ellos. Mis ojos volaron por encima de las columnas agrietadas y Naill…

Naill estaba sentado con la espalda apoyada en una, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, pero su pecho se movía arriba y abajo… un pecho que yo había visto abierto en canal. Su lustrosa piel marrón había perdido la espantosa palidez grisácea de la muerte.

Lo miré pasmada. Sabía que lo había visto caer. Había sido testigo de cómo moría.

—Yo… yo no…

Una nariz fría rozó mi brazo y mi cabeza giró a toda velocidad. Unos vibrantes ojos azules rodeados de pelaje blanco manchado de rojo se cruzaron con los míos. Un estremecimiento sacudió mi cuerpo entero.

—¿Delano…?

Su impronta primaveral rozó mis pensamientos. *Poppy*.

Con un grito de alegría, lancé mis brazos alrededor del *wolven*. Casteel soltó una carcajada ronca cuando enterré la cara en el cuello de Delano. No sabía cómo podía estar aquí, y no podía parar de temblar mientras lo abrazaba y me empapaba de la sensación de su pelo suave entre mis dedos y contra mi mejilla. La mano de Kieran se movía arriba y abajo por mi espalda, y me di cuenta entonces de que estaba llorando, sollozando, en realidad, mientras sujetaba a Delano con tanta fuerza que debía de estar medio asfixiado. Sin embargo, él se dejó hacer y contoneó el cuerpo para pegarse a mí lo más posible. Estaba *vivo*.

—Poppy —susurró Casteel, tirando con suavidad de mis hombros—. El pobre tiene que respirar.

Lo solté a regañadientes, pero Delano no fue muy lejos. Casteel, por su parte, pasó los brazos alrededor de mi cintura desde atrás y noté que apoyaba la cabeza en mi hombro. Kieran se dedicó a secar las lágrimas de mis mejillas con caricias tan suaves como una pluma. Miré…

Se me paró el corazón otra vez cuando vi a Emil de pie, la armadura destrozada desaparecida y el irregular jirón de su camisa, hecho por la lanza que había visto clavarse en su pecho, aún más visible. Estaba… estaba al lado de Hisa, que descansaba sentada sobre un murete bajo, las manos colgando entre las rodillas sin quitarme el ojo de encima.

—¿Cómo? —pregunté, la voz entrecortada—. ¿Cómo puede ser que estén vivos?

—Tú —dijo Kieran. Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Tú —repitió Casteel, y apretó los labios contra mi mejilla—. Tú los trajiste de vuelta. A todos ellos.

—Mira. —Kieran tocó mi barbilla para girar mi cabeza hacia los terrenos al pie del templo.

Lo que vi me dejó de piedra.

Cientos de soldados pululaban por ahí, evitando las grietas del suelo. Algunos estaban sentados, como Naill e Hisa. Pero todos mostraban huellas de la batalla. Armaduras destrozadas. Ropa desgarrada. Sangre seca.

—Perdiste el conocimiento —dijo Casteel, la frente apretada contra mi sien—. Y ahí fue cuando volvieron. Todos ellos. Incluso los malditos guardias.

—Fue al mismo tiempo la cosa más loca y… —a Kieran se le quebró la voz—, y la cosa más preciosa que he visto en la vida.

—Un montón de… no sé qué eran —explicó Casteel, su risa cargada de emoción—. ¿Pequeños orbes? Miles… cientos de miles de ellos cayeron del cielo. Daba la impresión de que las estrellas estaban cayendo del cielo.

Pronunciar su nombre es hacer caer las estrellas de los cielos…

Me puse rígida y mi cabeza giró a toda velocidad hacia el Adarve, donde vi a Aurelia y a Nithe posados al lado de Thad. No vi a…

—¿Reaver?

—Se ha llevado a Malec a Iliseeum.

Mi corazón dio un respingo ante la voz que había oído una vez antes, en Iliseeum. Kieran se echó hacia atrás y entonces vi a Nektas acuclillado delante del altar. Su largo pelo negro veteado de plata caía por encima de sus hombros desnudos y del claro dibujo de unas escamas sobre su piel, de un cálido tono cobrizo.

—¿Cómo es que llevas pantalones? —solté.

Una risa silenciosa atravesó a Casteel, cuyo brazo se apretó en torno a mi cintura.

—¿Cómo puede ser que de todas las preguntas posibles, vayas y hagas *esa*?

—Si hubieses visto a Reaver desnudo tantas veces como nosotros —musitó Kieran—, tú también pensarías que es una pregunta válida.

Los ojos de Nektas, con sus finas pupilas verticales, se centraron en mí.

—Yo puedo manifestar ropa si así lo deseo. Reaver no es ni de

lejos lo bastante mayor para eso.

Arqueé las cejas.

—¿No lo es?

—Puede que sea más viejo que cualquier cosa que conozcas, pero sigue siendo un jovenzuelo —explicó Nektas, y se me comprimió el corazón al pensar en *su* jovenzuela. Jadis—. Y para muchos sigue siendo ReaverButt.

¿*ReaverButt*? Casteel se puso tenso detrás de mí.

—Espera. —Kieran parpadeó—. ¿Qué?

—Era un mote que le gustaba cuando era muy pequeño. —Nektas se encogió de hombros—. Pero bueno, el caso es que no es lo bastante poderoso para manifestar ropa.

Tendría que ignorar ese mote de momento.

—Siento lo de Jadis. Yo… —Me callé y deseé poder decir algo más, pero sabía que no había nada que pudiera decirse para una cosa así.

Los ojos de Nektas se cerraron de golpe unos instantes, la piel alrededor de ellos se tensó.

—No ha muerto.

Miré de Kieran a Casteel.

—¿Qué? Reaver creía que la habían… —No quería decir *matado* —. ¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentirla. Está aquí, en este mundo. —Los ojos de Nektas se abrieron hacia el cielo—. Yo soy su padre. Reaver no sería capaz de sentirla como lo hago yo. Está viva.

Sorprendida por la revelación, me dije que era una buena noticia. Y lo era. Aunque… ¿dónde estaba? ¿Y por qué no la había utilizado Isbeth?

—La encontraremos.

Nektas asintió.

—Sí, lo haremos.

—Entonces, ¿Reaver se ha llevado a Malec a Iliseeum? —pregunté, y miré de reojo a donde el féretro yacía hecho pedazos sobre el altar—. ¿Eso significa que Malec está vivo?

—De momento, sí —confirmó Nektas.

Bueno, eso no era demasiado tranquilizador, pero sentí un gran alivio de todos modos. Me apoyé contra Casteel.

—Gracias a los dioses —murmuré. Me giré hacia donde estaban

Hisa y Emil mientras Delano se sentaba y se apretaba contra mis piernas. Espera. Miré a nuestro alrededor para buscar a…

—¿Dónde está Malik? —Mi corazón dio un traspié—. ¿Millicent?

—Millicent huyó —explicó Casteel—. Malik fue tras ella.

La idea de que ambos estaban vivos me trajo algo de consuelo. Pero ¿había huido Millicent porque había sido testigo de la muerte de nuestra madre? A mis manos. Me daba la sensación de que yo no había sido la única que había hecho eso, pero ¿tendría miedo de que le sucediera lo mismo? ¿Estaría disgustada? ¿Enfadada?

Tragué saliva y aparté esos pensamientos a un lado hasta que tuviese tiempo de pensar en ellos.

—¿Cómo he traído a todo el mundo de…? —Había sido mi *voluntad*. Lo recordaba. Había dejado que mi *voluntad* saliera de mí mientras la niebla acunaba sus cuerpos, pero yo no era la Primigenia de la Vida.

—No los trajiste de vuelta tú sola. Todavía no eres tan poderosa. Tuviste ayuda —dijo Nektas, y mis ojos volaron de vuelta a él—. La Primigenia de la Vida te ayudó, y Nyktos atrapó sus almas antes de que pudieran entrar en el Valle o en el Abismo, y luego las liberó.

—La verdad es que nos podríamos haber ahorrado que los guardias y todos *ellos* volvieran —musitó Kieran. El *draken* lo miró ceñudo.

—Equilibrio. Siempre debe haber equilibrio —dijo—. En especial cuando la Primigenia de la Vida concede un acto como este.

Un escalofrío me recorrió entera.

—Seraphena… la consorte. Ella es la verdadera Primigenia de la Vida.

—Es la heredera de las tierras y los mares, los cielos y los mundos —confirmó Nektas, su voz muy suave. Pero las palabras… estaban llenas de respeto. Reverberaron como un trueno en mi pecho—. El fuego en la carne, la Primigenia de la Vida y la Reina de los Dioses. La Primigenia más poderosa de todos. —Hizo una pausa —. Por ahora.

¿Por ahora?

—¿Cómo es posible? —preguntó Casteel.

—La historia de cómo la consorte se convirtió en Primigenia es complicada —aclaró Nektas, mirándome—. Pero empezó con tu

bisabuelo, Eythos, cuando él era el Primigenio de la Vida, y su hermano, Kolis, el verdadero Primigenio de la Muerte.

—¿Kolis es tío abuelo mío? —exclamé, y ya me había olvidado de todo lo del «por ahora».

Nektas asintió y vi que Emil y Naill se acercaban a nosotros, aunque mantuvieron sus distancias con el viejo *draken* mientras lo escuchaban.

—La historia de tus antepasados es aún más interesante de lo que creía —murmuró Casteel y Kieran soltó una carcajada disimulada—. ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—Para haceros el cuento corto, Kolis se enamoró de una mortal. La asustó mientras recogía flores para una boda y, cuando huyó de él, cayó por…

—Los Acantilados de la Tristeza. —Abrí los ojos como platos—. Se llamaba Sotoria, ¿verdad? ¿Eso fue real? Ian… —Me giré hacia Casteel—. Ian me contó esa historia después de Ascender. Pensé que era solo otra de sus historias inventadas.

—Interesante —murmuró Nektas—. Es real. Kolis acudió a Eythos para pedirle que le devolviera la vida a su amada. Eythos se negó, consciente de que devolver la vida a los muertos era algo que no debía hacerse a menudo. —Clavó los ojos en mí y me dieron ganas de enterrarme bajo el suelo para evitar su mirada escrutadora —. Eso dio comienzo a una amarga animadversión entre hermanos, que acabó con Kolis usando algún tipo de magia para robar la esencia de su hermano, lo cual permitió que Kolis se convirtiera en el Primigenio de la Vida y Eythos en el Primigenio de la Muerte. Pero ninguno de los dos estaba hecho para gobernar sobre ese tipo de cosas. Kolis no pudo llevarse toda la esencia de Eythos, como tampoco pudo eliminar toda la suya. Una brasa de vida permaneció en Eythos y otra brasa había pasado a Nyktos. Sin embargo, Eythos temía que Kolis descubriese la brasa del interior de Nyktos, así que se la quitó.

—Y la colocó dentro de una mortal —terminé por él—. Dentro de la consorte. Por eso era solo en parte mortal.

Kieran se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿qué es Nyktos? Creía que él era el Primigenio de la Vida y la Muerte.

—Sí es *un* Primigenio de la Muerte —repuso Nektas—. Pero no

es el *verdadero* Primigenio de la Muerte, ni tampoco fue nunca un Primigenio de la Vida y la Muerte. Ese fue un título que le dieron mucho tiempo después de que se fuese a dormir, y uno al que nunca hubiera respondido.

—Me siento como si necesitara sentarme, excepto por que ya estoy sentada —murmuré, y Casteel me dio un apretoncito afectuoso en la parte de atrás del cuello. Un montón de las cosas que Reaver había y *no* había dicho cobraban ahora sentido—. ¿O sea que esa es la razón de que no se pueda pronunciar su nombre? ¿Porque es la Primigenia de la Vida? Eso es… una *gilipollez*. —Varios pares de ojos volaron hacia mí—. ¡Lo es! Todo el mundo va por ahí en plan *oh, Nyktos esto* y *Nyktos aquello*, y durante todo ese tiempo, debería haber sido *Seraphena esto* y *Seraphena aquello*. ¿Nyktos creó siquiera a los *wolven*? ¿Fue él siquiera el que se reunió con Elian para calmar las cosas después de que mataran a las deidades?

—Nyktos sí se reunió con el atlantiano y con los lobos *kiyou* —explicó Nektas—. Pero fue la esencia de la consorte la que dio vida a los *wolven*.

Lo miré durante lo que pareció una eternidad.

—¡Pues menuda gilipollez sexista y patriarcal!

El cuerpo de Casteel se sacudió otra vez contra el mío.

—Ahí tiene razón.

—La tiene. —Nektas levantó la barbilla—. Y no la tiene. La consorte fue la que eligió que fuese así. La que quiso que no se la conociese. Nyktos solo lo hace porque es lo que ella desea.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Vaya… —empezó Kieran—, por una vez, a mí también me gustaría conocer la respuesta a una pregunta de Poppy.

Lo fulminé con la mirada.

—Por esto. —Nektas hizo un gesto amplio a su alrededor—. Todo lo que han hecho Nyktos y la consorte, todo lo que han sacrificado, fue para evitar esto.

Unas campanillas de alarma empezaron a repicar en mi cabeza.

La diversión de Casteel se diluyó deprisa.

—¿Qué parte de todo lo que acaba de suceder es el *esto* al que te refieres?

El *draken* captó el tono de Casteel y ladeó la cabeza.

—Lo que hizo Kolis cuando robó la esencia de Eythos tuvo consecuencias catastróficas. Evitó que nacieran más Primigenios. La Ascensión de la consorte fue como un… reinicio cósmico —explicó —. Pero ese reinicio solo volvería a empezar si nacía y Ascendía una descendiente femenina. Y empieza contigo y con tus hijos, si decides tenerlos. Ellos serán los primeros en nacer Primigenios desde Nyktos.

—Yo… —comencé. Me daba la impresión de que mi cabeza podía salir volando de mis hombros—. Eso es algo muy gordo.

—Lo es. —Casteel deslizó el pulgar por la curva de mi cuello—. ¿Por qué solo una descendiente femenina?

—Porque la línea sigue a quien sea el actual Primigenio de la Vida.

—O sea que si Kolis no se hubiese apoderado de la esencia de Eythos y Nyktos se hubiese convertido con el tiempo en el Primigenio de la Vida como debería haber sido, ¿Malec e Ires hubieran sido Primigenios? —razonó Casteel—. ¿Pero no lo fueron porque era necesario que naciera una descendiente femenina antes?

Nektas asintió, y me alegré de que Casteel lo entendiera porque no estaba segura de entenderlo yo.

—Vale, pero ¿qué tiene eso que ver con evitar esto? —preguntó Kieran. Nektas deslizó la vista hacia mí.

—Querían evitarlo porque lo que Nyktos y la consorte hicieron para detener a Kolis, el equilibrio que exigían los Hados, significaba que no podían nacer más Primigenios. El *porqué* de eso, bueno, no hay tiempo suficiente en los mundos para dilucidarlo —dijo Nektas —, pero se suponía que Nyktos sería el último Primigenio en nacer y la consorte sería la última Primigenia nacida de carne mortal. Tú —dijo con voz queda— no deberías existir.

—¿Perdona? —susurré.

El *draken* esbozó una leve sonrisa. Fue breve, pero la vi.

—Toda la trama que dio lugar a tu creación no es algo de lo que debas disculparte —dijo, la voz más suave—. Para entonces, Malec e Ires ya estaban casi a punto de nacer, pero lo que se hizo para detener a Kolis significaba que Malec e Ires no podían arriesgarse a tener descendencia nunca. Malec lo hizo de todos modos, pero así… así es Malec —comentó con un suspiro—. Todos tuvimos suerte la

primera vez.

—Porque se arriesgaban a tener una hija. —Se me heló la piel—. Por eso se quedaban en Iliseeum.

—Hasta que dejaron de hacerlo. —Los ojos de Nektas saltaron hacia el cielo nocturno—. No tenían prohibido venir aquí. Nacieron en este mundo. Pero se les recomendó encarecidamente no hacerlo. El riesgo era demasiado grande. Crear ese reinicio cósmico permitía deshacer lo que Nyktos y la consorte habían hecho para detener a Kolis.

Pero nosotros lo habíamos impedido. Malec vivía. De momento.

—¿Por qué nacieron en el mundo mortal?

—Nyktos y la consorte pensaron que era más seguro de ese modo.

Su respuesta me dejó con aún más preguntas, pero había otras mucho más importantes.

—Entonces, ¿yo qué soy? ¿Un cabo suelto? —pregunté, y Kieran frunció el ceño—. ¿Uno de cuya existencia se enteró Isbeth y explotó a conciencia? —Todo esto pudo contárselo Malec o…—. Callum. ¿Dónde está?

Un gruñido retumbó a través del cuerpo de Casteel.

—Creo que salió pitando en cuando gritaste el nombre de la consorte.

—Porque sabía lo que eso significaba. —Los rasgos de Nektas se habían afilado—. Hay que encontrarlo y darle su merecido.

—Esa es la primera en mi lista de prioridades —dijo Kieran.

—Bien. —Nektas volvió a posar los ojos en mí—. No eres solo un cabo suelto. Eres muchas cosas. La Primigenia de Sangre y Hueso… la verdadera Primigenia de la Vida y la Muerte. —Hablaba como lo había hecho al hablar de la consorte, y la esencia vibró a través de mí—. Esas dos esencias nunca han existido en uno solo. Ni en la consorte. Ni en Nyktos.

—¿Eso es bueno o malo? —susurré.

—Está todavía por verse.

Los brazos de Casteel se apretaron a mi alrededor.

—Ya sabemos que significa algo bueno.

Nektas lo miró de reojo mientras unas pequeñas semillas de inquietud arraigaron en mi interior.

—Entonces, aseguraos de que así sea. —Se levantó con una

elegancia fluida que no cuadraba con su tamaño—. ¿Ires? ¿Lo habéis encontrado?

Dejé las preocupaciones a un lado para estresarme por ellas en otro momento, me aclaré la garganta y acabé deslizando la lengua otra vez por mis colmillos. Hice una mueca al percatarme de que ya hacía un rato que debería haberme puesto en pie. Me levanté y reprimí una sonrisa cuando tanto Casteel como Kieran me sujetaron como si estuviesen preocupados de que pudiese desmayarme otra vez.

—Sé dónde está.

—Entonces, llévame hasta él —me pidió Nektas.

Empecé a dar media vuelta, pero paré de pronto, la vista fija en el suelo. Algo había captado mi atención.

—¿Qué es eso?

Kieran apartó con el pie una espada tirada sobre las enredaderas que habían crecido por encima de los escalones. Mientras que la mayoría de las plantas eran de un verde oscuro a la luz de las estrellas, esta sección tenía color ceniza. No estaban chamuscadas. Solo eran grises. Y se habían extendido desde ahí en finas venas de tono mate para tornar el musgo que había debajo del mismo color exangüe.

Me agaché para tocar un tallo, pero Casteel me agarró la mano.

—¿Por qué… tienes que tocarlo todo? —preguntó con los ojos dorados cansados pero chispeantes por la diversión.

—No lo sé. Quizá sea una persona táctil —murmuré, y un lado de sus labios se curvó hacia arriba, con un asomo de hoyuelo. Mis dedos se cerraron en torno al aire vacío—. ¿Qué crees que es esto?

—Kolis —dijo Nektas desde detrás de nosotros—. Como he dicho, lo que se hizo para detenerlo ha quedado deshecho.

Los tres nos giramos hacia él y nuestros corazones dieron un vuelco al unísono. Casteel entornó los ojos.

—Malec vive. Paramos lo que planeaba Isbeth.

Nektas ladeó la cabeza.

—No habéis parado nada.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando comprendí de pronto lo que tanto Callum como Isbeth habían querido decir, por qué me había dado la sensación de que no los habíamos detenido y que habíamos llegado demasiado tarde.

—Kolis ya estaba despierto.

Nektas asintió.

—Y lo que se ha hecho aquí esta noche lo ha liberado.

—Hijo de puta —gruñó Kieran, y los labios de Casteel se entreabrieron.

—Solo habéis ralentizado lo que han hecho, lo cual ha impedido que Kolis recuperase todo su poder en carne y hueso. Pero lo hará, si nadie lo impide. —Nektas contempló la enredadera cenicienta, el labio enroscado en una mueca de asco—. Su corrupción ya está aquí, mancilla las tierras. *Esta* es la razón de que la Primigenia de la Vida te haya ayudado a devolver la vida a tantos. Los necesitarás a todos y cada uno de ellos si quieres tener alguna esperanza de detenerlo.

—¿De sepultarlo de nuevo? —pregunté.

—De matarlo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Y exactamente cómo hacemos eso? —La ira y la frustración ardían a través de Casteel—. ¿Cuando da la impresión de que la Primigenia de la Vida y Nyktos no fueron capaces de hacerlo?

—Si supiera la respuesta, ¿crees que estaría aquí plantado? —inquirió Nektas, y yo cerré la boca de golpe. Sus pupilas verticales se contrajeron y luego se dilataron—. Llevadme hasta Ires. Debemos encontrar a Jadis. Y después, tendré que volver a Iliseeum y vosotros, todos vosotros, debéis prepararos. Kolis no es el único que se ha despertado. La consorte y Nyktos ya no duermen. Eso significa que los dioses empezarán a despertarse por las muchas cortes de Iliseeum y en el mundo mortal, y muchos no son leales a la Primigenia de la Vida. La guerra que habéis luchado no ha terminado. Solo acaba de empezar.

Agradecimientos

Gracias al asombroso equipo de Blue Box: Liz Berry, Jillian Stein, MJ Rose, Chelle Olson, Kim Guidroz y más que han ayudado a traer el mundo de Sangre y Cenizas a la vida. Gracias a mi agente Kevan Lyon, a Taryn Fagerness, Jenn Watson, y a mi ayudante Malissa Coy, por vuestro duro trabajo y todo vuestro apoyo. Y a Stephanie Brown y Jen Fisher por crear una mercadotecnia increíble. Un millón de gracias a Hang Le por diseñar unas portadas tan espectaculares y preciosas. Un gran gracias a Sarah Maas, Stacey Morgan, Lesa, JR Ward, Laura Kaye, Andrea Joan, Brigid Kemmerer, KA Tucker, Tijan, Vonetta Young, Mona Awad y muchos otros que han ayudado a mantenerme cuerda, risueña y alegre. Gracias al equipo ARC por vuestro apoyo y vuestras críticas sinceras, y un gran gracias a JLAnders por ser el mejor grupo de lectores que puede tener una autora, y al Blood and Ash Spoiler Group por hacer que la fase de escribir el borrador fuese tan divertida y por ser realmente asombrosos. En cualquier caso, nada de esto sería posible sin ti, lector. Jamás podré agradecértelo lo suficiente.

JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.